

E111
L3
v.4

1020025253

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PUBLICACION ECONOMICA ILUSTRADA.

CRISTOBAL COLON

DESCUBRIMIENTO DE LAS AMERICAS

obra escrita con gran copia de datos

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

M. A. DE LAMARTINE.

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

TOMO IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

099501

MEXICO

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA
1ª CALLE DE LA MERCED NÚMERO 29.
1885

16012

923
C
E111
L3
v.4



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CUARTA PARTE.

LAS PALMAS DEL MARTIRIO

CAPITULO I.

Comentarios.

La escena que voy á referir pasa en una hostería del muelle de Cádiz, en uno de los primeros dias del mes de Agosto del año 1500.

Algunos marineros, pajes, escuderos y soldados, apuran en amor y compaña sendos vasos de manzanilla, y como el vino hace hablar á los hombres, y como los lacayos saben mejor que nadie lo que pasa en las ciudades donde sus amos hacen gran papel, nada mejor que el escucharlos para saber lo que preocupaba en aquel tiempo á los habitantes de Cádiz y á los de otras muchas ciudades de España, sobre todo en Granada, en donde á la sazon se hallaba la corte.

—Por mi fe, decia uno, que si son ciertas las noticias que nos da Pero Manco, no hay justicia en el mundo.

—¿Tú qué sabes, Pacheco?

—¡Vaya unos escrúpulos con que se nos viene ahora!

—Los grandes pecadores ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo.

—¿Pues qué, añadió el que habia hablado primero, no arde

la sangre en vuestras venas al pensar que un anciano, y no un hombre así como se quiera, sino el que ha descubierto el Nuevo Mundo, el que ha llenado de oro á los reyes de España, el que ha extendido su gloria por toda Europa, vea por premio al cabo de sus años el estrecho camarote de un buque por calabozo, y sienta en sus muñecas, en sus piés, el irritante peso de las esposas y los grillos?

—Era un perro extranjero.

—Más de una vez he oido decir á mi padre, que le conoció en Córdoba, que si entónces le hubierais visto, comprenderiais que solo por medio de malas artes podia haber llegado adonde llegó.

—¿Qué malas artes, dijo el escudero que defendia à Colon, á quien llamaremos Fortun Caramés, qué malas artes ha podido emplear?

—Mi padre, que Dios haya, se hallaba en Córdoba en la posada de Maese Repulgo, cuando llegó ese hombre en una mala mula, y se hospedó como un arriero en uno de los cuartos del meson. Todo su equipaje consistia en una limosnera vacía; pero como era extranjero, no tardó en cautivar á una dama de la corte, y ella fué quien le presentó á los reyes y quien logró alcanzar para él su proteccion.

—Mientes como un bellaco, porque yo sé que trabajaba dia y noche pintando mapas y haciendo otros objetos, que vendia para atender á sus necesidades. Y sabes ademas que no consiguió tan pronto como dices la proteccion de los monarcas, porque yo era muy niño y me hallaba en el cerco de Granada, cuando desesperado ya de conseguir el favor de los reyes, se decidió á partir: entónces fué cuando le llamaron.

—En mal hora; la mayor parte de los que han ido con él á las indias se han quedado por allá; y los que han vuelto, cuentan horrores de lo que allí han pasado.

—¿Y los buques que llegan cargados de oro?

—¡Bah! El oro no es para nosotros.

—Pues algo valdrá cuando al volver por la primera vez con los indios que trajo, salieron todos á su encuentro, le vitorearon, y hasta los mismos reyes le colmaron de dádivas y honores.

—Porque les engañó.

—Yo he hablado con el cocinero del obispo Fonseca, y me ha contado cosas de Colon que espeluznan.

—¿Qué te ha contado?

—Que en cuanto sale al mar se vuelve una fiera: trata á los marineros y á los soldados como si fueran perros, y no se anda en chiquitas con los nobles. Parece ser que allá en las Indias les ha obligado á trabajar como á los plebeyos, y al que no le ha obedecido le ha castigado, y no con dulzura.

—Pues eso hace su elogio.

—Es un tirano.

—No es un tirano el que iguala á los nobles con los plebeyos.

—Tú hablas así, porque eres un cualquiera.

—¿Y que sois vosotros?

—Nosotros somos pajes ó escuderos.

—O lo que es lo mismo, esclavos.

—Nos ennoblecen nuestros señores.

—El que se humilla no puede ser ennoblecido, y vosotros, para ganar el pan, teneis que besar en donde pisan vuestros amos.

—No es esa la cuestion, dijo Fortun Caramés, aquí lo que se trata de saber es si es justo que un hombre que ha prestado tantos servicios á la patria, sea extranjero ó no, merece el pago que le han dado.

—En primer lugar, aún no sabemos si son ciertas las noticias que nos ha dado Manco.

—Poco tardaremos en saberlo.

—Pero Manco ha llegado esta mañana, y segun nos ha dicho, los buques en que vienen los presos llegarán esta tarde.

—Por mi parte, declaro que si fuera preciso, delante de los mismos reyes condenaria esa crueldad.

—¡Calla, tonto! ¿Hay por ventura nada más curioso que ver llegar encadenado al que aún no hace ocho años vimos entrar en triunfo en las ciudades, y ser el ídolo de todos los españoles?

—Los que se gozan, como tú, en la desgracia del prójimo se divertirán mucho con ese espectáculo.

—El que la hace que la pague.

—Yo no puedo creer, dijo Fortun, que los reyes hayan mandado encadenar al almirante.

—¿Y por qué no?

—Porque son buenos, porque les ha prestado grandes servicios, y sobre todo porque la reina es una santa, y aun cuando fuera muy culpable Colon, gozaria perdonándole.

—La reina es como todos los que mandan.

—¡Silencio, malandrin! Si te atreves á hablar mal de nuestra soberana, como hay Dios que te corto la lengua.

—¿Tú á mí?.... Mucho dijeron de eso.

—¿Quieres verlo?

—Me gustaria.

—Pues vamos á la calle, y verás como cumplo mi promesa

—Vamos.

—Paz, caballeros, dijeron algunos.

—¿Paz? Despues que le haya atravesado de parte á parte.

—¡A la playa, á la playa!

Todos los circunstantes salieron arremolinados de la hostería, unos para presenciar y otros para contener aquel duelo improvisado.

—No habian dado tres pasos, cuando oyeron estas voces:

—Las carabelas de las Indias, decian unos.

—Ahí vienen los Colones encadenados, exclamaban otros.

Como por encanto se apaciguaron los contendientes, y la curiosidad general sucedió á aquel episodio tabernario.

Todos se encaminaron á la orilla del mar; la noticia circuló con rapidez por la ciudad, y no solo los marineros y los soldados, los menestrales y los frailes, acudieron á presenciar aquel espectáculo nuevo y doloroso á la vez, sino que muchas damas é ilustres caballeros corrieron á confundirse con los villanos, poseidos todos de una curiosidad que en el fondo revelaba algo de terror.

En efecto: dos carabelas avanzaban hácia el puerto.

Su marcha era solemne y majestuosa.

Parecian aquellos buques comprender que llevaban en su seno un gran infortunio; pero lo llevaban con la dignidad, con la energía, con la entereza, con la grandiosidad que en todo tiempo, y más en aquel en que la fortuna le habia abandonado, constituia el carácter de Colon.

Al ver tanta afluencia, el capitan que mandada las embarcaciones dispuso aplazar el desembarco para el dia siguiente, y únicamente mandó á tierra un bote, en el que iban un oficial, cuatro marineros y un paje.

El oficial llevaba comunicaciones importantes.

Apénas desembarcaron en tierra, la muchedumbre lesrodeó.

Abriéndose camino el oficial y el paje, acosó la muchedumbre à los marineros, y solo pudo obtener la noticia de que en efecto llegaba Colon y sus dos hermanos encadenados, y que no desembarcarian hasta el dia siguiente.

Viendo defraudadas sus esperanzas los curiosos, fueron poco á poco retirándose à comentar el suceso.

El paje, separándose del oficial, llegó al meson, y al hallarse en presencia del mesonero:

—¿Sabeis donde se halla la corte en este instante? le dijo.

—¡No he de saberlo!

—¿Dónde está?

—En Granada.

—¿Podeis proporcionarme inmediatamente una mula y un guía?

—Os va á costar muy caro.

—Eso no importa.

—En ese caso, dad por realizado vuestro deseo.

—¿Cuándo podré partir?

—De aquí á dos horas.

—Es tarde.

—Dejadme al ménos una para buscar la mula y el guía.

—Os daré diez escudos si no tardais más de media.

El posadero salió á complacer al paje y media hora despues montaba en una mula, y por la puerta de tierra se dirigia á Granada.

A juzgar por la expresion de su rostro, eran vehementes los deseos que tenia de llegar.

De cuando en cuando llevaba la mano á su pecho para ver si tenia un objeto que parecia apreciar en mucho.

Durante el camino le hizo el guía varias preguntas.

A todas contestaba con el mayor laconismo.

—Condúceme por atajos, es decir, que yo llegue pronto á Granada, y no te arrepentirás de haber apresurado el viaje.

La distancia era mucha, y tardó en llegar dos dias y medio.

¿Quién era aquel paje?

¿Qué objeto le llevaba á la residencia de los reyes con tal presteza?

Ya lo sabremos.

Veamos ahora qué habia pasado á Colon desde el momento en que fué ignominiosamente aprisionado con sus hermanos por Roldan hasta su llegada á la bahía de Cádiz, en donde habia ya circulado la noticia de su desgracia, y comenzaba á despertar, como sucede siempre, ese sentimiento de compasion que inspira el génio cuando cae de su pedestal, compasion que es el primer síntoma de la opinion pública.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO II.

Grandeza de ánimo.

Bobadilla se habia apoyado para obrar de aquella manera tan indigna en una de las cláusulas de las instrucciones que le habian dado el 21 de Mayo de 1499, que decia, refiriéndose á las personas que habian tomado parte en la rebelion capitaneada por Roldan:

"Se le autoriza á apoderarse de las personas y secuestrar los bienes de los que aparezcan culpables."

No tenia, pues, derecho á tratar á Colon ni á sus hermanos de aquella manera.

Pero tergiversando el sentido de esta cláusula, satisfizo la sed de venganza que devoraba á sus protectores.

Condenado por él Colon, lógico era que en vez de aparecer à sus ojos como delincuentes aquellos á quien el almirante perseguia, fuesen los más leales servidores de los reyes, y por consiguiente los más dignos de premio.

Fueron, pues, los rebeldes, los primeros, á quienes llamó á declarar contra Colon.

El resultado de sus investigaciones fué todavía más calumnioso que la sumaria que llevó Aguado á España.

¡Qué de acusaciones fulminaron aquellos miserables contra el que habia sido en tan apartadas regiones la imágen de la Providencia!

Puso en libertad á Riquelme y á los demas jefes de la insurreccion, y repartió entre ellos los principales cargos de la colonia.

Algunos de ellos insinuaron á Bobadilla la idea de acabar con los tres hermanos de una manera que pudiese justificarse ante los reyes y ante el mundo.

—El almirante, le decian, puede muy bien morir bajo el peso de sus enfermedades, que son ya conocidas; su hermano el adelantado en una escaramuza con los rebeldes, y don Diego de pena al perder à sus dos queridos hermanos.

Esta idea halagó por un momento á Bobadilla.

Borrar para siempre el nombre de Colon, reducirle á la nada, encerrar en siete piés de tierra aquella figura que habia llenado todo el mundo..... sus malas pasiones, que se habian desarrollado en la colonia, le ofrecian, si realizaba semejante proyecto, un goce inmenso.

Pero no faltó quien oyera estas indicaciones.

Deseando á toda costa contrarestarlas, aprovechó la primera ocasion para conseguirlo.

El falso pajé, que era quien habia oido las malévolas intenciones de los enemigos de Colon, acercándose á su amo:

—Permitidme, señor, le dijo, que os dé mi parabien por el triunfo que habeis conseguido. Nadie mejor que nosotros, los que hablamos con el pueblo, podemos saber el aprecio que inspiran los jefes á las masas, y yo os aseguro que no hay en la colonia persona que no bendiga á Dios por haberos traido á ella.

Estas frases agradaron en extremo á Bobadilla.

—Es tanta mi alegría, añadió el paje, que voy á tomarme la libertad de pediros un señalado favor.

—¿Qué pretendes? preguntó con amabilidad Bobadilla.

—Yo supongo, señor, y perdonad mi atrevimiento, que deseando castigar la soberbia del almirante y de sus hermanos,

habreis dispuesto enviarlos con cadenas á España para que los que no ha mucho los vieron llegar en triunfo y aclamados hasta de parte de los reyes, tengan ocasion de verlos ahora cargados de cadenas, yendo como criminales á poder del verdugo, que los esperará allí para castigarlos. Me parece ver este espectáculo. Admirará todo el mundo vuestra grandeza, vuestro poderío, al ver que habeis triunfado de esa manera tan grande de unos extranjeros que parecian llamados à eclipsar la gloria de los mismos reyes.

—Es cierto, es cierto, dijo Bobadilla, acogiendo aquella idea con entusiasmo.

—¡Qué prestigio, qué fama alcanzareis! No me basta pensar en ello; necesito asistir á ese espectáculo, y el inmenso favor que os queria pedir era que me enviaseis á España, y dar órden al capitan que ha de mandar los buques para que me lleve á bordo, para daros cuenta de todo lo que suceda, para contaros con sus vivos colores el triunfo que habeis de alcanzar allí sobre vuestros enemigos.

—Te lo concedo, exclamó Bobadilla, decidiéndose en aquel instante á realizar la idea que maquiavélicamente le habia sugerido el paje.

Mandó activar el proceso, escribió cartas á sus cómplices y envió á los reyes una Memoria comentando todos los cargos que resultaban contra el almirante.

Cuando estuvieron dispuestas las embarcaciones, llamó á uno de los capitanes que habia llevado á sus órdenes, llamado Alonso de Villejo, y le confió el mando de las carabelas en donde debian ir los prisioneros.

—Cuando llegueis á Càdiz, le dijo, entregareis los presos al obispo Fonseca, ó á algunos de sus agentes autorizados por él para recibirlos.

Villejo, aunque debia grandes favores á Fonseca y estaba

decidido á cumplir las órdenes de Bobadilla, era jóven, tenia buen corazon, y aunque le pesaba en extremo encargarse de los prisioneros, aceptó la mision resuelto á hacer por ellos cuanto pudiera.

—Es necesario, le dijo Bobadilla, que mañana mismo os deis á la vela. Ya están dispuestos los colonos que deben acompañaros; yo no quiero ver al almirante ni à sus hermanos. En uno de los buques que han de partir està don Diego, en el otro don Bartolomé. Vos mismo ireis momentos ántes de partir, al calabozo donde está Cristóbal Colon, le sacareis de allí, le conducireis á bordo de vuestra carabela, y procurareis que durante el camino no pueda hablar con ninguno de sus hermanos.

—Confiad en mí, dijo Vallejo; cumpliré vuestras órdenes.

Cuando llegó el momento, mandó al carcelero abrir la puerta del calabozo, y aquel fué el ruido que le hizo pensar en su próxima muerte.

Durante los dias que habia estado en el calabozo habia adquirido la más completa resignacion.

¡Hasta le sonreia la idea del martirio!

Pero era porque confiaba en la Providencia.

Sin embargo, al ver entrar por la puerta del calabozo al capitan, se estremeció.

No le espantaba la muerte.

Lo único que temia era exhalar el último suspiro àntes de haber podido sincerarse.

—Señor, dijo Villejo con respeto, vengo á buscaros.

—Bien venido seais.

—Siento en extremo la mision que me han confiado, añadió el capitan; pero no tengo más remedio que cumplirla.

—Haceis bien; la obediencia es lo primero.

—Vais á tener la bondad de venir conmigo.

—¿A dónde me llevais? preguntó con tristeza.

—Voy á llevaros à una de las carabelas que van á partir para España á mis órdenes.

—¿Qué decís? exclamó el almirante con vehemencia. ¿Vais á llevarme á España?

—Os lo aseguro.

—No me engañeis; si me espera el patíbulo, decídmelo. Tengo bastante energía para poder ir hasta él y subir sus gradas.

—No, creedme; vamos á España, os lo juro por mi fe de caballero.

—Os creo, dijo Colon, estrechando afectuosamente su mano.

Y respirando con fuerza:

—Partamos, sí, partamos; me parece que abandono el sepulcro para volver de nuevo á la vida.

Por órden de Bobadilla permanecieron los colonos, á pesar suyo, alejados del trayecto que debia seguir Colon desde su calabozo hasta la playa.

En el momento en que subió al bote que debia conducirle á la carabela, volvió Colon los ojos á aquellas tierras que abandonaba y exclamó:

—¡Vírgenes tierras de la India, que Dios se apiade de vosotras!

Y algunas lágrimas, mucho tiempo contenidas, surcaron sus ojos, quemando sus mejillas.

Al entrar en el buque oyó una voz que resonó en su alma.

—Animo, señor, dijo el paje; yo os acompaño; no temais, Dios os ve.

Colon le dirigió una mirada de gratitud.

Isabel desapareció de su vista para que no conociese su emocion.

Las carabelas se pusieron en marcha.

—¿Y mis hermanos? preguntó Colon á Villejo.

—Tambien os acompañan.

Aún no se habian alejado las naves del puerto, cuando los habitantes de la colonia, libres ya, corrieron á la playa, y desde ella se entregaron á los mayores excesos de alegría é insultaron á Colon.

—¡Pobres gentes! dijo Colon al escuchar su infernal gritería. Esa alegría que sienten es el mayor castigo que puede darles Dios.

Cuando perdieron de vista la costa empujados por un viento favorable, que parecia obedecer á los deseos de Colon, entró Villejo en su camarote.

—Señor, le dijo, no podeis imaginaros la pena que siente mi alma; tengo que obedecer, y obedezco, pero no puedo olvidar la aureola de gloria que han ceñido y ciñen vuestras sienes; no puedo ménos de sentir vuestro infortunio: tengo confianza en vos, y en último caso, no me importa sufrir más tarde un castigo.

Yo no puedo consentir que vayais encadenado en mi compañía; permitidme que os quite las cadenas y os deje en libertad.

—Noble jóven, dijo Colon, os agradezco la piedad que os inspiro y no lo olvidaré nunca; pero no puedo acceder á vuestros deseos.

—¿Por qué?

—Sus majestades me han ordenado por escrito que me someta á la voluntad de Bobadilla. En su nombre me ha puesto estas cadenas; soy vasallo leal, y las llevaré hasta que los monarcas me las manden quitar; despues las conservaré como reliquias y memoria del precio de mis servicios.

No era posible una resolucion más grande, más heróica, màs sublime, y que màs en armonía tuviese con el carácter de aquel hombre, á quien la posteridad habia de hacer

justicia, á quien la religion habia de pensar en satisfacerle.

No insistió Villejo.

Pero durante el viaje, que fué en extremo favorable, guardó las mayores consideraciones á los ilustres prisioneros.

Hizo que todos los que iban á bordo los respetasen, y fué tal la impresion que le quedó de la grandeza de ánimo del almirante, que acabó por considerarle como á un ídolo.

Colon, á medida que avanzaba hácia España, sentia que su corazon se ensanchaba.

No dudaba que los reyes, despues de oirle, le harian justicia, y estos sentimientos, estas esperanzas le hacian perdonar á sus enemigos y desear sólo su justificacion.

Aquel infortunio le parecia un título más de gloria, y puede decirse que el único pesar que sentia su alma era el de dejar la colonia en manos de Bobadilla, quien á su vez se habia echado en brazos de los rebeldes, los que tarde ó temprano le conducirian á la ruina.

Veia perdidos todos sus trabajos, todos sus afanes, y convertido el país que habia buscado como un tesoro para España en un verdadero cementerio, que tendrian que abandonar los pocos españoles que quedasen con vida, no siendo entónces la colonia más que un recuerdo de desventuras y desastres.

Al llegar al puerto de Cádiz, al divisar desde la cubierta del buque la inmensa muchedumbre que le esperaba, nuevas lágrimas anublaron sus ojos.

Los que le habian visto llegar triunfante, iban á verle encadenado.

¡Qué leccion para el mundo!

¡Qué leccion para el génio!

Cuando supo la resolucion de Villejo de aplazar el desembarque, se lo agradeció.

—No temo que me vean así; quiero, al contrario, que perciencien mi infortunio. Pero estoy cansado, sufro mucho ahora, y las lágrimas de emocion que hay en mis ojos podrian ser atribuidas á debilidad.

—Descansad, descansad, le dijo Villejo; la hora de la justicia se acerca para vos.

Al dia siguiente muy temprano se verificó el desembarque.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III.

Donde se ve con qué celo cumple Isabel las órdenes del almirante.

El paje que dejamos camino de Granada, era Isabel Monteagudo.

Con el permiso de su capitan, el honrado Villejo, habia partido á llevar á los hijos del almirante una carta de su padre para una ilustre dama de la corte que influia poderosamente en el ánimo de la reina.

Diego y Fernando tenian noticia de las calumnias que se divulgaban contra su padre.

Atribuian los actos de sus enemigos á envidia; pero no podian imaginarse que hubiera habido un hombre tan audaz, tan menguado, que se hubiese atrevido á cargar de cadenas al autor de sus dias.

Isabel tenia prisa en llegar, porque las órdenes que habia recibido Villejo eran las de poner el protocolo ó sumaria de las culpas atribuidas á Colon en manos del alcalde de Cádiz, para que éste lo enviase á Fonseca y pudiera el obispo justificar ante los reyes las severas medidas de Bobadilla.

Acompañaba el obispo Fonseca á los reyes; pero una indisposicion le impidió trasladarse á Cádiz á recibir á los prisioneros, y envió á Briviesca para que hablase con el capitan de los buques, que se encargó de llevarle las acusaciones escritas contra los actos de Colon y sus hermanos.

Miéntras llegó el emisario, conferenció con Villejo, recibió de las manos de la autoridad las piezas justificativas del proceso, las llevó á Granada y se enteró de ellas Fonseca; trascurrieron diez dias, tiempo que aprovechó Isabel en cumplir la delicada mision que á su gratitud habia confiado el almirante.

Apénas llegó á Granada se dirigió á palacio y preguntó á los escuderos dónde vivian los hijos de Colon.

No léjos del alcázar que ocupaban los reyes habia, en medio de los arrayanes, una casita donde se habia hospedado Inés, que continuaba siendo una madre para Fernando y Diego.

El falso paje se dirigió á la casa que le indicaron, y en un jardin que habia ántes de llegar, á la puerta halló una jóven de diez y seis á diez y siete años, dotada de una belleza angelical.

—Jóven, dijo Isabel, dirigiéndose á ella, ¿podeis indicarme si viven en esta casa los hijos del almirante don Cristóbal Colon?

—Aquí viven, contestó la niña, son mis hermanos.

—¿Segun eso, dijo Isabel, que conocia la historia de la hermana adoptiva de Diego y de Fernando, sois hija de doña Inés Sampayo?

—Para serviros.

—Pues bien, sabed entónces que vengo á verlos en nombre de Colon.

—¿Llegais de la India?

—De la India llego, pero no es allí donde está ahora el almirante.

—¿Ha regresado á España?

—Hace dos dias que hemos llegado á Cádiz, y en el momento de desembarcar me he puesto en camino para anunciaros tan funesta noticia y entregar á don Diego las cartas que para él me ha confiado su padre.

—Venid, venid, dijo la jóven.

Y conduciéndola á la casa, anunció con alborozo las noticias que acababa de saber.

Despues de contestar á las preguntas que Inés, Diego y Fernando le hicieron acerca del estado de su padre:

—Desearia hablaros á solas, dijo á Diego.

No tardaron en quedarse solos.

—Ya me teneis á vuestra disposicion, dijo el jóven; en la respuesta que habeis dado á nuestras preguntas, he creido adivinar algo, que sin saber por qué me entristece. Hablad y decidme sin reserva lo que pasa.

—Una gran desventura, contestó Isabel: los enemigos de vuestro padre, celosos de su gloria, han querido humillarle, y despojándole de sus derechos y de sus títulos en nombre de los reyes, le han enviado á España cargado de cadenas.

—¿Qué decís? exclamó Diego. ¿Se han atrevido á cometer semejante infamia?

—Sí.

—No puede ser; tamaña injuria á su grandeza seria un borron para los monarcas y un padron de ignominia para los ejecutores de tan atroz atentado.

—Por fuerza han abusado de la bondad de los reyes los enemigos de vuestro padre, pero es lo cierto que se halla preso en Cádiz, con esposas y grillos como si fuera un criminal temible.

—Sus majestades lo ignoran, dijo Diego; ayer mismo me decia la reina que estaba segura de la inocencia y del acierto de mi buen padre, y que se alegraba de haber enviado un investigador de la isla, porque el resultado de sus investigaciones le favoreceria.

—Eso corrobora mis creencias.

—Pero es preciso que yo anuncie á sus majestades lo que pasa.

—Esperad. Vuestro padre que sufre con heróica resignacion su martirio, ha empleado los ócios del viaje en redactar una carta para la reina, y es necesario que esta carta llegue á sus manos ántes de que sus enemigos puedan elevar al trono las calumniosas acusaciones en que han fundado la prision del almirante. Vuestro padre desea que esta carta llegue á manos de la reina por conducto de doña Juana de la Torre, ilustre dama á quien conoceis.

—Sí, en el dia es la servidora á quien más estima la reina. Fué nodriza de su hijo y mi señor el infante, que Dios haya, y posee un noble corazon.

—Doña Juana os estima, y es necesario que vayais á verla inmediatamente, para que sin pérdida de tiempo haga conocer á sus majestades la verdadera causa de los ultrajes que se han inferido á vuestro padre.

—Sí, sí, exclamó Diego, voy al punto; pero ántes es preciso que mi hermano, que doña Inés, sepan lo que sucede. Mi pobre padre hallará consuelo en sus brazos. Deseo que vayan á su encuentro, que disfruten la dicha de que me priva el cumplimiento de mi deber, aunque yo mismo pediré á la reina que me conceda la gracia de dejarme ir á estrechar entre mis brazos á mi padre.

Diego llamó á su hermano, á doña Inés y á su hermana adoptiva Isabel, y les comunicó las noticias que acababa de recibir.

La consternacion se apoderó del ánimo de aquellos séres, que vivian del cariño que profesaban al almirante.

Inmediatamente se aprestaron madre é hija á partir.

Fernando y Diego no podian alejarse sin la licencia de los reyes.

Pero el falso paje se brindó á acompañarles.

Poco despues de la escena que acabo de referir, se presentó

Diego á Doña Juana de la Torre, y le participó, con lágrimas de indignacion, las injurias que tan inícuamente se habian inferido á su padre.

—Sed, señora, le dijo, su defensora cerca del magnánimo corazon de la reina. Yo no creo, yo no puedo creer que hayan dado los reyes esas órdenes tan crueles. Mi padre os ruega que pongais en sus manos esta carta, en la que se refiere la verdad de cuanto ha sucedido y pide justicia.

—Descuidad, dijo doña Juana, que estaba conmovida é indignada, porque no podia imaginar que hubiese habido séres capaces de tratar de una manera tan inícua á un hombre de los merecimientos de Colon.

Diego suplicó asimismo á la dama de la reina que solicitase para él y para su hermano la licencia de ir á abrazar á su padre, á resarcirle con su cariño de los horribles padecimientos que sufria.

—Volved á verme al anochecer, dijo doña Juana á Diego.

Al mismo tiempo que salian de Granada, con direccion á Cádiz, Inés y su hija, acompañadas de Isabel Monteagudo, entraba doña Juana de la Torre en la cámara de la reina y se preparaba á desempeñar la mision que le habia confiado el ilustre marino.

CAPITULO IV.

Reaccion.

No era doña Juana de la Torre, á pesar de vivir en la corte, una de esas cortesanas hábiles y discretas que, aprovechando las circunstancias, sacan partido de su posicion para realizar sus deseos.

Por el contrario, si así puede decirse, era el tipo de la mujer cristiana, nacida para ser modelo de esposas y de madres.

Aunque siempre le habia profesado la reina Isabel un gran afecto, puede decirse que hasta que perdió á su hijo el infante don Juan, no tuvo con ella verdadera intimidad.

Aquella desventura, que sorprendió á la reina en medio de su mayor esplendor, apartó su ánimo de las cosas mundanas, y satisfecha con la gloria que habia adquirido en el mundo, no aspiró desde entónces más que á fijar los ojos en el cielo, donde anhelaba hallar eco á los sentimientos de su alma.

Doña Juana se identificaba con ella.

Habia sido la segunda madre del infante don Juan, le habia dado su seno, no se habia separado de él ni en la infancia, ni en la pubertad, y la pobre madre se olvidaba gustosa de que era reina para hablar con doña Juana de su hijo, para recordar los detalles de aquella vida tan breve, y que tantas esperanzas é ilusiones se habia llevado del corazon de la reina al extinguirse.

Apartaba á la egregia Isabel de su esposo en aquella época

Diego á Doña Juana de la Torre, y le participó, con lágrimas de indignacion, las injurias que tan inícuamente se habian inferido á su padre.

—Sed, señora, le dijo, su defensora cerca del magnánimo corazon de la reina. Yo no creo, yo no puedo creer que hayan dado los reyes esas órdenes tan crueles. Mi padre os ruega que pongais en sus manos esta carta, en la que se refiere la verdad de cuanto ha sucedido y pide justicia.

—Descuidad, dijo doña Juana, que estaba conmovida é indignada, porque no podia imaginar que hubiese habido séres capaces de tratar de una manera tan inícua á un hombre de los merecimientos de Colon.

Diego suplicó asimismo á la dama de la reina que solicitase para él y para su hermano la licencia de ir á abrazar á su padre, á resarcirle con su cariño de los horribles padecimientos que sufria.

—Volved á verme al anochecer, dijo doña Juana á Diego.

Al mismo tiempo que salian de Granada, con direccion á Cádiz, Inés y su hija, acompañadas de Isabel Monteagudo, entraba doña Juana de la Torre en la cámara de la reina y se preparaba á desempeñar la mision que le habia confiado el ilustre marino.

CAPITULO IV.

Reaccion.

No era doña Juana de la Torre, á pesar de vivir en la corte, una de esas cortesanas hábiles y discretas que, aprovechando las circunstancias, sacan partido de su posicion para realizar sus deseos.

Por el contrario, si así puede decirse, era el tipo de la mujer cristiana, nacida para ser modelo de esposas y de madres.

Aunque siempre le habia profesado la reina Isabel un gran afecto, puede decirse que hasta que perdió á su hijo el infante don Juan, no tuvo con ella verdadera intimidad.

Aquella desventura, que sorprendió á la reina en medio de su mayor esplendor, apartó su ánimo de las cosas mundanas, y satisfecha con la gloria que habia adquirido en el mundo, no aspiró desde entónces más que á fijar los ojos en el cielo, donde anhelaba hallar eco á los sentimientos de su alma.

Doña Juana se identificaba con ella.

Habia sido la segunda madre del infante don Juan, le habia dado su seno, no se habia separado de él ni en la infancia, ni en la pubertad, y la pobre madre se olvidaba gustosa de que era reina para hablar con doña Juana de su hijo, para recordar los detalles de aquella vida tan breve, y que tantas esperanzas é ilusiones se habia llevado del corazon de la reina al extinguirse.

Apartaba á la egregia Isabel de su esposo en aquella época

este contínuo deseo de meditacion, este goce supremo que le proporcionaba el recuerdo de su hijo.

La ambicion de gloria, si no se habia extinguido, se habia debilitado en ella.

Pero como el rey cada dia experimentaba mayores deseos de engrandecer su poderío, sin que su mútuo afecto se amenguase, puede decirse que no existia entre ellos aquel acuerdo, aquella consonancia, aquel entusiasmo que en tiempos anteriores les habia hecho realizar tan asombrosos prodigios.

Cuando entró doña Juana en la estancia de la reina, la encontró triste y abatida.

—Llegas à tiempo, Juana, dijo la reina; estoy muy triste y deseaba verte.

—¿Estais triste señora?

—Sí.

—Me atreveré á preguntaros la causa, porque ya sabeis que no es curiosidad, sino cariño lo que me mueve á ser irreverente.

—Yo no tengo secretos para tí. Eres mi más leal amiga.

—Gracias, señora, pero calmaos y decidme vuestras penas.

—Hacia ya tiempo que no hablaba de los negocios de Estado con mi esposo. Hoy me ha indicado sus proyectos, y como le veo empeñarse en guerras, que en vez de aumentar la fortaleza de nuestro reino van á debilitarle, no puedo ménos de entristecerme.

—No os sucederia eso si viviera vuestro hijo.

—¡Ah! Es verdad, exclamó la reina: si viviera mi hijo tendria la esperanza de que al morir nosotros fructificarian las semillas que sembré siempre en su corazon. No sólo conservaria nuestra herencia, sino que la engrandeceria sin recurrir á las armas, sin sacrificar á sus vasallos en estériles luchas.

Doña Juana recordó á la reina algunos episodios de la vida

del infante don Juan, que ponian en evidencia los buenos sentimientos de que estaba animado.

La emocion hizo asomar algunas lágrimas á los ojos de la reina, y desahogando algun tanto la opresion de su pecho, pareció calmarse.

—¡Cuán buena sois, señora! le dijo doña Juana. No extrañeis que, convencida de los generosos sentimientos de vuestra alma, os pida en este instante una gracia.

—¿Tú, Juana? ¿Tú tienes que pedirme una gracia?

—Sí.

—Habla, mi buena amiga.

—Decidme ántes, señora: ¿habeis dudado alguna vez de la rectitud, de la honradez, del mérito de Cristóbal Colon?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Perdonad que insista. ¿No os merece la más completa confianza?

—Sí; es un leal servidor, un hombre cuya gloria pasará de siglo en siglo á la posteridad.

—Pero tiene enemigos.

—Ya lo sé: tiene enemigos que han explotado algunos de los errores en que ha incurrido para querer desprestigiarle á mis ojos; pero por la misma razon de que estoy segura de su lealtad, de su acierto, no he vacilado en unir mis poderes á los de mi esposo para nombrar á una persona imparcial que examine sus actos y ponga en claro su inocencia.

—¡Cuán ajena está vuestra majestad de lo que sucede!

—¿Pues qué pasa? preguntó la reina con el mayor interes.

—No lo creereis, señora.

—Habla, habla.

—El almirante ha llegado á Càdiz hace unos dias cargado de cadenas.

—No puede ser.

—Os digo la verdad.

—¿Cómo has sabido?....

—Uno de sus más leales servidores me ha traido una carta de su parte para que la haga llegar á vuestras manos.

—¿Luego es verdad?

—Sí, es verdad, tristemente verdad.

—Y esa carta....

—Si vuestra majestad me lo permite, la leeré, dijo doña Juana.

—Sí, sí, léela al punto; quiero saber por qué motivo le han tratado de ese modo.

—Oid y juzgad, dijo doña Juana, leyendo con solemnidad aquel escrito, que era una relacion fidedigna de todo lo que habia pasado en la colonia, de la conducta que habia observado con él Roldan, de su prision, y al mismo tiempo una copia que servia para justificarle á los ojos del mundo.

Algunas frases de este documento, que ha llegado á nosotros, completan el carácter de Colon.

«Las calumnias de hombres indignos, decia, me han hecho más daño que me han aprovechado en mis servicios.»

Y despues añadia:

«Tal es el nombre que he adquirido, que si fuera á edificar hospitales ó iglesias, las llamarian cavernas de ladrones.»

La carta terminaba de este modo:

«Se me juzgó como á un gobernador que ha sido enviado á una ciudad bien regulada, bajo el gobierno de bien establecidas leyes, donde no habia peligro de que todo se desordenase y arruinase.

«Pero la verdad es que se me debia juzgar como á un capitan enviado á someter gentes numerosas y hostiles, de costumbres y religion diferentes de las nuestras, y que no vivian en ciudades, sino en bosques y montañas.

«Se debia haber considerado que yo traje todas estas á la sujecion de sus majestades, dándoles dominio sobre otro mundo, por lo cual España, hasta ahora pobre, se ha enriquecido súbitamente.

«Cualesquiera errores en que yo pueda haber caido, no fueron por cierto de mala intencion, y creo que darán crédito sus majestades á lo que digo.

«Yo los he visto misericordiosos con los que los han desservido de intento: así estoy penetrado de que tendrán más indulgencia conmigo, que he errado inocentemente, ó por compulsion, como sabrán más adelante, y espero que considerarán mis grandes servicios, cuyas ventajas se hacen cada dia más visibles.»

La reina oyó con marcadas muestras de indignacion el contenido de aquel documento.

Su imaginacion le pintaba al almirante aprisionado, cargado de cadenas, afligido al pensar que pagaban los reyes sus servicios con la más negra ingratitud, y conmovida é indignada por el abuso que de sus poderes habia hecho Bobadilla, se prometió justificarle á los ojos del mundo, é indemnizarle de los agravios que habia sufrido.

No tardaron en confirmar los despachos que se recibieron en la corte desde Cádiz las noticias que doña Juana de la Torre habia dado á la reina.

El alcalde de Cádiz comunicó que se hallaba en su poder Colon y sus hermanos, á disposicion de sus majestades.

Doña Juana pidió á la reina que concediese licencia á los hijos de Colon para que fueran á abrazarle.

—No, no quiero que se separen de mí, la dijo; no quiero que vean á su padre en tan triste estado. Que esperen: no tardará en llegar, y solo asistirán á su triunfo, porque ahora más que nunca tengo empeño en desagraviarle.

La reina se presentó inmediatamente á su esposo.

La ocasion fué oportuna.

Don Fernando acababa de tener una conversacion con los embajadores de Portugal y de Inglaterra, que habia despertado en él de nuevo el deseo de sostener las conquistas verificadas en el Nuevo Mundo, y de ensancharlas para no ser ménos que Portugal y que Inglaterra.

En efecto; Sebastian Cabot, hijo de un comerciante veneciano, naturalizado en Inglaterra, protegido por el rey Enrique VII, llegó al mar del Norte del Nuevo Mundo, costeó el Labrador, siguió al Sudoeste hasta las Floridas, y descubrió el continente de ese inmenso país que hoy se llama los Estados Unidos.

Este descubrimiento habia aumentado el prestigio de Inglaterra.

Al mismo tiempo el famoso Vasco de Gama habia doblado el Cabo de Buena Esperanza, y Pedro Alvarez de Cabral habia descubierto el Brasil, con lo cual el vecino reino de Portugal se habia engrandecido de una manera prodigiosa.

Todos estos sucesos, unidos á los descubrimientos que habian hecho por su cuenta, y con la proteccion de los reyes de España, Ojeda y Américo Vespucio, Pedro Alonso Niño, Vicente Yañez Pinzon, Diego López y Rodrigo Bastidas, hicieron que el rey don Fernando, que ya empezaba á mirar con desaliento los negocios de las Indias, se reanimase y escuchase á la reina con benevolencia, manifestando indignacion al saber el mal trato que se habia dado al almirante, á quien no podia ménos de reconocer que debia en aquella época de descubrimientos el prestigio que habia alcanzado por haber protegido al hombre que habia puesto el primero la planta en aquellos países codiciados por su inmensa riqueza.

La noticia de la prision del almirante no tardó en divulgarse en la corte, y como sucede siempre, hasta los mismos que ántes le habian envidiado no pudieron ménos de indignarse, operándose una reaccion en favor del prisionero.

Antes de que llegasen los documentos que enviaba Fonseca, escribieron los reyes á Colon manifestándole el gran afecto que le profesaban, la gratitud que sentian hàcia él, y el pesar profundo que habia causado en su ànimo la noticia de los ultrajes que habia recibido.

Rogábanle que se trasladase á Granada inmediatamente, y para que pudiera hacerlo con la debida pompa, ordenaron se le adelantasen dos mil ducados, encargando á las autoridades que le tratasen con las mayores atenciones.

Esta comunicacion fué dirigida á Colon sin conocimiento de Fonseca.

Sin embargo, supo la reaccion que se habia apoderado en favor del almirante, y aunque le desesperaba la idea de ver frustrados sus proyectos, comprendia que para que no recayese sobre él la responsabilidad de los actos cometidos por Bobadilla, le convenia influir cerca de los reyes en favor de Colon.

—Aplazaré la venganza, se dijo.

Y cuando tuvo en su poder las comunicaciones de Bobadilla, las presentó à los reyes, diciéndoles:

—Es imposible que sean ciertas las acusaciones en que ha fundado Bobadilla la prision del almirante y sus hermanos: ó se ha obcecado, ó los enemigos de Colon le han engañado villanamente.

Los reyes no quisieron leer aquel tejido de calumnias, y se aprestaron á recibir al almirante con las mayores muestras de respeto y cariño.

La noticia de su llegada con cadenas se divulgó por toda España, y la piedad, apoderándose de todos los corazones,

hizo que se adunasen todos los elementos para que à su paso por las ciudades y aldeas que tuvo que recorrer al trasladarse de Cádiz á Granada, le proporcionasen una ovacion sincera y entusiasta, en la que á los aplausos se mezclaban las lágrimas.

Pero ántes de seguirle á la corte, veamos lo que habia pasado en Càdiz desde su desembarco, cuando llegaron á su lado Inés y su hija con Isabel Monteagudo.

CAPITULO V.

Donde se ve cómo consideraba Colon sus cadenas, y se dá cuentá de otros sucesos interesantes.



A misma tarde en que llegaron las carabelas á la bahía de Cádiz, se trasladó á bordo de una de ellas un jóven que, segun anunció, deseaba hablar á solas con Villejo.

El capitan le recibió en su camarote.

—Vengo, le dijo, á haceros una súplica.

—Hablad.

—Debo muchos favores al almirante; he oido decir que se halla á bordo de uno de estos buques, y por añadidura encadenado, ¿es cierto?

—Desgraciadamente lo es.

—No me compete preguntaros la causa; pero es tanto el afecto que le profeso, que si no lo llevais á mal, os agradeceria que le dieseis por prision mi casa miéntras esté en Cádiz.

—Siendo tanto el afecto que sentís hácia él, yo me complaceria en acceder á vuestros deseos; pero las órdenes que he recibido son entregar el almirante y sus hermanos al corregidor de la ciudad, y tengo que cumplirlas.

—En ese caso perdonad la libertad que me he tomado dirigiéndome á vos. Voy á ver al corregidor, é insisto en suplicaros que apoyeis mi pretension.

El jóven volvió á tierra, habló á la autoridad, y obtuvo lo

hizo que se adunasen todos los elementos para que à su paso por las ciudades y aldeas que tuvo que recorrer al trasladarse de Cádiz á Granada, le proporcionasen una ovacion sincera y entusiasta, en la que á los aplausos se mezclaban las lágrimas.

Pero ántes de seguirle á la corte, veamos lo que habia pasado en Càdiz desde su desembarco, cuando llegaron á su lado Inés y su hija con Isabel Monteagudo.

CAPITULO V.

Donde se ve cómo consideraba Colon sus cadenas, y se dá cuentá de otros sucesos interesantes.



A misma tarde en que llegaron las carabelas á la bahía de Cádiz, se trasladó á bordo de una de ellas un jóven que, segun anunció, deseaba hablar á solas con Villejo.

El capitan le recibió en su camarote.

—Vengo, le dijo, á haceros una súplica.

—Hablad.

—Debo muchos favores al almirante; he oido decir que se halla á bordo de uno de estos buques, y por añadidura encadenado, ¿es cierto?

—Desgraciadamente lo es.

—No me compete preguntaros la causa; pero es tanto el afecto que le profeso, que si no lo llevais á mal, os agradeceria que le dieseis por prision mi casa miéntras esté en Cádiz.

—Siendo tanto el afecto que sentís hácia él, yo me complaceria en acceder á vuestros deseos; pero las órdenes que he recibido son entregar el almirante y sus hermanos al corregidor de la ciudad, y tengo que cumplirlas.

—En ese caso perdonad la libertad que me he tomado dirigiéndome á vos. Voy á ver al corregidor, é insisto en suplicaros que apoyeis mi pretension.

El jóven volvió á tierra, habló á la autoridad, y obtuvo lo

que deseaba, aunque con la condicion de admitir en su casa centinelas que vigilasen á los prisioneros.

Con la licencia aguardó el nuevo dia, y muy temprano volvió á las carabelas, precisamente en el momento en que se verificaba el desembarque de los prisioneros.

Villejo habia insistido de nuevo cerca de Colon para que le permitiera quitarle las cadenas.

No pudo conseguirlo.

Pero se alegró en extremo de que le dieran por prision la casa de aquel jóven, que parecia ser uno de sus más leales servidores.

En un bote, acompañado de Villejo y del jóven desconocido, en quien hasta entónces no habia fijado Colon sus miradas, porque estaba completamente ensimismado, fué conducido á la playa, y desde allí llevado á la morada del que tanto interes manifestaba en hospedarle.

—¿A dónde me llevais? dijo Colon á Villejo cuando desembarcó.

—A casa de un amigo.

—¡Tengo tan pocos en el mundo!

—Y sin embargo, yo lo soy vuestro, dijo el desconocido.

Al oir su voz, levantó el almirante los ojos, y conociéndole:

—¿Vos aquí, Hernando de Guevara? exclamó, ¡Cosa extraña! Muy poco he hecho por vos. Antes al contrario, escuchando las sugestiones de mis mayores enemigos, he mostrado con vos alguna severidad, y sin embargo, venís á recibirme, me hospedais en vuestra casa y me llamais amigo.

—Soy muy feliz, y os debo la felicidad. Os he visto de cerca, sin que la pasion cegase mis ojos, y os he admirado siempre. Hoy es inmensa mi pena al hallaros en este estado; pero no dudeis que los reyes os harán justicia, y miéntras tanto quiero mostraros mi admiracion y mi gratitud.

Entraron en la casa, en donde ya aguardaban al prisionero algunos soldados para custodiarle, y el almirante preguntó por sus hermanos.

—Aquí vendrán tambien, contestó Hernando.

En efecto, Villejo se retiró para ir á buscarlos.

El almirante se halló en un aposento modestamente amueblado; pero con todas las comodidades necesarias para la vida.

Apénas tomó asiento, se presentó á sus ojos una jóven enlutada.

—Ved á mi esposa, dijo Hernando de Guevara, que como yo, desea aliviar vuestra desventura.

—¡Higuanamota! exclamó el almirante.

—Sí, dijo Hernando.

Era difícil reconocerla, porque su traje europeo la habia variado por completo.

Guevara refirió á Colon los pormenores de su viaje y la proteccion que le habian dispensado los reyes, dándole un alto empleo en la ciudad.

Higuanamota sabia ya la muerte de su padre.

Pero no culpaba á Colon.

Al contrario, era tan feliz con su esposo, que aunque la invasion de los españoles en su patria habia ocasionado todas las desventuras de su familia, bendecia al cielo porque en aquellas mismas desventuras habia hallado la ocasion de ser la más dichosa de las mujeres.

Solo una pena abrigaba su corazon: la de haberse separado de su madre, la del dolor que experimentaria Anacaona al no volver á estrechar en sus brazos á Caonabo.

No tardó en llegar Villejo con Diego y Bartolomé.

Los tres hermanos no se habian visto desde que fueron cargados de cadenas.

Bartolomé no se habia debilitado bajo el peso de aquella ignominia.

Diego, en extremo pusilánime, no era ya ni su sombra.

Los tres hermanos se confundieron en un cariñoso abrazo.

Las lágrimas que brotaron de sus ojos desahogaron su oprimido corazon.

—Demos gracias á Dios, dijo el almirante, porque nos ha favorecido en el viaje; sabe que llegamos al templo de la justicia, y ha apresurado nuestra llegada. Yo, por mi parte, estoy persuadido de ello y vosotros debeis estarlo tambien. Antes que las comunicaciones de nuestros adversarios llegará á manos de la reina un mensaje mio, sabrá cuál es nuestra situacion, nos hará justicia y triunfaremos de nuestros enemigos.

El corregidor se presentó á sus prisioneros, tratándoles con las mayores consideraciones.

Villejo cumplió su mision, y una vez terminada fué á ver al almirante.

—Se me ha quitado un enorme peso de encima, le dijo; ya puedo libremente estrechar vuestra mano, demostraros mi afecto, mi admiracion.

—Nunca olvidaré, dijo el almirante, las consideraciones que me habeis guardado. Al elegiros mis enemigos para custodiarme, han obedecido á la Providencia. Teneis un noble corazon, y siento no ser nada en el mundo, haber perdido todo el prestigio que tenia. De otro modo, os daria pruebas de mi gratitud, de mi aprecio.

—Permitidme estar á vuestras órdenes, serviros, no apartarme de vos miéntras os persiga la desgracia, y quedaré satisfecho.

No solo recibió el almirante aquellas pruebas de afecto y de interes.

Las familias más nobles de Cádiz fueron á casa de Hernando de Guevara á ofrecer sus respetos al ilustre marino, que, recibiendo á todos los que le visitaban, manifestando la mayor mansedumbre y resignacion, al mismo tiempo que una enérgica dignidad, diciendo á todos que consideraba las cadenas como su mejor timbre de gloria, logró imponer veneracion, despertar afecto en cuantos le veian, los cuales al apartarse de su lado contaban sus impresiones é iban formando la reaccion que se operó en España en favor del prisionero.

El corregidor dispuso que se retiraran los guardias, y todos los dias iba á ver á Colon para anunciarle que esperaba con impaciencia la órden de ponerle en libertad.

Al cuarto dia de su llegada tuvo el placer de estrechar en sus brazos á Inés y á la hermosa niña que le acompañaba.

Por ellas y por Isabel Monteagudo supo el interes que habia inspirado á doña Juana de la Torre; y no dudó que los reyes procurarian borrar el triste efecto que la impremeditacion ó el odio de uno de sus agentes habia causado.

Colon, que tan agradecido estaba á Villejo, le presentó á Inés y á su hija, para que aquellas mujeres, que constituian su familia, le agradecieran al mismo tiempo que él los grandes beneficios que le habia prestado.

Villejo alcanzó el mayor premio que podia esperar en la tierna mirada de afecto y gratitud con que pagó Isabel, la hermosa niña, los beneficios que habia dispensado al padre de su hermano adoptivo.

Aquella mirada inundó el alma de Villejo, y aunque ocultó su secreto, sintió un inmenso amor hácia la jóven, amor que halló eco en el corazon de la niña.

La noticia de la llegada de Colon se habia divulgado, y al ver el efecto que producia, los agentes de Fonseca se vieron obligados á ocultar sus opiniones cuando otros exponian las suyas, porque eran muy vehementes las acusaciones que se fulminaban contra Bobadilla.

Esto es lo que sucede siempre.

Miéntras un hombre goza del favor de un rey, el odio y la envidia le persiguen.

Cuando cae en desgracia, cuando se ve abandonado por aquellos á quienes ha sacrificado su popularidad, la opinion pública se coloca à su lado, le ensalza, deprime á sus enemigos, y es capaz de sacrificarse por el que hubiera sacrificado poco tiempo ántes hasta con júbilo.

Todas las noticias que llegaban á oidos de Fonseca le disgustaban; pero se dijo:

—Es necesario saber esperar.

Y esperó.

Los reyes, como he dicho, escribieron al almirante rogándole que se presentase cuanto ántes en la corte.

Villejo le quitó las cadenas.

—Ahora accedo à vuestros deseos, le dijo el almirante, porque son los reyes quien lo mandan.

—Dadme, dadme, dijo Villejo, esos ignominiosos hierros para quitarlos de vuestra vista.

—No, no los separeis de mí. Quiero que sean mis compañeros, quiero tenerlos siempre á la vista: constituyen mi gloria. Los tendré siempre al lado de mi escudo de nobleza, y cuando yo muera serán enterrados conmigo.

Libres ya los tres hermanos en vista de las órdenes de los reyes, se trasladaron á Granada.

Isabel Monteagudo entró al servicio de Inés.

Villejo no quiso separarse de Colon.

Ademas del afecto que le profesaba, habia otro poderoso motivo para que fuese en su compañía.

Este motivo lo sabia Isabel y lo adivinaba su madre.

Quiso Colon que los mismos que le habian visto en el apogeo le vieran todavía con la sombra de la desgracia.

Pasó por Sevilla y se detuvo en Córdoba, en donde visitó á su antiguo amigo fray Pedro Antunez.

Su hermano Diego aprovechó aquella circunstancia para confiarle una resolucion que habia tomado.

—En el momento en que fuimos presos, dijo á Cristóbal, hice voto de consagrar mi vida á la Religion si te hacian justicia, si te libraban de las ignominiosas cadenas con que habian aprisionado tu gloria. Dios me ha oido, y necesito cumplir mi voto. Concédeme licencia para quedarme aquí y profesar en el convento, viviendo bajo la tutela de uno de los santos varones de quienes más pruebas de afecto has merecido.

—Te comprendo, y te otorgo por mi parte la licencia que quieres. Cansado de las luchas del mundo, buscas el reposo en los amantes brazos de la Religion. ¡Dichoso tú! ¡Vive tranquilo, y encomiéndame á Dios en tus oraciones! Tú morirás en medio del reposo y de las plegarias de tus hermanos; yo no sé cuál será mi fin, pero deseo volver á ese país donde á un tiempo he descubierto la gloria de una nacion y el infortunio mio. Si vuelvo, tal vez recogerán las olas mis últimos suspiros, y me abrirán la sepultura en el fondo del mar.

Diego se quedó en el convento, y los demas que formaban la comitiva se encaminaron á Granada.

Allí les aguardaba un recibimiento más entusiasta, si cabe, que el que habia alcanzado Colon al regresar por primera vez del Nuevo Mundo y entrar en Barcelona.

CAPITULO VI.

El triunfo de la verdad.

Hicieron alto ántes de llegar á Granada, en una poblacion inmediata, y allí tuvo el almirante la inmensa alegría de abrazar á sus hijos, que corrieron á su encuentro.

Diego se apresuró á confiar á su padre el profundo sentimiento que habia experimentado la reina y los inmensos deseos que tenia de indemnizarle de aquellos sufrimientos, colmándole de atenciones.

Por órden suya le llevaba magníficos trajes para que él y sus hermanos pudieran presentarse en la corte con gran aparato y ostentacion.

Al mismo tiempo habian dispuesto que salieran á recibirle los grandes dignatarios y que le acompañaran en triunfo hasta el alcázar.

Estas medidas, cuando ya tenian motivo los reyes para saber las acusaciones de que habia sido objeto, porque Colon no ignoraba que habia llegado al mismo tiempo que él la sumaria redactada por Bobadilla, le hizo ver que los reyes daban más fe á sus palabras que á las delaciones de todos los colonos y de su nuevo jefe.

Natural era que volviese á su alma la tranquilidad que habia perdido, que recobrase sus quebrantadas fuerzas, y que se presentase en la corte de los reyes de España con la gran-

deza que habia adquirido, y que aumentaban en cierto modo las vejaciones de que habia sido objeto.

En compañía de sus hermanos y de las personas que habian salido con él de Cádiz, llegó á Granada; allí fué recibido por los emisarios de los reyes y conducido á palacio por medio de una inmensa muchedumbre, que le vitoreaba y le aplaudia como queriendo resarcirle de los padecimientos que habia sufrido.

Los reyes le aguardaban, y al verle entrar en la régia cámara, se inundaron de lágrimas los ojos de la augusta Isabel.

Las lágrimas de aquella sublime reina conmovieron al almirante.

Adelántandose hàcia el estrado, se postró de hinojos, besó la augusta mano que le tendian, quiso hablar; pero la emocion le ahogaba, y durante algun tiempo permaneció en silencio.

Sus ojos, su actitud, todo revelaba la profunda gratitud que experimentaba en aquellos momentos, y los que asistian à aquel espectáculo, tan conmovedor como sublime, no podian ménos de participar de la impresion general, dando solemnidad con su silencio y su recogimiento á aquel acto, en que la justicia se presentaba con toda su majestuosa grandiosidad á rehabilitar á un hombre á quien habian ultrajado sus falsos sacerdotes.

Los reyes, que estaban sentados en el trono, se levantaron y le saludaron con cariñosas frases.

Al fin pudo expresar sus sentimientos, y en medio de la mayor atencion habló de esta manera:

—Yo doy gracias al cielo, exclamó conmovido, porque al sumirme en la desventura ha querido inspirar á mi alma mayores motivos de gratitud, y me ha dado los medios de comprender el magnànimo, el justo, el generoso corazon de vues-

tras majestades. ¡Quién dirá al verme ahora en el colmo de la ventura que yo soy el que há poco, despojado inmerecida mente de mis títulos, tratado como un malhechor, cargado de cadenas, llegué à la patria à quien he consagrado toda mi vida? ¡Elocuente leccion para los que, halagados por la fortuna,se ciegan y se olvidan de sus deberes!

«Cuando la conciencia está tranquila, sufre las adversidades con serenidad, porque la hora de la justicia llega. La verdad triunfa de la mentira, y la inocencia recibe el galardon.»

Despues de pronunciar estas palabras, quiso vindicarse de las acusaciones de que era objeto.

No hagais tal, exclamó la reina. Os conocemos lo bastante para saber que tambien ahora os han calumniado. El mejor defensor que teneis es la crueldad de vuestros enemigos. Ellos son los que necesitan disculparse ante el mundo y ante nosotros de los abusos que han cometido, y como los ultrajes que se os han hecho han sido sin nuestras anuencia, porque siempre hemos admirado las grandes prendas de vuestro carácter y los grandes servicios que habeis prestado á la corona, sufrirán el castigo que merecen.

—Por nuestra parte, añadió el rey, desaprobamos la conducta de don Francisco Bobadilla: todos sus actos han sido contrarios á las instrucciones que recibió, y muy en breve será arrojado del puesto que ha usurpado de una manera tan inícua, para sufrir el castigo que merece.

¿Qué mayor satisfaccion podia desear Colon por los ultrajes que habia recibido?

Despues de la solemne recepcion, hablaron particularmente los reyes al almirante, y aseguráronle que se le devolverian sus bienes y se le rehabilitaria en el goce de todos sus privilegios y dignidades.

—Ahora descansad en la corte, le dijeron; reponed vuestras abatidas fuerzas, tranquilizaos, y contad siempre con nuestra proteccion, con nuestro afecto para las nuevas empresas que intentais acometer.

—Mi única ambicion hoy, contestó el almirante, es verme restablecido en el empleo que me han usurpado, porque miéntras esto no suceda, me parecerá que he delinquido y que envuelve mi nombre un anatema.

Ofrecieron sus majestades hacerle completa justicia, y Colon se entregó de nuevo á la esperanza de poder volver en breve en triunfo á recuperar el mando de Santo Domingo.

No dejaba de ser esto una ilusion.

Sus enemigos habian sido vencidos; pero trabajaban por debajo de cuerda, y eran hábiles y poderosos para poder sofocar en el ánimo de los reyes sus mejores sentimientos, y hacer sufrir á Colon la venganza que les habia inspirado su gloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII.

Venturas del hogar.

Colon halló consuelo á sus pesares y alivio á su enfermedad en el seno de su familia.

Sus dos hijos, Isabel y su madre se desvivian por hacer olvidar à aquel gran hombre los acerbos disgustos que habian amargado su vida, y Colon sentia renacer la fe en su alma y el vigor en su cuerpo al verse rodeado de aquellos séres, que se miraban en sus ojos y no ambicionaban màs que verle feliz.

Bartolomé vivia á su lado, compartiendo con él los goces de la familia.

Trascurrió algun tiempo, durante el cual tuvo ocasion el almirante de conocer á fondo el carácter y los sentimientos de sus hijos, á quienes las circunstancias habian tenido alejado de él, y se enorgullecia de la nobleza, de la energía, de la perseverancia de Diego, y de la dulzura, de la inteligencia y del generoso corazon de Fernando.

Impresionable y expansivo á la vez, embelesaban al almirante las repetidas muestras de veneracion y cariño que le daba la prenda que de su amor le habia dejado su inconsolable Beatriz.

Con más interes que Diego, con màs curiosidad, aprovechaba todos los momentos que estaba à su lado para hacerle preguntas acerca de sus viajes, para que aclarara sus dudas

y para que ilustrara su inteligencia, y alentado por la amabilidad con que le complacia su padre, se permitia hacer observaciones, que entusiasmaban al pobre viejo, porque le revelaban el buen criterio, el sentimiento de equidad, el levantado espíritu de aquel jóven, por cuyas venas corria su sangre.

En estos coloquios sembraba, sin saberlo, el almirante en el corazon de su hijo las semillas que, andando el tiempo, debian dar por fruto la verdadera historia, el juicio exacto de su vida y viajes, que Fernando, entregado con verdadera fe al estudio, legó á la posteridad, como la más noble defensa de sus actos, como el retrato más parecido y más fiel del autor de sus dias.

—¡Ah! decia Colon á su hermano Bartolomé, cuando estaban solos. Razon he tenido siempre en confiar en la Providencia!

Mucho he sufrido, grandes han sido los obstáculos que á mis deseos se han opuesto siempre.

Cansado estaba de luchar; pero una nueva vida renace en mí.

Los horizontes tristes desaparecen, y se trasforman en risueños.

¿Qué importa la injusticia de los hombres? ¿Qué son los dolores que experimenta el alma en el camino de la vida, si al detenerse á descansar halla á su lado una familia como la que me rodea, hijos capaces de comprenderme y de resarcirme de mis sinsabores con su cariño?

Bartolomé preferia á Diego, sin dejar de estimar á Fernando.

Diego tenia mucho de su carácter.

Era inteligente y honrado; pero al mismo tiempo enérgico y activo.

Amaba la virtud hasta el sacrificio, y como él opinaba

que, en vez de perdonar á los calumniadores, á los villanos que se complacian en manchar la honra de su padre, debia éste condenarlos á la vergüenza pública, aplastarlos como á una víbora ponzoñosa, y levantar ante ellos la frente, no solo con dignidad, sino con altanería.

Muchas causas habian contribuido á formar este carácter en él.

Pero la principal era la muerte de los sentimientos delicados, de los afectos íntimos y tiernos que se habian extinguido en su alma al extinguirse la vida de María, haciéndole poco comunicativo, condenándole á no gozar las dulzuras de la expansion, y fomentando en él el orgullo, la altivez, que era el sello distintivo de su carácter.

Tambien contribuian á embellecer las horas de la vida del ilustre marino las atenciones y los cuidados de Inés, los recuerdos que, para distraer su ánimo, evocaba de Beatriz, y las inocentes y tiernas caricias de Isabel, que parecian reunir en su alma todo el cariño, toda la gratitud que habian sentido hácia Colon sus padres.

Los íntimos sentimientos de aquellos séres le consolaban en situaciones en cierto modo críticas.

Colon aspiraba á reconquistar todos sus derechos menoscabados, todas sus prerogativas, todos sus títulos, todos sus honores.

Deseaba volver á la colonia y confundir á los miserables que le habian calumniado.

Ansiaba proseguir sus descubrimientos, porque veia acercarse á él con pasos agigantados la muerte, y entónces más que nunca entreveia los secretos que el proceloso mar guardaba todavía para los europeos.

Arrebatárselos y aumentar con ellos su golria, era su afan.

Bartolomé, por su parte, abundaba en los mismos deseos;

pero desconfiaba de las personas que rodeaban à los reyes, desconfiaba de los monarcas mismos, y temia que nuevos desengaños acabaran con el quebrantado espíritu de su hermano Cristóbal.

Diego, que por haber vivido contínuamente en la corte conocia las intrigas que se fraguaban, no abrigaba màs que un proposito: el de defender á su padre, el de colocarse en situacion de destruir las tramas que contra él se urdian, el de revindicar á toda costa sus privilegios; y sin que él lo supiera, una noble ambicion iba poco à podo ganando terreno en su alma, para impulsarle más tarde à sacar del olvido la gloria del autor de sus dias, y á presentarle à los ojos del mundo con todo el esplendor, con todo el brillo que justamente habia alcanzado.

Fernando, màs jóven aún, lleno de ilusiones, entusiasmado con su padre, guardaba un secreto en su corazon, un secreto que no se habia atrevido á revelar á nadie.

Este secreto era el primer amor que nacia en su alma.

Isabel y Fernando se habian creado juntos.

Las dulces horas de la infancia, los primeros albores de la juventud les habian hallado estrechamente unidos por el hermoso vínculo del amor fraternal.

Inés les contemplaba, acariciando un deseo en su imaginacion.

Los niños se profesaban un entrañable afecto.

Isabel no disfrutaba de nada sin dar parte de sus satisfacciones à Fernando.

Fernando se desvivia por complacer en todo á Isabel.

Cuando los niños cumplieron quince años, empezaron á vivir más separados.

Inés enseñaba á su hija las labores propias de su sexo.

Fernando tenia que salir á desempeñar en palacio las funciones de paje.

Miéntras vivian separados, él no dejaba de pensar en ella Ella pensaba en él, pero no con tanta vehemencia.

Fernando deseaba volver á verla siempre que estaba léjos de ella, y poco á poco notaba que se aumentaba su encogimiento para hablarla.

El cariño fraternal se trasformaba en el corazon de Fernando en amor.

En Isabel continuaba siendo cariño.

Al fin y al cabo se dió cuenta Fernando de sus sentimientos.

Acarició esperanzas é ilusiones; pero se guardó muy bien de darlas á conocer.

Podrian amenguar las expansiones, las demostraciones de afecto de Isabel, y necesitaba al ménos que fuera siempre para él la hermana cariñosa.

Inés adivinaba los sentimientos de Fernando, y en el fondo de su alma experimentaba una inmensa alegría.

Aquello era la realizacion de su sueño, y sin embargo, Fernando tenia que renunciar à tan inmensa ventura.

La causa la adivinarán mis lectores.

Inés habia sacrificado sus deseos y la felicidad de su hija al agradecimiento que sentia hàcia Villejo.

Fernando se habia impuesto tambien el mismo sacrificio.

Las circunstancias que concurrieron á impulsarle á tomar esta resolucion, fueron un tormento para su alma.

Por eso habia consagrado todo su cariño á su padre.

Por eso le preguntaba con interes, con ánsia, las impresiones de sus viajes.

Por eso deseaba encontrar en la ciencia un refugio á su alma lacerada, donde pudiera hallar un dulcísimo bálsamo que curase sus heridas.

El mismo fué quien se encargó de labrar la fortuna de Isabel á costa de la suya.

CAPITULO VIII.

La gratitud.

Sintió nacer en su alma el sentimiento del amor Antonio de Villejo apénas fijó sus ojos en Isabel.

Colon le presentó á su familia con las mayores muestras de afecto.

—Ha podido agravar mis padecimientos, les dijo, y sin embargo, desde el primer momento me ha tratado con el mayor respeto, con la mayor consideracion. Ha querido romper las cadenas con que mis adversarios me han escarnecido, ha tratado por todos los medios de aliviar mi desgracia, y nunca pagaré lo bastante su generosidad.

Esto bastó para que Inés é Isabel le mostrasen su agradecimiento.

Al llegar á Granada, refirió el almirante á sus hijos lo que por él habia hecho Villejo.

Los dos estrecharon su mano con reconocimiento.

Pero Fernando, que era mas expansivo que Diego, le ofreció una leal amistad, y desde aquel dia no pasó uno solo sin que los dos amigos se vieran y se hablaran con la mayor intimidad.

Villejo iba à menudo á ver á Colon.

Dos móviles le guiaban á su morada: ver á Isabel, ver á aquel hombre que tanto respeto y tanta admiracion le infundia.

Enterados los reyes de las consideraciones con que habia

Miéntras vivian separados, él no dejaba de pensar en ella Ella pensaba en él, pero no con tanta vehemencia.

Fernando deseaba volver á verla siempre que estaba léjos de ella, y poco á poco notaba que se aumentaba su encogimiento para hablarla.

El cariño fraternal se trasformaba en el corazon de Fernando en amor.

En Isabel continuaba siendo cariño.

Al fin y al cabo se dió cuenta Fernando de sus sentimientos.

Acarició esperanzas é ilusiones; pero se guardó muy bien de darlas á conocer.

Podrian amenguar las expansiones, las demostraciones de afecto de Isabel, y necesitaba al ménos que fuera siempre para él la hermana cariñosa.

Inés adivinaba los sentimientos de Fernando, y en el fondo de su alma experimentaba una inmensa alegría.

Aquello era la realizacion de su sueño, y sin embargo, Fernando tenia que renunciar à tan inmensa ventura.

La causa la adivinarán mis lectores.

Inés habia sacrificado sus deseos y la felicidad de su hija al agradecimiento que sentia hàcia Villejo.

Fernando se habia impuesto tambien el mismo sacrificio.

Las circunstancias que concurrieron á impulsarle á tomar esta resolucion, fueron un tormento para su alma.

Por eso habia consagrado todo su cariño á su padre.

Por eso le preguntaba con interes, con ánsia, las impresiones de sus viajes.

Por eso deseaba encontrar en la ciencia un refugio á su alma lacerada, donde pudiera hallar un dulcísimo bálsamo que curase sus heridas.

El mismo fué quien se encargó de labrar la fortuna de Isabel á costa de la suya.

CAPITULO VIII.

La gratitud.

Sintió nacer en su alma el sentimiento del amor Antonio de Villejo apénas fijó sus ojos en Isabel.

Colon le presentó á su familia con las mayores muestras de afecto.

—Ha podido agravar mis padecimientos, les dijo, y sin embargo, desde el primer momento me ha tratado con el mayor respeto, con la mayor consideracion. Ha querido romper las cadenas con que mis adversarios me han escarnecido, ha tratado por todos los medios de aliviar mi desgracia, y nunca pagaré lo bastante su generosidad.

Esto bastó para que Inés é Isabel le mostrasen su agradecimiento.

Al llegar á Granada, refirió el almirante á sus hijos lo que por él habia hecho Villejo.

Los dos estrecharon su mano con reconocimiento.

Pero Fernando, que era mas expansivo que Diego, le ofreció una leal amistad, y desde aquel dia no pasó uno solo sin que los dos amigos se vieran y se hablaran con la mayor intimidad.

Villejo iba à menudo á ver á Colon.

Dos móviles le guiaban á su morada: ver á Isabel, ver á aquel hombre que tanto respeto y tanta admiracion le infundia.

Enterados los reyes de las consideraciones con que habia

tratado al almirante, quisieron premiarle, y elevándole en su carrera, le destinaron á las guerras de Italia.

Villejo hizo lo posible por no separarse del lado de Colon.

—Poco ambicioso sois, dijo Fernando á su amigo, reconviniéndole por no aceptar aquella proteccion que le habian brindado los reyes.

—No es falta de ambicion lo que aquí me detiene, dijo Villejo; es que aquí está mi felicidad, y no quiero separarme de ella.

—¿Vuestra felicidad?

—Sí; os estimo demasiado para no revelaros un secreto que guarda mi alma desde hace tiempo.

—Os lo agradezco.

—No es tan generoso como suponeis mi deseo; hay en él algo de egoismo. Podeis hacerme un gran favor.

—Dadle entónces por hecho.

—Ved que podeis arrepentiros de esa palabra.

—No; ¿creeis que hay sacrificio que yo no arrostre por el hombre que tantos beneficios ha dispensado á mi padre? Si necesitarais mi vida, os la daria.

—Gracias, Fernando, gracias, dijo Villejo estrechando su mano con efusion; teneis el corazon más generoso de la tierra.

—Hablad, que estoy impaciente por saber vuestro secreto.

—Vos me comprendeis mejor que nadie. El amor me tiene preso en sus redes.

—¡El amor!

—Sí, el amor; ese dulcísimo sentimiento que inunda nuestra alma con la luz de la fe, se ha despertado en mí y no vivo ni sosiego, porque la esperanza y la duda me combaten.

—¿No sois correspondido?

—Lo ignoro.

—¿No habeis hablado con el objeto de vuestro cariño? ¿No conoce vuestros sentimientos?

—Ha debido adivinarlos.

—¿Y vos, á vuestra vez, no habeis adivinado si participa de ellos?

—Temo que la ilusion me engañe; pero ya no puedo vivir más tiempo sin entregarme á la alegría, á la felicidad ó al dolor del desengaño. Vos podeis ayudarme á salir de esta situacion.

—¿Yo? exclamó Fernando, al mismo tiempo que una idea que cruzaba por su imaginacion le heria su alma.

—Vos, sí.

—¿Y de qué manera?

—Siendo un hermano para mí.

—¿Dudais de mi afecto?

—No, no dudo; por lo mismo os dirijo esta súplica.

—Hablad con entera confianza.

—Perdonad, Fernando, el atrevimiento; pero sabed que amo á Isabel.

—¿A Isabel? exclamó, procurando dominarse.

—Sí; he descubierto en su primera mirada los tesoros de felicidad que guarda en su alma, y si ella no me amase, correria á buscar la muerte, porque sin ella no quiero la vida.

Instantáneamente pensó Fernando en la gratitud que le debia, y no vaciló en aceptar el sacrificio.

—Habeis fijado vuestros ojos en un ángel, le dijo.

—Lo sé.

—Yo os ofrezco contribuir á vuestra ventura, porque sois digno de ella.

—¡Oh! Dadme vuestra mano; permitidme que la estreche con toda mi alma.

—Vuestra felicidad será la mia, dijo Fernando con un acento en cuyo fondo se veia la tristeza de su corazon.

tan bueno, tan generoso y tan honrado, sentia afecto hácia mí; y màs que nada, la gratitud por los beneficios que ha dispensado á tu padre, me han motivado á quererle, á desear su felicidad.

—Te comprendo y te admiro, dijo Fernando; yo, por mi parte, deseo que seas con él dichosa. Sólo un favor te pido, y no me lo negarás.

—¿Cuál?

—El que me quieras siempre como á un hermano.

—¿Puedes dudarlo?

—No; pero el amor lo avasalla todo, es intransigente; llega á ser egoista, y hace olvidar al hijo la gratitud que debe al padre, y separar al hermano del hermano.

—¿Has amado tú tambien?

—No, yo no he amado; me basta tu cariño y el de mi padre.

—¡Oh! Algun dia amarás tambien, y entónces tendré yo que hacerte la misma súplica.

—No, no amaré nunca.

—Eso no puede decirse.

—Yo sí, el amor ha muerto en mi alma

—¿Cómo? ¿Has sufrido algun desengaño, algun pesar?

—No intentes averiguarlo: es el único secreto que tendré para tí toda mi vida. Si quieres aliviar la desgracia que siente mi alma por no poder amar, no olvides la promesa que me has hecho de conservarme siempre el cariño de hermana.

Aquel mismo dia manifestó Fernando á su amigo Villejo la dicha que le sonreia, y no contento aún, desgarrando su propia herida, habló á su padre y á Inés.

Inés sacrificó tambien sus deseos á la gratitud.

Pero comprendiendo á Fernando:

—Hemos cumplido un deber, le dijo, y sin embargo, está triste tu alma. No me lo niegues: ¿amabas á Isabel?

—Sí, madre mia, sí, dijo Fernando.

—Lo he adivinado, y mi mayor ventura hubiera sido vuestra union.

—Que ignore siempre este secreto.

—Pero tú sufrirás.

—No, porque para desahogar mis penas tendré siempre vuestro cariño.

Ines le recibió en sus brazos.

La ventura parecia sonreir á Isabel y á Villejo.

Colon, sin descubrir el secreto de su hijo, sin comprender cuàles eran los motivos de su entusiasmo por la ciencia, estaba tambien muy contento al pensar que Isabel iba á pagar con su cariño los beneficios que le habia dispensado.

Aquella ventura debia, sin embargo, hallar obstáculos.

Una mujer infame habia jurado vengarse de Inés.

No la perdia de vista y queria herirla en lo que más ama una madre en el mundo: en su adorada hija.

Aquella mujer era la gitana que en su juventud la habia perseguido.

Pero ántes de saber lo que hizo en contra de su enemiga, vamos á ver los medios que empleaban los adversarios de Colon para recuperar lo perdido.

CAPITULO IX.

Una teoría puesta en práctica.

La reina habia sido sincera.

Colon habia despertado siempre en su ánimo admiracion y afecto, y la idea de verle cargado de cadenas, ultrajado por un representante suyo, habia operado una reaccion en su ánimo, y estaba resuelta á indemnizar al almirante de sus sinsabores, rehabilitándole en sus cargos y dignidades, y haciendo ostensible el gran aprecio que le profesaba.

A pesar de la falta de salud de la reina, de la profunda tristeza que se habia apoderado de su corazon, y que debia muy en breve llevarla al sepulcro; á pesar, en fin, del carácter ambicioso y poco expansivo de don Fernando, ejercia poderosa influencia sobre él.

No podia ménos de suceder así.

Su union habia nacido de un amor verdadero, y este amor no se habia extinguido en medio del engrandecimiento político, la prosperidad creciente del país, al reunir las dos coronas y refundir sus Estados en uno solo.

Pero el tiempo, que va secando poco á poco en el alma los sentimientos generosos, al mismo tiempo que condenaba á la pobre reina á devorar en silencio la inmensa pena que causaba en su alma la muerte de su hijo, las disensiones de familia que su esposo provocaba, éste, halagado por los triunfos que habia obtenido, convencido ya de que el descubrimiento de las Indias engrandecia á la metrópoli y podia ser una mina inagotable para el tesoro de España, deseaba que estuvieran al frente de las colonias hombres capaces de satisfacer su codicia, y este fué el flaco que explotaron los enemigos de Colon para aplazar la rehabilitacion, que ambicionaba más que su vida propia.

Fonseca, á quien repito no es posible considerar sino como el resultado de una aberracion lastimosa; aquel hombre, que gracias á su talento habia logrado captarse la confianza de la reina y la consideracion del rey; aquel hombre que tuvo en sus manos los medios de que los descubrimientos de Colon fuesen para España tan ventajosos como el almirante habia querido, obedeciendo al bajo sentimiento de odio, de venganza, que experimentaba por las humillaciones involuntarias á que le habia condenado Colon, viendo perdidas sus esperanzas y arruinado, viendo que la reina estaba resuelta á protegerle, recordó la terrible teoría que tantos estragos ha hecho en el mundo, esa teoría que se formula en esta lacónica frase: *divide y vencerás.*

Necesitaba, pues, para sofocar los generosos sentimientos que el infortunio de Colon habia despertado en la reina, para contrarestar la influencia que la esposa habia ejercido sobre el esposo, abrir un abismo entre los dos, y cautelosamente dió manos á la obra.

Miéntras el almirante descansaba en el seno de su familia, miéntras que se desarrollaban en torno suyo todos los elementos para un drama, el obispo Fonseca veia á menudo á la reina Isabel, pasaba largas horas en la cámara del rey Fernando, y cada una de estas entrevistas era un golpe de muerte que daba al esplendor de España, á la gloria del primero de sus almirantes, á la felicidad doméstica de aquellos sobe-

ranos, que hasta entónces habia recibido á manos llenas los dones de la Providencia.

—¡Ah! Señora, exclamaba Fonseca cuando se hallaba á solas con la reina; comprendo vuestra pena, comprendo las lágrimas que á cada instante surcan vuestros ojos. ¿Qué es la felicidad conyugal, qué es el amor de un pueblo, qué son los triunfos obtenidos en la guerra, qué la satisfaccion de haber arrojado á los infieles del territorio de España y haber colocado donde estaba la Media Luna el signo santo de la Redencion? ¡Ah! Sí; todo esto es grandioso, todo esto aumenta el prestigio del soberano; pero cuando en medio de la alegría del triunfo, en medio da las satisfacciones se pierde al único hijo, á la única esperanza del corazon de una madre, de la dicha de un pueblo, las pasadas alegrías son torcedores, son martirios crueles, y sólo hay tiempo para llorar pérdida tan inmensa.

La reina agradecia aquellas frases que retrataban el verdadero estado de su corazon.

—¡Cuán bueno sois, Fonseca! le decia. Ninguno como vos me comprende, ninguno como vos penetra los misterios del corazon de una madre.

—Yo bien conozco, añadió hábilmente Fonseca, que vuestra majestad desearia que participase de los mismos sentimientos el rey don Fernando, mi señor. Grandes consuelos recibiria vuestra alma si en vez de vivir apartado de vos vuestro augusto esposo, pasara las horas en vuestra compañía, recordando las esperanzas y los proyectos, patrimonio de dias màs felices. Pero los hombres, mucho más cuando ciñen una corona á sus sienes, tienen otros deberes que cumplir.

Hay ocasiones en las que, preocupado con los altos negocios de la nacion, parece que el rey ha olvidado por completo la muerte de su hijo. La gloria le seduce; las guerras que sostiene le preocupan.... ¡Oh! Pero yo estoy seguro de que, aunque no lo manifiesta, en el fondo de su alma tiene siempre un recuerdo para su hijo.

Y de este modo, haciendo ver á la reina que nunca hablaba el rey del infante don Juan, que sólo ambicionaba la gloria y la sed de conquistas absorbia su imaginacion, le presentaba á sus ojos como un hombre sin alma, egoista, insensible, y aumentaba el dolor de la esposa y de la madre.

Distinto era el sistema que empleaba con don Fernando.

Fonseca estaba convencido de que los países descubiertos encerraban en sus entrañas inagotables riquezas.

Pero no queria que volviese Colon á ocupar el puesto que habia desempeñado.

Queria que la última impresion que produjera en la India fuera la que habia causado su llegada á la metrópoli cargado de cadenas.

Por sus conversaciones con el rey pudo convencerse de que don Fernando, al ver que el rey de Portugal y el rey de Inglaterra enviaban contínuamente expediciones marítimas en busca de países nuevos, deseaba ensanchar las conquistas iniciadas por Colon, y necesitaba para conseguir su objeto halagar sus esperanzas, porque al mismo tiempo que las halagaba podria influir en su ánimo, demostrándole que no era ya el almirante la persona que debia gobernar sus Estados de allende el mar.

De acuerdo los dos en que era necesario conservar los países descubiertos:

—Idead, dijo el rey á Fonseca, el medio de organizar la administracion de las colonias.

Fonseca sometió su plan al monarca.

—En mi opinion, le dijo, convendria nombrar varios alcaldes para que administrasen todos los grupos de poblacion es

tablecidos y que se establezcan, dependientes de un gobierno general, que puede radicar en Santo Domingo.

Fonseca dió esta organizacion para aumentar la importancia del cargo que hasta entónces habia desempeñado Colon, y para que sufriera su amor propio al ver que desde el momento en que se elevaba á mayor altura el cargo que habia desempeñado, no le consideraban los reyes con las condiciones necesarias, con la capacidad conveniente para desempeñarle.

—Organizada así la administracion, dijo el rey á Fonseca, tendrá que volver á su puesto Colon.

—Tales parecen los deseos de su majestad la reina, y bien merece el almirante esa rehabilitacion. Pero la verdad es que un cargo de esa especie, que tan omnímodos poderes necesita el que represente en las Indias á vuestras majestades, debe exigir al agraciado algun vínculo con la corona, algun vínculo con el país, y al fin y al cabo los Colones son extranjeros, no sienten el orgullo nacional, y sobre todo hay que tener presente una cosa: los contratos que el almirante ha hecho con vuestras majestades son onerosos para la corona de España.

—Eso es muy cierto.

—Al concederle vuestras majestades la proteccion que imploraba para emprender su viaje de exploracion, nada más natural que ofrecerle grandes ventajas, porque al fin y al cabo no se sabia si fracasaria su empresa. No seré yo quien aconseje que no se cumplan los tratados hasta ahora, pero en lo sucesivo deben modificarse.

En efecto: nadie podia presumir la extension de los países que se ocultaban en medio del Océano, ni los tesoros que encerraban en sus entrañas.

—De no poner coto á las prerogativas que le han concedido vuestras majestades, puede llegar con su importancia á

ser, despues de vuestras majestades, la primera persona de España, y esto no lo verian con gusto los nobles, que á fuerza de heróicas hazañas y de costosos sacrificios han ganado los puestos que hoy disfrutan en la corte.

—Con efecto; los contratos deben revisarse, deben modificarse en un sentido más equitativo.

—En un sentido, añadió Fonseca, que pueda impedir al almirante que vuelva algun dia á regir los destinos de las colonias, á olvidar sus deberes, proclamándose soberano de aquellos países, y arrebatando á la corona de España una de sus mejores joyas.

Esta idea, que no se le habia ocurrido al monarca, acabó de decidirle á oponer toda clase de obstáculos á la rehabilitacion del almirante.

—No volverá á ser gobernador de Santo Domingo, dijo el rey.

Fonseca tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su alegría.

Convino con el rey en que debian fomentar la pasion de los descubrimientos que en todos los marinos de España se habia despertado, y el rey decidió, entre tanto, oponerse con habilidad, con resistencia pasiva á que se devolviesen à Colon las dignidades y privilegios que se le habian otorgado, y de los que no podian despojarle por ningun concepto.

CAPITULO X.

—

Protextos especiosos.

El rey llegó á identificarse con Fonseca en las cuestiones de las Indias.

Pero la reina insistia en cumplir la palabra que habia dado al almirante, y su esposo, aunque hábil y astuto, necesitaba del auxilio de Fonseca para convencer á la reina, porque no queria disgustarla, hallándose, como se hallaba, enferma y triste.

Colon insistió cerca de los monarcas para que apresurasen su rehabilitacion.

—¿Qué hacer? dijo el rey á Fonseca.

Fonseca figuró que improvisaba lo que ya habia pensado hacia tiempo.

A las peticiones del almirante contestó el rey en estos términos:

—No dudeis, mi buen amigo, dijo á Colon, que los deseos de la reina y los mios son rehabilitaros á los ojos de los habitantes de las colonias, porque á los nuestros y á los de la España entera lo estais ya. Pero las noticias que se reciben demuestran que conviene aplazar vuestra marcha. Bobadilla tiene amigos y adversarios. Estos y aquellos están divididos en fracciones, que se disputan palmo á palmo los destinos, el oro, las tierras, todo. Si volvieseis, los que os abandonaron al creeros en la desgracia, temerosos de que les castigueis, serán capaces de colocarse al lado de Bobadilla, y de aumentar las desventuras de la colonia con una guerra civil.

No sois vos el primero que debe reemplazar à Bobadilla. Nosotros le castigaremos por sus abusos; le despojaremos de los títulos que ha usurpado ante los mismos que han presenciado los ultrajes de que os ha hecho víctima; pero ni vos quereis desempeñar el cargo de ejecutor de nuestros designios, porque apareceriais ser entónces el instrumento de vuespropia venganza, ni conviene al prestigio y á la grandeza que deseo para vos, la mision de poner coto á los desórdenes de los colonos.

Es necesario que os preceda otra persona de confianza y energía; otro alto funcionario que limpie la isla de los rebeldes, de los descontentos, de los miserables que la pueblan y cuanto todo esté en calma, cuando la paz se restablezca en aquellos dominios, vos, que habreis ido à descubrir nuevas tierras para mi corona, recibireis la órden de presentaros à recoger el fruto de la paz.

Las razones que alegaba el monarca eran poderosas, y no podian ménos de convencer à Colon.

En efecto, por nada del mundo queria ser el verdugo de Bobadilla.

La nobleza de su corazon le decia que si se encargaba de semejante mision, tendria que aparecer de nuevo su generosidad como flaqueza de ánimo, como pobreza de espíritu.

Y como al mismo tiempo le ofrecia el monarca darle una escuadra para que emplease el tiempo que tardase en pacificar la isla en proseguir sus exploraciones, halagadas sus esperanzas, cayó en la red que le tendió Fonseca, y consintió, sin formular una sola reclamacion, que se designase una persona para reemplazar á Bobadilla, castigarle y castigar á los rebeldes.

Por insinuacion de Fonseca; que ya de acuerdo con el rey obraba más francamente, se nombró á don Nicolás de Ovando, comendador de Lares, y caballero de la Orden de Alcántara, para que reemplazase á Bobadilla.

Era don Nicolás de Ovando hombre que disfrutaba fama de prudente.

Dotado de gran inteligencia, la severidad de su carácter no impedia que rindiese culto á la justicia.

Hé aquí como le pintan los historiadores de su época:

«Era de mediana talla, de color blanco, con barba roja, y aire modesto, pero imponente.

«Dotado de la mayor prudencia, y con condiciones para gobernar á muchas gentes, sóbrio en la vida doméstica, y tan humilde, que cuando llegó á ser maestre de la Orden de Alcántara no permitió jamas que le diesen el título, ni que le hiciesen los honores que correspondian à su empleo.»

Esta pintura favorece demasiado al original.

Los actos de su gobierno son el reverso de la medalla.

Pero por de pronto pareció al rey tal como le pintaban los historiadores, y fué nombrado para reemplazar á Bobadilla.

Fonseca penetraba á través de la apariencia de Ovando, y comprendia que al desempeñar la mision que se le confiaba, terminaria la obra que con tanto afan venia realizando.

A las súplicas que habia dirigido Colon á los reyes para que le facilitasen los medios de emprender su cuarto viaje de exploracion, y empleando el tiempo que tardase Ovando en pacificar la isla en aumentar los descubrimientos, en añadir nuevas joyas á la corona de España, le habian contestado que hasta que saliese el nuevo gobernador no podian dedicar su atencion á las pretensiones del almirante.

Hasta cierto punto, las razones en que se apoyaban para aplazar su marcha eran justas.

Pero conociendo Fonseca cuànto sufria el almirante en la ociosidad, no solo retardaba la partida de Ovando, sino que se complacia en dar noticia á Colon de los desastres que ocasionaba en la colonia la conducta de Bobadilla.

Comunicándole estas nuevas aparentaba cumplir un deber de cortesía, y lograba su objeto, que era el de agravar la desesperacion del ilustre marino.

Por otra parte, cuanto màs tardaba en despachar á Ovando, mayores eran los conflictos que habia en las Indias, y como le halagaba la ruina de aquellos países que los reyes de España debian á su enemigo, experimentàba una secreta y profunda alegría.

Pero los buques que llegaban de la Española traian noticias que hacian necesaria la partida del nuevo gobernador, y hubo un momento en el que la reina puso el mayor empeño en que cuanto ántes saliese Ovando á poner remedio á los grandes males que la administracion de Bobadilla ocasionaba.

En una de las expediciones parciales habia salido de España, para defender la fe en aquellos apartados países, un misionero jóven y dotado de gran inteligencia.

Más tarde habia de dejar su nombre á la posteridad con la aureola de la caridad.

Aquel misionero era el padre Las Casas, que fué la Providencia de los indios, que fué su más constante defensor, su mejor amigo, su paño de lágrimas.

Al llegar á la colonia, el espectáculo que presenció despertó la más viva piedad en su ánimo, y á pesar de vivir en humilde esfera, penetrado de los buenos sentimientos de la reina, escribió una carta, en la que le dió cuenta del lastimoso estado en que por la conducta de los que mandaban en la colonia se hallaba esta.

Una breve reseña de lo que habia pasado demostrará al lector cuánta necesidad habia de que Bobadilla fuese reemplazado, y de que se enviasen á la colonia auxilios morales y materiales para sacarla de la postracion en que estaba.

Bobadilla no se habia detenido en la peligrosa senda por donde habia empezado á caminar desde el momento en que habia llegado á la colonia.

Le hemos visto arrojarse en brazos de los rebeldes; le hemos visto colmarlos de beneficios, engrandecerlos, porque su grandeza redundaba en menoscabo de Colon; le hemos visto halagar las malas pasiones de la muchedumbre para adquirir popularidad.

Estos primeros pasos, demasiado rápidos, debian encerrarle naturalmente en el estrecho círculo en que se colocan los que van demasiado de prisa en sus aspiraciones.

A los pocos dias de su llegada, reinaba en la isla el desórden, la insubordinacion.

En vez de impedir los estragos, los aumentaba con su conducta débil y tristemente conciliadora.

Contemporizaba con todo el mundo, por triunfar del presente sacrificaba el porvenir, y de error en error, de debilidad en debilidad, llegó á formar el caos en torno suyo.

Desmoralizados los colonos, para obtener algo de ellos tenia que halagar su codicia y vender las granjas y heredades de la corona para dar á entender que no querian los reyes enriquecerse, que su único deseo era que los descubrimientos redundasen en beneficio de sus vasallos.

Amplió el permiso que habia concedido á todos para que pudieran explotar las minas libremente, y rebajó, como ya se dijo, la contribucion de los colonos, que consistia en la tercera parte de lo que recogiesen á la undécima.

Pero como no tenia que contentar únicamente à los que

estaban à su lado, como necesitaba justificar todas las medidas que tomaba á los ojos de los reyes, como queria aparecer en la corte como màs inteligente, como más activo que el almirante, necesitaba enviar crecidas cantidades de oro á España, y de este deseo nació la persecucion más odiosa, más indigna, más infame que hasta entónces habian experimentado los pobres indios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XI.

Crueldad.

Conviene fijar la atencion de los lectores en el cuadro que presentaba la isla en aquellos momentos, indicando ademas las instrucciones que dieron los reyes á Ovando, porque de este modo se verá la influencia que tenian los gobernantes en los países que se ponian bajo su tutela.

Bobadilla puede ser citado entre los más horribles tiranos.

Que lo fueran algunos de los emperadores de Roma, sensible es; pero al fin y al cabo luchaban con gente que deseaba su ruina.

Pero Bobadilla no tenia enfrente más que pobres y abatidos indios, sin armas, sin odio ya, porque el dolor les impedia experimentar este sentimiento.

Su crueldad es un padron de ignominia para su nombre.

Necesitaba un tremendo castigo, un castigo que la Providencia debia darle, como veremos á su tiempo.

Para satisfacer las pasiones livianas de los colonos, para congratularse al mismo tiempo con los suyos, obligó á los caciques á proporcionar indios que, trabajando en las minas y en el cultivo de los campos, ayudasen á los españoles.

Para llevar á cabo esta medida numeró los indios, los dividió en grupos, y los distribuyó entre los colonos, segun las simpatías que les inspiraban, y generalmente obedeciendo solo á su capricho.

Los colonos á su vez se organizaron en parejas, y de los que las formaban, el uno se dedicaba á las faenas agrícolas, miéntras el otro cultivaba los campos, ayudados siempre po los indios que tenian á sus órdenes.

Bobadilla solo deseaba que las minas produjesen mucho oro, y contínuamente decia á los colonos:

—Aprovechad cuanto podais este tiempo, porque nadie sabe lo que durará.

Lo que prueba que su conciencia le decia que perderia pronto su mando por los desafueros que habia cometido.

Los colonos, interesados en obedecerle, abusaron tanto de los indios, que apénas les dejaban descansar un momento, en términos que el undécimo proporcionaba mayores rendimientos á la corona que el tercio durante la administracion del almirante.

Entre tanto, sufrian los infelices indígenas toda clase de crueldades por parte de sus inhumanos dueños.

Poco habituados al trabajo, débiles de constitucion, y acostumbrados en su hermosa y rica isla á una vida libre y descuidada, estaban agobiados por las faenas y la severidad con que á ellas se les obligaba.

Las Casas pinta indignado la tiranía caprichosa que usaban con los indios algunos malvados españoles, entre los cuales habia muchos que habian venido convictos de los calabozos de Castilla.

Estos miserables, que eran en su país los más viles, tomaron el tono de principales caballeros.

Decian que necesitaban los sirviesen y acompañasen grandescomitivas de criados.

Se apoderaban de las hijas y parientes de los caciques, haciéndolas sus criadas, ó más bien sus concubinas, sin limitar el número de és tas.

Cuando viajaban, en vez de usar de sus caballos y mulas, hacian que los naturales los trasportasen en hombros, en literas ó hamacas, y que fuesen otros con quitasoles de palma defendiéndolos del sol, y otros abanicándoles con plumas.

Las Casas añade que vió las espaldas y los hombros de los desventurados indios chorreando sangre, despues de aquel vil é ímprobo trabajo.

Cuando estos arrogantes señores llegaban de dos en dos á un lugar indio, consumian las provisiones de los habitantes, tomando cuanto agradaba á su capricho, y obligando á los caciques y á sus súbditos á bailar delante de ellos para divertirlos.

Hasta sus placeres eran crueles.

Hablaban á los indios en los términos más degradantes, y á la menor ofensa, á la menor falta de humildad que mostrasen, les daban golpes, azotes y hasta la muerte.

Este es un pálido bosquejo de los males que resultaron del débil gobierno de Bobadilla, y que Las Casas describe lastimosamente, por observacion material, habiendo visitado la isla al fin de su administracion.

Bobadilla confiaba en que una inmensa cantidad de oro, arrancada de las miserias de los naturales, compensaria todos los errores y le aseguraria el favor de los soberanos.

Pero estaba equivocado.

Los abusos de su gobierno llegaron al trono, y las penalidades de los naturales destrozaron el corazon benévolo de Isabel.

Nada podia causarle mayor indignacion, y por lo mismo hizo todo lo posible para apresurar la salida de Ovando, y poner fin á aquellas enormidades.

En conformidad con el plan ántes indicado, el gobierno de Ovando se extendia á las islas y tierra firme, de que la Española debia ser metrópoli.

Debia entrar como procurador en el ejercicio de sus poderes desde el momento en que llegase, mandando á Bobadilla á España al regresar la flota.

Se le mandó que investigase diligentemente los últimos abusos, castigando á los delincuentes sin favor ni parcialidad, y expulsando de la isla toda persona turbulenta.

Debia revocar inmediatamente la licencia dada por Bobadilla para acopiar oro, pues no tenia sancion real, exigiendo la tercera parte de todo el que se encontrase junto, y la mitad del que se recogiese en lo sucesivo.

Llevaba poder para fundar ciudades, concediendo á estas los privilegios que gozan las corporaciones municipales de España, y obligando á los españoles, y en particular á los soldados, á residir en ellas, en vez de vagar dispersos por la isla.

Entre muchas medidas sábias, habia algunas antiliberales, características de una época en que los principios de comercio estaban aún mal entendidos; pero que continuaron en España mucho tiempo despues que las demas naciones del mundo las hubieron abolido como errores de una edad de ingnorancia y tinieblas.

Nadie podia llevar mercancías por su propia cuenta.

Habia nombrado un factor real, único comerciante de quien se podia obtener artículos europeos.

La corona no sólo se reservaba la propiedad exclusiva en las minas, sino en las piedras preciosas, demas objetos de gran valor y palo del Brasil.

A ningun extranjero, y sobre todo á ningun moro ni judío, se le permitia establecerse en la isla ni hacer viajes de descubrimientos.

Isabel tuvo especial esmero en que se diese buen tratamiento á los indios.

Ovando llevaba órden de reunir á los caciques y declararles

que los soberanos los recibian á ellos y á sus gentes bajo una proteccion especial.

Sólo pagarian tributo como los otros súbditos de la corona, y este se exigiria con suavidad y blandura.

Debia cuidarse mucho de su instruccion religiosa, para cuyo propósito iban doce franciscanos con un prelado, llamado Antonio de Espinal, hombre venerable y piadoso.

Esta fué la primera introduccion formal de la órden de San Francisco en el Nuevo Mundo.

Todas las anteriores medidas en favor de los naturales quedaron paralizadas por una indiscreta cláusula.

Se permitia obligar á los indios á trabajar en las minas y otras ocupaciones; pero sólo para el servicio real.

Miéntras los soberanos hacian reglamentos para el alivio de los indios, favorecian una cruel infraccion de los derechos y felicidad de otra raza de hombres.

Entre los varios decretos de aquel tiempo, se encuentran las primeras medidas adoptadas para la esclavitud de los negros en el Nuevo Mundo.

Se permitia llevar á la colonia esclavos negros nacidos entre cristianos; esto es, esclavos nacidos en Sevilla y otras partes de España, hijos y descendientes de la costa atlántica africana, donde los españoles y portugueses habian sostenido por algun tiempo aquel tráfico.

Hay que observar que la Española, el primer lugar del Nuevo Mundo en que se cometió este pecado contra la humanidad y la naturaleza, ha sido tambien el primero en insurreccionarse de una manera espantosa.

¡Justa expiacion de los abusos cometidos en aquella tierra vírgen por los españoles!

Entre los varios asuntos que reclamaban la atencion de los soberanos, no quedaron olvidados los intereses de Colon.

Se mandó á Ovando que examinase todas sus cuentas, sin pagarlas por él mismo.

Debia averiguar las pérdidas que habia sufrido por su prision, confiscacion de bienes é interrupcion de funciones. Toda la propiedad usurpada por Bobadilla debia devolvérsele, y si estaba vendida indemnizarle.

Si se habia empleado en el servicio real, el tesoro debia pagársela; si Bobadilla se la habia apropiado, debia responder de ella con sus bienes particulares.

Las mismas providencias se tomaron para indemnizar á los hermanos del almirante de las pérdidas que injustamente habian sufrido por su prision.

Colon debia tambien recibir los atrasos de sus sueldos, y ser en lo sucesivo pagado puntualmente.

Se le permitió tener un factor en la isla, que presenciase la fundicion y sello del oro, recogiese su parte y atendiese á todos sus negocios.

Para este empleo señaló á Alonso Sanchez de Carvajal, y los soberanos mandaron que aquel agente fuese tratado con el mayor respeto.

La escuadra que debia conducir á Ovando á su gobierno, era la mayor que hasta entónces habia salido para el Nuevo Mundo.

Se componia de treinta bajeles, cinco de noventa á ciento cincuenta toneladas; veinticuatro carabelas de treinta á noventa, y una barca de veinticinco.

Iban en la flota màs de dos mil quinientas personas, entre ellas muchas principales, que llevaban sus familias.

Para que Ovando pudiese presentarse con la dignidad que requeria su nuevo empleo, se le permitió el uso de sedas, brocados, piedras preciosas y otros adornos suntuosos prohibidos entónces en España, á consecuencia de la ostentacion excesiva de la nobleza.

Se le autorizó ademas para llevar una guardia particular de veinte escuderos, entre ellos diez de á caballo.

Salió con la expedicion don Alonso Maldonado, como alguacil mayor, para reemplazar á Roldan, que debia ser enviado á España.

Iban tambien artistas de todas clases; un médico, un boticario, un cirujano y veinte hombres casados, con sus familias, todos de respetable carácter, que habian de distribuirse en cuatro ciudades, y gozar varios privilegios para formar la base de una poblacion sana y útil.

Debian salir de la isla otros tantos individuos disolutos y ociosos.

Esta excelente medida fué aconsejada por Colon.

Tambien iban ganados y aves, artillería, armas y municiones de todas clases; todo, en fin, cuanto se requeria para el servicio de la isla.

De esta manera, Ovando, favorito del rey y súbdito natural suyo, de distinguida categoría, tomó el gobierno que se arrebataba á Colon.

La flota salió el 13 de Febrero de 1502.

Al comenzar el viaje sufrió una terrible tormenta, en que se sumergió un bajel con ciento veinte pasajeros; los otros se vieron obligados á arrojar al mar cuanto llevaban sobre cubierta.

Se vieron por las costas españolas esparcidos los efectos de la escuadra, y se extendió el rumor de que todos los buques se habian perdido.

Cuando tuvieron conocimiento de estas noticias los soberanos, se apesadumbraron tanto, que durante ocho dias no quisieron recibir á nadie.

El rumor fué infundado.

Sólo se habia perdido un buque.

Los otros se reunieron en la isla de la Gomera, y continuando su viaje, llegaron el 15 de Abril à la isla de Santo Domingo.

CAPITULO XII.

Un proyecto generoso.

El almirante, á pesar de estar convencido de que no debia ir á la isla á reemplazar à Bobadilla, veia con pena los grandes preparativos que se hacian para la partida de Ovando.

Sólo mitigaba algun tanto su pena el amor de sus hijos, la felicidad que sonreia á Isabel, la veneracion y el respeto con que le trataba Villejo.

Pensaba que aquella felicidad que habia en torno suyo era un premio que daba Dios á sus buenos sentimientos, y para tranquilizarse más y más y hallar consuelo á los pesares que sufria, buscaba los amantes brazos de la religion, y en ellos reposaba su ardorosa frente, para que de aquel dulce sueño brotasen en su espíritu nuevas ilusiones.

Ocho meses hacia ya que estaba en Granada, y en este tiempo habia entablado cariñosas relaciones con el padre Gorricio, fraile muy ilustrado y muy piadoso, gran admirador de Colon y verdadero amigo suyo apénas comprendió las nobles prendas de que estaba adornado.

Dos grandes ideas, que habian llegado á ser sentimientos, habian constituido, por decirlo así, la vida de Cristóbal Colon: el descubrimiento del Nuevo Mundo y el rescate del Santo Sepulcro.

Mis lectores recuerdan que esta segunda idea nació en su alma durante el sitio de Granada, cuando se presentaron á

Se le autorizó ademas para llevar una guardia particular de veinte escuderos, entre ellos diez de á caballo.

Salió con la expedicion don Alonso Maldonado, como alguacil mayor, para reemplazar á Roldan, que debia ser enviado á España.

Iban tambien artistas de todas clases; un médico, un boticario, un cirujano y veinte hombres casados, con sus familias, todos de respetable carácter, que habian de distribuirse en cuatro ciudades, y gozar varios privilegios para formar la base de una poblacion sana y útil.

Debian salir de la isla otros tantos individuos disolutos y ociosos.

Esta excelente medida fué aconsejada por Colon.

Tambien iban ganados y aves, artillería, armas y municiones de todas clases; todo, en fin, cuanto se requeria para el servicio de la isla.

De esta manera, Ovando, favorito del rey y súbdito natural suyo, de distinguida categoría, tomó el gobierno que se arrebataba á Colon.

La flota salió el 13 de Febrero de 1502.

Al comenzar el viaje sufrió una terrible tormenta, en que se sumergió un bajel con ciento veinte pasajeros; los otros se vieron obligados á arrojar al mar cuanto llevaban sobre cubierta.

Se vieron por las costas españolas esparcidos los efectos de la escuadra, y se extendió el rumor de que todos los buques se habian perdido.

Cuando tuvieron conocimiento de estas noticias los soberanos, se apesadumbraron tanto, que durante ocho dias no quisieron recibir á nadie.

El rumor fué infundado.

Sólo se habia perdido un buque.

Los otros se reunieron en la isla de la Gomera, y continuando su viaje, llegaron el 15 de Abril à la isla de Santo Domingo.

CAPITULO XII.

Un proyecto generoso.

El almirante, á pesar de estar convencido de que no debia ir á la isla á reemplazar à Bobadilla, veia con pena los grandes preparativos que se hacian para la partida de Ovando.

Sólo mitigaba algun tanto su pena el amor de sus hijos, la felicidad que sonreia á Isabel, la veneracion y el respeto con que le trataba Villejo.

Pensaba que aquella felicidad que habia en torno suyo era un premio que daba Dios á sus buenos sentimientos, y para tranquilizarse más y más y hallar consuelo á los pesares que sufria, buscaba los amantes brazos de la religion, y en ellos reposaba su ardorosa frente, para que de aquel dulce sueño brotasen en su espíritu nuevas ilusiones.

Ocho meses hacia ya que estaba en Granada, y en este tiempo habia entablado cariñosas relaciones con el padre Gorricio, fraile muy ilustrado y muy piadoso, gran admirador de Colon y verdadero amigo suyo apénas comprendió las nobles prendas de que estaba adornado.

Dos grandes ideas, que habian llegado á ser sentimientos, habian constituido, por decirlo así, la vida de Cristóbal Colon: el descubrimiento del Nuevo Mundo y el rescate del Santo Sepulcro.

Mis lectores recuerdan que esta segunda idea nació en su alma durante el sitio de Granada, cuando se presentaron á

pedir el auxilio de los reyes los frailes que llegaron de Jerusalen, y en cuya compañía partió Martin Carrasco.

Desde entónces, á su deseo de arrancar sus secretos al Océano, de hallar en las desconocidas tierras que presumia y adivinaba ricos tesoros, se unia en él el de emplear aquellas riquezas que adquiriese en formar y sostener una gran cruzada, que al mando suyo se dirigiese á Jerusalen y arrebatase de las manos de los infieles aquellas preciosas reliquias, que eran la verdadera ejecutoria de la humanidad cristiana.

Hizo voto Colon de realizar este designio; pero como sus triunfos no habian sido tan fáciles, como se habia empeñado en luchas tan difíciles y tan dolorosas, como apénas le habia bastado el tiempo para destruir los lazos que la envidia y la mala fe le habian tendido á cada instante, habia tenido que renunciar á sus generosos propósitos, aplazándolos para cuando estuvieran satisfechas sus aspiraciones.

—¡Ah! exclamaba á veces. Si yo pudiera coronar mi obra conquistando la tierra Santa. ¡Qué mayor ventura para mí! ¡Qué mayor gloria para mis hijos!....

Animóle el padre Gorricio en esta empresa, que era en extremo grata, y le ofreció contribuir por su parte, empleando toda su influencia en la realizacion de sus designios.

Resuelto á emplear el tiempo que tardasen los reyes en devolverle su antiguo empleo en llevar á cabo tan piadosa y noble empresa, se entregó á un profundo estudio.

En los libros de los Santos Padres, en las Sagradas Escrituras, en las conversaciones con los mejores teólogos de Granada, buscó revelaciones que pudiesen aparecer como base del descubrimiento del Nuevo Mundo, de la conversion de los idólatras y del rescate del Santo Sepulcro.

Con ayuda del padre Gorricio reunió todos los datos que pudo adquirir con este fin, formó un libro que no era más que

una recopilacion de los argumentos favorables á sus designios, y presentó á los reyes aquel trabajo, acompañado de una carta, en la que les pedia licencia para fundar una cruzada que arrebatase de las manos de los gentiles la posesion de los Santos Lugares.

Con verdadera fe manifestaba en aquella súplica hallarse convencido de que el cielo le habia escogido para llevar á cabo aquella obra, del mismo modo que le habia impulsado á descubrir el Nuevo Mundo,

—Animado por este sentimiento, añadia, vine á vuestras majestades; todos los que oyeron mi proyecto se mofaron de él. Todas las ciencias que sabia no me aprovecharon de nada. Siete años pasé en vuestra corte disputando el caso con personas de mucha autoridad y doctas en las artes y en las ciencias, y al fin dicidieron que todo era vano.

»Solo en vuestras majestades hallé fe y constancia.

»¿Quién dudará en calificar de divina aquella luz de las Santas Escrituras que iluminó á vuestras majestades y á mí con rayos de maravilloso lustre?»

Colon atribuia á inspiracion divina sus proyectos, y pensaba que el descubrimiento de las Indias habia sido un medio, una proporcion para la grande empresa de la conquista del Santo Sepulcro, que era su verdadera mision. (A)

La reina llamó á Colon y le oyó largamente.

Todas las ideas del ilustre marino hallaban eco en el corazon de aquella generosa mujer.

Pero la empresa que queria acometer el almirante era superior, muy superior á los recursos con que contaba por entónces la corte de España.

Las Indias no habian dado aún lo bastante para indemnizar lo que habia costado su descubrimiento.

—Vuestra idea es sublime, dijo la reina al almirante; pero,

aunque á pesar mio, es necesario aplazar su realizacion. Vos acometereis esa empresa, si Dios quiere; pero, ántes es preciso que, insistiendo en vuestro propósito, consigais que las Indias nos faciliten los medios de complaceros.

—¿Y he de permanecer ocioso todo este tiempo?

—No; muy en breve tendreis á vuestra disposicion algunas embarcaciones para intentar un nuevo viaje de exploracion. Entre tanto, don Nicolás de Ovando hará caer el rigor de la ley sobre los culpables; la isla se pacificará, y volvereis á ella para que se cumpla la palabra que os hemos dado.

—Viejo soy ya, dijo Colon, y es fácil que no lleguen mis ideas adonde deseo.

—Dios lee en el alma, exclamó la reina.

—¡Cúmplase su voluntad! dijo con resignacion el almirante.

Y aunque no renunció á su grandiosa idea, creyó que en efecto era más oportuno por entónces volver al Golfo de Pária, buscar la Tierra Firme, extender por allí las conquistas de la corona de Castilla, regresar á la colonia y conducirla á la prosperidad, y si sus dolencias y sus años se lo permitian, y el éxito de su empresa le facilitaba los medios, ilustrar el último período de su vida con la conquista de los Santos Lugares.

CAPITULO XIII.

El cuarto viaje.

Los recientes viajes que habia hecho Vasco de Gama doblando el cabo de Buena Esperanza, y Pedro Alvarez Cabral volviendo al Occidente con sus embarcaciones cargadas de preciosas mercancías, unido á los comentarios que se hacian en todas partes acerca de los diamantes y piedras finas que se hallaban en las minas del Indostan, del oro, de las perlas, de la plata, del ámbar, del marfil y la porcelana, de las sedas, maderas, gomas, especias y esencias de la China, inspiraba al almirante grandes deseos de ir más allá que los más célebres viajeros portugueses, á coronar su obra con el descubrimiento de países que en mayor abundancia ofrecieran estas preciosidades.

Sus propias observaciones que hizo en el golfo de Pária, las noticias que tuvo por otros navegantes, y especialmente por Rodrigo Bastidas, que habia avanzado más que él por el mismo camino, le hicieron pensar que la costa de Tierra Firme se extendia hácia el Oriente.

Creia ademas que se dilataba por el mismo lado la del Sur de Cuba, que habia considerado en todo tiempo como parte del continente asiático.

Estos datos le impulsaban á creer que entre aquellas dos costas habia un estrecho que abria paso al mar Indico.

Habló á los reyes, les comunicó sus creencias, y les pintó con vivos colores el éxito que se prometia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aunque á pesar mio, es necesario aplazar su realizacion. Vos acometereis esa empresa, si Dios quiere; pero, ántes es preciso que, insistiendo en vuestro propósito, consigais que las Indias nos faciliten los medios de complaceros.

—¿Y he de permanecer ocioso todo este tiempo?

—No; muy en breve tendreis á vuestra disposicion algunas embarcaciones para intentar un nuevo viaje de exploracion. Entre tanto, don Nicolás de Ovando hará caer el rigor de la ley sobre los culpables; la isla se pacificará, y volvereis á ella para que se cumpla la palabra que os hemos dado.

—Viejo soy ya, dijo Colon, y es fácil que no lleguen mis ideas adonde deseo.

—Dios lee en el alma, exclamó la reina.

—¡Cúmplase su voluntad! dijo con resignacion el almirante.

Y aunque no renunció á su grandiosa idea, creyó que en efecto era más oportuno por entónces volver al Golfo de Pária, buscar la Tierra Firme, extender por allí las conquistas de la corona de Castilla, regresar á la colonia y conducirla á la prosperidad, y si sus dolencias y sus años se lo permitian, y el éxito de su empresa le facilitaba los medios, ilustrar el último período de su vida con la conquista de los Santos Lugares.

CAPITULO XIII.

El cuarto viaje.

Los recientes viajes que habia hecho Vasco de Gama doblando el cabo de Buena Esperanza, y Pedro Alvarez Cabral volviendo al Occidente con sus embarcaciones cargadas de preciosas mercancías, unido á los comentarios que se hacian en todas partes acerca de los diamantes y piedras finas que se hallaban en las minas del Indostan, del oro, de las perlas, de la plata, del ámbar, del marfil y la porcelana, de las sedas, maderas, gomas, especias y esencias de la China, inspiraba al almirante grandes deseos de ir más allá que los más célebres viajeros portugueses, á coronar su obra con el descubrimiento de países que en mayor abundancia ofrecieran estas preciosidades.

Sus propias observaciones que hizo en el golfo de Pária, las noticias que tuvo por otros navegantes, y especialmente por Rodrigo Bastidas, que habia avanzado más que él por el mismo camino, le hicieron pensar que la costa de Tierra Firme se extendia hácia el Oriente.

Creia ademas que se dilataba por el mismo lado la del Sur de Cuba, que habia considerado en todo tiempo como parte del continente asiático.

Estos datos le impulsaban á creer que entre aquellas dos costas habia un estrecho que abria paso al mar Indico.

Habló á los reyes, les comunicó sus creencias, y les pintó con vivos colores el éxito que se prometia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Deslumbrados los reyes por aquella promesa, y hasta el mismo Fernando, que si no profesaba un gran afecto á Colon, tenia el mejor concepto de su pericia y su buena fe, se dispuso à ayudarle.

Fonseca y sus parciales trataron de disuadir á los soberanos.

— No seria justo, contestó la reina, negar á Colon, á quien tanto debemos, unos cuantos bajeles despues de haber ofrecido á Ovando una escuadra tan magnífica como la que ha llevado á las colonias.

A este sentimiento de justicia en la reina se unia en el rey el deseo de hallar un camino directo á los países que los portugueses empezaban á explorar con tan buenos resultados.

En aquella ocasion triunfó el prestigio del almirante, y los reyes autorizaron à Colon para armar una escuadra con el objeto de descubrir el estrecho que habia de conducir directa y rápidamente á los españoles hasta las espléndidas ciudades del Oriente.

Animado por esta concesion, se dispuso á partir para Sevilla con el objeto de apresurar los preparativos del viaje.

Antes consagró algun tiempo á arreglar sus papeles.

La mayor parte de ellos los confió al padre Gorricio.

Despues escribió una larga carta al papa Alejandro VII, manifestándole que habia decidido ir á Roma para darle detallada cuenta de sus viajes y de sus proyectos, y los motivos que le habian impulsado á llevar á cabo aquella determinacion.

Confiábale tambien que el móvil que le habian impulsado á acometer aquellas empresas, era destinar las riquezas que en ellas adquiriese al rescate del Santo Sepulcro.

Le anunciaba su próximo viaje, y le prometia á su vuelta ir à Roma para referirle los pormenores de la expedicion.

Llegó el momento para Colon de separarse de sus hijos, y Fernando, que no queria estar presente cuando se celebraran las bodas de Isabel con Villejo, rogó á su padre que le permitiese acompañarle.

Bartolomé tambien queria compartir con él los azares de la nueva expedicion.

Antes de despedirse de los reyes les suplicó, y obtuvo el permiso competente, para que le acompañaran su hijo y su hermano.

Diego continuó al servicio de la reina para velar por su padre y destruir las maquinaciones de sus enemigos.

Colon queria detenerse en la Española, y manifestó sus deseos à los reyes.

Instigados estos por Fonseca se lo prohibieron, concediéndole únicamente permiso para que al regresar de su viaje se detuviese en la isla el tiempo suficiente para tomar provisiones.

Emplearon al servicio del almirante tres personas instruidas en la lengua árabe para que le sirviesen de intérpretes cerca del Gran Kan, y ademas confirmaron todos los privilegios que le habian otorgado ántes, asegurándole solemnemente que sus capitulaciones se cumplirian y que disfrutaria de todas las dignidades que le habian concedido, pudiendo trasmitirlas á sus hijos por herencia.

Colon autorizó á su hijo Diego para que le representase en España, y partió á Sevilla.

En aquella ciudad hizo los preparativos, y empleó el tiempo en asegurar el porvenir de su familia.

Cuentan sus historiadores que mandó sacar dobles copias de todas las cartas, concesiones y privilegios de los soberanos, nombrándole almirante, virey y gobernador de las Indias, como asimismo de los demas documentos que justifica-

ban su conducta; y todos ellos, convenientemente autorizados, los envió á Génova, su patria, como asimismo una carta al Banco de San Jorge de la misma ciudad, destinando la décima parte de sus rentas para que la empleasen en disminuir los derechos del trigo y otros cereales. (B)

A pesar de los esfuerzos que hacia Fonseca para dificultar su marcha, pudo reunir á principios del año 1502 cuatro carabelas, de setenta toneladas la mayor y de cincuenta las más pequeñas.

El número de tripulantes que habia en todas ascendia á ciento cincuenta hombres, entre los que iban algunos protegidos de Fonseca, elementos que debian amargar los últimos dias de la vida de aquel gran hombre.

Al emprender aquel nuevo viaje tenia el almirante sesenta y seis años.

No faltaba á su alma vigor, ardimiento.

Su energía no habia decaido.

Todas sus facultades intelectuales se hallaban en el apogeo.

Pero su cuerpo, debilitado por las enfermedades, por los padecimientos, no podia ofrecer tranquilizadoras esperanzas á los que le querian.

Sin embargo, Colon tenia á su lado à Bartolomé, que podia ser su brazo derecho, y á su hijo, que con su cariño podia ofrecerle dulces consuelos en aquella nueva peregrinacion.

El dia 9 de Mayo salió Colon de Càdiz con su escuadra, despues de despedirse de Inés, de Isabel, de Villejo y su hijo Diego, que fueron hasta allí para poder abrazarle.

La boda de los dos jóvenes debia celebrarse en cuanto regresaran á Granada.

La escuadra se dirigió á las costas de Marruecos y ancló en Ercilla el dia 13.

Despues de detenerse para visitar al jefe de la guarnicion

portuguesa, llegó á la Gran Canaria el 20, y tomando provisiones de agua y leña, salió con viento favorable para el Nuevo Mundo el dia 25, y el dia 15 de Junio llegó á una de las islas caribes.

Detúvose en ella tres dias, pasando al Occidente; despues tocó en la Dominica, llegó por el Oriente de las Antillas hasta Santa Cruz, y por el Sur de Puerto Rico se encaminó á Santo Domingo.

No tenia permiso para seguir aquel rumbo, ni su primitivo plan habia sido seguirle, puesto que deseaba tocar en la Jamáica, explorar las costas del continente y buscar el estrecho.

Pero la mejor de sus carabelas navegaba muy mal y decidió cambiarla por alguna de las que habian servido à Ovando, ó comprar otro buque en Santo Domingo.

Antes de hallarle en este punto, necesito referir á mis lectores algunos de los sucesos que ocurrieron en España á la salida de Colon, y los que habian tenido lugar en la isla desde la llegada de Ovando.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIV.

Una horrible venganza.

Diego se puso en camino para Granada, apénas se despidieron del almirante aquellos séres que formaban su familia, y Villejo se quedó á acompañar á su amada y á Inés, porque no podia hacer el viaje tan precipitadamente como el jóven paje de la reina.

Isabel estaba ébria de gozo porque iba à unirse con Villejo, el cual, por sus prendas personales y por el inmenso amor que la profesaba, hacia la felicidad de la jóven.

Inés participaba de la felicidad de su hija; pero una nube oscurecia su frente.

Depositaria de los secretos de Fernando, sabia que al emprender al lado de su padre el viaje llevaba en su corazon la imágen de Isabel, y sabia que al alejarse de ella hacia un gran sacrificio.

Aquel acto debia tener una gran influencia en su vida.

Pero la felicidad maternal es egoista, y pensando que tal vez la ausencia y las impresiones que recibiria Fernando en aquella expedicion distraerian su ánimo y alejarian de él el pensamiento de su desdicha, no tardó en consagrarse por completo al goce que le brindaba la esperanza de ver á Isabel unida con Villejo.

Detuviéronse un dia en Sevilla, y se pusieron en camino con ánimo de descansar tambien en Córdoba.

Esta ciudad tenia grandes recursos para Inés.

En ella habia entrado bajo la tutela de unas gitanas, y habia salido bajo el amparo de una protectora, que habia sido para ella una segunda madre.

Sus pasadas venturas las debia á Colon, que movido á piedad por el relato que durante el viaje le hizo Matías Sampayo, habia empleado toda su influencia con doña Beatriz para que protegiese los amores de su camarista y de su paje.

—Si os deteneis en Córdoba, habia dicho Colon, visitad en mi nombre á fray Pedro Antunez. Decidle que parto satisfecho, que confio en la piedad divina, y que no me olvide en sus oraciones.

Inés quiso cumplir el deseo del almirante.

Detúvose, pues, en Córdoba, y fué à parar precisamente á la misma posada que en otro tiempo dirigia maese Repulgo, traspasada á la sazon á otro posadero, digno émulo de aquel, pero muy limpio, y que habia convertido el antiguo meson en una verdadera hostería, que aparecia á los ojos de los que iban á hospedarse en ella como una tacita de plata.

Tantas veces habia hablado Inés á su hija de la casa en donde habia habitado con doña Beatriz, que para estar próxima á ella y poder enseñársela, eligió la hostería como morada suya miéntras permaneciese en Córdoba.

Los que son felices, adonde quiera que dirigen la vista no ven más que el reflejo de su felicidad.

Tal vez por esto, ni Inés, ni su hija, ni Villejo habian reparado que desde el momento en que salieron de Granada, aunque á cierta distancia, les fué siguiendo una mujer anciana y andrajosa: fué con ellos á Cádiz, volvió á Sevilla y se detuvo un dia, y los siguió hasta Córdoba.

Si mis lectores hubieran podido fijar en ella sus ojos en el momento en que supo que Inés se decidia á permanecer algunos dias en Córdoba, hubieran notado en su semblante las muestras de una alegría infernal.

Llegaron al anochecer, y las señoras ocuparon una habitacion del piso alto de la casa.

Villejo se quedó en el hogar.

Una hora despues de su llegada les sirvieron una abundante cena, y madre é hija se fueron á su cuarto para descansar.

Villejo se quedó conversando con unos cuantos bajo la ancha campana de la chimenea.

La conversacion giró sobre varios puntos, y se detuvo en uno, que pareció preocupar mucho á los circunstantes.

Los arrieros aseguraban que en el camino de Córdoba á Sevilla habia unos cuantos malhechores que robaban y asesinaban á los viajeros.

Con motivo de los bandoleros cada cual contó una historia de ladrones, y oian á un arriero muy viejo la larga série de crímenes de un famoso bandido, cuando aterrorizó á todos un seco aldabonazo que resonó en la puerta de la calle.

El posadero, sacando fuerzas de flaqueza, se acercó al porton y descorrió el cerrojo.

—¿Ha llegado esta tarde á la posada, preguntó una voz gangosa, un caballero con dos damas que parecen madre é hija?

—Sí por cierto; ¿qué se os ocurre, buena mujer?

—Quisiera hablarle dos palabras.

—Caballero, dijo el dueño del meson á Villejo, ahí preguntan por usted.

—¿Por mí? ¿Quién es?

—Una mujer que parece una bruja.

—¿Y ha pronunciado mi nombre?

—No; ha dicho que deseaba ver á un caballero que ha llegado esta noche con dos damas, y como aquí no hay más caballero que vos....

—¿Dónde está esa mujer?

—En la puerta.

—Hacedla entrar.

—No quiere.

—En ese caso iré yo á verla.

—Tenga vuestra merced cuidado, dijo uno de los arrieros, porque los bandidos tienen espoliques.

—Y á veces se disfrazan de brujas.

—No hay cuidado; miéntras yo lleve la espada al cinto, no tengo miedo á todas las brujas juntas.

Y miéntras se quedaban los circunstantes comentando el caso, se acercó Villejo á la puerta.

—¿Sois vos el señor Villejo? preguntó la anciana.

—Para servir á Dios.

—Vengo á daros una triste noticia.

—¿A mí? ¿Me conoceis?

—Es una historia, que os contaré en breves palabras. La casualidad ha querido que estuviera en Cádiz cuando fuisteis á despedir al almirante. Soy una pobre que vive de la caridad pública, y salí de allí con direccion á esta ciudad para pedir limosna por el camino. A muy poca distancia de la ciudad ví á un jóven, que habia pasado á mi lado en una mula, detenido por cuatro bandoleros, que le estaban atando. Uno de ellos me descubrió y corrió adonde estaba.

—«Bruja maldita, dijo, tú has visto lo que ha pasado, y vas á delatarnos. Vente con nosotros.

—«Piedad, piedad, exclamé yo.

—«No hay piedad para las hechiceras. Tú no te escaparás; pero si te escapas, irás á contar al Santo Oficio que has visto á cuatro bandoleros desbalijar al hijo de Cristóbal Colon.»

—¿Qué decís? ¿Es posible? ¿Han robado á don Diego Colon?

—No sé como se llama. Lo único que puedo deciros es

que un jóven á quien ví á vuestro lado en Cádiz, y á quien al partir el almirante le estrechó en sus brazos con efusion, fué maniatado por los foragidos y conducido hasta una casa que hay en los alrededores de la ciudad casi deshabitada, pero que les sirve de madriguera, y que si mal no recuerdo se llama la Torre de la Malmuerta.

—¿Y qué objeto os ha movido á traer esas noticias? ¿Cómo os habeis podido librar de vuestros opresores?

—Encerrada en un cuarto con el jóven, me ha dicho:

—"Mi familia debe llegar hoy á Córdoba. Procurad que os dejen en libertad, buscadla en todos los mesones para decirla que pida auxilio al Santo Oficio y que venga á buscarme para sacarme del poder de estos malhechores."

—Yo llamé á uno de los bandidos que hacia de jefe, le pedí con lágrimas en los ojos que me dejase en libertad, le aseguré que no despegaria mis labios, y pude conseguir que con un guía me llevase hasta el otro lado del rio.

Esto pasaba al anochecer.

Cuando me ví sola volví á la ciudad, y Dios ha querido que os encuentre en el primer meson en que os he buscado.

Ahora no hay tiempo que perder.

Id con el posadero á buscar al Santo Oficio; decid á los cuadrilleros que en la Torre de la Malmuerta está cautivo un paje de la reina; acompañadles hasta allí, y habreis logrado poner en libertad al prisionero, porque de lo contrario, hasta que logren por su rescate una crecida cantidad no le dejarán libre.

—Voy, voy, dijo Villejo.

—Antes desearia pediros un favor, si estimais en algo el que os he dispensado.

—Hablad.

—Estoy muerta de hambre; disponed que me den de cenar, y yo os aguardaré aquí hasta que volvais.

Villejo rogó al posadero que le acompañara, y éste, por órden de su huesped, encargó á los criados que sirviesen una abundante cena á la vieja.

—Y pago todo el gasto que haga, dijo Villejo.

Y partió con el mesonero.

Los arrieros se acercaron á la brujá y la hicieron mil preguntas.

Les contó varios cuentos, los puso alegres y al cabo de un rato:

—Mi amo ha dicho que paga: con que trae vino para que esta pobre vieja obsequie á los presentes.

Subió un criado con un gran jarro, y la vieja:

—Supongo que será vino moro, le dijo.

—No debia decirlo; pero lo es.

—¿A ver?

Y tomó el jarro.

Sin que nadie se apercibiera, echó en el líquido unos polvos.

Vaya, amigos, á la salud de mi protector.

Y pasando el jarro de mano en mano, no hubo uno solo de los circunstantes que no bebiera un sendo trago.

—Vosotros no habeis de ser ménos, dijo la vieja á los mozos.

Un cuarto de hora despues, los que ya no dormian sentian una horrible pesadez en los ojos.

—Ya son mios, exclamó la vieja.

Y dirigiéndose al porton, le abrió, hizo una señal y no tardaron en entrar dos hombres.

—Seguidme, les dijo.

Y subió al piso principal.

Por medio de una llave-ganzúa abrió la puerta y pene-

tró en la estancia donde dormian tranquilamente Isabel y su madre.

Con mucha suavidad untó las sienes de la jóven con un ungüento que llevaba, compuesto de opio y adormideras.

Era un narcótico de los más fuertes.

—Conducídmela adonde sabeis, dijo á sus dos ayudantes; los cuales, envolviendo á Isabel en las mantas, como quien lleva una paja, la sacaron del lecho, la bajaron á la calle y la condujeron á una casa bastante próxima, que más parecia una cueva.

Con feroz calma sacó la vieja un pomito que contenia un líquido, lo cogió con la mano derecha, lo acercó al rostro de Inés, puso la mano izquierda sobre su corazon, y al poca rato abrió la pobre mujer los ojos espantada.

Instantáneamente cayeron en sus pupilas algunas gotas del líquido que contenia el pomito.

Inés lanzó un grito desgarrador.

—¿Y mi hija? ¿Y mi hija? preguntó.

—Ya no volverás à verla nunca, dijo la vieja.

Inés quiso precipitarse del lecho, y notó con espanto que faltaba la luz á sus ojos.

—¿Qué es esto? exclamó.

—Esto es mi venganza.

—Pero ¿quién sois? añadió Inés, tratando de buscar á la persona que le hablaba.

—Soy tu expiacion.

Inés se acercó á tientas hasta la cama donde estaba su hija, y no encontràndola lanzó un grito.

No pudo resistir la emocion, y cayó sin sentido.

La vieja se alejó de la posada y nadie volvió á verla.

Villejo no tardó en volver.

Todo habia sido farsa.

El mesonero, con los oficiales de la Santa Hermandad, habia ido á la Torre de la Malmuerta, habian registrado y no habian visto á nadie, ni tenian noticia de que hubieran llegado los bandidos con el cautivo.

Villejo volvia precipitadamente para convencerse de aquella impostura

—Si no está esa mujer, es que me ha engañado, se dijo.

El espectáculo que encontró en la posada al llegar aumentó su desesperacion, y le hizo comprender que habia sido víctima de un cruel engaño.

Llamó á los arrieros y ninguno respondió.

—Están narcotizados, dijo despues de examinarlos.

¡Qué habrá pasado aquí, Dios mio!

Instantáneamente subió con una luz á la habitacion de Inés.

La puerta estaba abierta.

Al entrar halló el exánime cuerpo de la pobre mujer á los piés del vacío lecho de su querida hija.

—¿Qué pasa? exclamó horrorizado.

Socorrió á Inés, y ésta no tardó en volver en sí.

—¿Quién sois, quién sois? preguntó presa de la mayor angustia.

—¿No me reconoceis? exclamó Villejo; miradme.

—Que traigan luz.

—¡Si hay luz aquí!

—¿Hay luz? No puede ser.

—Miradla, dijo Villejo, acercándola á sus ojos.

—No veo, exclamó con amargura.... ¿Y mi hija? ¿Dónde esta mi hija?..... Que venga, quiero verla.

Villejo comprendió lo que pasaba.

—No está Isabel, dijo.

—Que traigan luz, repitió.

Y al decir esto movia las manos, y casi se quemó al pasarlas cerca de la luz.

—¡Ah!..... exclamó con acento del más agudo dolor. ¡Estoy ciega, estoy ciega!

—Pero ¿dónde está Isabel? preguntó Villejo.

—¡Me la han robado!.... ¡Me la han robado!

No era posible mayor desventura.

Aquella misma noche se hicieron las mayores diligencias para buscar á los criminales, para encontrar á la robada.

Todo fué inútil.

Villejo, en el colmo de la desesperacion, leyó en el infortunio de Inés y la dijo:

—Tranquilizaos yo encontraré á Isabel: entre tanto seré vuestro hijo, y os prometo solemnemente vengaros de los miserables que han cometido con vos tamaña felonía.

En vez de continuar el camino, se detuvieron en Córdoba, porque ni Villejo ni Inés quisieron salir de allí hasta encontrar á Isabel.

Llamado un médico para curar á Inés, declaró que habian sido quemados sus ojos con vitriolo.

La gitana se habia vengado.

CAPITULO. XV.

La paloma y el gavilan.

Cuando volvió Isabel en sí se halló en un cuarto de aspecto siniestro, iluminado por la débil luz de una lámpara, que aumentaba el horror de aquella estancia.

Sin acertar á explicarse lo que le pasaba, dirigió los ojos en torno suyo con temor, y los cerró aterrorizada al ver á una mujer vieja, repugnante, que con sonrisa infernal parecia espiar sus movimientos y gozaba en su desventura.

Isabel sintió correr por sus venas un frio mortal.

—No te atreves á preguntarme, dijo la vieja con vos gangosa, por qué razon te encuentras aquí. Haces mal, porque estaba dispuesta á satisfacer tu curiosidad.

Isabel reunió sus fuerzas, y aunque con débil voz formuló estas preguntas.

—¿Quién sois? ¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde se halla mi madre?

—Eso ya es demasiado, dijo la vieja; pero te quiero mucho y responderé por partes á tus preguntas. ¿Quién soy? Si tu lo supieras, no me mirarias con horror. ¿No has sido muy feliz hasta ahora? ¿No te has hallado desde los primeros dias de tu vida rodeada de toda clase de felicidades? Pues todo me lo debes.

—¿A vos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y al decir esto movia las manos, y casi se quemó al pasarlas cerca de la luz.

—¡Ah!..... exclamó con acento del más agudo dolor. ¡Estoy ciega, estoy ciega!

—Pero ¿dónde está Isabel? preguntó Villejo.

—¡Me la han robado!.... ¡Me la han robado!

No era posible mayor desventura.

Aquella misma noche se hicieron las mayores diligencias para buscar á los criminales, para encontrar á la robada.

Todo fué inútil.

Villejo, en el colmo de la desesperacion, leyó en el infortunio de Inés y la dijo:

—Tranquilizaos yo encontraré á Isabel: entre tanto seré vuestro hijo, y os prometo solemnemente vengaros de los miserables que han cometido con vos tamaña felonía.

En vez de continuar el camino, se detuvieron en Córdoba, porque ni Villejo ni Inés quisieron salir de allí hasta encontrar á Isabel.

Llamado un médico para curar á Inés, declaró que habian sido quemados sus ojos con vitriolo.

La gitana se habia vengado.

CAPITULO. XV.

La paloma y el gavilan.

Cuando volvió Isabel en sí se halló en un cuarto de aspecto siniestro, iluminado por la débil luz de una lámpara, que aumentaba el horror de aquella estancia.

Sin acertar á explicarse lo que le pasaba, dirigió los ojos en torno suyo con temor, y los cerró aterrorizada al ver á una mujer vieja, repugnante, que con sonrisa infernal parecia espiar sus movimientos y gozaba en su desventura.

Isabel sintió correr por sus venas un frio mortal.

—No te atreves á preguntarme, dijo la vieja con vos gangosa, por qué razon te encuentras aquí. Haces mal, porque estaba dispuesta á satisfacer tu curiosidad.

Isabel reunió sus fuerzas, y aunque con débil voz formuló estas preguntas.

—¿Quién sois? ¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde se halla mi madre?

—Eso ya es demasiado, dijo la vieja; pero te quiero mucho y responderé por partes á tus preguntas. ¿Quién soy? Si tu lo supieras, no me mirarias con horror. ¿No has sido muy feliz hasta ahora? ¿No te has hallado desde los primeros dias de tu vida rodeada de toda clase de felicidades? Pues todo me lo debes.

—¿A vos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, á mí; al verme en este traje y en tan humilde albergue, sospecharás que soy una pobre mujer.

Es cierto; pero pobre y todo tienes que agradecerme las felicidades que hasta ahora te han sonreido.

—Explicaos, señora, dijo la jóven con impaciente curiosidad.

—Oye mi historia: hace veinte años llegué á un pueblo donde tu madre vivia como una simple aldeana. Era hija de un arriero que apénas ganaba lo necesario para sostener á su familia. La naturaleza le habia otorgado la hermosura á tu madre, y yo, interesada por su felicidad:

—«Vente conmigo, la dije; yo labraré tu dicha, y si no me abandonas, si eres agradecida, si pagas con tu cariño los sacrificios que estoy dispuesta á hacer por tí, tu porvenir será risueño.»

Para esto necesitaba abandonar á sus padres, dejar la humilde aldea en donde habia nacido. Fué ingrata con sus padres y me siguió.

—Mentís, dijo Isabel, no pudiendo contenerse.

—No seas tan fogosa, hija mia; no defiendas con tanta energía á tu madre. Fué ingrata con los que le habian dado el sér; los dejó entregados al dolor y me siguió halagada por la esperanza que desperté en su mente.

Yo debí comprender que la mujer que pagaba los desvelos paternales con tan negra ingratitud debia ser siempre ingrata.... Pero la cobré afecto: yo habia tenido una hija, habia muerto en mis brazos y quise reemplazarla con Inés. Cumplí mi promesa. De humilde aldeana la convertí en señora, Y ¿sabes como ha pagado mis beneficios?

—¡Oh! Callad, callad, dijo Isabel; no ultrajeis á mi madre.

—Los ha pagado despreciàndome, abandonándome, como

abandonó á sus padres, apartando los ojos con horror de mí al verme, negando consuelos á mi amargura, recursos á mi pobreza; y aun hizo más.... Aprovechando el favor que tenia en la corte, me ha delatado varias veces al Santo Oficio para que me declarase bruja y me arrojase á la hoguera.

Yo he sufrido veinte años: he devorado en silencio mis amarguras, he querido perdonar y no he podido. Necesitaba vengarme de su ingratitud, y me he vengado. Tú eres su ídolo, y comprendes el dolor que sufririan sus padres al verse abandonados por el que ella sufrirà al encontrarse léjos de tí.

—Sois una miserable, exclamó Isabel en el colmo de la desesperacion.

—Te equivocas; porque si te he apartado del lado de tu madre, separándote al mismo tiempo del hombre que iba á ser tu esposo, he conseguido al mismo tiempo vengarme de ella y labrar tu felicidad.

—De vuestras manos no la quiero.

—Se ve que eres hija de tu madre, ingrata como ella; pero no importa. Estás en mi poder; los esfuerzos que hagan para buscarte serán inútiles. No tienes más que un medio de volver al lado de tu madre; pero entónces no querrás ir, porque serás demasiado dichosa.

Los ojos de Isabel se inundaron de lágrimas.

No sabia qué hacer en tan triste situacion.

La fuerza era inútil, la astucia con aquella mujer estéril, y no podia prometerse piedad de la que no era una mujer, sino una venganza.

—Tranquilízate, hija mia, dijo la vieja, y piensa que, convencida como estoy de que el tiempo cura todas las heridas, me propongo tenerte aquí hasta que seas razonable. Cuando te vea tranquila, y lo que es más agradecida á mis bondades,

porque pienso ser muy bondadosa contigo, te sacaré de aquí y te llevaré á mi palacio, porque yo soy muy rica. ¡Quién sabe si entónces algun gran señor se prendará de tí y llegarás á ser la esposa de algun alto personaje! A tu amante debes ya renunciar. Le hemos hecho creer que has muerto, y aunque está muy afligido, al fin es hombre. Dentro de un mes se consolará. Dentro de dos amará á una mujer, y si ella es hábil, al tercer mes la hará su esposa.

—¡Ah! Por piedad, callad, dijo la jóven. Si habeis de ser tan cruel, ahogadme en vuestras manos, clavad un puñal en mi corazon. Preferiria la muerte á este martirio.

—Todo se andará si te empeñas, dijo con severidad la anciana.

La jóven se estremeció.

Un prolongado silencio siguió á esta escena.

Y miéntras Inés sufria horriblemente y Villejo buscaba por todas partes á Isabel, la pobre jóven experimentaba las amarguras de su horrible cautiverio.

La noticia del crímen no tardó en extenderse por la ciudad; el posadero y Villejo dieron señas de la mujer que habia ido á la posada á anunciar la prision de Diego Colon, y los cuadrilleros del Santo Oficio se dedicaron sin descanso á buscarla por todas partes.

Inés envió un mensajero á Diego noticiándole lo que habia pasado.

Diego habló á los reyes, y éstos comunicaron á Córdoba órdenes terminantes para que se buscase á Isabel y se castigase á sus raptores.

Compadecida la reina de la desventura de Inés, y sabiendo el afecto que la profesaba el almirante, dispuso que fuera á Granada, y con evangélica caridad, al llegar á su presencia, la colmó de consuelos y la ofreció velar por su porvenir, no

descansar hasta que pareciera su hija, y castigar á los infames que la habian arrebatado de su lado.

Como las desgracias no vienen solas, Villejo, desesperado, perdió la razon, y tuvo que ser conducido á un hospital, porque en algunos momentos se ponia furioso y capaz de cometer toda clase de atentados.

Minuciosas fueron las pesquisas de los cuadrilleros para encontrar á Isabel.

Pero no ménos inútiles.

Al fin y al cabo convinieron en que habia muerto: Inés llegó á creerlo, y guardando en el fondo de su alma aquel inmenso dolor, se retiró á esperar la muerte en la casa que aún poseia en Baeza, y en la que tan feliz habia sido en otro tiempo.

Isabel, sin embargo, no habia muerto.

La vieja, al mismo tiempo que se habia vengado de Inés, habia hecho un buen negocio.

Antonio de Aguado, halagado por los favores que le dispensaba la fortuna, bajo la máscara de la hipocresía se habia hecho uno de los hombres más licenciosos de la corte, y no habiendo podido seducir á la madre, habia puesto sus infames ojos en la hija.

La vieja gitana que le habia albergado aquella noche de tempestad en su choza, ofreció á Aguado entregarle á Isabel en cambio de una crecida cantidad de dinero.

Estipularon las condiciones del negocio, y convinieron en que, para que Aguado fuese completamente dueño de la niña, debia representar una comedia.

La comedia se representó en efecto.

Un dia salió la vieja de la mazmorra donde habitaba con Isabel, y á poco rato se presentó á la jóven un caballero.

—Isabel, la dijo, no hay tiempo que perder; aprovechad

los momentos en que esté fuera esa infame para venir conmigo.

—¿Quién sois? preguntó la jóven.

—¿No me reconoceis?

—¿Me parece que no es esta la primera vez que oigo vuestra voz.

—No por cierto: soy amigo de vuestra madre, de vuestro protector Cristóbal Colon. Mi nombre es Antonio de Aguado.

—¡Ah! Sí, ya recuerdo; mi familia os debe grandes favores.

—He podido descubrir vuestro paradero, y ántes que venga esa mujer, que es poderosa, quiero poneros en salvo.

—¿Vais á sacarme de su lado?

—Sí, para siempre.

—¡Ah! ¡Dios os lo pague! exclamó la jóven. Partamos.

—En la puerta nos esperan dos caballos y un guía; yo os llevaré en el mio, y os vereis libre de esa miserable.

Isabel siguió à Aguado con la mayor confianza.

La noche estaba oscura, y Aguado dió sus órdenes al guía, montó á caballo, colocó delante y en sus brazos á Isabel, y los dos caballos partieron.

Antes de que amaneciera llegaron á una ciudad, cuyas calles se hallaban desiertas, y se apearon delante de una gran puerta que tenia un escudo de armas en el frontispicio.

Isabel fué depositada en una lujosa habitacion.

—¿Y mi madre? ¿Y Villejo? preguntó Isabel.

—Ahora descansad, dijo Aguado; despues vendré á veros y os haré una revelacion.

La inocente paloma ignoraba que habia caido en las garras del gavilan.

Estaba rendida y se entregó confiada al sueño.

Al despertar debia hallar á su lado el dolor.



Los indios empezaron sus bailes y ejercicios.

LIT. DE GUERRA.

CAPITULO XVI.

Justicia de Dios.

Vamos á abandonar á estos personajes episódicos de nuestra historia para bosquejar el siniestro cuadro que presentaba por entónces la situacion de la isla descubierta por el ilustre marino genovés, por él colonizada, y destruida por los que le habian sucedido en el mando.

Tiempo tendremos de asistir al desenlace de las complicaciones en que se hallaban los amigos más íntimos de Colon y sus más encarnizados adversarios.

Antes de seguir al héroe de nuestra historia en su último viaje, conviene que el lector sepa la triste suerte que estaba reservada á Anacaona y presencie el espectáculo de la reina de una raza, causada por intransigentes opresores.

Don Nicolás de Ovando llegó á Santo Domingo el dia 15 de Abril de 1502.

Su llegada sorprendió á Bobadilla; pero, sin embargo, mandó hacerle los honores debidos.

Apénas supo el objeto de su viaje, acompañado de los principales colonos fué á su encuentro, formó las tropas en dos filas de honor y mandó que un piquete le escoltase hasta la fortaleza donde debia habitar.

Ovando resolvió dar inmediatamente á conocer el objeto de su viaje, y con no ménos pompa que Bobadilla en su tiem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

po, mandó leer la real cédula por la que se le nombraba gobernador de la Española.

El enemigo de Colon se vió á su vez abandonado por los que le adulaban.

Deseosos los colonos de granjearse el aprecio del nuevo jefe, le recibieron con las mayores muestras de júbilo; apénas supieron su nombramiento le aclamaron con entusiasmo, y empezó á formarse en torno de Bobadilla ese terrible y desconsolador vacío en que quedan los hombres que han ejercido mando y han obligado á sus subordinados á entregarse á la adulacion para no ser víctimas de su tiranía

Sin embargo, Ovando, que deseaba aparecer á los ojos de los españoles á quienes iba á gobernar como un hombre de carácter benévolo, economizó á Bobadilla los disgustos que este hombre desalmado habia hecho sufrir á Colon.

Trató á su antecesor con mucha cortesía, haciéndole creer que al examinar su conducta seria conciliador y bondadoso.

Como por encanto se desvaneció la importancia de Bobadilla.

¡Amargura inmensa para él, que poco ántes habia sido árbitro de los destinos de la isla, y rodeado de las atenciones de todos los colonos, podia hacerse la ilusion de que era un rey allí!

Una de las primeras disposiciones que tomó Ovando, fué la de investigar la conducta de los rebeldes capitaneados por Roldan, Riquelme y otros, y formando sumaria de sus actos, muchos de ellos fueron presos para que los juzgaran en España.

Ovando necesitaba mandar á España casi todos los buques que habia llevado á la isla, y no podia enviarlos sin satisfacer la codicia del rey con grandes remesas de oro, y los sentimientos de la reina sin asegurarle que todos los rebeldes habian sido juzgados, y que los indios que se portaban bien gozaban de la proteccion de su representante.

Necesitaba, pues, sacrificar á algunos de los rebeldes de la colonia, lo que no le importaba gran cosa, porque deshaciéndose de ellos alejaba la tea de la discordia de los dominios que iba á gobernar.

Los rebeldes y sus amigos, confiando en la proteccion de Fonseca, no sentian volver á España.

Pero necesitaban vengarse de Ovando, y trataron de formar un partido, cuyo jefe fuera Bobadilla, tanto para dificultar el gobierno de Ovando, como para poder dar á su arresto un carácter político.

—Nos ha perseguido porque éramos amigos de Bobadilla.

Tal era la fórmula con que pensaban explicar su prision.

Pero no consiguieron gran cosa.

Los poderes que habian dado los reyes á Ovando eran más ámplios todavía que los que habia llevado Bobadilla.

Por otra parte, el nuevo gobernador hacia gala de una gran equidad, no perseguia más que á los revoltosos, no aprisionaba para conducirlos á España más que á los que observaban mala conducta, y la gran mayoría de los colonos se colocó á su lado.

Vencidas las dificultades personales, se dedicó con ahinco á reunir crecidas cantidades de oro.

Bobadilla le ofreció una inmensa satisfaccion presentándole un grano de oro que era un verdadero tesoro.

Dos ó tres meses ántes de la llegada de Ovando á la isla, una india de la servidumbre de Catalina se hallaba á la orilla del rio Hayna, y moviendo la arena halló un objeto de oro que llamó su atencion.

Logró desenterrarle y lanzó un grito de alegría, porque jamas habia visto un fragmento de oro más puro ni más grande.

Inmediatamente dió parte de su hallazgo á su señor, que era el famoso Miguel Diaz; éste acudió à la orilla del rio con algunos españoles, y el asombro de todos fué indescriptible al contemplar aquella maravilla.

Ebrio de gozo, dispuso Diaz un festin para solemnizar aquel encuentro.

Mandó matar un cerdo, hizo que lo asaran, convidó á Bobadilla y à muchos de los principales colonos, y les sirvió el cerdo entero sobre el pedazo de oro que tenia más diámetro que aquel animal, vanagloriándose de que á tantas leguas del mundo civilizado tenia una vajilla como no la poseia ninguno de los reyes de Europa.

Las crónicas de aquel tiempo dicen que el fragmento de oro pesaba tres mil seiscientos castellanos.

Bobadilla lo compró á Miguel Diaz para enviarlo á los reyes, y los fundidores de la colonia aseguraron que sólo perderia al ser fundido unos trescientos escudos de oro.

Semejante hallazgo reanimó las esperanzas de todo el mundo, y despertó en Bobadilla la esperanza de que al presentar aquella maravillosa muestra de las riquezas del país á los Reyes Católicos, le perdonarian los abusos que habia cometido.

Para congratularse con Ovando se le entregó, diciendo:

—No os pido más que una gracia: la de que me concedais custodiar este tesoro durante el camino, para poder ofrecérselo á los reyes yo mismo.

Ovando no tuvo inconveniente en acceder á este deseo.

Sabia que no por eso se libraria del castigo que merecian sus desacatos; pero si le agradaba el papel de juez, rechazaba el de verdugo.

Trascurrió algun tiempo; empleado por el nuevo gobernador en reunir oro y en decretar, con arreglo á sus investigaciones, el número de colonos que debia regresar á la Península, y al fin y al cabo cargó los buques con inmensas riquezas, limpió la isla de descontentos é intrigantes, dispuso que Mayabonex fuese conducido con cadenas á España, y una vez preparada la escuadra para darse á la vela, encargó de su mando á Antonio de Torres.

Alonso Sanchez de Carvajal, que tantas muestras de afecto habia dado á Colon como agente suyo nombrado por los reyes, rescató del poder de Bobadilla los objetos que habia secuestrado al almirante, y dispuso enviárselos á España.

Ovando eligió el buque de ménos consistencia, el que por sus condiciones parecia llamado á no poder resistir las averías y á perderse en el viaje, para hacerle depositario de los objetos de Colon.

Dispuesto todo para la partida de los buques, partida que deseaba vivamente Ovando para empezar á plantear sus proyectos en la isla, recibió noticia de la llegada al puerto de Santo Domingo de Cristóbal Colon.

El almirante llegó el 29 de Junio y envió á tierra á Pedro de Terreros, capitan de uno de los buques, para que hablase en su nombre á Ovando.

Con gran disgusto recibió el nuevo gobernador aquel emisario del almirante.

Pero tenia que tratarle con cierta consideracion, y le recibió.

—Vengo à pediros en nombre del almirante, dijo Terreros, un buque de los vuestros en cambio de uno de los que forman nuestra pequeña escuadra, que está completamente inservible, y al mismo tiempo vuestra licencia para que nos permitais permanecer en el puerto algunos dias, porque amenaza á las embarcaciones una de las más horribles tempestades, y deseamos ponernos al abrigo de ella.

—Con mucho gusto accederia á los deseos del almirante,

contestó Ovando; pero él sabe muy bien que los reyes han determinado que no vuelva á Santo Domingo, en donde tantos enemigos tiene, hasta que yo haya logrado apagar los rencores y despertar el sentimiento de la justicia hácia él en todos los colonos. Por otra parte, todos los buques de mi escuadra van á darse á la vela para España, y me es de todo punto imposible acceder á sus ruegos.

Terreros comunicó á Colon la respuesta que le habia dado Ovando.

—Cumple con su deber, y hace bien, dijo el almirante. Partamos nosotros, y que Dios nos proteja. Pero la escuadra va á salir para España, y si la tempestad que preveo se desencadena con furia, van á perecer la mayor parte de las embarcaciones.

Volved á ver á Ovando y decidle en mi nombre que no consienta que los buques se separen del puerto en muchos dias si no quiere exponerse á que los sepulten las olas.

Volvió Terreros á cumplir esta órden, y en premio de los buenos sentimientos que habia inspirado á Colon aquella advertencia, recibió burlas y sarcarmos.

—Quiere echárselas de profeta, decian unos.

—Basta que él diga que habrá tempestad, que los buques pueden perderse, para que el viaje sea feliz.

El amor propio de Ovando y el odio intransigente de los colonos, fué causa de que se desoyera la voz profética de Colon.

Tuvo que retirarse del puerto en medio de las murmuraciones de sus tripulantes, que veian el peligro y se quejaban amargamente de que no les permitiesen permanecer allí defendidos del temporal, licencia que ni aun á los extranjeros, ni aun á los enemigos, hubiera negado nacion alguna.

Desgraciadamente atribuian al desprestigio de Colon la conducta de Ovando, y en vez de querellarse contra el gobernador de la isla, se quejaban de Colon, y se decian unos á otros:

—Si algun mal nos pasa, la culpa será suya.

El peligro era inminente.

El gran náutico adivinaba lo que iba á suceder.

Al retirarse del puerto no se alejó de la costa, y buscó una bahía abrigada para resistir en ella el temporal.

A nado llegaron hasta sus buques algunos indios de los que iban en las carabelas que naufragaron.

Entre ellos iba una mujer hermosa, á quien Colon guardó las mayores atenciones porque supo que profesaba la religion cristiana.

La escuadra que mandaba Antonio de Torres, y que iba á llevar á España, al mismo tiempo que los elementos de discordia de la isla, riquezas que de seguro deslumbrarian á los soberanos, se hizo á la vela, confiando en que el viento le seria favorable.

La profecía de Colon se cumplió.

A los dos dias de su salida del puerto, tomó la naturaleza un aspecto siniestro.

El viento se convirtió en desencadenado huracan.

Las ondas bramaban enfurecidas.

Negros y espesos nubarrones limitaban los horizontes.

La convulsion no podia ser más horrible.

De los veintiun navíos cargados de oro que componian la escuadra de Torres, sólo quedaron once.

La Providencia es justa.

El primer buque que pereció fué el que llevaba á bordo á Bobadilla, á Roldan y á los más encarnizados enemigos del almirante.

En él iba tambien aquel inmenso fragmento de oro que tanto deseaba presentar á los reyes el malvado Bobadilla para deslumbrarles y evitar el castigo.

Antonio de Torres sucumbió tambien, la mayor parte de los rebeldes; y los que habian ocasionado las disidencias de los españoles, los que habian sacrificado á los indios, encontraron por tumba los abismos del mar.

Mayabonex, que iba á bordo de otra de las carabelas, sufrió la misma suerte.

Lo que no pudo ménos de maravillar, fué que de los once navíos que quedaron en tierra, el más endeble, el que habia sido elegido por Ovando para llevar á España los bienes de Colon, en la seguridad de que no podria soportar los rigores del viaje, fué el primero que llegó á las orillas de España.

Calcúlase que en aquel naufragio perdió el tesoro por valor de diez millones de escudos de oro.

La consternacion que causó este suceso, lo mismo en la colonia que en España, fué inmensa.

Se consideró como un castigo que la Providencia daba al que habia tratado tan mal al almirante, y cuando se supo que éste habia anunciado á Ovando el peligro que corrian las embarcaciones que se daban á la vela, siendo desoido y despreciado, un inmenso pesar se apoderó del corazon de todos los buenos españoles, y los reyes mismos se lamentaron amargamente de la obcecacion que habia obligado al gobernador de la isla á desoir los consejos de Colon.

Pero sucedió lo que debia suceder.

Aquellas inmensas riquezas que llevaban los bajeles á España eran producto de los más atroces actos de la tiranía, de la crueldad, de las violencias; eran las entrañas que la opresion habia arrancado á un pueblo, eran el fruto de abominables infamias.

La Providencia no podia permitir que los verdugos saboreasen la sangre de sus víctimas.

El mar guarda en sus ondas aquellas inmensas riquezas: sólo queda en la historia el recuerdo de los crímenes que costó su adquisicion.

¿Respetó aquella horrible tormenta las débiles embarcaciones del almirante?

Si se observan atentamente todos los sucesos que constituian la historia del inmortal descubridor del Nuevo Mundo, no puede ménos de notarse que jamas se apartaba de su lado el ángel del bien, y que la Providencia, segura de su triunfo, le colocaba en las dificultades, en los peligros, en los martirios, para dar un ejemplo al mundo de su justicia, de su grandeza.

Ya volveremos á encontrar al almirante.

Ahora asistamos á los últimos momentos de Haiti, bajo la exterminadora espada del gobernador de la isla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XVII.

Los que hacen buenos á los malos.

Habian llegado con Ovando á la isla muchos aventureros, no pocos visionarios, bastantes especuladores; todos en general hombres sin fortuna, sin prestigio en España, que no llevaban más deseo que el de enriquecerse.

Por desgracia desde aquellos tiempos casi todos los que han abandonado la madre patria para dirigirse á las ciudades de América, en vez de ir animados por el deseo de llevar la civilizacion á aquellos privilegiados países, en vez de ir seducidos por el encanto de sus paisajes, por la riqueza de su vegetacion, no han llevado más anhelo que el de sacar el oro de sus entrañas, y tal vez por eso la América, jóven aún, tiene todo el aspecto de una jóven gastada en el vicio.

Apénas desembarcaron, secundando los deseos del gobernador se dirigieron á las minas.

Todos querian trabajar en ellas, y las labores del campo les parecian estériles en comparacion de los tesoros que su imaginacion pensaba hallar descubriendo filones auríferos.

El padre Las Casas, el ángel tutelar de los indios, describe el cuadro que ofrecian aquellos hombres en breves y elocuentes líneas.

"Hormigueaban en los caminos los aventureros de toda clase, dice; llevaba cada cual sus provisiones y los picos y azadas para el laboreo de las minas, y hasta los mismos hidalgos llevaban al hombro los útiles y los víveres, y se consideraba muy dichoso el que poseia un caballo para llevar á Santo Domingo los minerales que arrancaba á la tierra.

"Se dirigian precipitadamente á las minas, ansiosos cada cual de llegar el primero, en la seguridad de que llegar y recoger riquezas seria todo uno.

"Imaginaban que el oro se juntaba tan fácil y prontamente como se coge la fruta de los árboles."

Pero no tardó el desengaño en suceder á la ilusion.

Bien pronto se convencieron de que para encontrar oro necesitaban cavar la tierra; que no bastaba la voluntad, sino que era necesario inteligencia para hallar los veneros.

Por lo tanto, sus esfuerzos fueron inútiles, y despues de muchos dias de trabajo, la mayor parte de ellos no hallaron oro, en tanto que los más hábiles ó más afortunados, por dirigirse á sitios en donde habia aquel metal, le encontraron en abundancia.

Trabajaban, sin embargo, con constancia; el trabajo aumentaba su apetito; pero no hallaban oro, y los víveres se acababan.

Las provisiones se agotaron por fin, los trabajadores perdieron la paciencia, la desesperacion se apoderó de su ànimo, y se volvieron tristes à la ciudad por el camino que poco ántes habian ido gozosos impulsados por la codicia.

En poco tiempo perecieron más de mil hombres devorados por malignas calenturas, atormentados por sus pesadumbres ó debilitados por el hambre que sufrian.

Durante este tiempo apénas pudo ocuparse Ovando de mejorar la condicion de los colonos, porque todo su afan era enviar á España á los que podian hacerle daño y reunir las riquezas con que queria deslumbrar á los reyes.

La horrible catástrofe que acaeció aumentó el inmenso pe-

sar de los habitantes de la isla, y Ovando necesitó tomar prontas y enérgicas medidas para poner término á los estragos del hambre y regularizar las condiciones de los colonos.

En su expedicion habian ido mujeres con sus maridos.

A los casados los distribuyó en cuatro ciudades del interior, concediéndoles muchos privilegios.

Reanimó el entusiasmo por las minas, disminuyendo la regalía de la mitad del producto á la tercera parte, y algun tiempo despues á la quinta.

Concedió á los españoles el derecho de utilizar para aquellos rudos trabajos á los indios, que fueron desde entónces considerados de derecho como esclavos.

Todas estas medidas parecian inspiradas para justificar los actos de Colon, para que los naturales del país echasen de ménos el paternal gobierno de aquel hombre.

Es cierto que él habia sido el primero que habia establecido el sistema de poner indios al servicio de los españoles.

Pero ántes habia hecho convenios con los caciques, y aquellos que prestaban servicios á los españoles eran eximidos del pago del tributo.

Bobadilla más tirano aún exigió à los caciques cierto número de indios para que trabajasen en las minas que explotaban los españoles, y en esta ocupacion eran tratados hasta con crueldad; y para que no se escapase ninguno, numeró á los indios, los dividió en clases y los repartió entre los colonos.

Estos acuerdos indignaron à la reina de tal modo, que decretó inmediatamente la partida de Ovando para que pusiese término á aquella situacion.

Ovando á su llegada declaró libres á los naturales del país, y desde aquel momento se negaron á trabajar en las minas.

No tardaron en experimentarse las consecuencias de esta libertad.

Libres los indios, se negaban á hacer toda clase de trabajos.

No habia medios de cobrarles el tributo, ni de que labraran los campos, y esto fué causa á que Ovando escribiese à los reyes participándoles lo que pasaba.

Con más astucia que sinceridad, encareció mucho á la reina la necesidad que habia de ejercer cierto dominio sobre los indios.

—Porque si los dejamos en libertad, añadia, no podremos conseguir que vivan á nuestro lado, que nos estimen, que se trasmitan á su corazon las doctrinas de la fe cristiana.

No tardo Ovando en recibir contestacion á su comunicacion, con el encargo expreso de que no economizase medio alguno para inspirar en los indios afecto á los españoles, y veneracion y respeto à la religion católica.

Autorizábanle á que los emplease en ciertos trabajos, pero con moderacion, y si era absolutamente necesario, para su propio bien.

En ningun caso deberian recurrir á la fuerza, sino obtenerlo todo por la persuasion y por la bondad.

Ordenábanle del mismo modo que se remunerasen de una manera equitativa sus trabajos, y que uno ó dos dias de la semana, dando descanso á su cuerpo, los instruyeran en los misterios del cristianismo.

Estas instrucciones, que eran una concesion arrancada á los generosos sentimientos de la reina y à la codicia del rey, se convirtieron en sentencia de muerte para los pobres indios.

Llamando en torno suyo á los colonos màs principales, los animó, diciéndoles que iba á cesar de nuevo la independencia de los indios.

—He indicado á sus majestades la necesidad que hay de

que nos sirvan para sacar producto de nuestra estancia aquí, y convencidos de las razones que he alegado, me han concedido la autorizacion necesaria para someterlos de nuevo á los trabajos en que se les utilizaba durante la administracion de mis antecesores.

En lo sucesivo, cada español tendrá, segun su calidad, cierto número de indios, que podrá recoger con una órden mia de los caciques.

Bien es verdad que habrá que darles salario, y os tendreis que comprometer á instruirles en la religion católica; pero este ligero sacrificio quedará largamente recompensado con los beneficios que ha de reportarnos el trabajo de los indígenas.

Asistia á aquella reunion, en la que Ovando comunicaba su resolucion á los colonos, el padre Las Casas, que habia tenido ocasion de conocer á fondo la índole de los indios y se habia constituido en su heróico defensor.

Hizo cuantos esfuerzos pudo para librar de aquella nueva opresion á sus defendidos, pera todo fué inútil.

Su voz generosa fué apagada por los que apoyaban las medidas adoptadas por Ovando.

La última hora de Haiti se acercaba precipitadamente.

Los pregoneros salieron à recorrer la isla para informar à los caciques y á sus súbditos de las órdenes del gobernador de la colonia.

Ovando, resuelto à acallar con el espectàculo del oro cuantas acriminaciones pudieran hacerle en la corte de España, consideraba ya à los indios peor que si fueran esclavos, y aspiraba á convertir en oro su paz, su independencia, hasta su propia vida.

Nada más elocuente, nada más exacto que la pintura que hace el padre Las Casas en sus libros de aquel juicio final de Haiti:

«Los indios cayeron de nuevo en la esclavitud, y aun cuando se obligaban á darles un salario, era tan insignificante que más que dádiva por un servicio, parecia un refinamiento de crueldad.

«Por otra parte, la instruccion que les daban se reducia á prepararles en uno ó dos dias à recibir el bautismo.

«Conducidos por una guardia, se les hacia trabajar de dia y de noche sin descanso en los sitios en donde se creia que habia de encontrarse el oro. Cavaban la tierra y removian enormes peñascos por encontrar pequeñas partículas de oro, que iban á aumentar el tesoro con que se habian de cargar los barcos para España.

«Los españoles, en su sed de oro, preferian que los indios cultivasen los campos y explotasen las minas á que aprendieran la doctrina cristiana.

«Al principio se dispuso que trabajaran seis meses al año.

«Despues se elevó á ocho.

«Llegaron á ser tratados peor que en tiempo de Bobadilla, y sus opresores cubrian la infamia de aquel trato diciéndose unos á otros, y manifestando á los indios, que si los empleaban en aquellos trabajos era por el bien de su alma, por hacerles que abandonasen la molicie y adquiriesen las prendas de laboriosidad y de honradez tan necesarias al hombre para vivir.

«Pero muy á menudo separaban los amos á los indios de sus mujeres y sus hijos, los tenian ausentes mucho tiempo, y ni aun quejarse les permitian, porque á la menor señal de desobediencia, al menor acto de resistencia pasiva, les imponian el duro y ominoso castigo de los azotes.

«Tenian por alimento el pan de cazabe, insuficiente para nutrirlos despues de las fatigas que arrostraban.

«Cuando se les daba carne era en tan pequeña cantidad, que apénas la saboreaban.»

Las Casas refiere que durante la comida de los españoles, se disputaban los famélicos indios las migajas que caian al suelo y los huesos que arrojaban.

«Era tan voraz el hambre que les dominaba, que despues de roer los huesos los machacaban, mezclando el polvo que resultaba con el insustancial pan de cazabe.

«Más desgraciados aún eran los que trabajaban en las faenas del campo.

«Su alimento se reducia siempre á raíces y pan de cazabe, lo que no les libraba de que los españoles les exigiesen un trabajo superior al hombre más vigoroso y mejor alimentado.

«Si algun indio trataba de huir y tenia la desgracia de caer de nuevo en manos de sus opresores, el castigo que sufria era cruel.

«Despues de azotarle de la manera más inhumana, se le cargaba de pesádas cadenas para imposibilitarle de hacer nuevas tentativas.

«Muchos sucumbian agobiados por aquel trabajo.

«Los que sobrevivian, despues de arrostrarle durante seis ú ocho meses, se le permitia volver á su casa con la obligacion de presentarse pasado el término de la licencia que se les concedia, para comenzar de nuevo á sufrir la tiranía de sus opresores.

«Al otorgárseles este permiso, no se les faciltaba alimento alguno, y los pobres indígenas, cuyas casas distaban á veces cuarenta, sesenta ú ochenta leguas, se mantenian durante el camino con raíces, hortalizas y pan de cazabe.»

Extenuados por el cansancio y las privaciones sucumbian muchos en el camino, y el padre Las Casas, al dar cuenta de sus infortunios, se expresa de este modo:

«He encontrado á muchos muertos por el camino; à otros jadeando bajo los àrboles, y otros en las agonías de la muerte, gritando con voz moribunda: ¡Hambre!..... ¡Hambre!....»

Los que por fin llegaban á sus casas, sufrian nuevos dolores.

Generalmente las hallaban desiertas, porque durante su ausencia, sus mujeres y sus hijos, ó habian sucumbido, ó las habian abandonado.

Los campos, descuidados durante tanto tiempo, no contenian más que abrojos, y los infelices indios, desesperados con aquel nuevo dolor, extenuados por la fatiga y por el hambre, morian á las puertas de sus deshabitadas casas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XVIII.

Donde Anacaona, no pudiendo resistir por más tiempo la duda, busca la verdad

En medio de esta desolacion, la figura de Anacaona se destacaba como la síntesis de todos aquellos infortunios.

Sofocando los suspiros que á cada instante queria exhalar su pecho, conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir à sus ojos, reunió todas sus fuerzas para recorrer á todas horas su desvastado imperio, dar un ejemplo con su resignacion á los que padecian desesperados, consolar á los afligidos y compartir con ellos las desdichas que habian caido coma una maldicion sobre la en otro tiempo bendita isla de Haiti.

Pero todo su valor, toda su energía, no bastaban en alguno momentos á calmar su emocion.

¡Pobre reina!

Con el manto de púrpura desgarrado, con su corona ensangrentada, con el cetro hecho pedazos, habia querido su destino que llegase al colmo de la felicidad para precipitarla en el abismo y acercar á sus labios la copa del dolor, que debia apurar hasta las heces.

Su hermoso Estado de Xaragua habia trocado su risueño aspecto en el más triste y desolador.

Parecia una de esas jóvenes cuyas facciones puras están cubiertas por la palidez de la muerte.

En torno de los pacíficos hogares de sus vasallos habian establecido los españoles sus haciendas, sus casas, y aprovechándose de las órdenes dictadas primero por Bobadilla, y despues por Ovando, habian condenado á aquellos pacíficos indios á la más horrible esclavitud.

¡Oh! allí nació entónces esa plaga que es la vergüenza de los siglos pasados y del presente.

Allí nació la ignominiosa esclavitud, reprobada por la conciencia, reprobada por el derecho de gentes, y solo consentida por la sed de oro que en todo tiempo ha devorado á la humanidad.

Allí empezaron á verse entónces esas escenas que en algunos países modernos se repiten, reglamentadas por la civilizacion.

Allí el señor arrancaba al hijo de los brazos de su madre, separaba al esposo de su esposa, y los cambiaba y los vendia como una mercancía cualquiera, como un animal doméstico.

Queriendo justificar todos aquellos actos con el deseo de atraer al cristianismo á los que no habian nacido bajo su amparo, á los que no se habian vivificado en su luz, ni aun siquiera les consentian rendir culto á sus dioses.

Pobre idea les daban de su verdadera religion, y á no haber sido por el heróico padre Las Casas y algunos otros misioneros, que impregnados en la fe del Evangelio y con la caridad de buenos cristianos acudian á prestar consuelos al corazon de los indios, los que gracias á estos esfuerzos morian con la esperanza de otra vida mejor, hubieran sucumbido maldiciendo á sus opresores en medio de las convulsiones de una horrible agonía.

A estas angustias unia Anacaona el torcedor de la duda.

Bartolomé Colon y Hernando de Guevara le habian asegurado que Caonabo vivia, que los reyes le colmaban de aga-

sajos, que en breve tornaria á su lado, y al mismo tiempo Mogica le habia dicho que su esposo habia muerto.

Higuanamota habia partido con Guevara á España, y Anacaona habia esperado con ánsia la llegada de las embarcaciones para saber algunas noticias de su hija, para que confirmasen las palabras de Colon ó le anunciasen su desdicha.

Ninguna de las embarcaciones le habia llevado nuevas de su hija.

Habia preguntado á los recien venidos, y ninguno conocia à Higuanamota ni aun á Hernando.

La pobre Anacaona suponia que su hija habria sido recibida por los reyes y colmada de atenciones como su esposo.

Cuando los españoles recien llegados no conocian à Higuanamota, era señal de que habian sucumbido, ó de que los reyes no le habian dispensado los honores que merecia.

Habia momentos en los que no podia ménos de quejarse de la ingratitud de su hija.

Ni un recuerdo para su madre.

Esto era horrible.

Al fin se decidió á ver á Bobadilla, y este hombre infame:

--No abrigues por más tiempo la esperanza, le dijo; Caonabo ha muerto.

¡Cuesta tanto trabajo dar crédito á las noticias que nos hacen sufrir!

Anacaona recordó las palabras de Bartolomé Colon y de Guevara.

Sabia qué Bobadilla profesaba un odio mortal al almirante y á sus hermanos; sabia ademas el aprecio que ella les profesaba, y creyó desde luego que le daba aquella noticia para aumentar su sufrimiento.

—Yo averiguaré la verdad, dijo Anacaona.

El butio Biautex era un gran adivino.

Anacaona no habia querido consultarle hasta entónces, porque aunque la duda es horrible, el temor de la realidad nos hace preferir el sufrimiento de la incertidumbre.

Pero ya no habia más remedio.

Unos decian que Caonabo habia muerto.

Otros que vivia

Abandonando la ciudad de Santo Domingo, siguió el camino que la vimos recorrer ántes de la batalla de Bonao, atravesó á nado el rio que separaba de la llanura la montaña, en donde tenia su albergue Biautex, y se presentó ante elanciano.

Biautex no estaba solo.

Anacaona lanzó un grito de sorpresa al reconocer en un indio que estaba à su lado á Guaorocaya.

—¡Que Vagoniana sea loada! exclamó Anacaona.

—Bien venida seas Anacaona, exclamó Biautex. En medio de mis amarguras experimento una inmensa satisfaccion al ver reunidos en mi pobre albergue á los dos únicos reyes de Haiti que aún quedan, que han sobrevivido á los desastres que pesan sobre nuestra patria

--De buen augurio considero la presencia en estos sitios de Guaorocaya.

Te he llorado por muerto.

—No, no debia morir. Una voz secreta me decia: «Vive para libertar á tu patria, para exterminar á sus enemigos.» Y esta voz, que ha resonado constantemente en mi oido, me ha dado fuerza para resistir los martirios que me han impuesto los tiranos; me ha dado fuerzas para romper los hierros que sujetaban mis piés, y he podido escaparme, refugiándome aquí para oir los consejos del sabio Biautex, y emprender la última campaña que ha de devolvernos la independencia ó acabar con nosotros.

—Aún ignoras, puesto que hablas así, el triste estado de nuestros vasallos.

—Gimen en la esclavitud ¿no es cierto?

—No sólo lloran su perdida libertad, sino que han consumido sus fuerzas en el trabajo, su espíritu en la desgracia, y hoyno son más que sombras, cadáveres que se mueven á la voz de sus opresores. Todo cuanto intentemos para sacudir el yugo, será inútil.

—¿Y eres tú, Anacaona? ¿Y eres tú la esposa del heróico Caonabo? Te desconozco. Pero no importa; yo infundiré el valor en el abatido cuerpo de mis hermanos; incendiaré, si es preciso, los bosques, las aldeas; desvastaremos el país y moriremos todos, para que nuestros enemigos no puedan hallar más que cenizas y cadáveres,

—Cálmate, Guaorocaya, dijo Biautex. La Providencia se pone al lado de los que defienden causas justas. La opresion que hoy sufrimos, es un castigo que merecian nuestras culpas; pero bien puede ser que Vagoniana esté aplacada, bien puede ser que nuestros martirios sean bastantes para alcanzarnos su perdon, y en ese caso, la victoria estará á nuestro lado. Intentemos el último esfuerzo. Dentro de cinco dias reunamos á los caciques y vayamos con ellos á las profundas cuevas de Cacibaxagua. Allí invocaremos, por medio de los tzimes tutelares, al espíritu de Vagoniana; allí expondremos nuestras quejas, y escucharemos nuestra sentencia. Si nos mandan luchar, lucharemos hasta perecer; de lo contrario, tendremos que resignarnos á sufrir el cautiverio en que estamos.

—No faltaré, dijo Guaorocaya; pero ¡ojalá nos ordenen luchar!

—Yo tambien bajaré á la gruta, dijo Biautex; ahora partid los dos. Dejadme entregado á mi oracion.

—Perdonad, dijo Anacaona; yo necesito de vuestros consuelos para alejar de mi pecho una horrible duda que me martiriza.

— Habla, hija mia, habla.

—Vos que alcanzais con vuestra poderosa mirada á todas partes; vos que teneis el don de la adivinacion, decidme por piedad si vive Caonabo.

En este instante no puedo contestarte. Vuelve mañana al ponerse el sol, y sabrás la verdad.

Anacaona y Guaorocaya partieron.

La primera aguardó con ánsia el nuevo dia para disipar la negra duda que le atormentaba.

El segundo corrió á anunciar á los caciques la resolucion de Biautex.

Al dia siguiente volvió Anacaona á la morada del gran butio.

—¿Vive? le preguntó.

—Espera, contestó el gran butio, ahora sabrás la verdad.

Y encendiendo una pequeña hoguera, mandó á un indio fuera al bosque próximo en busca de una culebra viva.

Cogida ésta, hizo que el indio se arrodillase delante de la hoguera y que durante un largo rato la tuviera al calor que producia la hoguera. El reptil que parecia dormido, empezó á retorcerse; pero el indio, con su robusta mano, impedia que se apartase de la llama de la hoguera. Biautex colocó una güira pequeña al lado de la hoguera, precisamente en el punto donde caia la cabeza del reptil, y éste empezó á vomitar un licor viscoso.

El butio entónces cogió la güira, examinó el licor que el reptil habia arrojado y dijo:

—Anacaona, sí, vive, vive.

—Sí, vive, contestó Biautex.

Ebria de alegría, corrió Anacaona á su palacio de Xaragua, dispuesta á mitigar la sed de venganza que sentia Guaorocaya contra los españoles.

Biautex se habia equivocado.

¡Su destino lo habia querido así!

CAPITULO XIX.

La gruta de Cacibaxagua.



LEGÓ el dia señalado á los caciques para asistir á la gruta de Cacibaxagua á implorar de los tzimes la inspiracion de Vagoniana.

Unos á otros se habian trasmitido la órden en secreto, y acudian de todas partes á la famosa gruta, aprovechando unos las noches para caminar, siguiendo otros veredas ocultas, y llevando todos consigo el temor de ser descubiertos y castigados por sus opresores.

El venerable Biautex fué el primero que llegó á la gruta sagrada.

No tardaron en reunirse muchos butios, los caciques fueron llegando, y á media noche todos estaban reunidos en torno del gran butio.

Biautex sabia el porvenir que estaba reservado á Haiti; sabia que cuantos esfuerzos hicieran los indios para libertarse de la dominacion de los españoles aumentarian sus desdichas, pondrian en evidencia la esterilidad de sus deseos, y anhelaba, no poner fin á aquel estado de cosas, porque sus pecados le parecian imposibles de redimir, sino ofrecer resignacion á aquellos desgraciados para que soportasen con ménos dolor su amargura.

Guaorocaya, al romper las cadenas que le aprisionaban, corrió al albergue de Biautex, porque era desconocido de los españoles.

Allí le expuso sus deseos, la sed de venganza que le devoraba y su resolucion formal de libertar á su patria ó de perecer.

Guaorocaya gozaba de gran crédito entre los indios.

Nadie dudaba de su valor.

Su fuerza de voluntad, su energía, eran admiradas por todos.

Con una indicacion suya intentarian los indios un golpe desesperado; esto exacerbaria los odios de los españoles y el mal se agravaria.

Biautex buscó un medio solemne de apaciguar á Guaorocaya.

Por eso dió la orden á los caciques de que fueran á la gruta.

Por eso engañó á Anacaona.

Verdadero padre de los haitianos, los engañaba por su bien.

En medio de la oscuridad que reinaba en Cacibaxagua, resonó la voz de Biautex.

—Va á decidirse nuestra suerte, exclamó. Vagoniana nos escucha. Formulad cada cual vuestras quejas; indicad los motivos que os inspira el odio hácia los opresores, referid los ultrajes que os han hecho, y los tzimes tutelares, comunicando vuestras quejas á Vagoniana, implorarán de su inmensa sabiduría el consejo que debemos seguir.

En seguida mandó traer una tea encendida.

—Hablad, añadió, y si despues de oiros y de arrojar tres veces al suelo esta tea no se apaga, será señal de que Vagoniana nos manda sufrir con paciencia y resignacion el cautiverio. Si se apaga nos mandará luchar, y en ese caso de aquí partiremos todos dispuestos á morir ó á vencer.

Los caciques hablaron.

Guaorocaya fué el primero que con negros colores trazó el cuadro de la desolacion que pasaba sobre su patria.

No hubo un solo cacique que no tuviera que lamentar la violacion de sus esposas, la venta de sus hijos, toda clase de ultrajes y de infamia.

Anacaona quiso llevar la esperanza al corazon de sus hermanos asegurándoles que Caonabo vivia, y que volveria en breve á gobernarlos con la autorizacion de los reyes de España.

—Entónces, añadió, partirán nuestros verdugos, y aunque tributarios de los poderosos monarcas, viviremos libres, felices, y la felicidad enjugará las lágrimas de nuestros hijos.

Ya empezaba á amanecer cuando, habiendo terminado cada cual la exposicion de sus quejas, el gran Biautex, rodeado de los demas butios, exhortó á los tzimes para que pusieran propicia á Vagoniana.

—Va à decidirse nuestra suerte.

Y arrojó por la primera vez la tea al húmedo suelo de la gruta.

Todos observaban con religioso silencio.

La tea no se apagó.

Volvió de nuevo á levantarla.

Todos deseaban que se extinguiese aquella luz, porque era la señal de que Vagoniana les mandaba luchar.

La tea volvió á levantarse en seguida.

Quedaba la última prueba.

—Cúmplase la voluntad de Vagoniana, exclamó Biautex.

Y arrojó por tercera vez la tea al suelo.

Un rumor sordo de consternacion se escapó de todos los labios.

La tea ardia.

—Ya lo veis, exclamó Biautex; Vagoniana, irritada por nuestras culpas, quiere que suframos aún con paciencia la esclavitud. Por ella alcanzaremos más tarde el premio de la libertad. Ahora volved á vuestras tareas con mi bendicion y continuad sufriendo, Vagoniana lo quiere.

Los caciques se alejaron entristecidos.

Los butios les siguieron, mostrando la resignacion en el rostro.

Anacaona llevaba la esperanza en el corazon.

Guaorocaya abrigaba un siniestro plan.

—Si es preciso desobedecer la voluntad de Vagoniana, se habia dicho, la desobedeceré. Yo no consiento la opresion de mis hermanos.

Y partió á los Estados de Higuey, dispuesto á comunicar á los ciguayos la sed de venganza que ardia en su pecho.

Al dia siguiente de esta solemne escena, anunciaron á Anacaona la llegada de Ovando á su palacio de Xaragua.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XX.

Una traicion.

El motivo de la visita de Ovando al departamento donde habia reinado Anacaona, era el de destruir por completo á los vasallos de la desgraciada reina, para que aparecieran justificados los desórdenes á que daba lugar la resistencia pasiva que oponian á los españoles, y los actos que éstos cometian contra los indios, escudados en su impunidad.

No quiso, sin embargo, el gobernador de la isla presentarse en actitud hostil á la reina de Xaragua.

Sabia que, engañada por la falsa creencia de que su esposo vivia y era objeto de las mayores atenciones por los reyes de España, profesaba gran afecto á los españoles, y queria aprovecharse de esta circunstancia para tenderle un lazo y concluir más pronto, y sin perder un soldado, la empresa que le llevaba á Xaragua.

¡Cuán ajena estaba la pobre reina de las tristes desventuras que iban á destrozar su corazon!

Al saber la llegada del gobernador, mandó reunir en la ciudad á los caciques para recibirle con todos los honores que merecia.

Ovando iba al frente de un pequeño ejército, compuesto de trescientos infantes, armados con ballestas, arcabuces y espadas, y cincuenta jinetes completamente equipados.

Al anunciar su visita á Anacaona, la habia asegurado que

solo iba á verla con carácter pacífico y para regularizar el pago del tributo.

No era, sin embargo, la actitud y el epuipo de sus soldados una prueba tranquilizadora de sus sentimientos amistosos.

Sin embargo, Anacaona, rodeada de las indias más principales y de los caciques, salió á recibir al gobernador.

—Que el cielo te bendiga, dijo Anacaona, é ilumine con sus esplendorosos rayos tu frente; yo te saludo, enviado de los reyes. Supongo que tus protestas de amistad serán ciertas. No tienes motivos para quejarte de mí. Mis caciques cumplen el juramento de fidelidad que han prestado; mis vasallos te pagan el tributo. Enfermos y pobres, no sabes cuánto les cuesta recoger de los campos, arrasados por el fuego de la venganza y la desesperacion, los frutos que te ofrecen.

—Anacaona, respondió Ovando, creo en tu lealtad; pero tengo motivos para creer tambien que tus caciques meditan el exterminio de mis guerreros en la oscuridad y en el silencio de las cavernas.

—Me juzgal mal, y yo te probaré lo contrario.

—Si es así, mi amistad será sincera.

Y Ovando tendió la mano á Anacaona.

Entónces la reina mandó á las mujeres que formaban su séquito que dieran principio á sus cantares y danzas.

Un hombre de corazon que hubiera asistido á aquel espectáculo, no hubiera podido ménos de conmoverse.

La infortunada Anacaona, ausente de su esposo, ausente de su hija, reina algun tiempo ántes, entónces esclava, mostrándose risueña al jefe de sus opresores, mostrándose tambien alegres las vírgenes que lloraban la muerte ó la esclavitud de sus padres, las esposas que habian visto perecer á sus maridos, ó vivian léjos de ellos, los indios que habian visto

ultrajar à sus mujeres, todos queriendo complacer á su infortunada soberana, parecian al inocente corderillo besando el cuchillo que ha de cortar su cuello.

Despues de recibir á los españoles con la mayor benevolencia, les brindó un espléndido banquete.

Los caciques extendieron sobre la yerba blancas telas de mirabolan (C), sobre ellas ofrecieron á sus huéspedes el néctar suave (D), el xauxan, el ipotex asado, el sabroso guaraca, el incitante axi (E), las tórtolas cocidas, los suculentos xaxabes (F), los frescos quemis (G), el dulce hanon (H), payas, yayanas (I) ó ananas, el caimito (J), el masuey (K), el guayaba, el jugo de maguey (L), el agua de hobo, la esencia de Guazuma: todos estos manjares eran para obsequiar á los españoles.

Ovando ofreció en cambio á los indios vino y aguardiente, que les parecieron superiores á sus bebidas.

La alegría de todos era inmensa.

El odio habia desaparecido del corazon de los indios.

El banquete terminó.

Los indios empezaron sus bailes y ejercicios de agilidad y destreza, que dejaron asombrados á los españoles.

Anacaona hospedó en su palacio á Ovando, y en las mejores casas ó chozas de la poblacion se guarecieron los soldados.

Durante muchos dias fueron todos agasajados con esplendidez, y para distraer su ánimo á todas horas cantaban y bailaban en su presencia aquellos intelices.

Acompañaban á Ovando, siendo el màs fiel de todos sus servidores, uno de los rebeldes más adictos á Roldan, que sentia hácia Anacaona un odio profundo por los desaires que habia hecho á su infame seductor.

—¿Veis, dijo à Ovando, cuán cariñosa se presenta á nosotros? En sus ojos se lee la satisfaccion, el afecto, la gratitud; pero ¡ay! bajo esa apariencia oculta el odio más profundo. De la misma manera recibió à Roldan, á Bartolomé Colon, y sin embargo, esto no era más que un ardid para inspirarles confianza, para seducirlos, para despertar en ellos una pasion violenta y asesinarlos al tenerlos en su poder. Guardaos de esa mujer: es el áspid que se oculta entre las flores; es la culebra que busca el pecho para devorarle.

Ovando no olvidó esta malévola insinuacion.

Por otra parte la belleza de aquel país, su espléndida vegetacion, todo le convidaba á apoderarse por completo de aquel territorio, para formar en él una magnífica colonia, y halagado por este sentimiento de vanidad, acariciaba un plan inícuo, cuyos resultados vamos á conocer en breve.

Agasajado por Anacaona, necesitaba corresponder á sus bondades, y le ofreció un espectáculo que recompensase las danzas y las músicas de los indios.

Los jinetes que tenia Ovando á sus órdenes eran muy diestros, y habia entre ellos uno que habia enseñado á su caballo á saltar al compás de la música.

Dispuso el gobernador un juego de cañas, que debia celebrarse el domingo siguiente con asistencia de la reina y de todos sus vasallos.

Gran satisfaccion causó á los indios la esperanza de asistir á aquel torneo.

Ovando dió órdenes secretas á sus capitanes.

Indicaba á los jinetes que combatiesen, no con cañas ni picas despuntadas, sino con armas verdaderas, y á los peones les mandó asistir como meros espectadores á la funcion, pero bien armados y dispuestos á romper las hostilidades en el momento en que les diese la señal.

Llenos de confianza los caciques, acudieron al paraje del torneo sin armas.

Preparado todo por Ovando à medida de su deseo, dispu-

so que Anacaona y las indias asistiesen á la funcion desde una casa de las más principales de la plaza; reunió á los caciques en su palacio, y para que no sospecharan sus intenciones, se puso á jugar con los oficiales, acariciando la siniestra esperanza de hacer en breve sus esclavos à todos aquellos que como amigos se acercaban à él.

Habia dicho á los suyos:

—Cuando veais que coloco mi mano derecha sobre la cruz de Alcántara que llevo en el pecho, cumplid mis órdenes.

Aguardaban los indios impacientes que empezara la justa, cuando el sonido de una trompeta les hizo creer que sus deseos iban á verse satisfechos.

Presentáronse en la plaza sobre sus caballos, completamente armados, los cincuenta jinetes.

Los infantes no tardaron en llegar.

Ovando se presentó en la puerta del palacio, é hizo la señal convenida.

Instantàneamente rodearon los soldados de á pié la casa donde estaba Anacaona con las mujeres, y los de á caballo cayeron como fieras cobre los indios, que habian asistido en calidad de espectadores á la prometida justa, y aguardaban en la plaza á que empezara.

Fué tan rápido el ataque, y tan inesperado para los indios, que al ver à los jinetes acercarse sobre ellos, creyendo que era una maniobra, un juego, ni se movieron siquiera de sus puestos.

Infinitos murieron bajo el filo de las espadas de aquellos hombres indignos del nombre de civilizados.

Ovando intimó la rendicion á los caciques, y los hizo llevar prisioneros á una casa inmediata á su palacio.

Uno de sus capitanes, don Diego Velazquez, tuvo la triste honra de prender á la reina Anacaona y á alguna de sus servidoras más queridas, llevándolas al palacio de Ovando, donde quedaron à su disposicion.

Las demas fueron amarradas á los maderos que sostenian la techumbre.

Ovando necesitaba justificar à los ojos de los reyes aquel acto brutal, y obligó á los indios á fuerza de tormentos à que declarasen que habian conspirado contra él para librarse de su dominio, con lo cual justificaba el atroz castigo que pensaba imponerles.

Cediendo al dolor de los tormentos hicieron aquella declaracion ante los escribanos, y una vez terminado tan irrisorio proceso, mandó Ovando incendiar las dos casas que habia próximas á su palacio.

En una estaban los caciques.

En otra los indios prisioneros.

Pronto deslumbró sus ojos un resplandor siniestro.

Las chozas ardian, y perecian quemados en ellas los pobres indígenas, atronando el espacio con los desgarradores gritos de su espantosa agonía.

Entre tanto los rebeldes atropeyaban á los indios de la ciudad y á los que hallaban en los caminos, hiriéndoles con las espadas ó atravesàndoles con las lanzas.

«No hubo misericordia para xeso ni edad, dice un historiador; todo fué carnicería.

«Alguno que otro caballero, ó por piedad, ó impulsado por la avaricia, queria salvar á un niño y lo cogia en sus brazos; pero ni aun así lo respetaban.

«Pronto la lanza de alguno de sus compañeros atravesaba en sus propios brazos á los niños indefensos.»

Los pocos habitantes de Xaragua que pudieron librarse de aquella horrible hecatombe huyeron á una isla próxima, á Guanabo, ó corrieron á engrosar las filas de los ciguayos, refugiándose en sus ásperas montañas.

Anacaona, cargada de cadenas como su esposo, fué condudida á Santo Domingo. (M)

CAPITULO XXI.

El fin de un pueblo.

No habian apagado aún la sed de venganza los vencedores, y continuaron sacrificando inhumanamente á los habitantes de Xaragua, como habian sacrificado á los de Marien y à los de la Vega.

La prision de Anacaona causó más dolor en sus vasallos que sus propias desgracias.

La idea de que estaba condenada en poder de los españoles, y próxima tal vez á perecer en el cadalso, animó á Guaorocaya á levantar las huestes de Higuey para arrancarla del poder de sus opresores.

Al mismo tiempo un jóven indio, que desde su más tierna edad habia amado á Higuanamota, y habia sufrido el horrible martirio de verla en brazos del español Guevara, profesando una veneracion sin límites hácia Anacaona, que habia descubierto su amoroso sentimiento y habia ofrecido consuelo á su afliccion, quiso sacrificar su vida en aras de aquel afecto que llenaba su alma.

Informado de la infame traicion de que habian sido víctima los pacíficos moradores de Xaragua, reunió gran número de indios, los animó al combate, y por senderos desconocidos para los españoles, llegó al camino que debian recorrer los soldados de Ovando para conducir á Anacaona á Santo Domingo, se emboscó, y en el momento en que la pobre reina

pasaba por allí entre los soldados, salió con ellos resuelto á libertarla.

Por desgracia suya, á los primeros disparos de los arcabuces de los españoles huyeron la mayor parte de los indios que le acompañaban, y él cayó en poder de sus adversavios.

—¿Qué has hecho, desgraciado? exclamó Anacaona al verle.

—Cumplir con mi deber.

—¿Ignoras que se ha cumplido mi destino?

—Lo único que sé que todos tus vasallos debemos perecer ántes que consentir que los tiranos te lleven al suplicio.

Guaora, que así se llamaba el jóven, no ocultó al jefe del destacamento que custodiaba á Anacaona sus deseos de derramar hasta su última gota de sangre en defensa de la reina.

Aun cuando no era un enemigo poderoso, los españoles, embriagados con el vapor de la sangre, quisieron castigarle sin aguardar las órdenes de Ovando, y seguros de que le complacerian, aumentaron la pesadumbre de la reina ahorcando en su presencia á su defensor en uno de los árboles del camino.

Miéntras esto pasaba, una anciana, que nunca se habia separado de Anacaona, que la queria como si fuera su hija, trataba de vengarle, y al efecto, reuniéndose con otras indias, sedientas de venganza tambien, pidieron una entrevista à Ovando para implorar su perdon y su gracia.

Higuanamana, que así se llamaba la anciana amiga de Anacaona, era una mujer atlética y vigorosa á pesar de sus años.

Su propósito era, al encontrarse en presencia de Ovando, agarrarse á su cuello y estrangularle, miéntras que sus cómplices luchaban con los soldados españoles para evitar que libertasen de sus manos al infame causante de sus desventuras.

Ovando recibió á las indias con muchas precauciones, porque todo lo esperaba y lo temia de aquellas gentes.

Se presentó á ellas completamente armado y con la visera calada.

No por eso desistió de su empeño Higuanamana.

Al hallarse en su presencia se arrojó sobre él; pero solo logró que, irritados los españoles, asesinaran á sus compañeras.

Prisionera Higuanamana vió levantarse una horca, en la que pereció maldiciendo á los españoles.

En breve tiempo todo el departamento de Xaragua quedó desierto.

Apénas bastaba la tierra para sepultar los innumerables cadáveres que habia en ella.

Las casas estaban abandonadas.

Las cenizas de las que habian destruido los españoles daban siniestro matiz al paisaje.

Parecia que el ángel exterminador habia batido sus alas sobre aquella provincia, dejándola al pasar convertida en un lúgubre y espantoso cementerio.

De los poderosos caciques que en otro tiempo habian mantenido el esplendor de la isla, solo quedaba ya el valiente Guaorocaya, porque Anacaona caminaba al suplicio.

Tanta desolacion, tanta crueldad, tantos infortunios, debian convertir necesariamente á los más generosos y pacíficos habitantes de la isla en desesperadas fieras.

El único baluarte que quedaba á los indios era Higuey.

Esta provincia, en extremo montañosa, les ofrecia abrigo y defensa.

Desde allí podian provocar de nuevo á los españoles, obligarles á penetrar por las quebradas vías que conducian á las ciudades, tenderles emboscadas y hacerles pagar caras las calamidades que habian caido sobre ellos.

Guaorocaya, á pesar de la voluntad de Vagoniana, adivinada por el viejo Biautex y comunicada á los caciques al hallarse reunidos en la caverna de Cacibaxagua, habia corrido á Higuey, habia reanimado el espíritu de los indios, é infundiéndoles su energía, su heroismo, su sed de venganza, habia convenido con ellos en que debian pelear hasta destruir á sus adversarios ó perecer.

Uno de los caciques más importantes de la provincia era Cotabanamá.

Las Casas le describe, y dice que era el más fuerte de su tríbu, de estatura más elevada que el más alto de sus paisanos, de una vara de espalda de hombro á hombro, y el resto de su cuerpo de admirable simetría.

Participando Cotabanamá de los mismos sentimientos que Guaorocaya, acaudilló con él la insurreccion que debia dar por resultado la pérdida completa de su independencia ó el exterminio de los españoles.

Envió Ovando, porque tuvo noticia de la actitud de los ciguayos, una lancha con ocho soldados á explorar la parte de la costa que correspondia á aquella provincia.

Habia á muy corta distancia de la costa de Higuey una pequeña isla llamada Saona, y el que mandaba la lancha la eligió como punto de observacion.

Los indios lo supieron, y aprovechando la oscuridad de la noche, llegaron á la isleta y asesinaron á todos los españoles.

Viendo Ovando que no volvian envió otra lancha para averiguar el paradero de sus primeros emisarios, y no tardó en saber la triste suerte que les habia alcanzado.

Ardiendo en ira, y deseando completar los horrores que caracterizaban su mando, llamó á uno de sus capitanes, Juan de Esquivel, y poniendo á sus órdenes cuatrocientos hombres,

le envió al Higuey para que sofocase la insurreccion y castigase el asesinato de los españoles en Saona.

Los espías comunicaron en breve á Guaorocaya y à Cotabanamá la noticia de que se aproximaban los españoles.

Estos no tardaron en enviarles emisarios con ofrecimientos de paz.

Eran los encargados de hacer estos ofrecimientos dos soldados, llamados el uno Valtenebro y el otro Pontevedra.

Para que se entendieran con ellos eligieron Guaorocaya y Cotabanamá á un valeroso indio, llamado Juguí.

Desde luego sorprendió á los españoles que, siendo ellos dos, no enviaran para entrar en negociaciones más que un indio.

Esta circunstancia dió lugar á que las negociaciones de paz no pudieran siquiera comenzarse.

Desde luego Juguí iba resuelto á no aceptar la paz, porque entre los indios que quedaban con fuerza para moverse no habia uno solo que no prefiriese mil veces la muerte á la esclavitud.

—Mucha confianza tienes en tu valor, dijo uno de los dos emisarios españoles á Juguí, cuando te atreves á venir solo, sabiendo que aquí estamos dos y que podemos aniquilarte si no accedes á nuestros deseos.

—En primer lugar, dijo Juguí, venís á ofrecernos la paz, y los que ofrecen la paz no dan una gran idea de su valor ni de sus esperanzas de triunfo.

—Os brindamos la paz, porque ya nos da lástima vuestra situacion. Estamos hartos de cazar indios, y ahora lo que queremos son esclavos para que nos sirvan.

—En esta tierra no los hallareis.

—¿Habeis de ser más que vuestros hermanos? dijo uno de los españoles.

—Os repito que aquí no hallareis esclavos, repuso con firmeza el indio.

—¿Pues qué hallaremos?

—Hienas que os devorarán el corazon.

—Las cazaremos.

—U os cazarán ellas.

—Abreviemos razones: si no quereis que entremos á sangre y fuego en esta madriguera que habeis elegido, entregadnos á vuestros caciques y comprometeos á pagar el tributo como los demas habitantes de la isla.

Juguí se irritó profundamente al oir aquella proposicion.

—Antes de que tal cosa suceda, yo mostraré á los vuestros que no bastan dos españoles para cada ciguayo.

Y lanzàndose sobre los dos que se hallaban presentes, trató de estrangularlos; pero sus manos, ántes de llegar al cuello de sus enemigos, encontraron sus espadas.

Cogiéndolas, aun á riesgo de cortarse, logró arrebatàrselas, y con las manos ensangrentadas por las heridas que se habia hecho, luchó con ellos desesperadamente.

Por desgracia los soldados, defendidos por la armadura, apénas sufrieron más que contusiones, y rehaciéndose, cayeron á su vez sobre él, dejándole muerto en el campo.

Corrieron los españoles á dar cuenta de lo que habia sucedido á Esquivel.

Este se precipitó con sus tropas en la provincia, resuelto á castigarlos terriblemente.

A su llegada, huyeron sus habitantes á las aldeas más próximas.

Al mismo tiempo envió Ovando por la costa otro destacamento para que les atacara por retaguardia, y unos y otros tuvieron que detenerse.

Pero á su paso ahorcaban sin piedad á los ancianos, á las

mujeres y á los niños, y los dejaban colgados en los árboles para horrorizar á sus enemigos y escarmentarlos.

Tuvieron que retroceder los ciguayos; pero ántes de darse por vencidos, Guaorocaya y Cotabanamá sostuvieron una encarnizada lucha con los españoles.

Los infelices indios no sabian medir la distancia donde podian llegar sus flechas, y ninguna de ellas alcanzaba á los españoles.

En cambio las ballestas y los arcabuces hacian huecos horribles en sus filas.

Guaorocaya y Cotabanamá convinieron en que necesitaban aceptar la paz, sin perjuicio de emplear la astucia para vencer á los españoles.

—Ignoran que yo estoy aquí, dijo Guaorocaya á Cotabanamá, y sólo saben que tú eres el jefe de los ciguayos. Yo me retiraré á las montañas con los soldados de Umatex, miéntras tú finges que aceptas la paz y te presentas á los españoles. Cuando más seguros se crean, yo caeré sobre ellos y su ruina será inevitable.

Resueltos á aplazar su venganza, propusieron los indios la paz á Esquivel, y éste accedió á sus ruegos, à condicion de que le pagasen un crecido tributo.

Los indios aceptaron todas las condiciones.

CAPITULO XXII.

El último recurso.

Cotabanama se presentó á Esquivel, y éste le recibió con las mayores muestras de aprecio, porque habia tenido ocasion de observar su valor y era hombre que en el fondo poseia los mejores sentimientos.

Habia una costumbre entre los indios, que pusieron en práctica los caudillos.

Esta costumbre era la de cambiar los nombres, lo cual significaba entre ellos eterna y fraternal amistad.

Desde entónces los indios llamaron Juan Esquivel á su cacique, y Cotabanamá al jefe de los españoles.

Para evitar que se insurreccionaran de nuevo, aprovechó Esquivel las buenas relaciones que tenia con los indios, y mandó construir una fortaleza cerca del mar y en un paraje estratégico.

Dejó en el fuerte nueve hombres á las órdenes de Martin de Villaman, se despidió de su amigo y volvió á Santo Domingo con sus tropas y la parte del botin que á cada uno de sus guerreros habia tocado.

La paz duró muy poco.

Martin de Villaman exigió á los indios, ademas del duro trabajo de cultivar las tierras, la humillante y penosa obligacion de conducir los frutos à Santo Domingo.

Opusieron resistencia á esta órden, y con una crueldad inaudita ahorcó á los que capitaneaban aquella rebelion, lo que

mujeres y á los niños, y los dejaban colgados en los árboles para horrorizar á sus enemigos y escarmentarlos.

Tuvieron que retroceder los ciguayos; pero ántes de darse por vencidos, Guaorocaya y Cotabanamá sostuvieron una encarnizada lucha con los españoles.

Los infelices indios no sabian medir la distancia donde podian llegar sus flechas, y ninguna de ellas alcanzaba á los españoles.

En cambio las ballestas y los arcabuces hacian huecos horribles en sus filas.

Guaorocaya y Cotabanamá convinieron en que necesitaban aceptar la paz, sin perjuicio de emplear la astucia para vencer á los españoles.

—Ignoran que yo estoy aquí, dijo Guaorocaya á Cotabanamá, y sólo saben que tú eres el jefe de los ciguayos. Yo me retiraré á las montañas con los soldados de Umatex, miéntras tú finges que aceptas la paz y te presentas á los españoles. Cuando más seguros se crean, yo caeré sobre ellos y su ruina será inevitable.

Resueltos á aplazar su venganza, propusieron los indios la paz á Esquivel, y éste accedió á sus ruegos, à condicion de que le pagasen un crecido tributo.

Los indios aceptaron todas las condiciones.

CAPITULO XXII.

El último recurso.

Cotabanama se presentó á Esquivel, y éste le recibió con las mayores muestras de aprecio, porque habia tenido ocasion de observar su valor y era hombre que en el fondo poseia los mejores sentimientos.

Habia una costumbre entre los indios, que pusieron en práctica los caudillos.

Esta costumbre era la de cambiar los nombres, lo cual significaba entre ellos eterna y fraternal amistad.

Desde entónces los indios llamaron Juan Esquivel á su cacique, y Cotabanamá al jefe de los españoles.

Para evitar que se insurreccionaran de nuevo, aprovechó Esquivel las buenas relaciones que tenia con los indios, y mandó construir una fortaleza cerca del mar y en un paraje estratégico.

Dejó en el fuerte nueve hombres á las órdenes de Martin de Villaman, se despidió de su amigo y volvió á Santo Domingo con sus tropas y la parte del botin que á cada uno de sus guerreros habia tocado.

La paz duró muy poco.

Martin de Villaman exigió á los indios, ademas del duro trabajo de cultivar las tierras, la humillante y penosa obligacion de conducir los frutos à Santo Domingo.

Opusieron resistencia á esta órden, y con una crueldad inaudita ahorcó á los que capitaneaban aquella rebelion, lo que

dió lugar á que Guaorocaya y Cotabanamá se aprestasen de nuevo á vengar aquellos ultrajes.

No se reducia á esto solo la crueldad de los españoles.

Se entregaron al más punible libertinaje, cometiendo toda clase de violaciones.

No era posible resistir tamañas felonías.

Los indios cayeron de improviso sobre los defensores de la fortaleza, y vengaron sus injurias asesinando à los españoles, incendiando despues la fortaleza y convirtiendo aquel baluarte en un monton de cenizas.

Uno de los soldados pudo escaparse del furor de los indios, y corrió á Santo Domingo á llevar la nueva de la catástrofe.

El último resto de consideracion por parte de Ovando desapareció por completo.

Profundamente irritado, dispuso que sus capitanes reuniesen el mayor número posible de tropas y entrasen á sangre y fuego en la provincia de Higuey.

Dió el mando de esta expedicion á Esquivel, reunió á los españoles un crecido número de indios aliados suyos, y aquel ejército se puso en marcha para buscar las huestes de Guaorocaya y Cotabanamá.

Estos dos valientes caciques esperaban la invasion de los españoles.

Las mujeres, los ancianos, los niños, se refugiaron en lo más escabroso de las montañas, de las selvas y en las cavernas.

Todos los que podian disparar la flecha resolvieron luchar.

Los accidentes del país, las escarpadas rocas que le circundaban, los intrincados bosques, ofrecian eficaz defensa á los ciguayos.

No arredró esto á los españoles.

Prosiguieron su marcha con guías indios de los que por temor los servian, y despues de penetrar en el departamento de

Higuey, hicieron alto en una de las selvas donde podia funcionar la caballería.

Aprisionando á los pocos indios que encontraron al paso, les impusieron atroces tormentos para que denunciasen los planes de sus caciques y manifestasen las fuerzas con que contaban.

Ninguno habló.

Preferian morir á vender á sus hermanos.

Atravesando la selva, vieron desde léjos gran número de indios reunidos en una de las ciudades, armados con arcos y flechas, pero sin defensa alguna.

Al descubrir á los españoles dispararon sobre ellos sus flechas, acompañando este ataque con espantosos alaridos.

Como siempre sucedia, no alcanzaron las flechas, y los disparos de los españoles les pusieron en precipitada fuga.

Cada cual se ocultó donde mejor pudo, y aunque los españoles les perseguieron, las sinuosidades del terreno les impedian cazarlos como deseaban.

Para aumentar el número de prisioneros, llevaban los guías á algunos ciguayos que habian caido en su poder, y los atormentaban contínuamente para que descubriesen los sitios donde estaban escondidos sus hermanos.

Atàbanles una soga al cuello, y cada dos ó tres soldados españoles llevaban á uno de estos indios.

En la imposibilidad de luchar con ellos brazo á brazo, apénas pasaba alguno de los guías por un precipicio se arrojaban á él para arrastrar en su caida á los dos ó tres soldados que los conducian, é inutilizarlos de este modo.

Irritados con estos actos, cuando en medio de los bosques ó de las sinuosidades de las cavernas encontraban algunos indios los traspasaban inícuamente con sus espadas, sin respetar siquiera á las mujeres en cinta, á las madres que llevaban en sus brazos á sus hijos, á los ancianos, ni á los sacerdotes.

La carnicería que habia tenido lugar en Xaragua se repetian en Higuey.

Los indios, sin embargo, se dirigian precipitadamente á la ciudad en donde Guaorocaya y Cotabanamá se habian refugiado, para defenderse allí de sus opresores.

Para llegar á ella tomó Esquivel la playa y arribó á un sitio desde el que partian dos caminos con direccion á la ciudad.

Uno de ellos era llano, en pendiente suave, y estaba limpio de árboles y ramas que estorbasen el paso á los jinetes y á los infantes.

Creyendo los indios que aquel camino seria el que elegirian los españoles, se emboscaron en él para sorprender á sus enemigos y vencerlos.

El otro camino era impracticable.

Estaba lleno de árboles, y muchos de ellos cortados y hacinados en el suelo, hacian penoso para los peones el tránsito y de todo punto imposible para los caballos.

Esquivel adivinó el lazo que le habian tendido, y aunque con gran trabajo se abrió paso por el segundo camino.

Las dificultades cesaron.

A la media legua el camino era llano, lo que hizo comprender á Esquivel que los arbustos que habia en el suelo habian sido colocados de exprofeso para que no pudieran pasar los españoles.

Avanzaron con rapidez, y al hallarse á corta distancia de la poblacion, tomaron por opuesto lado el otro camino y sorprendieron á los indios que estaban emboscados, destruyéndolos por completo.

Los demas indios, desesperados, frenéticos, abandonaron sus madrigueras y corrieron al encuentro de los españoles, disparando sus aceradas flechas.

Viendo que no alcanzaban con ellas á sus enemigos, se apresuraron á lanzar contra ellos una lluvia de piedras.

La batalla se trabó en toda regla: los indios pelearon brazo á brazo con los españoles, dieron grandes ejemplos de heroismo; pero al cerrar la noche todo quedó en silencio.

Los pocos que habian quedado con vida corrieron á refugiarse en las selvas.

El campo estaba sembrado de cadáveres.

Un profundo silencio siguió á los alaridos y á los gritos de la batalla.

Los españoles se apoderaron de la ciudad.

La bandera de la independencia de los indios habia quedado completamente desgarrada.

No terminó por eso la guerra.

Los indios, convencidos de su impotencia, se dispersaron, refugiándose en las montañas.

Los españoles, á su vez, se dividieron, y cuando los encontraban los cazaban como fieras.

Su principal deseo, porque así lo queria Ovando, era apoderarse de Guaorocaya y Cotabanamá.

A este fin no dejaron de explorar sendero alguno, penetrando hasta en las cavernas y registrando los bosques.

Pero todo cuanto se dijera seria pálido al lado de las reseñas que hace el padre Las Casas, testigo ocular de aquellos horrores.

"Los indios eran tan cautelosos, dice, en su modo de evadirse, que unos pisaban sobre las huellas de los otros para que creyesen sus enemigos que veinte ó treinta no eran más que uno solo.

"Habia, sin embargo, españoles tan diestros en cazar indios, que hasta con el olfato, como los perros, descubrian sus madrigueras.

«Cuando cogian á un solo indio, le obligaban por medio del tormento á revelar el sitio donde estaba sus compañeros.

«Le ataban despues por el cuello y le hacian servir de guía.

«Cuando descubrian uno de los albergues en que se refugiaban los ancianos y los enfermos, débiles mujeres é indefensos niños, les daban despiadada muerte.

«Quisieron inspirar terror para someter aquella tríbu por este medio.

«Cortaban las manos á los indios que se encontraban al paso, y los enviaban, como ellos decian, á entregárselas en vez de cartas á sus paisanos, pidiéndoles que se rindiesen.

«Innumerables fueron, dice Las Casas, los que quedaron mutilados de este modo, y muchos de ellos espiraron en medio de los más atroces dolores.

«Se deleitaban los conquistadores en ejercer extrañas é ingeniosas crueldades.

«Hacian horcas anchas y bajas, de modo que los pacientes tocasen la tierra y fuese larga su muerte.

«Ahorcaban trece á la vez, en reverencia, dice indignado Las Casas, de nuestro bendito Salvador y de los doce apóstoles.

«Miéntras estaban las víctimas suspendidas y todavía vivas, ensayaban la fuerza y el filo de sus espadas, dándoles sendos mandobles.

«Despues los envolvian en paja seca y les pegaban fuego terminando aquellos infelices su existencia en la más terrible agonía.

«Todos estos horrores, y otros repugnantes á la naturaleza humana, mis propios ojos los vieron, añade el padre Las Casas, y ahora casi temo repetirlos, apénas creyéndome á mí mismo y dudando si habrán sido sueños.»

A pesar de todas estas crueldadas se convenció Esquivel de que todas sus esfuerzos para dominar el departamento de Higuey serian inútiles miéntras que Guaorocaya y Cotabanamá estuviesen libres.

Los dos se habian refugiado en la isla de Saona, en cuyo centro habia una caverna defendida por un laberinto de selvas y de bosques.

Allí vivian con los escasos restos de su familia.

Mandó á buscar una carabela á Santo Domingo, se dirigió á Saona, desembarcó con cuarenta hombres, sorprendió á dos espías, y matando á uno de ellos de una manera horrorosa para amedrentar al otro, le exigió que fuera su guía y que le condujese adonde estaban los caciques.

Algunos españoles, deseosos de alcanzar la gloria de capturarlos, iban delante muy resueltos.

Llegaron á una especie de encrucijada en que se dividia el camino.

Casi todos los soldados tomaron el de la derecha.

Uno de ellos, llamado Juan López, hombre fuerte y diestro guerrero, tomó una senda que por la izquierda conducia á unos bosques muy espesos.

Al poco rato de avanzar por allí encontró á doce indios armados con flechas, que hubieran podido anonadarle.

Pero al verle, de improviso pensaron que detrás de él iria un formidable ejército y se amedrentaron.

—Vengo á buscar á vuestros jefes, les dijo López.

Los indios, sin saber lo que les pasaba, se retiraron, y á poco se encontró Juan López en presencia de Cotabanamá.

El valeroso indio, iba á disparar su flecha contra López, cuando éste, cayendo rápidamente sobre él, le atravesó con la espada.

Los indios huyeron aterrorizados.

Cotabanamá, herido y todo, luchó con su adversario.

Pero éste con una nueva estocada le tendió en tierra.

El cacique quiso arrancarse el acero que atravesaba su pecho para matar á su enemigo.

A pesar de la sangre que brotaba de su herida, pudo levantarse y luchar brazo á brazo con Juan López.

Al fin y al cabo pudo empujarle hácia un precipicio, donde le despeñó, casi al mismo tiempo en que él lanzaba el último suspiro.

Miéntras esto pasaba allí, los demas españoles se apoderaban de Guaorocaya.

Encadenado el heróico rey, resolvieron darle muerte y al efecto formaron una hoguera para abrasarle en ella.

Pero como no habian recibido órden para tanto; como por otra parte la presencia del último cacique de Haiti encadenado podria servir de escarmiento á los indios que quedaban libres, decidieron llevarle á bordo del buque hasta Santo Domingo.

Allí encontró á Anacaona encadenada como él, y próxima á ser juzgada por los españoles de la manera más inícua.

El cadalso iba à extinguir en breve la raza de los reyes de Haiti.

CAPITULO XXIII.

El suplicio de Anacaona.

ANACAONA aguardaba el resultado del proceso que por órden de Ovando se habia instruido contra ella en un calabozo privado de luz y sin ventilacion apénas, tratada como si fuera una criminal temible.

Para mayor tormento, habia alejado de su compañía á los indios que, como ella, sufrian el cautiverio, y le habian dado por carcelero à un hombre cuyo mayor goce era mortificar á los indígenas.

Todo lo sufria con paciencia Anacaona, confiada en que vivia su esposo y en que no tardaria en volver á libertarla.

Otra esperanza le sonreia en medio de su amargura.

Habia corrido la voz de que Colon debia llegar de un momento á otro, y haciéndole justicia como á los demas indios, esperaba de su clemencia alivio á su afliccion.

Antes de ser prisionera, habia fijado su atencion en el padre Las Casas, el misionero más jóven de cuántos habia en la isla, y el que más simpatías habia mostrado en favor de los indios.

Sentia vivos deseos de conversar con él, de pedirle noticias acerca de su esposo; pero no se atrevia á suplicar á sus verdugos que la llevasen á su lado, por temor de que su deseo fuese bastante para que la negasen aquella gracia.

El padre Las Casas, que asistia con el corazon traspasado à aquellas escenas indignas, no ya de cristianos sino de gen-

Cotabanamá, herido y todo, luchó con su adversario.

Pero éste con una nueva estocada le tendió en tierra.

El cacique quiso arrancarse el acero que atravesaba su pecho para matar á su enemigo.

A pesar de la sangre que brotaba de su herida, pudo levantarse y luchar brazo á brazo con Juan López.

Al fin y al cabo pudo empujarle hácia un precipicio, donde le despeñó, casi al mismo tiempo en que él lanzaba el último suspiro.

Miéntras esto pasaba allí, los demas españoles se apoderaban de Guaorocaya.

Encadenado el heróico rey, resolvieron darle muerte y al efecto formaron una hoguera para abrasarle en ella.

Pero como no habian recibido órden para tanto; como por otra parte la presencia del último cacique de Haiti encadenado podria servir de escarmiento á los indios que quedaban libres, decidieron llevarle á bordo del buque hasta Santo Domingo.

Allí encontró á Anacaona encadenada como él, y próxima á ser juzgada por los españoles de la manera más inícua.

El cadalso iba à extinguir en breve la raza de los reyes de Haiti.

CAPITULO XXIII.

El suplicio de Anacaona.

ANACAONA aguardaba el resultado del proceso que por órden de Ovando se habia instruido contra ella en un calabozo privado de luz y sin ventilacion apénas, tratada como si fuera una criminal temible.

Para mayor tormento, habia alejado de su compañía á los indios que, como ella, sufrian el cautiverio, y le habian dado por carcelero à un hombre cuyo mayor goce era mortificar á los indígenas.

Todo lo sufria con paciencia Anacaona, confiada en que vivia su esposo y en que no tardaria en volver á libertarla.

Otra esperanza le sonreia en medio de su amargura.

Habia corrido la voz de que Colon debia llegar de un momento á otro, y haciéndole justicia como á los demas indios, esperaba de su clemencia alivio á su afliccion.

Antes de ser prisionera, habia fijado su atencion en el padre Las Casas, el misionero más jóven de cuántos habia en la isla, y el que más simpatías habia mostrado en favor de los indios.

Sentia vivos deseos de conversar con él, de pedirle noticias acerca de su esposo; pero no se atrevia á suplicar á sus verdugos que la llevasen á su lado, por temor de que su deseo fuese bastante para que la negasen aquella gracia.

El padre Las Casas, que asistia con el corazon traspasado à aquellas escenas indignas, no ya de cristianos sino de gen-

te civilizada, se multiplicaba para hacer ménos dura la esclavitud de los indios, para llevar el consuelo á su corazon en los últimos momentos de su vida.

En el momento en que Esquivel se apoderó de Guaorocaya y lo envió á Santo Domingo para que fuera juzgado, resolvió el padre Las Casas acompañarle con el objeto de ganar su alma para Dios.

En varias ocasiones, aun á riesgo de perder el prestigio de que gozaba y de incurrir en el desagrado del gobernador, habia pedido á Ovando que ejercitase la piedad con los infelices indios.

Con sereno, aunque humilde acento, le habia recordado la misericordia del Todopoderoso su clemencia para perdonar las ofensas, su caridad para los tristes, y Ovando, que fundaba todas sus demasías en el deseo de subyugar al país para imponerle una religion que no necesitaba ser impuesta, sino iniciada, para llevar al alma la conviccion, fingia al padre Las-Casas gran pesar por verse obligado á autorizar aquellos castigos; y como veia la estimacion y la influencia que adquiria el misionero por su evangélica conducta, aparentaba oirle con atencion y accedia á sus ruegos, no para renunciar el martirio de los indios, sino para dulcificar la forma de dárselo.

—Ya está pacificada la provincia de Higuey, dijo á Ovando el padre Las Casas; ya sus infelices moradores, los más temibles de la isla, ó duermen el sueño eterno, ó se entregan vencidos á la esclavitud. Las armas españolas no pueden alcanzar triunfo mayor. De uno à otro extremo dominan todo el territorio, y son esclavos suyos los que ántes vivian felices é independientes en estas risueñas comarcas.

Que la piedad halle eco en vuestro corazon: los dos únicos representantes de la monarquía haitiana yacen en vuestro poder encadenados. Nada pueden: el cetro hecho pedazos, sus

huestes destruidas, su trono desmoronado, no podrán nunca recuperar lo que han perdido. No aumenteis el número de víctimas llevándolos al cadalso. La clemencia despues del triunfo es la luz que mejor le ilumina.

—Sois bueno y generoso, dijo Ovando, y yo tambien participo de vuestros sentimientos. Pero entre los dos existe una gran diferencia. Sois ministro de Dios, y yo soy gobernador de una colonia y jefe de un ejército. La piedad es en vos una obligacion; en mí seria una debilidad. Representante ante todo de la justicia, debo acatar sus fallos, debo defender sus derechos, y los dos grandes caciques han conspirado contra nosotros: por su tenacidad nos hemos visto obligados á recurrir á las armas. Se han trabado combates, y en ellos han perecido nuestros hermanos. A estos ultrajes hay que añadir los sacrilegios que han cometido destruyendo las imágenes que les hemos dado para venerarlas, mofándose ademas de las doctrinas que les hemos inculcado para que llegasen al conocimiento del verdadero Dios. Todos estos delitos están sometidos à un tribunal. El es el que debe fallar; él el que debe condenar á los reos. Si los absuelve, mi gozo será igual al vuestro; si los condena, no tendré más recurso que ejecutar su sentencia. El deber es ante todo.

El padre Las Casas conocia lo bastante á Ovando para comprender que, al pronunciar aquellas palabras, acariciaba la idea de asistir á los últimos momentos de la dinastía haitiana

—Al ménos, dijo, concededme una gracia. Inteligentes y dotados de nobles prendas, Anacaona y Guaorocaya, deben ántes de espirar abrazar la religion cristiana y morir como los buenos. Concededme la gracia de iluminar su inteligencia, de abrir su corazon á las dulcísimas emociones de la fe, y al ménos quitar á su muerte el horror y la desesperacion:

que mueran bendiciendo á Dios, implorando su gracia, perdonando á los que se ven en la dura necesidad de imponerles tan grande castigo.

—No seré yo quien me niegue á satisfacer tan grandes deseos. Si alguna crueldad hay en mis actos, es porque no es posible emplear la clemencia con gentes que desconocen la bondad, y que calificarian mi dulzura como calificaron la de Colon: de pusilanimidad, de cobardía.

Gracias á esto, pudo el padre Las Casas realizar uno de los más vivos deseos de Anacaona.

Al verle entrar en su calabozo, le pareció que respiraba con más libertad, que la esperanza volvia á su abatido espíritu, que su tzimes tutelar no le habia abandonado, y le brindaba los consuelos que le habia pedido.

—¡Que vuestro Dios os bendiga! exclamó Anacaona al verle.

—¡Pobre reina destronada! dijo el padre Las Casas. No he dejado de pensar un solo instante en tu infortunio, y he aprovechado la primera ocasion de venir á verte para aliviar tus desventuras.

—Os agradezco tan buenos deseos, y vuestra presencia me anima; pero ya ni vos ni nadie puede mitigar mis pesares.

—Sí, Anacaona, sí; hay un supremo poder que sana las heridas màs profundas, que cuando el desengaño cierra las puertas á la esperanza en el mundo, las abre con la fe á otro mundo más grande, más puro, más bello, donde la ventura es eterna.

—¿Hay otro mundo entónces?

—Sí.

—Y ese mundo, ¿cuál es?

—La eternidad.

—¿Se sufre en él?

—Se sufre cuando el alma llega á sus puertas manchada con los crímenes; se goza cuando se presenta limpia ó arrepentida á los ojos de su Creador.

Anacaona escuchaba embebecida al padre Las Casas.

—En ese mundo, añadió el misionero, solo el espíritu domina. Las pasiones se han extinguido; la carne es polvo ya; el alma, inmortal, recibe el premio de sus virtudes, y encuentra en torno suyo á los séres queridos para disfrutar con ellos la eterna bienaventuranza; en ese mundo no hay jerarquías, no hay reyes ni vasallos, no hay ambiciones ni odios.

—¡Cuánto daria, exclamó Anacaona, por vivir allí! ¡Ah!.... Si muero, si mis enemigos me hacen sufrir la suerte que ha alcanzado á mis hermanos, allí esperaré á mi esposo Caonabo y á mi querida hija.

—No, Anacaona, dijo el padre Las Casas, aprovechando aquella ocasion para revelar la verdad á aquella infeliz reina, tu esposo Caonabo te aguarda allí.

—¿Qué decís?

—Te han engañado por tu bien.

—¡No vive!

—No.

—¡Ah!....

—No vive; al ir á España sucumbió en el camino, pero murió bueno, y el Dios de mis hermanos, grande y misericordioso, le acogió en su seno, y en él te espera.

Los ojos de Anacaona se inundaron de lágrimas.

Con débil voz, entrecortada por sollozos, añadió despues de una breve pausa:

—Todo lo comprendo; pero en medio de mi dolor experimento al oir vuestras palabras una dulzura que hasta ahora no he sentido. ¡Ah! Guiadme à esa patria feliz en donde las almas que bien se quieren gozan de eterna dicha; la vida me

es odiosa: quiero la fe, la fe que hay en vuestra alma, si ella ha de guiarme adonde está mi único bien.

A partir de aquel momento, el padre Las Casas consiguió hacer cristiana á Anacaona, y la preparó tan bien, brindándola los consuelos de la religion, que cuando al dia siguiente firmó Ovando su sentencia de muerte, escuchó aquella horrible condenacion con ánimo sereno, con sonrisa de triunfo.

Anacaona supo que Guaorocaya debia sufrir su misma suerte, y quiso trasmitirle los goces que debia á la religion.

El padre Las Casas consiguió que Guaorocaya y Anacaona esperasen la hora de su muerte reunidos en una misma capilla.

Los dos caciques se negaron à ver á todo el mundo.

Solo anhelaban la compañía del padre Las Casas.

Al acercarse su postrera hora, no pudieron ménos de volver sus ojos al pasado, de recordar la paz que reinaba en su patria, contarse uno á otro los desastres que habian presenciado, y convencidos de que habia caido sobre ellos una maldicion, consideraron la muerte como la libertad.

Miéntras tanto, se levantaban dos horcas en la plaza pública de la colonia de Santo Domingo.

Todo se hacia precipitadamente, porque habia noticias de que se aproximaba Colon, y aunque Ovando pensaba contrarestar su mando, temia que se despertase la piedad de los colonos en favor de los indios, y que todos juntos le obligasen á aplazar su castigo.

Ovando no consideraba dominada la isla por completo hasta que no sucumbiesen sus dos únicos reyes.

En la madrugada de un hermoso dia del mes de Junio del año 1504, entraron los soldados con los jueces en la capilla para conducir los reos al patíbulo.

Anacaona y Guaorocaya esperaban con ánsia aquel momento.

Todos los colonos habian acudido á la plaza para assitir á la ejecucion.

Los reos atravesaron con paso seguro la distancia que les separaba de la muerte.

El padre Las Casas les habia enseñado el Credo, é iban rezándole.

Subieron al tablado, y Anacaona:

—Yo te perdono, Ovando, dijo; perdono á los enemigos de mi patria, y entrego el cuello al verdugo.

Guaorocaya lanzó una mirada furibunda al gobernador, y no pronunció una sola palabra.

Un segundo despues, sus amorotados cuerpos se agitaban en el espacio.

Ovando no se atrevia á alzar los ojos.

Un horrible remordimiento llenaba su alma.

No habia trascurrido media hora, cuando sonó un cañonazo en la playa.

Todos los habitantes de Santo Domingo corrieron a ella.

Cristóbal Colon, el almirante de las Indias, llegaba á Santo Domingo.

Pero llegaba tarde.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXIV.

Donde se ve cómo Colon deja lo cierto por lo dudoso.

Antes de asistir á los sucesos que tuvieron lugar cuando llego Colon al puerto de Santo Domingo; ántes de presenciar la agonía lenta y horrible de aquel gran hombre, vamos à acompañarle en su viaje, para conocer un período de la historia de su vida de los más interesantes, de los màs dramáticos.

Le dejamos alejándose de Santo Domingo, despues de haber aconsejado á Ovando que no permitiese la salida del puerto á la gran escuadra que iba á conducir á España inmensas riquezas.

No tardó en saber el desastroso fin que habian tenido las embarcaciones por no haber querido escucharle el gobernador de la colonia, y procuró refugiarse para evitar que sus embarcaciones sufrieran la misma suerte.

Al dia siguiente de su marcha arreció el temporal, y se perdieron de vista unos á otros.

La carabela de Colon permaneció próxima á la costa, y no sufrió el empuje de las olas.

Pero los capitanes de los otros buques, creyendo más oportuno entregarse á merced de las olas, abandonaron la orilla, salieron á alta mar, y empujados por el vendaval, estuv.eron separados algunos dias, siendo juguete del huracan y haciendo creer á sus jefes que las embarcaciones se habian perdido.

Bartolomé Colon dió en aquellas circunstancias pruebas de sus grandes talentos nàuticos.

Mandaba el buque más endeble y ménos á propósito para resistir el choque de las olas; pero velando noche y dia, sin separarse del timon, y dando órdenes en extremo juiciosas, logró ponerse en salvo, y unos ántes, y otros despues, llegaron al fin todos los buques á Puerto Hermoso, al Occidente de Santo Domingo.

Todas las naves, excepto la de Colon, sufrieron averías.

Allí supo con profunda admiracion el almirante las grandes pérdidas que habian sufrido los reyes de España por el oro que habia ido á parar al abismo del mar, y el castigo que la Providencia habia impuesto á Bobadilla, á Roldan y á la mayor parte de los que más daño le habian hecho en la isla.

Tambien supo que uno de los pocos buques que se habian salvado, era el que conducia sus bienes á España.

—No en vano he confiado siempre en la Providencia, dijo á su hermano y á su hijo Fernando al referirles lo que acababa de saber.

Habian sufrido mucho durante el último temporal los tripulantes, y para que descansasen y reparasen el desperfecto de las carabelas, permaneció bastantes dias en Puerto Hermoso.

Cuando estas causas cesaron, se dió á la vela, y tuvo de nuevo que refugiarse en Jaquemel ó Puerto Brasil, como le llamaban los españoles, para librarse de los efectos de otro récio temporal que le sorprendió en la marcha.

El 14 de Junio, sosegadas las olas, partió el buque de la tierra firme, y fué empujado por las corrientes hasta llegar á unas pequeñas islas de la Jamáica, en las que se detuvo para proveerse de agua.

Despues de explorarlas, vieron que carecian de manantia-

les, y tuvieron que abrir pozos en la arena para abastecerse de agua.

El tiempo continuaba en calma, y solo las corrientes impelian á las embarcaciones.

Empujados por esta pequeña fuerza, llegaron al grupo de islas que habia llamado Colon diez años ántes los Jardines de la Reina, y al poco tiempo de su llegada comenzó á soplar un viento favorable, gracias al cual tomó el rumbo del Sudoeste, descubriendo el dia 30 de Junio una pequeña isla, de encantador aspecto por la variedad y la belleza de su abundante vegetacion.

Los árboles que màs llamaron la atencion del almirante fueron robustos y elevados pinos, por lo cual dió á la isla el nombre de la Isla de los Pinos, aun cuando ha conservado su denominacion india de Guanaga, denominacion que comprende á las numerosas isletas que hay en torno suyo. (N)

Por órden de Colon desembarcó su hermano Bartolomé con parte de la tripulacion, y en dos lanchas fué á visitar la isla.

A pesar de lo acostumbrados que estaban los españoles, y sabre todo el almirante y sus hermanos, á la maravillosa vegetacion del Nuevo Mundo, no pudo ménos de sorprenderles el aspecto de aquella isla.

Por otra parte, los habitantes de ella, en vez de huir, salian al encuentro de sus huéspedes, les observaban con ansiedad, se mostraban solícitos con ellos, y más que enemigos parecian indiferentes.

Los habitantes de aquella isla se parecian á los de las demas que hasta entónces habian visitado.

Su frente, sin embargo, era más estrecha que la de aquellos.

Bartolomé dirigió algunas preguntas á los isleños, y viendo que no la entendian, hizo que los indios intérpretes que llevaba preguntasen lo que queria saber.

Tampoco los indios se entendieron entre sí.

Iba á recurrir al idioma universal, es decir, al de las señas, cuando sorprendió á Bartolomé una gran canoa que se dirigia hácia la costa y parecia llegar de un largo viaje.

La belleza de aquella barca admiró á todos.

Era de una sola pieza, de mucha longitud y de ocho piés de ancha.

En el centro habia un camarote formado por hojas de palma como las de las góndolas venecianas.

Iba á bordo de la canoa un cacique con su esposa y sus hijos.

Vogaban veinticinco indios, y la canoa iba cargada de objetos muy curiosos y de productos de varias clases.

Desde bastante léjos descubrieron el cacique y los que le acompañaban las embarcaciones de Colon.

En vez de asustarse ó de tomar una actitud hostil al contemplarlas, poseidos de viva curiosidad se acercaron á la carabela capitana.

Pudo Colon conferenciar por señas con el cacique, y gracias á esto consiguió sin peligro ni esfuerzo alguno examinar los artículos más importantes que producia natural ó artificialmente aquella parte del Nuevo Mundo.

Aquel exámen resultó favorable para los habitantes de la nueva isla, porque al lado de los utensilios y objetos que ya habia visto Colon en las demas ciudades indias, habia hachas de cobre para cortar madera, no de piedra como las que usaban los otros indios, y espadas de madera con hendiduras en los dos lados de la hoja, y sujetos en ellas con cuerdas de intestinos de pescados, pedazos de pedernal afilados.

Asimismo mostraron al almirante campanillas de cobre y

multitud de bagatelas del mismo metal, y un crisol en el que fundian.

Tambien empleaban el barro, el marfil y la madera para hacer vasos, platos y utensilios de cocina.

Destinaban el algodon á sábanas y mantos bien labrados, y teñidos de varios colores.

Por primera vez vieron los españoles allí el cacao, que los indios empleaban como alimento y como moneda.

Asimismo le dieron á gustar un brebaje que hacian de maíz, y que tenia un sabor muy parecido al de la cerveza.

El almirante eligió algunas muestras de aquellos productos para enviarlos á España, y segun su costumbre, indemnizó à los indios con cascabeles, abalorios y otros dijes de escaso valor.

Lo más extraño es que en presencia de los españoles, á quienes hasta entónces no habian visto, ni expresaban temor ni manifestaban asombro.

—Por fuerza nos acercamos, se decia Colon, à ese país grandioso descrito por Marco Polo.

Se confirmó más y más en la creencia de que la civilizacion se hallaba en todo su apogeo al ver que las mujeres usaban grandes mantos de algodon, de colores muy vivos, en los que se envolvian como las moras en sus alquiceles.

Los indios usaban un cinturon con faldetas, síntomas todos de que conocian el pudor.

Gran pena experimentaba el almirante al ver que no podia conversar con ellos á sus anchas.

Hablaban un idioma completamente desconocido, hasta para los intérpretes que llevaba de la Española, y solo podia comunicarse por señas.

Por ellas comprendió Colon que habia al Occidente un país rico, opulento, industrioso y magnífico.

Hay arcanos impenetrables.

En aquellos momentos indicaban los indios á Colon la existencia de un país que dejaba muy atrás con su esplendidez las fantásticas descripciones de las grandes ciudades de Oriente, para las que buscaba Colon un camino directo.

El descubrimiento de aquel país, del que le separaban únicamente dos dias de camino, habria recompensado los sacrificios de su vida y consolidado su gloria y su prestigio.

En efecto, los indios de la costa de Honduras le señalaban el derrotero de Yucatan, de México, de los países que más tarde debian llamarse Nueva España.

Pero la Providencia, en sus altos designios, habia reservado la gloria de conquistar aquellas joyas para la corona de España á Hernan Cortés y Francisco Pizarro, y alimentando en Colon el deseo de llegar cuanto ántes al punto que le pintaba como precioso su febril imaginacion, renunció à contemplar las maravillas que le indicaban, y continuó el rumbo hácia el Oriente, imaginando llegar al paraje en que la tierra firme se separaria de la costa de Pária por medio de un estrecho, á cuyo fin hallaria las islas que producian especias y los países más ricos y civilizados de la India.

Siguiendo este camino, se proponia hallar el punto en donde los indios le habian indicado que habia oro en gran abundancia.

Todas estas noticias las adquirió el almirante de un indio muy viejo, y que al parecer habia viajado mucho por aquellos mares.

Suplicóle el almirante que fuese en su compañía para guiarle, y despidiéndose del cacique, de su familia y de los demas indios que fueron á saludarle, colmándolos á todos de regalos, abandonó el Guanaga, y á muy poca distancia descubrió el cabo que hoy se llama de Honduras. (Ñ)

CAPITULO XXV.

Un camino difícil.

Era domingo.

Siguiendo su costumbre, dispuso Colon que el adelantado, con los capitanes y la mayor parte de los tripulantes, desembarcasen en tierra y oyesen misa bajo los seculares árboles de la costa.

Colon no pudo acompañarlos, porque apénas podia moverse.

La gota le molestaba de contínuo y se habia visto obligado á mandar construir un camarote en la popa para poder vigilar la navegacion y dar sus órdenes sin necesidad de violentarse.

Aquel ejercicio piadoso animó algo á los viajeros, que iban ya fatigados y ansiosos de dejar aquel rumbo Norte y azaroso.

Durante todo el dia se permitió á los marineros entregarse al descanso, miéntras Bartolomé, Fernando y Diego Mendez, uno de los capitanes que profesaban á Colon más afecto, rodeaban el lecho del almirante y conversaban con él acerca de sus proyectos y de sus esperanzas.

Al dia siguiente continuaron su marcha las carabelas, y despues de haber andado unas quince millas, descubrió el adelantado un nuevo rio, del que tomó posesion en nombre de los reyes, dándole el título de rio de la Posesion.

Desembarcando en la orilla, halló una porcion de indios, que sin pronunciar una sola palabra, ni articular una modulacion, ofrecieron á los españoles pan de maíz, aves, pescados, algunas frutas, y se alejaron.

Bartolomé dispuso que les dieran abalorio y cascabeles, dádiva que les agradó en extremo, y al dia siguiente volvieron á buscar á los españoles con abundantes víveres y las mayores muestras de consideracion y respeto.

El padre Las Casas describe á los naturales de aquel país, y dice de ellos que tenian la frente más espaciosa que los habitantes de las demas islas, signo de superior inteligencia.

Hablaban un idioma distinto del que hasta entónces habian oido los españoles á los indios.

Muchos de ellos tenian por todo adorno sobre la piel figuras de animales hechas á fuego.

Otros cubrian la parte superior de su cuerpo con unas camisetas de algodon sin mangas, y llevaban trenzas de pelo, que por detrás de las orejas descendian sobre su pecho.

Los jefes ó caciques usaban gorros de algodon blanco ó de colores.

Para asistir á las grandes solemnidades se pintaban de negro la cara ó la adornaban con listas de varios colores, trazándose círculos en torno de los ojos.

El guía que acompañaba á Colon, el mismo de quien se ha hablado ántes, aseguró al almirante que los indios eran caníbales

—Y sin embargo, dijo Colon, á juzgar por su aspecto no lo parecen.

—Es que se ha efectuado en ellos un gran cambio. En una de las expediciones que hizo su gran cacique á Pária, se prendó de una india, hija de uno de los caciques de aquel país, la tomó por esposa y la trajo á esta isla. Desde entónces fué objeto de veneracion para todos, y cuando poco despues murió su esposo, ella fué aclamada como soberana.

Exigió juramento á sus vasallos de que no abandonarian la isla, de que renunciarian á sus correrías y á sus crímenes, dedicándose á cultivar la tierra, y todos obedecieron. Hoy son hospitalarios, bondadosos, y viven en la paz y en la prosperidad.

Colon mandó al adelantado que explorase aquel país, y en una parte de la costa encontró á muchos indios con las orejas horadadas y de grandes proporciones.

Los españoles dieron á aquella region el nombre de Costa de la Oreja.

No habia señales de oro ni preciosidades de ningun género en aquella isla, y Colon, de acuerdo con sus hermanos, resolvió continuar el viaje.

Les aguardaba una época de prueba.

Desde el rio de la Posesion se dirigió á la costa de Honduras, teniendo que luchar con las corrientes y con los vientos, que no le favorecian, viéndose condenado á no andar cada dia más que dos ó tres leguas.

Más de dos meses habian trascurrido sin que cesaran de impedir sus propósitos las tempestades, los fuertes aguaceros que le sorprendian incesantemente, con cuyo motivo sus embarcaciones estaban deterioradas por completo.

Los contínuos peligros á que se veian expuestos los tripulantes, les tenian sumidos en la desesperacion.

Renegaban de su suerte unas veces, otras se encomendaban á Dios, porque creian próxima su muerte, y en más de una ocasion vieron que eran inútiles sus esfuerzos para arrojar de los buques el agua que entraba por las aberturas, y que las olas les amenazaban. No bastando los misioneros que habia á bordo para prepararlos á bien morir, se confesaban unos á otros, viendo acercarse el fin de su vida, sin otra esperanza que la de hallar por tumba el abismo del mar.



Anacaona, cargada de cadenas como su esposo, fué conducida á Santo Domingo.

LIT. DE GUERRA Y VALLE.

Miéntras tanto, Colon, tendido sobre el lecho, sin poder moverse, sufria por él y por los que le rodeaban.

En aquellas largas horas de zozobra, olvidándose del peligro que le amenazaba, recordaba todos los episodios de su trabajada vida, y una profunda pena llenaba su corazon: la de morir sin haber recibido ostensible reparacion de los agravios que le habian hecho, sin asegurar su gloria y su fortuna para legarla á sus hijos.

Tambien sentia en extremo llevar en su compañía á Fernando.

La idea de que podria perecer le anonadaba.

En medio de esta terrible ansiedad trascurrieron cuarenta dias, y el 14 de Setiembre del mismo año de 1502 llegaron los buques á un cabo, en el que la costa torcia hácia el Sur.

Favorecidos por el viento, doblaron el cabo, y la esperanza tornó á los corazones.

En memoria de aquella inesperada felicidad, dió el almirante á aquel cabo el nombre de Cabo de Gracias á Dios, y las embarcaciones continuaron por la costa que en la actualidad se llama de los Mosquitos.

Siguiendo aquel rumbo, encontraron un grupo de doce islas, en las que habia multitud de árboles con frutos semejantes al limon, por lo cual les dió Colon el mombre de Limonales.

Dos dias despues ancló la escuadra en la embocadura de un espacioso rio, por el que entraron los botes á proveerse de agua y leña.

Pero cuando volvia cargada se alborotó el mar, y una de las lanchas se sumergió con los hombres que llevaba á bordo.

Por esta circunstancia fué bautizado el rio con el nombre de Rio del Desastre.

Prosiguió la escuadra su rumbo, y despues de sufrir nuevas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tempestades el 25 de Setiembre se detuvo en una especie de bahía muy cómoda, formada entre una isla y el continente.

Las hermosas palmeras que adornaban la isla, los cocos, las ananas y los mirabolanes, al mismo tiempo que las frutas y flores que se veian en aquella tierra, encantaron á los tripulantes y dieron á la isla el nombre de La Huerta.

Su verdadero nombre era Quiribiri.

A muy corta distancia habia una poblacion que se llamaba Cariari.

Lo que ocurrió á los viajeros con los habitantes de aquella poblacion, merece ser referido en capítulo aparte.

CAPITULO XXVI.

Cariari.

Despues de los malos ratos que habian pasado Colon y sus compañeros, su llegada à Cariari fué un momento de tregua.

En el afan que tiene el hombre por explicarse todo lo que le pasa, la idea que los viajeros formaron de los indios de Cariari les sirvió para convencerse de las causas de las contínuas tempestades que les habian asaltado, de los peligros que habian corrido y hasta de su milagrosa salvacion.

Los españoles, incluso el mismo Colon, al poco tiempo de observar aquellos indios se convencieron de que eran mágicos.

Veamos lo que pasó.

Apénas descubrieron en el mar los indios de Cariari las embarcaciones de Colon, corrieron á la playa armados con flechas, clavas y lanzas, y muy resueltos á defender su territorio.

Por órden de Colon permanecieron á bordo todos los españoles, y emplearon el dia en reparar los desperfectos de los buques y en descansar de las fatigas del viaje.

Gran extrañeza causó á los indios la llegada de aquellas gentes en naves tan formidables; pero su gran asombro fué ver que sin hacer caso de ellos, se entregaban á sus faenas y no se preocupaban para nada de su actitud hostil.

En vista de esto se convencieron de que no les llevaban

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tempestades el 25 de Setiembre se detuvo en una especie de bahía muy cómoda, formada entre una isla y el continente.

Las hermosas palmeras que adornaban la isla, los cocos, las ananas y los mirabolanes, al mismo tiempo que las frutas y flores que se veian en aquella tierra, encantaron á los tripulantes y dieron á la isla el nombre de La Huerta.

Su verdadero nombre era Quiribiri.

A muy corta distancia habia una poblacion que se llamaba Cariari.

Lo que ocurrió á los viajeros con los habitantes de aquella poblacion, merece ser referido en capítulo aparte.

CAPITULO XXVI.

Cariari.

Despues de los malos ratos que habian pasado Colon y sus compañeros, su llegada à Cariari fué un momento de tregua.

En el afan que tiene el hombre por explicarse todo lo que le pasa, la idea que los viajeros formaron de los indios de Cariari les sirvió para convencerse de las causas de las contínuas tempestades que les habian asaltado, de los peligros que habian corrido y hasta de su milagrosa salvacion.

Los españoles, incluso el mismo Colon, al poco tiempo de observar aquellos indios se convencieron de que eran mágicos.

Veamos lo que pasó.

Apénas descubrieron en el mar los indios de Cariari las embarcaciones de Colon, corrieron á la playa armados con flechas, clavas y lanzas, y muy resueltos á defender su territorio.

Por órden de Colon permanecieron á bordo todos los españoles, y emplearon el dia en reparar los desperfectos de los buques y en descansar de las fatigas del viaje.

Gran extrañeza causó á los indios la llegada de aquellas gentes en naves tan formidables; pero su gran asombro fué ver que sin hacer caso de ellos, se entregaban á sus faenas y no se preocupaban para nada de su actitud hostil.

En vista de esto se convencieron de que no les llevaban

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

allí intenciones hostiles, y su temor se convirtió en un vivo interes, en una casi femenil curiosidad.

A la caida de la tarde su impaciencia fué tanta, que no pudiendo contener el deseo de ver de cerca á los españoles, les dieron á entender por señas que podian desembarcar, seguros de que los recibirian con afecto.

Desentendiéronse los españoles de esta demostracion, y algunos indios, arrojándose al agua, llegaron á nado hasta los buques, y ofrecieron á los españoles mantas de algodon y adornos del oro que los indígenas llamaban *guanin*.

Muchos de los marineros, que aún ignoraban el poco valor de aquel metal, se aprestaban á recibir sus obsequios, cuando el almirante prohibió que los aceptaran.

No por eso dejó él de regalar á los indios.

Pero éstos, al ver que los españoles rehusaban sus presentes, se mostraron ofendidos, y al volver á tierra arrojaron en la playa los objetos que habian merecido á la prodigalidad de los españoles, pagando de este modo el desprecio que les habian hecho no aceptando los suyos.

Pero no por eso abandonaron el deseo de que desembarcaran los españoles.

Aguardaron, pues, una ocasion para conseguirlo.

El medio que habian ideado era ofrecerles seguridades de que no les harian daño alguno.

Al efecto designaron á un anciano, á quien todos profesaban gran veneracion, y entregándole dos indias, una de catorce años y otra de ocho, ricamente adornadas, le hicieron ocultarse con ellas detrás de unos arbustos, y le dieron las instrucciones oportunas para que consiguiera el objeto que se proponian.

A la mañana siguiente, muy temprano, uno de los botes se acercó á la orilla en busca de agua, y apénas desembarcaron los tripulantes salió el anciano con las dos jóvenes llevando una bandera blanca en señal de paz.

El indio aseguró á los españoles que podian desembarcar sin temor alguno.

En prueba de ello, añadió que les entregaba aquellas jóvenes para que las tuvieran en rehenes miéntras ellos disfrutaban de los obsequios que querian hacerles en la isla.

Al informarse de aquellas buenas intenciones, los españoles se dedicaron confiadamente á llenar las cubas de agua, y miéntras tanto muchos indios, que habian acudido á verlos más de cerca, permanecieron distantes, á fin de no infundir sospechas en los extranjeros.

Los españoles tornaron al bote, y el indio anciano les indicó por señas que se llevasen á las dos indias, mostrando decidido empeño en que acatasen su voluntad.

Creyendo complacer á Colon, y viendo que las indias se mostraban muy contentas de ir con ellos, las embarcaron los marineros y las llevaron á bordo.

Los indios avanzaron á la playa á medida que el bote se alejaba, y parecian en extremo satisfechos de aquella prueba de la confianza que habian dado á sus huéspedes.

Encantaba á Colon aquel recibimiento, y deseando corresponder á él, despues de tratar á las jóvenes indias con la mayor galantería y de colmarlas de regalos, las envió á tierra para que pudieran dar cuenta de las atenciones de que habian sido objeto.

Al llegar á la playa la encontraron desierta, y porque no se quedaran allí solas volvieron á pasar la noche con el almirante.

Al dia siguiente tornaron á la playa, y salió á recibirlas el anciano que las habia entregado á los españoles.

Pero éstos no desembarcaban ni aceptaban sus regalos, y se ofendieron en extremo.

Por la tarde los parientes de las jóvenes indias devolvie-

ron á los españoles todos los regalos que les habian hecho, y se mostraron agraviados porque se despreciaban sus presentes.

Habia cierto fondo de sentimiento en aquellas manifestaciones, y Colon dispuso que el adelantado desembarcase.

A pénas vieron acercarse el buque que conducia al adelantado, algunos se arrojaron al agua, y llegando hasta él, le llevaron en brazos á tierra.

Creyendo los indios que era el jefe de los extranjeros, se entregaron en su presencia á las mayores demostraciones de alegría.

Bartolomé Colon les hizo algunas preguntas por medio del intérprete acerca de sus costumbres y de la riqueza de su suelo, y ellos se apresuraron á contestarle.

Pero queriendo el adelantado que el escribano tomase acta de sus propósitos, le mandó sentar á su lado sobre la playa, y éste preparó lo necesario para escribir.

Los indios rodearon al adelantado, ávidos de satisfacer su curiosidad.

Pero al ver al escribano sacar el tintero, el papel y la pluma, y ponerse á escribir, creyendo que iba á hacer algun conjuro ó que por medio de una operacion nigromàntica iba á aniquilarlos, se levantaron y huyeron precipitadamente, dejando solos á los españoles.

Aún no se habian dado cuenta éstos de lo que pasaba, cuando tornaron los indios con brasas, sobre las que echaban polvos aromàticos, aventándolos hácia los españoles, sin duda para destruir la influencia mágica que suponian en ellos.

Esta actitud, y lo que hasta entónces habian hecho los indios para atraerlos, hizo suponer á los españoles que los habitantes de aquellas regiones eran nigrománticos, por lo cual suplicaron á Colon que les sacase cuanto ántes de allí. (O)

A pesar de los deseos de los tripulantes, quiso el adelantado recorrer el país, y acompañado de unos cuantos soldados, hizo varias expediciones.

En una casa encontró varios sepulcros, y en uno de estos halló un cuerpo perfectamente embalsamado.

Otros dos cadáveres habia envueltos en algodones muy bien conservados, y todos ellos adornados con las joyas que más habian estimado durante su vida.

Todo indicaba más inteligencia y más sentimiento en aquellos indios que en los de la Española y demas islas que habian visitado.

Pero carecian de oro puro, y como al enseñarles oro de ley manifestaban que á lo largo de la costa lo encontrarian en mucha abundancia, resolvió al fin Colon tomar el rumbo que le señalaban los habitantes de Cariari.

Para que les sirvieran de guía, llevaba el adelantado siete indios á bordo.

Entre ellos escogió dos de los más listos, y los demas los dejó en libertad.

Al darse à la vela, acudieron multitud de indios á pedir á Colon que no se llevase á sus hermanos.

Para conseguirlo les hicieron multitud de regalos.

El almirante les ofreció que volverian en breve, puesto que solo deseaba que le guiasen por la costa.

Los indios de Cariari, al ver partir á sus compañeros, quedaron sumidos en una profunda tristeza, y como eran tan supersticiosos, creyeron ver en aquel acto un síntoma fatal para su raza y para su pueblo.

El dia 5 de Octubre abandonó la escuadra la playa de Cariari para caminar al lado de la costa, que á causa de los tesoros que encerraba debia llamarse Costa Rica.

CAPITULO XXVII.

Donde parece Colon dormido y los que le acompañan despiertos.

A los dos dias de navegacion se encontraron los buques en una gran bahía llena de islas, separadas por canales unas de otras.

A todas las llamaban los indígenas Caribaro.

Los indios de Cariari aseguraban á los españoles que en ellas abundaba el oro.

El padre Las Casas, que más tarde las visitó, dice "que eran muy vastas y estaban cubiertas de árboles, cuya frondosidad revelaba la existencia de frutos y flores."

Los buques podian navegar á toda vela por los canales, si bien rozaban los palos y las cuerdas con las espesas ramas de los árboles.

Los navíos de Colon se acercaron á una de las islas y se detuvieron allí, llamando desde luego la atencion á los españoles unas veinte canoas que habia atracadas en la orilla.

Acercáronse unos cuantos con los dos indios de Cariari, y éstos, buscando á los dueños de las canoas que al ver las embarcaciones se habian refugiado en los bosques, les aseguraron que no tenian nada que temer, con lo cual entablaron prontas relaciones con los españoles.

Algunos de los indios de aquella isla fueron presentados á Colon, y su vista animó á los españoles.

Todos ellos llevaban pendientes del cuello, por medio de

cordones de algodon, grandes láminas de oro puro y adornos de guanin figurando águilas.

Colon ofreció á uno de ellos tres cascabeles por una lámina de oro, y el indio pareció quedar muy satisfecho del negocio.

¡El oro! ¡No es de este siglo su influencia!

En todas las épocas ha producido el mismo efecto sobre los hombres.

Y no sólo los marineros, sino el mismo Colon experimentaba una inmensa alegría al ver que al fin y al cabo, despues de tantas desventuras, de tantos peligros, habia conseguido el tesoro que codiciaba.

Los españoles continuaron haciendo exploraciones por aquellas islas, trasladándose de unas á otras por los canales en las lanchas.

En una de estas expediciones hallaron diez canoas, en las que iban indios adornados con guirnaldas de flores y coronas formadas por uñas de animales y pájaros.

Casi todos ellos llevaban ademas preciosas láminas de oro; pero parecian conocer el valor de aquel metal, puesto que al pedírsele los españoles se negaban á dárselo.

Los españoles se apoderaron por medio de halagos de dos de aquellos indios, y los llevaron á presencia del almirante.

Uno de ellos tenia una lámina de oro, que, segun los historiadores de aquel tiempo, valia catorce ducados.

El otro un águila que valia veintidos.

A pesar de su sencillez no tardaron en descubrir los deseos de los españoles de poseer aquel metal, y les manifestaron que á dos dias de distancia habia parajes en donde hallarian todo el oro que quisieran, indicándoles que el lugar que más oro producia era Veragoa, distante veinticinco leguas de aquellas islas.

A partir de aquel momento, se entabló una lucha sorda entre los tripulantes y Colon.

Casi todos ellos iban animados, más que por el deseo de adquirir gloria y ensanchar los dominios de España, por el afan de amontonar oro, de enriquecerse y de volver con sus ganancias á la madre patria.

Así es que al hallarse entre aquellos indios, que tanto oro tenian, y al vislumbrar la seguridad de obtenerlo de sus manos, hacian los mayores esfuerzos para que la escuadra se estacionase en aquel país sin proseguir adelante, puesto que allí quedaban satisfechas todas sus aspiraciones.

La belleza de los paisajes, los agradables y sabrosos frutos que sin trabajo alguno conseguian, la hermosura de las indias, todo aquel conjunto encantador les seducia de tal manera, que no comprendian un más allá.

Pero Colon, que caminaba esperanzado por el deseo de realizar el pensamiento de su vida, de encontrar el estrecho que debia abrir camino por el Occidente á aquel magnífico país que regia el gran Kan, á las observaciones que le habian hecho algunos capitanes por cuenta propia y de los marineros y soldados, habia respondido:

—Nadie puede arrebatarnos el oro que aquí hay. Calmad vuestra impaciencia; sigamos el rumbo que ha de conducirnos al término de nuestro viaje, y al regresar á España podremos llevar honra y provecho, que vale màs que el provecho solo.

Esta determinacion dió lugar á contínuas murmuraciones; no pocos de los que iban á bordo pusieron en duda el talento del almirante, algunos creyeron que su vanidad iba á perderles, y se confirmaron más y más en la idea de que su excesivo amor propio, ó como él le llamaba, su amor á la gloria, habia sido causa de que la isla Española, apénas colonizada, se hubiese convertido en un semillero de disturbios y en un campo de incesante discordia.

Pero el almirante y sus hermanos dieron las órdenes oportunas para continuar la marcha, y el dia 17 de Octubre abandonaron las carabelas la bahía, ó mejor dicho el golfo, en donde habian permanecido algun tiempo; costearon la provincia de Veragoa ó Veragua, como se llamó más tarde, y llegaron á un espacioso rio, al que Fernando Colon dió el nombre de Guaig.

Detuvieronse allí, y segun la costumbre, fueron algunos marineros á tierra en los botes para explorar la orilla.

No se habian separado diez varas de los buques las pequeñas barquillas, cuando se presentaron en la costa más de trescientos indios armados con espadas y lanzas, hechas de madera de palma, dispuestos á interceptar el paso á los españoles y á castigar su osadía por dirigirse á sus dominios.

Su presencia se hizo notar por el ruido seco y repetido de los tambores que usaban, y el sonido de unos caracoles que, á guisa de trompeta, empleaban para acompañar sus estridentes gritos de guerra.

Desde luego pudieron convencerse los españoles de que aquellas gentes eran hombres aguerridos; porque con un denuedo, con un arrojo inconcebible, al ver que los botes avanzaban, se arrojaron al agua, y blandiendo sus armas, corrian en actitud amenazadora á caer sobre sus enemigos.

Muchos de ellos arrojaban el agua hácia los botes, como en señal de reto.

En vista de esto, dispuso Colon que los dos intérpretes que habia tomado en Cariari se adelantasen en un bote y explicasen á los indios el objeto de su visita.

No tardaron en calmar su temor, y al informarse de que solo la curiosidad era la que movia á los extranjeros á acercarse á la orilla de sus tierras, se mostraron afables, y recibiendo con entusiasmo de los españoles los consabidos casca-

beles, abalorios y demas chucherías, les dieron en cambio diez y siete láminas de oro, de un valor de ciento cincuenta ducados.

Tornaron unos y otros, y al dia siguiente regresaron los españoles á la orilla, para ver si aumentaban el número de làminas de aquel rico metal.

Pero los indios, que se habian figurado que no volverian, recelaron de nuevo al verlos aproximarse á la orilla; y presentàndose en gran número en actitud hostil, y llenando el espacio con el sonido de los tambores y de los caracoles, se lanzaron al agua para atacar á los extranjeres.

Uno de los indios disparó su flecha é hirió en un brazo á un español.

Esto les contuvo algun tanto.

Sin embargo, despues de un momento de tregua, avanzaron de nuevo contra sus enemigos, y entónces una de las carabelas disparó un cañonazo.

El estampido del cañon les atemorizó de tal manera, que huyeron horrorizados á refugiarse en las selvas.

Los españoles, aprovechando este momento, llegaron à la orilla, saltaron en tierra y les siguieron.

Fué tal el pánico que se apoderó de los indios, que arrojando sus armas se detuvieron, presentándose con la mayor sumision y humildad á los españoles.

Estos se contentaron con pedirles oro, y no tardaron en satisfacer sus deseos.

Dejáronles en libertad, dándoles objetos iguales á los que el dia anterior les habian ofrecido, y volvieron á bordo de las carabelas.

Impaciente Colon por llegar cuanto ántes al término de su viaje, se dió de nuevo á la vela; pero resuelto á explorar toda la costa, se detuvo en la entrada del rio Cativa.

Las indios de aquella parte de la costa le recibieron de la misma manera que los anteriores, es decir, con grandes alaridos y gritos de guerra,

Como los españoles no desembarcaron, enviaron los indios una canoa con el objeto de que sus tripulantes les preguntasen cual era el motivo de su presencia allí.

Los intérpretes los tranquilizaron.

Subieron á bordo de la carabela donde estaba Colon, conferenciaron con él y tornaron muy satisfechos, dando á sus caciques los mejores informes acerca de los deseos de los españoles.

Envió el almirante á un capitan con varios soldados á visitar al cacique, y éste despues de recibirlos con la mayor cortesía, les dió uno de sus mejores adornos de oro y permitió á sus vasallos que obsequiasen del mismo modo á los españoles.

Llamó su atencion en aquella parte de la costa una gran masa de estuco, del que llevaron muestras al almirante.

Como en las demas islas no habian hallado señal de arquitectura de ningun género, y allí encontraban una masa de tierra perfectamente fabricada, y con adornos arquitectónicos, se afirmó más y más en su idea de que avanzaba hácia países civilizados, y se avivó en su alma el deseo de proseguir la marcha para llegar cuanto ántes á las espléndidas ciudades del Oriente.

No quiso detenerse màs en la costa, y aprovechando un viento favorable, pasó por delante de ciudades populosas, en las que, segun los indios de Cariari, habia oro en gran abundancia.

Una de ellas fué Veragoa.

De esta y de las demas daremos à conocer en breve la historia y los sucesos memorables de su conquista por los españoles.

En ella estaban las minas de oro más abundantes, y sus moradores fabricaban con mayor profusion que los demas las láminas de oro con que se adornaban.

Los españoles contemplaban aquel país con codicia, y avanzaban contra toda su voluntad por el derrotero que les marcaba su jefe.

Al fin llegaron á una ciudad llamada Ubiga.

—Aquí termina el país del oro, dijeron los intérpretes al almirante.

Al saberlo los españoles, intentaron de nuevo disuadir á Colon de su propósito, y conseguir de él que les permitiese apoderarse de toda aquella rica comarca, conquista que, en su concepto, agradaria mucho más á los reyes que el descubrimiento del estrecho, que parecia ser la única esperanza de Colon.

Pero el almirante, alucinado por sus falsas creencias y por la relacion de los indios, que al hablarle de la magnificencia de las ciudades del Occidente se referian á los grandes imperios de México y del Perú, le hicieron creer que el Yucatan y Ciguare, nombres que pronunciaron repetidamente los indios, serian provincias pertenecientes al imperio del gran Kan; y esta suposicion y los indicios que su imaginacion le presentaba, le hicieron no abrigar la menor duda de que existia un estrecho, siendo su único afan descubrirle.

Le habian asegurado que los habitantes de aquellas regiones usaban guirnaldas y brazaletes de oro, que sus vestiduras estaban bordadas con fragmentos de aquel rico metal y que poseian muebles de preciosas labores.

No habia duda.

Los países descubiertos por Marco Polo iban á presentarse á su vista.

El almirante mostró un pedazo de coral á los indios, y éstos le aseguraron que las mujeres de Ciguare adornaban su cabeza y su cuello con bandas de aquel precioso producto.

Para convencerse más y más, les enseñó pendientes de otras especies que llevaba, y los indios le aseguraron que en los países que le describian hallaria con profusion aquellos frutos, completando sus reseñas con las noticias de que los habitantes de aquellos privilegiados países poseian grandes buques perfectamente armados, que tenian espadas, escudos, corazas y ballestas, y que hacian uso de los caballos para sus expediciones belicosas.

Todas estas descripciones fascinaron al almirante, y ansioso de convertir en realidad sus esperanzas, prosiguió el camino, visitó un espacioso puerto, rodeado de un paisaje bellísimo con muchas casas, al que dió el nombre de Puerto Velo.

Los moradores de aquel país fueron en canoas á ofrecerle frutas, hortalizas y algodon, pero no oro, porque carecian de él, y navegando despues al Occidente, llegó á un cabo, al que llamó Nombre de Dios, teniendo que retroceder al llegar allí, porque las tempestades amenazaron de nuevo destruir sus embarcaciones.

Defendióse como pudo del temporal, teniendo los marineros que emplear el tiempo en componer los buques y en arrojar el agua que se introducia en ellos por las quebraduras, y de este modo pasaron algunos dias yendo de una isla á otra

Afortunadamente los moradores de ellas eran afables y acudian solícitos à ofrecer à los españoles abundantes y buenas provisiones.

Al fin tuvo que guarecerse la escuadra en un puerto tan pequeño, que le dió el nombre de Retrete.

El paisaje que le rodeaba era abundante en yerbas, pero carecia de árboles.

Llamó la atencion de los españoles la multitud de caimanes que salian del agua á tomar el sol á la orilla.

Estos animales eran muy tímidos y huian cuando se acercaban à ellos.

Nueve dias tuvieron que permanecer allí por efecto del mal tiempo.

Como estaban á muy corta distancia de la orilla, saltaban à tierra los españoles, y aunque al principio fueron muy bien recibidos por los indios, no tardaron en granjearse su enemistad.

Pagando sus bondades de una manera tan indigna, entregàndose á toda clase de excesos, habia contínuamente riñas. Los indios de la costa llamaron á sus hermanos del interior; se aumentaron considerablemente, y queriendo vengarse de los españoles, resolvieron sorprenderlos, entrar en sus navíos y matarlos.

Presentáronse, pues, en actitud amenazadora, y aunque Colon comprendia las razones que tenian para obrar de aquel modo, se vió obligado á mostrarles su poderío.

Mandó disparar algunos cañonazos sin bala.

Pero el estampido no les intimidó; por el contrario, excitándoles les dió mayor denuedo para lanzarse á los buques.

Fué necesario cargar con bala los cañones, y al ver los destrozos que en sus filas y en sus casas produjo la metralla, huyeron despavoridos.

Si no un motin, por lo ménos una coalicion se formó contra los deseos del almirante.

Los capitanes, los soldados, los marineros, todos aseguraron que en el estado en que se hallaban los buques era imposible proseguir adelante.

Manifestaban á Colon que no debian abandonar aquel país que tantas riquezas les ofrecia, y bien fuera por sentir que

las fuerzas le abandonaban, bien porque el desengaño empezase à demostrar al almirante el error en que estaba, lo cierto es que desistió del proyecto de buscar el estrecho, y resolvió volver á la costa de Veragua para explorar aquella rica provincia y visitar sus minas.

Si como todos decian, el oro abundaba en ella, cargando sus bajeles con aquel precioso metal podian volver á España é imponer silencio á sus enemigos cuando le acusasen de no haber realizado sus proyectos.

Aquella resolucion puso término á las nobles aspiraciones que le habian guiado durante su vida.

Estaba convencido de que no bastaban sus fuerzas para obtener el logro de sus deseos, y renunciando á la nueva gloria que se habia prometido, comprendió que lo que debia hacer entóces era consolidar lo que habia ganado, y el mejor medio era cargar sus barcos de oro y deslumbrar con él á los que querian amenguar la grandeza de sus conquistas.

El 5 de Diciembre abandonó Colon el puerto de Retrete, y variando de rumbo, se encaminó á la costa de Veragoa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXVIII.

Contratiempos.



Una inmensa alegría se apoderó de los tripulantes al ver que Colon, accediendo á sus ruegos, desistia de su propósito y se encaminaba de nuevo á aquellas regiones que encerraban en sus entrañas ricos tesoros, regiones cuya conquista era el único atan de los españoles.

El mismo dia en que salieron del puerto de Retrete, llegaron á Puerto Velo.

Pasaron allí la noche, y al día siguiente continnaron la marcha.

Pero el viento varió, soplando por la proa.

Tres meses habia esperado el almirante aquel viento para avanzar hácia el soñado estrecho, y precisamente en el momento en que desistia de su propósito era cuando soplaba.

Creyeron los españoles que esto le haria renovar sus deseos, pero no fué así.

Aquella coincidencia le entristeció demasiado, y como era piadoso:

—No quiere Dios, se dijo, que yo pase adelante.

La alegría volvió de nuevo el ànimo de los españoles, y aguardaron con calma á que cambiase el viento para proseguir el rumbo hácia Veragoa.

Antes de conseguir su deseo tenian que vencer muchas dificultades.

Las embarcaciones se vieron precisadas á volver á Puerto Velo, y precisamente en el momento en que llegaban al puerto, una ráfaga impetuosa les arrojó á alta mar.

La tempestad se desencadenó furiosa sobre sus cabezas.

Nueve dias estuvieron á merced de los vientos, recorriendo mares desconocidos, y en un peligro que aumentaba el mal estado de las embarcaciones.

Colon al escribir á los reyes lo que habia sucedido:

—"El mar, les decia, hervia á veces como una inmensa caldera.

"Otras levantaba sobre nuestros barcos montañas siniestras, cubiertas por la espuma.

"Por la noche las agitadas aguas parecian llamas, por efecto de los átomos luminosos que cubren la superficie de los mares."

Durante veinticuatro horas el sol y el mar se aparecieron á los ojos de los viajeros como una inmensa hoguera, de cuyo seno brotaban sin cesar flamígeros relámpagos.

Separadas las carabelas unas de otras, creian los marineros al escuchar el estampido de los truenos que sus compañeros, próximos á zozobrar, pedian auxilio disparando cañonazos.

Al mismo tiempo una copiosa lluvia caia á torrentes sobre las embarcaciones y las llenaban de tal modo que no bastaban todas las fuerzas de los marineros para arrojar el agua, habiendo instantes en que se creian próximos á ahogarse.

Los más timoratos veian en lo que les pasaba el castigo de su codicia.

De pronto vieron arremolinarse el agua, y levantarse como una inmensa piràmide.

Era una manga de agua, que los tripulantes vieron horrorizados avanzar hácia ellos.

Creyendo segura su destruccion, postrándose de hinojos sobre cubierta, oyeron recitar á los misioneros el Evangelio de san Juan en medio de una profunda emocion, en una consternacion inmensa.

La manga pasó cerca de las embarcaciones sin tocarlas.

Los marineros todos prorumpieron en gritos de alegría, dando gracias á Dios y atribuyendo el milagro á la eficacia de los pasajes de la sagrada Escritura.

A la tempestad siguió la calma, y durante dos dias pudieron reponerse los tripulantes de las fatigas que habian padecido.

Sin embargo, el temor volvió á apoderarse de su espíritu.

Vieron en torno de las carabelas un gran número de tiburones, que les rodeaban sin cesar.

Esto era un signo de mal agüero.

—Nuestra ruina es segura, decian todos, estos mónstruos huelen los cuerpos muertos, y tienen el presentimiento de su presa. Cuando se sitúan alrededor de las embarcaciones, es porque hay enfermos á bordo, ó porque los viajeros están á punto de naufragar.

No habia quien les disuadiese de que la tormenta volveria de nuevo y de que entónces perecerian.

No se realizó, sin embargo, su presentimiento, y al fin pudieron saltar en un puerto que parecia un canal, en donde disfrutaron de algunos dias de descanso.

Al fin y al cabo el dia de la Natividad del Señor llegaron á un rio, á más de dos leguas del de Veragoa, que los indígenas llamaban rio Tebra.

Colon le bautizó con el nombre de rio de Belen.

Cerca de él habia una poblacion, y una vez ya en la provincia de Veragoa, anclaron los buques, resueltos sus tripulantes á explorar el país.

Un mes habian tardado en su viaje desde Puerto Velo á Veragoa, distante uno de otro unas treinta leguas.

En este tiempo habian sufrido tantos desastres, que para recordarlos dió á aquel paso de la costa el nombre de Costa de los Contratiempos.

Pero ya habian llegado á la realizacion de sus esperanzas, ya estaban en las márgenes de aquel país que encerraba tanto oro, y olvidando el peligro pasado, como sucede siempre, se despertó en el alma de todos la codicia, y no tenian más que un deseo: el de conquistar aquella rica comarca.

Esta fué la última etapa de la vida del inmortal Colon.

Las mismas desventuras que habian pesado sobre la Isabela, debian pesar sobre aquel rico país, uno de los más felices de los que se levantaban en medio del Océano.

Vamos á conocerlas; vamos á ver sus costumbres, su organizacion, su vida; vamos á bosquejar la figura de su rey y los infortunios que sobre él y su raza cayeron á la llegada de los españoles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXIX.

Quibiam, rey de Veragoa.

El soberano de Veragoa se llamaba Quibiam.

Sus dominios se extendian desde las orillas del rio Tebra hasta los del Urira.

Varias razs le rendian tributo.

Los doraces, los guníes, los urigayas, los juríes, los curigaes y los indios de Pariari y de la inmensa laguna de Chiriquiri, eran sus tributarios.

Dominaba tambien las costas de Nicaragua, y los habitantes de las islas de la Jamáica, de Bonquen, de Guanahani, de Cubanacan y de Guayarina le acataban y temian.

Los naturales de aquel país tan extenso, aunque de diversas tríbus y regidos por caciques especiales, reconocian como soberano legítimo á Quibiam.

Las huellas de la civilizacion se veian en sus ciudades más ostensiblemente que en las de las otras islas que hasta entónces habian visitado los españoles.

Eran ademas comerciantes, y cambiaban con los moradores de las islas del archipiélago las telas de algodon bordadas de oro y estampadas con vivos colores, y los animales que crecian en sus montañas por los productos de aquellos.

Como en todos los pueblos primitivos, la agricultura y la guerra eran las ocupaciones de los vasallos de Quibiam, y éste habia llegado al puesto que ocupaba encumbrado por el

prestigio que su talento en la paz y su valor en la guerra le habian conquistado.

Era, en efecto, astuto, diestro hábil, inteligente, y al mismo tiempo valeroso, arrojado, audaz, terrible.

A él debian los indios el arte de fundir el cobre y de pulimentar el oro.

Sin más guía que su conocimiento de las estrellas, conducia las embarcaciones, anunciaba las tormentas y evitaba los peligros del mar.

Poseia la ciencia de curar las enfermedades por medio de yerbas, mariscos y conjuros.

Su padre Mayarima, rey tambien de Veragoa, habia cifrado en él todo su amor, todo su orgullo, toda su gloria, y los primeros años del jóven príncipe habian trascurrido para él sin que una nube oscureciera el horizonte de su vida.

Y sin embargo, rodeado de todos los placeres, de todas las felicidades de la tierra, protegido por la veneracion y el afecto que inspiraba á su patria, halagado por las esperanzas que ofrecia á sus vasallos, el niño fué hombre ántes que jóven.

En vez de mecerse en los brazos de la ilusion, en vez de acercar á sus labios la dorada copa del placer y de abrir su corazon á los sentimientos amorosos, fué desde su primera edad uno de los más valerosos guerreros de su patria.

Hállabase esta en guerra con algunas tríbus, y Quibiam, como si presintiera el porvenir que le estaba reservado, no quiso más juguete que la flecha y el arco.

Con estas armas, al lado de los más valientes guerreros, se familiarizaba con el peligro, se ejercitaba en la guera y desarrollaba las cualidades que más tarde habian de adquirirle el prestigio de que gozaba.

Mayarima murió, dejando á su hijo en los albores de la juventud.

Una terrible escena, que constituia una costumbre de aquel pueblo, y de los de la mayor parte de los que formaban aquellas comarcas, presenció el jóven rey.

Elegido por aclamacion para suceder á su padre, levantó su trono, como aquel lo habia hecho ántes, sobre un sacrificio que horroriza.

Era costumbre cuando moria un soberano matar á su esposa y enterrarla con él.

Al mismo tiempo se buscaban cien caciques de los más afectos á la persona del monarca, y al lado suyo eran tambien enterrados.

Los cien caciques más amigos de Mayarima bajaron al sepulcro, y sobre sus tumbas empezó su reinado el jóven Quibiam.

La bárbara costumbre que acababa de citarse tenia su orígen en la veneracion de aquellos pueblos hàcia sus reyes, à quienes suponian descender del cielo ó de la luna.

Creian en la inmortalidad, y con el fin de que el monarca tuviese al lado suyo á las personas más predilectas de su corazon, para que le prestasen toda clase de servicios, consumaban aquella hecatombe, á la que se sometian gustosos los que en vida habian gozado del favor del monarca.

En las comarcas de Darien, de Nicaragua y Veragoa, no solo se enterraba cerca del rey á los caciques, sino que se ponian en su tumba los muebles de su casa, sus trajes, las armas que habia esgrimido y provisiones bastantes para que no le faltase nada.

La preocupacion llegaba á tal extremo, que casi siempre se arrojaba al mar á unos cuantos caciques y vasallos del rey para que por si acaso decidia viajar por mar, encontrase servidores dispuestos á auxiliarle.

Dice un poeta que ha consagrado páginas brillantes á bosquejar la simpática figura de Quibiam, (P) que aquel sublime fanatismo deja entrever la abnegacion de aquellos pueblos, que reconocian un Dios, otra vida y una resurreccion más ó ménos original, pero con todos los caractéres de las ides más santas.

Sobre la losa que cubria los despojos de Mayarima fué aclamado rey su hijo, y con arreglo al rito, permaneció cuarenta dias y cuarenta noches llorando sobre aquella tumba.

Irayba, descendiente de las tríbus de los naitingas, llegó hasta donde estaba Quibiam en una ligera canoa, suavemente empujada por la corriente del rio Tebra.

Era hija de los reyes de Darien, é iba á ofrecer al príncipe una corona de flores.

Desde aquel momento compartió con él la hamaca real, y fué la madre de sus hijos.

Pero ni sus caricias, ni sus consuelos bastaban á alejar la profunda tristeza que se habia apoderado del corazon de Quibiam.

Todo lo tétrico, todo lo horrible, constituian el goce de aquel mozo, que ántes de ceñir á sus sienes la corona de las ilusiones, habia tenido que ceñir la pesada diadema de un pueblo indómito.

Su melancolía aumentaba, y abandonaba muy á menudo su tosco palacio y la compañía de Irayba, para subir á las sierras, contemplar las tormentas, respirar el aliento de los volcanes y adormecerse bajo la sombra de los bosques; para despertarse con el rugido salvaje del jaguar, y bañar su mirada en los inflamados ojos de las fieras.

Quejábanse los indios de las invasiones que de cuando en cuando sufrian de los caribes.

Buscando alivio á sus pesares, abandonaba Quibiam su territorio, y con los más valientes guerreros, en ligeras canoas

iba á atacar á los caribes á sus propias islas, luchaba con ellos, los destruia, los llevaba prisioneros á sus Estados, y allí los descuartizaba.

Pero sus triunfos solo inspiraban una amarga sonrisa á sus labios.

Un dia, no pudiendo sufrir la honda tristeza que devoraba su alma, partió en una canoa siguiendo la costa de Nicaragua.

Cien caciques en otras tantas le siguieron.

Empujado por la corriente, llegó á Ornofay.

No bien las tríbus de aquella venturosa comarca, descubrieron las coloradas plumas que adornaban su frente, subieron á las crestas de las montañas y con ellos su cacique Caimara. (Q)

Caimara era jefe de las tríbus de Guamuhaya, de Hanamanaya y de Guamaroce, tríbus dóciles y pacíficas, que vivian felices protegidas por su generosidad y sus costumbres.

Nada màs puro ni más bello que el espíritu que animaba á los vasallos de Caimara.

Profesaban el principio de que nadie tenia el derecho de derramar la sangre de sus semejantes, teniendo todos, por el contrario, el deber de ayudar á los desgraciados.

Apénas descubrieron estas hospitalarias gentes á Quibiam y á sus caciques, los saludaron con las mayores muestras de alegría

Una hermana de Quibiam era la esposa de Caimara.

Saliendo al encuentro del rey de Veragoa, le tendió los brazos, le llevó con sus caciques á la ciudad, le hospedó en su palacio y le dijo:

—Bien venido seas, mis tríbus guardarán tu corona, mi hermana Lianata herirà las cuerdas de la maricuba cantando á su compás con melodioso acento los arcitos sagrados para alejar la pena de tu corazon.

Lianata, más bella que todas las demas indias, se presentó á cumplir las órdenes de su hermano.

Esta jóven era hija del cacique de Guaniguanico, de aquel venerable anciano que en el primer viaje de Colon á la Jamáica se le apareció pronunciando palabras que no podia olvidar el almirante, porque condensaban la moral más pura del corazon humano.

Llegó la noche, y las vírgenes alfombraron con palmas el camino que debia recorrer Quibiam para llegar hasta su lecho, y cubrieron la hamaca de flores olorosas.

Otras le presentaron el hibuero con el licor de ananas ó maguey.

Para alejar el calor que le sofocaba, agitaron las indias los abanicos de pluma.

Las vírgenes cantaron de nuevo los arcitos, y á su compàs cerró Quibiam los ojos, entregándose á un delicioso sueño.

Al despertar al dia siguiente, lo primero que vieron sus ojos fué el rostro encantador de Lianata.

Su inocente mirada ofreció á Quibiam tesoros de felicidad.

¡Pobre Irayba.

En aquel momento habia perdido todo el amor de su esposo.

La hija del cacique de Guaniguanico habia despertado en el corazon de Quibiam los deseos que hasta entónces no habia sentido en su pecho.

¡Irayba, que hasta entónces habia constituido la suma de felicidad para su esposo, se hallaba expuesta á ser víctima de la volubilidad de Quibiam!

Lianata era su ídolo.

CAPITULO XXX.

Arcanos del destino.

Quibiam estaba regenerado.

La negra melancolía que se habia apoderado de su espíritu, habia desaparecido por completo de su alma.

Los oscuros horizontes que formaban los límites de su vida, se habian tornado en risueños paisajes, iluminados por sonrosada luz.

Parecia despertarse de un sueño profundo y admirar por la primera vez de su vida la belleza de cuanto le rodeaba.

El cielo, el aire, las campiñas, las verdes crestas de las montañas, los límpidos arroyos que serpenteaban por las llanuras, el murmullo del torrente que se desprendia á lo léjos entre brillantes rocas, el canto de las pájaros, todo parecia nuevo á Quibiam, todo le sorprendia, todo le embelesaba, y es que por la primera vez de su vida habia sentido el amor en su pecho.

Antes que el amor que nos inspira la mujer cuyos ojos nos brindan la felicidad, habia saboreado el rey de Veragoa los goces de la tierra, y despues de los triunfos, aunque habia unido su corazon al de Irayba, aunque habia experimentado la dulce satisfaccion de deberle dos hijos, aun no habia gustado su alma las delicias de la pasion.

La tristeza que experimentaba era hija de un deseo que no

podia explicarse, de un vago afan que nada calmaba, de una sed devoradora que no podia apagar más que un solo manantial: el del amor.

Una sola mirada de Lianata habia bastado para iluminar con un rayo vivificante las tinieblas de su espíritu.

Los negros y melàncolicos ojos de la india, las trenzas de su cabello de ébano, el color de perla de su cútis, en una palabra, los seductores hechizos de Lianata, habian acercado á sus labios la copa del placer, y dueño de ella, seguro de que podria apurarla, queria saborear aquella dicha que le embriagaba.

Una mirada de fuego hizo bajar los ojos á la casta jóven.

—Ven, Lianata, dijo Quibiam; ven, vida de mi vida, tú no debes separarte de mí. Cuando te veo, todo me sonrie. La sola idea de tu ausencia me llena de pesar.

Ven, luz de mis ojos, flor que concentra en su cáliz el aroma de todas las flores, que ostenta en sus ojos las chispas de brillantez, los rayos del sol, la tíbia claridad de la luna, no te apartes de mí. Que yo escuche tu voz, que respire el perfume de tus cabellos, que me embriague con tus dulces miradas.

Lianata experimentaba una emocion desconocida.

Su corazon latia con violencia.

Cada latido aumentaba el fuego en la sangre que circulaba por sus venas.

Pero este dolor bríndó á su alma un goce parecido al del éxtasis.

Quibiam imprimió un beso en la frente de la hermosa india.

Liatana se escapó de entre sus manos como una gacela.

En esto llegaron los caciques á saludar à su soberano.

La alegría que brillaba en su rostro se comunicó á su corazon.

—¡Benditas sean las playas de Ornofay! exclamó el gran butio, sacerdote del tzimes tutelar del rey de Veragoa.

¡Benditas sean las gallardas palmeras, que parecen recoger las plegarias de los hombres para elevarlas al cielo!

¡Bendito el melancólico sinsonte, que desde las frondosas copas de los árboles entona con su arpada lengua cánticos de alabanza al Hacedor de todo lo criado.

¡Bendita, en fin, Lianata, que con su dulce mirada, su acento celestial y sobrenatural hermosura, ha devuelto la alegría á su poderoso é infortunado rey!

Quibiam acogió aquella leal manifestacion con las mayores muestras de regocijo, y durante el dia todo fué fiestas en el palacio del gran cacique de Ornofay.

Trascurrieron algunos dias, los mas dichosos que habia pasado en su vida Quibiam.

Lianata correspondia á su amor.

Nadie podia arrebatarle la felicidad.

Los caciques, ébrios de gozo, rendian culto á su tzimes, en accion de gracias por haber alejado la melancolía del alma de Quibiam.

Un dia llamó Caimara el viejo, padre de Caimara el cacique, al rey de Veragoa.

La tristeza que éste habia abandonado, parecia haber ido á refugiarse en el corazon del respetable anciano.

Su aspecto conmovió á Quibiam.

—Te asombra mi tristeza, le dijo.

—Sí por cierto, repuso Quibiam. ¿No eres el padre feliz de Caimara y de Lianata? ¿No adoran tus antiguos vasallos tus hijos? ¿No les inspiras tu veneracion y respeto?

—Es verdad; pero estas felicidades no bastan para aliviar el tormento que sufro desde que he descubierto un secreto terrible que voy á confiarte.

—¿Tan espantoso es?

—Sí, espantoso; tú lo has dicho. Apénas rasgué el velo que lo cubria, la desesperacion se apoderó de mi alma y abandoné mi trono, y lo dejé á mi hijo para poder ocultarme en el seno de las montañas, y no arrebatar á mis hijos, á mis vasallos, con la revelacion, la ventura de que gozan.

—Habla, hermano, habla, dijo Quibiam con ansiedad.

—Treinta lunas han pasado desde que ví por la primera vez acercarse á la costa de Ornofay unas grandes canoas, mucho mayores que las nuestras y de distinta forma, y al divisarlas desde léjos no me asombré, porque sé que tú eres rey de la tierra, y pensé que luchando con algunos enemigos te habrias apoderado de las embarcaciones al someterlos á tu voluntad.

Subí á la más elevada montaña de mi territorio, y desde allí observé. Al poco tiempo ví arrojar desde los barcos al mar otras canoas mucho más pequeñas, bajar á los hombres que las tripulaban y dirigirse á la playa.

Aquellos hombres eran màs blancos que la flor del coco, robustos como cedros, duros como rocas. Iban cubiertos con trajes relucientes, y llevaban armas que nunca habia visto. Horrorizados los habitantes de la costa, corrieron á refugiarse en las montañas.

Aquellos hombres eran dueños del rayo y del trueno.

Yo tambien me oculté entre las rocas; pero los extranjeros llegaron á la orilla y no hicieron daño alguno á los vasallos mios que no pudieron escaparse. Bajo los árboles que crecian en la orilla levantaron un altar, é hincando la rodilla en tierra y elevando las manos al cielo, permanecieron largo tiempo rindiendo culto á su Dios. Yo me informé de lo que hacian, y más tranquilo, me dije:

"Tienen un Dios, no hay que temer; vayamos á su encuen-

tro, porque todos los que aman á Dios son nuestros hermanos.»

—¿Y te acercaste á ellos? preguntó Quibiam con ansiedad.

—Sí, me acerqué con algunos de mis caciques, y saludando al jefe de los extranjeros, le dije:

«Salud y paz; grande debe ser tu poder, toda vez que al llegar á mis Estados has inundado de terror á todos sus moradores. Para que sepas quiénes somos y aceptes nuestra amistad, te confiaré nuestras creencias para que te sirvan de guía y obres de acuerdo con nosotros.»

Caimara repitió á Quibiam las palabras que, como recordarán nuestros lectores, pronunció en presencia de Colon, asombrándose éste por la moral que contenian.

—¿Y qué te respondió el cacique de los extranjeros? preguntó Quibiam.

—Estrechó mi mano y anunció que venia á mis Estados en nombre de sus reyes, poderosos señores de la tierra, los cuales deseaban conocer nuestras comarcas, siendo nuestros amigos y enviándonos sus guerreros para librarnos de los caribes.

Al escucharle, prosiguió Caimara, experimenté una inmensa alegría, y les brindé mi amistad y les ofrecí todo cuanto tenia.

Si no me hubiera detenido Lianata, hubiera ido con ellos á visitar á sus reyes.

Se separaron de mí, volvieron á sus grandes barcos, se apartaron de la costa, y yo, deseando saber qué influencia ejercerian en mi vida aquellos hombres, en medio del silencio de la noche bajé á la caverna de mi tzimes tutelar, é imploré su gracia para que descorriera á mis ojos el velo del porvenir.

Quibiam escuchaba con creciente interes la relacion de Caimara.

—Apénas toqué con mis manos la piedra sagrada en don-

de reposaba el tzimes, prosiguió, oí una voz lastimosa, que repitió tres veces esta terible frase:

«Tu tríbu será pasada á degüello por la espada de esos extranjeros que han bendecido á su Dios en la tierra de tus antepasados.

«Prepárate à morir en medio de horribles tormentos, y no olvides que el ídolo de tu corazon, que tu hermosa Lianata, perecerá en las ondas que bañan la orilla de Ornofay.»

Quibiam no pudo ménos de exhalar un profundo gemido.

En aquel momento resonó una voz.

—Padre, padre, dijo Lianata, entrando en la caverna en donde conversaban el autor de sus dias y Quibiam.

Caimara hizo à Quibiam una señal para que ocultase á su hija lo que acababa de oir, para que dominase la emocion de que se hallaba poseido.

Pero aquella señal fué inútil.

Como siempre, la presencia de la jóven india habia devuelto la alegría al corazon del rey de Veragoa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXI.

Donde verán nuestros lectores que los indios, á pesar de lo ligero de su traje tenian la manga ancha.

Qué quieres, hija mia? preguntó Caimara á Lianata.

La jóven india bajó los ojos al ver allí á su amante.

—Quibiam, dijo el anciano á su huésped, vuelve tranquilo á la morada de mi hijo y que tu dios te proteja.

Quibiam dirigió una mirada á Lianata.

Esta le dijo en otra suya:

—Obedece á mi padre que acaso tu obediencia redundará en nuestra felicidad.

Quibiam partió á reunirse con sus caciques, y con ellos volvió adonde le esperaba su noble amigo el soberano de Ornofay.

Lianata y Caimara quedaron solos.

—Bien venida seas, encanto de mi vida; ¿qué objeto te trae tan afanosa al modesto retiro de tu anciano padre?

—Siempre habeis sido bueno para mí, y no quiero ocultaros los secretos de mi corazon.

—¿Sufres?

—No, padre mio, soy muy dichosa. Desde hace algun tiempo todo ha cambiado para mí, y no hay alegría que no acaricie mi corazon.

—¿Por ventura has sentido el amor en tu pecho?

—Sí, padre mio, ¿para qué ocultároslo? Desde que he sentido ese afecto dulcísimo en mi alma, hasta creo que es mayor el cariño que me inspira el noble anciano á quien debo el sér, añadió Lianata, acariciando con las suyas las callosas manos de su padre.

—¿Y en quién has puesto los ojos, hija mia?

—¿Podeis dudarlo un solo instante?

—¿Acaso es nuestro huésped? preguntó el anciano con temor y ansiedad.

—Vos lo habeis dicho. Desde el momento en que sus ojos se han fijado en los mios, ha despertado el amor en mi pecho, y desde entónces vivo en los brazos de la dicha.

—¿Pero él te ama?

—Sí, me lo ha repetido muchas veces, me lo ha jurado; dice que soy su vida, y que sin mí no hay para él felicidad en la tierra.

El anciano miró con tristeza á Lianata.

—No lo dudeis, añadió la jóven; poseido de una profunda tristeza, no hallando en sus dominios nada que atenuase la angustia de su pecho, abandonó su hogar, rompió los lazos que le ligaban con los séres más queridos de su corazon, se entregó á merced de las olas en endebles barcos, sin rumbo fijo, y los vientos le condujeron á nuestras playas. Al llegar, la tristeza se pintaba en su frente, sus ojos estaban apagados, la melancolía devoraba su espíritu; pero al verme, ¡ah! padre mio, al verme una luz abrasadora iluminó sus ojos. Su frente quedó serena..... Mi presencia solo habia alejado para siempre las penas de su alma.

—¡Pobre hija mia! dijo Caimara.

—¿Acaso sentís el afecto que me une á él?

—No.

—Y sin embargo, no participais de mi dicha.

—Quibiam es incapaz de fingir un sentimiento. Cuando

te ha dicho que te ama, es porque siente el fuego del amor en su pecho. Pero Quibiam es rey de un país que se extiende muchas leguas á las orillas del mar. Ha querido defender á sus vasallos y engrandecerlos; pronto querrá volver á su patria, y tendrás que seguirle.

—Esos son sus deseos.

—¡Oh, hija mia! ¡Qué dolor para mí, si estando como estoy al borde de la tumba, tengo que separarme de lo que más amo en el mundo!

Lianata bajó los ojos y no pudo proferir una sola palabra.

Pronto reveló su rostro la tristeza que se apoderó de su alma.

Caimara lo adivinó, y acercándose á su hija:

—Cálmate, vida mia, cálmate, exclamó, no te exigiré el sacrificio de que renuncies á la felicidad por mí. Vé con él..... Sólo un favor te exijo.

—¿Cuál, padre mio?

—Tú naciste bajo la proteccion de la luna, reina de la noche. Prométeme no embarcarte ni partir de las costas de Ornofay miéntras el astro de la noche no ilumine con sus rayos las plateadas ondas del mar, tengo miedo de que los malos génios, aprovechándose de las tinieblas, echen á pique la canoa y te conduzcan á través de los mares.

—Yo os ofrezco no surcar nunca las movibles olas sino alumbrada por la dulce claridad de mi buena protectora.

Caimara no habia tenido tiempo de decir á Quibiam que el tzimes le habia revelado que Lianata pereceria en el mar en una noche en que la luna iluminase el cielo.

Quibiam volvió al dia siguiente á ver á Caimara.

Entónces le reveló el amor que sentia hácia Lianata.

El anciano bendijo aquel afecto, y la jóven india fué la segunda esposa del rey de Veragoa.

La revelacion del anciano habia despertado en su alma un odio profundo hácia los extranjeros, porque atribuia á su influencia el fatal destino que aguardaba á Lianata.

La union de los dos esposos se celebró con grandes festejos, y como la luna se hallaba en su cuarto creciente, se dispuso que partieran á su patria, aprovechando la proteccion del astro de la noche.

Lianata se despidió de su padre y de su hermano.

El anciano estaba seguro de que la veia por última vez.

Las canoas de los caciques de Quibiam surcaron las olas.

Lianata, muellemente recostada sobre las hojas de palma que habian colocado en la canoa de Quibiam, iba á su lado, miéntras que algunas indias pulsaban la maricuba y entonaban armoniosos arcitos.

Las canoas abandonaron las playas de Ornofay.

Lianata reclinó su cabeza sobre los hombros de su amante.

La luna besaba con uno de sus rayos la frente de la jóven.

Las canoas avanzaban rápidamente.

Diez noches con sus dias duró el viaje.

Al divisar desde léjos los habitantes de Veragoa las canoas de su gran cacique, corrieron alborozados á la playa.

Empezaban á temer por su vida.

Su contento no tuvo límites al ver que volvia con el rostro sereno, con la satisfaccion en la mirada.

—Alégrate, Irayba, dijeron á la esposa de Quibiam, nuestro rey torna; cánticos de alegría resuenan á lo léjos; corramos á recibirle, que vea que aún existe en nosotros el amor que le profesábamos.

Irayba cogió de la mano á sus dos hijos y partió con ellos à la playa.

Al llegar vió à su esposo, y en sus brazos á Lianata.

Si una flecha hubiera atravesado su corazon, no habria experimentado un dolor más agudo.

Los viajeros desembarcaron.

Irayba, esposa mia, madre de mis hijos, dijo á la reina, recibe á Lianata como una hermana. Ella ha alejado la tristeza de mi alma; ella ha convertido en un eden los dias de mi vida que he pasado léjos de tí; ella compartirá contigo el amor de mi alma.

Una amarga sonrisa brilló en los labios de Irayba.

Los celos devoraban su corazon.

Sin embargo, debia obediencia á su esposo, y estrechó en sus brazos á su rival.

A partir de aquel instante, sólo un sentimiento dominaba á Irayba: el de la venganza.

CAPITULO XXXII.

La mujer y la madre.

IRAYBA reconcentró todo su amor en sus hijos.

La amarga sonrisa que brilló en sus labios al saber que no era suyo todo el amor de Quibiam, fué en lo sucesivo la máscara con que cubrió la indignacion que se habia apoderado de ella.

Aunque Lianata la buscaba y hacia todo lo posible para no robarla el afecto de Quibiam, Irayba huia de ella.

Temia que la bondad de la jóven india llegase á subyugarla.

Entre las dos se estableció, aparentemente en Irayba, y con sinceridad en Lianata, una lucha que tenia por objeto hacer una por otra los mayores sacrificios.

Irayba elogiaba ante Quibiam la belleza de Lianata.

Lianata ponderaba á su esposo las nobles prendas de Irayba.

No por eso abandonaba la madre de los hijos de Quibiam sus propósitos de vengarse de la rival que le habia arrebatado la posesion completa del amor de su esposo.

Al poco tiempo de la llegada de Quibiam, los caribes de la isla de Boriquen, informados de que habia abandonado sus dominios, habian salido en crecido número de su isla dispuestos á caer sobre Veragoa, á saquear á sus habitantes y á llevarlos esclavos en su compañía.

Las ligeras canoas de los caribes se divisaron á lo léjos, y Quibiam no tardó en saber sus intentos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Abandonando las delicias del amor para cumplir los deberes de la guerra, reunió á sus vasallos en la costa, se despidió de su esposa y de sus hijos, y partió á luchar.

Los caciques desembarcaron.

No tardó en trabarse una gran batalla.

Los indios de Veragoa quedaron vencedores; pero Quibiam sufrió una herida con una flecha envenenada.

Conducido á la choza de uno de sus vasallos, fué asistido en ella; pero tardó muchos dias en volver á palacio.

Al llegar, Irayba y Lianata se amaban más que si fueran hermanas.

Una circunstancia habia apagado el odio en el corazon de Irayba.

Apénas partió Quibiam á la guerra, Irayba buscó á un indio, antiguo servidor de su padre y gran conocedor de las yerbas venenosas.

Le confesó sus penas, y le pidió un veneno que no dejase huella alguna.

El indio exigió algunos dias para fabricarle, y le indicó el sitio en donde podia hallarle, y el dia y la hora en que estaria dispuesto el veneno.

Ebria de gozo, corrió Irayba al sitio designado.

Su propósito era dar al dia siguiente en un manjar el tósigo á Lianata.

Dejó á sus hijos en la hamaca, en una choza formada por hojas secas de palma, unida á los troncos de dos árboles.

El cielo estaba oscuro.

Negras nubes se amontonaban sobre el palacio de Quibiam.

Al poco rato de abandonar su morada Irayba, estalló la tormenta.

El sonido del trueno retumbaba en el espacio.

Los relámpagos rasgaban de cuando en cuando el negro velo de la tempestad, y el ígneo rayo se desprendia del seno de las nubes.

Una exhalacion cayó en uno de los árboles en donde estaba suspendida la hamaca de los hijos de Quibiam.

Las hojas de palma se incendiaron, y los pobres niños hubieran perecido si Lianata, comprendiendo el peligro á que estaban expuestos, no se hubiera arrojado á las llamas à sacarlos de la hamaca y à conducirlos salvos á las cavernas que constituian el palacio de Quibiam.

La tempestad pasó, y cuando Irayba tornaba ébria de gozo, porque ya poseia el remedio de su mal, y supo el acto heróico que habia llevado á cabo Lianata, la madre dominó á la mujer.

Antes de penetrar en su morada se acercó á las orillas del rio Tebra, y arrojó el veneno al fondo de las aguas.

Corriendo despues á donde estaban sus hijos y Lianata, estrechó á aquellos en sus brazos, y cayendo á los piés de aquella mujer heróica:

—Desde hoy soy tu esclava; te debo la felicidad. Deseaba tu muerte; ahora quiero tu vida.

Tal fué la causa del lazo que estrechó sus dos almas.

Restablecido Quibiam buscó reposo en las delicias del amor y trascurrieron algunos años, en los cuales Irayba y Lianata vivian dichosas á su lado, sin que nada amenguase el cariño que las dos se profesaban.

Un emisario llegó un dia.

—Quibiam, dijo al rey de Veragoa, el anciano Caimara, padre de nuestro rey, está enfermo. El sepulcro se abre á sus piés; sus cien caciques no se separan de su lado y aguardan á que muera para bajar con él á la tumba: tal vez la presencia de su hija Lianata podrá reanimarle.

Cuando llegó el emisario empezaba á anochecer.

Quibiam miró al cielo.

La luna despedia una dulcísima claridad.

—Lianata, tu padre quiere verte.

—Yo tambien deseo cerrar sus ojos y recibir su bendicion.

Inmediatamente llamó Quibiam á Unima, el más valiente de sus marinos, que era ademas cacique de Guaniguanito.

Al dia siguiente llegó el guerrero, y Quibiam mandó disponer sus canoas para que partiese Lianata á Ornofay acompañada por Unima.

—Te entrego mi más preciado tesoro, dijo Quibiam al cacique de Guaniguanito. Devuélvemele pronto, porque se lleva mi alegría.

Lianata estrechó en sus brazos á Irayba, acarició á los hijos de Quibiam y se despidió del rey.

No bien habia partido, la tristeza se apoderó de nuevo del corazon del rey de Veragoa.

Todo cuanto hizo Irayba para consolar su afliccion, fué inútil,

Acaso presentia las amarguras que debia sufrir el resto de su vida.

CAPITULO XXXIII.

Odio á muerte.

Trascurrieron seis lunas, y Lianata no tornó.

Todos los dias bajaba Quibiam desde la altura de Veragoa á la playa con la esperanza de ver llegar los esquifes que habian de devolverle á su amada.

La playa permanecia desierta.

Las olas se agitaban en el mar, pero no impelian á embarcacion alguna.

Su murmullo al romperse en la arena aumentaba la melancolía de Quibiam.

¿Qué podia haber pasado?

Unima, su fiel Unima, tampoco habia vuelto.

Desesperado, envió emisarios á Ornofay para que averiguasen el paradero de Lianata y de su servidor.

Tres lunas más pasaron, y al fin volvieron de Ornofay los vasallos de Quibiam.

El desaliento se pintaba en su rostro.

El rey de Veragoa, apénas tuvo noticia de la llegada de las embarcaciones, corrió á la playa para saber noticias de su amada.

En Ornofay habia la misma ansiedad que en Veragoa.

En vano habian esperado á Lianata.

Su anciano padre, que se habia reanimado ante la esperanza de volver á verla, habia sucumbido al tener que renunciar á estrechar á su hija en sus brazos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sin duda los caribes la han apresado, dijeron á Quibiam sus servidores.

Esta idea incendió el ánimo de Quibiam.

—Pronto, mis armas, dijo; que mis caciques se apresten al combate; lanzad al mar todas las canoas de mis dominios, y recorramos una por una las islas caribes hasta encontrar á mi adorada Lianata y á mi valiente caudillo Unima.

Irayba misma animó á su esposo para que emprendiera aquella expedicion, porque participaba de su pena al ver la desesperacion que inundaba su alma.

Tres dias y tres noches emplearon los vasallos de Quibiam en hacer los preparativos para el combate.

Las canoas surcaban ya las ondas.

Los indios afilaban sus flechas, y las envenenaban con el jugo del guano y del manzanillo.

Quibiam se despidió de Irayba y estrechó en sus brazos á sus hijos.

De pronto llegó á oidos del rey la noticia de que á lo léjos se descubria una canoa.

Corrió á la playa, y á medida que fué acercándose el esquife se aumentó su ansiedad.

Llegaron á sus oidos los gritos del que movia el remo.

Era el acento de Unima.

Poco despues llegó la canoa à la playa, y el valiente guerrero saltó á tierra.

—Unima, Unima, exclamó Quibiam, ¿qué infortunio me anuncia tu llegada?

—Grandes desgracias han ocurrido, respondió el cacique de Guaniguanito.

Quibiam y Unima subieron á la cumbre de Veragoa, y en presencia de Irayba refirió Unima lo que habia pasado.

—Ante todo, preguntó Quibiam, ¿vive Lianata?

—Vive, pero más le valiera haber muerto.

—Habla, habla.

—Apénas abandonó la costa de Veragoa, estalló una tormenta, y el vendaval empujó las endebles barcas, que eran desconocidas para nosotros. Vogamos sin secar, y cuando desapareció el peligro, más de veinte canoas, con los que las tripulaban, habian perecido. Buscamos derrotero para Ornofay, y los dias pasaban, y no hallábamos ni un solo indicio que nos indicase el rumbo cierto que debíamos seguir. La luna nos abandonaba. Las noches empezaban á ser oscuras.

Una mañana vimos de pronto, en medio de los mares, cuatro mónstruos que nos horrorizaron.

A medida que fueron acercándose hácia nosotros, vimos que eran grandes canoas, en las que iban hombres de otra raza, cubiertos con trajes relucientes.

El deseo de verlos más de cerca nos perdió.

Arrojaron al mar unas barcas pequeñas, y saltaron á ellas muchos hombres, que corrieron á nuestro encuentro.

Iban con ellos algunos indios, cuyo lenguaje no entendimos.

La mayor parte de los caciques que me acompañaban, huyeron amedrentados al ver à aquellos hombres.

Una de las embarcaciones disparó un trueno, y el rayo taladró una canoa, echando á pique á los que la tripulaban.

Lianata se desmayó en mis brazos.

Yó no sabia qué partido tomar, cuando me ví rodeado por aquellos hombres, que sujetando con las suyas mi canoa, se lanzaron sobre mí y me ataron los piés y las manos con pesadas cadenas.

Mis caciques huyeron, pereciendo en la fuga la mayor parte de ellos.

Otros fueron aprisionados como yo, y con Lianata y conmigo conducidos á bordo de una de las grandes canoas.

Desde allí nos llevaron á las costas de Haiti, y allí vimos

á otros hombres como los que nos aprisionaban, que se habian apoderado da la isla, habian esclavizado á su habitantes y los mandaban como reyes y señores.

Quibiam escuchaba con indignacion aquel relato.

—Prosigue, prosigue, dijo ardiendo en ira.

—Los de Haiti pretendian que eran hijos del cielo y que habian venido á castigar nuestros pecados. El cacique de los extranjeros que nos aprisionó se llamaba Ojeda.

Era un hombre valiente.

Los indios contaban mil proezas de él.

Caonabo, el temible Caonabo, habia sido sujetado por su audacia y conducido á otro país con cadenas como las mias, y en una embarcacion como la que nos habia llevado á aquellas tierras.

Lianata sufria horriblemente.

Pensaba en su padre moribundo, en su esposo Quibiam, y no cesaban sus ojos de derramar ardientes lágrimas.

Nos condujeron á una ciudad que los blancos llamaban Santo Domingo; allí nos encarcelaron, y unos butios, con largos trajes, entraron en nuestra prision para hablarnos de su Dios, de su religion, y obligarnos à abandonar la nuestra.

«Prefiero la muerte, les dije, ántes que abjurar de la religion de mis padres.»

Pero uno de ellos logró apoderarse del corazon de Lianata; le habló de otra vida, en la que gozaria eternamente del cariño de su padre, del amor de su esposo, le mostró una imágen, y consiguió que profesara la religion de aquellos hombres.

Más sufria yo al saber la debilidad de Lianata que al sentir las heridas que las cadenas hacian en mis piés y en mis manos.

Lianata misma vino à mi calabozo, me habló de los consuelos de la nueva religion que profesaba, me pidió que la abrazase y me aseguro que muy en breve nos pondrian en libertad para que viniéramos á nuestra patria á propagar aquella doctrina.

—«Desgraciada, la dije, más te valiera haber perecido en el abismo del mar. Quibiam te rechazará en cuanto sepa que has olvidado el culto que debemos al gran Hiloc.

—«No, no, dijo; Quibiam será feliz como yo cuando vuelva á verme y despierte en su alma la fe que la religion de nuestros opresores ha despertado en la mia.»

Pasó algun tiempo y un dia nos sacaron de la prision para conducirnos á un navío.

—«Dónde nos llevan? pregunté á un indio.

—«Al país de los blancos, nos contestó.

—«Antes la muerte que abandonar las playas de mi patria.»

Lianata y yo llegamos a bordo.

Los blancos rompieron mis ligaduras.

Aprovechando la oscuridad de la noche me lancé al mar, y nadando, despues de muchos dias de luchar con la muerte, llegué al golfo de Pária.

En la orilla ví una canoa, y apoderándome de ella, surqué dia y noche los mares, sufriendo hambre y sed devoradora para llegar á comunicarte nuestro infortunio.

Lianata, catequizada por los blancos, ha partido con ellos, alejándose acaso para siempre de nuestras playas.

Llora, Quibiam, llora y júrame exterminar á nuestros infames opresores, si alguna vez llegan con sus navíos á las costas de nuestra patria.

Quibiam cayó en un profundo abatimiento.

Nada bastaba á consolarle.

Sediento de venganza, y preparado para combatir, salió

en las canoas á destruir á los caribes y resuelto á llegar á las costas de Haiti para vengar á Lianata, destruyendo tambien á los opresores de aquella isla, hácia los que sentia un odio profundo.

Vencedor de los caribes, fué arrojado por las tempestades al golfo de Pária, y para reforzar su ejército volvió á Veragoa, resuelto á salir de nuevo á realizar sus planes.

Pasó algun tiempo, y un dia le comunicaron una noticia que hizo asomar á sus labios una feroz sonrisa.

Acababan de anunciarle que los blancos, en canoas de grandes dimensiones, se acercaban á sus dominios.

El leon se volvió tigre.

—Son fuertes, son poderosos, se dijo; yo les haré creer en mi amistad, y cuando más confiados estén, les arrancaré las entrañas.

Por eso se mostraban los indios muy afables con Colon y los que le acompañaban, y no vacilaban en ofrecerle las ricas láminas de oro que producian las minas de aquel país.

Quibiam desde la cumbre de Veragoa, divisaba á lo léjos las embarcaciones, acechándolas como el águila á su presa.

Pero las grandes canoas desaparecieron de sus estados, porque Colon, como recuerdan mis lectores, buscaba á toda costa el soñado estrecho.

Su inesperada marcha le desalentó.

La venganza se le escapaba de las manos.

Pero no trascurrió mucho tiempo sin que volviera á saborearla de nuevo.

Los españoles tornaron y se detuvieron en la costa de Veragoa, resueltos á conquistar aquel país y á explorar sus minas.

Quibiam los esperaba.

Pero queria inspirarles confianza para dar el golpe sobre seguro.

Tal era la actitud del rey de Veragoa cuando llegaron á sus dominios los españoles.

¡Cuán ajenos estaban de que la tempestad se cernia sobre su cabeza!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXIV.

Un leon que se convierte en tigre.

Los lectores recuerdan que al perderse las embarcaciones en que debian ir á España Bobadilla, Roldan y los rebeldes, conduciendo las grandes riquezas que el sucesor inícuo de Colon habia atesorado en Santo Domingo, algunos de los indios que se llevaban à España pudieron librarse de la muerte, llegando á nado hasta el paraje que habia buscado para abrigo de su buque el ilustre Colon.

Entre los indios habia una jóven hermosa, que llamó la atencion del almirante porque pronunció algunas palabras en castellano, y sobre todo las oraciones con que se rinde culto al supremo Hacedor, á Jesucristo y á su Santa Madre.

Aquella jóven, de quien hasta ahora no hemos hablado, era Lianata.

Al llegar á la costa de Veragoa intentó lanzarse al mar; lo cual, avisado á Colon por algunos marineros, fué causa de que la encadenasen al palo mayor en el sollado del buque.

Esto le afligió tanto que cayó enferma, y aunque á bordo se la prodigaron los mayores cuidados, la honda pena que llenaba su alma la puso en un estado lamentable.

Ni hablaba ni lloraba.

Parecia que su inteligencia habia desaparecido y que se habia vuelto idiota.

Abandonésmola para ver las disposiciones que tomó Colon al llegar á Veragoa.

Por de pronto envió dos botes á la orilla con el intérprete indio, y los naturales del país, aleccionados por Quibiam, los recibieron con las mayores muestras de simpatía.

Los marineros tornaron asegurando al almirante que los indios les habian dicho que habia mucho oro en el país, pero que las minas se hallaban en el interior.

Dos dias despues, el adelantado se dirigió á la costa, y con bastantes soldados, todos perfectamente armados, por medio de uno de los indios avisó à Quibiam que deseaba verle.

Quibiam salió al encuentro de Bartolomé Colon, rodeado de todos sus caciques, cubriendo con la máscara de la amistad el rencor profundo que sentia hácia aquellos hombres.

Se acercó á Colon y le abrazó, ofreciéndole los adornos de oro que llevaba, recibiendo en cambio varios dijes que le dió el adelantado.

Bartolomé invitó á Quibiam á pasar á visitar los buques, anunciándole que el almirante tenia mucho gusto en verle.

Quibiam, deseoso de medir las fuerzas de sus enemigos, accedió á aquella súplica, y ofreció al dia siguiente visitar las embarcaciones.

Así lo hizo, y en aquella entrevista engañó por completo á los españoles.

Les aseguró que podian recorrer en todas direcciones sus dominios, aprovechar el oro que encontraran, pedir á todos provisiones, vivir como en sus propias casas, contando siempre con la seguridad de su afecto.

Estas palabras, traducidas por el intérprete, produjeron en ellos una satisfaccion inmensa.

Encontrar un tesoro y apoderarse de él sin necesidad de luchar, era una fortuna que ni aun en sus sueños se habia prometido.

Como al mismo tiempo el rio donde habian entrado, y en donde estaban anclados los buques, era un paraje muy abrigado, resolvieron permanecer allí mucho tiempo, y resuelto Bartolomé Colon á explorar el país, salió con sesenta y ocho hombres bien armados á recorrerle y examinar sus minas.

Quibiam supo su resolucion, y como el adelantado se dirigia á la morada del gran cacique, éste salió al encuentro con muchos de sus vasallos, pero sin armas para inspirar confianza á los españoles.

Apénas se encontraron uno de los indios sacó del rio una gran piedra y le ofreció á Quibiam, el cual se sentó en ella, y mandó sacar otra para el adelantado.

Era una gran muestra de cortesía.

Quibiam no hacia más que mirar á aquel hombre corpulento, y cuanto más le examinaba, más formidable le parecia y más acariciaba la idea de emplear la astucia con aquellos hombres, para quienes la fuerza seria inútil.

El adelantado le pidió de nuevo permiso para recorrer sus dominios, y Quibiam accedió á sus deseos, dándole tres guías para que le condujeran á las minas.

Dejó el adelantado ocho hombres para que guardasen los botes, y salió á pié con los demas, precedido de los guías.

Quibiam los miró partir con sonrisa de triunfo.

—Van á su perdicion, dijo á Iravba.

Los españoles durmieron la primera noche en la orilla de un rio que surcaba una inmensa vega, y al dia siguiente llegaron á unos bosques muy espesos, en donde les dijeron los guías que se hallaban las minas.

La tierra estaba llena de oro.

Hasta en las ramas de los árboles hallaban aquel precioso metal, y sin gran trabajo pudieron los soldados de Bartolomé recoger cada cual una crecida cantidad de oro.

Desde allí condujeron los guías á los extranjeros á la cima de una elevada montaña, y mostrándoles una vasta extension de tierra, les aseguraron que en toda ella abundaba el precioso metal.

Los guías los habian engañado.

Por órden de Quibiam los habian conducido al territorio de un cacique vecino suyo, con quien estaban siempre en guerra, pensando que su enemigo lucharia con los extranjeros y le ayudaria á exterminarlos.

Miéntras tanto, pensaba el rey de Veragoa tender otra emboscada á los que habian quedado en las embarcaciones para acabar con todos.

No salió, sin embargo, su plan á medida de su deseo.

El cacique de quien esperaba concurso buscó la alianza de los españoles contra él, les indicó dónde estaban las minas que producian más oro y les señaló el camino por donde podrian llegar en breve tiempo al sitio en que habian dejado los botes.

El adelantado logró de esta manera evitar el peligro, y al reunirse con sus hermanos resolvió pedir una satisfaccion á Quibiam. Este, para no dar á conocer su juego, no tuvo más remedio que castigar delante de los españoles á los tres guías, asegurándoles que habian sido malvados y torpes.

Satisfaciéronse los españoles con esta prueba de lealtad, y el adelantado prosiguió explorando el país por la costa con cincuenta y nueve hombres, llevando ademas catorce en un bote que seguia por el mar su mismo camino.

Todos los caciques inferiores le recibian con las mayores muestras de amistad.

A los pocos dias volvió con grandes cantidades de oro y las mejores noticias de la riqueza y feracidad del terreno.

En vista de esto, resolvió el almirante establecer una colonia en Veragoa y apoderarse del país.

La tormenta comprimida iba á estallar en breve.

CAPITULO XXXV.

La colonia de Veragoa.

Reanimado el espíritu de Colon al ver que al fin habia logrado realizar los deseos de toda su vida, encontrando un país fértil y rico que conquistar para los reyes de España, confiando por esto en que al regresar á su patria adoptiva una nueva ovacion le indemnizaria de los hondos pesares que habia sufrido, se entregó confiado á la esperanza, y hasta sus males se aliviaron.

No hay duda, exclamaba en sus momentos de expansion, dirigiéndose á su hermano, á su hijo y al valiente Diego Mendez, su más leal servidor, la Providencia nos ha protegido, y hemos llegado al país más espléndido del continente asiático.

—No puedo ménos de recordar, añadia, volviendo á acariciar sus antiguas ilusiones, lo que dice el historiador Josefo al describir el templo de Salomon.

El oro empleado en él habia sido arrancado de las minas del áureo Quersoneso, y todo me hace creer que las minas que hay en este país son las que cita el escritor judío. Están á la misma distancia del polo y de la línea equinocial, y no hay un sitio más á propósito que este para establecer una colonia, que será con el tiempo un gran mercado, abundante siempre, puesto que en breve tiempo hemos visto reunido aqui más oro que el que tanto trabajo nos ha costado adquirir en la Española durante muchos años.

Tanto por estas circunstancias, como por la usurpacion de derechos que habia sufrido en la Española, y por la que los aventureros españoles le habian hecho explotando el Golfo de Pària, resolvió conquistar á toda costa la provincia de Veragoa ó Veragua, y consolidar en este triunfo su reputacion.

—Lo que procede, dijo el adelantado, es que miéntras yo con un puñado de hombres domino el territorio de las minas, y construimos la colonia, vuelvas tú á España para dar cuenta á los reyes de este descubrimiento, y conseguir nuevos refuerzos de hombres para sacar partido de tanta fortuna.

Esta idea halagó á Colon, porque en efecto deseaba cuanto ántes recuperar su menoscabado prestigio.

Pero no quiso partir sin que todos contribuyeran á la construccion de la colonia, á la dominacion del país.

Con este deseo desplegó la mayor actividad para dar órdenes y designó á ochenta hombres, divididos en cuadrillas de diez cada una, para que empezaran á construir casas en una altura próximas al rio de Belen.

Los españoles, seducidos por los tesoros que encerraba aquella provincia, y halagados por la idea de que no tardarian en volver á España la mayor parte á recibir el premio de sus afanes, se consagraron con entusiasmo á aquella tarea, y empezaran á fabricar las casas de madera, cubriéndolas con hojas de palma, que crecian con abundancia en la costa.

Construyeron una de grandes proporciones para que sirviera de almacen; y aun cuando las provisiones que habian llevado de España estaban á punto de acabarse, no sufrian privaciones, porque aquellas fértiles tierras producian platanos, cocos, maíz, y ademas podian coger abundantes pescados.

Una circunstancia permitió á los españoles llevar á cabo el establecimiento de la colonia, sin que Quibiam ni sus guerreros se lo estorbasen.

Los indios de la costa, no solamente no eran hostiles, sino que les ayudaban, porque las instrucciones que habian recibido eran las de tratarlos aparentemente con la mayor afabilidad.

No hubiera, sin embargo, consentido Quibiam á los españoles que se apoderasen de su territorio, ni levantasen edificios para guarecerse y defenderse en caso necesario, si un inmenso dolor no le hubiera hecho olvidar por algun tiempo los peligros que le amenazaban y el odio que abrigaba en su pecho.

Explicaré en breves líneas lo que habia sucedido.

Unima fué por órden de Quibiam á visitar las embarcaciones de los extranjeros con el objeto de averiguar los elementos con que contaban para combatir, la calidad é importancia desus armas, y todos cuantos datos podian servirle para tender mejor el lazo á sus enemigos.

Al hallarse à bordo de la carabela capitana fijó sus ojos en una pobre india que permanecia sentada sobre cubierta, mirando á todas partes sin fijarse, y como víctima de un alucinamiento.

Al verla se estremeció.

Creyó reconocer en sus facciones las de Lianata.

No se equivocaba.

Pero temeroso de que se alarmaran los extranjeros si notaban en él algun interes en favor de aquella jóven, se serenó, y por medio del intérprete preguntó al almirante quién era aquella india.

El intéprete satisfizo su curiosidad.

Despues de oir la revelacion que aquel hizo, no tuvo la menor duda.

Aquella era Lianata.

Una idea cruzó por su imaginacion.

—Cacique de los extranjeros, dijo á Colon, por medio del intérprete, ya has visto con qué cordialidad te ha recibido nuestro rey. Ha permitido á tus vasallos recorrer todo su territorio, apoderarse del oro que nace en las entrañas de sus minas. Nada te ha negado, nada te negará; pero Quibiam sufre una inmensa pena, y tú tienes en tu poder el medio de alejarla para siempre de su alma.

—Mucho me agradaria, contestó Colon, que fuera cierto lo que decís, porque mi mayor satisfaccion seria demostrarle mi gratitud.

—Pues bien, escucha, dijo Unima.

Nuestro rey Quibiam amaba á una mujer con toda su alma. Desde las hermosas llanuras de Ornofay la habia traido á su reino para consagrarla todo su amor.

Una mirada suya bastaba para devolver la alegría á su espíritu, para dar poder á su brazo contra todos sus enemigos, para dulcificar su ira é inspirarle clemencia.

Compartia con Irayba, la madre de los hijos de Quibiam, todo el amor del rey.

Pero un dia abandonó las playas de Veragoa.

Fué á recibir el último adios de su moribundo padre, y en medio de los mares asaltó á su canoa la tempestad.

Los vientos la arrojaron à costas desconocidas.

En ellas encontró á vuestros hermanos, los cuales, añadió con amargura Unima, apiadàndose de su desgracia, abrieron su corazon á la fe, y haciéndola abjurar de su religion, le inspiraron respeto y veneracion á la vuestra.

Quibiam la llora por muerta, pero vive.

Vos podeis devolvérsela.

—¿Está en Haiti sin duda?

—No, viene con vos..... Héla allí, añadió señalando á Lianata.

La jóven india habia tomado el nombre de María.

Este nombre era el que le daban los españoles.

—¿María, exclamó Colon, la esposa de Quibiam?.....

—Su esposa predilecta.

—Ahora comprendo su inmensa alegría al descubrir las costas de Veragoa. ¡Oh! Si yo lo hubiera sabido ántes que mis soldados, hubiera ella misma llegado á la presencia de Quibiam para ofrecerle nuestra amistad.

—No es tarde.

—Cierto.

—Si quieres conceder un gran favor, confiala à mi cuidado; yo la llevaré á los brazos de su esposo, y su gratitud será tan grande, que con todo su reino no podria pagarte el beneficio que le dispensas.

Colon dió inmediatamente órdenes para que Lianata fuera puesta en libertad, y consintió à Unima que se acercase á ella.

—Lianata, dijo el cacique, ¿no me reconoceis?

La jóven fijó en él su mirada.

—No, no sé quién eres; y sin embargo, yo he oido tu voz ántes de ahora.

—Vengo á buscarte para llevarte al lado de tu esposo.

—¿Mi esposo?..... Mi esposo ha muerto.

—No, vive; yo te aseguro que vive. Ven conmigo y no tardarás en estrecharle contra tu corazon.

—Estoy prisionera.

—Te han concedido la libertad.

—No, no; yo debo la vida á los que me han traido aquí. Encadenada iba á partir léjos, muy léjos de mi patria, acaso para siempre. Pero estalló la tempestad, los barcos se sumergieron, los hombres que las tripulaban cayeron en el mar, lanzando gritos terribles de desesperacion.

Yo pude sostenerme sobre las olas.

El viento me empujaba; llegué á las embarcaciones, allí me recogieron y tuvieron piedad de mí. Soy su prisionera, y no puedo abandonarlos.

—Lianata, dijo Unima, vuelve en tí: ellos desean verte feliz, devolverte la razon que has perdido, y para que seas dichosa vengo à buscarte.

—Mira, dijo la india, yo creo en Dios trino y uno; yo creo en la Vírgen, Madre de los afligidos: ella no se separa de mí, ella consuela mis penas.

Yo creo en los ángeles, espíritus puros que interceden con Dios por nosotros.

Pues bien: un ángel, el ángel de mi guarda, me ha dicho muchas veces:

"No abandones á los españoles: miéntras estés con ellos conservarás la fe, y la fe es tu salvacion. En cuanto te alejes de su lado, los tuyos te obligarán de nuevo á adorar á los falsos ídolos, y en el momento en que la fe te abandone exhalarás el último suspiro."

—No, añadió estremeciéndose, no intentes separarme de mis hermanos; al tercer dia exhalaria el último aliento.

Unima pidió á Colon que mandase á la india obedecerle.

El almirante se acercó á Lianata y ofreciéndola una cruz:

—Toma, le dijo; miéntras lleves contigo esta reliquia no te abandonará la fe.

La india besó la cruz.

—Ven, ven ahora conmigo, dijo Unima; Quibiam te espera.

—Quibiam.... ¡Ah! Sí.... ya recuerdo.... Quibiam, mi querido esposo.... Corramos, corramos á su lado; quiero que participe de mi fe, que goce las delicias que á mí me sonrien.

Y besando la cruz, siguió à Unima á la canoa que habia

conducido al cacique de Guaniguanito, partiendo á la playa.

Lianata estaba desfallecida.

Le faltaban fuerzas para andar el camino que le separaba de la morada de Quibiam.

Unima se cogió de su brazo, y no tardó en llegar con él à la solitaria caverna en donde vivia Quibiam sufriendo su desgracia, y acariciando la vengana que proyectaba tomar de los españoles.

CAPITULO XXXVI.

Ultimos momentos de Lianata.

Al ver en su presencia á Lianata, todos los sentimientos, todas las ideas que abrigaba Quibiam, desaparecieron.

Se olvidó del horrible martirio que habia sufrido, se olvidó de que los españoles estaban en sus territorios, y durante algun tiempo fué tanta su emocion, que ni aun pudo preguntar á Unima cómo habia llegado á su poder Lianota.

La jóven fijó en él su mirada con un vivo deseo de reconocerle, y sin embargo, como si tuviera un velo en sus ojos, pasó el índice de sus manos sobre ellos para alejar la sombra que le impedia ver á Quibiam como le habia visto en otro tiempo.

—Lianata, esposa mia, exclamó el rey, estrechando en sus brazos á la jóven.

—¿Quién eres? preguntó Lianata, separándose de Quibiam.

—¿No me reconoces?

—Sí.... sí; pero no acierto à saber quién eres.

Quibiam fijó en ella sus ojos, y al ver la vaguedad de su mirada se estremeció.

—¿Qué es esto, Unima? preguntóle el cacique.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Esto es una desgracia, pero no tan grande como la que llorábamos.

—Explícate.

Unima refirió á Quibiam todo lo que habia pasado á Lianata, desde el momento en que la habia dejado en un buque próximo á partir á España para ir á comunicarle la abjuracion de la jóven india.

—Los extranjeros la han hechizado, dijo Quibiam; pero no importa. Yo buscaré los medios de devolverle la razon.

Y como poseia el secreto de curar las enfermedades por medio de yerbas y de conjurar el peligro por completo, despertó, como el decia, él alma dormida de la jóven.

Todos cuantos esfuerzos hizo fueron inútiles.

Lianata le manifestaba un entrañable afecto.

Pero no queria apartarse de la cruz bendita., y cuando Quibiam la veia próxima á recobrar su razon, el éxtasis que experimentaba contemplando el símbolo de la Redencion le hacia caer de nuevo en el delirio que le producia su enfermedad.

—Los extranjeros han desembarcado en las playas, y han empezado á construir casas cerca del rio de Belen, dijeron á Quibiam.

—No importa, contestaba, yo vivo solo para Lianata; cuando la salve castigaré á mis enemigos.

Y la llevaba de tríbu en tríbu para que en todas ellas distrajesen su alma con festejos, y cada dia empleaba un nuevo medio para endulzar sus males.

Un anciano indio le aseguró que en la isla de Cariari habia un butio muy sabio que curaba las enfermedades de los caciques.

Quibiam envió un emisario al butio para que fuese á Veragoa.

Era un anciano que no podia moverse, y aseguró que no ejercia su poder más que dentro de la isla.

Quibiam partió para Cariari con Lianata y los caciques principales.

El butió interrogó á la jóven.

Despues de un minucioso exámen:

—Déjame à solas con Quibiam, exclamó.

Al hallarse sin testigos, le dijo:

—El único medio que tienes de salvarla la vida, es ar rebatarle de sus manos ese objeto que tanta veneracion le inspira.

El butio aludia á la cruz.

Quibiam, resuelto á obedecer las órdenes del butio, volvió con su comitiva á Veragoa, y allí empleó todos los medios suaves y cariñosos para separar la cruz de Lianata.

Sus esfuerzos fueron inútiles.

—En cuanto me separe de esta cruz, dijo la jóven, moriré al tercer dia.

Lianata no la abandonaba ni aun cuando el sueño cerraba sus ojos.

Hasta entónces habia respetado Quibiam su voluntad.

Pero en vista del peligro que corria, resolvió aprovecharse del sueño de la jóven para arrebatarle la cruz.

Así lo hizo, en efecto.

Al ver que habia desaparecido de sus manos aquel signo santo, la desesperacion se apoderó de Lianata.

El dolor hizo brotar lágrimas de sus ojos.

Las lágrimas desahogaron su oprimido pecho, y lanzando un grito, porque acababa de reconocer á Quibian, colmó de alegría al monarca.

—Quibiam, esposo mio, dijo Lianata.

—El butio no me engañó, pensó Quibiam.

Ebrio de gozo, dispuso que se solemnizara con grandes festejos lo que él llamaba la resurreccion de Lianata.

Convocó á los caciques de todas las tríbus de su territorio, hizo que se quemara resina de caoba en los altares de los tzimes, mandó à los butios que celebrasen ceremonias en accion de gracias, y las vírgenes, pulsando la maricuba, entonaron alrededor de su palacio los arcitos de alegría.

Lianata se habia animado.

Sus facciones habian tomado la expresion, la vida que en otro tiempo habian servido para fascinar á Quibiam.

Hasta se habia olvidado de la religion de los españoles, y como los demas indios, veneraba los tzimes.

Pasó el primer dia en medio de un júbilo general.

Pasó el segundo, y la felicidad continuó sonriendo á los habitantes de Veragoa.

Pasó el tercero, y en medio de la fiesta lanzó de pronto Quibiam un grito desgarrador.

El rey de Veragoa sostuvo á la jóven en sus brazos.

—Adios, adios para siempre, balbuceó la jóven.

Quibiam se estremeció al ver que sus manos estaban heladas.

—El ángel de mi guarda, añadió la jóven con voz que apénas se percibia, ha venido á buscarme. El me devuelve la cruz que arrebatasteis de mis manos, y me conduce á implorar el perdon del Dios justo para que me conceda la gloria eterna. Respeta á los cristianos y ámalos como yo los amo, y en la otra vida te devolveré la vida que ahora te arrebato.

Los ojos de Lianata se cerraron.

—¡Ha muerto!.... ¡Ha muerto! exclamó Quibiam.

En aquel momento llegó un cacique.

—Rey y señor, le dijo, los blancos han querido esclavizar á algunos de tus vasallos, y al oponerles resistencia, han disparado el rayo contra ellos. La sangre de los indios de Veragoa se ha derramado.

—Yo los vengaré.... Yo te vengaré, Lianata mia; lo juro sobre tu cabeza, dijo Quibiam.

Y entregando á las vírgenes el cadáver de la pobre india:

—Llamad en torno mio á los caciques de las tríbus dorà-ceas y gumíes, á todos mis vasallos que moran desde el Tebra hasta el Urira. Los blancos perecerán bajo los golpes de nuestras envenenadas flechas.

El tigre volvió á convertirse en leon; pero no tardó en comprender que su fuerza era inútil, y como le devoraba la sed de venganza, volvió á empuñar las armas de la astucia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cho una palabra. ¿Pero no habeis reparado que de cuando en cuando se acercaban algunos indios á observar lo que haciamos?

—Por mera curiosidad.

—O por mandato de su rey.

—Quibiam es poderoso; cuenta con un crecido número de tropas; es valiente y arrojado, y lo suficiente sagaz para comprender que contaba con más probabilidades de vencernos ántes de construir la colonia que ahora. Antes no teníamos más abrigo que los buques. Ahora podemos hacernos fuertes en las casas que hemos fabricado; por mi parte, no abrigo temor alguno.

—Pues dejadme que os hable con franqueza. Yo tengo para mí que, gran conocedor de las mareas, sabia que en cierta época habia de secarse el rio, como ha pasado, y ha estado aguardando á que esto sucediera. Hoy no podemos huir. En alta mar le hubiera sido difícil perseguirnos y alcanzarnos; ahora estamos en su poder, y si se entablase una lid, tendríamos que luchar hasta perecer todos.

—Vaya, vaya, tranquilizaos, Mendez; yo sé que todo ese apresto militar nada tiene que ver con nosotros.

—Ningun trabajo cuesta averiguarlo.

—¿Qué intentais?

—Si me lo permitís, quisiera ir en un bote hasta la parte de la costa próxima al palacio de Quibiam. Allí están reunidas las tropas, allí han formado su campamento, y yo puedo observarlas.

—Si sus intenciones fueran hostiles, ese deseo podria seros peligroso.

—Nada importa; de esta manera les obligaremos á calmar nuestras dudas. Lo que ha de ser, que sea pronto; si son nuestros enemigos, al verme solo intentarán un ataque, y en

ese caso yo me defenderé como pueda, y mis hermanos podrán ponerse á la defensiva.

Id enhorabuena.

Mendez eligió unos cuantos soldados de los más aguerridos, bajó con ellos á uno de los botes, y aun no habian andado una legua por la costa, cuando descubrió un crecido número de indios, armados todos con agudas flechas.

—Voy à acercarme á ellos, dijo Mendez.

—No hagais tal, objetaron sus compañeros.

—Estoy resuelto; permaneced vosotros cerca de la orilla, y á la menor señal saltad en tierra para auxiliarme.

Con la audacia que le era peculiar, saltó en tierra y se acercó á los indios.

Estos le veian llegar con asombro.

Habia allí reunidos más de mil indios, y preparados al parecer para una larga expedicion.

El jefe de ellos salió al encuentro de Diego Mendez.

Le preguntó cuál era el objeto de su visita, y el audaz español le manifestó que, estando muy agradecido Colon á los favores que habia recibido de Quibiam y de todos los indios de Veragoa, y habiendo sabido que iban á partir en breve á luchar contra sus enemigos, queria ofrecerle todo su apoyo, á cuyo fin le enviaba con algunos hombres armados, que no esperaban más que sus órdenes para acompañarle al combate.

Temiendo una emboscada el cacique, manifestó profunda gratitud á los ofrecimientos de Diego Mendez, y le dijo que no podia aceptarlos.

A las instancias del valeroso caudillo español contestó con nuevas negativas, y Mendez se alejó.

Durante toda la noche permaneció en la orilla, observándolos á favor de la oscuridad.

Viendo los indios que no se alejaban y que espiaban sus

movimientos, se retiraron en direccion al palacio de Quibiam.

No se habia equivocado Mendez.

Todos los síntomas indicaban que el verdadero objeto de los indios era sorprender á los españoles y hacerles pagar caras las libertades que se habian tomado, usurpando sus dominios y apoderándose de sus riquezas.

Corrió Mendez á comunicar al almirante sus descubrimientos; pero Colon atribuyó sus creencias á preocupaciones, porque no podia imaginar tanta perfidia en aquellos hombres.

—No sé lo que haria para convenceros, dijo Mendez.

—¿Pero tanta es vuestra seguridad?

—Pondria mi cabeza á que meditan contra nosotros un alevoso ataque. De cualquier modo, conviene que no nos cojan desprevenidos.

—Para tranquilizaros y tranquilizarme, voy á llamar à mi presencia á Quibiam.

—Si me lo permitís, yo os propondré otro medio.

—Hablad.

—Yo iré hasta su palacio.

—¿Vos?

—Yo, sí.

—¿Pero con algunos soldados?

—No, solo; á lo sumo llevaré un compañero.

—¿Cuál es vuestro objeto?

—Penetrar amistosamente en la morada de Quibiam, observarle, ser allí un activo espía y comunicaros cuanto vea y sospeche, para evitar las funestas consecuencias de una emboscada.

—Jugais la vida en esa empresa.

—Sé que la juego; pero no importa, así libro de la muerte á mis hermanos.

—¿Estais resuelto á partir?

—Resueltísimo.

—¿Y quién ha de acompañaros?

—Mi buen amigo Rodrigo de Escobar.

Acordado así, Mendez y escobar desembarcaron en la costa, y por la orilla, dejando á un lado los espesos bosques que en el primer viaje de exploracion habian molestado tanto á los españoles, llegaron á la entrada del camino espacioso que conducia á la morada de Quibiam.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXVIII.

Diego Mendez.

Allí empezaba tambien el rio que hoy se conoce con el nombre de Veragua.

En él habia dos canoas llenas de indios cuya mision parecia no ser otra que la de observar á los españoles.

La llegada de Mendez los desconcertó.

Se acercó á ellos y les habló por señas.

Aunque trataron de demostrarles que su único objeto era pescar, no tardó en confirmarse en sus sospechas.

Una de las canoas se acercó à la orilla; los indios que las tripulaban saltaron en tierra, y Mendez observó que iban llegando una multitud de indios, los cuales, á juzgar por su actitud y su número, se dirigian al puerto que habian colonizado los españoles, sin duda con el ánimo de sorprenderlos y anonadarlos.

Tal era, en efecto, su objeto.

Quibiam les habia mandado rodear las casas de la colonia, lo mismo que los buques anclados en el rio.

Desconcertado al ver que Mendez se acercaba á ellos, aplazaron la ejecucion de sus planes y le trataron con bondad para disipar sus sospechas.

—¿Qué vienes á buscar aquí? le preguntó el cacique que mandaba las tropas.

—Vengo á ver à Quibiam en nombre de mi jefe.

—Gran atrevimiento es el tuyo.

—¿Por qué?

—Porque Quibiam os ha dejado vivir en paz, con la sola condicion de que no entreis en su ciudad. Ademas, hace poco ha experimentado una gran desgracia, y podrá ser muy bien que pagueis vosotros su mal humor.

—No abrigo recelo alguno; llévame á su presencia.

El cacique mandó que los llevasen en una canoa por el rio hasta la desembocadura próxima al palacio de Quibiam.

La ciudad en que habitaba el rey de Veragoa estaba formada por muchas casas; pero á bastante distancia unas de otras, y separadas por espesos bosques.

La morada de Quibiam estaba situada sobre una colina.

Todos los alrededores de la ciudad estaban llenos de indios, y se notaban en todas partes preparativos de guerra.

La inesperada llegada de los dos españoles puso en gran inquietud á los indios.

Unima, que era el jefe de todas las fuerzas, apénas tuvo noticia de aquella intempestiva visita, envió un destacamento al encuentro de Escobar y de Mendez para impedirles que pasaran.

—En cuanto sepa vuestro jefe el objeto de nuestra venida, dijo Mendez, nos dejará pasar.

Al ver su insistencia, se presentó á ellos el mismo Unima

—¿Quién sois? preguntó.

—Yo, dijo Mendez, soy cirujano. Mi señor ha sabido que vuestro rey sufre las consecuencias de una herida mal curada, y deseando su alivio, me ha enviado con un asistente á ponerle bueno. En prueba de que vengo de paz, que mi único deseo es seros útil, tomad estos regalos que para vuestro jefe os manda el mio.

Unima se apresuró á anunciar à Quibiam lo que pasaba, y no bien avanzaron algunos pasos, tuvieron que retroceder ante un espectáculo horroroso que se presentó á su vista.

Quibiam, en el colmo de la desesperacion por la pérdida de Lianata, habia enviado á sus soldados á las tríbus vecinas que le eran hostiles, y habia logrado que le llevasen trescientos prisioneros.

Los trescientos habian sido degollados por órden suya, y sus cabezas, ensangrentadas todavía, formaban un círculo terrible en torno de la morada del rey de Veragoa.

Miéntras que se reponian, Quibiam, profundamente irritado al saber la llegada de los españoles, daba órdenes á Unima para que no les dejase pasar.

Antes de que salieran á obedecerle, llegó un espía anunciando que los españoles, á pesar de los obstáculos que les oponian, avanzaban.

—¿Quieren perecer á mis manos? exclamó Quibiam. Pues bien, perezcan.

Un confuso griterío llegó á sus oidos.

Todas las indias que habia reunidas en torno del palacio de Quibiam, al ver á los españoles acercarse á la morada de su rey, comenzaron á gritar desaforadamente, huyendo al mismo tiempo poseidas de un terror pánico.

Antes de que Quibiam se levantara para salir à castigar á los españoles, su hijo mayor, vigoroso, aunque adolescente todavía, se precipitó fuera de la morada de su padre, y lanzándose sobre Diego Mendez, le dió un golpe que le obligó á retroceder algunos pasos.

Dejándose llevar de su natural indignacion, hubiera Mendez atravesando con su espada á aquel insensato, que de una manera tan brutal le recibia.

Pero ni sus fuerzas eran bastantes para contener los ímpetus de aquel mozo: entre Escobar y él no podrian resistir el empuje de los indios, y les convenia averiguar lo que pasaba para volver á noticiárselo á Colon.

Sacó Mendez de su limosnero una cajita de ungüento, y al ver á Quibiam, que se presentó en el pórtico de su palacio, le anunció que el único objeto que allí le llevaba era aliviar el dolor de su herida.

—Mi señor el almirante, le dijo, agradecido á tus bondades y seguro de tu amistad, me ha enviado á cuidar tu salud.

Quibiam pudo contenerse, y para no despertar sospechas en los españoles, les hizo entrar en su morada..

Mendez apaciguó al jóven indio hijo de Quibiam dándole un peine y un espejo, y enseñándole á usarlos.

Esto sorprendió en extremo al indio, y tanto él como los demas que se hallaban próximos al palacio, pasaron el tiempo sumamente entretenidos con aquellos objetos, que tanto les embelesaban.

Quibiam manifestó á Mendez que no queria aceptar sus auxilios, y le dió órden para que se alejara en seguida, porque de lo contrario no podria contener la furia de sus vasallos.

Lo que habian visto bastaba á los dos españoles para asegurarse de la actitud hostil de Quibiam.

Uno de los indios, prendado del espejo y del peine, se acercó á pedir objetos como aquellos à Escobar.

—Ven con nosotros, le dijo, y tendrás cuantos quieras.

Seducido por esta esperanza los acompañó el indio, y durante el camino pudieron averiguar por él las intenciones de su soberano.

Supieron que el proyecto de Quibiam era rodear los buques y las casas de los españoles á favor de la oscuridad de la noche y asesinarlos á todos.

Con inmensa ansiedad esperaban el almirante y los demas españoles á Mendez y Escobar.

Cuando los vieron llegar y oyeron de sus labios la descripcion de los preparativos que hacia Quibiam en contra suya; cuando el indio afirmó lo que decian los emisarios, Bartolomé, que hasta entónces no habia dudado de Quibiam, dijo:

—Es necesario ganarle por la mano. Yo mismo voy á partir con algunas fuerzas hasta la residencia de Quibiam; me apoderaré de él, de su familia y de los principales jefes de sus tropas, y llevándolos á España, los demas indios, súbditos de los Reyes Católicos, servirán de criados á los que queden establecidos en la colonia.

Hizo algunas objeciones Colon á los proyectos de su hermano; pero animado éste por Mendez y algunos otros capitanes, no tuvo más remedio que acceder á sus deseos.

Eligió ochenta hombres, entre los que iba Diego Mendez, y con ellos y con el indio, que halagado por la idea de tener el espejo habia revelado los planes de su rey, avanzaron en los botes, y por la costa llegaron á la embocadura del rio Veragoa, desembarcaron; y ántes que los indios pudieran apercibirse de su llegada, comenzaron á subir la cuesta que conducia á la morada del rey.

CAPITULO XXXIX.

Astucia de los españoles.

Sorprendido Quibiam, hubo un momento en el que resolvió jugar el todo por el todo.

Pero aunque él tenia valor bastante para arrostrar las consecuencias de aquella lucha, no confiaba ni en la astucia ni en la pericia de sus caciques y soldados.

Llamó á Unima.

—Es necesario que los españoles no penetren hasta aquí, le dijo.

—¿Cómo estorbarlo si ya se encuentran á muy corta distancia de tu morada y vienen resueltos á penetrar en ella?

—Suplícales en nombre mio, dijo de pronto Quibiam, que que se detengan.

—¿Y qué pretexto darles para fundar nuestra súplica?

—Diles que no es por miedo por lo que no quiero recibirlos, sino porque soy muy celoso y no quiero que vean á mis mujeres.

Corrió Unima a participar á Bartolomé Colon el ruego de Quibiam.

El adelantado no hizo caso alguno.

Pero temeroso de que si notaban en él actitud hostil los indios le obligasen á empeñar una lucha, ó por lo ménos que se le escapase Quibiam de sus manos, dispuso que sus tropas quedaran á corta distancia, y dijo á Unima:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Anuncia á tu soberano que, aunque deseaba verle, renuncio á esta satisfaccion.

Corrió el guerrero á participárselo al gran cacique, y miéntras tanto Bartolomé Colon, con Diego Mendez y cuatro hombres más, resolvió subir à la colina en donde estaba situado el palacio de Quibiam, pero con la mayor cautela.

—Vosotros, les dijo, me seguireis de dos en dos, y á cierta distancia, ocultándoos todo lo posible entre las malezas.

Al mismo tiempo encargó al jefe á quien confió el mando de las tropas, que apénas oyese un disparo de arcabuz, rodease con sus soldados la morada de Quibiam, á fin de que no pudiese escaparse.

Bartolomé y los cinco que le acompañaban comenzaron á subir la cuesta.

Otro emisario de Quibiam salió à su encuentro á suplicarles que no llegasen hasta su palacio, puesto que si tenian empeño de verle, saldria à recibirlos.

Hízolo así en efecto, sentándose en el pórtico de su morada.

No tardó en llegar á su presencia Bartolomé.

Antes de presentarse á Quibiam, dijo á Diego Mendez á sus soldados:

—Vosotros quedaos á cierta distancia y observad bien mis movimientos.

—¿Qué pretendeis hacer? preguntó Mendez.

—La empresa es arriesgada, y es necesario emplear la audacia para salir triunfantes.

—Yo debo acompañaros.

—De ninguna manera.

—Ved que si sospecha nuestras intenciones va á apoderarse de vos y no nos dará tiempo para socorreros.

—Al verme solo no se atreverá á nada, porque no sospechará mis proyectos. Me acercaré á él, le hablaré con la mayor cordialidad, y cuando me veais cogerle del brazo, acudid en seguida para prestarme auxilio.

Bartolomé se adelantó hácia Quibiam y le saludó con la mayor cortesía

El rey indio se excusó con él por no haberle permitido penetrar en su morada.

—Nada importa, dijo Bartolomé: mi único deseo era veros, enterarme de vuestro estado, prodigaros toda clase de auxilios, y manifestaros que nuestro jefe y todos nosotros estamos dispuestos á ayudaros en cuantas empresas acometais contra vuestros enemigos, porque la benévola acogida que nos habeis dispensado ha despertado en nuestra alma la más profunda gratitud.

Estas palabras hicieron á Quibiam fijar una escrutadora mirada en el adelantado.

Pero sin duda no observó bien, porque despues de examinarle pareció más tranquilo.

Hablaron algun tiempo más, y el adelantado elogió la fertilidad de aquel suelo y las riquezas de sus minas.

Quibiam, por pura cortesía, le hizo varias preguntas acerca de su país, à las que Bartolomé contestó con afectuosidad.

Queria el adelantado encontrar cuanto ántes la ocasion que buscaba, y le dijo de pronto:

—El almirante ha enviado un cirujano para que curase vuestra herida; pero, segun parece, no habeis querido recibirle.

—Era inútil su presencia; yo poseo el secreto para curar todas las heridas.

Bartolomé realizó su proyecto.

—¿Y la teneis aquí, en el brazo? dijo acompañando la accion á la palabra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apénas vieron los españoles á Bartolomé apoderarse del brazo de Quibiam, corrieron cuatro de ellos á sujetar al cacique en medio del estupor de los indios, y el quinto hizo la señal consabida, disparando el arcabuz.

Cogido en el lazo Quibiam, quiso desprenderse de sus enemigos, que tan negra traicion le habian hecho, y forcejeó como un desesperado para desasirse de las manos de Bartolomé Colon.

Pero sus nervudos dedos le sujetaban como si fuera una plancha de hierro, y siendo entre ambos hombres corpulentos y de valor, trabaron una desesperada lucha.

Al oir el disparo huyeron amedrentados casi todos los indios.

Sólo algunos leales amigos de Quibiam, entre los que se hallaba Unima, acudieron á socorrerle.

Pero Diego Mendez logró dispersarlos, y con auxilio de sus otros compañeros ató á Quibian de piés y manos.

Los demas soldados españoles rodearon la morada de Quibiam, penetraron en ella y aprisionaron á todas las mujeres y servidores que hallaron á su paso.

Irayba y sus hijos entraron en el número.

Como no opusieron resistencia no tuvieron necesidad de hacer uso de las armas, y como si fueran corderos los llevaron hasta donde aguardaban los botes para conducirlos á las carabelas y trasladarlos á España, miéntras los españoles que quedasen se apoderaban por completo del territorio.

Imposible es pintar la indignacion que se apoderó del ánimo de Quibiam.

Los españoles le habian ganado por la mano, y no les perdonaba la habilidad con que habian verificado su captura.

A partir de aquel momento, no deseaba más que la libertad para consagrar el resto de sus dias en el exterminio de

sus enemigos; y aunque encadenado, todavía abrigaba la esperanza de romper las cadenas, de excitar al combate á sus vasallos y de vengar la felonía que acababan de cometer con él.

Entre tanto las mujeres de los vasallos de Quibiam, prisioneras, prorumpieron en desesperados lamentos, implorando su libertad y la de su jefe, y ofreciendo á los españoles en cambio un tesoro que, segun indicaban, tenian guardado en una de las selvas próximas á la playa.

Bartolomé Colon rehusó sus ofrecimientos.

La captura de Quibiam era más importante para los españoles que los tesoros que pudieran ofrecerles los indios.

Animado por esta creencia, para evitar que los indios pudieran reponerse y salir á su encuentro, se apresuró á embarcar á los prisioneros y se quedó con la mitad de su gente en tierra para perseguir á los que habian logrado escaparse.

Era de todo punto necesario un hombre de confianza, de valor y de fuerza para que se encargase de la custodia de Quibiam.

Acompañaba al adelantado Juan Sanchez, uno de los mejores pilotos de la escuadra, hombre de bríos y muy afecto á los Colones.

—Yo me encargo de conducirle hasta las carabelas, y respondo de él con mi vida.

—Ten mucho cuidado, le dijo Bartolomé, porque es astuto y fuerte, y nada tendrá de extraño que intente una evasion.

—Tan seguro estoy de que no se me escapará, que consiento, si tal sucede, que me arranquen la barba pelo á pelo.

Para cumplir su palabra amarró al cacique fuertemente á uno de los bancos del bote, y las pequeñas embarcaciones se pusieron en marcha.

Era ya de noche, y una densa oscuridad envolvia el espacio.

Quibiam realizó á su vez un proyecto que habia concebido.

—Si algo me consuela en medio de mi afliccion, dijo á Juan Sanchez, es el haber caido en tus manos, porque todo revela en tí un hombre valeroso y de nobles sentimientos.

—No te engañas, dijo el piloto pavoneándose.

—Si todos fueran como tú, añadió Quibiam, ninguna resistencia habriais hallado en mí. Sin necesidad de que hubierais venido á prenderme, yo mismo me hubiera entregado, poniéndome á vuestras órdenes.

Juan Sanchez era vanidoso, y estas frases laudatorias del cacique le hicieron muy simpático á sus ojos.

Al poco rato comenzó á quejarse Quibiam.

—¿Qué es lo que tienes?

—Me aprietan mucho las ligaduras. Bien podias hacerme el favor de aflojarlas un poco.

—Si no es más que eso, con tal de que yo tenga sujeto el cabo de la cuerda que te oprime las manos, es bastante; no podrás escaparte aunque lo intentes.

—Así lo creo, y no lo intentaré; pero duélete de mí y alivia el dolor que sufro.

Juan Sanchez le desató del banco, y no abandonó desde entónces la cuerda.

Unos cuantos minutos trascurrieron, durante los cuales no hizo un solo movimiento Quibiam.

Pero aprovechando una ocasion en que Juan Sanchez, llamado por otro de sus compañeros, se distrajo un instante, se arrojó al agua, produciendo un ruido que estremeció á los tripulantes.

Fué tan violento el impulso que tomó, que cogiendo desprevenido á Juan Sanchez, éste se vió en peligro, é instintivamente soltó la cuerda.

La oscuridad de la noche y las medidas que iba á tomar

para que los otros prisioneros no se escaparan, fué causa de que lograse Quibiam la libertad sin persecucion de ningun género.

Desesperado Juan Sanchez, y no queriendo perderlo todo, se apresuró à llegar á las carabelas para entregar los cautivos al almirante.

Avergonzado de lo que le pasaba, ofreció, si llegaba con bien á España, abandonar el mar para hacerse fraile.

Más tarde cumplió esta promesa.

Miéntras que avanzaba al rio de Belen el jactancioso piloto, Bartolomé Colon continuaba la guerra persiguiendo á los indios.

Estos se refugiaron en las montañas, y entónces volvió adonde estaban sus hermanos con los objetos que habia encontrado en el palacio de Quibiam, que eran brazaletes, láminas de oro y coronas del mismo metal.

Cristóbal Colon concedió á su hermano una de las coronas como trofeo de su hazaña.

No le consoló esto, sin embargo, de la desaparicion de Quibiam.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XL.

Desastres en la colonia de Veragoa.

Quibiam no habia perecido.

Y sin embargo, al arrojarse al agua habia creido su muerte segura, porque atados sus piés y sus manos no podia nadar.

La muerte era preferible á la esclavitud.

Pero no bien se lanzó al agua cuando sintió cerca de sí una mano poderosa, que con ayuda de un guijarro, aunque trabajosamente, cortó las ligaduras de sus manos y sus piés, permitiéndole subir á la superficie del agua y reconocer á su salvador.

Era Unima.

Unima, su valiente caudillo, que habia logrado libertarse de los españoles, y seguro de que Quibiam haria desesperados esfuerzos para salir de las garras de sus opresores, habia seguido las endebles barquillas para poder prestarle auxilio.

Aunque con grande dificultad lograron llegar á la playa, y descansando en ella breve tiempo, subieron por atajos al palacio de Quibiam, de donde acababan de salir los españoles, llevándose todo cuanto en él habia.

Pensando que los indios se habian refugiado en las montañas, corrieron los dos caciques á ellas para animarlos y tender una segunda emboscada á los españoles, haciéndoles pagar en ella los horrores que habian cometido con los habitantes de Veregoa.

Una abundante lluvia aumentó las aguas del rio Belen, y las embarcaciones de Colon, que estaban poco ménos que encalladas, salieron á flote, con cuyo motivo el almirante volvió cuanto ántes á la Península á dar cuenta á los reyes de sus descubrimientos, y á presentarles las riquezas que llevaba y los prisioneros de aquel rico país.

Dispuso que quedaran la mitad de los españoles en la colonia á las órdenes de su hermano; dió á éste sus instrucciones, le dejó víveres y una carabela, y partió con los restantes.

Grandes dificultades tuvo que vencer para atravesar la barra, y aun despues de haberla atravesado se vió en la necesidad de esperar viento favorable á una legua de la costa.

Colon habia proyectado dirigirse desde luego á la Española, confiar al gobernador de la isla el establecimiento de la colonia, pedirle que enviara provisiones y refuerzo á su hermano, y partir en seguida á España á disfrutar del nuevo triunfo que se prometia.

Pero viéndose obligado á permanecer estacionado cerca de la barra, quiso comunicar nuevas órdenes á Bartolomé, y envió un bote al mando de don Diego Tristan, capitan de una de las carabelas, el cual se puso inmediatamente en marcha para volver á la escuadra del almirante á desempeñar su mision.

Cuando llegó á la colonia, un terrible espectáculo se presentó á su vista.

Quibiam y Unima habian animado á sus vasallos, habian encendido en su alma la sed de venganza que les devoraba, y cautelosamente, como la hiena atravesando los bosques, llegaron con sus flechas envenenadas hasta los alrededores de la colonia.

En torno de ella habia espesos bosques, por los cuales pudieron acercarse sin ser vistos.

Los españoles, confiados en que habia perecido Quibiam y en que los indios estaban amedrentados, vivian con la mayor tranquilidad y confianza.

De pronto se presentaron millares de indios en la colonia, prorumpiendo en terribles alaridos y disparando una nube de flechas sobre los españoles, que se asomaron á ver qué era lo que producia aquella gritería.

Algunos fueron heridos.

El adelantado cogió sus armas, y poniéndose al frente de ocho ó diez hombres, salió al encuentro de los indios, al mismo tiempo que Diego Mendez con otros varios de sus compañeros arremetió contra ellos, logrando dejar en tierra á muchos y poner en fuga á los demas.

No contentos aún, los persiguieron hasta por los intrincados bosques; pero los indios, animados por Quibian y Unima se reponian, volvian á disparar sus flechas, y en uno de estos encuentros fué herido en el pecho el adelantado.

Los perros de presa ayudaban á los españoles, y el campo quedó sembrado de cadáveres.

De los soldados de Bartolomé sólo sucumbió uno, quedando heridos diez ó doce.

Diego Tristan, que presenció el combate, no se atrevió á acercarse á tierra, temeroso de que se precipitaran los indios sobre su embarcacion y la echaran á pique.

Al desaparecer entre los bosques los combatientes, siguió la corriente del rio para aguardar el resultado del combate.

Acompañábale Juan de Noya, tonelero de Sevilla, y éste, hombre prevenido, aconsejó á Tristan que no prosiguiese la marcha, porque el rio estaba acanalado, las orillas cubiertas de espesos é impracticables árboles, y careciendo de desembarcadero, si, como pensaba, las canoas indias le rodeaban, iba á verse en gran apuro.

Tristan desoyó su consejo y siguió la marcha.

Aun no habian andado media legua, cuando vieron llegar por todas partes ligeras canoas, y asomar á la orilla multitud de indios con flechas y lanzas, que arrojaron á los españoles.

Iban á bordo ocho soldados, que con sus arcabuces hubieran podido ahuyentarlos.

Pero la sorpresa, el temor al ver que no podian huir por ningun lado, y las lamentaciones de Juan de Noya les hicieron desmayar, y en vez de emplear sus armas ofensivas, sólo hicieron uso de las espadas para librarse de las saetas que les dirigian.

Diego Tristan recibió muchas heridas, y sin embargo, miéntras pudo sostenerse, alentó á los soldados para que hiciesen al ménos pagar cara su vida á los indios.

Un venablo, lanzado por un indio, le atravesó las sienes y cayó muerto.

Entónces se atrevieron los indios á acercarse más y más, y comenzó el combate cuerpo á cuerpo.

Del os tripulantes del bote sólo pudo salvarse Juan de Noya, que cayó al agua en medio de la accion, pudo llegar á la orilla sin ser visto y huir con direccion á la colonia.

Por él supo Bartolomé la muerte de Diego de Tristan y de sus demas compañeros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLI.

Una resolucion heróica.

Los españoles que habian quedado en la colonia cayeron en el mayor desaliento.

Desde el principio se habian entusiasmado con la idea de explotar las ricas minas de aquel privilegiado territorio para enriquecerse.

Habian llegado, y el rey de Veragoa les habia dispensado la más benévola acogida.

Los indios de la costa, durante el establecimiento de la colonia, les habian proporcionado toda clase de víveres y les habian ayudado en sus rudas faenas.

Todo les hacia suponer una pacífica posesion de los dominios de Quibiam.

Pero habian sido víctimas de una ilusion, el desengaño habia quebrantado toda la energía de su espíritu.

Aunque vencieron á Quibiam y á Unima, obligándoles á refugiarse en las montañas, no pudieron lograr este triunfo sin quedar muchos de ellos heridos, y no dudaban de que en cuanto el caudillo repusiera sus fuerzas volverian de nuevo á molestarle, repitiéndose esto hasta tanto que unos ú otros perecieran.

Cuando Noya le refirió lo que habia pasado á Tristan y á sus compañeros, aumentó su terror, y pensando los españoles que Colon se daria á la vela, y que si esto sucedia no tardarian en sucumbir todos, determinaron abandonar la colonia y partir á la carabela que les habia dejado el almirante.

Todas las reflexiones que hizo Bartolomé fueron inútiles.

Renunciaban generosos á todas cuantas ventajas pudiera ofrecerles aquel país, con tal de no perecer á manos de los indios.

En su encuentro habian tenido ocasion de ver que eran más firmes, más astutos, y sobre todo más arrojados que los de las otras islas en donde habian tenido que luchar.

Bartolomé Colon tuvo que acceder á los deseos de los colonos; pero un inconveniente se opuso á su realizacion.

No habia bastante agua para que el buque pudiera atravesar la barra.

Viendo esto, determinaron ir en el bote à buscar al almirante para suplicarle que no los abandonase en tan triste situacion.

Pero tampoco les fué posible, porque el viento y la resaca ponian en grave peligro à la endeble barquilla.

Se hallaban, pues, sin retirada, y para colmo de desdichas pasaban á su vista, arrastrados por la corriente, los despedazados despojos de Tristan y de su gente, acompañados por aves carnívoras que se disputaban la presa.

Como dice Las Casas muy bien, los españoles temblaban al contemplar aquella escena, horrorizándose ante el destino que les esperaba.

Animados los indios por la proeza que acababan de hacer destruyendo á los soldados de Tristan, acudieron de nuevo al puerto para ver si la suerte les favorecia del mismo modo.

Miéntras fueron á comunicar á Quibiam lo que habia sucedido y á pedirle refuerzos para acabar de exterminar á los españoles, se apostaron en los bosques vecinos, atronaban el espacio con sus voces, el sonido de los caracoles y el estriden-

te ruido de los tambores, y en este estado de cosas no tuvie ron más remedio los colonos que abandonar las casas que le servian de defensa.

Bartolomé eligió un terreno en la costa á bastante distancia del bosque.

Con el bote de la carabela, con cajas y sacos de tierra construyó un baluarte, dejando abiertos dos huecos, en los que colocó dos falconetes, que dominaban la llanura.

En aquella improvisada fortaleza se refugiaron los españoles, considerando defensa suficiente contra las flechas de los indios aquellos endebles muros.

Al dia siguiente, cuando Quibiam, al frente de su ejército, reanimado por el triunfo, iba á atacar á los españoles, dispararon éstos los falconetes y los arcabuces.

Los indios vieron que se embotaban sus flechas en los sacos y cajas, y no tuvieron más remedio que huir, porque las balas de sus enemigos diezmaban sus filas.

No por esto habia mejorado la condicion de los españoles.

Las municiones se les acabarian, se agotarian los víveres, tendrian necesidad de abandonar la fortaleza, y á toda costa deseaban poner término á una situacion tan difícil.

Miéntras esto pasaba en tierra, en los buques del almirante reinaba la mayor ansiedad, porque ni Diego Tristan ni sus compañeros volvian, y temian que hubiese ocurrido alguna desgracia.

Aquel suceso, que tenia mucho de heróico y mucho de horrible, unia á la ansiedad de los españoles, á sus dudas, á sus temores, el dolor de una pérdida que consideraron como de mal augurio.

Los indios que habian sido presos por el adelantado en la morada de Quibiam estaban á bordo de una de las carabelas, porque el almirante se proponia conducirlos á España.

Por la noche los encerraban en el castillo de proa, cuya escotilla estaba asegurada por una fuerte cadena con su candado.

Sobre la escotilla dormian algunos de los marineros, y estaba ademas á tal altura que los presos no podian llegar á ella, razon por la cual descuidaban un tanto su vigilancia.

Pero Irayba, que vivia léjos de su esposo, que veia á sus queridos hijos partir del lado de su padre para ser esclavos en otras tierras, pudiendo ser reyes en la que abandonaban, incitó á todos sus compañeros de cautiverio á que optasen entre la salvacion ó la muerte.

—Aprovechemos una ocasion, les dijo; busquemos los medios de evadirnos para volver á nuestra patria al lado de los séres queridos de nuestro corazon.

Si nuestra tentativa es infructuosa, si no conseguimos nuestro objeto, ántes que la esclavitud pongamos fin á nuestra existencia.

Yo os daré el ejemplo.

Y reuniendo muchas de las piedras que servian de lastre á la carabela, formaron una especie de prominencia debajo de la escotilla, muy suficiente para que pudieran levantarla con sus hombros y evadirse por ella.

Dormian los marineros cuando los indios más corpulentos empujando con sus hombros la tapa de la escotilla, saltaron á cubierta y comenzaron á auxiliar á sus hermanos para escaparse.

Dieron la voz de alarma los que se apercibieron de aquel conato de evasion, y solo dos ó tres pudieron arrojarse al mar.

A los otros los cogieron en el momento en que iban á evadirse, y á todos los llevaron de nuevo á su encierro, encadenándolos y poniéndolos guardias de vista para que en el resto de la noche no intentasen de nuevo la fuga.

No habia remedio.

Irayba habia jurado ser libre ó sucumbir.

Recordó á sus hermanos la promesa que habian hecho, y cuando al dia siguiente acudieron los españoles á la prision de los indios para llevarlos á presencia del almirante é imponerles algun castigo, los hallaron á todos muertos.

Cuenta el padre Las Casas que algunos de ellos se habian ahorcado con cuerdas, y otros se habian estrangulado de una manera que horroriza, al mismo tiempo que da una idea de la entereza de carácter de aquellos desgraciados.

Encogian las piernas, ataban un cabo de una cuerda á ellas, y el otro extremo al cuello, y estirándose de pronto, sucumbian casi instantáneamente.

CAPITULO XLII.

Donde se ve por qué motivo abandonan los españoles la colonia de Veragoa.

Consternó al almirante la heróica resolucion de los indios y llenó de horror á todos cuantos se hallaban á bordo.

Bajo la impresion de aquel doloroso suceso, experimentaba una viva ansiedad respecto de la suerte de los españoles que habian quedado en la colonia, y de Diego Tristan, el capitan de una de las carabelas, cuyo desastroso fin conocen nuestros lectores.

Pero aunque habian sucumbido á muy corta distancia del paraje en donde se hallaban estacionadas las carabelas, habian trascurrido algunos dias sin que llegase noticia de su muerte á los viajeros.

Juan de Noya habia tenido que permanecer al lado de los colonos en la improvisada fortaleza que habian levantado para defenderse de las agresiones de los indios, porque la carabela que se habia quedado en la orilla del rio no podia navegar.

Cualquiera tentativa que hubiera hecho para evadirse en el único bote con que contaba, podia ser muy peligrosa á su estancia en la isla en medio de sus vengativos habitantes.

Grandemente apesadumbrado estaba el almirante de no poder tomar resolucion alguna, porque la fuerte resaca ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia imposible á los botes atravesar la barra y llegar hasta la orilla en donde se habia establecido la colonia.

De su misma inquietud participaban los capitanes, los soldados y los marineros, y aguardaban con impaciencia á que el estado del mar les permitiese averiguar la suerte que habian alcanzado los marineros que se habian quedado en Veragoa á las órdenes de Bartolomé Colon, y los que para buscar agua y leña, y llevarles instrucciones, se habian separado de la escuadra, yendo en el bote que habian asaltado los indios.

Una tarde, en que todos los tripulantes de la carabela capitana estaban apesadumbrados al contemplar la profunda melancolía que se habia apoderado del alma del almirante, algunos españoles conversaban sobre cubierta con el piloto sevillano Pedro Ledesma.

Era este gran conocedor de la náutica, y tenia un amor propio desenfrenado.

—En verdad, dijo uno de los marineros, que somos más cobardes que los indios.

—¿Por qué decís eso?

—Porque ellos, cuando venian en las carabelas custodiadas por Juan Sanchez, se arrojaron al agua y se pusieron en salvo; porque sin ir más lejos, los que se nos han escapado hace muy pocas noches han desafiado el peligro de la resaca, y es muy posible que á estas fechas estén muy tranquilos y muy gozosos en sus hamacas, miéntras nosotros permanecemos aquí con la mayor ansiedad, sin saber qué ha sucedido á nuestros hermanos.

—Teneis razon, dijo Ledesma; pero es extraño que vos, que pensais de ese modo, no hayais hecho lo que los indios.

—Eso se dice, pero no se hace.

—Se hace cuando se dice, añadió Ledesma.

—No hay uno entre nosotros que no sepa nadar como una anguila, y sin embargo yo apuesto á que cualquiera de nosotros se tentaria la ropa ántes de darse el remojon.

—¡Vaya unos hombres! dijo Ledesma, mirando con desprecio á los marineros. Parece que no habeis oido el estampido del trueno, ni habeis visto brillar en el espacio el siniestro resplandor del rayo. Si no me dieran más trabajo que el de vencer el ímpetu de las olas y llegar hasta donde están nuestros hermanos, ántes de que anocheciera yo os aseguro que no nos dormiríamos esta noche sin calmar nuestra ansiedad.

—¡Vaya! Esa sí que es baladronada.

—¿Quereis convenceros de que no lo es?

—No digo á tí, sino al mismo Neptuno azotarian las enfurecidas olas si se lanzase al mar en estos momentos. Por lo demas ni tú ni nadie es capaz de oponerse á su empuje.

Irritado Ledesma porque dudaban de sus condiciones de nadador:

—Vais á convenceros, exclamó, de que yo cumplo siempre lo que digo.

Y dirigiéndose, seguido de unos cuantos, al camarote en donde yacía postrado Cristóbal Colon:

—Almirante, le dijo, estais con la más viva inquietud porque ignorais la suerte de vuestro hermano, porque Tristan no ha vuelto, y no es justo que teniendo como teneis amigos leales en torno vuestro consintais que la duda mortifique vuestra mala.

—¿Qué quereis decir, Pedro? preguntó Colon.

—Quiero decir que hay un medio de llegar á la costa.

—¿Qué medio?

—Es muy sencillo; que me conduzcan en un bote hasta donde empieza la resaca. Yo me lanzaré al mar y á nado llegaré hasta la orilla, volviendo en breve con noticias á embar-

carme en el bote, que me esperará en este caso hasta mi regreso.

—La empresa que os proponeis es arriesgada.

—No lo ignoro; pero los indios nos han dado el ejemplo. A grandes males, grandes remedios; los hombres se dan á conocer en las ocasiones. Así, pues, yo quiero demostrar á mis compañeros que no me han conocido al juzgar mis palabras de baladronada, y os pido encarecidamente que me concedais el favor que os suplico.

Id en buena hora, dijo Colon, y quiera Dios protegeros para que volvais á mi lado y me traigais buenas nuevas.

En efecto, partió en uno de los botes con varios marineros; al llegar á cierto sitio se lanzó al agua, y nadando, aunque con mucha dificultad, llegó adonde estaban los españoles, temiendo á cada instante que los indios, en un considerable número, cayeran sobre su improvisada fortaleza, la destruyeran y los asesinaran.

No tardó en comprender la triste situacion en que se hallaban los colonos.

Pero desafiando el peligro, corrió á la improvisada fortaleza, preguntó al adelantado lo que habia sucedido, se enteró por él de los horrores que habian cometido los indios, de la horrible venganza que se proponia tomar Quibiam de los españoles, y aquella misma noche, despues de saber el desastroso fin de Diego Tristan, volvió á nado hasta donde estaba el bote, y pudo, con gran asombro de los marineros y del mismo Colon, referir á éste cuanto habia visto; noticias que no tardaron en circular entre los tripulantes, aumentando su miedo y haciéndoles desear su alejamiento inmediato de aquellas costas, en donde tantos peligros les amenazaban.

Pero Colon no podia partir dejando dejando á sus hermanos y á los demas españoles que le acompañaban en poder de los indios.

Era imposible de todo punto volver en las carabelas á la colonia.

Por otra parte, anhelaba correr á España para comunicar las nuevas del descubrimiento á los reyes, y siéndole imposible de todo punto moverse del paraje donde estaba, ni prestar auxilio á su hermano, cayó en un profundo abatimiento, su enfermedad se exacerbó, tuvo fiebre y delirio, y sufria lo que no es decible.

Aún se conserva un fragmento de una carta suya, en la que, dirigiéndose à los reyes, les comunica la vision que ha tenido en acceso de fiebre, y nada màs elocuente que sus mismás palabras, que hoy podrán parecer tal vez hijas del cálculo; pero que, dado el carácter del almirante, la época en que vivia y las personas á cuyas manos iba á enviarla, demuestra más y más los nobles sentimientos del ilustre marino, y pone de relieve su acendrado amor á la religion.

—Fatigado y suspirando, dice, me asaltó un sueño ligero, cuando oí una compasiva voz que me decia:

—"¡Oh, nécio y perezoso en servir á tu Dios, el Dios de todas las cosas! ¿Qué hizo él más por Moisés, ó por su siervo David? Desde que naciste ha tenido de tí especial cuidado.

"Cuando te vió de edad madura, hizo que tu nombre resonara con maravilla por la tierra.

"Las Indias, aquellas ricas partes del mundo, te dió á tí para tu herencia, y poder para que se las dieses á otros segun tu voluntad.

"A tí te entregó las llaves de la puerta del Océano, que tan potentes cadenas cerraban; á tí obedecieron muchas tierras, y adquiriste honrosa fama entre los cristianos.

"¿Qué hizo más por el pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto, ó por David, á quien de pastor hizo rey?

«Vuelve, pues, á él los ojos y confiesa tu error; su misericordia es infinita.

«Tu edad no será impedimento para ninguna grande empresa. Abraham tenia más de cien años cuando engendró á Isaac, ¿y era Sara jóven?

«Tú, que pides socorro con abatimiento, ¡responde! ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces? ¿Dios, ó el mundo?

«Los privilegios que te ha concedido, las promesas que Dios te ha hecho nunca ha faltado á ellas, ni dicho despues de haber recibido tus servicios que su sentido era diferente y que debia entenderse de diferente modo.

«El ejecuta á la letra.

«El cumple todas sus promesas con creces: tal es su costumbre.

«Te he mostrado lo que tu Criador hace por tí, y lo que hace por todos.

«El presente es el premio de los trabajos y peligros que has sufrido sirviendo á otros.

—Todo esto oí, añade Colon, como uno casi muerto, y no tuve poder para replicar á palabras tan verdaderas, salvo llorar por mis errores.

«Quien quiera que fuese el que me hablaba, acabó diciendo: «¡No temas! ¡Confía!»

Todas estas tribulaciones están escritas en mármol, y no sin causa.

Esta y otras visiones le asaltaban contínuamente, postrándole cada vez más.

En tanto los que le acompañaban perdian la paciencia y vertian en su corazon la semilla que más tarde debia acibarar con su fruto los últimos dias de la existencia de aquel hombre.

Al fin de un largo plazo de ansiedad y zozobra cambió el

tiempo, las circunstancias permitieron que los botes fueran hasta la orilla y el almirante pudo enviar un gran refuerzo á su hermano. Al ver los indios llegar á los españoles de nuevo, se retiraron para volver en mayor número y con mayores elementos de triunfo; y Colon, viendo que el porvenir debia ser espantoso si prontamente no volvia con grandes refuerzos, resolvió que fueran á bordo de las carabelas su hermano y los colonos.

Así, pues, con objeto de que los colonos pudieran trasportar á las carabelas todo lo que era de su exclusiva propiedad, y los soldados españoles condujesen su artillería y demas pertrechos de guerra, les permitió fabricar una especie de balsa ó almadía con los restos de la carabela.

Para verificar el embarque con más rapidez, dispuso el almirante que todas las lanchas que se hallaban disponibles fuesen conduciendo á los soldados y habitantes de la colonia desde la orilla, y desde el sitio en que la costa formaba una especie de herradura, á la almadía ó balsa de que ya hemos hecho mencion.

De esta manera cargaron en ella la artillería y todo cuanto poseian, sin olvidar el oro, causa principal de sus desventuras, y por medio de un cable, del que tiraban las barquillas, logró el almirate y lograron los españoles volver á las carabelas y cargar en ellas una gran parte de su botin.

Los botes tiraban de los cables unidos á la almadía, y gracias á esto pudo Cristóbal abrazar á su hermano Bartolomé y llegar los colonos, aterrorizados aún, á las carabelas, animando á todos el deseo vivísimo de abandonar cuanto ánte aquel territorio, en donde, si bien era cierto que habia ricos tesoros, no lo era ménos que para adquirirlos necesitaban mayores fuerzas que las que tenian para dominar ántes á sus

feroces moradores, mucho ménos domeñables que los indios de Haiti.

En el momento en que todos se reunieron, solo un deseo formularon sus labios.

—Abandomenos estas costas, exclamaron todos.

Y aunque con gran pesar del almirante y de su hermano, lograron su deseo.

En aquella retirada se distinguió el intrépido Mendez, que con cinco hombres protegió el embarque de los objetos, la construccion de la almadía y la fuga de los españoles.

El fué el último que abandonó aquella tierra en donde tanto habian sufrido, en donde dejaban un país devastado y un enemigo formidable, que habia perdido todos los afectos del alma por causa de los españoles y habia jurado su exterminio

El almirante, para premiar los servicios de Diego Mendez, le confió el mando de la carabela que habia navegado hasta entónces bajo la direccion de don Diego Tristan.

CAPITULO XLIII.

El último rey de Veragoa.

Quibiam habia triunfado de los españoles.

Pero al verlos léjos de su territorio, al convertir en cenizas las casas que habian fabricado, signo de la esclavitud de los habitantes de Veragoa, turbaba su alegría el inmenso pesar que le causaba la ausencia eterna de Lianata, de Irayba, y el gran número de vasallos suyos que habian perecido bajo los golpes de las terribles armas de los blancos.

Era el anochecer.

La almadía en donde los españoles caminaban con los objetos que habian arrebatado á Quibiam, se alejaba impulsada por la corriente del rio.

Quibiam, desde la altura en donde se levantaba su palacio, al lado de Unima, paseaba su mirada por su devastado territorio.

Absorto en su meditacion, y sin que Unima turbase su silencio, trascurieron algunas horas, al cabo de las cuales creyó descubrir Unima en el rio algunos bultos que se agitaban.

La luna derramaba su claridad sobre las trasparentes olas.

A favor de sus melancólicos rayos pudo cerciorarse Unima, de que aquellos bultos que se movian eran indios que pugnaban por ganar la playa.

No tardaron algunos de ellos en acercarse adonde estaba Quibiam.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquellos indios eran algunos de los que habian podido escaparse de las carabelas ántes de que pudieran contenerlos los soldados españoles.

Su presencia llenó de asombro á Quibiam.

Aprisionados al mismo tiempo que él, habia llorado ya su muerte, y como en aquellos momentos era víctima de una fascinacion, llegó á creer que no tenia delante más que fantasmas que iban á pedirle cuenta de su conducta por haberlos abandonado en el peligro.

Pero no tardó en saber la resolucion heróica que habian tomado los indios que estaban prisioneros á bordo de las carabelas, de evadirse ó morir.

—Nosotros hemos podido librarnos, le dijeron, pero ¡ay de los que han caido en poder de los blancos! Ellos pagarán la ira que nuestra evasion ha despertado sin duda en su pecho.

—¿Y mi esposa, y mis hijos? preguntó Quibiam con ansiedad.

—Solo uno de los últimos, el hijo menor, Inhebio, fué el primero que se arrojó al mar, pero al llegar á la orilla le hemos buscado inútilmente. Sin duda no ha podido resistir el impulso de las olas y ha perecido.

—Pero aún será tiempo, dijo Quibiam enfureciéndose, de perseguir hasta sus mismas trincheras á los blancos para vengar sus ultrajes y libertar á nuestros hermanos.

—Será tarde, dijo el indio que hablaba; todos juramos, ó conquistar la libertad ó perecer; y á estas horas habrán buscado la muerte los que han caido de nuevo en poder de nuestros enemigos.

—¡Ah! exclamó Quibiam, mordiéndose los labios de ira hasta ensangrentàrselos, la maldicion de Hiloc ha caido sobre nosotros. ¿De qué me sirve haber arrojado de mi reino á los infames extranjeros si se han llevado consigo las prendas más

queridas de mi corazon: á mi adorada Lianata, á mi buen Irayba, á mis dos hijos, única esperanza de mi trono y de mi reino?

Paseando su mirada por el círculo de cabezas con que habia rodeado su palacio:

—Vos, al ménos, añadió, no teneis sentimientos; sois ya como las piedras que se desgajan de las montañas. ¡Ah!.... Unima, busca tu mejor flecha, imprégnala en el guao, arrójala contra mi pecho para que acabe de una vez mi martirio.

—Señor, señor, exclamó Unima, cálmate.

—No, solo la idea de la muerte me sonrie. Morir, sí; morir para mí es la suprema felicidad. He sido bueno, valiente, generoso; he defendido á mi patria, he labrado la felicidad de mis esposas, he adorado á mis hijos, he castigado á los extranjeros: no hay duda, me espera el premio en la otra vida, y solo allí, unido á los séres más queridos de mi corazon, podré vivir dichoso.

Estaba muy entrada la noche cuando, al terminar estas exclamaciones el rey de Veragoa, oyó un grito penetrante, que resonó en su corazon.

Era una voz que pedia auxilio.

—¿Has oido? preguntó Quibiam á Unima.

—Sí; es uno de los nuestros que pide socorro, contestó el cacique.

—Su acento ha despertado una esperanza en mi alma; volvamos á la playa.

Y seguido de los indios que estaban en torno suyo, bajó la pendiente que separaba su palacio de la orilla del rio y á medida que se acercaba, conocia más y más aquella voz, que era la de su hijo.

Las fuerzas le faltaban y estuvo á punto de sucumbir.

Quibiam, Unima, todos se arrojaron al agua para salvarle

y muy en breve pudo estrechar el rey entre sus brazos á su querido hijo.

En efecto; Inhebio habia logrado evadirse.

Pero como los españoles dispararon contra los fugitivos sus armas, apénas se informaron de su fuga, permaneció oculto detrás de una de las carabelas, y solo cuando vió restablecida la calma á bordo se dirigió á nado hasta las orillas de su patria.

Repuesto de la fatiga, á las preguntas que le hizo Quibiam:

—Llora á Irayba, le dijo, llora á mi pobre hermano, llora á tus vasallos. Todos habrán perecido, porque su resolucion era irrevocable.

Hasta entónces habia abrigado Quibiam alguna esperanza.

Ya la habia perdido.

Habia sufrido mucho en aquel tiempo, y su espíritu se abatió por completo.

Retirándose con su hijo y su fiel Unima á su palacio, pasó toda la noche en el más triste insomnio.

Al dia siguiente muy temprano llamó á Unima.

—Se acerca mi última hora, le dijo; pero el gran Hiloc ha querido salvar á mi hijo del poder de los extranjeros para que no se pierda la ilustre raza de Mayarima. Haz que vengan los butios, los caciques que aún quedan. Yo voy á implorar la proteccion del tzimes para mi pobre hijo, á quien solo puedo entregar mi régio manto convertido en girones.

Unima, fiel ejecutor de la voluntad de Quibiam, convocó á los butios, llamó á los caciques y no tardó la ciudad de Veragoa en verse poblada por los principales vasallos de Quibiam, que ante la sola idea de la muerte temblaron, porque atribuian á su valor el fin de la opresion de los españoles.

Durante todo el dia fué agravándose la enfermedad de Quibiam.

A sus heridas renovadas se unia la profunda melancolía de su corazon.

No veia más horizonte que el sepulcro.

Cuando todos estuvieron reunidos en el vestíbulo de su palacio:

—Os he llamado, exclamó, para despedirme de vosotros, para entregar en vuestra presencia el cetro de mi desventurado reino á mi querido hijo, para que él jure fidelidad y obediencia, y para que asistais á mis últimos momentos.

Un silencio sepulcral reinó en la asamblea al oir aquellas palabras.

Los butios entonaron un cántico fúnebre.

Las vírgenes recitaron à su vez los arcitos, cantando las hazañas de Quibiam y sus antecesores.

El rey llamó á su hijo.

—El que todo lo puede, dijo, ha querido que los extranjeros me arrebaten la única felicidad que me sonrie en la tierra, y voy á buscarla en el mundo de la justicia. Entre tanto tú, descendiente de los reyes de Veragoa, debes tomar asiento en mi trono, y ser lo que yo he sido para mis vasallos: un padre, un amigo, un defensor, un juez incorruptible. Tu vida es suya; sacrifícala cuantas veces sea preciso en aras de su bien, como yo la he sacrificado. Unima, mi fiel y valeroso amigo, mi compañero más de infortunio que de gloria, te amparará con su experiencia y sus consejos, te consolará con su cariño, te amparará con su cariño, te guiará con su rectitud y su profunda sabiduría en el proceloso mar de la vida. El te enseñará á amar y hacer el bien de los hombres; él te inspirará odio para la ingratitud y la maldad.

La hamaca fúnebre fué conducida por los indios de la servidumbre de Quibiam á los dos árboles que formaban el pórtico de su palacio.

Allí se reclinó, y despues de bendecir á su hijo, que de rodillas enjugaba las lágrimas que brotaban de sus ojos, se despidió de Unima y de todos sus vasallos, que se arrodillaron tambien, y de nuevo los butios y las vírgenes entonaron fúnebres cantos.

El primer rayo de la luna recibió el último aliento de Quibiam.

Todos juraron por rey á Inhebio.

¡Pobre rey!

¡La raza de los reyes de Haiti y de Veragoa debia sufrir la misma suerte!

Miéntras Quibiam espiraba de aquel modo, inmensas, dolorosas, terribles eran las amarguras que experimentaba Colon en medio del proceloso mar.

La fatalidad queria que despues de grandes trabajos vislumbrase la realidad; que la esperanza se convirtiese en un desengaño terrible, que como un puñal envenenado se embotaba en su corazon.

CAPITULO XLIV.

Una doble Tempestad.

Reunidos en las carabelas los que habian escapado de la muerte, fué unánime el deseo de encaminarse á la Española para pedir allí provisiones, reparar los desperfectos de los buques y partir en seguida para España.

Colon les ofreció guiarlos por el camino más recto, y ne los últimos dias de Abril del año 1503 se dieron á la vela las embarcaciones.

Tomó de nuevo el rumbo del Oriente por la costa, en vez de dirigirse hácia el Norte, en donde consideraban los pilotos que se hallaba la Española, y esta determinacion del almirante les causó una gran sorpresa.

Hasta dudaron de la lealtad de su jefe, y atribuyeron aquella resolucion á su deseo de marchar directamente á España.

Las murmuraciones comenzaron á tomar cuerpo.

—Nos ha prometido llevarnos á la Española, y sin embargo no es el derrotero que sigue el que nos ha de conducir á ella. Por aquí se va á España.

—Es que quisiera volver cuanto ántes.

—Tal vez el temor de que le rechace de nuevo el gobernador Ovando le obliga á dejar á un lado la Española.

—No, pues lo que es nosotros no debemos consentir que en unos barcos tan endebles, tan averiados como estos, sin provisiones, porque con las que tenemos no podemos vivir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí se reclinó, y despues de bendecir á su hijo, que de rodillas enjugaba las lágrimas que brotaban de sus ojos, se despidió de Unima y de todos sus vasallos, que se arrodillaron tambien, y de nuevo los butios y las vírgenes entonaron fúnebres cantos.

El primer rayo de la luna recibió el último aliento de Quibiam.

Todos juraron por rey á Inhebio.

¡Pobre rey!

¡La raza de los reyes de Haiti y de Veragoa debia sufrir la misma suerte!

Miéntras Quibiam espiraba de aquel modo, inmensas, dolorosas, terribles eran las amarguras que experimentaba Colon en medio del proceloso mar.

La fatalidad queria que despues de grandes trabajos vislumbrase la realidad; que la esperanza se convirtiese en un desengaño terrible, que como un puñal envenenado se embotaba en su corazon.

CAPITULO XLIV.

Una doble Tempestad.

Reunidos en las carabelas los que habian escapado de la muerte, fué unánime el deseo de encaminarse á la Española para pedir allí provisiones, reparar los desperfectos de los buques y partir en seguida para España.

Colon les ofreció guiarlos por el camino más recto, y ne los últimos dias de Abril del año 1503 se dieron á la vela las embarcaciones.

Tomó de nuevo el rumbo del Oriente por la costa, en vez de dirigirse hácia el Norte, en donde consideraban los pilotos que se hallaba la Española, y esta determinacion del almirante les causó una gran sorpresa.

Hasta dudaron de la lealtad de su jefe, y atribuyeron aquella resolucion á su deseo de marchar directamente á España.

Las murmuraciones comenzaron á tomar cuerpo.

—Nos ha prometido llevarnos á la Española, y sin embargo no es el derrotero que sigue el que nos ha de conducir á ella. Por aquí se va á España.

—Es que quisiera volver cuanto ántes.

—Tal vez el temor de que le rechace de nuevo el gobernador Ovando le obliga á dejar á un lado la Española.

—No, pues lo que es nosotros no debemos consentir que en unos barcos tan endebles, tan averiados como estos, sin provisiones, porque con las que tenemos no podemos vivir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuatro dias, no debemos consentir, repito, que nos entregue á los azares de un viaje tan largo, expuestos á las tempestades, y lo que es peor, al hambre y la sed.

Algunos se atrevieron á hablar á los capitanes y à las personas más importantes que acompañaban á Colon; y los dos hermanos, Francisco y Diego de Porras, capitanes que hasta entónces habia distinguido el almirante, fueron los que se encargaron de manifestarle los temores que abrigaba la tripulacion y los deseos que tenian todos de llegar cuanto ántes á la Española.

Colon los recibió en el lecho, del que no podia moverse por efecto de su enfermedad, y al oir sus indicaciones:

—Siento que hayais dudado un solo instante de mí, les dijo; lo que no hubiera sucedido si los pilotos hubieran estudiado la navegacion de estos mares.

—Pues ellos aseguran.... interrumpió uno de los hermanos Porras.

—Ellos son unos ignorantes, y vos, apadrinándolos, faltais á todas las consideraciones que me debeis.

Aquella fué la semilla de la insurreccion, que no tardó en estallar á bordo.

Pero no anticipemos los sucesos.

En efecto, Colon y su hermano Bartolomé consideraban de todo punto indispensable avanzar hácia el Oriente ántes de virar con direccion á la Española, para que las corrientes de aquellos mares no les condujeran más allá del puerto adonde deseaban llegar.

Pero el almirante, que en medio de sus desventuras pensaba con recelo en los viajes que, gracias á la libertad concedida por los reyes, habian emprendido algunos aventureros, y podrian emprender otros, quizás de los mismos que estaban á su lado, ocultó los motivos que le impulsaban á avanzar

hácia Oriente, para que no pudieran aprovecharse de sus secretos los que intentaban aminorar su gloria.

Su principal deseo fué que nadie pudiera volver á Veragoa sin ser guiado por él.

Como no dió explicaciones, como únicamente se limitó á calificar con alguna dureza la opinion de los pilotos, continuaron las murmuraciones.

Por la noche llegaron hasta Puerto Velo.

Allí no tuvo màs remedio que abandonar una de las embarcaciones, completamente deteriorada, con lo cual todos los tripulantes de las cuatro tuvieron que amontonarse en las dos restantes, que quedaban en un estado no mucho mejor que el de la que acababan de abandonar.

El agua entraba en ellas por todas partes, y los marineros tenian que emplear todo el dia y la noche en sacarla con las bombas.

Dejaron á un lado el pequeño golfo á que habia dado Colon el nombre de Retrete, algunas otras islas que el almirante, no desengañado todavía, creyó que eran las de la provincia del Mangú, en el territorio del gran Kan, descritas por Marco Polo como próximas à Catay, y avanzó algunas leguas más hasta llegar á la entrada del golfo de Darien.

Una vez allí, más que otra cosa por acallar las murmuraciones de los tripulantes, celebró una sesion con los pilotos y los capitanes.

Todos ellos convinieron en que debia renunciar á aquel derrotero, porque los vientos no eran favorables y ofrecia gran peligro el estado de las embarcaciones.

No tuvo más remedio que abandonar la costa, virando hácia el Norte; y siendo el viento de Levante, se mantuvo á barlovento todo el tiempo que pudo.

Treinta dias tras currieron para aquellos infelices navegan-

tes en medio de grandes zozobras, pasando hambre y sed, y al cabo de ellos llegó á la porcion de islas situadas al Sur de Cuba, que en uno de sus viajes habia llamado Jardines de la Reina, anclando á diez leguas de tierra en uno de los cayos.

En aquellos momentos no quedaba en los buques más que una escasa cantidad de galleta, aceite y vinagre.

Los marineros tenian que trabajar sin descanso en las bombas para que los buques pudieran navegar.

Como si estas desventuras no fueran bastantes, á media noche se desencadenó una terrible tempestad.

Tan fuerte fué que el mismo Colon, esperando su fin con resignacion, decia á cada momento á su hermano y á su hijo, que no se separaban de él:

—Parece que va á acabarse el mundo.

El huracan azotó con violencia las embarcaciones, y una de ellas, la carabela *Bermuda*, perdió las anclas, y fué á chocar violentamente contra la capitana.

La proa de la una y la popa de la otra quedaran destrozadas.

Inmensos fueron los esfuerzos que tuvieron que hacer para repararlas.

En estas maniobras perdió un ancla la carabela del almirante.

La otra le libró de ir á hacerse pedazos contra las rocas.

Pocos dias despues, *abatida y descorazonada su gente*, como dice Colon en una de sus cartas, *y casi todas sus anclas perdidas, y las velas inutilizadas y hasta llenas de agujeros como un panal de miel*, llegó al Cabo de la Cruz y ancló en la costa del Sur de Cuba.

La Providencia le condujo allí, donde todos los indios se apresuraron á ofrecer á los navegantes pan de cazabe.

De lo contrario, el hambre hubiera producido los mayores estragos á bordo de aquellos tan mal parados buques.

Los vientos eran contrarios y no podian avanzar hácia la Española.

Al mismo tiempo las embarcaciones se deterioraban por momentos.

Era necesario tomar una resolucion heróica, y virar hácia la isla de la Jamáica en busca de un puerto seguro.

Despues de tantas luchas con los elementos, no pudo más el almirante y se dió por vencido.

Sus embarcaciones no podian mantenerse á flote en el mar y hasta en el mismo puerto se sumergian.

Dispuso, pues, que fueran encalladas á un tiro de ballesta de la orilla, atándolas juntas la una al lado de la otra.

Pero esto no bastó.

No tardaron en llenarse de agua, y fué necesario construir camarotes en las popas y proa para que pudieran vivir los navegantes.

En aquella débil fortaleza que habia improvisado, creyó Colon que podria resistir cualquier ataque de los indios y estorbar á su gente que se entregase á los excesos de otras veces.

Prohibió á todos que sin permiso especial saltasen á tierra.

Pero como necesitaba la amistad de los indios y sobre todo las provisiones que podian ofrecerle, sacando fuerzas de flaqueza dictó el almirante medidas salvadoras.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLV.

Un hombre de corazon.

No habian olvidado los indios de la Jamáica las buenas relaciones que habian existido entre ellos y los españoles, cuando por la primera vez se acercaron éstos á sus costas.

Por consiguiente los recibieron con las mayores muestras de bondad, y aquel cacique que quiso ir con toda la gente á visitar al rey de España se apresuró á llevarles regalos y á manifestarles que aún no habia desistido de su empeño.

Conociendo el almirante que por el mal estado de sus buques tendrian que permanecer allí bastante tiempo, quiso evitar á toda costa que la codicia de los españoles que le acompañaban hiciese cambiar la conducta de los indios; y al efecto dispuso que no se recibiese nada de ellos sin pagárselo con alguno de los objetos que tan poderosamente les habian áuxiliado hasta entónces en sus empresas.

Para evitar reyertas en la compra y reparticion de los víveres, nombró dos personas, que todas las tardes repartian las provisiones con el mayor órden y equidad.

Al mismo tiempo no tomaban nada de manos de los indios sin remunerarlo, lo cual estableció entre ellos un comercio afectuoso.

Pero los productos de aquella parte de la isla no bastaban á cubrir las necesidades de los españoles; comenzaron á escasear las provisiones, y de nuevo se apoderó el temor del ánimo de los viajeros.

Colon, que presentia todo lo que podia suceder, sufria horriblemente.

Las embarcaciones no podian servirle para navegar, y si faltaban víveres en aquella parte de la isla, les esperaba la muerte más cruel que podian imaginar.

En tan penosa situacion, el esforzado Diego Mendez se acercó al almirante y le pidió permiso para visitar con tres hombres el interior de la isla y proporcionarse los alimentos que necesitaban.

No se hubiera atrevido Cristóbal Colon á proponer semejante encargo á ninguno de los que le acompañaban, porque era una comision en extremo penosa.

Así es que agradeció la oferta de Diego Mendez, é inmediatamente puso á su disposicion una lancha para que con tres hombres se dirigiera á la isla.

Apénas desembarcaron, fueron recibidos con la mayor cordialidad por los indios.

Todos se disputaban la satisfaccion de agasajarlos, y llevado Mendez á presencia del cacique de la primera poblacion que encontró al paso, convino con él en que sus vasallos cazarian y pescarian, fabricando ademas pan de cazabe, para llevarlo, juntamente con la caza y la pesca, á los españoles que vivian á bordo de los buques.

En cambio le prometió peines, cuchillos, cuentas, cascabeles, anzuelos y otros objetos, que les entregaria por las provisiones un español que se estableceria en la ciudad.

Aceptado el trato, envió Mendez á uno de los tres soldados que le acompañaban para dar cuenta de él al almirante, y siguió con los dos internándose en la isla.

No tardó en llegar á la ciudad en donde ejercia las funciones de cacique un indio llamado Huarco.

La noticia de la llegada de los españoles habia cundido por todo aquel territorio, y no habia uno solo de sus habitantes que no se considerase dichoso yendo á regalarles.

Un pacto semejante al primero concluyó con este cacique, y con la noticia de tan faueto suceso y las provisiones que habia obtenido de él, envió á otro de los que le acompañaban.

No tardó en llegar á la presencia de otro muy poderoso, llamado Ameido, el que á su vez le colmó de atenciones, dándole ademas una magnífica canoa á cambio de una palangana de aljófar, de una sotanilla de paño y de una de las dos camisas que llevaba.

Dispuso ademas el cacique que seis indios fueran á sus órdenes para remar en la canoa y prestarle toda clase de servicios.

Satisfecho de su expedicion tornó Diego Mendez por la costa, deteniéndose en los parajes en donde habitaban los caciques con quienes habia tratado.

En todos ellos halió establecidos á los agentes españoles, y al volver adonde estaban las carabelas fué aclamado por todos.

El almirante le tendió los brazos, porque su arrojo y su lealtad habian cambiado por completo la situacion de los españoles.

Pero como era de todo punto indispensable buscar un medio para poner en movimiento los buques; como estos se hallaban en un estado lamentable, y no habia esperanza de que acudiese embarcacion alguna á reemplazarlos, opinó Colon, y con él todos los que le acompañaban, que era necesario comunicar á Ovando la situacion en que se hallaban para que les enviase inmediatamente una carabela.

Nada mas difícil que llevar á cabo este viaje.

Separaba á Colon del puerto de Santo Domingo una distancia de más de cuarenta leguas, á través de un golfo agitado, que no podian salvar sin dificultad más que las ligeras canoas de los indios.

El valor y la lealtad de Diego Mendez por un lado, y por otro la canoa que le habia regalado Ameido, hicieron pensar á Colon en aquel hombre heróico y considerar tan endeble barquilla como su única áncora de salvacion.

Llamando á Diego Mendez, le dijo:

—Hijo mio, ninguno de los que aquí están conoce el gran peligro de nuestra situacion, salvo nosotros dos. Somos pocos en número, y muchos los salvajes indios, y de naturaleza mudable y pronta á irritarse. A la menor provocacion pueden arrojar fuego desde la orilla, y consumirnos en nuestros camarotes de popa. El trato que con ellos habeis hecho para las provisiones, y que ahora cumplen alegres, pueden romperle mañana por capricho y rehusar traernos más víveres.

No teniendo elementos para obligarles á cumplir lo pactado, nos hallamos enteramente á Merced suya; pero he hallado un medio, y voy á comunicárosle para ver si os parece conveniente. En la canoa que habeis comprado pueden pasar algunos á la Española á procurar un bajel, con el cual nos libraríamos del gran peligro en que hemos caido. Decidme qué pensais sobre el particular.

—Bien conozco, repuso Mendez, que el peligro en que estamos es mayor de lo que puede imaginarse. Pero pasar á la Española, y en un bajel tan pequeño como una canoa, no es solo difícil, sino imposible. Ignoro quién querria aventurarse á un riesgo tan extremo.

—Y sin embargo, dijo Colon, estoy seguro de que vos lo arrostrariais por mí.

—Muchas veces he puesto mi vida en peligro de muerte, contestó Mendez, por vos y todos los que nos acompañan. Hasta ahora Dios me ha preservado milagrosamente; pero no

faltan mumuradores que aseguran que vos me confiais todas las comisiones en que puede ganarse honor, al paso que os negais á aceptar los servicios de otros que pudieran llevar á cabo semejantes empresas. Sin pensar en el peligro emprenderia el viaje que deseais; pero ántes os suplico que hagais una cosa.

—¿Cuàl, amigo mio?

—Llamadlos á todos y proponedles la empresa para ver si hay alguno que quiera acometerla. Si, como creo, ninguno se atreve, yo me ofreceré á llevarla á cabo, y arriesgaré gustoso mi vida en vuestro servicio.

Colon estrechó con verdadero afecto la mano de Diego Mendez.

—Poseeis el corazon más noble que he conocido en el mundo, le dijo.

Al dia siguiente reunió en torno suyo á todos los tripulantes y les hizo la proposicion.

No hubo uno solo que no dijese que solo imaginar aquel viaje era una temeridad.

Entónces se adelantó Mendez.

Señor, dijo á Colon, yo no tengo más que una vida que perder; pero la arriesgo gustoso por serviros, por el bien de todos los que están aquí presentes. Yo me encargo de ir á Santo Domingo, confiando en el amparo de Dios, que en otras muchas ocasiones no me ha abandonado.

Colon estrechó entre sus brazos á Diego Mendez, el cual inmediatamente se dispuso á cumplir lo ofrecido.

Conduciendo la canoa á tierra, la puso una quilla postiza, colocó algunas tablas en la proa y en la popa para que el agua no entrase en ellas, la dió una mano de brea, la acomodó un mástil y una vela, y la abasteció de víveres para él, un compañero español, Fortun Cuenca y seis indios.

Miéntras las operaciones se llevaban á cabo, escribió el almirante al gobernador de Santo Domingo pidiéndole con urgencia un buque para que llevase á la Española á toda su gente.

Al mismo tiempo escribió á los soberanos, y conferenció con Diego Mendez, encargándole que se embarcase en Santo Domingo para España y fuese á desempeñar los encargos que le dió.

La historia conserva algunos fragmentos de la carta que por conducto de Diego Mendez deseó hacer llegar á mano de los reyes.

Abramos un ligero paréntesis para conocerla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLVI.

Paréntesis.

En la carta que dirigia Colon á los soberanos pintaba con vivos colores la deplorable situacion en que se encontraban, los grandes trabajos que habian tenido que padecer, las esperanzas que habia realizado, teniendo que renunciar á ellas casi en el mismo momento, y les rogaba enviasen desde los puertos de España uno ó dos buques á la isla Española, para que pudieran regresar él y su gente á la Península.

Se extendia en detallados pormenores acerca del último viaje que habia emprendido, dando gran importancia al descubrimiento de Veragoa.

Alucinado siempre, expresaba la opinion de que en aquel territorio se encontraban las minas de cuyas entrañas arrancó Salomon el oro y las riquezas con que edificó su famoso templo.

Pedíales ademas con encarecimiento que no entregasen á rapaces aventureros un país que tantos tesoros albergaba, y no se nombrasen para gobernarle á hombres que no sintieran verdadero interes, al mismo tiempo que hácia las riquezas, hácia los naturales del país.

«Este no es un niño, añadia, que debe abandonarse á una madrastra. Yo nunca pienso en la Española y en Pária sin verter lágrimas. Su mal es desesperado, y ya no tiene remedio; espero que por aquel ejemplo se tratará esta region de diferente modo.»

Su imaginacion se exaltaba con estos recuerdos; ponderaba la importancia de Veragoa como superior à la de todos sus descubrimientos, y resucitaba su proyecto favorito de rescatar el Santo Sepulcro.

«Jerusalen, dice, y Sion deben ser reedificadas por manos de un cristiano.

«¿Quién será éste?

«Dios, por boca del profeta, lo declara en el décimocuarto salmo.

«El abad Joaquin dice que debe salir de España.»

Sus pensamientos volvian luego á la historia del Gran Kan, que habia pedido le enviasen sabios para instruirle en la fe cristiana.

Colon, imaginando que habia estado en las mismas inmediaciones de Cathy, exclama con repentino celo:

«¿Quién se ofrecerá para esta obra?

«Si nuestro Señor me permite volver á España, yo me comprometo á llevar allá su nombre, con seguridad, si Dios quiere.»

Nada caracteriza más á Colon que estas sencillas y á veces incoherentes cartas.

¡Qué prueba de noble entusiasmo y de irresistible inclinacion á las grandes empresas se revela en ellas!

Cuando se entregaba à tan dulces ilusiones y se proponia dar cima á nuevas y románticas hazañas, estaba quebrantado por la edad y las enfermedades, traspasado de dolores, en cama y encerrado en las reliquias de un naufragio, en las lejanas costas de una isla salvaje.

No puede darse más exacta pintura de su situacion que la que sigue á esta pasajera llama de entusiasmo, cuando en

una de sus rápidas transiciones despierta, por decirlo así, para mirar en torno suyo.

«Hasta ahora, dice, he llorado por otros: ¡ten misericordia de mí, cielo, y llora por mí, tierra!

«Estoy en mis negocios temporales sin un maravedí que dar, náufrago arrojado á las Indias, aislado en mis miserias, enfermo, temiendo que cada dia será el último de mi vida y rodeado de crueles salvajes.

«En mis negocios espirituales separado de los Santos Sacramentos de la Iglesia, de modo que se perderá mi alma si aquí se separa del cuerpo.

«¡Llore por mí quien quiera, tenga caridad, verdad y justicia!

«No vine á este viaje á ganar honor ni Estados, que ya han muerto en mi pecho semejantes esperanzas. Vine á servir á vuestras majestades con sana intencion y honesto celo, y no estoy hablando falsedades.

«Si pluguiese á Dios sacarme de aquí, humildemente pido á vuestras majestades me permitan ir á Roma á cumplir otras peregrinaciones.»

CAPITULO XLVII.

Una expedicion peligrosa.

Diego Mendez estaba resuelto á demostrar una vez más á Colon la admiracion, el afecto y la lealtad que le profesaba.

La víspera de su partida, Fernando, que á pesar de sus pocos años conocia tambien la crítica situacion en que se hallaba el autor de sus dias, quiso, imitando el ejemplo de Diego Mendez, salir poco despues que él en otra lancha, para prestarle auxilio si lo necesitaba, para llegar á Santo Domingo si la desgracia impedia realizar este viaje á Diego, y habló á su padre á fin de que le concediera licencia para llevar á cabo tan arriesgada empresa.

—No, hijo mio, no, dijo Colon á Fernando. Yo confio en que la Providencia me ayudarà à realizar mis designios y que amparará à mi leal amigo Diego Mendez. Si tú partieras, la idea solo del peligro que ibas á arrostrar aumentaria lo horrible de mi situacion, y acaso me quitarias las fuerzas que necesito para salir del apurado trance en que me encuentro. Ademas mi corazon me dice que me veré pronto precisado á aprovecharme de tu auxilio y del de mi buen harmano Bartolomé.

—Pues yo arriesgaré mi vida gustoso, contestó el jóven, para haceros concebir la esperanza de que Mendez ó yo volveremos en breve con la embarcacion que necesitamos para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DIRECCIÓN GENERAL DE

salir de este atolladero. Los peligros en mi edad no debilitan-enseñan.

—Más, mucho más aprenderás al lado mio viendo mis infortunios, y no habrà nada que produzca tu satisfaccion tanto como saber que, teniéndote à mi lado, me hallo con mas valor para todo.

Fernando no insistió.

Para distraer de aquellas ideas á su padre, le habló de Diego, de Inés, de Isabel y de Antonio Villejo.

—Ya vereis, padre mio, exclamaba el jóven, ya vereis qué felicidad nos aguarda á nuestro regreso á España. Allí descansaremos de las fatigas en el seno de una familia que nos adora, que se mirará en nuestros ojos, que se complacerá en hacernos grata la vida.

—¡Pobre hijo mio! exclamó Colon. Bien se vé que la sangre de tu madre y mia corre por tus venas. Has hecho un inmenso sacrificio.

—Lo he olvidado ya; soy tan feliz á vuestro lado....

Al decírselo, la emocion hizo asomar á sus ojos algunas lágrimas.

Para que su padre no lo notara:

—En la cubierta está Mendez, le dijo; voy á pasar un rato con él.

Y en efecto, se acercó adonde estaba el valiente soldado.

—Sois nuestro salvador, le dijo Fernando.

—Si es meritorio el acto que voy á emprender, contestó Diego, el mérito no es mio, es de vuestro padre; de vuestro ilustre padre, que ha sabido inspirarme la fuerza de voluntad necesaria para arrostrar los mayores peligros, para vencer los obstáculos más formidables, y al mismo tiempo ha despertado en mi corazon un afecto inmenso hácia él, un cariño que solo goza con los sacrificios que hace en su beneficio.

—¡Ah! añadió Mendez. Si no hubiera injusticia en el mundo, no estaria el almirante en medio del Océano á merced de las tempestades, protegido por unos infelices indios, miéntras los cortesanos aduladores duermen sobre mullido lecho y pisan las ricas alfombras de los palacios. El que ha hecho lo que él merece un trono, y en vano intentarán los hombres arrebatarle la gloria que ha alcanzado. La Providencia vela por los buenos, defiende todas las causas justas, y confio en que nos sacará adelante, llevándonos primero al puerto que ponga á salvo nuestro cuerpo, y despues al que liberte nuestra alma del oleaje de las pasiones.

Era ya muy entrada la noche, hacia luna, y Diego se despidió de Fernando, se dirigió al camarote de Colon, besó su mano con la mayor reverencia, y avisando á Fortun y á los seis indios, se lanzó, impulsado por la fe, la esperanza y la caridad, à merced de las pérfidas olas en una fràgil tabla.

El tiempo estaba en calma, y los indios tuvieron que remar toda la noche, porque la vela no servia de nada.

Al dia siguiente sopló viento favorable, y el ligero esquife avanzó con rapidez.

Tenia que andar más de cuarenta leguas, y los tres primeros dias no cesó de soplar el viento, favoreciendo su marcha.

Fortun era buen piloto, y en la madrugada del cuarto dia dijo á Diego:

—A Dios gracias, nos hallamos á muy corta distancia de la colonia de Santo Domingo.

El viento se calmó y fué preciso pensar de nuevo en los remos.

Anduvieron todo el dia, y á la caida de la tarde el cielo amenazaba una terrible tempestad.

No tardaron las negras nubes en inundar el horizonte.

De pronto empezó á llover con tanta fuerza, que los tripu-

lantes tuvieron que abandonar los remos para sacar del bote el agua que le inundaba.

A medida que llegaba la noche, la situacion de los navegantes era más difícil.

La tempestad se desencadenó sobre ellos.

A lo léjos, en medio de la siniestra oscuridad de la noche, veian luces casi imperceptibles.

Las olas se irritaron, y la barquilla subia hasta las nubes y bajaba hasta el abismo con una celeridad espantosa.

Mendez temió no poder terminar el viaje, y en tan desesperado trance dijo á los indios y á Fortun:

—Si, como espero, tenemos que abandonar muy pronto el bote para buscar á nado la costa, que debe estar próxima, el primero que llegue á ella debe ir á la residencia del gobernador de Santo Domingo, é indicarle á dónde ha de enviar con urgencia una carabela para recoger á nuestros compañeros.

No habia terminado de hacer esta indicacion, cuando un golpe de mar azotó con tal empuje la barquilla, llenándola de agua, que ántes que los tripulantes pudieran apercibirse de ello la sumergió.

Un grito espantoso resonó en aquel momento, siendo en breve ensordecido por el horrísono estampido del trueno.

De los seis indios solo uno pudo salvarse.

Fortun Cuenca pereció tambien.

Diego y el indio que habia quedado se dirigieron á nado hácia el punto que marcaban las luces, y al amanecer, despues de haberse visto muchas veces entre las garras de la muerte, hallaron por fin tierra.

El indio cayó extenuado al llegar.

Diego Mendez estaba tambien en un estado lamentable.

Pero pensó en el almirante, en sus compañeros, y sacando fuerzas de flaqueza, preguntó á varios que salieron á la playa qué paraje era aquel.

Con gran contento suyo supo que se hallaban á muy corta distancia de las minas de Haina, y con no ménos sorpresa que aún vivia Miguel Diaz en aquel territorio al lado de su amada Catalina.

Hizo que le condujesen á su presencia, y despues de lo que habia sufrido, experimentó una inmensa alegría al hallarse próximo á Santo Domingo, y hospedado por uno de los mejores amigos que en la Española tenia Colon.

Le confió el objeto de su viaje, y aunque Diaz le dijo que Ovando no acudiria en auxilio de Colon, aquel mismo dia se puso en marcha, y guiado por un indio pudo llegar hasta la colonia de Santo Domingo, donde á la sazon se hallaba Ovando gozándose en su obra.

La llegada de Mendez sorprendió al gobernador, que le recibió inmediatamente para averiguar el objeto de su viaje.

Asistamos á su entrevista.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLVIII.

Donde se ve lo que Ovando queria y lo que no queria.



REIA Ovando que, abandonado Colon á sus propias fuerzas, solo habria conseguido ver perecer sus carabelas á impulso de las olas.

Si el mar no destruia sus embarcaciones, suponia que por una parte los desengaños que habia recibido el ilustre marino, sus enfermedades, su desaliento, y por otra la conducta de algunos de sus tripulantes, personas que á su lado habian puesto sus enemigos, acabarian con su vida.

La gloria del gran hombre, aunque velada por la sombra de la desgracia, brillaba lo bastante para que el demonio de la envidia aguijonease à sus adversarios.

Acaso consistia su encarnizamiento en ese despecho que hace experimentar la conciencia á los que no pueden ocultar que han cometido alguna villanía contra un hombre superior á ellos por su talento y sus virtudes.

El deseo hacia creer á Ovando, como hemos indicado, que habrian fracasado por completo los proyectos del almirante.

Hacia ya mucho tiempo que las carabelas de Colon se habian alejado de la costa de Santo Domingo, y aunque se habian salvado de la espantosa tempestad que produjo la destruccion de la brillante flota que, cargada de tesoros, enviaba á España el nuevo jefe de la colonia, sabia que habia tomado un derrotero desconocido, y cuando no habia vuelto ó enviado siquiera algun emisario, era señal segura de que habia perecido con todos los que le acompañaban.

En medio de las tribulaciones que sufria, le sonreia esta idea.

Era, en efecto, el único consuelo que mitigaba lo horrible de su situacion.

La colonia era una verdadera caja de Pandora.

Los indios habian aprendido la astucia de los españoles, y conociendo lo ominoso del yugo que pesaba sobre ellos, la empleaban con éxito siempre que podian.

Los colonos, compuestos en su mayor parte de la chusma, porque los hombres de bien, escasos por cierto, habian regresado á España ó habian sucumbido bajo el peso de sus desdichas siguiendo el ejemplo de Bobadilla y de Ovando, impulsados por la codicia, sin más ley ni más religion que el lucro, fundaban la màs odiosa de las esclavitudes con los infelices indios, desconocian toda autoridad, se rebelaban descaradamente contra las prescripciones de su gobernador, que solo los hallaba prontos á obedecerle cuando se trataba de ayudarle á cometer alguna infamia.

Para divertirlos, necesitaba de cuando en cuando ofrecerles el inícuo espectáculo de una hecatombe.

La màs leve falta, el màs infundado pretexto bastaba para que aquel hombre taimado ahorcase à unos cuantos indios, y este espectáculo y las lágrimas de sus esposas y de sus hijos, eran una de las diversiones favoritas, uno de los goces más gratos de aquellos desalmados.

Este estado de cosas le hacia sufrir.

Los malvados adoptan todos los medios, por infames que sean, para llegar al fin que se proponen.

Ignoran que la Providencia es justa y que hace que las armas se vuelvan contra los mismos que las emplean.

Los que habian ayudado á Bobadilla á mortificar á Colon, fueron los primeros que se colocaron al lado de Ovando para destruir á Bobadilla.

Aquellos mismos hombres, no pudiendo sustituir á su último jefe, se complacian en tratarle como á un esclavo.

Todo esto le mortificaba; temia que su conducta hiciese buena la de Colon á los ojos de los españoles, y por eso le halagaba la idea de que hubiera perecido el almirante.

La llegada de Diego Mendez fué para él un horrible desengaño.

Al anunciarle, le dijeron que deseaba verle uno de los marineros que habian acompañado à Cristóbal Colon.

—¿Dónde ha desembarcado? preguntó.

—Cerca de Hayna.

—¿Quién le acompaña?

—Uno de los peones de Miguel Diaz.

— Pero al llegar á Hayna, ¿quién iba con él?

—Solo un indio.

—¡Un indio!.... ¿No ha llegado al puerto en alguna carabela?

—Los dos llegaron á nado.

Una sonrisa brilló en los labios del gobernador?

—Que pase al punto, dijo.

Y Diego Mendez no tardó en hallarse en su presencia.

Ovando deseaba preguntarle si aún vivia Colon, pero temia una respuesta afirmativa.

En vez de demostrarle su ansiedad, se encerró en la mayor reserva.

—¿Quién sois? dijo á Diego Mendez.

—En este momento, un enviado del muy ilustre señor don Cristóbal Colon, almirante de las Indias.

Esta respuesta, que implicaba la existencia de Colon, irritó á Ovando.

Con ceguedad añadió:

—No reconozco en Colon más títulos que los que á la consideracion pública tienen los que han encanecido en el servicio de sus reyes.

Mendez conoció que en aquellos momentos necesitaba màs diplomacia que arrogancia, y procuró llevar la conversacion á otro terreno.

—Si me lo permitís, le dijo, desempeñaré la mision que cerca de vos me ha confiado mi señor y dueño.

—Responded ántes á mis preguntas.

—Como gusteis.

—¿Ibais á bordo cuando Colon llegó á Santo Domingo à pedirme buques con que reemplazar los suyos?

—Le he acompañado desde que salió de España para emprender su cuarto viaje.

—Y al proseguir su viaje, ¿dónde fuisteis?

—En busca de un estrecho.

—¿Y lo habeis encontrado?

—Hemos hallado algo que vale más.

—¿Qué habeis hallado?

—Permitidme que no responda á esa pregunta.

—¿Por qué razon?

—No estoy autorizado para ello.

—¿Quién os ha de autorizar entónces?

—Mi jefe.... el ilustre Colon.

—¿Acaso vive?

—Vive, y la realizacion de sus esperanzas ha aplacado sus males y ha rejuvenecido su espíritu.

Ovando se mordió los labios.

La ira que sentia en el pecho parecia ahogarle.

—Contando con vuestra lealtad hácia nuestros augustos monarcas, me envía á pediros auxilio.

—¿Auxilio? exclamó Ovando asombrado, ¿pues no decís que ha realizado sus esperanzas?

—Ha descubierto el país donde se cria en las entrañas de la tierra el mejor oro del mundo; pero al volver á España á comunicar tan fausta noticia á los reyes, los temporales que hemos sufrido han destruido los buques, y para sobrevivir á tantos desastres, se ha visto el almirante precisado á buscar una costa segura, á unir por medio de fuertes barrotes las dos únicas carabelas que nos han quedado, y en este estado aguarda á que le socorrais.

—¿Dónde decís que está?

—Muy léjos de aquí..... en la costa de la Jamáica.

—¿Y no teneis más que dos carabelas?

—Decid mejor almadías..... no pueden navegar.

—¿Entónces cómo habeis llegado hasta Santo Domingo?

—Teníamos una canoa, y salí en ella con algunos indios y un español.

—¿En tan endeble tabla os atrevisteis á atravesar el Océano?

—El deber y el amor que profeso à los reyes, y à su almirante en estos mares, me incitó á acometer tan àrdua empresa.

—¡Sois arrojado! dijo Ovando, fijando en él una mirada escudriñadora.

—¡Soy leal! contestó Diego Mendez con entereza.

—Pero, segun mis noticias, no habeis llegado á la costa en la canoa.

—No, dijo Mendez; en medio de la travesía nos sorprendió una horrible tempestad, la navecilla se sumergió en el agua, perecieron mis compañeros, y solo pudimos salvarnos á nado un indio y yo. Ahora bien: ya sabeis el objeto de mi venida. Colon, enviado por los reyes, nuestros augustos soberanos, á enriquecer sus dominios con nuevos territorios,

ha realizado su dorado sueño, puede ofrecer á su patria adoptiva una de las más grandes conquistas, pero necesita buques para regresar á España, y yo en su nombre vengo á solicitarlos.

—¿Venís acreditado formalmente?

—Os traigo una comunicacion firmada de su puño y letra, y sellada con un sello.

—Dádmela.

—Héla aquí, dijo Mendez, entregándole un pliego cerrado.

Ovando vió otro pliego.

—¿Y esa comunicacion, le preguntó, para quién es?

—Para sus majestades.

—En ese caso dádmela tambien, para enviarla en la primera carabela que parta á España.

—He de entregarla yo mismo en sus propias manos.

—¿Cuándo?

—Cuando Dios quiera: mi deseo es obtener vuestra vénia para partir en el primer buque que se dé á la vela.

Ovando concibió en aquel instante un proyecto.

—¡Está bien! le dijo.

—¿Puedo saber, preguntó Mendez, cuál es vuestra resolucion?

—Por de pronto rogaros que admitais para albergaros una habitacion en mi palacio.

—¿Pero enviareis al almirante los buques que necesita?

—No seais tan impaciente: descansad ahora, dejadme que haga los honores al intrépido nadador, y despues hablaremos.

—Pero....

Ovando no le dejó continuar.

Llamó á uno de sus pajes y le dijo:

—Dad una buena habitacion en mi casa al muy leal servidor don Diego Mendez; y vos, añadió, dirigiéndose al soldado, seguid al paje, y hasta mañana....

Mendez creyó que Ovando, al saber el triunfo que habia alcanzado Colon, le auxiliaria para congratularse con él.

Se despidió del gobernador y siguió al paje.

Ovando mandó llamar al indio que habia acompañado á Mendez.

El idio no tardó en acudir.

Era Albigo, el que habia querido acompañar á Colon la primera vez que desembarcó en las costas de la Jamáica.

Reclamado por los suyos, habia vuelto á su patria; pero al ver de nuevo á los españoles, al saber el proyecto de Mendez, quiso acompañarle.

Ovando le recibió con las mayores muestras de amabilidad.

—Estás en mi poder, le dijo; pero no quiero que formes mala idea de mí. ¿Eres adicto á los españoles?

—Sí, contestó el indio.

—¿Y por consiguiente á sus reyes?

—Soy su esclavo.

—Lo que quiere decir que si te diesen una órden la cumplirias.

—Sí.

—¿Aunque tuvieses que sacrificar tu vida?

El indio miró á Ovando, como dándole à entender que su vida era poco.

—¿Sabeis quién soy? añadió Ovando.

—Sois el jefe de los blancos.

—Soy aquí el representante de mis reyes, el que recibe directamente de los soberanos las órdenes que éstos quieren trasmitirle. Si yo en su nombre te mandase algo, ¿me obedecerias tambien?

—Con alma y vida.

—Pues bien: has de saber que yo me fio más de tí que de ningun otro, y por esa razon voy à confiarte una mision muy

delicada. Tú me has dicho que sacrificarias con gusto tu vida por servir á los reyes. No te exijo tanto.

—Pedid lo que querais.

—¿Desearias ir á España y ser presentado á los soberanos?

—Es mi mayor deseo.

—Pues bien: te se presenta una ocasion de realizar ese afan, que he conocido tienes desde hace tiempo. Hé aquí lo que has de hacer para realizar tu deseo.

El indio se adelantó maquinalmente hácia Ovando para no perder una sola palabra de las que iba á pronunciar.

El gobernador, por su parte, satisfecho al ver las buenas condiciones en que se hallaba el indio para realizar el infame proyecto que habia concebido, no pudo contener la satisfaccion que experimentaba, y habló de esta manera á su interlocutor:

—El almirante Cristóbal Colon te ha enviado en compañía de Diego Mendez para traerme una carta y llevar otra á los reyes de España, dándoles cuenta de los últimos descubrimientos que ha hecho en su viaje por las costas de la Jamáica. Yo no sé por qué me figuro que no es todo adhesion en Diego Mendez hácia el almirante.

El indio, que habia sido testigo de las pruebas hechas por Diego Mendez para demostrar á Colon su lealtad, significó en una mirada el asombro que producian en él las sospechas de Ovando.

No pasó desapercibida para el gobernador esta expresion de asombro, y cambiando de táotica, le dijo:

—Voy á ser franco contigo. No es que dude de la lealtad de Mendez, pero tengo más confianza en tí y desearia que la carta que guarda en su poder para presentarla à los reyes la llevases tú con otra mia, en la que diria á sus majestades que premiasen tus servicios con su acostumbrada esplendidez.

—Sí, exclamó el indio ébrio de gozo; eso me agradaria en extremo. Desde que llegaron los blancos por primera vez á las costas de mi patria, oí llamarlos hijos del cielo y se despertó en mi alma el deseo de acompañarlos, de ver su país, de adorar à sus reyes. Por realizarlo ahora no hay sacrificio que no arrastre.

—Pues bien: Mendez desea como tú ir á España, presentar á los reyes la carta del almirante, recibir sus plácemes y obtener el premio al portador de tan buenas noticias. Pero yo desearia enviarle al mando de los buques que me ha pedido Colon, porque no tengo un capitan más diestro que él, ni creo hallar entre todos los españoles que están á mis órdenes uno màs adicto á la persona de Colon.

—Sí, sí, dijo el indio, mostrando una gran alegría al ver que Ovando hacia justicia á los nobles sentimientos de Diego Mendez.

—Pero es preciso, continuó el gobernador, que tú, valido de la confianza que inspiras al enviado de Cristóbal Colon, te apoderes, sin que él se aperciba de ello, del pliego que tiene en su poder para los reyes.

—¿Yo?

—Nada más fácil.

—¡Oh, no por cierto!

—¿Dudas?

—¡Cometer semejante felonía!

—Nada tiene de extraño.

—Diego Mendez es un valiente.

—Lo que conozco como tú.

—Me ha salvado la vida.

—No te exijo yo que olvides la gratitud que le debes; pero como se trata pura y simplemente de hacer un servicio á Colon y de facilitarle así los medios de realizar un deseo vehemente, que en vez de perjudicarte te honra, porque evidencia tu lealtad hácia los monarcas de Castilla, el plan que te propongo nada tiene de censurable. Mendez creerá, si tú te apoderas del pliego con habilidad, que lo ha perdido; yo le instigaré entónces á que parta con los navíos á las costas en donde espera ansioso su llegada el almirante, y para cuando él pueda hallarse en disposicion de ir con su mismo jefe á España, tú habras llevado la noticia de los descubrimientos y habrás obtenido el premio.... Mendez te agradecerá entónces eso que tú llamas felonía.

Ovando calló un momento para aguardar la respuesta del indio.

Este luchaba entre el deseo y el deber; pero como el deseo es el gran argumentador de la conveniencia, disminuyó á sus ojos las proporciones del acto que le incitaba á cometer Ovando, y cayó en la red que le tendió el astuto gobernador.

—¿Qué resuelves? dijo éste, despues de un momento de silencio, como para dar lugar al indio á decidirse á una cosa ú otra, puesto que se hallaba perplejo, irresoluto.

—Que estoy dispuesto á obedeceros, contestó el indio resueltamente.

—En ese caso, voy á prepararlo todo. Espérame un instante aquí.

Y Ovando salió de la estancia, dejando al indio encerrado en ella.

Vamos á conocer á fondo el pensamiento del encarnizado enemigo de Colon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLIX.

Un plan.

La pendiente del crímen es muy rápida.

Dado el primer paso, no es posible detenerse.

Ovando, aquel hombre respetable, elegido por la piadosa Isabel para dar una satisfaccion al inmortal descubridor del Nuevo Mundo, para poner coto á los desmanes de Bobadilla, para dulcificar la angustiosa situacion de los indios, para ayudar á los misioneros en la propagacion de la fe cristiana; aquel hombre que tanta rectitud habia observado en su conducta, que tan señaladas muestras habia dado de bondadosa severidad, al verse léjos de la madre patria, con tan ámplios poderes como los que le habian dado los reyes, embriagándose de vanidad al observar que la gloria del ilustre marino, gloria que habia llenado el mundo antiguo, le servia de pedestal, olvidando un pasado, buscó en el crímen, revestido con las formas de la curiosidad, entre los suyos la popularidad, entre los indígenas el miedo, el respeto, la veneracion á su fuerza.

Ya hemos dicho ántes que se volvia contra su pecho el puñal que habia esgrimido contra los inocentes; que la popularidad le ahogaba, y que en medio de sus tribulaciones, la sola idea que le halagaba era la de que Colon hubiera perecido, la de que su brillante gloria se hubiera eclipsado para siempre, la de que aquel hombre inmenso, cuya poderosa figura no hubiera cabido en el viejo mundo, hubiera hallado por sepulcro el abismo, por sudario las olas, y por epitafio las maldiciones de los séres unidos por los lazos del cariño con los que le habian acompañado en su desastrosa expedicion, y que por él y con él habian sucumbido.

Pero Mendez habia destruido su alegría.

Atravesando á nado las impetuosas aguas del Océano habia llegado á Santo Domingo, no solo á decirle que vivia Colon, sino que en su viaje habia descubierto un país que guardaba en sus entrañas el mejor oro que en las Indias se habia encontrado hasta entónces.

Este triunfo le irritaba hasta la desesperacion, y veia en la circunstancia de hallarse el almirante obligado á permanecer en las costas de la Jamáica, por carecer de buques que le llevasen á España, veia, repetimos, una ocasion de ejercer con él la crueldad que las tempestades no habian osado tener con aquel gran hombre.

Inmediatamente concibió un infame proyecto.

Su objeto era obligar al indio á que se apoderase del pliego que debia llevar Mendez á los Reyes Católicos.

Cuando estuviera en poder del indio, nada más fácil que atravesarle el corazon para apoderarse del pliego.

Obtenido este primer triunfo, enviaria á Mendez con tres ó cuatro buques en busca de Colon.

Los tripulantes, ganados de antemano por él, al dar vista á las carabelas del almirante, asesinarian á Mendez, y sin acercarse á los buques acecharian el momento en que el hambre y la desesperacion concluyesen con aquellos desgraciados náufragos para apoderarse de los papeles y mapas de Colon, volver con ellos á Santo Domingo, y desde allí participar á los reyes el descubrimiento como verificado por Ovando, dándoles cuenta al mismo tiempo de la desastrosa muerte de Colon y los suyos.

Parecíale tan facil la realizacion de este plan, que no podia ménos de experimentar en el fondo de su alma una inmensa alegría.

Apénas abandonó al indio, lo preparó todo para llevar á cabo su criminal propósito.

Uno de los pajes en quien tenia más confianza fué el designado por él para poner en práctica la primera parte de su pensamiento.

Llamábase García Perez, y á pesar de sus pocos años, pues apénas contaba veinticinco, habia cursado con aprovechamiento la gramática parda en las Tendillas de Toledo.

En la misma ciudad, comprometido en un lance con un hidalgo, le atravesó de una estocada, y como la familia del muerto era poderosa, se vió tan perseguido que al fin y al cabo cayó en manos de los cuadrilleros, y lo hubiera pasado muy mal si por una casualidad no le hubiera visto el obispo Fonseca y se hubiera prendado de su agudo ingénio y de su descarada sinceridad.

Condolido de su suerte, influyó mucho para que conmutaran su condena, incluyéndole en el número de los criminales á quienes se ofreció indulgencia en cambio de los servicios que prestasen en las colonias de las Indias.

Fonseca, que no desperdiciaba una sola ocasion de engrosar las filas de sus partidarios contra el almirante, lo recomendó particularmente á Ovando.

Este le hizo su paje, y no tardó en emplearle en sus intrigas, porque conoció desde luego su habilidad, su destreza y sus pocos escrúpulos.

Ovando llamó á su paje.

—Es necesario, le dijo, que mandes preparar para esta noche una abundante cena.

—¿Para obsequiar al huésped? preguntó maliciosamente el escudero.

—En efecto: para obsequiarle es.

—¿Pondremos buenos vinos?

—Busca dos compañeros, y que os sirvan el vino en cuatro jarros distintos. En uno de ellos, en el del huésped.... quiero que se encuentre un sueño profundo.

—¿Un sueño que sea imágen de la muerte?

—Imágen solo.

—¿Es decir que todavía?....

—¡Pues! Por ahora solo me conviene que duerma.

—¿Y mis dos camaradas?

—Cuando el huésped empiece á dormir, te lo llevas. Yo le daré entónces un compañero.

—¿El indio tal vez?

—Lo has adivinado. Por la mañana al romper el alba procurarás que el indio salga contigo hácia la playa.

—Sí, ya entiendo.

—Acaso no.

—El indio llevará en su poder....

—Sí, un pliego.

—Que necesitais adquirir á toda costa.

—Eres muy ducho.

—Deseo serviros.

—Como el indio no te dará de buen grado el pliego.... dijo Ovando.

—Comprendo: habrá necesidad de quitárselo á la fuerza.

—Los colonos madrugan poco. Un agudo puñal te bastará....

—Eso es.

—Una vez en la playa, continuó tranquilamente el gobernador, nada más fácil que arrastrarle á la orilla, atarle al cuello una piedra y arrojarle al fondo del mar.

—Todo se hará á medida de vuestro deseo, contestó el paje.

—Ten cuidado, porque el vino que os van á servir es sabroso, y podrá agradarte demasiado.

—Cuando estoy de servicio sé cumplir perfectamente con mi deber.

—El premio que te espera es grande.

—Ya sé que me estimais.

—Pues buena suerte, y hasta mañana.

—Dormid tranquilo. Yo mismo vendré á despertaros despues de cumplir vuestras órdenes.

Ovando volvió adonde estaba el indio.

—Esta noche, le dijo, la pasarás al lado de Diego Mendez; procura velar, y cuando él duerma, apodérate del pliego. Por la mañana muy temprano, ántes de que despierte, irá á buscarte uno de mis pajes. Síguele, que él te llevará á bordo de un navío, en el que irás á España.

El indio besó la mano del gobernador.

García Perez lo dispuso todo para la cena.

CAPITULO L.

Una cena.

García Perez buscó dos camaradas para que le acompañasen en el festin. Los dos habian formado parte de los rebeldes á las órdenes de Roldan, y cuando se trataba de alguna francachela, eran los primeros en acudir y los últimos en abandonar el jarro de lo añejo.

García se guardó muy bien de decirles el objeto de aquella cena.

—Se trata pura y simplemente de probar á un bellaco que asegura que jamas pierde la cabeza, aunque apure una cuba, de que el vinillo que yo puedo sisar á mi amo seria capaz de dar en tierra con la Giralda de Sevilla.

—Pues lo que es á beber no nos gana, dijo uno de los dos compinches, á quien llamaban por mal nombre el Gaitero, no porque tocase la gaita, sino porque, como decian sus camaradas, todo en él eran *gaitas*.

—¿Y quién es el prójimo? preguntó el segundo, que se llamaba Mendo.

—El que ha llegado esta mañana con uno de los peones de Miguel Diaz.

—¿Diego Mendez?

—El mismo.

—¿Pues no ha venido á nado?

—¿No ha de venir, si es un pez?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Todo se hará á medida de vuestro deseo, contestó el paje.

—Ten cuidado, porque el vino que os van á servir es sabroso, y podrá agradarte demasiado.

—Cuando estoy de servicio sé cumplir perfectamente con mi deber.

—El premio que te espera es grande.

—Ya sé que me estimais.

—Pues buena suerte, y hasta mañana.

—Dormid tranquilo. Yo mismo vendré á despertaros despues de cumplir vuestras órdenes.

Ovando volvió adonde estaba el indio.

—Esta noche, le dijo, la pasarás al lado de Diego Mendez; procura velar, y cuando él duerma, apodérate del pliego. Por la mañana muy temprano, ántes de que despierte, irá á buscarte uno de mis pajes. Síguele, que él te llevará á bordo de un navío, en el que irás á España.

El indio besó la mano del gobernador.

García Perez lo dispuso todo para la cena.

CAPITULO L.

Una cena.

García Perez buscó dos camaradas para que le acompañasen en el festin. Los dos habian formado parte de los rebeldes á las órdenes de Roldan, y cuando se trataba de alguna francachela, eran los primeros en acudir y los últimos en abandonar el jarro de lo añejo.

García se guardó muy bien de decirles el objeto de aquella cena.

—Se trata pura y simplemente de probar á un bellaco que asegura que jamas pierde la cabeza, aunque apure una cuba, de que el vinillo que yo puedo sisar á mi amo seria capaz de dar en tierra con la Giralda de Sevilla.

—Pues lo que es á beber no nos gana, dijo uno de los dos compinches, á quien llamaban por mal nombre el Gaitero, no porque tocase la gaita, sino porque, como decian sus camaradas, todo en él eran *gaitas*.

—¿Y quién es el prójimo? preguntó el segundo, que se llamaba Mendo.

—El que ha llegado esta mañana con uno de los peones de Miguel Diaz.

—¿Diego Mendez?

—El mismo.

—¿Pues no ha venido á nado?

—¿No ha de venir, si es un pez?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—En ese caso, dijo el otro, nos va á ganar á todos á beber.

—¿Por qué?

—¿Porque á fuerza de tragar agua del mar, se le habrán hecho unas grandes tragaderas.

—La cuestion es emborracharle, dijo García, y para conseguirlo es necesario que nosotros estemos fuertes.

—Eso quiere decir que nos vais á convidar á ver beber vino, no á beberlo.

—¿Y el amor propio?

—El estómago no le tiene.

—Pues os prometo dejarme ganar unos cuantos maravedís si conservais fuerte la cabeza despues de la cena; y ya veis que os conviene, porque si estais borrachos podré hacer trampa al arrojar los dados sobre la mesa.

Prévias estas reflexiones, entraron los tres en una habitacion del palacio de Ovando, en donde estaba puesta la mesa con los manjares y los jarros de vino.

—Esperad aquí un rato, dijo García á los dos compañeros, que voy yo á buscar á nuestro hombre.

Ovando habia preparado ya á Diego Mendez.

Le habia dicho que su paje García Perez queria obsequiarle; y como en todo esto no veia el soldado más que la confirmacion de su idea, esto es, que al ver Ovando el triunfo que habia alcanzado Colon queria reconciliarse con él, empezando por agasajar á su representante dejándose querer, como se dice vulgarmente; así es que apénas se presentó García á incitarle, aprovechando sus buenas disposiciones para hacer los honores á la mesa, llegó con el paje adonde estaban esperándolos sus otros dos comensales.

El estómago influye poderosamente en el hombre.

Diego Mendez recibió con gusto el olorcillo que despedian los manjares, y mostrándose expansivo con los que iban á ser

sus compañeros de mesa, empezó á tratarlos con la mayo cordialidad.

—¿Es cierto, le preguntó el Gaitero, que habeis llegado á nado hasta la costa de Haina?

—Ni más ni ménos que un tiburon.

—Mucha agua habreis tragado.

—Mucha; pero tengo el estómago muy ancho, y tal gana tenia de llegar, que hubiera sido capaz de tragarme el Océano.

—¡Baladronada es esa! dijo el Gaitero.

—Yo apuesto cualquiera cosa, dijo García, à que no sois capaz de apurar ese jarro de vino.

Mendez miró al jarro, y cogiéndole:

—A vuestra salud, dijo.

García miró confidencialmente á sus compañeros, como diciéndoles:

—¡Ya es nuestro!

Mendez observó aquella mirada: pero como estaba predispuesto á no pensar mal de sus anfitriones, atribuyó aquella seña á la simple creencia de que sus palabras habian sido una bravata de que al segundo trago iba á caer en la embriaguez.

—Es necesario dominarse, se dijo.

Y estas consideraciones, que fueron instantáneas, le obligaron á dejar el jarro sobre la mesa.

—¡Tan pronto! exclamó el paje de Ovando.

—¿Cómo tan pronto?

—Quiero decir que vuestro estómago ha desmentido á vuestra palabra.

—Así me lo ha aconsejado la cabeza, y yo acostumbro á seguir sus consejos.

—Malo, pensó García; este hombre es más duro de pelar que lo que yo creia.

Pero no se apuró por eso.

Era hombre de muchos recursos.

—Aunque sea descortesía, ¿quereis decirme, le preguntó si pensais volver pronto á España?

—Con mucho gusto. En cuanto salga un buque volveré á nuestra patria.

—En ese caso no tardaremos en separarnos. El gobernados ha dado órdenes terminantes para que salga la carabela que llegó hace ocho dias mañana de madrugada.

—Nada me ha dicho.

—Habrá querido sorprenderos.

—Tal vez.

—Pero sí os habrá indicado que se propone enviar al almirante los dos mejores buques que hay en la actualidad en la bahía.

—¿Estais seguro de eso?

—Segurísimo. Delante de mí ha dado las órdenes al capitan Figueroa.... un capitan de orígen portugués, que acá para entre nosotros no tiene mucho partido entre los colonos, porque es admirador entusiasta del almirante.

—¡Pues vive Dios que hace bien en serlo, porque no ha pisado otro como él las playas de estas tierras!

—Lo que es en eso estamos de acuerdo.... y ¡qué diablo! ¿Por qué no decirlo? El gobernador mi amo piensa del mismo modo.

—Mucho lo ha disimulado hasta ahora, replicó Mendez.

—Era preciso.

—¿Por qué causa?

—Porque el malvado Bobadilla habia hecho tanto para desacreditarle, que no habia en toda la colonia quien saliese á su defensa. Estos perros enseñaban los dientes, y un hombre solo no podia luchar con quinientos por la fuerza. Con la maña era otra cosa, y tan bien le ha salido su plan, que en este instante pasan de ciento los que quieren marchar á bordo de las carabelas á auxiliar á Colon.

—Lo merece, dijeron á una voz el Gaitero y Mendo.

—Pues brindemos á su salud, exclamó García.

—Brindemos.

—Y vos, ¿qué haceis que no empinais el jarro? le dijo á Diego.

Yo brindo mejor por el almirante sin beber que bebiendo.

—¡Ah, perro viejo! murmuró por lo bajo García. Vamos, un trago, añadió en voz alta.

—No.

—¿Teneis miedo de que se os suba el vino á la cabeza?

—¡Miedo yo! No sé lo que es miedo.

—Mal se conoce.

—A la salud del almirante, dijo Diego Mendez, empinando el jarro, porque las últimas palabras del paje habian herido su amor propio.

—¡Bravo! ¡Bien! gritaron todos.

—Ya no bebo más, dijo Diego; este vino es muy fuerte.

—Se agarra al riñon, ¿no es cierto?

—Abrasa.

—¡Bah! No seais mujer.

Esta última palabra, proferida por García con cierto tono burlon, indignó al soldado.

Levantándose Diego:

—Retirad al instante esa ofensa, exclamó, ó salid en este momento á cruzar vuestra espada con la mia.....

—No he querido ofenderos, dijo el paje; y en prueba de ello, no solo la retiro, sino que os tiendo la mano.

—Basta, dijo Mendez, que era tan valiente como generoso.

—¡Pelillos á la mar! exclamaron los circunstantes.

—Echemos tierra sobre el disgusto.

—Tierra no, vino.

—Eso es, vino.

—A vuestra salud!.... dijo García, echando un trago.

—¡A la vuestra! contestó nuestro valiente marino imitándole.

—Dichoso vos, que vais à España, dijo de pronto Mendo.

Esto bastó para que los cuatro evocasen mil recuerdos de la madre patria, para que de consuno se sintiesen con deseos de volver á ella.

Hablar de la patria tan léjos de ella, debia despertar en el alma de todos un gran entusiasmo, y así fué, en efecto.

Los cuatro se entusiasmaron, y con la conversacion y el calor se les despertó una sed en extremo rabiosa.

Sin saber lo que hacian, acercaban á cada instante el jarro á su labios.

Diego empezaba á sentir una gran pesadez en la cabeza.

Los dos amigos de García, los que le habian servido de cómplices paro llevar á cabo un infame proyecto, no estaban ménos acalorados que él.

La conversacion continuó.

—Me ahogo, dijo de pronto Mendez, y corrió á abrir una ventana.

El fresco de la noche le consoló por algunos momentos, pero bien pronto empezó á sentir los mismos síntomas que ántes de asomarse á la ventana.

Apoyado sobre el alfeizar, se dejó acariciar por la brisa.

Entre tanto, el infame García alejó á sus dos compañeros.

Estos salieron dando traspiés.

No habian podido cumplir su palabra.

El paje se acercó á Diego.

—¿Qué teneis? le preguntó.

—Sueño.

—Si no es más que eso, no hay cuidado.

—Siento una pesadez muy grande.

—Recostaos un rato en un sillon, y se os pasarà en seguida.

—Apénas puedo moverme; parece que mis fuerzas se han paralizado, repuso Mendez, á quien costaba ya gran trabajo articular las palabras.

—¡Bah! Yo os creia más fuerte.

—Acercadme un sillon.... voy á caerme.... se me va la cabeza.

—¡Ya es mio! pensó el paje, obedeciendo la última órden de Diego.

—No veo.... añadió éste. ¡Dios mio! ¿qué me pasa?.... ¡La voz espira en mi garganta!.....

Y cayó desplomado en el sillon de caoba que le ofreció García.

—Ya duerme, dijo éste despues de observarle. Tardará en despertar un buen rato, pero despertará. No puede quejarse de su suerte; otros no han despertado.

Cerró la ventana, apagó la lámpara que alumbraba la estancia y fué á buscar al indio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LI.

Donde se ve que no todo sale á medida de lo que desean los malvados, aun cuando salga mal.



—Ya está durmiendo! dijo García al indio. Toma esta candileja y ve á hacerle compañía.

El indio miró con recelo al paje.

—¿No quieres ir?

El indígena vaciló un momento, pero al fin tomó la candileja y dijo al paje:

Guiadme.

García le llevó á la estancia donde dormia Mendez.

—Vela à su lado, le dijo, y mañana temprano, vendré á buscarte para qua te embarques.

Esta última promesa animó al indio.

García salió, cerrando la puerta.

Diego Mendez y el indígena quedaron solos.

El demonio de la ambicion se habia apoderado del indio.

Un sentimiento natural, espontáneo, le decia que iba à cometer una mala accion.

Diego le habia salvado de la muerte.

Si con su poderoso brazo no le hubiera arrancado del abismo, hubiera perecido en él como sus compañeros.

Pero en último caso, no era tan mala accion la que iba á llevar á cabo.

Los planes de Colon se realizaban.

Los soberanos tendrian pronto noticia de sus descubri

mientos, y el almirante no se privaba de la cooperacion de uno de sus más leales servidores.

El indio se acercó á Diego.

Le miró con la mayor atencion durante un cuarto de hora.

—Su sueño no es natural, se dijo despues de observarle. Le han dado un beleño, y esto es una horrible infamia.

Convencido de esto, se acercó á la mesa en donde aún estaban los restos del festin.

Examinó los jarros, y no tardó en descubrir el narcótico en el jarro en que habia bebido Mendez.

Consistia el brebaje en una ligera infusion de hojas de manzanillo.

El sueño que producian era profundo y doloroso.

—¡Cómo sufrirà! pensó el indio. ¡Oh! Yo no debo consentirlo, seria una iniquidad. Hay un medio de despertarle casi instantáneamente, pero necesitaria salir de aquí para buscar las plantas que destruyen los efectos del manzanillo.

En aquel momento descubrió la ventana.

Aunque con trabajo la abrió, y vió con gran placer que oscuros nubarrones ocultaban la claridad de la luna.

—Todos duermen, se dijo; puedo salir por la ventana, buscar la planta, volver y dársela. ¡Oh!..... Pero ántes, añadió, me apoderaré del pliego.

Y acercándose á él, registró su escarcela.

La respiracion de Diego le detuvo.

Más que respiracion, parecia aquello el estertor de la agonía.

El indio se apoderó del pliego, y ántes de partir frotó con agua las sienes de Mendez.

—Voy á buscar el remedio, se dijo.

Y trepando con la agilidad de un gato montés, salto al campo.

El fresco que entraba por la ventana dulcificó la temperatura, y Diego pudo respirar mejor.

Cuando volvió el indio con el antídoto, estaba ya más tranquilo.

Entónces pensó que no debia despertarle hasta momentos ántes de partir.

—Si descubriese la felonía que he cometido, se dijo, me mataria, y yo no tendria valor para defenderme de él.

De cuando en cuando frotaba con agua fresca las sienes del soldado.

Esto parecia consolarle.

Al fin comenzó á amanecer.

El indio introdujo en la boca de Mendez una hoja de la planta que habia ido á buscar.

Despues machacó las otras y las echó en un vaso.

Movió el líquido durante cinco minutos, y dió con él fricciones al soldado en las sienes, en las muñecas y en la nuca.

Aún no habia terminado la operacion, cuando oyó los pasos.

Poco despues se abrió una puerta y apareció en ella García Perez encubierto con un tabardo y con el birrete muy echado sobre los ojos.

—¿Estás pronto á seguirme? dijo al indio.

—Cuando gusteis.

—¿Tienes en tu poder lo que buscabas?

—Sí.

—Pues en marcha.

García estaba muy preocupado, y ni siquiera se apercibió de que la ventana estaba abierta.

Cerró la puerta con llave, y salió con el indio hácia la playa.

—Tengo encargo de llevarte á la carabela que va à partir en breve para España, le dijo.

—¿Sin ver al gobernador?

—No es necesario.

—Vamas entónces.

—Ve delante.

El indio obedeció.

Los dos avanzaron hácia la playa.

En la bahía habia varios buques agrupados.

Separados de ellos habia una carabela.

—En aquel barco has de ir á España, dijo García al indio.

Este se detuvo extasiado á contemplarle.

El paje sacó el brazo de debajo del tabardo.

En su diestra brilló un puñal.

—¡Dios te valga! exclamó, y sepultó el puñal en el cuello del indio.

Este cayó lanzando un ¡ay! terrible.

García se bajó para apoderarse del pliego que llevaba.

Pero en aquel momento sintió una mano de hierro en su garganta.

—¡Favor! gritó.

Y quiso repetir apuella palabra, pero no pudo.

Su adversario le habia estrangulado, y yacía en tierra al lado de su víctima.

Mendez, que como habràn comprendido nuestros lectores, era el que habia castigado al infame paje, comprendió tarde, pero á tiempo aún para salvar su vida, que no podia contar con Ovando.

Sin detenerse, y creyendo llevar en la escarcela el pliego de Colon para los reyes, tomó el camino de las minas de Haina.

—Miguel Diaz es bueno, se dijo; le contaré lo que sucede y él me prestarà auxilio.

Aguijoneado por el temor de que Ovando enviase gente en su persecucion, llegó en breve tiempo.

Diaz le escuchó con interes.

—De una canoa puedo disponer, le dijo; id en ella con un hombre de toda mi confianza que os daré y volved adonde está Colon para traerle. Aquí le respetarán, y el gobernador no tendrá más remedio que poner á su disposicion cuando ménos una carabela.

Diego aceptó la proposicion, y con un indio de los más fieles á la esposa de Miguel Diaz, partió en una canoa para las costas de la Jamáica.

Pronto veremos las nuevas desventuras que le acaecieron en esta expedicion.

No habia hecho más que partir cuando se presentaron en su seguimiento tropas que expidió Ovando en distintas direcciones para que le buscasen.

La muerte de su paje le habia irritado en extremo.

Cuando le esperaba con el pliego, oyó rumor en la antecámara de su palacio.

—¿Qué es eso? preguntó.

El capitan de guardia entró en su aposento á notificarle que en la playa habian aparecido muertos el indio y García.

Cuando supo los detalles de aquellos asesinatos, mandó llamar á Diego Mendez.

Le buscaron en todas partes sin hallarle, y no dudó que él habia sido el que habia asesinado á García.

—Conducid los cadáveres á palacio, dijo, y que partan inmediatamente destacamentos en busca del asesino.

Sus órdenes fueron obedecidas.

Cuando estuvieron los cadáveres en el palacio, fué el gobernador á verlos.

Mandó que le dejasen solo, y buscó entre el cinturon del indio el pliego que deseaba poseer.

No estaba.

Creyendo entónces que se habria apoderado de él su paje ántes de morir, registró la escarcela de García y tampoco halló el anhelado documento.

Su desesperacion llegó al colmo.

Aguardó con ánsia á que volvieran los que habia enviado en persecucion de Mendez, y cuando regresaron y supo que no le habian hallado, cayó en la mayor consternacion.

Si hasta entónces habia sido un tirano, á partir de aquel momento, viéndose completamente perdido, aumentó su crueldad.

Deseoso de arrebatar á Colon el nuevo triunfo que le sonreia, meditó un nuevo plan para destruirle.

Los malvados no cuentan nunca con la Providencia; pero la Providencia tiene siempre en cuenta sus acciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LII.

Donde se ven las nuevas desventuras que acaecieron á Diego Mendez.

Diego Mendez y el indio, que ya era cristiano y completamente adicto á los españoles, remaron con fiebre durante todo el dia y lucharon como héroes contra las encontradas corrientes que combatian su endeble barquilla.

Antonio, que este era el nombre que habia tomado el indio al bautizarle el venerable padre Las Casas, comprendia el deseo de Diego, y sacaba fuerzas de flaqueza para vencer los escollos y llegar cuanto ántes al término de su viaje.

Un fuerte vendaval los empujó hácia la costa de una isla que uno y otro desconocian.

De pronto se vieron rodeados por una multitud de canoas, tripuladas por indios caribes.

Como era natural, cayeron en poder de sus enemigos y fueron conducidos á la isla.

Cerca de la orilla habia una choza, y en ella los dejaron con guardias de vista para que no pudieran escaparse.

El jefe de la tríbu pidió como presea del combate al indio Antonio.

Se habia entregado á los españoles, pertenecia á la raza de los débiles que habian dejado dominar su país, y queria castigarle con un martirio lento.

En cuanto á Diego Mendez, convinieron en sortearle entre los indios de la tríbu.

Aprisionados los dos, procuraron por todos los medios posibles escaparse; pero cuantas tentativas hicieron fueron infructuosas, porque el jefe de los caribes habia tomado sus medidas para que no pudieran burlar la vigilancia.

Al dia siguiente separaron á Antonio de Diego Mendez.

Estaba preparado el martirio para el indio, y conociendo éste los infames deseos del jefe de la tríbu, se entregó á la más horrible desesperacion, y luchando á brazo partido con los caribes, que se complacian en atormentarle, no tardó en sucumbir á sus manos.

Con arreglo á las costumbres de aquellos feroces salvajes, le descuartizaron y llevaron sus miembros á la choza del jefe, para que los pusiera á curar y los empleara en un banquete para celebrar su triunfo.

Diego Mendez asistió al horrible espectáculo de estas operaciones, y aunque le importaba poco morir, en aquella ocasion necesitaba vivir, porque de su vida dependia la de Colon, á quien tan inmenso afecto profesaba, y la conquista más preciosa de la corona de Castilla en el Nuevo Mundo.

Necesitaba mucha energía, mucha presencia de ánimo para desafiar el peligro, y no le faltaron en aquella ocasion.

Por la tarde fueron a buscarle á la choza en donde le tenian confiado.

Las indios se habian embadurnado con los colores de gala.

Láminas de oro de mala ley, pero relumbrantes; guaninos toscos, plumas vistosas de papagayo y colibrí, estas eran las galas con que se habian embellecido para asistir á la ceremonia del sorteo del blanco, el cual deberia en el acto ser sacrificado y asado vivo en una hoguera que encendieron al efecto

para el festin con que se proponian completar la diversion.

Uno de ellos habia estado prisionero en una de las carabelas del almirante, y aunque poco, entendia lo bastante e idioma de Diego Mendez, para poder ser intérprete entre él y los demas indios.

Una inmensa alegría reinaba entre todos ellos, y apénas sacaron de la choza á Diego Mendez, formaron un círculo en torno suyo, y unidos por las manos, prorumpieron en gritos y brincaron como energúmenos para significar el alborozo que producia en ellos aquella magnífica fiesta.

Diego Mendez estaba vacilante.

No sabia qué hacer.

Por una parte podia emplear la fuerza, aprovecharse de la sorpresa que causaria en ellos su actitud amenazadora y luchando con aquellos hombres, abrirse paso hasta el mar.

Pero la empresa era muy arriesgada.

No era posible triunfar de aquella multitud de hombres, y aunque en el primer empuje pudiera dejar unos cuantos fuera de combate, era seguro que en reuniéndose todos ellos y cayendo sobre él, le aniquilarian en un instante.

Por otra parte podia valerse de la astucia, y prefirió este sistema por ser el que más probabilidades de éxito le ofrecia.

Dirigiéndose al indio que podia entenderle:

—Prestadme un momento atencion, dijo.

—¡Sí, sí! gritaron todos en su idioma. Oigámosle, oigámosle.

—Soy vuestro prisionero, y no tengo la menor duda de que la suerte que me espera es morir desastradamente, despues de haberos servido de juguete algun tiempo. Me resigno, y para probaros que el valor de los blancos es indomable, que nada hay en el mundo que pueda quebrantar su fe, que hasta el martirio es un goce para ellos, voy á proponeros un medio de sacar todo el partido posible de mi muerte.

El indio trasmitió á los salvajes la proposicion, y todos se mostraron muy contentos de ella.

—En primer lugar, debeis sortearme, añadió Diego Mendez.

—Eso desde luego, dijo el indio.

—¿Pero de qué modo?

—Con piedras blancas y encarnadas, segun se acostumbra en nuestra tríbu.

—¿Y no seria más digno de guerreros como vosotros, disputar brazo á brazo una presa tan importante como yo? El vencedor de todos ese seria mi dueño, y al que lo sea le ofrezco enseñarle á manejar la espada y el arcabuz que me habeis quitado al aprehenderme; y el que tal sepa, podrá luchar mano á mano con los blancos.

Esta proposicion entusiasmó á los caribes.

—Sí, sí, dijeron.

Pero uno de ellos manifestó que, mejor que luchar entre sí, seria ponerse en fila, disparar las flechas, y atravesar con ellas un árbol que marcaran al efecto.

La idea fué aceptada, y Diego Mendez aseguró que él con su arcabuz atravesaria el árbol, para demostrarles su destreza en el manejo de las armas.

Diéronle, en efecto, el arcabuz, y miéntras disparaban sus flechas los caribes, lo cargó con diez ó doce balas, y cuando más entretenidos estaban los indios, disparó á quema ropa sobre un grupo de ellos.

Los indios, asombrados al pronto, y condolidos despues de los gritos y lamentos de sus hermanos, que sucumbian, acudieron en su auxilio, en tanto que Diego Mendez, subiendo á una canoa que estaba atracada á la orilla, se puso en salvo á fuerza de remo.

Esto fué lo que le salvó de la muerte.

Aquella noche, despues de luchar largo tiempo con las olas, que jugaban con su endeble barquilla, pudo encontrar el rumbo de la costa de la Jamaica, y llegar al paraje en donde las dos carabelas de Colon eran el único asilo de aquel gran hombre y de los españoles, que tan léjos de su patria, y expuestos á las mayores penalidades, aguardaban con ánsia el refuerzo que se prometian del gobernador de Santo Domingo.

Era la media noche cuando un marino que estaba de centinela vió á lo léjos una endeble barquilla y oyó los gritos del único hombre que la tripulaba.

Inmediatamente participó al almirante lo que habia descubierto, y éste envió dos canoas que habia adquirido de los indios para que salieran al encuentro de Mendez.

El fiel servidor de Colon llegó hasta el camarote en donde estaba enfermo el gran hombre, y su llegada, en vez de animar, desalentó á los españoles.

CAPITULO LIII.

Una mentira necesaria.

La Providencia queria hacer á Colon completamente digno de la auréola de gloria con que debia pasar su nombre á la posteridad.

No era bastante lo que habia sufrido: aun necesitaba ejercitar la bondad de su alma en nuevas y dolorosas luchas.

Obligado á permanecer en la costa de Jamáica, á ver sus veleras naves convertidas en el asilo inmóbil de un puñado de náufragos, combatido al mismo tiempo por sus enfermedades, no contaba en aquellos momentos de angustia màs que con tres hombres verdaderamente adictos á su persona.

Estos eran su hijo Fernando, su hermano Bartolomé y un jóven marino que habia nacido como él en Génova, y habia desempeñado el mando de una de las carabelas.

El último se llamaba Bartolomé Fiesco.

Todos los demas eran enemigos más ó ménos encubiertos del almirante, le atribuian la culpa de su angustiosa situacion, y se olvidaban de la inmensa gloria que habia alcanzado al conquistar el Nuevo Mundo, el país tan fecundo en oro que acababan de descubrir, al verse allí amarrados á una costa por las duras cadenas de la necesidad, y sin poder siquiera saquear las moradas de los indios, que aunque cumplian los pactos que habian hecho con Diego Mendez, no les llevaban

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más provisiones que las puramente precisas para que no se murieran de hambre.

El impetuoso carácter del adelantado los contenia; pero entre ellos murmuraban de Colon y todo hacia creer que la fatalidad reunia en torno del gran hombre los elementos de su ruina.

Colon, cuya penetracion era siempre superior á la de todos los que le rodeaban, no se hacia ilusiones: veia la desesperacion pintada en el semblante de todos sus compañeros, y esperaba con ansiedad febril la llegada de los buques que habia pedido á Ovando, único medio de contener á aquellos hombres desalmados.

La llegada de Diego, que, como hemos dicho ántes, le anunció el centinela, le sorprendió en extremo.

Inmediatamente mandó llamar á su hijo Fernando.

—Sal, le dijo, al encuentro de Diego Mendez, y que no hable con nadie hasta que le haya visto yo.

Fernando corrió á cumplir las órdenes de su padre.

Pero las canoas se habian puesto ya en marcha, y no tardaron los tripulantes de ellas en acercarse á Diego y asediarle á preguntas.

Afortunadamente, si Mendez era valiente soldado, no era ménos astuto diplomático, y comprendió el papel que debia desempeñar en aquellas circunstancias.

—¿Qué quiere decir tu llegada? le preguntaron unos.

—¿Has estado en Santo Domingo?

—¿Has hablado al gobernador?

—¿Qué esperanza nos traes? le preguntaron otros.

Diego Mendez sacó fuerzas de flaqueza, y mostrando un semblante risueño, hizo con el gesto primero, y despues con la palabra creer á todos que se acercaba el momento de abandonar aquella costa para emprender el suspirado viaje á la Península.

Fernando indicó al soldado que el almirante deseaba verle.

—Yo tambien lo deseo, contestó Mendez; pero como las noticias que traigo son satisfactorias y pueden oirlas todos, pedidle la vénia para que entren conmigo en su camarote todos los circunstantes.

El ilustre marino comprendió la oportunidad de aquel deseo, y accedió á él.

—Hablad..... hablad delante de todos, le dijo despues de estrechar su mano y de comprender por la manera de estrechar la suya que tuvo Mendez el crédito que debia dar á sus palabras.

—Llegué felizmente á Santo Domingo, pero llegué yo solo.

—¿Solo vos?

—Una furiosa tempestad volcó la canoa, y con ella se sumergieron mis pobres camaradas; pero Dios quiso que yo pudiera tener fuerzas para salir hasta la superficie, y nadando llegué á Santo Domingo.

—¿Entregasteis mi carta al gobernador?

—No por cierto.... la llevaba en la escarcela y la perdí. Esa ha sido mi desgracia, añadió Mendez; si no á estas horas estaria yo navegando para España, y tendriais aquí dos carabelas á vuestra disposicion.

—¿Visteis al gobernador?

—Apénas desembarqué.

—¿Y le dijisteis el objeto de vuestro viaje?

—Le referí con vivos colores la situacion en que os dejaba.

—¿Y no se mostró condolido?

—Muy condolido.... Tanto que yo creí que iba á dar inmediatamente las órdenes oportunas para enviar aquí un par de carabelas; pero reflexionó sin duda, debí parecerle sospechoso, y hablándome con franqueza, me manifestó que estaba

decidido á socorrernos; pero que no podia darme pasaje para España, ni enviar buque alguno sin una comunicacion de nuestro jefe. Para que repitierais vuestra carta, resolví volver, y puso á mi disposicion una canoa y un indio vigoroso. Los dos nos embarcamos, y al pasar cerca de la costa de una isla caribe fuimos apresados. Mi compañero fué descuartizado por el jefe de la tribu, que se lo adjudicó, y yo he podido escaparme gracias á una estratagema, que no es del caso referir. Así, pues, sin pérdida de tiempo dadme otra carta para el gobernador de Santo Domingo, y para que no se pierda nombrad á otro, y dadle una canoa y una copia del pliego; ambos saldremos, y de este modo es fácil que llegue cuando ménos uno de los dos.

Todas estas noticias quitaron á los náufragos el pretexto para formular quejas; pero no disminuyeron la pesadumbre que se habia apoderado de su alma.

No pudiendo murmurar en alta voz, se retiraron á hacerlo formándose en grupos, y Diego Mendez aprovechó aquella circunstancia para contar la verdad á Colon.

Reunidos en consejo él, su hermano Bartolomé, su hijo Fernando y Diego Mendez, convinieron en confiar á Bartolomé Fiesco la mision de pedir nuevamente auxilio á don Nicolás Ovando.

Mendez y Fiesco saldrian al dia siguiente de madrugada, cada cual en una canoa tripulada por diez indios.

Los dos llevarian pliegos iguales para Ovando.

Mendez, que habia perdido la carta de Colon para los reyes, llevaria otra, y apénas dejase á Fiesco en la costa de Santo Domingo, aguardaria oculto la salida de un buque y pediria pasaje á bordo con una órden del almirante.

Fiesco volveria lo más pronto posible con los buques que Ovando enviase en socorro de los náufragos.

Para que el gobernador accediese á sus ruegos, convinieron en autorizar á Fiesco para que oficiosamente revelase á Ovando que Colon tenia en sus inservibles carabelas una gran cantidad de oro.

La curiosidad y la codicia podian ser un aguijon poderoso, y este consejo, dado por Mendez, demostró una vez más su gran conocimiento del corazon humano.

Acordado este plan, rogó Colon á sus improvisados consejeros que llamasen á Fiesco y le dejasen á solas con él.

Obedecieron la indicacion, y el jóven genovés no tardó en acudir al llamamiento de su compatriota y de su jefe.

Entre tanto, habló Mendez con sus descontentos compañeros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LIV.

Un hombre generoso.

Bartolomé Fiesco era, como hemos dicho ántes, verdaderamente adicto á Cristóbal Colon.

Nadie como él podia corresponder á los vivos deseos del almirante.

Fiesco podria tener entónces unos veintiocho años.

Dotado de una verdadera imaginacion italiana, con un corazon àvido siempre de emociones, la primera gran impresion que recibió en el mundo fué la ovacion que los genoveses tributaron á su hermano cuando llegó à su patria la noticia de que Cristóbal Colon, el humilde hijo del pueblo, habia descubierto un nuevo mundo y enriquecido con él la ya poderosa corona de España.

El triunfo del gran hombre le impresionó fuertemente, y aquel dia se dijo, imitando á Rafael:

—¡Tambien yo soy marino!

Luchando con su familia, que no queria de ningun modo que se entregase à los azares de la navegacion, desapareció un dia de Génova, sin recurso y disfrazado, para que no pudieran reconocerle; pidió al capitan de un buque portugués que le llevase á bordo, aunque fuese para desempeñar los trabajos más penosos, y su resolucion, más que sus proposiciones, incitaron al marino lusitano à darle entrada en su buque.

Bartolomé podria tener á la sazon unos diez y ocho años.

Desde entónces, hasta que se embarcó con Colon en calidad de capitan de una de las carabelas, la historia de sus desventuras bastaria à darnos asunto para otra obra.

Ello es lo cierto que entre todos sus servidores no tenia Colon uno que pudiera comprenderle mejor y estimarle más que Bartolomé Fiesco.

—Amigo mio, le dijo, sois jóven, valiente; un bello porvenir se abre en el horizonte de vuestra vida, y por lo mismo el sacrificio que voy á proponeros os parecerá inmenso; pero no nos queda otro recurso, y cuento desde luego con vuestra cooperacion.

—Haceis bien en contar con ella: tratándose de serviros, no hay sacrificio que no me parezca honroso arrostrar.

—Sabeis cuán angustiosa es nuestra situacion. Estamos á merced de unos hombres naturales enemigos de nuestra raza.... El miedo que nos tienen ha contenido hasta ahora sus feroces instintos; pero cuando se aperciban de que al unir nuestras carabelas y estacionarnos aquí hemos obedecido á una desastrosa necesidad; cuando observen que nuestras fuerzas son ficticias, vengaràn en nosotros las calamidades que hemos arrojado sobre sus desgraciados hermanos. Nuestra situacion es, pues, angustiosa, difícil.... es necesario que un acto de desesperacion nos salve....

—Lo comprendo, señor, contestó Fiesco, y estoy resuelto á secundar vuestros planes.

—Vos habeis oido el relato de Mendez, ¿no es cierto?

—No he perdido una sola palabra.

—Pues bien: parte de lo que ha dicho no es verdad. Ovando le ha recibido bien en la apariencia; pero para tenderle un lazo, del cual solo con el auxilio de la Providencia pudo librarse.

—¿Es posible?

—Dispuso que uno de sus pajes le asesinara, sin duda para evitar que fuera á España, que comunicase á los reyes nuestro grandioso descubrimiento, que les pidiese auxilio.

—Semejante infamia....

—¡Tenia por objeto un terrible plan! Mi corazon no me engaña nunca, y él me dice que su proyecto no es otro que el dejarnos aquí morir de hambre y de desesperacion para venir á enterrar nuestros despojos en el abismo y recoger la pingüe herencia de honra y provecho que podemos dejarle.

—Eso no lo debemos consentir.

—No, y por lo mismo he pensado enviaros á Santo Domingo, confiándoos allí una mision delicada, una mision indigna de vuestro carácter; pero necesaria para nuestra salvacion. Hay medios que, aunque parezcan reprobados, Dios los perdona, porque conoce la intencion que los adopta.

—Decidme cuál es vuestro proyecto, y contad conmigo para todo.

—He dispuesto que vos y Diego Mendez salgais al mismo tiempo en dos canoas, tripuladas cada una por diez indios, con direccion á Santo Domingo. Si como es de esperar llegais los dos, Mendez os dejará para buscar el medio de encaminarse á España, y vos os presentareis á Ovando.

—¿Con carta vuestra?

—Sí, llevareis una carta mia; pero desde el primer momento le hareis creer que más que por obedecerme habeis emprendido el viaje para satisfacer la ansiedad de vuestros compañeros.

—No comprendo.

—Es necesario que simuleis una traicion.

—¡Yo!

—Os repugna, lo sé; pero solo á ese precio podemos alcanzar la salvacion. Si os mostrais adicto á mi persona, si

defendeis mi causa, armará el brazo de un hombre para que os asesine; pero podeis decirle: «Mis compañeros yacen enfermos, mueren sin confesion, están desesperados, y os considerarán como un salvador si acudís en su auxilio: el almirante está muy enfermo, su estado es una agonía lenta; tal vez cuando lleguemos solo hallaremos su cadáver, y entónces podeis aparecer á los ojos del mundo como el descubridor y conquistador de la isla en que más oro se cria. En una carabela enviais á Santo Domingo á los enfermos, y los sanos os acompañaremos á tomar posesion de ese rico país.» Si esto le decís, la codicia hará lo que no haria la caridad en él, aprestará tres buques, vendrá, y poco me importa que se apropie mi gloria. Si los que hoy me odian porque los tengo aquí llegan á un puerto; si mi hermano y mi hijo sobreviven, todo lo daré por bien empleado. ¡Yo creo en la justicia divina, y esto me basta!

—¡Cuán bueno sois!.... exclamó Fiesco conmovido, arrodillándose y besando con efusion la arrugada mano del marino. Disponed de mí, añadió. Tambien confio en la Providencia.

—En ese caso, ¿estais dispuesto á partir? exclamó Colon.

—Ahora mismo.

—Conviene que ántes os mostreis á la gente más decidido á abogar por su causa que por la mia. Hablad con los descontentos, manifestadles vuestras intenciones, y no dudo que tendrán más paciencia para esperar.

Fiesco obedeció al pié de la letra las indicaciones de Colon, porque comprendió, en efecto, que solo aquella táctica podria resolver de una manera favorable el problema de su terrible situacion.

Conociendo que los principales agentes de la insurreccion que se formaba en torno de Colon eran los hermanos Martin

y Diego Porras, de los que muy en breve daremos algunas noticias á nuestros lectores, habló con ellos, les manifestó su intencion de jugar el todo por el todo, y les dijo que si era necesario iba resuelto á manifestar á Ovando que todos ellos se pondrian á sus órdenes y faltarian á la obediencia que debian á Colon.

Este pensamiento respondia al que abrigaban aquellos infames, y fué aceptado por ellos con entusiasmo.

La irritacion de los rebeldes se calmó.

Durante el dia Mendez y Fiesco hicieron los preparativos para ponerse en marcha à la mañana siguiente.

Cada cual eligió diez indios entre aquellos que más confianza le inspiraban por su carácter y por su fuerza muscular.

Se trataba de un trabajo rudo; debian renovarse en los remos de media en media hora, y ayudar á sus jefes en las maniobras del timon.

Una vez elegidos los indios, se les dieron sus correspondientes raciones de pan de cazabe.

Cada uno fué provisto de una gran calabaza con agua.

Por lo que pudiera suceder, se les mandó que llevaran arcos y flechas, y Mendez y Fiesco se proveyeron de armas y municiones.

Temeroso Mendez de que los caribes, cuya credulidad habia burlado, deseando vengarse saliesen al encuentro de las canoas, indicó á Colon que mandara un fuerte destacamento por la playa, á fin de obligar á los isleños á que se refugiasen en el centro de la isla.

Bartolomé se ofreció á mandar el destacamento, proponiéndose de paso someter á aquellos indios y obligarles á que les llevasen provisiones; y aquella misma tarde salieron estas tropas, animadas por los hermanos Martin y Diego Porras,

quienes convenia, por lo que saben nuestros lectores, que Fiesco llegase sano y salvo à Santo Domingo.

Al despertar el alba se embarcaron Mendez y Fiesco.

Ademas del pan de cazabe, llevaban para su uso carne de utia y algunas otras provisiones.

Colon, apoyado en el brazo de su hijo, se asomó á la baranda de su camarote para despedir á los dos viajeros, que iban á confiar su única esperanza al proceloso mar.

Miéntras su corazon murmuraba una plegaria, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Al perder de vista las canoas pareció quedar más tranquilo.

La oracion es el más dulce de los consuelos que puede hallar el alma en sus tribulaciones.

Aquel dia lo pasó el almirante en los brazos de la esperanza.

Hasta sus enemigos, hasta aquellos hombres que vivian á su lado, y que solo deseaban su ruina, halagados por la creencia de que la traicion de Fiesco romperia las duras cadenas en que el infortunio les tenia sujetos, se mostraron con él mas amables que de costumbre.

Aquella noche durmió el gran marino con la serenidad del justo: habia olvidado por un momento que bajo su reposada cabeza ardia un volcan.

Pronto veremos los elementos que se conjuraron contra él.

Entre tanto, el adelantado con sus tropas prestaba grandes servicios á los dos navegantes.

Los caribes habian jurado vengar la muerte de sus compañeros, y en la parte de la isla en que habitaban, separados por montañas de los pacíficos indios de la Jamáica, tenian preparadas sus canoas para correr en busca del primer blanco á quien descubrieran en el mar.

La llegada del adelantado con sus tropas les hizo abandonar la playa, pero con ánimo de resistir su empuje.

A los primeros disparos de los arcabuces retrocedieron espantados.

Alejándolos á las montañas, pudieron apoderarse de sus víveres y acamparon en la playa.

Mendez y Fiesco llegaron al anochecer, y como el mar estaba alborotado, y todo hacia presagiar próximas y horrorosas tormentas, decidieron aguardar, protegidos por las tropas del adelantado, á que se despejase el cielo y se serenasen las olas.

Tres dias tuvieron que permanecer en tierra.

Al fin se calmó el temporal, el mar parecia una balsa de aceite, y los dos marinos volvieron con los indios á las canoas.

Hasta entónces habian navegado por la costa: desde aquel punto tenian que salir á alta mar, porque enfrente se hallaba el puerto de Santo Domingo.

Bartolomé Colon no abandonó su puesto hasta que los perdió de vista.

No regresó, sin embargo, adonde estaba su hermano, porque se detuvo en varios lugares indios con el objeto de entablar amistosas relaciones con sus habitantes, á fin de llevar víveres á sus compañeros.

CAPITULO LV.

Presentimientos.

Las desgracias de la vida dejan de serlo cuando el hombre comprende que son grandes y heróicas pruebas á que quiere someterle la voluntad de Dios.

De otro modo no podrian explicarse esos dolores acerbos y esas terribles calamidades que afligen á las grandes almas.

Y el alma de Colon, que tanto se levantó para concebir, que tanto se sublimó para perseverar, no podia dejar de ser fuerte para arrastrar con ánimo sereno las grandes contrariedades que habian de ofrecerse á su gloriosa empresa.

Ademas, esa confianza que inspira siempre la conciencia tranquila, alentaba vigorosamente el espíritu generoso del renombrado genovés.

La confianza en Dios y en su bondad infinita son el bálsamo supremo para cicatrizar las heridas del corazon.

Y si Colon sintió abrasarse su mente con la idea de un mundo nuevo, esa idea no fué una concepcion humana, fué una idea que Dios le inspiró para que un hombre de su temple y de su fe llevase á aquellas ignoradas regiones los bienes de la religion de Cristo y los beneficios de la civilizacion.

A hombres tan privilegiados no puede abatirles la adversidad ni avasallarlos el infortunio.

Pero no eran los dolores del alma los que le afligian solamente, porque tambien su cuerpo estaba enfermo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

La situacion de Colon cuando al frente de sus carabelas se encontraba en un mar desierto, entre hordas salvajes, con gente desconocida y entre amigos desleales, no puede describirse; pero la imaginacion suplirá lo que á la pluma falta.

Hay, sin embargo, un dolor que se resiste á la conformidad.

Ese dolor es el que se experimenta por la ingratitud.

Y á Colon, que solo era capaz de la abnegacion y del desprendimiento, debia impresionarle hondamente la perfidia de las personas á quienes màs distinguió con sus favores.

No hacia mucho tiempo que Mendez y Fiesco habian partido, cuando la salud de los españoles empezó á resentirse.

Y era natural.

El clima, los alimentos y las costumbres, influye en el cuerpo y en el espíritu.

Y el clima, los alimentos y las costumbres de los españoles habian cambiado radicalmente.

La atmósfera abrasadora y húmeda de aquellas regiones ejercia su funesta influencia sobre hombres que hasta entónces habian vivido en un país templado.

Y esa influencia era más terrible, porque la vivienda de los tripulantes eran dos buques despedazados.

El alimento de los indios se componia de vegetales en su mayor parte, y ese alimento no podia convenir á quienes de tan distinto modo vivian en la Península.

Las costumbres de los españoles, alegres y bulliciosas hasta que dejaron la madre patria, se convirtieron en tristes y silenciosas, porque solo la contemplacion y tétricos presentimientos sojuzgaban su espíritu.

Y en tales circunstancias cuando la canoa expedicionaria no daba señales de volver, natural era que se empezase à temer por la suerte de los que la tripulaban.

La situacion de los expedicionarios preocupaba á todos los que los aguardaban con febril impaciencia.

Pero les preocupaba de muy diverso modo.

En algunos produjo un abatimiento profundo.

En otros la desesperacion.

Solo Colon, su hermano y su hijo eran los que arrostraban el peligro con valor y esperanza.

—Es preciso hacer sufrir á ese hombre, dijo un soldado, dándole una muerte cruel.

—Sí, le contestó otro, porque él nos hace perecer en estas regiones tan separados de nuestra patria idolatrada.

—No os entregueis á la desesperacion, añadió un marinero, cuya apacible fisonomía denotaba su honradez y sus nobles sentimientos. No os impacienteis. Acordaos de aquellos momentos en que todos dudamos de su ciencia y en que le tuvimos por loco.

—Mejor hubiera sido, añadió el primero, que por loco le hubiéramos matado y.....

—Quizá hoy nos encontrásemos en España, dijo su compañero, porque....

—Ya no era posible la vuelta; recordad el estado en que se encontraban los buques y la tripulacion: hubiéramos sucumbido horriblemente.

Estas palabras del honrado marinero influyeron algo en aquellos soldados, que empezaban á dar la voz de alarma con su descontento y su inquietud.

Pero esa conversacion ràpida era un leve murmullo que interrumpia el supulcral silencio de la nave.

Otra escena màs tranquila, pero no ménos triste, tenia lugar en la càmara.

Colon, reclinado sobre la mesa, fijaba su melancólica mirada en su querido hijo.

—¿Qué teneis, padre? le dijo éste. ¿Qué teneis para encontraros tan abrumado y tan pensativo?

—No debe sorprenderte mi situacion, le contestó.

Eres muy jóven, pera te has educado en la escuela de la desgracia y te has adelantado á la experiencia. Ya me conoces, ya conoces mi carácter y mis propósitos. Ya sabes con cuánta confianza propuse mis proyectos á varios soberanos de Europa. Ya sabes con cuánta resignacion soporté sus desdenes y con cuánta alegría recibí la fausta noticia de la proteccion de la reina Isabel. Tú has sido testigo de mis sufrimientos durante la navegacion. Pero te ofendo, hijo mio. Tú has sufrido como yo, y más que yo al ver mis angustias.

—Olvidad, padre mio, esos dias de tribulacion.

—¡Ah! esas tribulaciones las he arrostrado siempre porque son inherentes á las grandes empresas, pero siento desfallecer mi conformidad

—¿Por qué?

—Porque en presencia de la situacion en que nos encontramos, creo que va á malograrse mi santa empresa.

—¿En qué fundais vuestros temores?

—La canoa de Mendez y Fiesco no regresan. Nuestra gente está desesperada. Las enfermedades crecen, y no veo, ni aun vislumbro, el remedio para tantos males.

La muerte es despreciable para quien tiene fe; pero la muerte, cuando de la vida depende la salvacion de tantos de nuestros hermanos como viven en las tinieblas; la muerte, cuando en la vida estriba el éxito de una empresa santa, la muerte, cuando de la vida puede resultar un gran bien, la muerte entónces espanta y aterra.

—Sí, padre, decís bien: la vida es muy miserable, y solo es grande cuando se emplea en el bien. Pero..... yo.... siento en mi pecho la esperanza, yo no me abato, yo sonrío

ante el porvenir de las satisfacciones que habeis de disfrutar cuando ofrezcais á la corona de Castilla un nuevo mundo, cuando la lleveis grandes tesoros y cuando con ellos tengan fin los sublimes propósitos que concibió vuestra mente. ¡Ah! Yo sé que todo eso se ha de realizar; y cuando eso se realice, y cuando vuestros miserables enemigos se vean humillados, entónces sentiré un placer que compensará todos mis quebrantos.

—Habla, habla, hijo mio; tus palabras me fortalecen, y nunca más que ahora necesito fortaleza. Pero no te acuerdes de mis enemigos más que para perdonarlos. ¡Pobres hombres! No me conocen, y me envidian porque creen que solo pretendo la gloria del mundo, y consideran que mi gloria eclipsa la suya; pero si se persuaden que solo aspiro à servir á Dios sirviendo á la humanidad, entónces depondrán su encono y me amarán, hijo mio, me amarán.

—¡Ah! Vuestros consejos son siempre los mismos. Yo los seguiré siempre, y perdonaré á vuestros enemigos, no solo porque me lo decís, sino porque así lo quiere Dios.

—Tus sentimientos dan la vida á mi espíritu; pero ya que para todo tienes valor, no puedo ocultarte que mi salud se ha resentido gravemente, y que mis años laboriosos son presagio de una muerte próxima.

—No desconozco vuestra situacion, padre de mi alma; pero tampoco ignoro la santidad de vuestras ideas, ni la confianza que habeis puesto en Dios.

—Eso es lo que me ha animado siempre, y lo que me ha prestado aliento en las mayores desgracias.

—Pues esa confianza es la que debe tranquilizaros en los críticos momentos que atravesamos. No es vuestra empresa humana, ni motivos humanos os han dado fuerza para luchar contra los graves obstáculos que se le opusieron. El

Dios de la bondad os ha querido hacer servir de instrumento para sus miras inescrutables. ¿Lo dudais, padre mio?

—Nunca.

—Pues si no lo dudais, desterrad de vuestro corazon esos fatídicos presentimientos que os mortifican. Abrid vuestro pecho á la esperanza que os es más grata. Considerad que vuestra expedicion no puede ser infructuosa, porque no es la casualidad la que nos ha conducido à tan remotos países. Es la Providencia la que nos ha guiado. ¡La Providencia! ¡La Providencia! ¡Bendita sea!

Conmovido Colon por las palabras de su hijo, permanecia silencioso; pero se creia capaz de coronar con éxito brillante su arriesgada expedicion. Y ante esa esperanza se disipaban sus dolores y se sentia fuerte.

Y nunca le era más necesaria la fortaleza, porque debía prepararse para luchar con la perfidia, con la deslealtad, con la ingratitud.

CAPITULO LVI.

Lo que sucede á los que crian cuervos.

No podia sorprender á Colon el descontento de la gente.

Conocedor profundo del corazon humano, se explicaba perfectamente los móviles que habian influido en aquellos hombres para decidirse á acompañarle en tan arriesgada empresa.

Pero esos móviles no eran la mejor garantía de una conducta honrada.

El egoismo, bajo sus múltiples formas, les habia arrastrado.

El indulto de las pénas que se habian impuesto á algunos. los empleos que inmediatamente se habian conferido á otros; la codicia, en fin, que les hacia ver horizontes de plata y oro para satisfacer y saciar sus pasiones, eran los grandes estímulos de semejantes expedicionarios.

La historia de los contrastes humanos no podria reunir y asociar á hombres de tan distintas ideas y sentimientos, y apartarlos de la sociedad en que vivian para alejarse de su país y colonizar playas remotas.

Colon con su grandeza.

Sus compañeros con su ruindad.

Y sin embargo, unos y otros debian prestarse recíproco auxilio.

Unos y otros se necesitaban.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero cuando los servicios son egoistas, no es posible la abnegacion y la paciencia.

Y esa abnegacion y esa paciencia faltaban á aquellos forajidos que tuvieron la honra de acompañar à Colon en su brillante expedicion.

Si la voz del sentimiento hubiese hablado en aquellos corazones, no hubiera podido ménos de conmoverles.

La figura de Colon en tan críticos instantes inspiraba compasion por sus padecimientos, admiracion por su ciencia, respeto por su heroismo y amor por el afecto y el interes que demostraban por sus compañeros.

Y léjos de producir esos afectos tan naturales, solo producia el encono, la envidia y las pasiones más viles y repugnantes.

Por esos afectos podia conocerse á los hombres que le acompañaban.

Así es que no debe extrañarnos su alevosa conducta.

De quien no conoce la honradez ni es capaz de comprender la caridad, solo puede esperarse el crímen y la deslealtad.

Pero si todos aquellos hombres hubieran sido gente ruda é ignorante, podria temerse la maldad; pero no su refinamiento.

Y el refinamiento de la maldad estaba reservado para las personas que habian recibido más de cerca y muy señaladamente los favores de Colon.

El tesorero real, llamado Morales, se habia relacionado con Colon desde el instante en que vió la proteccion decidida que le dispensaba la reina Isabel.

Y esa amistad, que procuró estrechar, no era tan desinteresada.

Morales tenia dos cuñados, cuyo talento y condiciones no les recomendaban para elevados cargos públicos.

Y como estaba persuadido de que la empresa de Colon era simpática á sus soberanos, y comprendia tambien que no era, como á primera vista se habia creido, una locura insigne, consideró que podia convenir á los hermanos de su esposa dos de los mejores destinos de la expedicion.

Para este efecto procuró captarse la amistad y la benevolencia de Colon, y se los recomendó con encarecimiento.

Y el almirante complació al tesorero real, confiando á uno de sus cuñados, llamado Francisco Porras, el mando de una de las carabelas, y al otro, Diego, la escribanía y contaduría general de la escuadra.

En esos hermanos aconteció lo que por regla general acontece en todos los destinos que se adquieren por influencia, y que no se confieren al merecimiento.

Tanto el uno como el otro eran ineptos para desempeñar las funciones de sus cargos; pero en cambio les sobraba vanidad é insolencia, y desconocian las leyes de la gratitud.

El contador era astuto y desconfiado, y procuraba captarse el afecto de las personas que podian servirle en sus propósitos.

El capitan era rudo y expansivo, pero sus intenciones eran tambien siniestras.

Los dos tuvieron una conferencia, y convinieron en influir sobre la tripulacion para desautorizar á Colon y erigirse ellol en jefes de la gente que éste tenia á sus órdenes.

Diego Porras, el contador y escribano, llamó una noche a[s] mayordomo de la nave, con quien tenia gran amistad y confianza, pues eran compañeros desde niños.

—¿Qué piensas, le dijo Diego, de nuestra situacion?

—Que es desesperada, le contestó el otro.

—Pues si así la crees, es preciso que nos secundes en nuestro proyecto.

—¿Qué intentais?

—Es preciso que nuestra gente comprenda, como tú y como yo, el conflicto en que nos vemos.

—Me parece bien, dijo el mayordomo.

—Pues si piensas como nosotros, dime los nombres de aquellos camaradas que pueden influir más de cerca en el ánimo de los tripulantes.

—Cosa fácil. El contramaestre Rolando es amigo mio, y tambien lo son los sargentos Dominguez y Fernandez.

—¿Son gente dispuesta?

—Para todo. Son hombres de pelo en pecho; están aburridos de la larga permanencia que llevamos en esta costa, y arden en deseos de volver á su país, pero tambien ambicionan recompensas.

—Pues sus aspiraciones podrán satisfacerse, porque son justas.

—Manda pues lo que quieras.

—Esta noche á las nueve hablaremos los cinco en la proa de la nave.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



...y siendo entrambos hombres corpulentos y de valor, trabaron una desesperada lucha.

LIT. DE GUERRA

CAPITULO LVII.

Lo que se llama tramar una conjuracion.

Se buscan ávidamente motivos que halaguen y tranquilicen el corazon, en situaciones angustiosas.

Y el mayordomo, que participaba del descontento general, dilató su pecho al escuchar las palabras de su amigo y paisano el escribano.

Tiempo le faltaba para hablar con el contramaestre y los sargentos.

Y como la vanidad es una de las grandes debilidades del hombre, tambien la sentia el mayordomo al darles á entender á sus compañeros la intimidad que tenia con el contador, y al hacerles ofrecimientos para el dia del triunfo.

El contramaestre y los sargentos se entusiasmaron con las proposiciones de éste, y todos convinieron en comparecer al lugar de la cita á la hora señalada.

La noche estaba tempestuosa y un aire caliente abrasaba las naves.

En tales circunstancias, debia sentirse con más vehemencia la influencia atmosférica.

Los espíritus de los tripulantes estaban febriles y sedientos de venganza.

Sólo deseaban una ocasion oportuna para pronunciarse abiertamente contra su silencioso y discreto jefe.

Y poseidos de semejantes sentimientos, acudieron uno tras

otro los conjurados al punto consabido, sin que nadie se apercibiese de que obedecian á una consigna.

En medio de un silencio profundo, aquellos cinco hombres no se vieron, porque las tinieblas de la noche no lo permitian, pero se sintieron reunidos.

El carácter de contador general de la expedicion, Diego Porras, no debiera dejarle entrar en confianzas con quienes tanto distaban de él por sus ínfimas graduaciones, ó sus modestos cargos; pero el hombre ambicioso prescinde de todas las consideraciones, en gracia del buen éxito de sus propósitos.

—¿Estamos ya todos? preguntó.

—Todos te escuchan, contestó el mayordomo con cierto aire de arrogancia, para dar á conocer á sus camaradas la familiaridad que tenia con el contador.

Los demas nada decian.

—Bien sabeis que, tanto mi hermano Francisco como yo, nos interesamos por la suerte de cuantos tripulan estas dos pobres y desarboladas naves.

—Ya les he hecho comprender, añadió el mayordomo, que quereis salvar á la gente del grave peligro en que se encuentra.

—Estamos agradecidos á vuestros deseos, dijo el sargento Dominguez, y podeis contar con nosotros.

En igual sentido se expresó el otro sargento y el contramaestre.

—¿Podré contar con vuestra reserva?

—Contad con nosotros, contestaron.

—Entónces nada de lo que pienso debo ocultaros; pero quiero que vosotros me hableis con igual franqueza.

—Os escuchamos con atencion, dijo el sargento Fernandez.

—No es un secreto el disgusto y la desesperacion de la gente que tripula estas dos desarboladas naves.... Por algun tiempo se ha vivido con la esperanza; pero la esperanza ha desaparecido, y la ha reemplazado una realidad funesta. Las enfermedades del cuerpo y el abatimiento del alma van á concluir con la preciosa existencia de hombres jóvenes, á quienes debe sonreir un gran porvenir; de hombres que se han sacrificado y comprometido en esta arriesgada y penosa expedicion. ¿Y es este el premio de nuestros afanes? ¿Es esta la recompensa de nuestros sufrimientos?

—Teneis razon, teneis razon, exclamaban las cinco voces.

—Callad, callad, que vuestro entusiasmo puede comprometernos. No seria prudente que diéramos la voz de alarma sin que ántes hubiéramos apurado la paciencia y recogido pruebas plenas de que la actitud del almirante es terrible y perjudicial para todos. Si hubiésemos hablado á la salida de la canoa de Mendez y Fiesco, hubiera podido dudarse de la sinceridad de nuestras palabras, pero hoy os podemos revelar un secreto que entónces quizá lo hubieseis puesto en duda.

—Decid, decid, exclamó sediento de curiosidad el contramaestre.

—La única esperanza que os mantiene, y que mantiene vuestra disciplina, es el regreso de esa canoa y los socorros que en ella esperais. Pues bien; esa canoa no vuelve, esa canoa no volverá.... El tiempo que ha trascurrido abona mis palabras; pero creedme: ántes de salir esa nave, sabiamos que no volveria á visitar estas playas. Que no espere nunca el almirante una proteccion que le dé gloria y prestigio, con mengua de todos los que le acompañamos, corriendo tantos peligros y arrostrando tantas contrariedades.

—Sin embargo, se permitió decir Dominguez en tono de objecion, que queria ver resuelta, el almirante revelaba en su fisonomía una gran confianza.

—Es verdad, añadió el contramaestre; pero yo creo todo cuanto nos está diciendo el señor contador.

—Vosotros no conoceis á esta clase de hombres. Comprenden de sobra el corazon de la gente sencilla é inexperta, y saben engañarla perfectamente.

—¡Quién lo diria! exclamó uno de los sargentos.

—Meditad un poco, meditad un poco, y os convencereis de que no os engaño, y comprendereis que es verdad cuanto os estoy manifestando. No os hablaria con tanta franqueza si no estuviera penetrado de que sabeis hacer buen uso de estos secretos, y de que puedo contar con vosotros para un plan en que todos estamos interesados igualmente.

Considerad bien las circunstancias en que se encuentra colocado el almirante, y vereis sin gran esfuerzo que su conducta no puede ser otra, si ha de conservar la fuerza de mando y el prestigio de la autoridad que está ejerciendo.

Conoce muy bien que nuestra aspiracion más vehemente es volver á España, y volver con dinero.

—Eso es justo, dijo el mayordomo.

—Bien lo merecemos, añadió el sargento Dominguez, que por lo visto era más ambicioso que su compañero.

—Por eso mismo, y por que tanto mi hermano como yo apreciamos vuestra abnegacion y vuestros sufrimientos en lo mucho que valen, no podemos ver con indiferencia el fin que os aguarda si no se acude á algun medio extraordinario y enérgico.

Las palabras del contador eran un resorte poderoso que movia los efectos de aquellos cinco hombres, que por sus cargos respectivos podian ejercer una influencia muy directa en el ánimo de todos cuantos se encontraban en las dos naves, que estaban amarradas para prestarse un auxilio recíproco.

Habia, sin embargo, que vencer una gran resistencia: la

resistencia que la gravedad y el sello del saber, que tanto resplandecian en Colon, oponian á todo proyecto de rebelion.

Y cuando el gran caràcter está autorizado por una reputacion gloriosa é inmarcesible, entónces se reviste de una fuerza suprema, que para ser vencida exige otra fuerza colosal.

Los hermanos Porras no desconocian todo esto, porque son verdades de buen sentido y las comprende el hombre ménos versado en la ciencia de la sociedad.

Si no hubiesen conocido el ascendiente natural que Colon ejercia sobre la gente que mandaba, tiempo haria que hubieran puesto en práctica sus malas artes, y que hubiesen convertido en hechos reales y positivos sus siniestras y maquiavélicas intenciones.

Si la gente de la expedicion no se encontrara ya abrumada por el peso de tanta fatiga y de tanto sufrimiento, jamas se atreviera el contador á tomar una parte tan activa y directa en un plan tan alevoso.

Pero el sedicioso observa constantemente la situacion de todos aquellos con quienes ha de contar para realizar sus propósitos, y eso hicieron los hermanos Porras con los que tripulaban la nave.

Los cobardes son astutos, y su falta de valor la suplen con recursos miserables.

Diego Porras confiaba mucho en su compañero de infamia, el mayordomo, y para asegurarse más de su lealtad en tan desleal empresa, procuró conquistar su vanidad y su egoismo.

Habia halagado su vanidad mostrándose íntimo amigo suyo ante aquella gente subalterna.

Y habia seducido su egoismo, haciéndole grandes ofrecimientos.

Y sin embargo, la voz del contador, á pesar de ser una voz silenciosa, porque así lo exigian las circunstancias del mo-

mento, se apagaba muchas veces, porque el temor de que el almirante descubriese su infernal trama le aterraba horriblemente.

Así es que cuando alguno de sus oyentes le interpelaba para hacerle alguna observacion ó dirigirle alguna pregunta, temblaba y se agitaba convulsivo, y temia que aun con la oscuridad de aquella noche tenebrosa se conociese su turbacion.

—¿Cómo sois capaces de esperar los socorros de Mendez y Fiesco? les decia. Recordad bien el dia en que salieron. Bien podreis recordarlos con sólo ver la diferencia de vuestros semblantes. Entónces todavía conservabais el vigor y la vida que trajisteis de vuestro país; pero hoy las arrugas del dolor y del sufrimiento surcan vuestro rostro, y abundantes canas matizan vuestras pobladas barbas.

Pues esos socorros que esperais como la única tabla de salvacion, ya os lo he dicho, no vendrán nunca.

El almirante nos está engañando, y tambien pretende engañarnos á nosotros; pero ha comprendido que con nosotros no jugará nunca, porque no somos gente ruda é inexperta.

—Tampoco nosotros, añadió el sargento Dominguez, herido en su amor propio.

—Pues bien, siguió el contador, todo cuanto se ha dicho respecto á ese socorro, es una farsa, es una impostura.

El almirante sabe perfectamente que, si no halaga la esperanza de cuantos estamos á sus órdenes, la rebelion estallará y se le despojará del mando; y hombres como Colon, tan ambiciosos, todo lo sacrifican à sus miradas particulares, y quieren convertir á todo el mundo en instrumento suyo, en esclavos de su caprichosa y codiciosa voluntad. Sólo así es como quiere tenernos sujetos, porque solo así podria encontrar en nosotros un apoyo que no merece.

¿Creeis, por ventura, que piensa en volver á España?

—Así lo ha dicho, contestó el mayordomo.

—¿Qué otra cosa podria decir para halagaros?

No se le ocultan á él vuestros fervientes deseos, y procura entreteneros con ilusiones engañosas.

Pero meditad un poco. Reflexionad sobre la posicion que ocupa el almirante en la corte de España.

Colon hoy no es el favorito de los reyes; no es el hombre lleno de honores y condecoraciones que está, como por un capricho de la fortuna, esclavo algun tiempo; no es, en fin, el hombre que està ejerciendo una maravillasa influencia sobre los soberanos.

Al fin se le conoció; se comprendieron sus propósitos, y decayó de la gracia que le venia dispensando la corte.

Colon no es hoy más que un desterrado.

¿Y qué proteccion esperais de un desterrado?

Creedme: es el mayor de los absurdos esperar en el almirante.

Y no sólo el destierro de España el que hoy le oprime; sino que tambien le està cerrada la Española.

En las críticas circunstancias en que se encuentra actualmente, sólo puede limitarse á permanecer aquí y à arrastrar á su infortunio á la gente que le rodea.

Si no abrigara profunda confianza en vuestra sinceridad, no os revelaria un secreto que lo aclara todo, y ante el cual no caben ya las dudas ni las conjeturas. Creo que me lo agradecereis, no sólo porque os distingo con mi deferencia, sino porque es secreto que importa mucho á vuestro bienestar y á vuestra suerte.

—Decidlo pronto, exclamaron algunas voces, entrecortadas por la emocion y la ansiedad.

—Fiesco, el compañero de Mendez, es completamente nuestro.

—¿Y qué? dijo el mayordomo despues de una breve pausa.

—Que Fiesco no quiso marcharse sin estrechar con nosotros la mano de amigo, y darnos una prueba inequívoca y evidente de su verdadero afecto.

Colon quiso ganarle con dádivas y promesas, y él creyó oportuno hacerse el crédulo y pasar por engañado; pero comprendió que su salida era lo mejor para apartarse de estas regiones y para concluir de sufrir tanto, aceptó la mision y se marchó.

—¿A dónde? preguntó el mayordomo.

—A España, contestó el contador con aire grave y en el tono en que se habla cuando se cree haber conquistado un gran triunfo.

Esta contestacion impresionó hondamente á cuantos le escucharon.

—Pues nos engañan miserablemente, dijo uno de los sargentos.

—Nos engañan, exclamaron los demas con exaltada indignacion y subiendo la voz un punto más de lo que convenia á Diego Porras.

—No os alarmeis, les dijo, procurad calmaros, que nuestro deseo no es otro que vuestro bien, y por eso me he atrevido á hablaros sin rodeos, porque no quiero que ignoreis nada de lo que está pasando.

Pero tranquilizaos y procurad tener gran prudencia y discrecion para tomar las medidas que han de ser precisas para dar el golpe.

Portaos como hombres dignos de la mision que habeis de desempeñar. Si no contara con vuestra perspicacia y con vuestro conocimiento, no me hubiera atrevido á usar con vosotros un lenguaje tan franco y tan expresivo.

—No os arrepentireis de esa confianza: somos caballeros y cumpliremos como tales, dijo Dominguez.

—Mendez y Fiesco han ido á España para poner en juego todas las relaciones de Colon, é interesar á los reyes para que le levanten el destierro.

—Entónces, exclamó el mismo sargento, fácilmente se explica la tardanza que tanto nos agita y preocupa. Pero bueno es tenerlo presente, y así sabremos á qué atenernos.

—Para concluir, les dijo, el dia que se dé la voz que ha de poner término á situacion tan angustiosa, tendreis un jefe digno de tal empresa: este será mi hermano Francisco Martin, de cuyo valor y pericia no debeis dudar nunca. De acuerdo con él os he hablado, y en su nombre puedo deciros que conteis con su afecto y con el interes màs generoso para hacer que en su dia se premien vuestros servicios. Tened en cuenta que las canoas de los indios y estas mismas naves, repuestas y aderezadas, podrán conducirnos á la Española, donde el gobernador Ovando, enemigo encarnizado de Colon nos recibirà con entusiasmo y aplaudirá nuestra resolucion.

Y cuando en la corte de España se sepa nuestro acuerdo y nuestro heroismo, tendremos en el obispo Fonseca un decidido protector, porque ya sabeis que conoce bien á Colon y que le quiere muy mal.

Impresionados fuertemente se separron aquellos cinco hombres pensando en la hora de la rebelion que habia de emanciparles de tan enojosa y crítica situacion.

Se acercaba el dia de Noche-Buena.

Y esa noche de dichosos recuerdos para todos los que allí se encontraban, pensando en su patria y en su hogar, fué una noche cruel y de sufrimiento.

Esta era una magnífica ocasion para dar el golpe; pero el

sargento Dominguez habia meditado mucho, y se inclinaba al lado de Colon, aunque de un modo pasivo.

Esta circunstancia hubiera contrariado los planes de los Porras si las privaciones y el hambre no hubieran apurado el sufrimiento de todos.

CAPITULO LVIII.

Un festin en víspera de un motin.

Pasaron los conjurados el dia de Año Nuevo en medio de la más desenfrenada alegría.

Dispuestos como estaban á jugar el todo por el todo, procuraron reunir mayor cantidad de víveres, y quisieron celebrar con un festin la entrada del nuevo año.

—¿Qué puede suceder? dijo Francisco Martin Porras. ¿Qué el almirante se incomode, que nos prohiba entregarnos á la orgía?.... ¡Ojalá! De este modo con no obedecerle le exasperamos, toma alguna medida violenta, nos rebelamos, y con un pretexto que justifique nuestra desobediencia, no habrá quien nos contenga.

Animados todos del mismo pensamiento, dispusieron lo necesario para el banquete.

El dia anterior habia regresado Bartolomé con sus tropas.

Su expedicion le habia puesto en relaciones con algunos caciques, los que le habian provisto de víveres y le habian ofrecido llevar á los buques de quince en quince soles nuevas provisiones.

Los dos hermanos Porras, que capitaneaban la insurreccion, se pusieron de acuerdo con el mayordomo.

—Tú vas á prender fuego á la mina, le dijo Francisco.

—¿De qué modo?

—Manifestando al almirante nuestra resolucion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sargento Dominguez habia meditado mucho, y se inclinaba al lado de Colon, aunque de un modo pasivo.

Esta circunstancia hubiera contrariado los planes de los Porras si las privaciones y el hambre no hubieran apurado el sufrimiento de todos.

CAPITULO LVIII.

Un festin en víspera de un motin.

Pasaron los conjurados el dia de Año Nuevo en medio de la más desenfrenada alegría.

Dispuestos como estaban á jugar el todo por el todo, procuraron reunir mayor cantidad de víveres, y quisieron celebrar con un festin la entrada del nuevo año.

—¿Qué puede suceder? dijo Francisco Martin Porras. ¿Qué el almirante se incomode, que nos prohiba entregarnos á la orgía?.... ¡Ojalá! De este modo con no obedecerle le exasperamos, toma alguna medida violenta, nos rebelamos, y con un pretexto que justifique nuestra desobediencia, no habrá quien nos contenga.

Animados todos del mismo pensamiento, dispusieron lo necesario para el banquete.

El dia anterior habia regresado Bartolomé con sus tropas.

Su expedicion le habia puesto en relaciones con algunos caciques, los que le habian provisto de víveres y le habian ofrecido llevar á los buques de quince en quince soles nuevas provisiones.

Los dos hermanos Porras, que capitaneaban la insurreccion, se pusieron de acuerdo con el mayordomo.

—Tú vas á prender fuego á la mina, le dijo Francisco.

—¿De qué modo?

—Manifestando al almirante nuestra resolucion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿La de cenar del mejor modo posible?

—Eso es.

—Decidme qué debo hacer.

—Presentarte á Colon, y manifestarle que estamos hartos de la abstinencia á que nos tiene condenados; que si pasamos mal la Noche-Buena, porque era humanamente imposible adquirir provisiones, ahora que las hay frescas y abundantes, queremos salir de la exígua racion diaria para echar una cana al aire esta noche. El se opondrá, tú nos comunicarás su resolucion, y nosotros tendremos motivos de sobra para desesperarnos.

—Y unos hombres desesperados....

—Son capaces de cualquiera cosa.

—Comprendo.

—En ese caso, no hay tiempo que perder.

—Es que ahora están en el camarote del almirante su hijo y su hermano.

—Razon de más para abordar la cuestion: ellos le excitarán á que se oponga á nuestros deseos, el adelantado es impetuoso, nos insultará, y sus insultos serán miel sobre hojuelas.

—Hágase vuestra voluntad.

—Vé pronto, y vuelve á darnos parte de tu embajada.

El mayordomo se dirigió en el acto al camarote del almirante.

En buenas palabras expuso las de sus camaradas.

—Nada más justo, dijo Colon: por mi parte, accedo gustoso á sus propósitos; dueños son hoy de tomar los víveres que necesiten. Celebren norabuena el nuevo año, y quiera Dios que su alegría signifique nuestra próxima libertad, nuestra partida hácia la madre patria.

Esta respuesta desconcertó al mayordomo.

No produjo mejor efecto en los conjurados.

—¿Qué cambio es este? dijo Diego Porras.

—Si habrá sabido algo de lo que proyectamos, añadió Francisco.

—Su amabilidad quiere decir mucho.

—Tal vez que tiene miedo.

—Miedo no; pero sabe más que Merlin, y empleará esa táctica para desarmarnos.

—Pues se lleva un solemne chasco. Mejor combatiríamos contra el leon que contra el cordero; pero no ha de valerle su mansedumbre.

—Apoderémonos de los víveres.

—¡A cenar! ¡A cenar!

Todos se lanzaron como fieras al sitio en donde se guardaban las provisiones, y saltaron en tierra para celebrar el festin en la playa.

Colon los vió partir con gozo.

—¡Infelices! dijo. Justo es que olviden un instante sus penas.

—¡Puede ser que hagan más que olvidarlas! exclamó el adelantado.

—Piensas mal de ellos.

—Ménos temeria á los indios nuestros enemigos que á esa chusma.

—Depon todo temor.... Esa alegría significa que ha renacido en su pecho la esperanza.

—Un horrible presentimiento me hace pensar de distinta manera.

—Yo confio en mi causa, y espero de un momento á otro la llegada de Fiesco. Poco me importa volver á España como un mísero enfermo ó como un prisionero: lo que deseo es volver, que la justicia triunfa siempre.

Miéntras los conjurados devoraban los manjares y prorumpian en imprecaciones, impulsados por la gula, aquellos tres séres, unidos por el lazo de la sangre, consagraron dulcísimos recuerdos á los que estaban ausentes; es decir, á Diego, á Isabel, á Villejo, á Ana y al noble hermano del gran marino.

Creíanlos dichosos, y sin embargo, en aquellos momentos no sufrian ménos que ellos.

Una hermosa luna iluminaba la playa, y reflejaba sus argentados rayos sobre las apacibles olas.

El rumor del festin llegaba confuso al camarote del almirante.

Colon se durmió orando.

Bartolomé llamó á Fernando.

—Es necesario, le dijo, que nosotros velemos y estemos preparados para todo lo que pueda ocurrir.

—¿Temeis?

—Todo lo temo de esa canalla.

—En ese caso, me quedaré velando al lado de mi padre.

—No, eso podria hacerles creer que habíamos adivinado sus planes: vé á tu camarote, y está alerta.... Yo haré otro tanto.

Se retiraron, y reinó el mayor silencio en el buque.

El rumor de las olas al morir en la playa acompañaba los gritos y los cánticos de aquellos hombres, que no pudiendo embriagarse con vino, se embriagaban con la idea de vengarse en Colon y los suyos, de los padecimientos que habian sufrido desde que estaban en aquella costa.

En la madrugada del dia 2 de Enero, los hermanos Porras, poseidos de febril ansiedad:

—Hoy es preciso resolver el problema, dijeron. O nos lanzamos á navegar en los buques, despues de componerlos, con el consentimiento del almirante, ó sin él. ¿Estais dispuestos á secundarme?

—Sí, sí, gritaron muchos.

—A nadie se obliga aquí.... El que quiera seguirme, que pase á mi derecha..... Los que no, que se queden donde están.

Todos, excepto cinco, pasaron á la derecha de Porras.

Entre los cinco estaba el sargento Dominguez.

—Nosotros, dijo, no queremos insurreccionarnos; pero acataremos el fallo de la suerte.

—En hora buena. Vosotros subid á bordo y aguardad una señal mia. Yo entraré á ver al almirante, le hablaré y os dirigiré una pregunta en alta voz. Acudid entónces, y demostrad que estais dispuestos á obedecerme.

De acuerdo todos obedecieron las órdenes de Francisco Porras, que se habia puesto al frente de los conjurados.

El sargento y sus cinco camaradas fueron tambien á bordo, dispuestos á consentirlo todo ménos que los amotinados atentasen contra la vida de Cristóbal Colon.

Cuando todos habian ido á ocupar sus respectivos puestos, el almirante, su hermano y su hijo dormian.

Solo Dios sabia dónde podian despertar.

Aristamos ahora á la explosion de aquel motin, tan infamemente combinado por la ingratitud y la perversidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LIX.

El motin de Porras.

Colon se despertó molestado por la gota.

Empezaba á amanecer, y aunque oyó movimiento en el buque, no quiso llamar á nadie.

Su enfermedad le hacia padecer más que los contratiempos de que era víctima.

Cuando se veia bajo la influencia de los agudos dolores que experimentaba, perdia la esperanza, el desaliento se apoderaba de su corazon; volvia los ojos al pasado, no veia en el porvenir más que una muerte oscura y desastrosa, y su angustia era horrible.

En esta situacion se hallaba cuando, sin pedir vénia y bruscamente, entró en su camarote Francisco Porras.

Colon fijó en él sus ojos, y no pudo ménos de sorprenderse al ver la actitud que tenia.

Con el casco puesto, con la visera medio alzada, perfectamente armado, como si se dispusiera á entrar en combate, y sobre todo con la expresion del más descarado cinismo en el rostro, no ocultaba que iba dispuesto á faltar á los más sagrados deberes.

—¿Qué quereis? le dijo el almirante, despues de haberse apercibido de su actitud.

—Quiero, contestó, procurando disimular su agitacion, aunque sin conseguirlo, quiero que por última vez y en representacion de todos los españoles que aquí estamos, oigais nuestras quejas y accedais á nuestros legítimos deseos.

—Si fueran legítimos no os presentariais á mí con la turbacion en el semblante.

—Mal me conoceis, dijo Francisco Porras, si creeis que me turbo por tan poca cosa, y en esa creencia se ve el orgullo que os domina. Pero de cualquier modo, mi deber es hablaros con franqueza. Nuestra paciencia se ha acabado: estamos detenidos en este sepulcro meses enteros, y aunque fuéramos santos el sufrimiento tiene un límite. A nuestras quejas habeis contestado despertando en nuestra alma esperanzas que no se han realizado, que no se realizarán, porque todos os quieren mal: ni en la Española ni en España hay quien sienta deseos de enviaros socorros, y nosotros sin culpa vamos á sufrir la suerte que os reservan vuestros enemigos.

Colon escuchó con estudiada calma aquel lenguaje irreverente.

Más que la indignacion, sentia en su pecho la tristeza, porque se convencia de que aquel hombre y sus secuaces preferian jugar un albur á aguardar las bondades de la Providencia.

—¿Y qué es lo que quereis? le preguntó con digna y severa mansedumbre.

—No es la primera vez que os lo hemos indicado: queremos que deis las órdenes para que los calafates arreglen los buques del mejor modo posible y abandonemos la costa.

—Quereis un sueño.

—Peor es el en que vivimos, que se asemeja más á la muerte que á otra cosa.

—Mi deber es velar por vuestra vida, y si accediera á vuestros deseos, os condenaria á una muerte horrible.

—La preferimos a la vida que pasamos, y os advierto que

aunque empiezo por pedir, nada tendria de extraño que acabase por ejecutar; pues toda mi influencia no bastaria ya á contener á los descontentos.

Un nuevo esfuerzo costó á Colon el conservar la calma.

—Pensad lo que vais á hacer, dijo á Francisco Porras: tal vez avanzan á nuestro encuentro las carabelas que he pedido al gobernador de la Española; tal vez van á acabar nuestros pesares, y entónces vuestra alegría será completa, porque no llevareis en el alma el remordimiento de haber obrado mal, de haber faltado á la fe jurada, de haber abandonado vuestra bandera al verla en gran peligro.

—Es tarde ya, y no es justo que nos sacrifiquemos todos al capricho de un hombre.

—Ese hombre, á quien todos debeis ciega obediencia, no os manda, sin embargo; os pide, os ruega, más por vuestro bien que por el suyo, que espereis algunos dias más.

—Si temeis quedar solo, ¿por qué no escuchais nuestras súplicas? Y si tanto empeño teneis en que compartamos el peligro con vos, ¿por qué no os arriesgais como nosotros á romper esta dura prision, á desafiar las iras del mar, y á perecer, si está de Dios que perezcamos, ó hallar el puerto de nuestra salvacion?

—Buscar una muerte estéril no es heroismo. En nuestras circunstancias seria hasta un crímen, porque con nosotros se perderia el glorioso descubrimiento que hemos hecho en Veragoa.

—¿Y qué importa eso?.... ¿no vale más nuestra vida que todo el oro de las Indias?

—Por grandes que sean vuestros deseos de abandonar esta costa, mayores son los mios; pero mi obligacion, ante Dios primero, ante los reyes despues, es atender á la seguridad personal de todos los que están á mis órdenes. La experiencia, mis conocimientos náuticos, todo me aconseja que no utilice estos buques para navegar. Aquí carecemos de lo necesario para ponerlos en disposicion de servirnos; por lo tanto, respondo á vuestros ruegos que me es de todo punto imposible atenderlos.

—¿Es esa vuestra última resolucion? preguntó Porras al almirante con insolente arrogancia.

—Quiero mostraros, le contestó Colon, que no es por terquedad, por amor propio, por lo que opino de este modo. Si mis razones no os convencen, renuncio de buen grado á la autoridad que ejerzo sobre vosotros, autoridad omnímoda, y ofrezco someterme al fallo de los prácticos.

—¿Qué decís?

—Digo que podeis convocar á los marinos que viven con nosotros, y que despues de examinar el estado de los buques y la distancia que necesitamos recorrer para llegar á un puerto, resuelvan ellos en conciencia si debemos partir ó esperar á que nos socorran, enviándonos buques en estado de navegar.

—Es tarde ya para consultas: el problema tiene que resolverse inmediatamente.

Y notando por el rumor que se oia cerca del camarote del almirante que sus camaradas estaban ya dispuestos para dar el golpe proyectado, y redoblando su insolencia:

—Ha llegado el momento de resolver, exclamó: ó dais las órdenes para partir, ú os quedais aquí con los que no quieran seguirme. Yo, por mi parte, añadió en alta voz, estoy por volver á Castilla.... Los que quieran pueden seguirme.

Esta fué la voz de alarma, la chispa que produjo el incendio. Instantáneamente coronaron en toda la extension del buque gritos de:

—¡Yo os sigo!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—Pronto, salgamos pronto de este sepulcro.

Los marineros y los soldados se presentaron en la puerta del camarote blandiendo sus armas, y mezclando con sus amenazas horribles imprecaciones contra el almirante.

Tú eres nuestro jefe, Francisco; el único que reconocemos, decian unos; dános órdenes, dispon qué hemos de hacer, y te obedeceremos ciegamente.

—¡A Castilla! ¡A Castilla! gritaban otros.

—Basta ya de contemplaciones.

—El que no quiera seguirnos que se quede aquí á ser pasto de los indios.

—Más que entregarlos á su furia, vale que los matemos.

—Sí, sí, ¡mueran los cobardes!

—¡Muera el almirante!

—¡A ellos! ¡A ellos!

Y los rebeldes, arrastrados por la pasion que les dominaba, blandian las armas y pugnaban por entrar en los camarotes para asesinar á Colon, á su hijo y á su hermano.

Toda la influencia de Francisco y de Diego Porras, que no deseaban al pronto ir tan léjos, era inútil para contener aquella manada de tigres.

Colon no pudo sufrir más.

Abandonando el lecho: sin ponerse sus armas defensivas, con la espada en la diestra, quiso salir de su camarote para amonestar por última vez á los suyos, para morir luchando, si tal era el término que la divina voluntad habia reservado á su vida.

Las fuerzas le faltaban, y apoyándose en las tablas llegó hasta la puerta, á tiempo que el sargento Dominguez y algunos otros leales impedian el pasó á los rebeldes.

Viendo á su jefe en gran peligro, le cogieron en brazos y le obligaron á volver al camarote, formando despues una guardia para defenderle.

Bartolomé habia salido á luchar, y con la lanza en ristre y la rodela atacó á los malvados y defendió su persona.

Fernando, por su parte, corrió á la defensa de su padre.

Los pocos leales hicieron que el jóven y su tio quedasen al lado del almirante, y salieron á rogar á sus compañeros que partieran, puesto que nadie se oponia á su marcha, pero que respetasen la vida de Colon, porque su muerte á mano airada no hallaria nunca piedad.

Gracias á esto abandonaron los buques, dispuestos á buscar los medios de partir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LX.

Los buenos y los malos.

Los extremos se tocan siempre.

La reaccion debe ser tan violenta como la accion, segun una ley que se opera, tanto en el órden físico, como en el órden moral.

Y como la accion habia sido violenta, inícua y espantosa, la reaccion habia de ser silenciosa.

No parece sino que la voz del remordimiento impone silencio al corazon cuando se ha olvidado la conciencia de aquellos deberes que le ha promulgado la ley natural.

Los protagonistas de tan nefanda hazaña estaban embriagados por sus propios excesos.

No se daban cuenta de lo que acababa de suceder.

Pero estaban sedientos de abandonar aquellos sitios, que les acusaban de sus iniquidades, y no querian dilatar su marcha.

Y sin embargo de que su crímen era tan inmenso, parecia que lo ignoraban; que no tenian conciencia de sus actos y que estaban satisfechos de su conducta.

Al ménos eso indicaba la alegría que se reflejaba en el semblante de aquellos hombres que, olvidados de lo que se debian á sí mismos, olvidados de lo que debian al almirante, y olvidados de la lealtad que juraron guardar, solo se inspiraron en el más grosero egoismo para realizar sus miserables planes.

Los autores de aquella rebelion no quisieron aplazar ni un solo momento su embarque, y para el efecto se dirigieron á la playa, donde estaban amarradas y custodiadas por los indios diez canoas, que á los mismos habia comprado Colon el dia ántes.

Francisco Martin Porras, que tan ferozmente se habia portado al rebelarse contra su jefe, y al arrastrar à la gente de la nave para dar cima á su propósito, se presentaba entónces como una fiera que tiene á su disposicion la presa y que se dispone á devorarla.

Su hermano el contador, que tan cobarde y menguado habia sido para preparar la sedicion, y que habia temblado ante la idea de que Colon pudiera sorprenderle, se mostraba ya altivo y satisfecho, engreido de su triunfo, y creyéndose superior al gran hombre, á quien tan cruelmente abandonaban, dejándole en aquella apartada region, sin más compañía ni recursos que la lealtad de unos pocos, y una cohorte de enfermos, que reclamaban una solícita asistencia.

—Adelante, adelante, gritaba una voz enronquecida.

—Sigámosle, sigámosle, decia un sargento que se destacaba entre una turba de soldados.

—No hay que perder un momento.

—¡Hemos triunfado!

—Abandonemos esta sepultura, donde hemos estado enterrados en vida.

—Dejemos á ese hombre que tanto nos ha martirizado, y que nos engaña con falsas promesas.

—Que vengan todas esas canoas.

—Traedlas presto.

—Somos muchos, y tienen poca cabida.

—Ya están aquí.

—¡No precipitarse!

—Id con calma, que aquí no nos manda nadie.

—Mando yo, pero para guiaros y conduciros á salvacion, dijo el capitan Porras, qse se sentia herido en su amor propio de jefe improvisado al oir aquellas frases anárquicas, que conspiraban contra su autoridad.

El cuadro que ofrecian aquellas dos tristes y huérfanas naves era triste y sombrío.

¡Pobres buques, que habian agotado sus fuerzas, y que se abrazaban cordialmente para sostenerse, como guiados por el instinto de conservacion!

¡Pobres buques, destinados á una gloriosa empresa, y convertidos en escenario de una gran iniquidad!

Allí no habia órden, ni concierto, ni plan.

Aquello era digna conclusion de una orgía.

Miéntras tanto las canoas de los indios se acercaban, y se ponian al costado de las naves.

Los pobres indios que las tripulaban no podian explicarse, ni acertaban á comprender lo que pasaba; pero obedecian á aquel conjunto de voces sin concierto que les mandaba con imperio.

Los insurgentes empezaron á descender de las naves y á colocarse en las canoas.

Y en aquella situacion aparece en medio del torbellino la figura de un jóven, demasiado jóven para caracterizarse como jefe de una contrarebelion; pero su sobrada energía y su valiente actitud le prestaban aliento para dirigirse á aquella turba desenfrenada.

Aquel noble jóven era Fernando Colon.

Hijo digno de aquel hombre providencial, no podia ménos de exaltarse en presencia de un hecho tan escandaloso: y ébrio de cólera y de indignacion:

—¡Miserables! les decia. Miserables, cobardes, hombres

sin honor. Sois hasta indignos de morir por mano honrada.

No podriais defenderos, porque temblariais ante un valiente.

Marchad, marchad en busca de fortuna, y ya encontrareis el premio de vuestra alevosía.

—¡No hacedle caso, está loco!

—Que lo salve su padre.

—Que perezca con él.

—Bastante hacemos dejándole con vida.

—Bien merece la muerte.

—Ya la encontrarán pronto.

—Todas estas frases, que se perdian entre la gritería y la confusion, formaban un gran contraste con la justa indignacion que rebosaban las palabras del hijo del almirante.

Y miéntras esto sucedia bajaban los unos, saltaban los otros, y todos procuraban colocarse en las canoas, temiendo no encontrar en ellas sitio bastante para emprender tan vergonzosa fuga.

—¡Ellos se salvan, ellos se salvan! ¡Felices de ellos! decia una voz agonizante.

—¡Ayúdame, ayúdame! le decia otro.

—No puedo, me faltan fuerzas, me es imposible levantarme.

—Apóyate en mi brazo, paisano, que para las ocasiones son los amigos.

—Gracias, compañero; pero aguarda un momento.

—Mira que no estoy para esperar.

—Déjame coger mi maletilla.

—¡Compadeceos de mí!

—No puedo con dos.

—Andrés, no corras tanto, que me muero y tú puedes darme vida.

—Toma la mano, levántate y come.

—No puedo andar.

—¡Pues entónces!

—No me dejes.

—¡Cargo contigo, y adelante!

No debe extrañarnos aquella algarabía, porque era muy natural en la escena que se estaba operando.

Y tampoco deben admirarnos estos rasgos de caridad y compañerismo de los rebeldes.

Si la rebelion es un mal, porque relaja la disciplina y quebranta el principio de autoridad, no siempre los rebeldes son verdaderos criminales.

Al ménos los rebeldes que sirven de instrumento suelen ser á veces crédulos y confiados.

Y en aquella ocasion obedecian muchos de ellos á un supuesto equivocado, no solo porque creian que el almirante les habia engañado, sino porque se habian persuadido de que quedándose en las naves era segura su muerte y huyendo se salvaban.

Por eso mismo no debemos medir con igual vara á todos los insurgentes.

Por la misma razon no podemos calificar á todos con el dictado de traidores é infames, porque muchos de ellos procedian con sencilla sinceridad.

Solo así se explica esa solicitud que los unos tenian por los otros.

Solo así se comprenden esos rasgos de desprendimiento y de caridad entre gente que se insubordinó de una manera tan miserable.

—¡Ah! Cuán pocos somos los que quedamos, decían los más apegados à la disciplina.

—¿Qué vamos á hacer?

—Seguir la suerte de nuestros compañeros que se van.

—¡Pero es tan bueno, es tan valiente el almirante!

—¡Sin embargo, nos comprometemos sin esperanza!

—¡De nada le ha de servir nuestra lealtad!

—¡Tenemos familias!

—¡Tenemos esposas!

—¡Tenemos hijos!

—¡No nos pertenecemos!

—¡Marchémonos!

—¡No se qué hacer!

—¡Es preciso salir pronto!

—¡Que están llenas las canoas!

—¡Saltemos por aquí!

—¡Por aquí!

—¡Ah!.... No, no es verdad, no es verdad lo que estoy viendo, decia una voz trémula, la voz de un anciano, en cuya noble fisonomía se veia el sello de la sabiduría, del valor y de la enfermedad. No es verdad que Diaz haya saltado á las canoas.

—Sí, sí, contestaba Fernando Colon á su atribulado padre.

—¡Y tambien Caballero! ¡Y tambien Fuentes! ¡Y tambien!.... ¡Ah, es imposible! ¡No, no lo creo, ó estoy loco! ¡Estaré desvariando!

—¡No, padre, no desvariais; es la verdad la que estais viendo! Tambien son miserables aquellos hombres á quienes tanto queriais, tambien os abandonan, tambien se marchan y se unen á los que tan ruinmente se han amotinado.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! Iràn á combatir, irán á pelear contra ellos, irán á defenderme.

—Miradlos, padre, miradlos. Mirad qué tranquilamente se han colocado en las canoas.

—Sí, sí, es una triste realidad; es una funesta realidad lo que ven mis ojos.

—Ya no hay duda. ¡Que sobre ellos caiga la maldicion de Dios! decia Fernando, hirviendo en cólera.

—¡Nunca! exclamó su padre. ¡Nunca! ¡Que Dios les perdone, y que nos preste energía para vencer esta terrible situacion! Pero vosotros, vosotros, les dijo á los que se preparaban para huir en las canoas, ¿vosotros os habeis olvidado de los deberes más sagrados, os habeis olvidado de vuestra bandera, de vuestros juramentos y de vuestra disciplina? ¿Cómo habeis dudado de mí? ¿En qué os he faltado? ¿Por qué me negais vuestra confianza?

—Está desesperado. Bogad, bogad, bogad, repetian varias voces en las canoas.

—¿Creeis que el hombre que ha descubierto estas regiones para bien de la humanidad y de España es capaz de sacrificaros? ¿Dónde habeis visto mi ambicion ni mi codicia? ¿De qué me acusais? ¿Ignorabais, por ventura, que todas las grandes empresas llevan consigo grandes sufrimientos? ¿Ignorais que la gloria sólo se conquista con heroismo? ¿No os dice vuestro corazon que soy incapaz de engañaros?

—¡Que os oigan los indios!

—Predicadles á ellos, que nosotros no necesitamos vuestros sermones.

—Pues tened heroismo para morir, y conformaros con vuestra suerte.

—¡Pobre almirante! ¡Pobre almirante! Y le dejamos para no verle jamas. Era nuestro padre, y le abandonamos, decia una voz entre sollozos entrecortados y reprimidos.

—¡Me arrepiento, me arrepiento! le contestaba secretamente otra voz imperceptible.

—Prefiero la muerte à la traicion.

—La prefiéro á la ingratitud.

Y se lanzó al agua.

Su compañero le siguió, y las canoas volaban, enmudecidas à la vista de dos hombres, que inspirándose en grandes sentimientos, se arrojaron al mar para sufrir los rigores de la suerte del almirante.

El almirante y su hijo se abrazaron, y dulces lágrimas surcaron sus mejillas.

Los momentos de un sepulcral silencio fueron breves.

Dos hombres subieron violentamente á la nave.

Eran Caballero y Fuentes, los que postrados de hinojos ante el almirante, besaban sus piés y los regaban con sus lágrimas.

Colon y su hijo los estrecharon con el entusiasmo de la màs exaltada gratitud.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LXI.

Despues de la tormenta.

Un historiador, á quien seguimos muy de cerca, porque va siempre por el camino de la verdad, al llegar á este punto de la historia del infortunado Colon, tributa á su memoria entusiastas y merecidas alabanzas.

En tanto que los hermanos Francisco y Diego Porras y su chusma vagaban con aquel desesperado y triste desenfreno, consecuencia inmediata del abandono de los justos principios, Colon aparecia sereno, majestuoso, confiado, como un hombre que cumple sus deberes, que vive en paz con su conciencia.

Ya le hemos visto esforzarse en consolar á los enfermos, en animar á los leales, en levantar la fe sobre la duda, la esperanza sobre el desengaño, olvidándose de sus padecimientos físicos, de sus penas morales, y esto precisamente en los instantes en que unos cuantos desagradecidos, enarbolando la bandera de la más inícua de las rebeliones, se llevaban la parte vigorosa y sana de su gente.

La reaccion, como hemos visto, no tardó en operarse.

Hasta los que por efecto de sus enfermedades no habian podido partir con los rebeldes, y entre estos últimos se hallaban Bernardo de Valencia, Alonso de Zamora y Pedro de Villatoro, animados por el sargento Dominguez y por los arrepentidos Fuentes y Caballero, se mostraron dispuestos á prestar obediencia á Colon y á emplear su ascendiente para

con los demas, á fin de que, tranquilizando su espíritu, recobrasen pronto la salud y pudieran oponer resistencia á los indios, si aprovechándose de sus disensiones, intentaban atacarlos, á contribuir à que los indígenas respetasen los tratados para que no les faltasen provisiones.

El almirante formuló su promesa de una manera aun más explícita aun más terminante:

—Poned en Dios, les dijo, toda vuestra confianza, no dudeis de su infinita misericordia, de su ilimitada Omnipotencia, y yo os prometo solemnemente que al regresar á España me arrojaré á los piés de la reina, y obtendré para vosotros de su munificencia premios que recompensen vuestros padecimientos.

Estas palabras produjeron el efecto de un bálsamo dulcísimo sobre aquellos agitados corazones.

Llegó lo noche y se entregaron al descanso, sin pensar ya en los rebeldes, que acaso caminaban á la muerte.

En medio del silencio, interrumpido por el suave murmullo de las olas, sólo un hombre no podia conciliar el sueño.

Habia sufrido demasiado, y aunque habia conseguido un verdadero triunfo, no se le ocultaba que la tardanza de Fiesco significaba su muerte, que Ovando no le enviaria auxilio, y que los que se habian calmado no tardarian en desesperarse

A esta lúgubre idea siguieron otras más tristes todavía.

Los hombres mas útiles para contener á los indios, para defender los buques de cualquiera invasion, se habian marchado; no quedaban en torno suyo más que enfermos.

Los cinco ó seis que podian prestar servicio tenian necesidad de asistir á sus camaradas, y no podian salir en busca de provisiones.

Los indios estaban acostumbrados á que los españoles fuesen hasta sus mismas chozas á recoger los alimentos, á llevar-

les las chucherías con que los pagaban, y era posible que perdiendo la costumbre y el miedo se desentendiesen por completo de sus huéspedes.

La Providencia que velaba por el gran hombre, quiso que los padecimientos de sus soldados mitigasen los suyos, y que reanimadas sus fuerzas, hallase en aquellos instantes críticos la actividad y la inspiracion que necesitaba para evitar los próximos conflictos de que se veia amenazado.

«Por medio de una invariable buena fe y de una amistosa conducta, dice uno de sus historiadores, hácia los naturales, y usando juiciosamente los artículos de tráfico que le quedaban, logró procurarse de cuando en cuando considerables cantidades de víveres.»

Al dia siguiente del en que estalló la rebelion, mandó al sargento Dominguez á buscar al cacique de la tríbu más proxima à la costa, y le manifestó que las escenas que habian presenciado habia sido un castigo que habia impuesto á los que con sus abusos habian causado mayor daño á los indios.

—En lo sucesivo, le dijo, podeis anunciar á vuestros hermanos que nadie os molestará, y que en cambio de los víveres que nos traigan recibirán los dijes más preciosos.

Para mantener la disciplina entre los suyos, llamó á los que estaban sanos, y les dijo:

—La precipitada fuga de los rebeldes ha sido causa de que nos dejen las mejores provisiones. Aún tenemos galleta, y con el pan de cazabe y la carne de hutia podremos vivir hasta que acudan á socorrernos. Pero voy á haceros una proposicion. Es necesario que los enfermos se restablezcan pronto, y para ello creo que debemos duplicar su racion de galleta, privándonos nosotros de ese alimento.

—Sí, sí, dijeron todos; lo principal es que se restablezcan.

—Pero vos, dijo uno, estais tambien enfermo; sois nuestro jefe, y debeis participar de ese manjar que es el que mejor sienta á vuestro debilitado estómago.

—Yo soy vuestro jefe, y es en mí un deber daros ejemplo: mi principal deseo es ver á todos buenos, mejorados de sus dolencias, prontos á contrarestar los atentados de los indios, y dispuestos á recibir confiados los auxilios de la Providencia.

La reaccion que se operó en su favor continuó creciendo.

El gran hombre, devorando sus penas, ocultando sus temores, velando sus zozobras con la actitud de la tranquilidad, logró infundir la esperanza en todos los ánimos.

«Con este trato atento y amistoso, dice Washington Froign, restableció Colon la salud y alegría de sus compañeros, y los puso á todos en estado de contribuir á la seguridad comun.

«Juiciosos reglamentos, pacífica, pero firmemente sostenidos, restablecieron y conservaron el órden, comprendiendo todos, gracias al supremo y generoso esfuerzo de su jefe, que las restricciones que les imponia eran inspiradas por su propio bien, que la disciplina es el puerto de salvacion en todos los conflictos que producen las rebeliones.»

Pero apénas logró Colon disminuir las penalidades de su gente, apénas adquirió la seguridad de su obediencia, surgieron nuevos peligros, nuevas complicaciones.

Los indios comenzaron á echarse en el surco.

Poco afectos al trabajo, preferian pasar el tiempo entregados á la molicie, á tener que cultivar la tierra, á fabricar el pan de cazabe, á cazar las hutias.

Los víveres disminuian, y necesitaban los hombres sanos abandonar á los enfermos para ir à reclamar á los indígenas los alimentos que debian entregarles con arreglo á los pactos establecidos.

Estos se evadian por medio de fútiles pretextos.

—Si no estais contentos con los dijes que os damos por vuestras provisiones, pedid mas, les decian los enviados.

—Todos tenemos abundantes joyas de las que nos dais en cambio de víveres, y cuanto mayor sea el número de ellas que poseamos, menor será su valor y su importancia, contestaban los indios.

Los emisarios volvian sin provisiones.

Desesperados, recurrian algunas veces á las amenazas.

—¡Bah! no nos amedrentamos, decian los caciques. Os han abandonado la mayor parte de vuestros compañeros, sois pocos, y cuando vuestro jefe no ha podido dominar á los que se han rebelado contra él, ménos podrá dominarnos á nosotros, que en último caso somos libres, nada le debemos, y podemos, si nos molesta, arrojarle de nuestra costa.

Este lenguaje era la expresion del deplorable afecto que la infame conducta de los rebeldes habia producido.

No era, sin embargo, lo más temible.

Aquellos desalmados vagaban por la isla, cometiendo toda clase de excesos, desacreditando á su jefe, y encendiendo la más profunda irritacion en los indígenas.

Estos, que llenaban diariamente la playa y conversaban con los españoles, comenzaron á retraerse y á mostrarse hostiles.

Las provisiones llegaron á faltar por completo.

Ni Diego Mendez ni Bartolomé Fiesco daban señales de vida.

El conflicto que les amenazaba adquiria cada dia mayores proporciones.

—Luchemos con ellos, sometámoslos á la fuerza, decian algunos; y Bartolomé Colon era de esta opinion.

—Las probabilidades del éxito están en su favor, contestaba el almirante. Más que la fuerza ha de salvarnos la maña.

—Mejor será perecer á sus manos que morir de hambre.

—No temais.... Dios me inspirará.

—Es que pasado mañana daremos fin á las últimas provisiones.

—¡Pasado mañana! dijo de pronto Colon.

—Sí.

—Pues bien, añadió despues de recogerse un momento, yo os prometo que pasado mañana tendremos abundantes víveres.

—No es posible.

—¡Fiad en mí!

Al hacer esta promesa, habia obedecido el gran hombre á una verdadera inspiracion.

Gracias á sus conocimientos astronómicos, pensó que la naturaleza iba á proporcionarle, precisamente el dia en que más lo necesitaba, el medio de infundir pavor á los indios, de aparecer ante ellos como un hombre sobrehumano.

Al dia siguiente envió à un indio que le servia de intérprete à llamar en su nombre á los caciques, anunciándoles que tenia que hacerles importantes revelaciones.

Despues de convocarlos para el momento en que podria adquirir sobre ellos un nuevo y gran prestigio, aguardó con calma aquella hora suprema.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LXII.

Hombres sin alma.

Aquella promesa solemne del almirante, despues de tantas escenas de sentimiento, tranquilizó á todos.

Las rápidas emociones del dolor al placer habian producido un efecto maravilloso.

No veian ya á Colon como al aventurero y al ambicioso: lo veian como al jefe màs autorizado y digno, y como al padre màs solícito y cariñoso.

Todo cuanto sucedia tenia algo de sobrenatural.

No es el acaso el que trasforma á los hombres de ingratos y turbulentos en dóciles y resignados.

Es la Providencia, la que despues de haberlos sometido á pruebas más ó ménos heróicas, quiere premiar las penas y vivificar los corazones angustiados.

Las condiciones del tiempo y de la situacion en que se encontraban aquellos desgraciados, no eran las mejores para dejarse alucinar por la impostura.

Era preciso que hubiera algo de grande, de extraordinario y de sobrenatural en aquel que los contuviera y dominase.

Pero abandonemos por un momento á los leales para seguir á los traidores.

No es posible que encontrasen paz ni calma los que màs que por su propia conservacion, ni la de la gente á que sedujeron, se proponian desprestigiar el poder y amenguar el mérito del almirante, sirviéndoles su derrota de pedestal para sus codiciosos propósitos.

Por de pronto, no habia comenzado su fuga, cuando aquellos dos beneméritos se arrojaron al agua para volver como hijos pródigos al seno de aquellas naves abandonadas.

Y ese ejemplo debia ejercer su influencia en las canoas, pues á la gresca y la algazara con que se habian embarcado, sucedió un silencio profundo.

Bien lo conocieron los hermanos Porras, y por eso todos sus esfuerzos se dirigieron á alejarse precipitadamente de aquel sitio, que podia ser un poderoso atractivo, un gran iman para los hombres á cuyo frente se encontraban

En aquellos momentos serian ineficaces cuantas promesas pudieran hacer.

Ni su carácter, ni su talento, ni sus virtudes, eran populares entre su gente.

Y es seguro que su bandera no hubiera arrastrado prosélitos, si no hubiesen explotado el descontento de aquellos infelices, que cansados de padecer, y habiendo perdido la esperanza, solo querian encontrar un pretexto para salir de aquella terrible cárcel.

Su derrotero fué hácia la isla del Oriente, ó sea el mismo que habian seguido Mendez y Fiesco.

En tan funesta situacion para los hermanos Porras, se propusieron halagar á los cuarenta y seis hombres que les acompañaban.

—Nada temais, les decia el capitan; ha llegado para vosotros la hora suprema de la emancipacion.

—Ya lo deseábamos, contestó un soldado, que conociendo la poca autoridad de sus jefes, queria familiarizarse con ellos.

—Agradecednos nuestra iniciativa y nuestros esfuerzos por redimiros, añadió el contador.

—Hemos salvado nuestras vidas y nuestra libertad, añadió una voz imperceptible.

—Pues adelante, dijo un sargento.

—Pero estamos escasos de provisiones.

—¡Estaban tan pobres las naves que hemos dejado!

—Pero algo más podia haberse sacado.

—Nos hemos embarcado tan precipitadamente....

—¡Si pareciamos cobardes!

—Al correr tanto, creí que huiamos de un peligro inminente.

—No sé por qué nos dimos tanta prisa.

—Y eso que éramos los vencedores.

—Valian tan poco los que quedaban.

—Si estaban enfermos casi todos.

—Pues hemos hecho muy mal en no habernos provisto con más abundancia.

—No estamos tan léjos, y aún podriamos volver.

—Seria un disparate que nunca consentiré, exclamó Francisco Martin Porras, porque no quiero comprometeros. Considerad que estas canoas no están para idas y venidas.

Estas palabras las pronunció entrecortadas y revelando un miedo que no se escapó desapercibido para ninguno.

—Vamos, capitan, se permitió decirle un subalterno, yo me comprometo, sólo con doce hombres, á partir para las naves, tomarlas por asalto y apoderarme de todos los artículos que pueden convenirnos para nuestro viaje.

El tono en que se expresaba el subalterno hizo temblar á los hermanos Porras, y el contador, que si carecia de valor abundaba en astucia, se apresuró á parar el golpe.

—¡Bien por el bravo! le dijo. No dudamos de tu valor, y algun dia conocerás la particular estimacion que te tenemos. Ya contamos con tus bríos; pero los aplazamos para ocasion más oportuna y brillante.

Los que oyeron al sargento sorprendieron en sus palabras un acento de desconfianza en la empresa en que todos iban comprometidos, y un deseo de volver á las naves para pedir perdon al almirante y para correr con aquel gran hombre todos los peligros que le aguardaban.

Y los iniciadores de la rebelion comprendieron tambien la actitud del subalterno, y trataron de desfigurarla ante su gente y de halagarla con vanas y mentidas promesas.

—Nada más tengo que decirte, pues mi hermano te ha manifestado nuestros sentimientos, añadió el capitan. Y adelante, adelante, añadió con voz ronca. ¡Adelante! Es preciso que lleguemos pronto á una isla vecina, donde podremos surtirnos de abundantes provisiones.

—Ya las necesitamos; las que tenemos son muy malas y muy escasas.

—Peores hubieran sido si continuamos con Colon. Ya visteis que se concluian, y que no habia esperanza de reemplazarlas.

—Estaban apurados los recursos de aquellos indios.

—Es gente tan frugal....

—Se contenta con tan poco....

—Y los que estamos acostumbrados á una gran vida....

—Los que somos españoles....

—Nada, nada; ya que hemos abandonado al almirante por el mal trato que nos daba en el alimento, y por el largo tiempo de cautiverio que llevábamos, es preciso que cambie pronto nuestra situacion. Es necesario que empecemos á gozar, ya que tanto hemos sufrido.

—Y el navegar en canoa de indio no es cosa cómoda.

Estas frases, que se cruzaban entre aquellos hombres, indicaban bien á las claras que no estaban dispuestos á sufrir, y que si muy pronto no se satisfacian sus deseos, estarian dis-

puestos á cometer toda clase de atropellos, haciendo las primeras víctimas en los que los habian sacado de las naves.

—Quiero demostraros el interes que me inspirais, les dijo el capitan Porras; y ahora mismo vamos á dar un asalto á aquellas guaridas de indios que desde aquí se ven.

—Aprobado, aprobado.... y manos á la obra.

Poco tiempo despues atracaban entre unas rocas las diez canoas de los rebeldes.

Aunque aquellos indios eran vecinos de los de las naves, y no debian extrañar el encontrarse entre españoles, sin embargo se sorprendieron de aquella visita intempestiva que venia á turbar su calma, porque instintivamente conocieron que la actitud de aquellos hombres era amenazadora.

—Venimos á saludaros, les dijeron, y á pasar con vosotros algun tiempo.

—¿Nos tratareis bien?

—¿Nos dareis buena comida?

—¿Sereis muy obsequiosos con nosotros?

—Somos vuestros amigos.

—Ahí hemos dejado á vuestros enemigos.

—Esos, esos son: los que están al otro lado de aquellas rocas.

—Nosotros os queremos, pero tenemos que cumplir órdenes severas.

—Es preciso que nos surtais de provisiones.

—¿Qué es lo que teneis?

—Vamos á registrar sus chozas, que algo de bueno encontraremos.

—Tenemos poco, tenemos poco, contestaban los pobres indios.

—Pues nos dareis lo que tengais.

—Pero tenemos hambre, y lo propio acontece á nuestras mujeres y á nuestros hijos.

—Pues nosotros mandamos; tenemos fuerza, y os haremos cumplir con nuestras exigencias.

Si aquellos hombres hubieran conservado un resto de los nobles sentimientos y de las ideas caballerescas que les inspiraba Colon, no hubiesen cometido los inauditos atropellos que cometieron con los salvajes.

Todo cuanto encontraron lo convirtieron en su presa, y para que nada les ocultaran, los sujetaron á los más duros y crueles tratamientos.

Alguno, ménos inhumano, queria descargar sobre Colon el peso de su conciencia, y les decia que ellos no eran los que les arrebataban el alimento; que el almirante era el que les habia dado órdenes terminantes de saquearlos. Que no tenian culpa alguna en lo que hacian, pero que su jefe les pagaria todo lo que les arrebataban.

Este era el lenguaje de los ménos malos, de los que aún podian conocer todo el daño que causaban á gente tan sencilla é inofensiva como los indios.

Les hacian ver que Colon era el mayor enemigo de los indios, y el gran tirano de aquellas playas. Se esforzaron cuanto pudieron por desacreditarle y por despertar contra él una saña cruel, hasta el punto de decirles que si no les pagaba lo que ellos habian tomado obedeciendo su mandato, le quitasen la vida.

Aquella gente malvada no tenia corazon para compadecerse. No habia en ella más que un refinado egoismo.

Y cuando las tormentas de la mar pusieron en peligro las canoas, como carecian de lastre para aligerarlas, arrojaban al agua los indios que ménos útiles les eran, conservando solamente los necesarios para el remo.

Eran diestros nadadores aquellos infelices, y procuraban seguir á nado á las canoas, asiéndose á ellas para tomar alien-

to y descansar; pero como esto podia comprometer á los españoles, les herian con el filo de las espadas y les cortaban las manos.

De esta manera inícua dieron muerte á diez y ocho.

Cuando se encontraron los españoles en tierra, discutieron lo que podria ser más conveniente.

Algunos querian ir á Cuba.

Otros quisieron volver á las naves y quitarles las armas y víveres, y no faltó quien quiso reconciliarse con el almirante.

Pero al fin convinieron en intentar de nuevo el viaje á la Española; y como el tiempo se opuso á sus intentos, bogaron de poblacion en poblacion, cometiendo toda clase de atropellos, y demostrando que el hombre abandonado á sus pasiones, y sin otro móvil que su egoismo, es más brutal y feroz de las fieras.

CAPITULO LXIII.

El último recurso.

Se encontraron reunidos al fin.

Era por cierto una asamblea bien heterogénea.

Por una parte, los indios con su ignorancia y credulidad.

Por otra, los españoles alumbrados por la luz de la religion y de la ciencia.

Y sin embargo, era preciso que se entendieran, que llegasen á un acuerdo definitivo.

La suerte de Colon y de sus compañeros dependia de la actitud de los indios.

La mala semilla que habian sembrado entre los salvajes los rebeldes capitaneados por los hermanos Porras, estaba fructificando.

Sabido es que aun los ménos malos de los insurgentes, queriendo justificar ó atenuar su infame y alevosa conducta con aquellos desgraciados indios, á quienes sacrificaban con el despojo y con los más duros tratamientos, les dijeron que no procedian por cuenta propia, sino por órdenes severas que les habia dado el almirante.

Y aquellos infelices, crédulos siempre, tenian por ciertas tan terribles calumnias.

No era, pues, motivo de extrañeza el encontrarse preocupados contra Colon, puesto que en él veian al gran usurpa-

to y descansar; pero como esto podia comprometer á los españoles, les herian con el filo de las espadas y les cortaban las manos.

De esta manera inícua dieron muerte á diez y ocho.

Cuando se encontraron los españoles en tierra, discutieron lo que podria ser más conveniente.

Algunos querian ir á Cuba.

Otros quisieron volver á las naves y quitarles las armas y víveres, y no faltó quien quiso reconciliarse con el almirante.

Pero al fin convinieron en intentar de nuevo el viaje á la Española; y como el tiempo se opuso á sus intentos, bogaron de poblacion en poblacion, cometiendo toda clase de atropellos, y demostrando que el hombre abandonado á sus pasiones, y sin otro móvil que su egoismo, es más brutal y feroz de las fieras.

CAPITULO LXIII.

El último recurso.

Se encontraron reunidos al fin.

Era por cierto una asamblea bien heterogénea.

Por una parte, los indios con su ignorancia y credulidad.

Por otra, los españoles alumbrados por la luz de la religion y de la ciencia.

Y sin embargo, era preciso que se entendieran, que llegasen á un acuerdo definitivo.

La suerte de Colon y de sus compañeros dependia de la actitud de los indios.

La mala semilla que habian sembrado entre los salvajes los rebeldes capitaneados por los hermanos Porras, estaba fructificando.

Sabido es que aun los ménos malos de los insurgentes, queriendo justificar ó atenuar su infame y alevosa conducta con aquellos desgraciados indios, á quienes sacrificaban con el despojo y con los más duros tratamientos, les dijeron que no procedian por cuenta propia, sino por órdenes severas que les habia dado el almirante.

Y aquellos infelices, crédulos siempre, tenian por ciertas tan terribles calumnias.

No era, pues, motivo de extrañeza el encontrarse preocupados contra Colon, puesto que en él veian al gran usurpa-

dor, al tirano, al hombre fatal que iba á aquellas regiones para causar su ruina y para asolarlas completamente.

Por eso mismo los indios celebraban cordialmente la situacion crítica de las naves, y esperaban que la falta de víveres concluiria por hacer morir de hambre á toda la tripulacion, que solo habia ido á aquel país para sacrificarlo.

No se ocultaban á Colon las precauciones de los indios, ni el odio mortal que le profesaban.

Pero si no acudia à los indios, le era imposible proveerse de los víveres que le eran tan indispensables para atender á las más precisas necesidades de su gente.

Para hablarles de este asunto, que tanto les interesaba, era para lo que los habia convocado.

Y persuadido como estaba de que por los medios ordinarios no podria conquistar sus simpatías ni ponerlos á su servicio, apeló à un recurso hábil é ingenioso.

—No sabeis para qué os he llamado, les dijo por medio de su intérprete, y deseo que lo sepais pronto, porque quiero dispensaros un gran favor, y espero que me correspondereis.

—No, no; no nos hará favor, decia un indio.

—Es muy malo, añadia otro.

—Si nos querrá matar.

—No, no tiene provisiones.

—Eso es lo que quiere.

—Pues no se las daremos.

—Que se muera él.

—Y todos los españoles.

—Que nos dejen en paz.

Estas y otras frases se escapaban de los inquietos labios de los indios congregados en las deterioradas naves de Colon.

Y aunque él comprendia todo cuanto ellos pensaban, aparentó una gran serenidad, sin esforzarse mucho, pues la serenidad en los más graves peligros era uno de los rasgos que más le caracterizaban.

—Confiad en nosotros, les dijo en tono dulce y afectuoso.

—No, no confiaremos, porque es un tirano.

—Porque quiere robarnos.

—Pero ya no puede, porque los otros españoles se han escapado, y éstos son ya pocos y estàn enfermos.

Estas y otras palabras parecidas interrumpian el discurso de Colon; pero continuaba:

—Confiad en nosotros, porque os queremos, y no os hemos hecho daño alguno.

—Sí, sí; que por él nos quitaron todo cuanto teniamos guardado.

—Y nos dejaron sin comer.

Al comprender Colon que le acusaban de despojador, él que tan evangélico y tan caballero era en toda su conducta:

—No, dijo con palabra severa y conmovida; no, nunca se cometerán por mí semejantes atropellos. Al contrario, siempre prohibiré muy severamente á los hombres que estén bajo mi mando que hagan daño alguno en las personas y en los bienes de los pobres y desgraciados indios.

—Yo los quiero con todo mi corazon, añadió, y estoy dispuesto á hacerles todo el bien que me sea posible.

—Pues así lo dijeron, exclamaba un indio. Ellos aseguraron que todo cuanto hacian era lo que les habia ordenado su jefe.

—Mentian los miserables, mentian alevosamente. No fueron mandados por su jefe; fueron prófugos de estas naves, donde siempre habia órden, disciplina y gran respeto al prójimo, á quien miramos como á nuestro hermano, lo mismo que á su propiedad.

Aunque las palabras de Colon eran ininteligibles para los

indios, aunque el intérprete se las tradujese genuinamente, sin embargo, el acento y la majestad con que las pronunciaba les daban un carácter de verdad y de grandeza, que producia su efecto entre los salvajes.

—Nosotros no podemos dañaros, porque no nos pertenecemos, no somos dueños de nuestra conducta. Nosotros adoramos á un Dios que está en el cielo, y que desde el cielo bajó á la tierra, y lo hizo para enseñarnos el amor inmenso que debemos tener à todos los hombres, sea cualquiera el país que habiten y la raza á que pertenezcan. Y nosotros queremos ser fieles á la enseñanza que recibimos de la Divinidad, no sólo porque así le agradamos, y ese es nuestro mayor deseo, sino porque si así no lo hiciéramos, seríamos terriblemente castigados.

A los hombres que se portan bien les envía contrariedades y trabajos; pero al fin les premia y los recompensa crecidamente con grandes y visibles dádivas.

Vosotros lo habreis observado, les decia; vosotros habreis visto que la expedicion de Diego Mendez, hombre honrado, generoso y valiente, fué protegida por la Divinidad, porque se proponia un gran fin, y solo aspiraba á cumplir sus deberes más sagrados.

Pero ya sabeis la suerte que ha cabido á esos infames capitaneados por los hermanos Porras. Ellos empezaron por sublevarse contra mí, y muy pronto sintieron los rigores de la expedicion, porque perdieron todo su prestigio para la gente que mandaban; y más tarde sufren toda clase de padecimientos, acosados por el hambre, por las enfermedades y por su propia conciencia, que en voz muy alta les acusa de sus grandes crímenes.

Y esa Divinidad, inflexible para con los malos, pero bondadosa con los hombres de buena voluntad, os castigará sen-

siblemente si no cumplís aquellos deberes que vuestra razon os promulga muy claramente.

No ignorais que no se debe dañar á otro, ni tampoco se os oculta el deber que teneis de prestaros recíproco auxilio y proteccion. Si no os auxiliarais, moririais devorados por el hambre y por vuestras necesidades no satisfechas.

Pues esos deberes que conoceis nos los ha enseñado muy ámpliamente el mismo Dios cuando descendió al mundo y habitó entre nosotros.

Por eso no os haremos nunca mal, y procuraremos prestaros servicios. Pero si vosotros no haceis lo mismo, caerán sobre los que os porteis indignamente toda clase de calamidades.

Esta noche misma se verificará un acontecimiento que os llenará de confusion y espanto. Esta noche misma quedareis envueltos en una oscuridad tenebrosa, que sobrecogerá vuestros corazones y os llenará de confusion.

Y ese suceso os hará arrepentiros de vuestras culpas, y temblareis ante la idea del poder de Dios y de las penas inmensas con que podrà castigaros.

—Quiere asustarnos.

—Sí, sí; lo que quiere es que le demos víveres.

—¡Si dirà la verdad!

—Aquí estamos nosotros, que somos vuestros hermanos, los que hemos venido á estas regiones para haceros un gran bien, que todavía no podeis conocer ni apreciar. Y aquí estamos débiles, enfermos y sin alimentos ni recursos.

—Mejor, mejor.

—Eso es lo que queremos.

—Así morirán pronto.

Estas eran las frases con que murmuraban los indios al saber la situacion en que se encontraban los buenos españoles que habian sido fieles á Colon.

Tampoco debe admirarnos semejante actitud, pues estaba muy arraigada en todos ellos la idea de que aquellos hombres no tenian otra mira que enriquecerse, y que para lograr su objeto no perdonaban medio ni omitian recurso alguno.

Sin embargo, era tal la presencia de ánimo del almirante, tal la confianza que revelaba su noble fisonomía, que algunos indios comenzaron instintivamente á señalarle con simpatía; pero la gran mayoría lo consideraba como un mónstruo, como un infame, como un usurpador.

Y al persuadirse Colon del estado de incredulidad en que se encontraba su auditorio, exclamó así:

—Esta noche se oscurecerá la luna, quedareis envueltos en tinieblas; conocereis vuestras faltas, y temblareis ante las penas con que Dios puede castigaros.

CAPITULO LXIV.

Dios y el hombre.

Impresionaron á los indios las palabras de Colon, tan solemnemente pronunciadas.

Y aun los que iban dispuestos á escuchar frases engañosas, quedaron sorprendidos ante aquel hombre privilegiado y excepcional.

Si el acontecimiento que les anunciaba hubiera sido para un plazo más remoto, se hubieran afirmado más y más en sus creencias. Pero el decirles que aquella misma noche iba á verificarse, les llenaba de confusion y espanto.

Pero á la animada conversacion y á los incesantes murmullos siguió una terrible calma; calma precursora de algun suceso extraordinario.

Nadie contestaba afirmativamente á las proposiciones que se hicieron.

Pero tampoco nadie tenia valor para oponerse y resistir.

Los indios abandonaban las naves.

Y Colon quedaba en ellas muy seguro de que su estratagema habia de dar grandes resultados.

—¿Será cierto?

—No, no; no puede ser.

—¿Y qué haremos si sucede?

—Nunca hemos visto una cosa tan extraordinaria.

—Y dice que no nos quiere mal; dice que nos quiere bien. Pues si nos quiere....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tampoco debe admirarnos semejante actitud, pues estaba muy arraigada en todos ellos la idea de que aquellos hombres no tenian otra mira que enriquecerse, y que para lograr su objeto no perdonaban medio ni omitian recurso alguno.

Sin embargo, era tal la presencia de ánimo del almirante, tal la confianza que revelaba su noble fisonomía, que algunos indios comenzaron instintivamente á señalarle con simpatía; pero la gran mayoría lo consideraba como un mónstruo, como un infame, como un usurpador.

Y al persuadirse Colon del estado de incredulidad en que se encontraba su auditorio, exclamó así:

—Esta noche se oscurecerá la luna, quedareis envueltos en tinieblas; conocereis vuestras faltas, y temblareis ante las penas con que Dios puede castigaros.

CAPITULO LXIV.

Dios y el hombre.

Impresionaron á los indios las palabras de Colon, tan solemnemente pronunciadas.

Y aun los que iban dispuestos á escuchar frases engañosas, quedaron sorprendidos ante aquel hombre privilegiado y excepcional.

Si el acontecimiento que les anunciaba hubiera sido para un plazo más remoto, se hubieran afirmado más y más en sus creencias. Pero el decirles que aquella misma noche iba á verificarse, les llenaba de confusion y espanto.

Pero á la animada conversacion y á los incesantes murmullos siguió una terrible calma; calma precursora de algun suceso extraordinario.

Nadie contestaba afirmativamente á las proposiciones que se hicieron.

Pero tampoco nadie tenia valor para oponerse y resistir.

Los indios abandonaban las naves.

Y Colon quedaba en ellas muy seguro de que su estratagema habia de dar grandes resultados.

—¿Será cierto?

—No, no; no puede ser.

—¿Y qué haremos si sucede?

—Nunca hemos visto una cosa tan extraordinaria.

—Y dice que no nos quiere mal; dice que nos quiere bien. Pues si nos quiere....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No lo creamos, no lo creamos, porque ya nos dijeron que nos engañaria.

—Pues no lo creeremos.

—Estos españoles saben más que nosotros, y querrán robarnos.

—Y el que nos ha hablado debe saber más que los otros. Por eso no debemos creer lo que nos ha dicho.

—¡Pero esta, esta noche!

—Me da miedo.

—Y dice que es amigo de Dios, y que Dios vino al mundo y enseñó á los hombres lo que debian hacer para agradarle.

—Que deben amarse unos á otros.

—Y perdonarse las ofensas.

—Y hacer bien á los enemigos.

—Ya caigo, ya caigo. Lo dice por él, lo dice por él. Como él es nuestro enemigo, quiere que le socorramos. No, no; no le haremos caso.

—Será un impostor.

—Entónces me tranquilizo.

—Yo habia empezado á temblar.

—Creia que esta noche se hundiria la tierra y nos enterraria á todos.

—Y no nos veríamos más.

—¿A qué habrán venido aquí los españoles?

—Matarlos, matarlos.

—No me atreveria.

—Ni yo tampoco.

Esta era la conversacion de los indios cuando se retiraban despues de haber oido las proposiciones de Colon.

Y en medio de aquella soledad, de aquella tristeza, de aquel abatimiento general, parecia que el almirante queria sonreirse.

Su sonrisa era la del cristiano en el momento en que va á presenciar un triunfo providencial.

No es posible, dentro de las condiciones ordinarias de la vida, hacerse superior á una situacion tan crítica como aquella, si el Dios de la clemencia y de la misericordia infinita no se interpone entre los hombres para despertar en unos ideas grandiosas y salvadoras, y para ablandar los corazones de los otros.

El escéptico más absoluto depondria sus preocupaciones en presencia de ciertos sucesos que se prestan á una meditacion profunda.

Unas naves derrotadas y unos hombres hambrientos y enfermos, alejados de su país y situados en playas desconocidas y de gente salvaje; de gente que les consideraba como á sus más implacables enemigos, acudiendo à éstos mismos para que les diesen alimento y para que les prestasen los recursos que eran indispensables á su subsistencia, es un problema de resolucion imposible dentro de la esfera ordinaria. Y en esas situaciones tan especiales es donde debe estudiarse la influencia de la Divinidad sobre los destinos humanos.

Todo el talento de Colon hubiera sido ineficaz para vencer obstáculos tan supremos, toda su ciencia hubiera sido estéril, todo su cálculo impotente, porque los razonamientos del filósofo no pueden destruir de un golpe las creencias arraigadas entre los salvajes.

Y ¿á qué debe atribuirse el que Colon se encontrase por entónces en aquellas playas? ¿Fué la casualidad la que lo llevó al Nuevo Mundo? Fué la casualidad la que puso á prueba su sufrimiento, y la que le dió valor para sobreponerse á la deslealtad y à la ingratitud de su gente? ¿Fué la casualidad la que permitió que en instantes tan supremos pudiese anunciar á los indios un acontecimiento extraordinario, que de ser cierto habia de influir grandemente entre ellos para que mirasen en Colon un hombre superior y favorecido de Dios, y para que en vez de obedecer á los instintos de venganza que

les embargaban, templase su odio, le rindiesen obediencia y se sometiesen á su voluntad, convirtiéndose en afectuosos prójimos y en dóciles y voluntarios esclavos?

¡Pobres hombres los que no se detienen á examinar sucesos como el que nos ocupa!

¡Pobres los que sólo ven el azar en los acontecimientos que se repiten en el mundo!

¡Pobres los que no levantan su mirada al cielo y ven que Dios, desde su excelso trono, vela con solicitud amorosa por sus criaturas, y prepara para los buenos soluciones gloriosas y fecundas cuando se encuentran inundados en el piélago insondable de la adversidad!

Pero los que en todo y para todo lo grande ven la Providencia, muestran un placer supremo en reconocerla en situaciones tan terribles como en la que se hallaban el almirante y sus compañeros.

El tiempo corria velozmente.

Las provisiones de las naves estaban agotadas.

No habia salvacion posible fuera de la caridad de los indios.

Y los indios desconocian la caridad cristiana, y sólo se inspiraban en su corazon para tratar con amor al amigo y con saña cruel al enemigo.

Y no habia entónces para ellos un enemigo tan terrible como Colon.

Apúrese, pues, la inteligencia para dar soluciones satisfactorias á un problema tan delicado y tan complejo, y la inteligencia naufragará en un mar de tinieblas.

Pero ríndase la inteligencia ante las aras de la fe, y cerrando los ojos se llenará de luz, y verá que el Omnipotente le prestará recursos sobrenaturales para hacerse superior á circunstancias extraordinarias.

Sólo así puede explicarse el suceso que se estaba realizando en aquellas apartadas regiones.

Llegó por fin aquella noche tan esperada, y que tanto preocupaba á los indios.

Porque aun los más incrédulos abrigaban sérios temores.

—Esta noche es mucho más oscura que otras, exclamaba un indio.

—No, no; es que tienes miedo, le contestaba otro.

—Pues veo ménos.

—Y yo tambien.

—Y yo.

—Teneis razon, teneis razon.

—¡Ay, ay de mí! ¡Ay de nosotros!

—¡Somos perdidos!

—¡Quién nos salvará!

—¡Perdidos, perdidos! ¡No hay salvacion!

—¡La Divinidad nos castiga porque no hemos obedecido al jefe de los españoles!

Una confusa y terrible gritería atronaba el espacio. Lágrimas, sollozos, alaridos y palabras entrecortadas se percibian desde las naves.

—¡Perdon! ¡Perdon!

—¡Que se aplaque la Divinidad! ¡Que se aplaque!

—Ya creemos lo que nos ha dicho, y le serviremos como esclavos.

—Le llevaremos cuanto tenemos.

Y corrian entre las tinieblas algunos indios, corrian instintivamente hácia los buques con la esperanza puesta en Colon, en quien veian un hombre sobrenatural, y á quien querian pedir perdon á nombre de todos, rogándole que intercediese con la Divinidad.

Pero las tinieblas eran mayores, y cuando llegaron al borde de las naves la oscuridad era absoluta.

—¡Favor, favor para nosotros!

—¡Auxiliadnos! ¡Auxiliadnos!

Subieron por fin á las naves, y se afanaban los pobres salvajes por estrechar á Colon y por postrarse ante él, pidiéndole su proteccion.

—Aquí teneis lo que hemos podido traeros. Aquí lo teneis. Recibidlo ahora, aunque sea tan poco; recibidlo ahora, que cuando haya luz os daremos todo cuanto tenemos.

El almirante se conmovia al ver la tribulacion de los indios, pero hubiera sido imprudente si les hubiese explicado el fenómeno; consultando á miras discretas, se retiró á su camarote.

Miéntras tanto crecia la impresion de los indios, porque aquella oscuridad tan espantosa les aterraba, y sólo esperaban las palabras de Colon para tranquilizarse.

Apareció por fin el almirante, y con voz severa y palabra afectuosa así les dijo:

—He pedido á Dios por vosotros. Le he rogado que os perdone, porque ignorabais la enseñanza sublime que nos dió cuando habitó entre los hombres; le he dicho que perdone vuestros pecados, que perdone vuestras faltas, así como vosotros tambien perdonareis á los que os ofendan.

—Sí, sí; perdonaremos á nuestros deudores.

—Sólo así es como se puede alcanzar el perdon de Dios. Si teneis rencor á vuestro prójimo, si no perdonais á los que os ofenden, ¿cómo os atrevereis á pedir perdon á Dios por las ofensas que vosotros, siendo sus criaturas predilectas, podais inferirle?

—Sí, sí; perdonamos á todos, perdonamos á todos.

—Pues Dios tambien os perdona. Id y decid á vuestro pueblo que siendo cristiano será dichoso.

Un eclipse de luna, conocido anticipadamente por Colon, le salvó de una muerte cierta

¿Quién le salvó?

¿La casualidad ó la Providencia?

CAPITULO LXV.

Desventuras sin fin.

La estancia de Colon y de los suyos en la costa de la Jamáica, es uno de los grandes ejemplos de paciencia que presenta la historia del mundo.

Es necesario reconcentrar toda la atencion para formarse una idea de los tormentos que padecieron aquellos infelices, del horrible martirio que sufrió el gran hombre á quien la Providencia habia encomendado una de las más importantes y más trascendentales misiones que ha confiado en el mundo á las almas privilegiadas.

Todo esto una semana, un mes, aun puede concebirse.

Pero un mes y otro.... hasta diez.... un invierno, una primavera, un otoño.... ¡Esto es el colmo del infortunio!

Ocho meses habian trascurrido desde la salida de Diego Mendez y de Bartolomé Fiesco, y en aquel tiempo no habia pasado un solo dia sin que Colon abrigase y perdiese la esperanza de ver llegar á Fiesco, ó por lo ménos un buque enviado por Ovando con la noticia de que Mendez habia partido para España.

Algunas veces descubrian á lo léjos canoas indias, que parecian dirigirse á la costa en donde estaban, y se lisonjeaban de que fuesen mensajeros de prósperas nuevas; pero su ilusion no tardaba en desvanecerse.

Las canoas pasaban de largo, ó iban á desembarcar á sus

Subieron por fin á las naves, y se afanaban los pobres salvajes por estrechar á Colon y por postrarse ante él, pidiéndole su proteccion.

—Aquí teneis lo que hemos podido traeros. Aquí lo teneis. Recibidlo ahora, aunque sea tan poco; recibidlo ahora, que cuando haya luz os daremos todo cuanto tenemos.

El almirante se conmovia al ver la tribulacion de los indios, pero hubiera sido imprudente si les hubiese explicado el fenómeno; consultando á miras discretas, se retiró á su camarote.

Miéntras tanto crecia la impresion de los indios, porque aquella oscuridad tan espantosa les aterraba, y sólo esperaban las palabras de Colon para tranquilizarse.

Apareció por fin el almirante, y con voz severa y palabra afectuosa así les dijo:

—He pedido á Dios por vosotros. Le he rogado que os perdone, porque ignorabais la enseñanza sublime que nos dió cuando habitó entre los hombres; le he dicho que perdone vuestros pecados, que perdone vuestras faltas, así como vosotros tambien perdonareis á los que os ofendan.

—Sí, sí; perdonaremos á nuestros deudores.

—Sólo así es como se puede alcanzar el perdon de Dios. Si teneis rencor á vuestro prójimo, si no perdonais á los que os ofenden, ¿cómo os atrevereis á pedir perdon á Dios por las ofensas que vosotros, siendo sus criaturas predilectas, podais inferirle?

—Sí, sí; perdonamos á todos, perdonamos á todos.

—Pues Dios tambien os perdona. Id y decid á vuestro pueblo que siendo cristiano será dichoso.

Un eclipse de luna, conocido anticipadamente por Colon, le salvó de una muerte cierta

¿Quién le salvó?

¿La casualidad ó la Providencia?

CAPITULO LXV.

Desventuras sin fin.

La estancia de Colon y de los suyos en la costa de la Jamáica, es uno de los grandes ejemplos de paciencia que presenta la historia del mundo.

Es necesario reconcentrar toda la atencion para formarse una idea de los tormentos que padecieron aquellos infelices, del horrible martirio que sufrió el gran hombre á quien la Providencia habia encomendado una de las más importantes y más trascendentales misiones que ha confiado en el mundo á las almas privilegiadas.

Todo esto una semana, un mes, aun puede concebirse.

Pero un mes y otro.... hasta diez.... un invierno, una primavera, un otoño.... ¡Esto es el colmo del infortunio!

Ocho meses habian trascurrido desde la salida de Diego Mendez y de Bartolomé Fiesco, y en aquel tiempo no habia pasado un solo dia sin que Colon abrigase y perdiese la esperanza de ver llegar á Fiesco, ó por lo ménos un buque enviado por Ovando con la noticia de que Mendez habia partido para España.

Algunas veces descubrian á lo léjos canoas indias, que parecian dirigirse á la costa en donde estaban, y se lisonjeaban de que fuesen mensajeros de prósperas nuevas; pero su ilusion no tardaba en desvanecerse.

Las canoas pasaban de largo, ó iban á desembarcar á sus

tripulantes en playas alejadas, á las que servia de paseo á los desventurados náufragos.

—¿Pero es posible que tarde tanto Fiesco? preguntaba Bartolomé Colon á su hermano. Por fuerza ha debido morir en la travesía.

—No, decia el almirante, la Providencia no lo habrá permitido.

—¿Qué significa entónces su tardanza, qué la absoluta carencia de noticias en que estamos?

—¿Por qué desesperar?

—Es que los dias pasan y se llevan nuestras esperanzas.

—Para devolvérnosla al siguiente.

—Eres demasiado bueno, Cristóbal, repuso su hermano.

—¡Tengo fe en Dios!

—Yo tambien, que á cristiano viejo nadie me gana: pero esto es demasiado; no hay paciencia que baste.....

—Confia..... espera.

Bartolomé sospechaba á veces de la lealtad de Fiesco; pero no se atrevia á comunicar sus temores á su hermano.

Un dia se resolvió al fin á confiarlas.

—Me temo que Fiesco haya desempeñado su papel con demasiada perfeccion.

—¿Qué quieres darme á entender con esas palabras?

—Que á mi juicio ha olvidado su acrisolada lealtad.

—No le conoces si dudas de él.

—Pues, ¿qué pensar entónces?

—Pienso que Ovando no ha caido en el lazo que iba á tenderle para salvarnos, y le ha aprisionado para que no pueda volver á obligarnos á tomar una resolucion desesperada; ó por lo ménos, creo que, deseoso de mi ruina, ha decidido no venir en auxilio nuestro hasta que con arreglo á sus cálculo hayamos perecido todos.

—Eso seria demasiada inhumanidad.

—Capaz es de todo: su único deseo es que perezcamos para anunciar nuestro fin á los reyes y pretextar que no ha podido salvarnos porque en mi orgullo, en mi soberbia, como dicen mis enemigos, no he querido rebajarme á acudir á él.

—¿No crees que convendria que fuera yo á reclamar socorro?

—¿Y cómo?

—Como ha ido Mendez, como ha ido Fiesco.

—¡Es imposible!

—Las olas me respetarán como á ellos.

—¿Te has olvidado de que sin tí no hay nada? Mis achaques, mis pesadumbres, me tienen postrado en el lecho casi siempre; y aunque Dios me ha inspirado y me ha otorgado su inmensa proteccion para que yo pueda adquirir influencia con los indios; sin embargo, es indispensable que permanezcas á mi lado, que mis subordinados vean en tí la fuerza que me falta, que yo halle en tu cariño el aliento que sin tí y sin mi pobre hijo me habria abandonado por completo.

Bartolomé no insistió.

El tiempo pasaba, y no pudiendo figurarse Colon que llevase Ovando su crueldad hasta el extremo de abandonarle por completo, de no ir siquiera á saber si habia perecido ya, pensó que la embarcacion que con este objeto debia haber mandado habria perecido en la travesía.

Esta creencia, que se arraigó en su alma, pareció confirmarla un suceso.

Una mañana vieron á muchos indios bajar de las montañas y acercarse á un objeto que las olas habian arrojado á la orilla, como á unas cien varas del paraje donde residian los españoles.

Los indígenas trasmitieron su sorpresa y su curiosidad á

los españoles, y algunos de ellos, prévio el permiso del almirante, fueron á ver qué era.

Poco despues volvieron á participar á su jefe y á sus compañeros que el objeto que habian arrojado las olas era un fragmento de la baranda de un buque.

Algunos dias despues se vió en alta mar el casco de un buque con la quilla hácia arriba, flotando á merced de las olas.

Colon se confirmó en su creencia: aquel buque habia sido enviado para llevarlos á Santo Domingo.

En el barco se habia perdido su única esperanza.

Un profundo desaliento se apoderó de todos.

Colon mismo no ocultaba á nadie la postracion en que cayó.

Al desaliento sucedió la más espantosa desesperacion.

—Ya lo veis, dijo Bernardo de Valencia, no pudiendo disimular por más tiempo: Ovando creerá que hemos salido para España en el buque que nos ha enviado, y habiéndose perdido, no nos queda más recurso que la muerte.

—Más falices son que nosotros los que se rebelaron.

—Vaya un premio que da la Providencia á nuestra lealtad.

—A nuestra abnegacion....

—Más nos valia haber seguido la suerte de nuestros compañeros.

Alonso de Zamora y Pedro de Villatoro, unidos con Bernardo de Valencia, capitanearon una nueva insurreccion, que debia ser más terrible que las anteriores, porque entónces no veian la muerte como una probabilidad, sino como una consecuencia necesaria de su situacion.

La chispa no tardó en comunicar el fuego á los que estaban febriles.

Otra vez más detuvo el golpe la Providencia, que siempre estaba al lado del gran hombre.

Un diálogo que van oir mis lectores lo demostrará.

CAPITULO LXVI.

Sarcasmo de la suerte.

Nos hemos salvado.

—Sí, sí; allí lo veo.

—Avisémoslo á todos. Es preciso evitar el motin.

—Que nadie se aperciba de nuestros proyectos.

—Nos seria funesto, y en vez de conseguir la libertad, solo conseguiríamos nuestra ruina.

—¡Parece imposible! ¡Parece imposible que ninguna otra nave se atreva á desafiar las iras de estas aguas, donde tanto hemos sufrido.

—¡Callad! ¡Callad! Que nos pueden oir y nos perdemos.

—¡Viva el almirante! ¡Viva el almirante!

—¿Qué ocurre? preguntó Colon.

—¡Viva, viva!

—Sí, sí; miradla, miradla; vedla allí. Viene á protegernos, viene á darnos la vida.

—Dios se ha compadecido de nosotros.

—Se acerca á nuestras naves, dijo Colon sin revelar el placer inmenso que debia causarle tal visita.

—Y se detiene.

—¿Cómo no se adelanta? Bien podria acercarse más. Quizá ignoren que hay agua bastante para avanzar.

—Ya arrojan el bote.

—Y bajan del bajel unos cuantos.

Todos los españoles que se encontraban con Colon, así

los que preparaban el nuevo motin como los que permanecian leales, fijaron su vista en el bote, y la ansiedad que revelaban sus semblantes era una ansiedad febril, pero silenciosa.

—Le conozco, le conozco.

—¿Es Diego de Escobar?

—El mismo.

—Nada bueno puede traernos, dijo un oficial.

—Ese menguado es un hombre traidor, es uno de los más activos cómplices de la rebelion de Roldan, á quien condenaron á muerte y á quien perdonaron de la pena que se le habia impuesto.

Llegó por fin el bote al costado de las naves, y levantándose Escobar, dijo á uno de los marineros:

—Baja á recoger unos encargos.

—¿Qué teneis que mandarme?

—Toma este documento y entrégalo al jefe. Dale tambien esta caja, y dile que es un presente que le hace el gobernador de la Española.

La caja contenia un barril de vino y un pernil de puerco.

En el instante mismo en que Escobar hizo la entrega, se alejó precipitadamente el bote, y se colocó á la mayor distancia posible para hablar con los de las naves.

La figura de Calon destacaba sobre todas, y no costó trabajo á Escobar el distinguirlo y dirigirse á él en estos términos:

—Tengo el honor, mi almirante, de ser intérprete de los sentimientos de vuestro amigo el gobernador de la Española. No os olvida nunca, y puedo aseguraros que toma una gran parte en vuestro infortunio. Si se encontrase con recursos suficientes, se consideraria muy dichoso enviàndoos víveres y armas; pero es muy crítica su actual situacion.

Ademas, añadió, no puede disponer de un bajel bastante capaz para conduciros con vuestra gente á aquella isla; pero estad seguro que en el momento que lo tenga lo enviará á estas aguas, y lo pondrá á vuestras órdenes.

Me ha encargado tambien, muy especialmente, que os diga que los importantes negocios que teneis en la Española serán atendidos con el mayor interes, pues es muy grande el afecto que os profesa y muy alta la consideracion con que os distingue.

Creo que en el documento que se os ha entregado podeis ver confirmadas las nobles y francas protestas que os acabo de hacer.

Leedlo y meditadlo cuanto os plazca, y si teneis algo que decirle, apresuraos y enviadme la contestacion, pues me es urgente partir sin demora.

A todos cuantos oyeron las palabras de Escobar, les sorprendieron extraordinariamente.

La alegría y el entusiasmo que habia producido la vista del bajel, se disiparon.

Y hasta los conjurados, que comenzaban á sentir el remordimiento de su criminal propósito, estaban casi pesarosos de aquel suceso, que habia trastornado su plan.

A las esperanzas más risueñas, sucedió un desengaño funesto.

Si el almirante hubiera sido un hombre frívolo, impresionable, le bastaria la actitud de Escobar para llenarse de indignacion, y adoptar alguna medida enérgica que de seguro hubiese sido, no solo inútil, sino grandemente peligrosa. Pero supo hacerse superior á aquella situacion, y contestó afectuosamente al mensajero, diciéndole que se enteraria de la carta y que procuraria contestarla sin pérdida de tiempo.

Se retiró á su camarote, y despues de una breve meditacion, escribió lo siguiente:

«Quedo enterado de cuanto os habeis dignado participarme en vuestra expresiva carta, y os agradezco los sentimientos que me acreditais, y que me obligan al reconocimiento más profundo. Nuestra situacion es terrible, es superior á todo lo que pudiera deciros mi pluma. Las enfermedades y el hambre nos acosan constantemente, y si la mano de Dios no se hiciese visible en ciertos instantes, nuestra muerte seria cierta.

«No os son desconocidos los favores que dispensé á los hermanos Porras, ni el afecto particular que les profesaba. Pues bien: esos hombres, en quienes debia depositar mi mayor confianza, me vendieron miserablemente poniéndose á la cabeza de una rebelion que me arrebató la parte más sana y vigorosa de mi gente. Solo quedaron los más desvalidos y algunos pocos leales.

«La precipitacion con que escribo no me permite detenerme en algunos detalles sumamente importantes, que significarian mucho para vuestro criterio; pero ya comprendereis las circunstancias de que me veo rodeado.

«Si dudase de vos, podria considerarme perdido; pero veo firmemente que hareis cuanto os sea dable para enviarme los socorros que me son tan indispensables.

«No puedo dejar la pluma sin recomendaros muy eficazmente á los caballeros Diego Mendez y Bartolomé Fiesco, cuya expedicion á esa isla no ha tenido objeto alguno artificioso, sino el de exponeros clara y verdaderamente la situacion terrible en que nos encontrábamos y demandaros auxilio.

«Muy seguro de que al enteraros de lo que os participo experimentareis profundo dolor, os doy desde luego las gracias por vuestro generoso interes, y al retiraros mi amistad, se ofrece á vuestras órdenes vuestro fiel amigo.

«CRISTÓBAL COLON.»

Con exaltada inquietud recibió esta carta el falso mensajero, y en el instante levó anclas y se hizo á la vela, muy satisfecho del éxito de su embajada.

Era de noche, y noche triste y oscura, cuando desapareció de la vista de los españoles aquel bajel que tanto habia halagado su fantasía, y que tantas ilusiones les hizo concebir.

Todos callaban, y no se atrevian á revelar su desesperacion, porque no sabian cual éra el partido que más les convenia tomar.

La consternacion más triste estaba pintada en los semblantes de aquellos desgraciados.

—¿Qué significa lo que está pasando? dijo uno de los marineros.

—¡Nos abandonan! ¡Nos abandonan!

—¿Por qué les hemos dejado marchar?

—¿Por qué no les hemos detenido?

—¿Por qué no les hemos pedido explicaciones?

—El almirante, el almirante tiene la culpa de todo lo que nos pasa, dijo uno de los que habian tomado una parte más activa en la rebelion.

—Contra él debemos sublevarnos pronto, añadió uno de sus compañeros.

—Esperemos, esperemos, dijo uno de los que habian permanecido neutrales, que habia sorprendido la conversacion. Esperemos y quizá el almirante nos dé cuenta.

—Nuestra paciencia está muy apurada, y ya no puede tolerarse su conducta. ¿Qué fin se propone? ¿A qué aspira? ¿Qué quiere exigir de nosotros? ¿Hasta cuándo piensa tenernos en estas naves?

No desconocia Colon el nublado que le amenazaba, y creyó muy oportuno levantar el caido ánimo de aquellos hombres.

—Ha llegado la hora en que podeis tener confianza, les dijo. No quiero ocultaros lo que acaba de pasar.

Si en circunstancias normales pudiera ser un secreto la visita del bajel que acaba de partir, en las anómalas y extraordinarias en que nos encontramos, mi secreto pudiera ser un crímen, porque mataria vuestras más lisonjeras ilusiones, vuestras justas esperanzas.

La correspondencia que acabo de recibir me ha sido muy grata, porque ella me anuncia que pronto saldrán de la Española los bajeles que han de conducirnos á aquella isla.

Por eso mismo he preferido quedarme con vosotros á marchar con la embarcacion que acaba de darse á la vela.

Ya que he sido testigo de vuestros dolores, quiero serlo tambien de vuestras satisfacciones, y será inmensa la mia cuando os vea abandonar estas playas y esteis preparados para regresar á vuestra muy querida patria.

Las palabras de Colon calmaron la inquietud que se apoderaba de todos, quedando desde aquel momento desconcertada la conspiracion.

Las esperanzas más gratas comenzaron á revivir en aquella atribulada gente, y todo su quebranto se convirtió en una gran ventura.

CAPITULO LXVII.

Dos escenas distintas.

Demasiado era; demasiado era para un hombre, por grande que fuese, sobreponerse á aquella situacion.

Y sin embargo, Colon, que habia nacido para los grandes sentimientos, estaba combatido cruelmente en sus más nobles aspiraciones.

Gran enseñanza entraña su conducta en aquella inesperada y violenta ocasion.

Era preciso ser como él para no haberse exaltado en ira ó haber caido en un abatimiento profundo.

La vista de un bajel, despues de tanto tiempo que vivian en un retiro absoluto y alimentando el espíritu de esperanzas; la vista de un bajel que les hacia comprender que sus sufrimientos tocaban á su término; la vista de un bajel tan codiciado, para convertirse en una rápida exhalacion que pasa delante de sus ojos como un fantasma fugitivo, era un suceso demasiado extraordinario para no impresionar hondamente los ánimos más fuertes.

En todos los que presenciaron aquel acontecimiento hizo impresion indeleble; pero todos, ménos Colon, pudieron tranquilizar su alma y calmar su inquietud, porque la conducta del almirante al recibir el pliego, al oir las palabras de Escobar, al retirarse á su camarote, al dar la contestacion, y por último, al hablar à su gente, era una conducta tan digna como heróica, que pudo cambiar en confianza las dudas, las va-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cilaciones, y hasta la rebelion, que de seguro volveria á reproducirse.

No pueden apreciarse ni definirse los efectos y las emociones de aquellos hombres desgraciados, cuya vida desde muchos meses atrás venia siendo una pesada cadena de dolores y quebrantos.

Todas sus penas, todas sus dolencias, todos sus sufrimientos, hacian eco en el corazon de su jefe y agravaban su contínuo y terrible padecer.

Agotó las fuerzas de su voluntad poderosa para revestirse de confianza y aparecer tranquilo ante los desesperados.

Y al retirarse solo al camarote, inclinó su febril cabeza sobre sus manos.

Su hijo era el que instintivamente penetraba sus pensamientos, é identificándose con su padre, sufria por los dos.

Y ante la escena que acaba de pasar, no sabia qué hacer.

Pero abandonándose á una impresion súbita, corrió al camarote, y dirigiéndose á Colon:

—¡Padre, padre! le dijo. Ya no es posible seguir adelante, ya no es posible vencer; tenemos que rendirnos.

—Valor, Fernando, valor.

—El valor me falta, no porque sacrifique mi vida; y creedme, padre, no es porque dejemos de existir, porque nuestra existencia en el mundo es un prolongado suplicio, y confio en que Dios nos recibirà en su seno para que disfrutemos para siempre de una ventura inefable; pero estos desgraciados, estos infelices que ahora rien y están tan engañados, creyendo que su cautiverio ha concluido; estos infelices que tienen puesta su confianza en vos, ¿cómo se han de resignar á morir? ¿Cómo hemos de presenciar su desesperacion? No puedo prestaros fuerza, padre mio, porque las fuerzas me faltan, mi cabeza arde, mi cuerpo desfallece.

—¡Calla, calla, hijo mio!

.....

—¿Qué dia será? preguntaba un marinero sobre cubierta.

—No es fácil fijarlo, pero será muy pronto.

—Despues de haberlo creido imposible, no es fácil convencerse de esta dicha.

—En la Española nos recibirán con entusiasmo.

—¡Y cuando volvamos á nuestra patria!....

—Entónces se cumplirán las promesas del almirante.

—Todos seremos colocados.

—¡Y con lo que llevamos!....

—Sí, es verdad, porque tambien nos darán algunos ducados, para que hagamos ver que en esta tierra hay mucha plata y mucho oro.

—¡Por de contado!

—¿Quién lo duda? ¡No faltaba más sino que volviéramos pobres!

—¡Entónces, entónces gozaremos!

—¡Vamos, vamos á ver al almirante: es preciso que le demos las gracias por su conducta, y que le pidamos perdon por nuestras faltas!

—Es un deber que nos reconciliemos con él los que hemos dudado de su amor y de su lealtad.

—Todos somos sus hijos.

—Sí, sí; él es nuestro segundo padre, porque sin él nos hubiéramos desesperado.

—¡Y quizá, si seguimos los pasos de nuestros compañeros, de los que se fueron con el capitan Porras y con su hermano el contador!....

—¡Pobres de ellos! algunos habrán muerto y los demas andarán errantes por los bosques.

—Es preciso ser leales y agradecidos.

—Vamos, vamos á ver al almirante.

.....

—¡Detenlos, detenlos! dijo Colon á su hijo.

Los dos habian oido la conversacion de aquellos pobres hombres.

—Sí, padre, sí; que conocerian nuestra turbacion, que no puede disimularse.

Y llegaban ya á la puerta del camarote algunos, cuando Fernando la abrió, y dirigiéndose hácia el interior:

—Descansad, padre, descansad, le dijo.

Estas palabras hicieron desistir de su propósito, ó mejor dicho lo aplazaron, los que querian darle gracias fervorosas porque les habia anunciado su salvacion.

Pero el hijo del almirante no podia estar separado de su padre en aquellas horas de angustia y de pesadumbre.

Los dos se necesitaban, si no para consolarse, porque no creian posible encontrar consuelo, al ménos para exhalar suspiros sin que nadie les sorprendiese.

—¡Ovando, Ovando! exclamó Colon. ¿Es posible que hayas llevado tu encono y tu envidia hasta el punto de burlarte tan terriblemente de quien jamas te hizo daño?

—¡Ovando, Ovando, miserable, que así sacrificas á mi generoso padre! ¿Cómo no cae sobre tí toda la ira de Dios?

—El mensajero que me ha mandado indicaba bien claro sus siniestras intenciones.

—Y el presente que os ha hecho conociendo, como no puede ménos de conocer, el hambre y las necesidades que estamos padeciendo, es el mayor de los escarnios.

—Pero Cristo nos enseñó á sufrir resignadamente los golpes de la adversidad.

—¿Por qué tanta saña?

—La envidia, hijo mio, la envidia y la ambicion. Ese ba-

jel vino á cerciorarse de nuestra suerte. Despues de tantos meses como llevamos en este destierro, nada más natural que haber sucumbido á los rigores del infortunio, y esa seria la esperanza de Ovando. Y ha elegido á Escobar por embajador de tan siniestra empresa, porque le consta la enemistad que nos separa, y está seguro que me profesa un odio á muerte.

—¡Y qué precauciones tan cobardes! Os aseguro, padre, que si no hubiera temido ser imprudente abandonándome á mis sospechas, concluyo con ese fementido.

—Prudencia, siempre prudencia, hijo mio.

—¡Prudencia con el que ultraja á mi padre, prudencia con el que se complace en sus dolores y codicia su muerte!....

—Perdónalo y compadécete de sus miserias.

—¿Pero qué hacemos? ¿Cómo salvaremos esta crísis tan violenta?

—No te precipites: va renaciendo en mí la confianza del cristiano, esa confianza que se turbó al influjo de mis pasiones de hombre. Acuérdate del dia en que un eclipse, conocido y anunciado por la ciencia, nos sirvió para poner á nuestro servicio á los indios cuando su indignacion contra nosotros era inmensa.

—Vuestra tranquilidad y confianza me hacen estar sereno, tanto que me hallo con valor para conversar con los confiados.

—Pues hazlo así, y me prestas un gran servicio.

—Quiero ser un hijo digno de mi padre.

Y Fernando salió del camarote con aire resuelto, hasta revelando buen humor.

Nadie, sin embargo, sospechaba el triste y desgarrador diálogo que acababan de tener el almirante y su hijo.

Su noble presencia y su actitud valiente despertó en aquellos momentos las simpatías de todos.

Le recibieron con afecto y le abrieron más y más sus corazones, haciéndole vehementes protestas de la veneracion que tenian á su padre.

La conducta de Ovando no puede explicarse de manera que lo exima de toda culpa.

Los que más han querido atenuarla, creen que temia que si Colon volvia á la isla recobraria el gobierno de la misma, ò que irritado contra la corte de España, que habia suspendido sus honores y dignidades, trasferiria á Portugal los países que habia descubierto.

Tambien hay quien dice que Ovando estaba ocupado en guerras contra los indios, y que realmente no tendria bajeles para ponerlos á las órdenes de Colon, y que, por otra parte, no comprenderia que era tan triste su situacion.

De todos modos, el mensaje de Ovando desvaneció por completo las esperanzas del almirante, y le hubiera desconcertado absolutamente si más que hombre de mundo no hubiera sido hombre de fe.

CAPITULO LXVIII.

Donde sabrá el lector algo de dos personas con quienes de seguro ha simpatizado.

Antes de pasar adelante, digamos alguna cosa acerca de lo que habia ocurrido á Diego Mendez y à Bartolomé Fiesco.

Al despedirse del adelantado en la punta oriental de la isla, prosiguieron el rumbo que habian tomado, y continuaron todo el dia animando á los indios, que se abatian con frecuencia.

El cielo estaba despejado, el mar en calma, no movia un pelo de aire, y por lo tanto experimentaban un calor abrasador.

Como no llevaban velas, no podian guarecerse de los candentes rayos del astro luminar, y les costaba trabajo respirar en aquella atmósfera de fuego.

Los indios, desfallecidos por el calor, complicado con el rudo trabajo, se arrojaban al agua de cuando en cuando, y despues de refrescarse algunos minutos, subian de nuevo á las canoas y manejaban con más vigor los remos ó canaletes.

Al ponerse el sol perdieron de vista la tierra: sus únicos horizontes eran el mar.

Continuaron el viaje soportando los mayores trabajos.

Por la noche se reemplazaban los indios: miéntras unos bogaban otros dormian, y viceversa.

Tambien los españoles dividieron sus fuerzas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Le recibieron con afecto y le abrieron más y más sus corazones, haciéndole vehementes protestas de la veneracion que tenian á su padre.

La conducta de Ovando no puede explicarse de manera que lo exima de toda culpa.

Los que más han querido atenuarla, creen que temia que si Colon volvia á la isla recobraria el gobierno de la misma, ò que irritado contra la corte de España, que habia suspendido sus honores y dignidades, trasferiria á Portugal los países que habia descubierto.

Tambien hay quien dice que Ovando estaba ocupado en guerras contra los indios, y que realmente no tendria bajeles para ponerlos á las órdenes de Colon, y que, por otra parte, no comprenderia que era tan triste su situacion.

De todos modos, el mensaje de Ovando desvaneció por completo las esperanzas del almirante, y le hubiera desconcertado absolutamente si más que hombre de mundo no hubiera sido hombre de fe.

CAPITULO LXVIII.

Donde sabrá el lector algo de dos personas con quienes de seguro ha simpatizado.

Antes de pasar adelante, digamos alguna cosa acerca de lo que habia ocurrido á Diego Mendez y à Bartolomé Fiesco.

Al despedirse del adelantado en la punta oriental de la isla, prosiguieron el rumbo que habian tomado, y continuaron todo el dia animando á los indios, que se abatian con frecuencia.

El cielo estaba despejado, el mar en calma, no movia un pelo de aire, y por lo tanto experimentaban un calor abrasador.

Como no llevaban velas, no podian guarecerse de los candentes rayos del astro luminar, y les costaba trabajo respirar en aquella atmósfera de fuego.

Los indios, desfallecidos por el calor, complicado con el rudo trabajo, se arrojaban al agua de cuando en cuando, y despues de refrescarse algunos minutos, subian de nuevo á las canoas y manejaban con más vigor los remos ó canaletes.

Al ponerse el sol perdieron de vista la tierra: sus únicos horizontes eran el mar.

Continuaron el viaje soportando los mayores trabajos.

Por la noche se reemplazaban los indios: miéntras unos bogaban otros dormian, y viceversa.

Tambien los españoles dividieron sus fuerzas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Miéntras los unos descansaban, velaban los otros, perfectamente armados y preparados á defenderse si llegaba el caso, no solo de los caribes que les asaltaran en medio del mar, sino de sus salvajes compañeros.

Al dia siguiente, por efecto de tan penosa tarea, se hallaron todos excesivamente fatigados.

La luz del sol, que esperaban con ánsia para que les brindase la esperanza de encontrar pronto tierra, les arrebató esta ilusion.

Mar y cielo habian visto á la claridad del crepúsculo vespertino, y mar y cielo descubrieron à favor de las primeras luces de la aurora.

Las endebles canoas, obedeciendo como esclavas á las olas, no ofrecian seguridad á los viajeros; si estando el mar en calma fluctuaban de aquel modo, cuando se alterase, cuando se enfureciese, era seguro que no podrian resistir los embates del oleaje.

Mendez y Fiesco agotaron los recursos imaginables para reanimar el abatido espíritu de sus compañeros.

No solo les permitian descansar, sino que muchas veces, para dar ejemplo, tomaban los remos y trabajaban como los mismos indios.

En el primer dia agotaron el agua y comenzaron á sufrir una sed espantosa.

La calma continuaba, sin que la más leve brisa templase los horrores de aquella temperatura, que sostenia un sol equinoccial.

Al medio dia abandonaron los indios los remos.

—Matadnos si quereis, dijeron á sus jefes; ya no podemos más.

Mendez habia previsto lo que iba á pasar, y reservó dos barriles de agua; pero ocultó los móviles que le habian obligado á emplear aquel recurso, y aseguró á los indios que los habia encontrado entre los vacíos.

Este precioso hallazgo reanimó un tanto á los infelices remeros.

—Pero será preciso, dijo Mendez, tasar el agua para que dure.

—Nos morimos de sed, gritaron los indios de su canoa.

—De todos modos, añadió Mendez, debemos repartirla con nuestros camaradas.

Los indios, que eran generosos, llevaron una barrica á la canoa de Fiesco.

Los dos jefes se encargaron de administrar el agua por sí mismos.

—Animo les dijeron; si os esforzais llegaremos en breve á una isleta que está á ocho leguas de la Española.... Allí hallaremos agua, alimentos, y podremos descansar.

Esta esperanza y el agua que bebieron los indios, dió nuevo aliento á sus abatidas fuerzas y cogieron los remos.

Bogaron ansiosos de ver tierra.

Pasó el dia.

Las tinieblas de la noche envolvieron sus frágiles embarcaciones.

Mendez pasó á la canoa de Fiesco.

—¿Sabeis que me asalta un temor? le dijo.

—¿Cuál?

—Segun mi cuenta, hemos andado con creces la distancia que separa la costa de la Jamáica, en donde queda el almirante, de la isla de Navasa.

—¿Estais seguros de lo que decís?

—Segurísimo.

—¡Eso seria horrible!

—Espantoso.

—Nuestros remeros no tienen fuerzas para llegar á la Española.

—¡Qué han de tener!.... Ademas, no habiendo hallado la isla, hemos perdido el rumbo, y sólo Dios sabe dónde iremos á parar.

—De cualquier modo, es necesario que ellos lo ignoren.

—Sí.... de lo contrario todo se perderia.

Se separaron.

Mendez volvió á su embarcacion, y cerró la noche sin que notase indicio alguno de la isla.

Uno de los indios pereció en medio del horror de sus compañeros, que veian tambien próximo su fin.

Su cuerpo fué arrojado al mar.

La fatiga obligó á muchos á dejarse caer jadeantes en el fondo de las canoas.

He aquí cómo refiere Washington Irving el final de aquella heróica expedicion:

"A veces querian los indios refrescarse las fauces con agua de mar, lo que les aumentaba la sed. De cuando en cuando, pero con mucha economía, se les daba una gota de agua de las barricas; pero esto solo en casos de extrema necesidad, y principalmente á los que iban remando.

"La noche iba ya muy entrada; mas no habian podido aún dormir los que estaban de descanso à causa de la intensidad de su sed, ó si dormian era para sufrir los fatigosos ensueños de frescas fuentes y murmuradores arroyos, y despertar con redoblado tormento.

"La última gota de agua se habia dado ya á los remeros indios; pero solo habia servido para irritar sus sufrimientos.

"Apénas podian mover los canaletes; los abandonaban uno despues de otro, y parecia imposible que viviesen hasta llegar á la Española.

"Los comandantes, con admirable tacto, habian hasta entónces sostenido aquella fatigosa lucha entre el sufrimiento y la desesperacion; pero tambien empezó ya á decaer su ánimo.

"Estaba Diego Mendez sentado, observando el horizonte, que por grados iban esclareciendo los pálidos rayos de luz que proceden á la luna.

"Al salir aquel planeta, vió que se destacaba de detrás de cierta masa opaca, bastante elevada sobre el nivel del Océano. Inmediatamente dió el grito animador de *¡tierra!*

"Sus casi exánimes compañeros cobraron nueva vida.

"Era la tierra la isla de Navasa: pero tan pequeña, baja y distante, que si no la hubiera revelado el ascenso de la luna, habria sido imposible descubrirla.

"El error de los cálculos, respecto á la isla, consistió en no haber estimado con exactitud la navegacion de las canoas, ni hacer una reduccion suficiente por el cansancio de los remeros y la oposicion de las corrientes.

"Nuevo vigor se difundió entre las tripulaciones.

"Trabajaban todos con frenética impaciencia; al rayar el dia llegaron á tierra, y lanzándose á la playa, dieron gracias á Dios por tan señalados beneficios.

"Esta isla era un mero peñasco de media legua de circunferencia.

"No habia en ella àrbol, arbusto, yerba, arroyo ni fuente alguna.

"Pero su ánsia les hizo hallar abundancia de agua, dejada por las lluvias en los huecos de las rocas.

"La arrebañaron precipitadamente con sus calabazas, y apagaron aquella sed abrasadora con inmoderado afan.

"En vano los más prudentes recordaban á los otros su peligro.

"Los españoles se abstuvieron algun tanto; pero los pobres

indios, cuyo trabajo habia aumentado la fiebre de su sed, se entregaron al agua con frenética indulgencia.

»Algunos murieron en el acto mismo, y muchos cayeron peligrosamente enfermos.

»Apagada la sed, buscaron alimento.

»Se encontraron, en efecto, algun marisco por las costas.

»Encendió fuego Diego Mendez, juntaron algunas astillas y pedazos de leña de las que el agua traia: pudieron cocerlo y hacer un delicioso banquete.

»Permanecieron descansando todo el dia á la sombra de las rocas, refrigerándose despues de tan intolerables padecimientos, y mirando á la Española, cuyas montañas se levantaban sobre el horizonte á ocho leguas de distancia.

»Con el fresco de la tarde se embarcaron de nuevo, vigorizados por el descanso, y llegaron felizmente á Cabo Tiburon al otro dia, el cuarto desde su partida de Jamáica.

»Desembarcaron á la orilla de un caudaloso rio, donde los recibieron con mucha hospitalidad los indios.»

Tales son los pormenores de este aventurado é interesante viaje, de cuyo precario éxito dependia la vida de Colon y sus compañeros.

Los viajeros permanecieron dos dias descansando en las màrgenes del rio.

Mendez partió con dos indios á la Española, y allí tuvo un encuentro felicísimo.

Fiesco llegó á Santo Domingo tres dias despues.

Más tarde referiremos lo que allí le pasó.

CAPITULO LXIX.

Dos jóvenes de corazon.

No puede dudarse que la fe cristiana es el gran aliento del alma.

En las situaciones mas aflictivas de la vida levanta el ánimo y le reviste de una fuerza suprema, que es capaz de luchar denodadamente contra los mayores infortunios.

Pero el hombre es siempre hombre, y á las primeras impresiones se deja arrebatar fácilmente.

Por eso no debe sorprender el desfallecimiento de Colon cuando, despues de haber hablado á su gente, se retiró á su camarote.

Y la visita de su hijo, sus palabras bañadas en llanto, su desesperacion, sus nobles sentimientos, todo, en fin, era para su atribulado padre un dardo que traspasaba su angustiado corazon.

Pero al fin triunfó: recordó que si la Providencia nos coloca entre corrientes difíciles, tambien nos da soluciones inesperadas y magníficas.

Y ante ese recuerdo, y ante esas consideraciones, templó su espíritu y logró tranquilizar á su querido hijo.

Sólo á esa trasformacion tan radical pudo conseguirse que aquellos hombres siguiesen abrigando sus esperanzas y no sorprendiesen las amarguras de su jefe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero este fué un gran triunfo que evitó una gran catástrofe.

—¿Cómo te encuentras? dijo Bartolomé Colon á su hermano, entrando en el camarote.

—Bien, le contestó.

—Estoy enterado de lo ocurrido.

—¿Cómo? ¿Se han enterado?

—Nadie. ¿Necesito acaso que me digan tus grandes emociones? Te quiero demasiado para no penetrar tus sentimientos.

—Sí; es verdad.... es verdad.... Me olvidaba completamente de todo. No lo extrañes. Estoy muy preocupado...

—Lo comprendo; pero supongo que habrás dispuesto tu plan.

—Nada; nada todavía.

—Podré entónces decirte mi opinion.

—Es triste, muy triste, vivir divorciados de aquellos pobres y desgraciados compañeros que se alejaron de nosotros, obedeciendo á un móvil superior, al móvil de su conservacion, al móvil de salvar su vida. Su falta tiene gran disculpa.

—Los tengo perdonados.

—Pero tu perdon no basta; es preciso hacer algo más.

—Dime tu parecer. Lo discutiremos, y quizà arroje luz que disipe mis dudas.

—Es preciso conquistar á esa gente. Es preciso atraerla, y para el efecto es indispensable adoptar alguna medida enérgica y salvadora.

—Muy grato seria para mí verlos regresar al seno de estas naves. Los recibiria con los brazos abiertos, los trataria con el mismo cariño que les profesé miéntras estuvieron á bordo.

—Son dignos de toda consideracion, salvas algunas excepciones.

—A nadie excluyo de mi gracia, siempre que se muestre arrepentido.

—No esperes arrepentimiento de hombres miserables. El arrepentimiento es generoso, y los menguados que capitanearon la rebelion son demasiado egoistas para....

—Basta.... Tracemos nuestro plan, y á realizarlo pronto.

—Hay que mandar un emisario.

—¿Quién será el mejor para confiarle?....

—El oficial Enriquez.

—Es acertada tu eleccion. Su carácter reservado y discreto, su corazon sensible y entusiasta, su simpàtica presencia.... todo, en fin, le recomienda para desempeñar admirablemente un cometido tan difícil.... Que venga sin demora.

—Pronto se encontrará á tu lado.

—A vuestras órdenes, almirante.

—Necesito de vuestra lealtad y de vuestro talento.

—Disponed de mi lealtad, ya que os podeis prometer bien poco de mi pobre inteligencia.

—Voy á confiaros una mision delicada. Vais á partir inmediatamente para el bosque, donde se encuentran los que, olvidándose de su deber, se rebelaron indignamente, cediendo á las sugestiones de los hermanos Porras.

—Cuanto me mandeis será cumplido.

—Id y decidles cuanto aquí ha pasado. Participadles que hemos recibido una visita de la escuadra de la isla Española, en la que nos anuncian que muy en breve vendrán bajeles para trasladarnos á aquellas aguas, y que no quiero dejarlos abandonados en esas soledades, en esos desiertos, en esas chozas de salvajes; que no me olvido que han sufrido con nosotros, y tengo presente que son españoles, por lo cual quiero borrar indeleblemente su traicion, perdonándolos á todos.

—Me honro y me complazco en ser intérprete de tan levantados sentimientos, que son dignos de un alma como la vuestra.

—Para desempeñar la comision que os confio, podeis designar los nombres de las personas que han de acompañaros.

—No necesito fuerza; nada temo. Me basta un compañero, y éste será mi amigo más íntimo, Sebastian Oquendo.

—Decidle que está nombrado.

—Os anticipo en su nombre las gracias más completas.

—Yo espero dároslas muy pronto, pues no dudo que desempeñareis noblemente vuestro cometido, y que si por ahora me limito á manifestaros mi gratitud, dia llegará en que pueda acreditároslo con hechos elocuentes.

Faltaba tiempo al oficial Enriquez para acercarse á su compañero y participarle la confianza que en ellos depositaba el almirante.

Eran Enriquez y Oquendo dos jóvenes pundonorosos, que habian recibido en el seno del hogar lecciones sublimes de fe cristiana y de exaltado caballerismo.

Y esas brillantes cualidades las habian acreditado sufriendo con asombrosa resignacion todas las contrariedades y todas las desdichas que pesaban sobre las naves.

Miéntras conferenciaban los oficiales, y se preparaban para la marcha, el hijo del almirante entró en el camarote, y dirigiéndose á su padre, le dijo.

—Acabo de saber vuestro plan:

—No es mio, pertenece á tu tio.

—Pero lo habeis aceptado, vais á convertirlo en un hecho que puede ser fecundo. Os confieso que alguna vez cruzó por mi mente, pero no me atreví á proponéroslo.

—Nunca me ocultes tus pensamientos. Si es tan pobre el hombre, que para ser algo necesita del auxilio ageno, ¿quién mejor que un hijo podrá prestárselo à su padre?

—Con mejor intencion ninguno, pero no siempre es tan seguro el acierto.

—Abreme siempre tu corazon, y atenuarás mis penas, y contribuirás à labrar mi dicha en medio de tantas tribulaciones.

—Entónces, padre, debo deciros que quisiera compartir con Enriquez y Oquendo la gloria de atraer á los rebeldes, y hasta el peligro que indudablemente van á correr.

—Agradezco tu deseo; pero en esta ocasion no ambiciones glorias. Es preciso que seas abnegado.

—Respeto vuestra voluntad, padre mio.

—Tu nombre debe alejarse de tal empresa. Basta con que sepan mi resolucion. No quiero que le den violentas interpretaciones.

—Basta; me sobra con cuanto acabais de decirme.

Los jóvenes oficiales á quienes Colon habia confiado una embajada tan digna, se preparaban ya para marchar.

Iban á presentarse al almirante, cuando éste salió de la cámara y los encontró á su paso.

Es preciso que se reuna toda la gente; quiero hablarla, les dijo.

Pocos momentos habian pasado, cuando la tripulacion estaba reunida y aguardaba con señalada impaciencia las palabras de Colon.

—Quiero daros una prueba más de mi confianza, porque espero premiar vuestra conducta. Ya sabeis que muy pronto vendrán bajeles que han de conduciros á la Española, y no quiero que vayamos solos; deseo que regresemos todos, todos los que hace algun tiempo eran vuestros compañeros. Interpretando los grandes y hermosos sentimientos de nuestros reyes, acabo de perdonar á los que, olvidàndose de sus deberes, abandonaron estos buques. Los oficiales Enriquez y Oquendo van á participarles mi resolucion.

El entusiasmo fué inmenso, y las palabras de Colon se perdieron en el grito unànime de ¡Viva el almirante!

CAPITULO LXX.

Donde los rebeldes vuelven á hacer de las suyas.

Aquel viva unánime y entusiasta electrizó los corazones de los jóvenes oficiales Enriquez y Oquendo.

Las circunstancias que les adornaban eran las mejores para obtener un éxito lisonjero.

Su carácter modesto, franco y expansivo les habia granjeado la voluntad de cuantos les trataron en las naves, y hasta los hermanos Porras, que tan escasos eran de afectos generosos, los miraban con particular predileccion.

Ellos conocian al ascendiente natural que ejercian sobre los rebeldes, y la seguridad del triunfo les alentaba en su difícil empresa.

—Marchamos ya, dijo Enriquez, á cumplir las órdenes de nuestro almirante, y vamos en la confianza de que si acertamos á interpretar sus sentimientos, si damos á entender á aquella gente la magnanimidad de su corazon, les arrastramos desde el momento en que nos oigan.

—Procuraremos ser dignos mensajeros de nuestro esclarecido jefe, añadió Oquendo, y si no conseguimos vencer su resistencia, cúlpesenos, porque los ofrecimientos que vamos á hacer les hablarán con más elocuencia que los discursos más fogosos y vehementes.

—Marchad, pues, continuó Colon; marchad, y decidles que el rencor jamas se albergó en mi pecho; que cuantas ofensas

me hayan hecho se las perdono y las olvido, porque no quiero considerarlos como traidores; quiero verlos como extraviados, como alucinados por una idea; pero que han reconocido su falta, y que no solo no la repetirán, sino que con su noble conducta la borrarán indeleblemente.

Y los jóvenes partieron.

Su expedicion debia ser muy breve, porque era corta la distancia que los separaba de los sublevados.

Y confiaban tanto en el maravilloso efecto que habia de producir su proposicion, que no se cuidaban de la forma en que habian de presentarla.

¡Es tan dulce el dar la libertad! ¡Es tan dulce el consolar al angustiado! ¡Es tan dulce una reconciliacion generosa!....

Todas estas consideraciones se agolpaban à la mente de aquellos jóvenes, y solo pensaban en estrechar la mano de sus antiguos compañeros.

Se aproximaban ya al sitio donde debian encontrarlos, y su impaciencia subia de punto.

Pero entre los jefes de los rebeldes se agitaba siempre un presentimiento.

Era el presentimiento de lo que ya comenzaba á suceder.

No desconocian su grave fatta, y sentian el peso de una conversion mancillada.

Ellos, pues, debian ser los primeros que distinguiesen á los mensajeros.

Y lo fueron en efecto.

—Allí vienen, allí vienen, dijo Francisco Porras á su hermano.

—Sí, es gente de la nave,

—¡Pero son dos! ¿Qué querrán?

—Otros dos los acompañan.

—¿Si vendrán á reunirse?

—No, no lo creo; me lo dice el corazon.

—Ya se aproximan.

—Es él, sí, es él.

—No lo conozco.

—Es Enriquez, nuestro jóven amigo.

—Pues no dudo ya: viene, viene á unirse; querrá compartir con nosotros su suerte, estará fatigado de tanto sufrimiento.

—¡Poco alivio encontrará á su quebranto!

Y miéntras los hermanos Porras sostenian este animado diàlogo, se iban separando de su gente, porque á pesar de la confianza que les inspiraba su amigo, no les gustaba su visita.

Era natural que así sucediese.

Los hombres á quienes habia seducido estaban cansados de tanta fatiga, de tanta incertidumbre, y empezaron á dudar, ó mejor dicho, llegaron á persuadirse de que su fuga habia sido estéril.

Ignoraban lo que pasaba en las naves; pero les constaba que no habia ocurrido en ellas ninguna desgracia, y creian que estaban ya provistas de recursos y preparadas quizá para regresar á la Península, ó para marchar á la Española.

—Bien por los valientes, dijo Francisco Porras, dirigiéndose á los oficiales que se les acercaban.

—Salud á mi antiguo capitan y á su hermano don Diego.

—¿Cómo entre nosotros? añadió don Diego, mostrando en sus palabras gran impaciencia.

—Somos enviados, exclamó Oquendo.

—¿De quién?.... ¿Sois por ventura enviados del almirante?

—El nos manda, y le obedecemos con placer inmenso.

—Colon es nuestro enemigo, dijo el capitan Porras, y enemigo irreconciliable, de quien no admitiremos proposicion alguna.

—Sin embargo, cuando os convenzais de que estais engañados, pensareis de otro modo y escucharéis nuestras palabras.

—Nunca, dijo don Diego, nunca creeremos en Colon. Si vosotros le creeis, yo os felicito por vuestra candidez, pero no os envidio.

—¡Caballero! Apelo á vuestra buena fe, apelo à nuestra antigua amistad, apelo al nombre de españoles. . .

—Sí, dijo el capitan Porras, ese nombre de españoles me conmueve; pero Colon no es español: es un advenedizo á nuestra patria, es un aventurero que nos lanzó en una empresa funesta para nuestra suerte.

—No discutamos la pericía de nuestro almirante, añadió Oquendo. Para nosotros es muy respetable.

—¡Calmaos! ¡Calmaos! dijo Enriquez. Si conocierais á Colon como yo le conozco, de seguro que os arrepentiriais de vuestra conducta y que os reconciliariais con él.

—Pues acabad. Decid vuestra mision.

—Esperamos de un dia á otro los buques que han de conducirnos á la Española, y el almirante no quiere privaros de la dicha de volver á vuestra patria; y para que vuestra ventura sea completa, no quiere ofreceros las naves de que va á disponer sin perdonar à todos, absolutamente á todos la falta que cometieron.

—No queremos su perdon.

—Acordaos de que es vuestro jefe, y de que sus sentimientos son nobles; de que al perdonar olvida, y al reconciliarse con vosotros os volverá el gran afecto que os profesaba.

Estas palabras impresionaron vivamente á los dos hermanos.

Es de tal condicion el hombre, que aun en los momentos de más indiferencia ó de mayor encono, las frases de amor le hieren y le sojuzgan.

Pero les faltaba creerlas.

Ellos conocian mejor que nadie la extension de su delito, y no podian comprender que el hombre á quien más directamente habian ultrajado se prestase á devolverles su gracia.

Y sin embargo, era tal la sinceridad y la franqueza que revelaba el lenguaje de aquellos jóvenes, que los hermanos Porras llegaron á vacilar.

Se retiraron á consultar con sus favoritos sobre las proposiciones que se les hacian; pero procuraron presentàrselas revestidas de desconfianza, y hacerles ver que era un lazo que les tendian para aprisionarlos.

Con esta táctica malvada, y evitando que se hallasen con los embajadores, acordaron contestarles que no tenian el menor deseo de volver á los buques, ni de marchar á la Española, porque la vida libre que hacian era para ellos preferible á las eventualidades que les aguardaban uniéndose á Colon; pero que si les daba uno de los buques que le enviasen, ó si lo compartiese con ellos, en el caso de ser uno solo y de convenir á sus nuevos planes, se portarian pacíficamente.

Esta contestacion indignó sobremanera á los jóvenes oficiales, que estaban animados de los sentimientos más nobles y generosos.

Así que les manifestaron franca y valientemente que tales condiciones no podian admitirse.

Y los rebeldes replicaron, con la audacia que da á los cobardes la superior y ventajosa posicion que ocupan en ciertos instantes, que si no las aceptaban de buen grado, las aceptarian por fuerza.

Miéntras se celebraban tales conferencias, no pudo ocultarse á la gente capitaneada por los Porras el asunto de que se trataba, y la mayoría acogió con júbilo la idea de volver á las naves, amnistiados de su delito y rehabilitados ante su antiguo jefe por el perdon más absoluto.

Así que Francisco Porras comprendió la actitud de su gente, se apresuró á convencerles de que lo que pensaban era un imposible, y aprovechando el espíritu supersticioso que entre ellos dominaba, les dijo que Colon era un mago que habia engañado aun à los mismos que le acompañaban, asegurándoles que la visita del bajel habia sido un sueño, una quimera, una verdadera visión, y que por eso no se habia acercado, ni habia pasado à bordo hombre alguno.

Estas consideraciones acabaron por convencer á aquellos desgraciados de que todo lo que se les proponia era una farsa, inventada para sorprenderlos y arrastrarlos á las naves.

Y para comprometerlos más y más, marchó à una poblacion india, proponiéndose pasar desde allí à los buques de Colon, con el objeto de hacerle prisionero y de apoderarse de todos los víveres, armas y recursos que en ellos encontrase.

CAPITULO LXXI.

¡Los miserables!

Inmensa era la impaciencia de Colon, aunque disimulada.

Toda la satisfaccion que podia producirle la vista de las naves que viniesen en su socorro, estaba neutralizada por el dolor que le causara dejar en aquellas regiones á los hombres que con él salieron de la Península.

Así es que la presencia de los mensajeros sobreexcitó su ánimo, porque deseaba vivamente saber el resultado de la embajada que les habia confiado.

—Somos indignos de vuestras deferencias, dijo Enriquez al presentarse ante su jefe.

—Nunca, nunca. Sea cual fuere el éxito de vuestro cometido, siempre sabré apreciar en lo mucho que valen el talento, la lealtad y el patriotismo que tanto os enaltecen.

—Enviad nuevos emisarios, añadió Oquendo, ya que nosotros solos hemos conseguido un desengaño.

—Hablad, hablad con calma, que os escucho con gran interes.

Y los jóvenes oficiales le refirieron todos los detalles de su expedicion, demostrándole en su narracion una sinceridad exaltada, que agradeció en mucho el almirante.

Pero tambien comprendió que la inexperiencia y hasta la generosidad de aquellos jóvenes habian perjudicado sus propósitos.

—No os alarmeis; no os inquieteis por lo que acaba de suceder. Tened en cuenta que las grandes empresas exigen gran perseverancia y crecidos sacrificios.

—Pero nosotros no merecemos la honra de continuar lo que nos encomendasteis, porque hemos descubierto nuestra ineptitud.

—Vosotros tambien ireis al campo enemigo.

—Para pelear, desde luego; pero para conferenciar es imposible, porque nada hemos alcanzado.

—Habeis conseguido mucho.

—No adivinamos.....

—Habeis conseguido demostrarme la actitud de aquella gente.

—Era lo ménos que podia hacerse.

—Pues eso me basta para adoptar una medida enérgica y acertada. Ireis nuevamente, pero ireis en compañía del adelantado, y le prestareis grandes servicios.

—Con nuestras espadas siempre.

—Y con vuestra prudencia.

Los jóvenes no replicaron; pero al salir del camarote estaban más tranquilos.

Las palabras de Colon, sus reflexiones y la confianza con que les honraba, fueron para ellos un suave bálsamo que cicatrizó las heridas que en sus almas habia producido el amargo desengaño que devoraban.

Pero el almirante seguia mortificado por su enfermedad, y no podia tomar una parte activa en la nueva empresa.

Su hermano Bartolomé, hombre de gran perspicacia y de sobrado brío, era la persona indicada para llevar á cabo el proyecto de atraer á los rebeldes por la persuasion, ó de arrastrarlos por la fuerza.

Y al penetrarse de lo que habia acontecido á Enriquez y Oquendo, él mismo se anticipó á las órdenes del almirante.

—Yo seré, le dijo, el que convenceré á esa gente de su error, yo seré el que castigue á los miserables que la capitanean.

—Pero es preciso, añadió Colon, que vaya fuerza suficiente para el caso de que los rebeldes apelen á las armas.

—Podemos contar con cincuenta hombres llenos de fe y de bríos que, aunque débiles de cuerpo, porque el sufrimiento les ha rendido, tienen corazon de leales.

Todo se preparó rápidamente.

Y no se equivocaron Colon y su hermano en la confianza que tenian en su gente, pues recibieron con júbilo la noticia de su marcha, y todos se aprestaban á la lucha si era necesaria, porque profesaban, no ya un afecto tibio y vulgar, sino un amor entusiasta al almirante.

Marchaban ya guiados por Enriquez y Oquendo hácia el sitio donde debian encontrarse los rebeldes.

Y los hermanos Porras, que aguijoneados por el remordimiento y por el temor no descansaban un instante, distinguieron á la fuerza del adelantado, y consideraron muy crítica su situacion, porque comprendieron lo que podia sucederles.

Los valientes jóvenes que tan mal parados habian salido en la mision que les confiara el almirante estaban indignados con la conducta del capitan Porras, y más que un arreglo amigable, deseaban una lucha encarnizada.

Por eso se alegraron de que el adelantado les ordenase que conferenciaran con el jefe de los rebeldes.

Se iban á acercar al campo enemigo, cuando Francisco Porras exaltó el ánimo de su gente, haciéndoles ver que si no se defendian de un modo heróico iban á comprometer sus vidas; pero que si vencian á los enviados por el almirante, podrian marchar sobre las naves y apoderarse de ellas.

Por otra parte, confiaban en la superioridad de las fuerzas

físicas, que en ellos se habian desarrollado por la vida libre y vaga que llevaban corriendo las selvas.

Y se olvidaban de que el entusiasmo de una causa santa y el sentimiento del honor, son fuerzas más colosales que las fuerzas materiales.

Así es que se aprestaron desde luego al combate sin dar tiempo á escuchar las nuevas proposiciones, pues Francisco Porras comprendia que, dadas las condiciones de su gente, era muy fácil que le atrajasen á la obediencia y volviesen á las naves.

Los rebeldes se agitaron con frenesí, porque estaban persuadidos de que jugaban sus vidas, y se dispusieron á defenderse, empezando por atacar.

Los predilectos de Porras, que formaban el cuerpo principal, se formaron en columnas, y se precipitaron sobre la fuerza del adelantado con espada en mano y en ademan resuelto.

Pero arremetieron con tan mala suerte, que al primer encuentro murieron cuatro ó cinco, perteneciendo casi todos ellos al grupo que se dirigia contra el adelantado. A manos de éste murió Juan Sanchez, esforzado piloto, y Juan Berber, que fué el primero que desnudó su espada contra el almirante.

Miéntras el adelantado luchaba denodadamente, calculó Francisco Porras que podria sorprenderlo, y se dirigió á él, cortándole la rodela é hiriéndole la mano que la empuñaba; pero se enredó de tal modo, que ántes que pudiera sacar su espada, y despues de una larga lucha, estaba hecho prisionero.

Les bastó á los rebeldes ver fuera de combate á su jefe para huir sobrecogidos de terror y espanto.

Y no era ciertamente por las simpatías que le profesaban, sino porque simbolizaba su causa y en él veian al que habia de dirigirlos en la batalla en que los dejó empeñados.

Terminó, pues, la lucha, quedando la victoria por la fuerza del almirante.

Los indios habian presenciado á cierta distancia aquel terrible combate, y cuando el campo quedó desierto se acercaron, movidos de curiosidad, á ver los cadáveres de unos hombres que ellos, en su ignorancia, y en cierto modo en su supersticion, habian creido inmortales.

El adelantado y su gente fueron recibidos por Colon con las demostraciones del mayor afecto.

Francisco Porras y algunos de sus compañeros fueron conducidos prisioneros.

Pero el mayordomo del almirante, que habia recibido una herida, al parecer leve, sucumbió por causa de ella.

Los vencidos celebraron una conferencia, en la que pudieron hablar libremente y exponer con franqueza sus sentimientos, acordando dirigir al almirante una reverente instancia, en la que confesasen sus culpas, reconociesen su grave falta y le rogasen que les perdonase.

Así lo hicieron, ofreciendo serle fieles bajo un solemne ju, ramento, y añadiendo que deseaban, en caso de quebrantarlo, que ni sacerdote ni otro cristiano alguno pudiera confesarlos; que no les fuese provechoso el arrepentimiento; que se les privase de los santos sacramentos de la Iglesia; que á la hora de la muerte no recibiesen el beneficio de indulgencias ni de bulas; que se arrojasen al campo sus cuerpos como los de los renegados, en vez de enterrarlos en tierras benditas, y que no recibiesen absolucion del papa, cardenales, arzobispos, obispos, ni otros sacerdotes cristianos.

El almirante, en vista de tan respetuosa súplica, y abandonándose à sus nobles sentimientos, les otorgó el perdon que solicitaban, pero asegurándoles que el cabecilla Francisco Porras quedaria preso.

CAPITULO LXXII.

Donde se ve lo que recogen los que siembran beneficios.

La situacion en que la Providencia, en su inescrutable sabiduría, quiso colocar al inmortal Colon, al hombre más notable de su siglo, á una de las figuras más grandiosas de la humanidad, fué demasiado aflictiva, demasiado angustiosa para no exigir de nosotros una descripcion detallada.

Es imposible concebir como un hombre cargado de años y de pénas, enfermo de cuerpo y de alma, castigado por los más horribles desengaños, pudo soportar aquella inconmensurable prueba.

Esto justifica la minuciosidad con que hemos referido sus emociones, sus pensamientos, su actitud en los conflictos, su mansedumbre, su resignacion en la adversidad y la conducta de los miserables, que debiéndole cuanto eran, fueron los que más acibararon con su iniquidad los largos dias de dolorosa angustia que pasó al borde del abismo, abandonado de la tierra y al parecer hasta del cielo.

Todavía, en el momento en que estamos de nuestra narracion, le vemos devorar su amargura é inspirar confianza á los desesperados náufragos; todavía no sabemos si al descubrirse la verdad, si al perder una vez más sus ilusiones los que lo esperan todo del gobernador de Santo Domingo, surgirán nuevas complicaciones, estallarán nuevas tempestades sobre

aquella augusta cabeza, que á pesar de todo ostenta á nuestros ojos la triple corona de la edad, del saber y de la gloria.

Su única salvacion dependia de que los mensajeros que habia enviado á Santo Domingo y á España desempeñasen con fortuna su mision.

Los hemos visto llegar, arrostrando inminentes peligros, al puerto deseado. Sigámoslos ahora para cerciorarnos de lo que pudieron hacer en favor de su querido y respetado jefe.

Diego Mendez no podia, como recordarán nuestros lectores, presentarse á Ovando, porque despues de lo que le habia sucedido, tenia por cierto que el iracundo gobernador de la colonia se apoderaria de él y le condenaria á reclusion perpétua, si es que no se deshacia de su persona por cualquiera de los infames medios que empleaba siempre para conseguir sus fines.

Su mision era infinitamente más difícil que la de Fiesco.

Ningun buque querria llevarle á bordo sin el consentimiento del gobernador, ni mucho ménos saliendo de otro puerto que el de Santo Domingo.

Solo la Providencia podria facilitarle los medios de realizar su empresa.

He aquí lo que pasó:

Diego Mendez llegó al mismo tiempo que Bartolomé Fiesco á la costa de la Española.

Allí se separaron, y sin más compañía que la de un indio llamado Azcala, se dispuso el valiente soldado á recorrer aquella inmensa playa hasta encontrar un buque que le llevase á la Península.

Fiesco, con sus indios y los de la canoa de Diego Mendez, siguió por la costa de Santo Domingo.

Ya volveremos á encontrarle.

Sigamos á Diego Mendez.

Era de noche cuando llegaron á la playa.

—Azcala, dijo el leal servidor de Colon al indio que se habia quedado en su compañía, te he elegido entre todos para compañero, porque creo en tu fidelidad y en tu valor.

El indio mostró por la expresion de su fisonomía la satisfaccion que experimentaba por el buen juicio que habia formado de él su jefe.

—¿No has visto, prosiguió Mendez, en el camarote del almirante una imàgen de Jesucristo ante la cual nos prosternamos todos los blancos?

—Sí he visto, dijo Azcala, y me han dicho que, es el hijo de nuestro Dios, del que reina en el cielo y en la tierra.

—Pues bien, El es el que premia y castiga los actos de los hombres. El es el que, cuando la muerte nos destruye, lleva nuestra alma al Paraíso, ó la condena á vivir padeciendo eternamente en el infierno.

Los sacrificios que voy à exigirte son muy penosos. Oyeme bien: nuestro primer cuidado es evitar que nos descubran.

Sin perder la vista de la playa tenemos que ocultarnos entre los bosques, buscar en ellos nuestro alimento, y aguardar una ocasion favorable para obedecer las órdenes que me ha dado el almirante.

Yo no sé el tiempo que emplearemos en esta vida; yo creo que será breve. Solo Dios sabe cuándo terminará. Si no tienes bastante valor para soportarla, si temes que tus fuerzas desmayen, si crees que te ha de abandonar la lealtad que me debes.... en libertad te dejo.

Aún puedes alcanzar á tus compañeros: vé con ellos, sigue su suerte, yo partiré solo. Pero si quieres acompañarme, si quieres arrostrar conmigo los peligros que me amenazan, si quieres que el Dios de los justos y de los buenos te abra sus brazos misericordiosos, jura aquí seguirme, obedecerme, sa-

crificarte por mí si es preciso, y nos pondremos en marcha.

Lo juro, dijo el indio, y doy gracias á nuestro Dios porque me ha proporcionado esta ocasion de pagaros una deuda de gratitud.

—¡Tú! exclamó Diego Mendez asombrado.

—Yo, sí.

—Explícate.

—¿No habeis notado cuánto he hecho para que me trajeseis en vuestra compañía?

—Es cierto.

—¿No habeis visto cómo he sufrido las privaciones durante la travesía, sin exhalar un solo gemido?

—Tu resignacion, tu entereza, me han decidido á elegirte; pero no adivino por qué causa sientes hàcia mí esa gratitud.

—Oid y me comprendereis, dijo Azcala.

El indio hizo una breve pausa, como para reconcentrarse, y dijo:

—Yo no soy natural de le Jamáica: abrí los ojos á la luz en Guahanamí, y fuí de los primeros que vieron llegar á estas ignotas tierras las embarcaciones de los hijos del cielo.

¡Con qué alegría, con qué satisfaccion vimos aparecer en el horizonte aquellas naves que nos parecieron mónstruos! ¡Con qué veneracion, con qué respeto saludamos á aquellos hombres que no se parecian á nosotros, que eran de una raza superior á la nuestra y que, segun las profecías, debian venir á sacarnos de la postracion, á derramar el bien á manos llenas sobre nosotros!

Entusiasmado yo, seguí á los españoles, y llegué con ellos á las playas de Haiti, en donde el rey de los reyes, el poderoso y al mismo tiempo desgraciado Guacanajari, advertido por nosotros de quiénes eran los extranjeros, les dispensó fraternal acogida.

Allí sentí palpitar mi corazon de amor por primera vez.

Ihalai era una de las servidoras más leales de la esposa del rey. Prendado de ella, le juré amor eterno, y protegidos por Guacanajari, nos retiramos á habitar en una de las más bellas aldeas que hay en la orilla del rio Pani.

—¿Y cómo fuisteis á la Jamàica?

—Antes de contestar á esa pregunta, voy á haceros otra, si me lo permitís.

—¡Habla!

Azcala prosiguió:

—Hace más de treinta lunas que los españoles, en guerra abierta con nosotros, nos impusieron un ominoso tributo, y por entónces un hombre que debia cuanto era al almirante, se rebeló contra él. Consiguió reunir muchos secuaces, y capitaneando á su gente recorrió la isla, llevando á todas partes la desolacion y la muerte. Una tarde llegaron á una de las aldeas que riega el Pani con sus cristalinas aguas: una mujer esbelta como la palmera, càndida como la paloma, hermosa como el colibrí, estaba en las orillas del rio contemplando gozosa el tierno fruto de su amor, jugando con las arenas de oro que arrojaba á la orilla la corriente.

Unos cuantos rebeldes, ocultos tras los árboles, contemplaban á aquella hermosa mujer.

El padre de su hijo, su amante esposo, en la puerta de la inmediata choza, arreglaba las toscas redes para pescar.

De pronto salen los blancos de entre los árboles, se acercan á la mujer y al niño, se apoderan de la primera y van á llevársela, cuando su esposo se precipita sobre los malvados para arrebatarla de entre sus manos.

El indio tuvo que detenerse, porque la emocion le ahogaba.

Diego Mendez escuchaba con creciente interes aquella narracion, y sin dar tregua á Azcala:

—Prosigue, dijo.

Azcala continuó su interrumpido relato.

—Los blancos, añadió, al verse acometidos, dispusieron que dos de ellos sujetaran á la india, miéntras los otros, que eran cinco ó seis, apoderándose del esposo, le ataron fuertemente á un árbol, y le dijeron:

«Antes de castigarte arrebatándote la vida, queremos, para que expies tu atentado, que presencies tu deshonra.»

Y acto contínuo aquellos miserables echaron suertes para ver cuál de ellos se hacia dueño y señor de la infeliz prisionera.

—Ya lo recuerdo, dijo de pronto Diego Mendez.

—El indio, añadió Azcala, pugnaba por desasirse del árbol; en su desesperacion invocaba unas veces el auxilio de Vagoniana, y otras, retorciéndose, arrojaba espuma por la boca.

Los blancos habian terminado el sorteo, y el agraciado iba á apoderarse de su presa, cuando llegaron á la orilla opuesta del rio cuatro españoles montados en briosos caballos.

—Y al ver lo que pasaba, reconociendo á los rebeldes en los verdugos de los indios, vadearon el rio; llegaron ántes de que los infames pudieran consumar su crímen, y los pusieron en fuga. ¿No es eso lo que ibas á contar?

—Precisamente: entre los salvadores de aquellos infelices hubo uno que se acercó al indio, rompió sus ligaduras, le llevó al lado de su esposa, que estrechaba en sus brazos á su hijo, y ántes de separarse de ella, dándole un escapulario de la Vírgen, dijo:

«No apartes esto de tu cuello, que esta es la imágen de la Madre de los afligidos, y oye todas las súplicas de los que padecen.»

En seguida partió. ¿No fuisteis vos el salvador de aquellos desgraciados?

—Yo fuí, en efecto.

—¿No es este el escapulario, añadió Azcala, que disteis á la india?

—Sí tal..... ¿Luego tú eres?.....

—Yo soy el desgraciado esposo á quien salvasteis de la deshonra, á quien devolvisteis lo que más amaba en el mundo.

—¿Y tu esposa, y tu hijo?

—Los dos yacen en las cavernas de Cacibaxagua.

—¿Han muerto?

—Sí. Cuando Colon fué á España encadenado, fuimos tan perseguidos que tuvimos que refugiarnos en el Ciguay. Extenuados por la fatiga y por el hambre, mi pobre Ihalai cayó enferma.

Todos los medios que empleé para salvarla fueron inútiles. Antes que ella sucumbió nuestro hijo, y esto agravó su enfermedad.

Al verla próxima á exhalar su último suspiro, quise morirme tambien, y ella con débil voz, entregándome el escapulario:

—«No, me dijo. Tú no debes morir: tenemos que pagar una deuda de gratitud. Busca á nuestro salvador y sacrifícale tu vida.»

Ihalai murió, y yo no he hecho desde entónces más que buscaros. No hallándoos en Haiti, me fuí á la Jamáica con otros indios que huian de esta tierra, en donde solo hallaban el oprobio ó la muerte. ¿Creereis ahora en mi lealtad?

—Sí, Azcala, sí. Hace poco que hablaba de la Providencia: ya ves cómo es justa, cómo te ha traido á mi lado en los momentos en que más necesito de un amigo leal.

—Es cierto.

—Contigo nada temo. Tú conoces bien los senderos. ¿No es verdad?

—He recorrido toda la isla, y la conozco á palmos.

—Pues bien: en marcha y que Dios se apiade de nosotros.

Diego Mendez y Azcala, satisfechos por la explicacion que habia mediado entre los dos, comenzaron á caminar á través de un espeso bosque, en donde debian hallar alimento y abrigo para pasar la noche.

CAPITULO LXXIII.

Un buen encuentro.

Azcala dejó á Diego en la orilla de un cristalino arroyo, bajo un grupo de frondosos árboles, y se dirigió á buscar algunos alimentos, porque sus provisiones se habian agotado.

Siguiendo por una de las calles naturales del bosque, llegó el indio á una explanada y encontró en ella algunas chozas.

Era muy entrada la noche, y los moradores de aquellas pobres viviendas dormian tranquilamente.

Azcala los despertó, les dijo el objeto de su viaje, y pudo conseguir que le dieran pan de cazabe para unos cuantos dias.

Tambien pudo adquirir una utia, y con aquellos víveres regresó al bosque.

Diego dormia.

El indio acercó su oido á los labios de Mendez, y vió que su respiracion era trabajosa.

Tocó sus manos y las halló heladas.

Instantáneamente fué á buscar ramas secas; con la corteza de un árbol y dos piedras vivas hizo fuego y encendió una buena hoguera cerca de donde yacía en aquel triste estado el hombre á quien habia jurado eterna fidelidad.

El calor reanimó á Diego Mendez, cuya única enfermedad, á Dios gracias, era el cansancio.

Al despertarse halló á su lado al solícito indio, que le habia preparado los manjares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
D. A. N. L.

Los dos hicieron los honores á la frugal comida, y despues de convenir en el itinerario que seguirian al dia siguiente para llevar á cabo el objeto de su expedicion, buscaron en el sueño el reparador descanso que necesitaban.

Amaneció el nuevo dia, y muy temprano se pusieron en marcha con direccion á la orilla del mar, porque su principal objeto, como recordarán nuestros lectores, era buscar una embarcacion con rumbo para España que los admitiese á bordo.

Caminaron todo el dia sin que descubriesen en toda la extension del Océano una sola vela.

La noche les sorprendió en la orilla del mar, y guareciéndose en la cavidad que formaban unas rocas, aguardaron allí el nuevo dia.

El camino que seguian les llevaba hácia el territorio que en tiempo no lejano habia constituido el reino de Guacanajari.

Al proseguir su marcha, llegaron al pequeño promontorio de rocas que se levantaba en la orilla del mar, y que habia servido de cimiento á la famosa fortaleza de la Navidad.

Todavía se descubrian restos de aquellas primitivas fortificaciones, y Diego Mendez no pudo ménos de conmoverse al recordar que allí se habia derramado por la primera vez la sangre de los españoles en el Nuevo Mundo.

¡Cuán distinto aspecto presentaba el en otro tiempo fértil y risueño territorio de Marien!

El fuego habia destruido los bosques y consumido las chozas; el abandono habia esterilizado los campos. Aquel jardin contínuo estaba convertido en un triste desierto.

Como estuviesen establecidos algunos españoles de los que habian secundado á Roldan en su movimiento revolucionario, todos hostiles á Colon, procuró Diego Mendez evitar su presencia, y guiado por Azcala se encaminó á Xaragua

donde estaba seguro de hallar amigos, porque entre los españoles que allí habia se encontraban muchos de los que habian acompañado á Colon en su primer viaje, y que si no eran adeptos a su persona, eran enemigos de Ovando.

A los quince dias de aquel viaje sin término fijo, divisaron desde la orilla, á bastante distancia de la costa, una embarcacion, en cuyo mástil pudo Diego Mendez descubrir, gracias á su buena vista, la bandera de España.

Todo indicaba que aquella nave, despues de haber estado en alguno de los puertos de Xaragua, se habia lanzado en alta mar para aprovechar el viento y llegar cuanto ántes á Santo Domingo.

—Esa embarcacion no nos sirve todavía, dijo Diego Mendez al indio; lleva sin duda víveres y pasajeros á Santo Domingo, y no es aquel punto el que más seguridad ofrece á nuestras personas.

—Esperemos su regreso y entónces.....

—O mucho me equivoco, ó ha hecho escala en Xaragua, pero como el viento es en la costa suave, se ha alejado para recibir más de lleno el soplo de la brisa.

—Pronto podremos averiguarlo.

—Acércate con cautela á la morada de los españoles, averigua con qué objeto ha estado aquí esa carabela; si es que ha venido, como presumimos, vuelve lo más pronto posible á darme cuenta de cuanto logres averiguar.

El indio partió.

Serian las diez ó las once de la mañana, y volvió al anochecer.

—No os habiais equivocado, dijo á Diego Mendez, la carabela ha llegado con colonos y víveres, y ha hecho escala para dejar aquí á dos viajeros que han querido, ántes de llegar á Santo Domingo, visitar el territorio de la Española sometido á los reyes de España.

—¿Has averiguado sus nombres?

—Sí por cierto, y hasta los he visto.

—Dílos, haber si yo conozco alguno.

—Llámase el más anciano don Luis Sagredo.

—Lo Providencia le trae á mi encuentro, exclamó Diego Mendez, no pudiendo contener la alegría que aquella noticia produjo en su ánimo.

—¿Le conoceis? preguntó el indio.

—Mucho, sí: es uno de los leales amigos, de los más entusiastas servidores del almirante. Y el otro que le acompaña ¿quién es?

—Un jóven muy apuesto.

—¿Viene por la primera vez?

—He oido decir que sí.

—¿Ignoras su nombre?

—Llámanle Hernan Cortés.

—¿Y le acompaña Sagredo?

—Han sido compañeros de viaje, se han hecho muy amigos, y como segun parece, ese don Luis ha vivido mucho tiempo en estos países, va á ser su guía hasta llevarlo á Santo Domingo.

—Azcala, dijo Mendez al indio, parte en seguida en busca de don Luis Sagredo, procura hablarle á solas y guíale hasta aquí.

El indio adivinó la mirada de Diego, la confianza que le inspiraba el hombre á quien iba á buscar, y partió á obedecer sus órdenes.

Designaron ántes el paraje en donde debian verse, y Diego Mendez aguardó con ánsia la llegada de Sagredo.

Como este es muy breve, van á conocer mis lectores á este personaje; sólo añadiré lo que he dicho ya muchas veces al considerar la aflictiva situacion en que se hallaba el almirante.

En todo lo que le pasaba, en todo lo que sucedia á sus leales servidores y á sus enemigos, se veia á la Providencia en toda su plenitud, en toda su grandeza.

Cuando Diego Mendez se quedó solo, pensando en su entrevista con Sagredo:

—Este hombre, dijo, es el mejor auxiliar que puede secundar mis planes. Si aún puede, si ha logrado desempeñar su papel como se prometió, los naúfragos de las costas de la Jamáica están salvados.

D. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LXXIV.

Coincidencia.

Diego Mendez pasó toda la noche sin poder conciliar el sueño.

Calculó el tiempo que podia tardar el indio en cumplir su encargo y volver con Sagredo, y hasta entónces contuvo su impaciencia.

Pero trascurrieron algunas horas más, y su ansiedad no tuvo límites.

Resolvió ir al encuentro de Azcala, y ya iba á ponerse en camino, cuando oyó la voz del indio.

Poco despues se presentaba Sagredo á Mendez, y los dos antiguos amigos se confundian en un afectuosísimo abrazo.

Azcala aguardó las órdenes de su amo.

—Vigila los alrededores, le dijo Mendez, y prepáranos algunos alimentos.

Los dos amigos quedaron solos.

Como por el diálogo que entablaron pueden mis lectores saber algo acerca del pasado del nuevo personaje que tienen en escena, voy á reproducirlo.

—¡Qué sorpresa he experimentado, dijo Sagredo, al saber que os hallabais aquí!

—No habrá sido mayor que la mia, contestó Mendez.

—Os contaba entre los muertos.

—Pues yo estaba tan preocupado, que ni siquiera os contaba entre los vivos.

—Ante todo..... dadme noticias del almirante..... ¿Vive?....

—Sí....

—Han corrido en España rumores de su muerte.

—¿Venís de allí?

—¿No os lo ha indicado el indio?

—Es cierto.

—El almirante sólo es quien me ha decidido á embarcarme, á pesar de mis años.

Mendez miró con afecto á Sagredo.

—Siempre leal y bueno para con él, le dijo.

—¡Qué quereis!.... Dios me há dado un corazon que sabe agradecer, y soy uno de los hombres á quienes más ha favorecido el almirante. Pero ved lo que es el mundo..... Muchas veces creo que al ver que le abandoné, que no fuí con él á España cuando le llevaron encadenado, que no le acompañé en su expedicion al tocar en Santo Domingo últimamente, creo, repito, que pensará de mí que soy un ingrato. Y sin embargo, si yo os contara....

—En primer lugar, buen Sagredo, estais equivocado. El almirante sabe quiénes son sus verdaderos amigos.

—Pero las apariencias....

—Las apariencias engañan siempre, y ningun hombre de valor se fia de ellas.

—Con vos quiero ser leal.

—¿Acaso no lo sois?

—No del todo.

—Explicaos.

—Yo me hallaba presente cuando el infame Bobadilla cometió el atentado de encadenar á Colon. Era uno de los más inmediatos servidores del almirante, y el primer impulso de mi corazon fué seguirle. Tuve miedo de que no le hicieran

justicia, de que alcanzasen los tiros de la envidia que contra él fulminaban sus enemigos à los que más estrechamente unidos estaban á su persona, y obedeciendo en aquel instante, más que al afecto, al egoismo, me acerqué á Colon, y le dije: «Yo me quedo aquí para velar por vuestros intereses.» El creyó de buena fe mis palabras, y me respondió: «Tranquilo voy entónces.» Pero como las persecuciones de Bobadilla continuaron encarnizadas contra los amigos del almirante, tuve, para salvarme de su venganza, que fingirme dispuesto á hacer traicion al que hasta entónces me habia colmado de bondades.

—Yo, que os conozco á fondo, comprendo cuánto sufririais.

—Mucho, sí.... El sueño se alejó de mis ojos, la tranquilidad de mi alma..... Habia obrado impulsado por el amor de la familia: pensaba en mi esposa, pensaba en mis hijos; esperaban verme llegar rico, dichoso, y tenia que realizar sus esperanzas á toda costa. Pero los que obedecen á malos pensamientos y tienen conciencia, hallan el castigo en su propia culpa.

Sagredo se detuvo, porque la emocion embargaba su voz.

Repuesto un poco, prosiguió:

—Bobadilla me llamó: «Habeis sido, me dijo, el mayordomo del almirante; teneis noticia exacta de las tierras que se ha apropiado, de las cantidades de oro que ha reunido. Es necesario que me deis cuenta detallada de todo, que cuando llegue el caso declareis contra él en el proceso que se le formará. De lo contrario, sereis considerado como traidor, como cómplice suyo, y os alcanzará su castigo.»

—¿Y que hicisteis? preguntó Mendez.

Sagredo miró en torno suyo, como si temiera que le oyesen.

—¡Oh! Entónces cumplí con mi deber. Supe que al dia siguiente partia un buque para España y fingí acceder á los

deseos de Bobadilla. Pero en aquel mismo instante me encerré en mi cuarto, cavé un hoyo ancho y profundo en el suelo, enterré en él la mayor parte de las riquezas de mi señor, sus más importantes papeles, cubrí perfectamente el hoyo, busqué á Bobadilla, le entregué bajo recibo, para mi salvaguardia, algunos de los objetos que yo custodiaba, le dí á entender que el almirante habia enterrado el oro en la Isabela, y me manifesté dispuesto à declarar contra él todo cuanto quisiera. Aquella misma noche partí á buscar al capitan del buque que debia darse á la vela; era antiguo amigo mio, le hablé, se condolió de mi situacion, y me acogió á bordo.

—¿Luego fuisteis á España casi al mismo tiempo que el almirante?

—Un mes despues llegué.

—¿Pero no os presentasteis á él?

—No.

—¿Por qué?

—Mi conciencia me decia que habia obrado mal, y no tuve valor para ponerme en su presencia.

—Sin embargo, habiais salvado gran parte de sus bienes.

—Necesitaba para ser digno de su aprecio salvarlos todos, vigilar de cerca á sus enemigos y parar los golpes que dirigieran contra él.

—¿Y lo habeis hecho?

—Sí.

—Hablad.... hablad.

—¡Ah! Sí, quiero contaros todo lo que me ha pasado, porque es extraordinario.

Mendez oyó con la mayor atencion, porque cuanto iba á referirle Sagredo era importante para el logro de sus fines.

—Oculto entre la muchedumbre, prosiguió Sagredo, ví al almirante embarcarse en Cádiz para emprender el cuarto viaje.

Vos le acompañabais.

Sus hijos, su familia, acudieron á despedirle.

Entre las personas más queridas de su corazon estaba Villejo, el noble oficial á quien todos estimaban, porque al mismo tiempo que habia cumplido con su deber, habia guardado al prisionero todas las atenciones que inspiraban el afecto y la consideracion.

Con el alma transida de dolor por no haber podido besar aquella mano que tantos beneficios me habia dispensado, y más resuelto que nunca á redimir mi culpa, partí á Granada, donde estaba la corte, con el objeto de acercarme al hijo de Colon, de observar de cerca al obispo Fonseca, y de vigilar atentamente á todos los enemigos del gran hombre.

No bien llegué, supe con verdadera pena la inmensa desgracia que habia ocurrido á la santa mujer que servia de madre á los hijos del almirante.

—¿A doña Inés?

—Sí.

—Decid.... decid qué le pasó.

—¿Colon lo ignora?

—Ninguna noticia de semejante desventura ha llegado hasta él.

—Pues bien, oid. Al separarse de Colon, se adelantó su hijo. Doña Inés, Isabel y Villejo hicieron noche en una posada, y una infame mujer, una gitana, tendió un lazo al valiente soldado. Le buscó, le anunció que unos bandidos se habian apoderado del hijo mayor del almirante, y le indicó el paraje en donde le tenian encerrado, todo con ánimo de separarle de Doña Inés y de su hija.

—¡Miserable!

—Aun hubo más. Apénas las vió solas, robó á la niña y

arrojó sobre los ojos de su madre un líquido infernal, que la dejó ciega para siempre.

—Pero esa infame caeria en poder de la justicia y pagaria con una muerte terrible su martirio.

—No; pudo ocultarse, y guardó tam bien á la pobre niña de tal manera, que cuantas pesquisas se hicieron para descubrirla fueron inútiles.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio! exclamó Diego Mendez. Si estas tristes noticias hubieran llegado á conocimiento del almirante en la situacion en que se ha hallado, en que aún se halla, hubieran acabado con él.

—Villejo, prosiguió Sagredo, debia unirse con Isabel, y al perder la esperanza de recobrarla, se consagró á velar por su pobre madre. Regresaron á Granada; la reina se enteró de lo que habia sucedido, y dió órdenes terminantes á la Santa Hermandad para que buscase á la jóven y á su raptora.

—¿Y al fin la hallaron?

—No.

—¿Tan impotente es la justicia?

—Todo hacia creer que poderosas influencias contribuian á que la jóven permaneciese secuestrada.

—¿Pero qué delito habia cometido para sufrir tanta crueldad?

—Ser uno de los séres á quienes más amaba el almirante, hallarse destinada á ser esposa de Villejo, cuya adhesion á Colon irritaba profundamente á los antiguos protectores del valiente soldado.

—¿Y no lograsteis averiguar qué influencia era esa? ....

—Yo conocia á Villejo, y procuré hacerme el encontradizo. Mi objeto principal era que me llevase á la presencia del hijo de Colon, que, como sabeis, era paje de la reina. No tardé en conseguirlo, y entónces hablé á éste con sinceridad, le

dije quién era, lo que habia hecho, y le manifesté mi deseo de consagrar toda mi vida á reparar la falta de un momento. Para llevar á cabo mis planes con buen éxito, procuré entrar en relaciones con don Antonio Aguado, uno de los privados de Fonseca y enemigo irreconciliable de Colon.

—Le conozco demasiado.

—Me presenté á él como traidor, y no tardó en caer en el lazo. Llegó á tener tal confianza en mí, que me nombró su mayordomo y me hospedó en su casa. Gracias á esto adquirí un dato que es muy posible que á estas fechas haya servido para devolver la llorada hija á los brazos de su angustiado padre.

—¡Ah!.... Contadme todo eso, dijo Mendez. Mi curiosidad y mi interes crecen á medida que avanza vuestro relato.

Hubo, sin embargo, una pausa.

El indio les sirvió algunos alimentos, y despues de terminar su frugal comida, reanudaron los dos amigos su interrumpida conversacion.

Como por ella van á saber nuestros lectores algo acerca de Isabel, de su madre y de Villejo, como van á enterarse al mismo tiempo de los planes que habian llevado á Sagredo á la Española, de los acuerdos que Diego Mendez y él tomaron para salvar al almirante, voy á reproducirla.

CAPITULO LXXV.

Donde por carambola se sabe algo del pasado, y se adivina un poco el porvenir.

Yo, prosiguió Sagredo, observé que Aguado era víctima de un profundo pesar. La fortuna le sonreia, y sin embargo, no era dichoso; una pena contínua turbaba su sueño. A fuerza de indagar la causa de su tormento, pude saber que consistia en una pasion desgraciada.

—¡Una pasion aquel hombre, incapaz de abrigar en su pecho más que la vanidad y la codicia!

—La Providencia castiga de muchos modos. Una dueña habladora me contó que su amo se habia prendado de una mujer jóven, que habia querido seducirla; pero que la muchacha habia tomado tal ascendiente sobre él, que le ponia más sumiso que un esclavo con sólo su mirada.

—Un dia, añadió la dueña, tuvieron los dos una escena muy fuerte: él queria rebelarse, poseer aquel tesoro de belleza, y al ver la imposibilidad de lograr sus fines salió desesperado, cerró su casa con llave y se fué. Tuvo una entrevista con el obispo Fonseca, y al dia siguiente llegó hasta la puerta de su casa una litera. Poco despues salió la jóven encubierta con un velo, subió á la silla de manos, y Aguado dijo á los que la conducian: «Al convento»....

—Extraña historia.

—Así me habló la vieja, prosiguió Sagredo. Yo procuré ganar la confianza de Aguado, y para conseguirlo le hablaba á menudo de la inconstancia de la mujer, de los sacrificios que imponia al hombre, de lo indigna que era, de los tormentos que hacia padecer. Me oia con gusto, pero no lograba que me abriera su corazon. Entónces procuré averiguar sus maquinaciones contra el almirante, y adquirí la certeza de que Ovando, el nuevo gobernador de la Española, le era completamente hostil, porque estaba vendido à Fonseca y sus secuaces.

—¿Lo pudisteis dudar al ver que lo nombraban para reemplazar á Bobadilla?

—Al pronto sí: tenia fama de honrado, habia sido muy recto, y se explicó su nombramiento de una manera hasta favorable para Colon. Por otra parte, yo tenia motivos para no dudar de la consideracion de los reyes hácia el hombre que habia conquistado á su corona un Nuevo Mundo: le habian dado una escuadra, le habian revalidado sus cargos, le habian ofrecido devolverle el mando de la Española; yo creí de buena fe que la mision de Ovando era pacificar la isla, castigar à Bobadilla, y restablecer el órden y el respeto á la ley.

—¡Falsa creencia!

—Mi posicion cerca de Aguado destruyó mis ilusiones. Pude saber que el plan de los enemigos del almirante era suscitarle complicaciones para que, desesperado al fin, sucumbiese. Ovando notició hace poco, por medio de una carta confidencial que un español llevó á Soria, y éste envió al obispo Fonseca, que tenia motivos fundados para creer que el almirante habia perecido con todos los tripulantes en el viaje de exploracion que habia emprendido. Gloriábase de paso de ser la causa de su ruina, por no haberle querido dar embarcaciones que reemplazasen á las suyas, deterioradas por las tempestades, y añadia que en cuanto pudiese asegurarse de que sus creencias eran ciertas, lo avisaria secretamente.

—¿Y cómo pudisteis averiguar el contenido de esa carta?

—Por la persona á quien encargó Soria que la llevase desde Sevilla á Córdoba, en donde á la sazon se hallaba Fonseca.

¿Quien direis que era?

—No puedo adivinar.

—Una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, una mujer, á quien, como yo, conocisteis en estas tierras; pero disfrazada de paje.

—¿Estuvo aquí?

—Al servicio de Colon; era su paje predilecto.

—¿Y os reconoció?

—Sí; la casualidad quiso que nos encontràsemos, y como estaba persuadida de mi adhesion al almirante, despues de dárseme á conocer, me confió que para servir á Colon habia logrado por el mismo medio que yo ganar la confianza de sus enemigos. Tan bien habia desempeñado su papel, que era la portadora de los documentos màs secretos que mediaban entre Soria y el obispo.

Ya veis, añadió Sagredo, despues de una breve pausa, que no estaba tan abandonado el gran hombre á quien veneramos.

—En efecto; pero seguid.... ¿Qué hizo el obispo al recibir la carta de Ovando?

—Llamó á Aguado, y los dos convinieron en esparcir el rumor de que habia fundados motivos para creer que el almirante habia muerto.

—¿Y llegaron á su hijo?

—Sí; y tuve una entrevista con Diego. En ella convinimos en que yo hiciera lo posible por venir á la Española á

adquirir noticias. Conseguí que me enviasen á Santo Domingo con pliegos para Ovando y la órden de partir inmediatamente á España; esto con el objeto de decir la verdad de lo que se supiera acerca de su padre, y me puse en camino. Pero ví en Sevilla á Isabel Monteagudo, al fingido paje, le comuniqué mis proyectos, y al contestar á una pregunta que me dirigió, le dí algunos indicios que buscaba para descubrir el paradero de la niña que tan infamemente habia sido separada de los brazos de su madre. Ella supo que servia á Aguado, y como le conocia mejor que yo, me preguntó si habia llegado á mi noticia el rapto de una jóven, hija de doña Inés. Contestéle afirmativamente.

—«¿No habeis sabido, añadió, si por la época en que desapareció esa jóven llevó á su casa Aguado alguna dama?»

Esta pregunta fué para mí un rayo de luz: recordé todo lo que me habia contado la dueña, computé fechas, recogí indicios, y se despertó en mí el presentimiento de que la jóven que Aguado habia llevado á un convento era la que una madre ciega habia buscado en vano. Partí á Cádiz para embarcarme, y allí me presentó un jóven que iba á emprender el mismo viaje que yo, y que por venir muy recomendado á Ovando querian sus protectores, todos los enemigos del almirante, que yo fuese su compañero, su amigo y su guía.

—¿Es el jóven de quien me ha hablado el indio?

—Sí.

—Se llama Hernan Cortés, ¿no es cierto?

—Así se llama; y hasta creo que tiene algun parentesco, aunque lejano, con el gobernador de Santo Domingo.

—¿Y no sabeis qué objeto le trae aquí?

—El de todos: hacer fortuna.

—¿No traerá alguna mision secreta para Ovando?

—No lo creo.

—Es su pariente.

—Con todo.

—Le envían los enemigos del almirante.

—Pero saben de sobra que su padre no ha podido hacer carrera de él, que es de un génio indomable, de un carácter irascible, y que si le ha dado su vénia para pasar el charco, sólo lo ha hecho por librarse de él.

—¿Tan endiablado es ese mozo?

—Es, en efecto, lo que dicen; pero posee un corazon generoso. No hace mucho, al llegar, vió que un colono de Xaragua maltrataba á un indio. El infeliz se quejaba.

—«¿Por qué castigais á ese infeliz? preguntó.

—«Porque he ofrecido para esclavo á uno de sus hijos á un amigo mio de la Isabela, le he dicho que le lleve, y se niega á obedecerme.

—«Hace bien, vive Cristo, contestó el mozo, y juro por mi nombre que si descargais un solo golpe más sobre él, tendreis que habéroslas conmigo.»

El colono era hombre de malas pulgas, le contestó, llamóle mozalvete, y si yo no me pongo de por medio, lo ensarta en su espada como dos y tres son cinco, á pesar de no contar Hernan más que diez y nueve años, y de ser su adversario uno de los mejores soldados que tuvo Roldan, el rebelde.

—Ganas me dan de conocerle.... Pero no conviene.

—Por mi nombre que si no sucumbe á las calenturas que de cuando en cuando le acometen, ha de dar mucho que hablar en el mundo. Pero vamos á nuestro asunto.

—Teneis razon, hablemos.

Los dos comenzaron á comunicarse sus planes.

—¿Me habeis asegurado que vive el almirante? preguntó Sagredo.

—Vive; pero su vida es peor que la muerte.

—¿Dónde se halla?

—En la costa de la Jamáica: allí anclamos los dos buques que nos quedaron como Dios nos dió á entender, y allí hemos aguardado en vano algun auxilio.

Mendez refirió á Sagredo todo lo que habia pasado en su primer viaje, el infame lazo que le habia tendido Ovando, su regreso á la costa de la Jamáica y los planes que habian acordado, y que á la sazon se hallaban realizando él y Fiesco.

—Dios sea loado, exclamó Sagredo, que me permite poder ser útil á Colon. ¿Decís que ese jóven genovés, á quien llamais Bartolomé Fiesco, ha ido á Santo Domingo?

—Allí debe encontrarse á estas fechas.

—¿Y vos pensareis partir?

—En cuanto encuentre una ocasion.

—Ya la habeis encontrado.

—¿Qué decís?

—Ved este documento, añadió Sagredo, mostrándole un papel.

—Es una órden de los reyes mandando á todos sus capitanes que obedezcan ciegamente á la persona que la ponga á su vista. Ya veis que no puede ser mas expresiva.

—En efecto.

—Leed ahora, añadió, mostrándole otro papel.

—Es una carta particular de Aguado para Ovando. La recomendacion no puede ser más eficaz.

—¡Cuántas lágrimas secretas me ha costado este triunfo!

—¿Y qué pensais hacer?

—Partir inmediatamente á Santo Domingo; dadme una contraseña para que se fie Fiesco por completo de mí, yo le hablaré, y los dos, de acuerdo, acudiremos en socorro del almirante.

—¡Ah! Sí; eso es lo más urgente.

—Yo os ofrezco que no tardaré en hacerme digno de su perdon.

—Pero yo....

—Vos permanecereis aquí, y en cuanto veais un buque con rumbo para España, acudid con una canoa; llamad al capitan, presentadle esta órden y os conducirá á España. Allí, sin pérdida de tiempo, entregad la carta que os ha dado el almirante para los reyes; buscad en Sevilla, en casa del contador general Soria, á Isabel Monteagudo, referidle nuestro encuentro, y vereis como todo sale à medida de nuestro deseo.

—Sí, sí.

—Yo voy inmediatamente á buscar á mi compañero de viaje.

—Partid, sí; no hay que perder un instante.

Iban á separarse, pero Sagredo volviéndose de pronto:

—¿Teneis mucha confianza, dijo á Mendez, en el indio que me ha guiado hasta aquí?

—La más completa.

—¿Vos no podeis llevarle en vuestra compañía?

—Seguramente no.

—Si le decís que me sirva con la más absoluta lealtad, ¿os obedecerá?

—Ciegamente.

—Pues bien, le necesito.

—¡Azcala! dijo Diego, llamando al indio.

—¿Qué mandais? preguntó éste, acudiendo á su presencia.

—Tengo que exigirte un nuevo sacrificio.

—Mandad.... mi vida es vuestra.

—Voy á partir.... y tú vas á considerar á este hidalgo como si fuera yo.

—Si es para bien vuestro, tendrà un esclavo en mí.

—Es necesario que le obedezcas ciegamente.

—Azcala lo jura por la memoria de Ihalai.

—Basta.... muy pronto nos veremos, y yo te cumpliré mi promesa.

—¿Cuándo hemos de partir? dijo el indio á Sagredo.

—Ahora mismo.

Los dos amigos se despidieron

Sagredo y Azcala volvieron á Xaragua

Diego Mendez aguardó con impaciencia un buque que le condujera á España.

Pasaron cuatro dias sin que vieran en el mar un solo punto blanco que le indicase la deseada vela.

Al fin una mañana vió hacia el Occidente una embarcacion que costeaba la isla.

Para acercarse á ella no necesitaba canoa.

Desde el buque podian oirle, y à sus voces dispuso el capitan que fuesen dos marineros en un bote á la orilla para ver lo que deseaba.

Mendez subió á él y fué conducido á bordo.

Allí presentó al capitan la órden que le habia dado Sagredo.

El capitan le admitió á bordo y despues de un felicísimo viaje, llegó á España.

Pronto volveremos á encontrarle.

Sigamos ahora á Fiesco, y veamos cómo llegó á su presencia el anciano Sagredo, que no tenia más que un deseo: salvar al almirante.

CAPITULO LXXVI.

Donde Fiesco representaba su papel á las mil maravillas.

Bartolome Fiesco, con las dos canoas y los indios que las tripulaban, llegó á Santo Domingo. Con el objeto de que empezara á desempeñar bien el papel que se habia propuesto representar cerca de Ovando, y con el de que el almirante pudiera tener noticia de su feliz llegada á la capital de la colonia, mandó á los indios que se volviesen con las canoas á la costa de la Jamáica.

Al primer español que encontró le suplicó se sirviera guiarle al palacio del gobernador, anunciándole que traia urgentes despachos para él.

Su llegada despertó gran curiosidad.

Todos deseaban saber de dónde procedia, porque no tenian noticia de que hubiera llegado ningun buque; y como él se presentaba embarcado en canoas tripuladas por indios, presumieron que fuese algun náufrago, porque nadie podia imaginar que lo enviase el almirante.

Ovando, que procuraba, como hemos dicho ya, excusar sus torpezas, paliar su infame conducta con una apariencia de bondad, con una llaneza que mendiga popularidad, se apresuró á recibir al forastero que de aquella manera tan extraña llegaba á sus dominios.

Bartolomé no se desconcertó en presencia del gobernador.

—¿Qué deseais de mí? le preguntó éste.

—Azcala lo jura por la memoria de Ihalai.

—Basta.... muy pronto nos veremos, y yo te cumpliré mi promesa.

—¿Cuándo hemos de partir? dijo el indio á Sagredo.

—Ahora mismo.

Los dos amigos se despidieron

Sagredo y Azcala volvieron á Xaragua

Diego Mendez aguardó con impaciencia un buque que le condujera á España.

Pasaron cuatro dias sin que vieran en el mar un solo punto blanco que le indicase la deseada vela.

Al fin una mañana vió hacia el Occidente una embarcacion que costeaba la isla.

Para acercarse á ella no necesitaba canoa.

Desde el buque podian oirle, y à sus voces dispuso el capitan que fuesen dos marineros en un bote á la orilla para ver lo que deseaba.

Mendez subió á él y fué conducido á bordo.

Allí presentó al capitan la órden que le habia dado Sagredo.

El capitan le admitió á bordo y despues de un felicísimo viaje, llegó á España.

Pronto volveremos á encontrarle.

Sigamos ahora á Fiesco, y veamos cómo llegó á su presencia el anciano Sagredo, que no tenia más que un deseo: salvar al almirante.

CAPITULO LXXVI.

Donde Fiesco representaba su papel á las mil maravillas.

Bartolome Fiesco, con las dos canoas y los indios que las tripulaban, llegó á Santo Domingo. Con el objeto de que empezara á desempeñar bien el papel que se habia propuesto representar cerca de Ovando, y con el de que el almirante pudiera tener noticia de su feliz llegada á la capital de la colonia, mandó á los indios que se volviesen con las canoas á la costa de la Jamáica.

Al primer español que encontró le suplicó se sirviera guiarle al palacio del gobernador, anunciándole que traia urgentes despachos para él.

Su llegada despertó gran curiosidad.

Todos deseaban saber de dónde procedia, porque no tenian noticia de que hubiera llegado ningun buque; y como él se presentaba embarcado en canoas tripuladas por indios, presumieron que fuese algun náufrago, porque nadie podia imaginar que lo enviase el almirante.

Ovando, que procuraba, como hemos dicho ya, excusar sus torpezas, paliar su infame conducta con una apariencia de bondad, con una llaneza que mendiga popularidad, se apresuró á recibir al forastero que de aquella manera tan extraña llegaba á sus dominios.

Bartolomé no se desconcertó en presencia del gobernador.

—¿Qué deseais de mí? le preguntó éste.

—En primer lugar, lo que me dais, contestó Fiesco; para desempeñar cumplidamente la verdadera mision que me trae aquí, necesitaba un afectuoso recibimiento.

—Explicaos.

—Despues de las palabras que acabo de pronunciar, va á extrañaros mucho la mision oficial que he venido á desempeñar á Santo Domingo.

Y haciendo una breve pausa prosiguió:

—A vos, señor, me envía con este pliego el almirante don Cristóbal Colon.

Este nombre resonó en el corazon de Ovando como un remordimiento.

—¿De parte de Colon venís á verme? dijo, no pudiendo ocultar su sorpresa.

—Este pliego que tengo el honor de presentaros, es una prueba de ello.

—¿Luego vive? dijo el gobernador. ¿Luego los rumores que han circulado aquí son falsos?

—Vive, en efecto, contestó Fiesco; y acá para entre los dos, permitidme este desahogo; ¡más valiera que Dios hubiera dispuesto de él!

Ovando miró con extrañeza á Bartolomé.

—¿Hablais de esa manera de vuestro jefe?

—¡Hemos sufrido tanto por causa suya!.....

—¿Y sin embargo le servís?

—Las apariencias engañan á veces.

—¿Qué misterio encierran vuestras palabras?

—¿Me permitís que os hable con sinceridad?

—No os lo permito, os lo mando.

—Pues bien; no formeis mala opinion de mí. La desesperacion es capaz de todo. Figuraos, señor, que despues de un viaje felicísimo, despues del descubrimiento de una de las islas más ricas que posee el Océano, al regresar á la madre patria cargados de tesoros, con la esperanza de honra y provecho, nos hemos visto obligados á permanecer muchos meses amarrados á la orilla de una isla, en donde solo por fuerza hemos podido conseguir que nos den alimentos.

Figuraos los dias, las horas, los momentos que habremos pasado allí, devorando nuestro inmenso pesar, viendo morir nuestras más queridas ilusiones, no teniendo más porvenir que una muerte lenta, una agonía horrible..... ¡Ah! Si comprendeis esto, disculpareis la resoluccion que he tomado al fingir al almirante que era capaz de arrostrarlo todo con tal de venir aquí para pediros auxilio en su nombre.

—¿Y no es este el objeto de vuestra venida? ¿No me anuncia este pliego que dé crédito á vuestras palabras, que considere como pintada por el mismo almirante la situacion en que se halla, y que segun os ha mandado debeis describirme?

—Así parece; Dios me ha dado algun ingénio más que á mis compañeros, y al ver que nada consiguió un emisario que envió el almirante, nos pareció que no teniamos esperanza alguna. «De morir aquí, me dije, á morir en el mar, prefiero aquella muerte desastrosa, y si no muero llegaré á Santo Domingo, y allí al ménos encontraré socorro. No seré rico, pero viviré.»

—¿Luego habeis cometido una felonía?

—Censuradme, castigadme si quereis, todo lo merezco; pero prefiero los castigos que me impongais á la vida que he hecho durante tantos meses, que era lo mismo que respirar en una caldera. Aquí me teneis; la situacion del almirante y la de todos los que le acompañan es verdaderamente angustiosa. De tal manera los dejé, que es muy posible que á estas fechas no hayan podido resistir el hambre, la sed, la desesperacion, y hayan muerto, el almirante sobre todo. Sus enfer-

medades, sus disgustos, las murmuraciones de que es objeto las amenazas que á todas horas profieren contra él los que están á su lado, el odio que todos le profesan, han debido acabar con él.

—¡Ah! Si fuera eso cierto, dijo Ovando, no pudiendo contener la alegría; si fuera eso cierto, el mundo todo deberia darse por satisfecho.

—¿Luego vos teneis la misma opinion que yo? dijo Fiesco jugando el todo por el todo. ¿Luego creeis que el almirante ha empeñado á España en una conquista sin fruto, que ha arrastrado á los españoles á una lucha sin gloria?

—Sí, eso creo.

—Un medio teneis, prosiguió Fiesco, despues de una breve pausa, en la que parecia reconcentrarse á obedecer á una idea; un medio eficacísimo de que no se sepa en España el descubrimiento que hemos hecho nosotros, y por lo tanto de que abandonemos para siempre estos países, en los que cada pedazo de oro cuesta la vida á una docena de españoles.

—¿Qué medio es ese?

—Desoir los ruegos de Colon, dejarle. Quince dias bastarán para que él se vea allí solo entre un monton de cadáveres.

—¿Y no decís, preguntó Ovando, que esa isla que habeis visitado con el almirante posee en sus entrañas inmensas riquezas?

—Lo que es eso, os lo puedo asegurar por mi fe de cristiano.

—¿Sabriais vos el derrotero que conduce á ella?

—¿No he de saberlo?..... Soy piloto.

—¿Teneis ambicion?

—Mucha.

—Supongo que al venir á estos países os ha guiado el deseo del lucro.

—¿Para que ocultároslo? Deseo ser rico.

—Y si os ofreciera los medios de serlo, ¿los aceptariais?

—Segun y como.

—Os tengo en mi poder. Os habeis decubierto á mí demasiado pronto, y puedo, si quiero, castigaros como á un traidor.

—Haced de mí lo que querais! dijo Fiesco con simulada humildad.

—Deseo perdonaros; pero este perdon es en cambio de un sacrificio que puede redundar en beneficio vuestro.

—Hablad con entera confianza; estoy en vuestro poder, y aunque no lo estuviera, despues de haberos visto daria cualquiera cosa por estar á vuestras órdenes.

—¿Decís que el almirante quedaba muy enfermo cuando os separasteis de él?

—Tan enfermo que casi estoy seguro de que á estas horas habrá muerto.

—En ese caso, ¿podria ser fácil que yo enviase una embarcacion adonde está para informarse de la situacion en que se hallan los náufragos, y que esta nave, bien los hallase vivos, ó bien muertos, siguiese hasta esa isla de que me habeis hablado, para que la visitase y tomase posesion de ella en nombre de los reyes un capitan representante mio?

—Yo me comprometo á guiar esa nave, dijo Fiesco.

—Si tal hicierais, podriais recuperar las esperanzas que habeis perdido; podriais obtener una buena parte del oro que la nave trajese si érais leal; ó pagar con la vida vuestra deslealtad.

—Os he dicho que soy ambicioso: disponed de mí; pero os prevengo que cualquiera que sea la determinacion que tomeis envieis cuanto ántes un buque para saber de cierto si mis sospechas se han realizado, si el almirante ha dejado de existir.

—Muy pronto saldrá una carabela, y vos ireis en ella.

Fiesco tuvo que hacer un gran esfuerzo para ocultar la alegría que aquella resolucion infundia en su alma.

Y á fin de no malograr el éxito que habia alcanzado:

—Yo deseo que tengais completa confianza en mí, le dijo, y para ello estoy resuelto, si quereis, á quedarme en vuestro poder y à dar todas las instrucciones al piloto que designeis para que pueda emprender el viaje en seguida. Me basta que me asegureis algunos beneficios en esa expedicion.

—No, dijo Ovando, quiero que vos seais quien dirija la nave, porque de todos modos os tengo en mi poder.

—Gracias, dijo Fiesco, al mismo tiempo que hincaba una rodilla y besaba la mano de Ovando, con objeto de engañarle mejor.

—Levantaos, y marchad á descansar, dijo el gobernador de la colonia.

Ovando no podia vivir bajo la presion de la duda.

Deseaba vivamente que Colon sucumbiera.

Habia soñado en la gloria, en el lucro que podia adquirir presentándose como descubridor de aquella isla tan rica de que tanto se hablaba, y para salir de aquella incertidumbre penosa, para sofocar los remordimientos de su alma con los goces de la codicia, resolvió inmediatamente disponer una nave para que fuese á las costas de la Jamáica, las explorase, averiguase la situacion de los náufragos y volviese inmediatamente á darle cuenta del estado en que se hallaban, para obrar en consecuencia.

En breves dias estuvo una carabela en disposicion de darse al mar.

En todo este tiempo logró Bartolomé Fiesco captarse la confianza de Ovando.

Un incidente vino á destruir su obra.

CAPITULO LXXVII.

Donde el diablo tira de la manta.

Una de las primeras cosas que hizo Ovando, fué llamar á Diego Escobar, capitan de uno de los buques recien llegados de la Península, que, como recordarán nuestros lectores, fué el que sirvió de intermedario à los rebeldes capitaneados por Roldan para reconciliarlos con Colon.

Era un hombre de carácter dócil. Los enemigos del almirante habian logrado llevarle á su partido, y tanto por esta circunstancia, como por ser uno de los marinos màs diestros é inteligentes, creyó Ovando que nadie mejor que él podia desempeñar la delicada mision que necesitaba confiarle.

Tenia que comprar á un hombre más; pero ¡qué le importaba si conseguia á un tiempo dos señalados triunfos: la ruina, la muerte de Colon, y la usurpacion de su último descubrimiento?

Habló con él, y no tardaron en ponerse de acuerdo.

—¿Cuántos dias necesitais para daros á la vela con rumbo á las costas de la Jamáica.

—El tiempo necesario para abastecer de víveres el buque.

—Segun eso, ¿dentro de cuatro dias podeis partir?

—Estoy á vuestras órdenes.

—Os acompañará en calidad de piloto un jóven que ha servido à las órdenes de Colon, y que tiene más prisa de hacer fortuna que ningun otro.

—Ved que el que tengo es bueno.

—¿Qué importa? Necesitamos ese cómplice.

—Si lo creeis así, respeto vuestra voluntad.

—Yo os daré un pliego, y en las provisiones llevareis un pernil y una cuba de vino como regalo al almirante. Llegareis hasta su carabela, y si aún vive, haceis poner en sus manos el pliego y el regalo, y acto contínuo regresais á darme noticia de cuanto veais. Pero si, como es de creer, ha muerto, y le han sobrevivido algunos de los náufragos, dadles pasaje á bordo y regresad con ellos.

Nuestros lectores saben ya que Escobar cumplió estrictamente las instrucciones que le habia dado Ovando.

Pero pregutarán: ¿cómo Bartolomé Fiesco no fué á bordo de la carabela, y si fué cómo no se presentó al almirante? ¿Cómo desempeñando las funciones de piloto no acercó el buque hasta las dos embarcaciones donde estaban los españoles? Y una vez allí, ¿cómo no les dió la voz de alarma y favoreció un movimiento que hubiera dado por resultado para los náufragos apoderarse de aquella carabela?

Esto es precisamente lo que vamos á explicar.

Bartolomé Fiesco continuó disfrutando la confianza del gobernador de Santo Domingo hasta el dia mismo en que debia salir del puerto el buque que mandaba Escobar.

La noche anterior cenaron juntos, en compañía de Ovando, Escobar, Fiesco, y algunos otros de los que debian ir á la costa de la Jamáica.

Estando en la cena anunciaron al gobernador que uno de los colonos de la Vega Real, el que desempeñaba las funciones de alcalde en el territorio de Guarionex, deseaba ver al gobernador.

Ovando mandó á decir con uno de sus pajes que esperase.

Cuando éste volvió, le dijo que el recien llegado deseaba verle con urgencia.

—Vengo á participaros, le dijo, que esta mañana han llegado unos cuantos indios al territorio de mi jurisdicion; habiéndolos conducido á mi presencia y no habiéndolos reconocido, les pregunté de dónde eran, y me respondieron que habian llegado de la Jamáica con un español á quien el almirante don Cristóbal Colon habia enviado á Santo Domingo.

—Si no teneis que decirme más que eso, exclamó Ovando, vuestro viaje ha sido inútil. Ese emisario está aquí sentado á mi mesa, y ya se cuál es el objeto de su visita.

—Pero lo que quizás no sabeis, y yo he venido á comunicároslo, es que si ese hombre se llama, como me han dicho los indios, Bartolomé Fiesco, es una de las personas más adictas á Colon.

—Ellos os han engañado.

—Los indios, al exigirles yo que me dijeran todo la verdad, amenazándoles si me engañaban con la muerte, me han confesado que no ha venido solo. Que al mismo tiempo que él ha llegado á la costa de la Española otro de los más fieles servidores de Colon, á quien conocereis sin duda, porque estuvo no há mucho á veros con otro mensaje de su jefe.

—¿Sabeis su nombre?

—Sí; los indios me han dicho que se llama Diego Mendez.

—¿Diego Mendez ha estado aquí?

—Y está: ¿no os lo ha dicho así Fiesco?

—Me lo ha ocultado.

—En ese caso ya podeis figuraros hasta qué punto debeis fiaros de él.

Las palabras del colono fueron un rayo de luz para Ovando.

Fiesco no le habia dicho nada de Mendez, y aun habia más: le habia ocultado su llegada.

Aquellos indicios eran muy suficientes para sospechar que su cómplice le habia tendido un lazo.

Despidió al alcalde, dándole gracias por su celo, y ántes de reunirse con sus convidados dispuso que salieran algunos soldados á recorrer la corte para buscar á Diego Mendez.

Acto contínuo entró en el comedor, y ocultando sus sospechas, continuó decidor, expansivo, y sobre todo afectuoso con Fiesco.

La cena duró bastante, y á media noche se retiró á su habitacion, llevándose à Escobar.

Poco despues se presentó en el comedor un oficial.

—¿Don Bartolomé Fiesco? dijo.

—Yo soy, contestó el jóven.

—Tened la bondad de seguirme de órden del gobernador.

—Con mucho gusto, añadió Fiesco, sin sospechar lo que iba á sucederle.

Apénas salió de la habitacion, vió que le seguian cuatro soldados.

—¿A dónde me llevais? preguntó.

—Tengo encargo de prenderos.

—¿A mí?

—A vos, sí.

—¿Por qué razon?

—Lo ignoro.

—Llevadme á la presencia del gobernador.

—Me es de todo punto imposible.

—Os lo suplico; os lo exijo.

—Es inútil; tengo órden de encerrarnos en uno de los calabozos del palacio é incomunicaros.

Fiesco no podia explicarse aquel cambio tan repentino.

Al dia siguiente partió la carabela: él, desde su prision, oyó el cañonazo de leva, y aguardó con ánsia que le juzgaran para saber cuál era la causa que habia variado tan de raíz la actitud bondadosa del gobernador.

Sus esperanzas fueron inútiles.

Trascurrieron algunos dias, y en ellos solo vió á un carcelero que entró en su habitacion á llevarle agua y pan de cazabe.

Aunque Fiesco le habló, aunque trató de comprarle para que le dijera la verdad, aunque le hizo los mayores ofrecimientos para que le dijese cuál era la causa de su detencion, el carcelero no desplegó sus labios.

Tenia órden de no proferir una sola palabra y la cumplió al pié de la letra.

Al fin una noche oyó pasos en medio del silencio.

Poco despues se descorrió el cerrojo de la puerta que le aprisionaba, y se presentó un hombre con el carcelero.

—Seguidme, dijo á Bartolomé.

Y le condujo á una de las habitaciones bajas del mismo palacio.

Los dos quedaron solos un momento despues.

Cuando el desconocido se cercioró de que nadie podia oirles:

—Tengo que hablaros, le dijo, por órden de dos personas, cuyos nombres producirán muy distinta impresion en vos. Pero yo os explicaré el enigma. Os he traido à esta habitacion para hablaros en nombre de don Nicolás de Ovando y de don Diego Mendez.

Bartolomé Fiesco no pudo contener su asombro.

Nuestros lectores habràn comprendido ya que el desconocido era Sagredo.

CAPITULO LXXVIII.

Un plan raro.

Cuando Fiesco logró reponerse de su asombro, fijó una penetrante mirada en Sagredo.

La expresion de bondad que descubrió en su rostro, le tranquilizó algo.

—¿Podeis explicarme, caballero, le dijo, el enigma que encierran vuestras palabras?

—Nada más fácil.

—¿Cómo me sacais de mi prision en nombre del gobernador de Santo Domingo, y me inspirais confianza en nombre de Diego Mendez?

—Todo puede explicar el deber y el deseo que tengo de salvar al almirante.

—¿Vos?

—Sí, pero no alzad tanto la voz; pudieran oirnos, y conviene que solo los dos escuchemos nuestra conversacion.

La ingenuidad con que hablaba Sagredo pareció tan extraordinaria á Bartolomé, que empezó á creer que aquello era un lazo que queria tenderle Ovando.

—¿Veo que dudais de mí? dijo el anciano.

—¿Para qué ocultàroslo? Es cierto.

—¿No os basta que os asegure que he visto á Mendez?

—Han podido muy bien prenderle como á mí; los indios que nos acompañaron han podido decir que llegamos juntos á Santo Domingo.... ¿Quién sabe?

—Oidme y juzgad. ¿Creeis á Diego Mendez capaz de haber revelado á un enemigo, aunque le hubiese impuesto el más atroz martirio, la mision que le ha confiado el almirante?

—No.

—Y si yo os dijese que me la ha revelado, ¿creeriais en mi fidelidad al almirante?

—Sí.

—Pues bien: Diego Mendez es portador de una carta para los reyes.

—¿Y quién me dice que no os habeis apoderado de él, que no le habeis arrebatado ese documento?

—Veo que sois desconfiado, y no intentaré convenceros con palabras. Vamos á los hechos.

Sagredo abrió una de las ventanas del cuarto en que se hallaban.

A muy corta distancia empezaba el mar, sobre el que una hermosa luna derramaba sus argentinos rayos.

—¿Veis en el puerto á un buque? dijo Fiesco

—Sí, es una carabela.

—Està preparada para partir mañana.

—¿Y qué quereis decirme?

—Quiero deciros que en esa carabela voy á salir mañana con direccion á España. Tengo órden de llevaros á bordo, y he ofrecido al estar en alta mar, daros un tósigo y arrojaros al abismo.

Fiesco miró con asombro á su interlocutor.

Despues de una breve pausa:

—¿Qué pensais de todo esto? le dijo Sagredo.

—Pienso que vuestra crueldad iguala á vuestra imprudencia.

—Tranquilizaos, vos mismo habeis desempeñado aquí el papel de traidor. ¿Quereis el monopolio del engaño?

—Explicaos por Dios.

—La carabela saldrá mañana al mando mio, y vos vendreis á bordo. ¿No podremos muy bien embriagar al piloto, reemplazarle vos en el timon, virar hácia la costa de la Jamáica, tomar á bordo á Colon y á sus compañeros, conducirlos á España y allí pedir justicia á los reyes? ¿Qué os parece mi plan? Hablad con franqueza.

—Cualquiera que sea la intencion que os guía, estoy resuelto á seguiros.

—Para ello es necesario que en la entrevista que vais á tener con Ovando finjais deseos de seguirme.

—Así lo haré.

—Os permito dudar de mí hasta que os encargue del timon de mi buque; solo os advertiré una cosa. Si dais á sospechar lo que hemos hablado, nuestra perdicion es segura, y nuestra perdicion es la del almirante, es la de todos los que estàn con él.

Terminada aquella extraña escena, cerró Sagredo la ventana.

—Voy á decir al gobernador, añadió, que estais dispuesto à seguirme.

—Id en buena hora.

Salió Sagredo, cerró con llave la puerta de la habitacion, y poco despues volvió á buscarle.

—Ovando os espera, le dijo; venid conmigo.

Le guió hasta la habitacion en donde esperaba el gobernador.

—Un error, dijo Ovando, me ha impulsado á aparecer á vuestros ojos como un enemigo. Pero estoy convencido de vuestra sinceridad, y para daros una satisfaccion, he dispuesto enviaros á España. El obispo Fonseca os recibirá á vuestra llegada, y le informareis sobre todo lo que os pregunte acerca

del último descubrimiento de Colon; y como el infeliz almirante ha sucumbido, es muy posible que os dé un cargo importante en la expedicion que enviarán los reyes para recoger la herencia del almirante.

—¿Decis que ha sucumbido el almirante? preguntó Fiesco caminando de asombro en asombro.

Tales son las noticias que me ha traido el capitan de la carabela que fué por órden mia á averiguar el estado de los náufragos.

Fiesco no dirigió ninguna nueva interrogacion á Ovando.

—Estoy á vuestra disposicion, le dijo, mandad lo que gusteis, y obedeceré.

El gobernador llamó á Sagredo y le presentó á Fiesco.

—Os confio à este jóven, le dijo, mañana saldrá con vos á bordo de la *Santa Eulalia*, y espero que le guardareis las mayores atenciones.

Despues se despidió de los dos con apariencia de la más afectuosa cordialidad.

Fiesco y Sagredo se retiraron.

Al dia siguiente los condujo un bote á bordo de la carabela.

Apénas perdieron de vista la tierra, llamó Sagredo al piloto.

—Miéntras hablamos, le dijo, Fiesco dirigirá el *gobernalle*.

Una hora despues se acercó al improvisado timonel.

—Ya es nuestro, le dijo: afortunadamente podemos dominar á los marinos. Virad hácia la costa de la Jamáica.

—¿No es esto un sueño? preguntó Fiesco.

—¿Creeis ahora en mí?

—Sí, de todo corazon.

—El almirante acabará de convenceros.

La nave varió de rumbo.

Fiesco iba muy contento.

Sagredo habló á los hombres de la tripulacion, y no tardó en captarse su voluntad.

Empezó á anochecer, y casi instantáneamente estalló una tormenta.

Despues de correr un temporal desecho de dos dias, la carabela, desarbolada, llegó á una costa.

Era de caribes, y todos acudieron á la playa en actitud amenaradora.

Pronto sabremos el destino que la Providencia reservaba á aquellos dos leales amigos de Colon.

Atemos ahora alguno de los cabos que hemos dejado sueltos.

CAPITULO LXXIX.

Cabos sueltos.

Mientras todos los sucesos que hemos referido tenian lugar en la costa de la Jamáica y en la colonia de Santo Domingo, habian sucedido á algunos de los personajes más íntimamente ligados con Colon cosas que merecen contarse.

Villejo, renunciando á la brillante posicion que la proteccion de los reyes le brindaba se consagró por completo á cuidar á la pobre madre de Isabel, á la infeliz ciega, que no cesaba un instante en pensar en su desventurada hija y de verter copiosas lágrimas al recordar la horrible muerte que habian tenido todas sus ilusiones.

Diego, por su parte, uniendo á sus antiguas penas las que despertaban en su alma la triste situacion de su familia, y la sorda guerra que hacian á su padre poderosas influencias, vivia más reconcentrado, más taciturno que nunca y todo hacia creer que una de esas enfermedades del espíritu se habia apoderado por completo de él, y no tardaria en llevarle al sepulcro.

Isabel no era ménos desgraciada.

La hemos dejado en poder del hombre infame que, no habiendo podido perder á la madre, intentaba seducir á la hija, y por la conversacion que hemos oido de Mendez y Sagredo, hemos podido ver que despues de una entrevista vio-

U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sagredo habló á los hombres de la tripulacion, y no tardó en captarse su voluntad.

Empezó á anochecer, y casi instantáneamente estalló una tormenta.

Despues de correr un temporal desecho de dos dias, la carabela, desarbolada, llegó á una costa.

Era de caribes, y todos acudieron á la playa en actitud amenaradora.

Pronto sabremos el destino que la Providencia reservaba á aquellos dos leales amigos de Colon.

Atemos ahora alguno de los cabos que hemos dejado sueltos.

CAPITULO LXXIX.

Cabos sueltos.

Mientras todos los sucesos que hemos referido tenian lugar en la costa de la Jamáica y en la colonia de Santo Domingo, habian sucedido á algunos de los personajes más íntimamente ligados con Colon cosas que merecen contarse.

Villejo, renunciando á la brillante posicion que la proteccion de los reyes le brindaba se consagró por completo á cuidar á la pobre madre de Isabel, á la infeliz ciega, que no cesaba un instante en pensar en su desventurada hija y de verter copiosas lágrimas al recordar la horrible muerte que habian tenido todas sus ilusiones.

Diego, por su parte, uniendo á sus antiguas penas las que despertaban en su alma la triste situacion de su familia, y la sorda guerra que hacian á su padre poderosas influencias, vivia más reconcentrado, más taciturno que nunca y todo hacia creer que una de esas enfermedades del espíritu se habia apoderado por completo de él, y no tardaria en llevarle al sepulcro.

Isabel no era ménos desgraciada.

La hemos dejado en poder del hombre infame que, no habiendo podido perder á la madre, intentaba seducir á la hija, y por la conversacion que hemos oido de Mendez y Sagredo, hemos podido ver que despues de una entrevista vio-

U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lenta entre el seductor y su víctima, fué aquel á ver al obispo Fonseca y volvió á su casa con una litera, conducida por cuatro criados, los cuales recibieron la órden de llevar á la jóven á un convento.

Tambien hemos tenido ocasion de saber que Aguado se hallaba dominado por una pasion violentísima.

En efecto: cuando sacó de manos de la gitana á la jóven para llevarla á su casa engañada, su ánimo era dominar á Isabel por completo, contando con la fuerza, si la maña no le bastaba, para conseguir su objeto.

Pero astucia y fuerza se estrellaron contra la entereza de la jóven.

Al pronto, miró Isabel á Aguado como un protector.

Su aparicion en casa de la gitana, sus palabras, las más á propósito para inspirarle confianza, su actitud humilde y galante, todo le hizo creer que aquel hombre estaba llamado á ser su salvador.

Era tan inminente el peligro que corria, tan oscuro el porvenir que se le presentaba, que no titubeó en seguirle.

Vivia en un sepulcro, y aquel hombre iba á abrirla de nuevo las puertas de la vida.

Iba á llevarla á los brazos de su madre, cuyas desgracias ignoraba; iba tambien á devolverla al amor de Villejo, que era para ella una de las pérdidas más dolorosas.

Nuestros lectores recordarán las preguntas que dirigió á Aguado apénas llegó á la habitacion que aquel la destinó en su casa.

—Tened paciencia, le dijo; pronto vereis á lo que más amais.

Y la jóven esperó.

Sentándose en un sitial, apoyó la cabeza sobre una de sus manos, y cediendo al cansancio y al sueño, cerró los ojos y durmió.

Al dia siguiente, apénas penetraron á través de los vidrios de colores los primeros rayos del sol en la estancia donde se hallaba, abrió los ojos y halló á su lado al que creia su protector.

La proteccion de su mirada no era entónces la del hombre que quiere proteger, sino la del que despues de haber contemplado á la hermosura y á la inocencia, aguarda, como el gavilan á la paloma, para hacerla su presa.

Con esa intuicion que tienen todas las mujeres, adivinó Isabel en los ojos de aquel hombre que habia despertado en su pecho un horrible deseo. . . . .

Se estremeció como la hoja en el árbol.

Quiso articular una pregunta, quiso pedir á aquel miserable explicacion por la ausencia de las personas que debian estar á su lado, y no se atrevió á proferir una sola palabra.

Aguado temblaba con la fiebre del amor, de ese amor diabólico que lleva al crímen.

—¿Qué teneis, Isabel? le dijo, despues de contemplarla en silencio un instante. Os veo trémula, agitada. . . . . ¿Acaso dudais de mí?

—¿Y mi madre? exclamó la jóven ¿Cómo no ha venido?

—Tranquilizaos, hija mia, tranquilizaos. Si me dais palabra de ser buena, de ser amable, os confiaré un secreto que será la respuesta de esa pregunta que acabais de dirigirme.

—Hablad por Dios; hablad; la zozobra me mata.

—¿Me dais palabra de no enfadaros conmigo?

—Os suplico que calmeis esta ansiedad que me devora.

—Pues bien, oid: vuestra madre vendrá á veros, á estrecharos entre sus brazos, á derramar sobre vuestro corazon los tesoros de su ternura; pero para ello es preciso que seais dócil, que accedais á mis ruegos.

—¿Qué pretendeis de mí?

—¿No me habeis reconocido aún, Isabel?

—No; ignoro quién sois.

—Y sin embargo, yo he sido un buen amigo de vuestra madre, he ido muchas veces á vuestra casa, he tenido el placer de....

La jóven le miró fijamente.

—Sí.... ahora recuerdo.... Creo que no es esta la primera vez que os veo.

—¿Habeis olvidado mi nombre?

—¡Vuestro nombre!.... dijo la jóven, pugnando por recordarle....

—Soy Antonio Aguado.

—¡Oh! Sí, ya recuerdo; vos vinisteis á verme en nombre de Colon, nuestro protector.

—Veo que teneis buena memoria.

—Ahora os creo, ahora respiro, porque siendo amigo suyo, tendreis piedad de mí.

—Tenedla vos, y la tendré yo.

—Hablad; os lo suplico, os lo ruego.

—¿No notasteis que fuí bastantes veces á vuestra casa?..

—Sí.

—¿No descubristeis nada en mis ojos que revelase el sentimiento que inundaba mi alma?

—¡Dios mio! dijo la jóven, levantándose y buscando anhelante un refugio contra aquel seductor, porque desapareció la confianza que habian despertado en su alma sus anteriores palabras.

—Es inútil que intenteis salir de aquí, dijo éste con irónica calma. El sentimiento que me inspirasteis entónces fué un amor vehementísimo; pero quiso mi desgracia que otro hombre imprimiera en vuestro pecho la misma pasion que habiais despertado en el mio, y como os amaba, y por nada del mundo

podia renunciar á la felicidad que me brindaba vuestro cariño, ciego de ira, movido por los celos, hice que una mujer, á quien compré, os esperase, os tendiese un lazo y os llevase á la casa en donde habeis vivido hasta ahora. Ya es inútil ocultaros nada. Esa mujer era cómplice mia; yo, al arrancaros de sus manos, os he traido á un verdadero encierro, del que solo saldreis, siendo mi esposa, para abrazar á vuestra madre; encierro en el qué permanecereis siempre si destruís las ilusiones que vuestra belleza ha hecho concebir á mis sentidos.

Isabel era muy niña aún.

Sus ojos habian llorado con sentimiento la muerte de su padre.

Su corazon habia libado á un mismo tiempo la copa de la felicidad y la del dolor.

Sin embargo, las desgracias que hasta entónces habia sufrido no habian producido horror alguno en su alma.

En tanto, ese bálsamo dulcísimo de las almas sensibles habia calmado su angustia.

El amor que habia nacido en su pecho habia borrado todos los recuerdos tristes, y habia presentado á sus ojos horizontes risueños.

No podia imaginarse una maldad como la que tenia presente.

No podia imaginar que hubiera un hombre tan infame, tan miserable, tan inícuo, que pudiera tender la red de aquella manera tan indigna á una jóven pura y virtuosa, y la entregase á una mujer tan asquerosa como la que se habia apoderado de ella, y que, no contento aún, tuviese valor de engañarla para llevarla á su casa é imponerla aquel terrible dilema: ó la abnegacion, ó el sacrificio.

La niña se convirtió de pronto en mujer, y en mujer heróica.

—Matadme si quereis, exclamó; pero nunca seré vuestra.

—¿Nunca? dijo Aguado. Bien está. Todos los dias vendré á preguntaros; tendré suficiente paciencia para esperar. ¡Ay de vos si no comprendeis que ser mi esposa es vuestra única salvacion!

Y despues de pronunciar estas palabras, partió, cerrando la puerta y dejando sola à Isabel.

Apénas se vió libre de la presencia de aquel hombre, prorumpió en amargo llanto.

Todas sus esperanzas se desvanecieron, y llamó à la muerte con la vehemencia de la desesperacion.

Al dia siguiente, cuando Aguado fué á verla, la halló con una fiebre y un delirio espantoso.

Inmediatamente dió órden para que llevasen un lecho á aquella habitacion, depositó en él á la jóven, y corrió à buscar un médico.

La idea de que podia morir sin realizar sus deseos, fué la chispa que encendió en su pecho la pasion volcánica que más tarde le convirtió en esclavo de la jóven.

CAPITULO LXXX.

Donde la víctima manda y el verdugo obedece.

La enfermedad de Isabel se agravó.

Durante muchos dias, el médico que la asistia aseguró que la crísis debia ser fatal.

Imposible es describir el interes, el cuidado, el celo que desplegó el seductor para salvar á su víctima.

El peligro que corria la hacia adquirir doble prestigio á sus ojos.

El ambicioso inhumano hubiera dado todos sus honores, todas sus riquezas por salvarla.

Afortunadamente la juventud pudo dominar la enfermedad, y al cabo de un mes entró Isabel en convalecencia.

Nada le faltó.

Una camarera de toda la confianza de Aguado estaba contínuamente á su lado.

Este, temiendo que su presencia pudiera molestarle, dejó de verla algunos dias; pero no pudiendo contener el deseo de contemplar á aquella mujer, á quien habia arrancado de las garras de la muerte, entró en su aposento.

La impresion que recibió la jóven fué tan grande, que empeoró; y para que aquella recaida no fuese fatal, hubo necesidad, con arreglo á las prescripciones del médico, de llevarla al campo.

Aguado mandó preparar una litera, y la condujo à una de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las posesiones que habia comprado al regresar del Nuevo Mundo.

Más de medio año la tuvo allí encerrada; pero podia pasear por un jardin cuyas elevadas tapias impedian que fuese descubierta por miradas extrañas.

En este tiempo la pasion llegó al último grado.

Isabel estaba completamente rejuvenecida.

Aguado quiso tener una entrevista con ella, y temiendo impresionarla fuertemente, le anunció con la camarera su deseo.

La jóven, por su parte, deseaba tambien verle para pedirle por favor que abreviase su martirio.

Al presentarse Aguado á Isabel, se cambiaron los papeles desde el primer momento.

El era el enamorado tímido.

Ella la mujer varonil, resuelta á jugar el todo por el todo.

A las amenazas sucedieron en los labios de Aguado los más cariñosos ruegos.

Isabel llegó á comprender que aquel hombre estaba verdaderamente apasionado de ella.

Pero en vez de inspirarle compasion aquel afecto, que era un castigo providencial, le inspiró horror.

Todos cuantos esfuerzos hizo en posteriores entrevistas para dominarla, fueron inútiles.

La resistencia de la jóven era cada vez más tenaz.

Un dia, al que hemos hecho alusion por boca de Sagredo, fué decidido á hablarla por la última vez.

La desesperacion le impulsó á atropellarlo todo.

La escena pasaba en una habitacion que tenia una ventana sin hierros, con vistas al jardin, y á una elevada altura del suelo.

—Si dais un paso más, dijo la jóven, al ver que se acercaba á ella, me arrojo por esta ventana, y no tendreis en vuestro poder más que un cadáver.

Aquellas palabras indicaban una resolucion tan arraigada, que el seductor cayó de rodillas, y cediendo ante la idea de perderla:

—Pues bien: ya que no seais mia, la dijo, no habeis de ser de nadie. Aguardad aquí mis órdenes.

Y desapareció, y por la primera vez de su vida fué á confiar al obispo Fonseca la situacion de su espíritu.

Este, que necesitaba el concurso de Aguado para la realizacion de sus ideas, aprovechó la ocasion para condenar aquella pasion, indigna, en su concepto, de un hombre sério, y dándole el consejo que le pedia:

—La justicia la ha buscado, le dijo; la misma reina ha demostrado un gran empeño en que pareciera y en castigar á sus raptores. Es necesario que no pueda sospecharse nunca que sois vos quien la ha arrebatado de los brazos de su madre.

—¿Y de qué medios podemos valernos para eso?

—Es necesario que entre en un convento.

—En España seria fácil hallarla.

—Yo me encargo de hacer que la conduzcan á Portugal, y allí se ignorará siempre quién es.

Fonseca cumplió su promesa, y la jóven fué en la litera que procuró Aguado hasta una venta próxima á la quinta.

Allí se presentó á ella un hombre encubierto, que la entregó un papel.

La joven leyó en él estas palabras:

«Si declarais quien sois, coincidirá con vuestra declaracion la muerte de vuestra madre y la de vuestro amante Villejo.

«Si por el contrario, seguís y obedeceis ciegamente al que os entregue este escrito, estad segura de que al final de la jornada tendreis el premio de vuestro silencio.»

—Disponed de mí, dijo Isabel.

Aquella noche durmió en la venta, y á la mañana siguiente, muy temprano, la llamó el desconocido, y conduciéndola hasta la puerta del meson, la hizo subir en una mula, en la que habia colocadas unas jamugas; en otra montó él, y un anciano, arriero de profesion, tomó del ramal la caballería donde iba la jóven, poniéndose en marcha por caminos extraviados.

Al cabo de muchas jornadas llegaron los tres á Portugal, y en uno de los pueblos mas próximos á la frontera se detuvieron delante de un convento de monjas.

El desconocido entró con Isabel en el locutorio, y entregó una carta á la madre abadesa.

Esta la leyó, y despidiéndose del que habia acompañado á la jóven, mandó á ésta que la siguiera.

Isabel quedó allí en calidad de novicia.

Comprendió que eran poderosos sus enemigos, que si revelaba aquel secreto peligrarian las personas más queridas de su corazon, y resolvió aguardar à que la Providencia acudiese en su auxilio.

Cuando Diego Mendez llegó á Sevilla, lo primero que hizo fué averiguar por medio de Soria el contador si estaba allí Isabel Monteagudo.

Lo único que pudo saber despues de muchas investigaciones, fué que se habia embarcado en un buque y que habia partido algunos dias ántes con rumbo á Portugal.

Recordó entónces que en la última entrevista que habia celebrado aquella mujer con Sagredo habia adquirido indicios del paradero de la jóven secuestrada, y prosiguió su viaje hácia la corte, que se encontraba á la sazon en Valladolid.

CAPITULO LXXXI.

Donde se ve cómo Mendez halla en un rio los modos de cruzar el mar.

Al llegar á Valladolid Diego Mendez lo primero que hizo fué buscar al hijo de Colon para referirle el estado en que se hallaba su padre y entregarle las cartas que debia presentar á la reina.

Tan inesperada revelacion aumentó la tristeza del jóven.

Aquel dia debia entrar de servicio en el cuarto de la reina, y aprovechó esta circunstancia para presentarle las cartas.

Los enemigos de Colon habian hecho circular en España el rumor de su muerte.

—Cuando ha pasado tanto tiempo sin que nada se sepa, es casi seguro, decian, que la tempestad que destruyó los bajeles de Bobadilla alcanzase á su endeble carabela, y sepultase en el abismo al almirante y á los que le acompañaban.

El mismo Diego empezaba á sospechar que tal hubiera sido el triste fin de su padre, de su hermano y de su tio; pero las noticias de Mendez le tranquilizaron, aunque le afligieron, porque casi era peor que la muerte la situacion en que se encontraba el autor de sus dias.

La reina, que ya estaba muy achacosa, leyó con inmensa alegría las cartas del almirante, y presentándose inmediatamente á su esposo le rogó que diera acto contínuo las órdenes para que se aprestase una carabela que fuese al mando de Diego Mendez á buscar à los náufragos.

No contenta con esto, quiso conocer al valiente soldado que tantos sacrificios habia hecho por su jefe, y Mendez escuchó de los labios de su soberana frases que guardó con veneracion en su alma.

Pero al mismo tiempo que las cartas de Colon, habian llegado á España otras de Ovando, en las cuales decia á á Fonseca la situacion en que se hallaba el almirante, y la seguridad que habia de su ruina con solo que se le dejase sin auxilio algun tiempo.

El rey don Fernando, á quien preocupaban más los asuntos de la Europa que los de las Indias, no se condolió tanto como la reina de la aflictiva situacion en que estaba el ilustre marino.

Pero era de todo punto necesario salvar las apariencias, y trasmitió á Fonseca, convertido en órden, el ruego de su esposa.

Esta órden indignó al enemigo de Colon.

¿Cómo se habia descubierto lo que pasaba?

¿De qué manera habia podido enviar à los reyes noticias de su estado?

Para no descubrir su enojo, tuvo que simular una inmensa alegría por que no se habian confirmado los rumores que habian corrido acerca de la muerte del almirante; pero hizo todo lo posible para dificultar la salida del buque que debia ir á la Jamáica.

Por de pronto, fué llamado Mendez á Sevilla.

Diego obtuvo permiso de la reina para acompañar á aquel bizarro soldado en la arriesgada expedicion que iba à hacer en busca de los náufragos.

Pero àntes quiso ver á Inés y á Villejo, que estaban en Baeza, y se separó de Mendez.

Este llegó á Sevilla ántes que Diego Colon.

Allí permaneció muchos dias, venciendo todas las dificultades que la astucia de Soria, aleccionado por Fonseca, oponia á sus deseos.

Pero apénas vencia un obstáculo, surgia otro, y ya desesperaba de que se armase un buque, cuando la casualidad le proporcionó una aventura que vamos á conocer.

Una noche se paseaba por las orillas del Guadalquivir, imaginando de qué medio valerse para contrarestar la astuta habilidad de los enemigos de Colon, cuando vió pasar por el rio en una góndola á algunas damas que escuchaban las alegres canciones de sus camaristas, miéntras se paseaban respirando las frescas brisas del Guadalquivir.

Algunos minutos despues oyó un grito, al que siguieron otros varios.

—¡Favor! ¡Favor! gritaron los que iban en la lancha.

Diego acudió precipitadamente á la orilla, y oyó decir que una de las señoras habia querido ponerse de pié, habia perdido el equilibrio y habia caido en el rio.

Los remeros se arrojaron al agua.

Diego hizo otro tanto, y ántes que aquellos, logró encontrar á la dama y sacarla à la orilla.

Las damas desembarcaron, prodigaron auxilios á la que habia estado á punto de perecer, que era por cierto una jóven de peregrina hermosura, y Mendez se apartó ántes de que volviera en sí para evitar las frases de reconocimiento, poco agradables á su carácter rudo y franco.

Al dia siguiente notó que en una de las calles de Sevilla fijó en él sus ojos una dueña, y variando de rumbo, le siguió.

Al entrar en una de las calles más solitarias:

—Hidalgo, le dijo; sabed que anoche habeis salvado de la muerte á una de las damas más ilustres de España, á doña María de Toledo, hija de don Fernando de Toledo, gran maes-

tre de Leon y señor mio, el cual, agradecido á vuestro arrojo, me ha dicho esta mañana:

—«Sal, y no vuelvas sin traerme ese hidalgo, á quien deseo conocer y honrar como merece.

Una idea cruzó de pronto por la mente de Diego Mendez.

Y haciendo lo que decia, fueron los dos hasta la egregia morada de don Fernando de Toledo, hermano de don Fadrique, duque de Alba entónces y primer favorito del rey.

Por el camino fué la dueña contando à Diego Mendez pormenores de sus amos.

De la jóven á quien el valiente soldado habia librado de la muerte, le dijo que la habia enviado su padre á distraer su ánimo, porque estaba muy triste; que su padre era muy rico, y que ya sabia cuál era la causa de la tristeza de la hija.

Habló otra porcion de cosas que no son del caso, y llegaron por fin al término de su excursion.

No bien hubo traspasado Diego Mendez el umbral de la casa, se halló con que la jóven á quien habia salvado la noche ántes de una muerte cierta le esperaba en el tramo de la escalera que conducia al salon principal.

—Bien venido seais, amigo mio. Mi padre ansiaba el momento de poder daros las gracias, dijo la jóven llena de alegría.

Diego Mendez, por toda respuesta, hincó una rodilla en tierra y besó respetuosamente la mano de doña María de Toledo.

La dueña entre tanto fué á anunciar á su amo el feliz encuentro que habia tenido, y poco despues se abrieron para Diego Mendez las puertas de un salon, espléndidamente adornado, en el que salió á recibirle un caballero anciano, de luenga cabellera y blanca barba, que le tendió la mano con afectuosa familiaridad.

—Habeis salvado la vida á mi hija, le dijo, y ella quiere

que le pidais una gracia, que cualquiera que sea os otorgará.

Diego Mendez refirió en breves palabras, con su natural franqueza, el objeto de su viaje, las circunstancias que habian motivado su llegada á Sevilla, los deseos que abrigaba y los obstáculos que se oponian á su realizacion.

—No para mí, añadió, sino para el que todos debemos honrar, voy á pediros una gracia: dadme lo necesario para fletar un buque, no como dádiva, sino como préstamo. Mi señor y dueño os lo agradecerá, y yo os devolveré esa cantidad al regresar á España.

Las palabras de Diego Mendez produjeron en la jóven más impresion de lo que era posible imaginar.

Al oir pronunciar el nombre de Colon, al oir sobre todo que su hijo Diego debia llegar en breve para salir en busca de su padre, sus mejillas se encendieron y manifestó una emocion vivísima.

—Padre mio, exclamó la jóven, otorgadle esa gracia.

—Dentro de cuatro dias, dijo don Fernando, tendreis á vuestras órdenes en el puerto de Cádiz una carabela, que os conducirá adonde querais.

Diego Mendez, ébrio de alegría, besó la mano de don Fernando, ofreció pagar con su vida aquel beneficio, y salió alborozado de la casa adonde la Providencia le habia conducido.

Al llegar á la posada en donde se habia hospedado, halló á Diego Colon.

Le refirió la escena en que acababa de tomar parte, y despertó un sentimiento de gratitud hácia aquella jóven en el corazon del hijo infortunado.

Aquel sentimiento debia ser eterno, debia engrandecerse.

Otra aventura fué causa de ello.

Vamos á referirla.

CAPITULO LXXXII.

El amor ciego y la envidia con ojos.

La relacion que hizo Mendez á Diego Colon de su aventura, conmovió profundamente al jóven.

No eran para él desconocidos los personajes que habian tomado parte en ella.

Más de una vez habia tenido ocasion de encontrar en palacio á don Fernando de Toledo, y de admirar la incomparable belleza de su hija.

Diego era orgulloso sin ser vano.

Sentia en sus venas la sangre del gran hombre que le habia dado el sér, y naturalmente fijaba con predileccion sus ojos en todo lo distinguido, en todo lo noble, en todo lo elevado.

Aunque su corazon parecia muerto por el amor, su imaginacion, siempre inquieta, habia sostenido muy confidencialmente esta conversacion con su alma:

—¡Qué bella es esa jóven!

—Sus ojos revelan una pureza celestial.

—Obsérvala, y verás que no es posible hallar una hermosura más peregrina que la suya.

—Si la miro con gusto, es porque su alma se parece á la de María, porque tiene el mismo nombre que aquel ángel.

—¡Qué feliz hará al hombre que le inspire cariño!

Al oir esto se ponia el alma de mal humor.

La conversacion se repitió muchas veces.

La impresion que las palabras de la imaginacion producian en el alma del jóven, era cada dia más profunda.

Pero la desgracia, llenando de tristeza su pecho, amortiguó sus ilusiones.

Casi habia olvidado Diego á la noble hija de don Fernando de Toledo, cuando el relato de aquel evocó con más fuerza que nunca en su alma aquel dulcísimo recuerdo.

En aquellas circunstancias tenia que unirse á la admiracion la gratitud.

A pesar de las órdenes terminantes de los reyes para que se aprestase un buque y se diese su mando á Diego Mendez, á fin de que partiese en seguida á socorrer á los nàufragos, los encargados de ejecutar este mandato oponian una resistencia pasiva, pero eficaz.

So pretexto de que no era posible detener el envío de víveres á la colonia, habia Soria despachado todas las embarcaciones de que disponia.

Por debajo de cuerda habia tratado con los dueños de buques para que á ningun precio quisieran confiárselos.

Esta guerra sorda interrumpia á cada instante los preparativos.

Al dia siguiente de la entrevista de Diego Mendez con don Fernando de Toledo, envió éste á su mayordomo á Palos.

Era uno de los puertos más florecientes, y hallaria embarcaciones disponibles.

El mayordomo tropezó en efecto con un hijo de Quintero, que poseia una excelente carabela, uno de los buques mercantes más veleros de aquel tiempo.

Don Fernando habia enviado á Palos à su mayordomo, porque sabia que todos los armadores de Sevilla y Cádiz habian negado sus buques al Consejo de Indias.

Tambien en Palos encontró la influencia de los enemigos del almirante.

Pero como los malos no pueden entenderse más que con los malos, resultó que Quintero, despues de negarse á alquilar su buque, oyó de mejor grado las proposiciones que le hicieron para comprárselo.

Valiéndose de la ocasion, obtuvo por la venta de la carabela el doble de lo que valia, y faltó á la palabra que habia dado al agente que le envió Soria para ponerle de su parte.

El mayordomo de don Fernando desempeñó tan acertadamente su mision, que á los ocho dias de salir de Sevilla llegó á Cádiz con un buque perfectamente preparado para la expedicion, un buen piloto y ocho marineros de los mejores del puerto de Palos.

El arribo de la embarcacion al puerto causó gran extrañeza.

Los amigos de Soria reconocieron en ella la carabela de Quintero, y se apresuraron á dar parte de su llegada al contador.

El asombro de éste fué igual á su indignacion.

Inmediatamente partió á Cádiz para informarse por sí propio de lo que pasaba.

Allí supo que aquella carabela habia sido adquirida por Diego Mendez, y que se proponia darse á la vela en cuanto hiciera todas las provisiones necesarias para el viaje.

Don Fernando habia hecho, en efecto, la compra del buque en nombre de Diego Mendez; pero éste no lo sabia cuando le llamó Soria.

El astuto agente de Fonseca le tendió un lazo, y gracias á su habilidad supo quién era la persona que habia pagado por Mendez la crecida suma que habia recibido Quintero.

Don Fernando de Toledo era un enemigo poderoso, y no atreviéndose á tomar resolucion alguna sin consultar con su jefe, envió un emisario al obispo.

Dos dias despues volvió de Córdoba el mensajero con un papel, en el que una letra muy conocida de Soria, decia:

"*Apresuraos á ver á don Fernando de Toledo, dadle las gracias, ofrecedle la cantidad que ha adelantado para la adquisicion del buque, y procurad á toda costa que el capitan se quede en tierra.*"

Soria se apresuró á cumplir la primera parte de aquellas instrucciones.

—Dad las gracias al obispo, le dijo don Fernando; pero al hacer lo que he hecho, no solo sirvo á mis reyes, prestando auxilio á uno de sus más leales servidores, sino que cumplo un deber de gratitud.

En estas palabras descubrió el contador una formal resolucion de proteger á Mendez.

Las apariencias estaban salvadas.

El Consejo de Indias habia quedado en buen lugar; pero importaba que la proteccion de don Fernando, que los deseos de Mendez fueran infructuosos, y Soria se apresuró á poner en planta los medios de ejecutar la segunda parte de las instrucciones que habia recibido.

El celoso agente de los enemigos del almirante ignoraba que don Diego debia acompañar á Mendez.

Este llegó á Sevilla solo, y trató directamente con Soria.

Cuando entró en Sevilla, le refirió el amigo de su padre la aventura en que habia sido héroe.

Al recuerdo dulcísimo que se despertó en su alma, sucedió una profunda tristeza. Mendez no le ocultó que los agentes del Consejo de Indias parecian resueltos á estorbar su partida, ó por lo ménos á aplazarla.

Durante los doce dias que trascurrieron desde que salió el mayordomo de don Fernando, hasta que en vista de su vuelta con la nave pidió Soria instrucciones y las recibió, solo una vez abandonó Diego su posada.

Era un domingo.

El jóven era muy cristiano, y salió de su albergue para ir á misa.

Mendez le acompañó.

Al mismo tiempo que llegaban los dos al pórtico principal de la catedral, bajaba de una silla de manos una dama de distinguido porte.

De la misma litera bajó una jóven encantadora.

—Mendez, Mendez, dijo la jóven, descubriendo al valiente soldado y llamándole.

Mendez reconoció á María, á la hija de su protector.

—¿Qué mandais? preguntó, acercándose respetuosamente á la jóven.

—Deseo que ós conozca mi buena tia doña Leonor de Pimentel, esta ilustre dama que veis, dijo, señalando á la que habia bajado de la litera ántes que ella. Le he referido el señalado favor que os debo, y quiere conoceros.

—Decid más bien que la Providencia os ha elegido para ser el ángel tutelar de Cristóbal Colon. Sin vos pereceria abandonado.

—¿Lo cree así su hijo? preguntó María con ingénua amabilidad á Diego, que la contemplaba absorto.

Al ver que le conocia, que habia reparado en él, sintió Diego que sus mejillas se encendian.

Necesitaba responder á aquella pregunta y no sabia cómo, no podia articular una sola palabra.

Por fortuna doña Leonor de Pimentel terció en la conversacion, y celebró infinito conocer á un mismo tiempo al salvador de su sobrina y al hijo del hombre más glorioso de su época.

Las damas se dispusieron á entrar en el templo.

Los galanes se adelantaron para ofrecerles agua bendita.

Al tocar Diego la suave y perfumada mano de María, se estremeció.

La jóven le miró como deseosa de descubrirle un secreto, y temerosa al mismo tiempo de que lo descubriese.

Durante toda la misa estuvo Diego ensimismado.

Parecia revivir.

Las luces que ardian en el altar mayor, el canto de los sacerdotes, los acordes sublimes del órgano; todo le despertaba y al mismo tiempo le hacia soñar.

En medio de aquel éxtasis le pareció ver un ángel que, llegando hasta él, envuelto en una nube de incienso para ser invisible á los demas, pronunció en su oido estas palabras:

—María te manda que ames á su hermana.

Diego obedeció esta órden.

¡Era jóven, y tenia el corazon dormido, no muerto!

U. A. N. L.
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CAPITULO LXXXIII.

Una conspiracion tramada por un escudero y un mesonero.

Diego guardó en su alma como un dulce consuelo la impresion que habia recibido en el templo.

En aquella ocasion el sentimiento que María habia despertado en su alma tenia que ser un martirio para él.

Por una parte habia jurado no amar más que el recuerdo de la mujer que le habia inspirado el primer amor, y le horrorizaba la idea de faltar á este juramento.

Por otra, la situacion en que se hallaba su espíritu, la necesidad que tenia de abandonar cuanto ántes aquella tierra para correr en busca de su padre y prestarle los auxilios que necesitaba, le impelian à sofocar aquel sentimiento, que brotaba en su desierto corazon como la esperanza de un oasis.

¡Cuán inútiles son los juramentos que se hacen en la juventud bajo la influencia del desengaño!

«¡No amaré nunca!» dice el que acaba de ser despreciado por una mujer, el que ha descubierto en su alma una traicion, el que ha perdido para siempre un objeto adorado.

¡Nunca! Esta palabra no tiene fuerza en los labios del jóven. El tiempo, que abre abismos en el corazon de los viejos, cierra los que halla en el corazon de los jóvenes.

El sentimiento, tomando la apariencia de la razon, encuentra argumentos para vencer.

Diego los habia hallado en la voz misteriosa del ángel que le habia dicho que María de Toledo era la hermana, el alma misma de María de Alvarado.

—Sofocaré este sentiminto indigno de mí, se dijo el jóven. Muy en breve, gracias á la prodigalidad de su padre, podemos abandonar esta tierra y cruzaremos los mares en busca de los náufragos. La distancia y el deseo de llevar consuelo á los afligidos borrarán en mi alma esta impresion.

Aunque habló en este sentido á Diego Mendez, lo cierto es que la tarde del dia en que se habia hallado, al mismo tiempo que María, bajo las bóvedas de la catedral, abandonó su posada, y se dirigió maquinalmente hácia las verdes orillas del Guadalquivir, porque un presentimiento le decia que allí hallaria á aquella mujer que en tan poco tiempo habia abrasado su alma.

No se engañó.

La jóven llegó en una litera hasta la orilla del rio, bajó de la silla, y paseó con su tia doña Leonor, expresando con tímida mirada á Diego cuánto le agradecia que hubiera ido allí, porque con esa intuicion de las mujeres habia adivinado que lo hacia por ella.

Miéntras Diego sufria las consecuencias de la lucha que sostenia su alma, y Mendez adivinaba aquel amor en el hijo de su jefe, los enemigos del almirante, viendo acercarse la hora de la partida del buque, combinaban los medios de que Mendez, con arreglo á las instrucciones que habia recibido Soria, se quedase en tierra.

El contador tenia un escudero muy ladino.

Era hombre de toda su confianza.

Breves indicaciones bastaron para ponerle al corriente del papel que deberia desempeñar, y despues de recibir una bolsa llena de oro de manos de su amo, se dirigió á la posada en donde se albergaban Diego y Mendez.

El posadero, cortado como todos los de su época, por un mismo patron, era un bribon de siete suelas.

Cuando el escudero, á quien llamaremos Lope, llegó à la posada, hallábase aquel bajo el emparrado de la puerta sentado en un escaño, formado por una piedra berroqueña.

Los dos eran antiguos conocidos.

El mesonero se llamaba maese Rapiña, y permitia que le nombrasen con este apodo.

Esto basta para demostrar que era hombre de conciencia.

—Buenas tardes, maese Rapiña, dijo Lope.

—¿Qué te trae por aquí? preguntó el posadero.

—La ociosidad.

—¿Eso quiere decir que traes la bolsa repleta, y que quieres un jarro de lo añejo?

—Si te empeñas..... Pero te advierto que estoy decidido á perder sin jugar.

—Se ve á la legua que eres perro viejo, dijo el posadero.

—Los que tienen buena vista no lo extraño.

—Vamos, déjate de melindres y desembucha.

—¿Tienes mucha gente en la posada?

—Sí tengo; pero no hay ninguna moza de rumbo. Hace ya tiempo que por temor á la justicia echo con viento fresco todos los picos pardos que se me presentan.

—Maese Rapiña, no vengo à rendir culto al amor.

—Entónces pregunta y te contestaré.

—¿Calculas cuánto puede haber en este bolsillo? añadió el escudero, sacando de la escarcela una bolsa de malla.

—Segun y conforme.

—Todas son monedas de plata labradas en Segovia.

—Entónces podrá haber mil ducados.

—Cuando yo digo que tienes buen ojo.

—Todavía son mejores las tragaderas.

—Pues para que pase esta bolsa de mis manos á las tuyas, es necesario que uno de los huéspedes que está muy próximo á embarcarse se quede en tierra.

—¡Ave María Purísima! exclamó el posadero, santiguándose. ¿Por quién me tomas?

—Tú lo has dicho: por un hombre que tiene buenas tragaderas.

—¿Y quieres que me trague á un huésped?

—Tú no; pero la tierra puede tragársele como á tantos otros.

—Explícate más claro.

—¿No se halla en tu casa hospedado un capitan que se llama Diego Mendez?

—Sí por cierto.

—Pues de ese se trata.

—¿De él solo?

—¿Pues de quién más habia de ser? preguntó Lope sorprendido.

—Como tiene un compañero....

—¿Un compañero? ¿Desde cuàndo?

—Desde hace dos dias. ¿Acaso lo ignorabas?

—No, dijo Lope para que no le pidiese el posadero aumento de salario por la noticia. ¿Puedes librarme de los dos?

—¿Y quién me asegura que no vendrá á visitarme la Santa Hermandad?

—¿No sabes á quien sirvo?

—Basta, exclamó maese Rapiña; ahora lo único que necesito es saber que esa bolsa no se quedará entre tus manos.

—Toma á cuenta dijo, sacando de ella unos cuantos ducados y entregándolos al posadero.

—De modo que tú lo que quieres es....

—Que no se embarquen.

—Y para que no se embarquen será preciso...

—Que se queden en tierra.... pero á mucha profundidad.

—Bien está; yo me lavo las manos como Pilatos. Sobre tu conciencia lo dejo.

—Los huéspedes se proponen salir de aquí pasado mañana de madrugada, para estar en Cádiz á las nueve ó las diez.

—¿Me aseguras que dormirán mañana á la noche en mi casa?

—Si les das buena cena..... ¿Con que quedamos en que?.....

—En que eres el mismo diablo.

—Si lo crees así debes estar bien conmigo, porque cuando te mueras vas á ir derechito al infierno.

De esta manera terminó el diálogo entre el escudero de Soria y maese Rapiña.

Poco despues llegaron á la posada Diego y Mendez.

El posadero los vió entrar, y se dijo:

—¡Pobrecillos! Mañana á estas horas....

Y no terminó la frase.

CAPITULO LXXXIV.

Lo que idea un posadero ante la perspectiva de una bolsa llena de oro.

Maese Rapiña pasó la noche ideando el medio de ganar honradamente la bolsa que le habian ofrecido.

Si el ingénio no le ayudaba, tenia que valerse de segunda persona, y la idea de tener que partir con alguno el dinero, no le hacia ninguna gracia.

Por más que tuvo toda la noche en prensa la imaginacion, no encontró medio alguno, porque lo màs sencillo, que era entrar en su cuarto cuando estuvieran durmiendo, y darles pasaporte para el otro mundo, podia tener fatales consecuencias para su reputacion de mesonero honrado.

La casualidad vino al dia siguiente en su ayuda.

En las primeras horas de la mañana llegó á la puerta del meson un hidalgo portugués con cuatro criados.

Maese Rapiña no tardó en saber que el lusitano era todo un personaje.

Gobernador de una de las posesiones que los marinos portugueses habian conquistado en Africa, volvia á su patria con inmensas riquezás, y queria ostentar su magnificencia en las capitales de España, en donde tenia que hacer escala ántes de llegar á su país.

Al ver que se entraba tanta fortuna por su casa, agotó maese Rapiña todo el repertorio de su galantería, y hospedó

U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al extranjero en la mejor habitacion de su meson, proponiéndose tratarle á cuerpo de rey.

Aquel hidalgo debia ser el instrumento de sus planes.

Por la tarde pidió permiso para hablar con él, y cuando se lo otorgó:

—Vuesa señoría, le dijo, me perdonará que sea entrometido; pero no hago más que cumplir con mi deber. Me han dado un encargo, y lo desempeño.

—¿Qué quiere el posadero? preguntó el finchado huésped.

—No léjos de este sitio vive una dama muy principal, que ha tenido la suerte de veros al llegar á mi posada; no sé si curiosa ó interesadamente, que todo pudiera ser, acaba de mandarme un recado confidencial con su dueña para suplicaros que os digneis deteneros esta noche en la reja de su casa, porque, segun ha dicho, tiene un hermano al servicio del rey de Portugal, y desea, si vos le conoceis, tener noticias suyas por vuestro conducto. Esto es lo que me ha dicho la dueña, y aun cuando yo adivine el proyecto de su empeño amoroso, que no me maravilla, porque vuesa señoría parece formado para enamorar á las damas, he creido deber trasmitiros su ruego.

El portugués pavoneándose:

—No seria la primera deidad que he rendido, exclamó. ¿Dónde vive esa dama?

—Su casa da á dos calles; pero desea veros por la ventana próxima al postigo. Si vuesa mereed no lo lleva á mal, yo os guiaré hasta allí.

—¿A qué hora?

—A las ánimas; pero no estará demas que acompañen á vuesa merced los criados que ha traido con linternas y bien armados.

—Yo me sobro y me basto.

Es que si saben que acabais de llegar de Africa, supondrán que traeis mucho dinero, y no faltarán malhechores que os acechen.

El portugués creyó de buena fe la patraña del posadero y se prestó á acudir á la cita de aquella mujer cuitada á quien podia sacar de penas.

La mujer existia en efecto; pero no tenia nada de enamorada ni de ilustre.

Era una barragana á quien maese Rapiña indicó el papel que deberia desempeñar, ofreciéndole en cambio una exígua retribucion.

Poco despues vió á Mendez y á Diego, que se disponian á partir, á quienes suplicó encarecidamente que volviesen aquella noche á las ánimas, porque ya que era la última que debian pasar en su compañía, queria darles una espléndida cena.

En aquel tiempo, cuando no habia luna, las calles parecian bocas de lobo, y la en que estaba la posada mas aún, por ser estrecha y de elevada altura los edificios que la formaban.

Al dar la primera campanada de las ánimas, el hidalgo, embozado en su tabardo, y seguido de los cuatro criados, salia con el posadero, que entretuvo el camino hasta que oyó á lo léjos pasos.

Cuando se apercibió de que sus dos víctimas eran los que venian:

—¡Deteneos! dijo al hidalgo de pronto.

—¿Qué ocurre?

—¿No oís pasos?

—Sí por cierto; pero ¿qué importa?

—Son dos famosos bandidos que os esperan. Yo los conozco bien, porque siempre que saben que tengo algun huésped rico, hacen lo que esta noche: le acechan para robarle, y si se resiste, le asesinan.

El portugués retrocedió dos pasos.

—Haced que vuestros criados vayan á su encuentro, los provoquen y los maten. Si tal sucede, cuando se sepa que habeis librado á Sevilla de esos dos malhechores, os recibirán en todas partes en triunfo.

Halagado por esta última idea, dió el portugués órdenes á sus servidores de que se adelantasen y arremetiesen con aquellos dos hombres que se acercaban, y desenvainando á su vez la espada, en vez de avanzar, retrocedió con el posadero.

Los criados, obedientes y en mayor número que los dos embozados:

—¡Alto ahí! dijeron al acercarse á Diego y á Mendez. ¡Por aquí no se pasa!

Y al decir esto desenvainaron las espadas.

Sorprendidos los dos amigos, dieron un paso atrás, y pensando instantáneamente que aquellos hombres habian sido apostados para matarlos, porque veian con disgusto su próximo viaje:

—Son emisarios de nuestros enemigos, dijo Mendez, á ellos, y que perezcan á nuestras manos.

Los aceros se cruzaron, y al oir el ruido que produjeron, corrieron á refugiarse en la posada el valiente portugués y maese Rapiña.

Al empuje de Diego Mendez y Diego Colon, retrocedieron los criados.

Uno de ellos cayó exánime en tierra.

Otro huyó perseguido por Mendez, y Diego quedó luchando con dos.

Uno de ellos le alcanzó con una estocada, y cuando á las voces y al ruido de las espadas acudió gente, y poco despues la justicia, fué hallado en tierra.

El herido fué conducido á la posada, y la Santa Herman-

dad hizo investigaciones para saber la causa de aquella pendencia.

El portugués habló; pero para defender á sus criados dijo que yendo tranquilamente á pasear, aquellos dos hombres habian acometido á sus servidores.

La primera disposicion de la autoridad fué llevar preso á Mendez.

Pero al buscarle, se vió que habia desaparecido.

En efecto: en ménos tiempo del que se necesitaba para contarlo, observó á Diego, vió que su herida no era de gravedad, que el desmayo habia sido producido por la pérdida de la sangre; oyó la conversacion de la justicia, y comprendiendo que necesitaba estar en libertad, se escabulló entre los alguaciles y cuadrilleros, y corrió á casa de don Fernando de Alvarado á comunicarle lo que pasaba.

—Partid inmediatamente, le dijo don Fernando. Un escudero os acompañará á caballo. Embarcaos, y no tardeis en ir á desempeñar la noble mision que os proponeis llevar á cabo. Yo me encargaré de cuidar al herido.

Poco despues puso en práctica Diego Mendez este consejo; don Fernando de Toledo se dirigió á la posada, en donde aún estaba la justicia buscando á Mendez, y presentándose al alcalde:

—Yo respondo, le dijo, del hombre á quien buscais; y en cuanto al herido, queda aquí bajo mi proteccion. Id inmediatamente á buscar un médico.

En cuanto se dió á conocer don Fernando, fueron acatadas sus órdenes; el Galeno no tardó en llegar, y declaró que la herida no era grave.

Despues de vendar á Diego, fué puesto en unas parihuelas y conducido cuidadosamente al palacio de don Fernando de Toledo.

Gracias á esto pudo al dia siguiente, muy temprano, darse á la vela Diego Mendez, deseoso de llegar á tiempo en busca de los náufragos.

¿Qué sucedió á Diego?

¿Qué resultado habia tenido el viaje de Isabel Monteagudo á Portugal, para buscar á la jóven que habia sido arrebatada de los brazos de su madre?

No tardaremos en saberlo.

Volvamos ahora al gran hombre, á quien dejamos al borde de la muerte, y sigamos á sus amigos Mendez, Sagredo y Fiesco, que anhelaban la gloria de aparecer ante la posteridad como los salvadores del inmortal Colon.

CAPITULO LXXXV.

Salvacion de los náufragos.

En medio de las tribulaciones que surgian para el almirante, consideró como un señalado triunfo el que acababa de obtener de los rebeldes, sometiéndolos á su autoridad.

Con aquel acto habia aumentado su prestigio á los ojos de los naturales del país; habia ofrecido á sus compañeros el convencimiento de que aún tenian fuerzas para luchar, y sobre todo, aquella batalla, y aquella victoria habian dado tregua á las contínuas y dolorosas cavilaciones de los náufragos, que llevaban ya un año suspendidos al borde del abismo.

Pero el almirante, con su gran penetracion, no tardó en comprender que no le convenia reunir de nuevo á los que se habian rebelado contra su autoridad y á los que la habian acatado.

Aquellos podian inficionar á éstos: su reunion podia ser orígen de muchas reyertas entre ellos, y desde luego, lo primero que pensó Colon fué separarlos.

Francisco Porras se mostraba muy humilde; pero era un hombre temible, á quien la derrota podia inspirar aquella conducta para aprovechar otra coyuntura y tomar la revancha.

El y su hermano fueron aprisionados, y la mayor parte de sus arrepentidos compañeros, aunque en libertad, fueron alejados de las carabelas.

Gracias á esto pudo al dia siguiente, muy temprano, darse á la vela Diego Mendez, deseoso de llegar á tiempo en busca de los náufragos.

¿Qué sucedió á Diego?

¿Qué resultado habia tenido el viaje de Isabel Monteagudo á Portugal, para buscar á la jóven que habia sido arrebatada de los brazos de su madre?

No tardaremos en saberlo.

Volvamos ahora al gran hombre, á quien dejamos al borde de la muerte, y sigamos á sus amigos Mendez, Sagredo y Fiesco, que anhelaban la gloria de aparecer ante la posteridad como los salvadores del inmortal Colon.

CAPITULO LXXXV.

Salvacion de los náufragos.

En medio de las tribulaciones que surgian para el almirante, consideró como un señalado triunfo el que acababa de obtener de los rebeldes, sometiéndolos á su autoridad.

Con aquel acto habia aumentado su prestigio á los ojos de los naturales del país; habia ofrecido á sus compañeros el convencimiento de que aún tenian fuerzas para luchar, y sobre todo, aquella batalla, y aquella victoria habian dado tregua á las contínuas y dolorosas cavilaciones de los náufragos, que llevaban ya un año suspendidos al borde del abismo.

Pero el almirante, con su gran penetracion, no tardó en comprender que no le convenia reunir de nuevo á los que se habian rebelado contra su autoridad y á los que la habian acatado.

Aquellos podian inficionar á éstos: su reunion podia ser orígen de muchas reyertas entre ellos, y desde luego, lo primero que pensó Colon fué separarlos.

Francisco Porras se mostraba muy humilde; pero era un hombre temible, á quien la derrota podia inspirar aquella conducta para aprovechar otra coyuntura y tomar la revancha.

El y su hermano fueron aprisionados, y la mayor parte de sus arrepentidos compañeros, aunque en libertad, fueron alejados de las carabelas.

De acuerdo con el adelantado y su hijo Fernando, que eran los dos asesores más íntimos de Colon, dispuso el ilustre marino que los rebeldes, sometidos de nuevo á su autoridad, se estableciesen en una parte de la isla, no muy léjos de la costa, bajo la vigilancia y gobierno de Fuentes, hombre que á su lealtad unia una energía de carácter y una fuerza física capaz de imponer respeto á aquella turba que iba á estar á sus órdenes.

Obedeciendo à sus generosos sentimientos, en vez de condenarles á vivir de los elementos naturales del país que pudieran proporcionarles los indios, los envió parte de las provisiones que tenia á bordo, y les aseguró que muy en breve abandonarian toda aquella costa, porque no era posible que tardasen ya mucho los auxilios que por tantos conductos y con tanta insistencia y razon habia pedido al gobernador de Santo Domingo y á los reyes de España.

Los hermanos Porras, que aunque prisioneros estaban juntos, meditaron sobre su situacion.

—Hemos hecho muy mal, dijo Francisco, en entregarnos de esta manera.

—Más nos hubiera valido morir, exclamó el otro.

—Para nosotros la salvacion que con tanto afan esperan los demas, es la perdicion.

—Cierto: de aquí, si salimos con vida, nos llevarán á España para juzgarnos.

—Y allí los hipócritas, que no faltan; los aduladores, para exaltar màs y más al almirante, nos condenarán á una muerte afrentosa.

—La ley así lo manda; nos hemos rebelado contra nuestro jefe.

—Hemos sido unos mentecatos.

—¿Y qué hacer ahora?

—Todo ménos consentir la vergüenza y la muerte que nos aguarda en la Península.

Los dos permanecieron silenciósos durante algun tiempo.

—Francisco, dijo despues de un momento de abstraccion su hermano, puesto que nos aguarda la deshonra, puesto que en esta situacion nada podemos hacer para salvarnos, porque aun cuando apelásemos á la fuga moriríamos en la miseria ó asesinados por los indios á quienes tanto daño hemos causado, ¿quieres que acabemos con nuestra vida?

—¿Qué proyectas?

—La verdad es que hemos sido unos ingratos. Sujetos en los brazos de la miseria, Dios sabe cuál hubiera sido nuestra suerte en España si el almirante no se hubiera apiadado de nosotros. Cuando se sepa lo que aquí ha ocurrido nos tacharán de desagradecidos, de miserables, de traidores, y en todas partes nos despreciarán. Al ménos que se vea nuestro remordimiento en un acto desesperado: vamos á poner término á nuestros dias.

Francisco era más malo que su hermano, y por consiguiente más cobarde.

—¿Qué dices? ¿Morir? ¿Has perdido ya toda esperanza?

—Toda.

—Y si nos llevan de aquí á Santo Domingo, ¿dudas que aún podremos hallar favor entre los enemigos de Colon?

—Es que yo estoy verdaderamente arrepentido.

—Deja ese sentimentalismo para mejor ocasion. Más cristiano es sufrir que acabar con la vida.

—Pues bien: si tú no quieres, si no tienes valor para redimir tus pecados de ese modo, yo solo moriré.

—No; espera al ménos á que intentemos un último esfuerzo para ver si podemos obtener la libertad y el perdon.

—¡Inútil esperanza!

—¿Quién te lo ha dicho? ¿No podríamos muy bien encender de nuevo la tea de la discordia, impulsar unos pocos á la rebelion, y sofocarla luego nosotros mismos para contraer méritos á los ojos del almirante, que es bueno y generoso, y de seguro nos perdonaria?

—Solo dos dias espero. Si al cabo de ese tiempo nada hemos conseguido para aliviar nuestra situacion, moriré, hermano mio.

—Acepto tu palabra.

Trascurrieron dos dias, y en ellos los récios temporales que azotaron la costa destruyeron las cosechas, dificultando cada vez más á los españoles reunir las provisiones.

Este inesperado contratiempo aumentó su desesperacion.

Habian ya trascurrido cerca de tres meses desde la salida de Fiesco y Diego Mendez, y no teniendo noticia alguna de ellos, estaban seguros de que habian perecido.

Por otra parte, Escobar no volvia.

Un abatimiento profundo se apoderó de todos, y como siempre que llegaban á este extremo, surgió en ellos la idea de abandonar aquellas costas para ir á Santo Domingo, aun cuando fuera en endebles canoas.

Pero aunque el mismo almirante se resolvia á tomar aquella resolucion, los temporales que reinaban era motivo suficiente para aplazar el viaje, porque apénas se lanzasen las canoas al agua, volarian como plumas á impulso de los vendavales.

Más de ocho dias duraron las tormentas.

Al cabo de este tiempo se serenó el mar y se apaciguaron los vientos.

Una noche estaban ya resueltos los hermanos Porras á perecer.

En medio del silencio percibieron todos un ruido que, sorprendiéndolos primero, pareció animarlos despues.

Al mismo tiempo que oyeron el ruido, vieron á lo léjos un resplandor que desapareció.

No habia duda, aquello habia sido un disparo de lombarda, y no podian ser indios, sino españoles los que habian hecho aquella señal.

—Algun buque se acerca para salvarnos, exclamaron todos.

Los suicidas, ante aquella esperanza de vivir, renunciaron á su propósito.

Todos aguardaron con impaciencia á que amaneciese, para ver si descubrian alguna carabela.

En efecto, al rayar el alba vieron en alta mar no uno, sino dos buques; pero tan distantes, que no era fácil descubrir á qué nacion pertenecian.

Los dos parecian navegar, evitando acercarse el uno al otro.

Una inmensa alegría inundó el corazon de los náufragos.

Cayendo de rodillas dieron gracias al Altísimo, y todos se agolparon en el camarote de Colon, en donde, doblando la rodilla, le pidieron perdon por sus culpas, y le ofrecieron sacrificarle todos su vida.

Pero el dia avanzaba, y las embarcaciones, en vez de acercarse á ellos, parecian alejarse.

Hacia un calor abrasador.

Todo indicaba una nueva tormenta.

La tempestad no tardó en estallar, envolviendo á los náufragos en una manga de agua.

El viento habia impelido las dos embarcaciones hácia la costa, y al calmarse la tempestad pudieron descubrir los náufragos á los tripulantes de los dos buques, que eran españoles, y que venian de paz, por la bandera blanca que ostentaban en la proa de sus embarcaciones.

Casi á un mismo tiempo llegaron á bordo de las carabelas

convertidas en asilo de los náufragos tres hombres que, al reconocerse, no pudieron ménos de lanzar una exclamacion de alegría y de estrecharse cordialmente.

Eran Diego Mendez, que habia llegado en un bote, y Sagredo y Fiesco, que habian dejado su buque para aproximarse á ver al almirante.

La escena fué conmovedora.

Al mismo tiempo que se abrazaban en medio de la más profunda emocion de los náufragos, apareció el almirante apoyado en su hermano y en su hijo, y al reconocer á aquellos tres hombres que habian llegado hasta su destierro con las dos carabelas:

—Antes de estrecharlos contra nuestro corazon, dijo á los que le acompañaban, ántes de expresar nuestra gratitud, demos gracias al Altísimo y acatemos los decretos de la Providencia. Ella ha puesto á prueba nuestra virtud, nuestra resignacion, y nos da el premio.

Instantáneamente prorumpieron todos en un cántico al Altísimo, cuya sublime poesía comprenderán nuestros lectores, si consideran lo que habian sufrido aquellos hombres y la inmensa felicidad que la llegada de los buques ofrecia á su alma.

Un jóven, cuyo rostro, á pesar del traje europeo, se descubria fácilmente que pertenecia á la raza india, postrándose de hinojos ante Colon, besó sus manos.

Era su antiguo intérprete el indio de Guanahani, que aunque vivia en España, al saber los peligros que corria el almirante, abandonó sus goces para entrar à bordo del buque que mandaba Diego Mendez y correr à auxiliarle.

Vamos á ver como, habiendo salido Sagredo y Fiesco de Santo Domingo mucho ántes que Diego Mendez de la bahía de Cádiz, habian llegado al mismo tiempo á salvar á Colon.

CAPITULO LXXXVI.

Donde hablando de Sagredo, puede el lector saber algo de Ojeda.

Las tempestades que combatieron la embarcacion de Sagredo, la arrojaron, como dijimos, á una costa desconocida para él.

Era la costa de Coquibacoa, en donde á la sazon habia una colonia española gobernada por Alonso de Ojeda.

No esperaban Sagredo ni Fiesco tener un encuentro.

En el puerto vieron ancladas algunas carabelas y ánte de calar recibieron la visita de unas lanchas, en las que los emisarios de Ojeda acudieron á enterarse de quiénes eran los que iban á bordo de aquella embarcacion.

Alonso de Ojeda, protegido siempre por Fonseca, despues de su desgraciado viaje por la costa de Pària, en consideracion á sus pasados servicios obtuvo la donacion de seis leguas de terreno en la parte del Sur de la Española, y el gobierno de la provincia de Coquibacoa, que habia descubierto en su primer viaje.

Los reyes le habian autorizado para fletar á sus expensas cierto número de embarcaciones con objeto de continuar el descubrimiento de Costa-Firme, sin tocar ni traficar en las costas de Pária.

Le estaba, sin embargo, permitido negociar en toda clase de mercancías con tal de pagar una quinta parte de su valor á la corona, y respetar la libertad individual de los indios.

Esta determinacion generosa habia sido inspirada á los reyes por la noticia que habian tenido de que los ingleses habian recorrido aquella parte del Océano, deseosos de hacer conquista, como los españoles.

Asocióse Ojeda con Juan de Vergara, mayordomo de un rico canónigo de la catedral de Sevilla, y con García Ocampo.

Entre los tres armaron cuatro bajeles y llegaron á un paraje de la costa, llamada Cumaná, al que dió Ojeda el nombre de Valfermoso por su espléndida belleza.

Allí, tendiendo una emboscada á los naturales del país, se apoderaron de una gran parte de sus muebles y utensilios, para no carecer de las comodidades que ofrecian en la colonia que iban á fundar.

Secuestraron asimismo á muchos indios para pedir rescate por ellos, y gracias á esto reunieron una buena cantidad de oro.

Careciendo de víveres, envió Ojeda dos de sus cuatro carabelas á la costa de la Jamáica para adquirirlos.

Un temporal destruyó una de las dos embarcaciones, y su casco fué el que los náufragos vieron llegar como una esperanza perdida á las playas más próximas á su refugio.

En la otra llegó Juan de Vergara á su destino, pero á muchas leguas de distancia de donde estaban los españoles.

Ojeda llegó á Coquibacoa, y le pareció el país tan estéril y tan miserable, que continuó costeándole hasta la bahía de Santa Cruz.

En ella encontró á un español, que otro de los viajeros de aquel tiempo, Rodrigo de Bastides, de quien ya hemos hemos hecho mencion, habia dejado en aquel país hacia tres meses, tiempo en el cual habia aprendido el idioma de los indios, conocia á fondo sus costumbres y sus recursos, y al comunicar sus conocimientos á Ojeda, le incitó á establecerse allí.

Desde el primer momento los naturales trataron de oponerse á la dominacion de los españoles, y sin el arrojo de Ojeda, que en varias ocasiones salió á su encuentro y los dispersó, lo hubieran pasado mal los colonos.

Con su energía infundó terror á los indígenas, y éstos viendo que no podian luchar con él, pidieron su amistad, comprometiéndose á pagarle un tributo.

En prenda de paz, le entregaron una gran cantidad de oro.

Este precioso metal fué, como siempre, la tea de la discordia que separó á aquellos amigos unidos hasta entónces por los lazos del interes.

Los dos socios de Ojeda estaban indignados contra él porque, habiendo decidido guardar todo el oro que recogiesen en una gran arca de hierro, conservaba la llave y queria someter á la más estricta disciplina á sus mismos iguales.

El deseo de librarse de aquella tutela les incitó á conspirar contra su jefe, y ya habian resuelto rebelarse contra él, apoderarse de su persona, cargarle de cadenas y conducirle á España prisionero, para que respondiese allí de los cargos que fulminaban sus enemigos de haber abusado de sus atribuciones, cuando la tempestad arrojó á aquel campo de discordia la carabela de Sagredo y de Fiesco.

La llegada de este buque paralizó la marcha de la conjuracion.

Sagredo tenia noticia de lo indignamente que se habia portado Ojeda con el almirante, y sabia á punto fijo que estaba más al lado de los adversarios que de los amigos de Colon.

Se presentó á él como un enviado misterioso del obispo Fonseca para informarse de la situacion en que estaba Colon.

Ojeda, en vista de esto, le recibió con la mayor cordialidad, y dispuso que sus calafates reparasen las averías que habia sufrido el buque.

Era la peor estacion para cruzar las aguas del Océano, y como el buque de Sagredo llevaba víveres abundantes, y participaron de ellos los colonos, se pasaron alegremente quince ó veinte dias, durante los cuales era de todo punto imposible darse á la vela sin correr grave riesgo.

Este contratiempo tenia angustiado á Sagredo y á Fiesco.

La conspiracion urdida contra Ojeda estalló.

Sorprendido por los insurrectos, fué amarrado codo con codo y le llevaron á bordo de una de las carabelas.

Sus dos consocios acordaron entónces abandonar la colonia y regresar á España.

Como no contaban más que con tres embarcaciones, obligaron á Sagredo y à Fiesco á que formasen parte de aquella expedicion, toda vez que, segun habian asegurado, su rumbo era tambien hácia la Península.

Negàronse á formar parte de la escuadra; pero les obligaron à ello, y no tuvieron más remedio que seguirlos, por más que proyectaran aprovechar la primera ocasion de abandonarlos.

Dejaron la colonia à principios de Setiembre, llegaron á la parte occidental de la isla Española, y allí se detuvieron en una bahía para abastecerse de agua.

Ojeda, que era gran nadador, confiando en sus fuerzas y agilidad, á pesar de que tenia grilletes en los piés, aprovechando la oscuridad de la noche se arrojó al agua con el objeto de llegar á la orilla y refugiarse en ella.

Pero el peso de las cadenas tenia más fuerza que el del impulso que lograba dar á su cuerpo con las manos, y estando á punto de sumergirse, pidió auxilio.

Medio ahogado le subieron de nuevo á bordo, y al dia siguiente lo entregaron al comandante de aquella parte de la isla.

Sus dos socios partieron con rumbo para España, animados por el deseo de denunciarle allí y de utilizar en beneficio propio todas sus riquezas.

Aprovechando Sagredo la circunstancia de estar á bordo de otro de los buques su piloto, procuró irse alejando poco à poco de las carabelas, y á favor de la oscuridad de la noche, con el auxilio de Fiesco, los perdió por completo de vista.

Pero aunque ya estaban en libertad, era difícil que llegasen al punto en donde se hallaba Colon.

Entregados á la ventura, permanecieron más de veinte dias sin encontrar el derrotero que debia conducirlos adonde su presencia era tan necesaria.

Este fué el motivo por el cual, habiendo salido mucho ántes la carabela de Sagredo, llegó al mismo tiempo que la de Mendez á la costa de la Jamáica.

D. R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LXXXVII.

Un momento de tregua.

Despues de la natural expansion de alegría entre los que se veian próximos á abandonar aquel sepulcro, y los que habian ido á buscarlos, comprendiendo Colon que era necesario organizarlo todo para partir cuanto ántes, al mismo tiempo que envió á buscar á los rebeldes que vagaban par la isla bajo la influencia de Fuentes, convocó en su camarote á sus amigos para acordar con ellos lo que debian hacer.

Halláronse, pues, juntos Bartolomé y Fernando, Sagredo y Fiesco, Diego Mendez y alguno que otro más de los que habian sido leales al almirante.

—Dios ha escuchado mi plegaria, dijo Colon. Se ha apiadado de nuestras desventuras, y ha enviado á tiempo todavía la salvacion que deseábamos. ¡Bendita sea su inmensa bondad! ¡Bien hayan los padecimientos que hemos sufrido! Ellos nos habrán purificado de nuestras culpas, y nos hace más grata, más dulce, más fecunda la ventura que hemos alcanzado!

A esta expresion de los cristianos sentimientos del almirante, siguió un animado diálogo, en el que respondieron los amigos de Colon que acababan de llegar á las preguntas que éste, su hermano y su hijo les dirigieron.

Diego Mendez se guardó muy bien de acibarar la alegría

de Colon con la reseña de las desgracias que habian acaecido á su familia.

A las preguntas que le hizo el almirente contestó con evasivas, y solo le dijo los motivos que habian obligado á don Diego á permanecer en Sevilla y la proteccion que debia á don Fernando de Toledo, sin la cual no hubiera podido fletar el buque que tan á tiempo habia llegado.

Sagredo y Fiesco refirieron asimismo al almirante las peripecias de su viaje, y llegaron por fin á discutir los acuerdos que debian tomar.

—Yo quiero ir á Santo Domingo ántes de regresar á España, dijo Colon.

—Haces muy mal, exclamó Bartolomé. Yo en tu lugar, saldria directamente para España, hallaria á los reyes de nuestro último descubrimiento, les demostraria con las riquezas que podemos presentarles cuán justa, cuán merecida es la proteccion que en todo tiempo les has pedido, y no dudes que, halagados por el triunfo y con las pruebas de la infamia de tus enemigos, lograrás más que yendo á esa colonia en donde los beneficios que has sembrado se han vuelto para tí desengaños terribles.

De esta opinion participaron los circunstantes.

Pero Colon:

—Si yo escuchara solo á la voz de mi conveniencia, añadió, seguiria vuestro consejo; pero yo me debo á mis hijos y á mi gloria. En Santo Domingo está la mayor parte de mis bienes, injustamente secuestrados por el gobernador actual, que es uno de mis mayores enemigos. Yo necesito ser repuesto en el cargo que me han usurpado, recibir una satisfaccion allí donde se me ha inferido una ofensa, y quiero ir á España á pedir ese acto de justicia de los reyes.

—Yo os acompañaré, dijo Mendez.

—No debeis, porque Ovando os quiere mal.

—¿Y qué me importa? Amparado por vos no le temo, y mi presencia al lado vuestro puede ser útil para destruir los malévolos planes que concibe ese infame.

—Si tal es vuestro empeño, mi noble y leal servidor, yo acepto vuestro sacrificio. Mañana mismo, en cuanto amanezca, se procederá al embarque de los víveres y de la gente, y nos despediremos de estas costas hospitalarias, en donde tanto hemos debido á sus bondadosos moradores.

Como todos estaban impacientes por saber la resolucion del almirante, mandó éste á su hijo Fernando que los reuniese y se la comunicase.

La alegría de los que debian ir á España no tuvo límites.

Muchos de los rebeldes se entristecieron, porque en vez de volver á la madre patria, tenian que ir á Santo Domingo.

Solo los dos hermanos Porras celebraron que los llevasen á la colonia, porque estaban seguros de que en ella hallarian la proteccion de Ovando.

No tardaron los indios en saber que iban á alejarse para siempre de su lado aquellos hombres á quienes se habian acostumbrado á ver contínuamente, y á quienes estimaban, á pesar de los muchos daños que les habian causado.

A la mañana siguiente amaneció la playa llena de indígenas, que corrian presurosos á ver las nuevas embarcaciones y á dar el último adios á los pobres náufragos.

El almirante, á pesar de sus achaques, apoyado en los brazos de su hijo y de Diego Mendez, llegó hasta la playa, y allí, por medio de Diego el intérprete, manifestó á los indios la gratitud que llevaba en su corazon.

Sus sentidas palabras conmovieron á aquellos infelices, que no habian olvidado su influencia en el cielo, que le consideraban como un semidios despues del suceso del eclipse.

Hizo nuevos regalos á la mayor parte de ellos, aceptó sus últimas ofrendas, y todos, deseando ayudar á los españoles, se encargaron de conducir á sus canoas hasta los buques las provisiones y los objetos que los náufragos desearon trasportar desde sus muertas carabelas hasta las que debian sacarlos de aquel sepulcro en que habian vivido tanto tiempo.

Las primeras horas de la mañana fueron empleadas en estas faenas, y cuando los buques estuvieron cargados y dispuestos á darse á al vela, se despidió Colon con lágrimas en los ojos, de Sagredo, de Fiesco y de los demas españoles que debian acompañarle, y fué en un bote hasta el buque de Diego Mendez para tomar inmediatamente el rumbo de Santo Domingo.

Las carabelas llegaron á la parte oriental de la Jamáica, y la de Diego Mendez, virando hàcia el Norte, tomó el derrotero de la isla Española.

Colon sabia por Diego Mendez que Miguel Diaz era adicto á su persona, y procuró desembarcar cerca de Hayna, para que Ovando tuviera tiempo de saber su llegada y de variar de plan al ver que sus intrigas habian sido infructuosas.

Aunque sabia que era su más encarnizado enemigo, se proponia olvidar sus infamias y confundirlo con sus bondades.

No era en Santo Domingo donde Colon debia hallar el consuelo que necesitaban sus padecimientos.

Despues de un año de contínuo martirio, al ver realizarse sus esperanzas, debia luchar de nuevo contra la injusticia y contra la perversidad de sus enemigos.

CAPITULO LXXXVIII.

Donde se ve como Ovando varía de forma sin váriar de fondo.

Vientos contrarios retardaron el viaje de Colon.

Despues de ocho dias de luchar con los elementos, arribó el 3 de Agosto, no á la costa de Hayna, como se habia propuesto, sino á la pequeña isla llamada de la Beata, próxima á la Española.

Son tan fuertes las corrientes entre esta isla y Santo Domingo, que los buques estuvieron detenidos meses enteros aguardando vientos huracanados para proseguir su viaje.

No ignoraba el almirante que podia verse condenado á esperar mucho tiempo un viento favorable, y de acuerdo con su hermano, su hijo y Diego Mendez, envió á Diego el intérprete con una carta para Ovando, en la que le anunciaba su llegada, la proteccion que le habian dispensado los reyes, y añadia, para tranquilizarle, que estaba agradecido á los esfuerzos que habia hecho, segun le habia indicado Escobar, para llevarle buques, y deseaba llegar cuanto ántes à Santo Domingo para manifestarle su gratitud.

Al mismo tiempo que la carta dió Colon á su intérprete algunas instrucciones acerca de lo que deberia responder á las preguntas que le dirigiesen, y conduciéndole en un bote hasta la orilla, aguardaron los viajeros una brisa favorable para llegar á Santo Domingo.

Habian encargado á Diego que en todas partes anunciase

la llegada de Colon y refiriese detalladamente los padecimientos que él y sus compañeros habian sufrido.

A medida que se tenian noticias de su llegada, de sus sufrimientos, iba operándose en los ánimos de todos una reaccion en favor del almirante.

En Santo Domingo sucedió le que en todas partes.

Cuando era jefe de la colonia; cuando contenia á aquellos foragidos y se mostraba benévolo con los indios para que no viesen en él ni en los suyos una calamidad; cuando disfrutaba de los favores de la fortuna, nada tenia de extraño que hubiese hallado quien pusiese cadenas á sus piés, ni mucho ménos quien las remachase.

Pero la idea de los padecimientos que habia tenido que soportar aquel año entero y verdadero que habia vivido en brazos de la muerte, iba operando una reaccion tan favorable que Ovando, al saber la inesperada noticia de la llegada de Colon, decidió cambiar de táctica y mostrarse humilde y respetuoso ante el gran hombre, para no ponerse en pugna con sus subordinados.

¡Cuán ajeno estaba Ovando de que el almirante se acercaba á la Española!

Sin dirigir ninguna pregunta á Diego, temeroso de que adivinase su emocion, le despidió, encargándole que volviese al dia siguiente á recibir sus órdenes.

Los descontentos del gobierno de Ovando vieron en aquella ocasion un pretexto para hacer ostensible su opinion, y proyectaron formar una columna de honor é ir por tierra hasta el paraje donde estaba la carabela del almirante, para rogarle que desembarcase allí y llevarle en triunfo hasta Santo Domingo.

Esta idea fué apadrinada por un jóven, en cuya alma hallaba eco todo lo grande, todo lo generoso.

Hasta entónces, aunque eficazmente recomendado á Ovando, no habia tenido ocasion de tratrale con intimidad, y no comprendiendo que aquel acto que queria llevar á cabo podria disgustar á su protector, capitaneando á los colonos fué á pedir su vénia al gobernador para recibir en triunfo al almirante.

El jóven que deseaba honrar al inmortal Colon, que le comprendia y le admiraba, y que, sobreponiéndose á las pasiones de los hombres que le protegian, se hallaba bajo la influencia del marino, que sin más elementos que su voluntad habia arrancado al Océano su más impenetrable secreto, era el viajero á quien habia acompañado hasta la Española Sagredo, el que hemos oido nombrar Hernan Cortés en los capítulos anteriores.

No convenia á Ovando contrarestar aquel movimiento, y como era hábil, en vez de oponerse á él, salió al encuentro de los entusiastas.

—Es muy noble el deseo que os anima, le dijo; vuestra alegría no es superior á la que yo he experimentado; y en efecto, todos debemos demostrar al ilustre marino la admiracion que nos merece su génio y la simpatía que nos inspiran sus padecimientos.

Pero como pareceria, si vos fueseis á su encuentro de una manera oficiosa, que yo no apadrinaba vuestros deseos, que era hostil al hombre á quien en otras ocasiones no he tratado con todos los merecimientos debidos por efecto de las circunstancias, pero á quien siempre en el fondo de mi alma he profesado veneracion y aprecio, deseo asociarme á vos, y al efecto os suplico que admitais en vuestra compañía, para ir á recibir à Colon, á una persona que yo designe y que me represente.

Hernan Cortés, que capitaneaba á los entusiastas, aceptó

la proposicion de Ovando, y aquel mismo dia salieron más de cincuenta hombres por tierra hasta la costa donde aguardaba el almirante los vientos favorables, para recibirlo y llevarlo en triunfo á la ciudad.

Cuando llegaron, su nave, impulsada por un viento benéfico, atravesó las corrientes y venció las dificultades, y costeando la isla llegó hasta el puerto de Santa María.

Parecia haber adivinado los deseos de Ovando.

Apénas le anunciaron que se divisaba un buque, envió al intérprete para que dijera si era el del almirante.

A su contestacion afirmativa mandó reunir en su palacio á los oficiales y altos dignatarios, é hizo al mismo tiempo que desde el fuerte disparasen cañonazos y que repicase la campana de la iglesia de la ciudad.

Esta trasformacion que se habia operado en Ovando agradó en extremo á los colonos, y asociándose todos á él, fueron al puerto á recibir al venerable anciano que, con el doble prestigio del génio y del sufrimiento, llegaba á aquella playa en busca de hospitalidad y de justicia.

No esperaba Colon aquel recibimiento.

Bartolomé y Diego Mendez:

—Tened cuidado, le dijeron, que esto bien puede ser un lazo.

Desembarcaron, y Colon fué el primero que tendió la mano al gobernador de la isla de Santo Domingo.

—Perdon y olvido, dijo.

El gobernador le pidió permiso para estrecharle entre sus brazos, se excusó con él de la mejor manera posible y le suplicó que fuese á honrar su palacio, brindando asimismo á las personas de su comitiva hospedaje en su casa.

Aquel dia fué para la colonia de verdadero júbilo.

Por la noche llegaron los que habian ido á recibirle, y aña-

dieron á su entusiasmo espontáneo el que oficialmente le habia preparado Ovando con su reconocida habilidad.

El gobernador dispuso una espléndida cena para obsequiar á los viajeros, y convidó á ella á muchos de los principales colonos.

A pesar de la desconfianza que abrigaba el gran hombre, no pudo ménos de conmoverse, no ante aquellas muestras de falso entusiasmo, sino ante los designios de la Providencia, que veia y admiraba en todo lo que pasaba en torno suyo.

Por la primera vez en la vida se encontraron entónces, bajo un mismo techado, el anciano que bajaba al sepulcro con la auréola de la gloria y la palma del martirio, y el jóven, oscuro todavía, que algunos años despues habia de conquistar un gran imperio, y hacer su nombre eterno y no ménos glorioso.

El sol que se eclipsaba y el sol que nacia, reflejaron mútuamente su luz el uno sobre el otro.

Colon y Hernan Cortés brindaron: el segundo por el glorioso anciano que despertaba en él la ambicion de gloria en aquellos momentos; el primero por el jóven audaz y respetuoso que en sus palabras y en sus miradas revelaba el valor que debia hacer imperecedero su nombre en el libro inmortal de la historia.

¡Arcanos de la Providencia!

CAPITULO LXXXIX.

El árbol caido.

Aquella misma noche quiso Colon celebrar una entrevista con Ovando, y despues de levantarse de la mesa, le acompañó á su habitacion y allí le rogó que le escuchase.

Despues de referirle todo lo que le habia pasado en su expedicion, y particularmente desde que se habia visto obligado á permanecer en la costa de la Jamáica por no poder servirse de los buques, le dió cuenta, como á la autoridad más inmediata, de los desmanes que contra él habian cometido los dos hermanos Porras, y le anunció que aunque habia perdonado á sus secuaces, habian sido, sin embargo, tan grandes los excesos que habian cometido los instigadores de la rebelion, que los tenia aprisionados á bordo; queria entregárselos para que los juzgase, si tenia jurisdiccion sobre ellos, ó que los enviase á España para que tribunales superiores decretasen el castigo que habian de recibir.

Por esta declaracion supo Ovando que la mayor parte de los que habia llevado á bordo Colon pertenecian á los rebeldes, y vió en ellos un gran elemento para intentar alguna nueva intriga contra su huésped.

Pidió nuevos detalles á Colon acerca de los medios que habia empleado Mendez para salvarle; le aseguró que la conducta de éste y de Fiesco, cuando habian llegado á Santo Do-

mingo en calidad de emisarios suyos, le habia hecho creer que no eran más que intrigantes, que lo que deseaban era apoderarse de algun buque de los que tenia á su disposicion para emprender nuevos descubrimientos, y aunque procuró estar expansivo y cariñoso con Colon, y el almirante con él, sin embargo, cualquier observador hubiera notado que aquellos dos hombres se hablaban así por pura cortesía, y que mediaba entre los dos un gran abismo.

Colon era bastante generoso para perdonar con toda su alma á aquel miserable; pero no sucedia lo mismo á Ovando.

Este veia desbaratados todos sus planes.

Tenia que renunciar á sus soñadas ambiciones: no habia logrado realizar los designios de los enemigos de Colon, y todo esto, unido al odio que le profesaban los colonos, le auguraba una próxima y ruidosa caida.

Pretextando gran solicitud en servir al almirante, le pidió una órden para enviar un oficial á la carabela que estaba anclada en el puerto para recoger á los prisioneros.

Diósela en el acto el almirante, y dejándole con su hermano, su hijo y Diego Mendez, fué él mismo al buque en busca de los revoltosos.

Su ánimo era indagar lo que habia ocurrido á la llegada de Mendez á la costa de la Jamáica.

Francisco Porras, que reconoció al gobernador, le dijo todo lo que habia pasado, y le aseguró que si él y su hermano habian arrastrado á los demas compañeros á una rebelion, no habian tenido más objeto que el deshacerse para siempre del almirante, y haberse presentado á Santo Domingo á ofrecerle, como una muestra de gratitud, todo el oro que habian adquirido en la última expedicion.

Por ellos supo Ovando, con verdadera indignacion, la traicion de Sagredo, y vió perdidas sus esperanzas por completo

al saber que los españoles adictos á Colon avanzaban á la Península, y llegarian con las nuevas del descubrimiento y de las últimas medidas tomadas por el almirante ántes de que pudiese ponerse de acuerdo con el Consejo de Indias para contrarestar los planes de Colon.

De todos modos, convenia al papel que desempeñaba mostrarse á los ojos de todo el mundo como severo juez, y ofreciendo toda su proteccion á los prisioneros, los trasladó á un calabozo de la ciudad, anunciando que al dia siguiente los visitaria para ver si podian ser castigados, ó tendria que formarles proceso y remitirlos á la deliberacion de los tribunales de la costa.

Nombró él mismo los jueces, intervino en el fallo, y dos dias despues, aun cuando se mostraba sumamente afectuoso con Colon, resolvió el tribunal que no podia juzgar á los hermanos Francisco y Diego Porras en la colonia de Santo Domingo; que deberian ser enviados á España, y que, por lo tanto, miéntras llegaba la ocasion para ellos de embarcarse, podian vivir en libertad.

Cumplióse el veredicto y él mismo fué á notificar á Colon el acuerdo de los jueces.

A partir de aquel momento, las relaciones entre Ovando y Colon fueron en la apariencia, solo en apariencia, afectuosas y cordiales.

Pero á ninguno de los dos se ocultaba que era el otro su mortal enemigo.

Ovando colmó de beneficios, para indemnizarles los trabajos que habian pasado, á los rebeldes que habia llevado Colon á bordo del buque.

Ofendido el almirante, se quejó cortesmente al gobernador y quiso oponerse á muchas de las medidas que éste tomaba.

Pero Ovando, con simulado respeto, con irónica amabilidad, decia á Colon:

—No es justo que estando vos aquí sea yo quien manda. Pero, sin embargo, soy el gobernador de la isla, y por más que lo sienta, no puedo reconocer oficialmente en vos más que un antecesor á quien los reyes han relevado de un cargo, por màs que privadamente reconozca y acate vuestros justos y altos merecimientos y la auréola de gloria que ciñe vuestra frente.

—Cumplid con vuestro deber, dijo Colon; yo sé lo que me toca hacer. Por de pronto, permitidme que reclame el mando absoluto y la jurisdicion civil y criminal que me han dado los soberanos sobre todas las personas que salieron conmigo de España hasta mi regreso con ellas. Ved las instrucciones que recibo de los reyes, y os convencereis de que es justa mi reclamacion.

—No lo pongo en duda, contestó Ovando. Pero las instrucciones de los monarcas no os dan autoridad dentro de los límites de un gobierno. Ademas, vos me habeis entregado los prisioneros, y no creo que al obrar de ese modo habreis buscado en mí un ejecutor de la justicia, un verdugo. Quiero, sin embargo, añadió el gobernador, demostraros cuánto os estimo, y en breve saldrán de la isla con direccion á España los dos jefes de la rebelion, para que allí los juzguen.

Esta era una satisfaccion á medias.

Colon comprendió que no podria sacar más partido de su angustiosa situacion, y puso tregua á aquellas diferencias que surgian entre Ovando y él, para aguardar en la isla la realizacion de su única esperanza.

Esta esperanza era la de que los reyes, en vista de la crecida cantidad de oro que les habia enviado por conducto de Sagredo, le restableciesen en el mando de la isla de Santo Domingo, lo que no dudaba que sucederia, porque á la justicia se uniria la influencia de su hijo Diego, el cariño que le

profesaba la reina, y la proteccion que de seguro le dispensaria don Fernando de Toledo y su hermano el duque de Alba, favorito del rey.

¡Cuán amargas impresiones recibió el almirante al visitar aquel país fértil y dichoso en otro tiempo, y entónces devastado y oprimido!

Todas las ilusiones que habia conservado, se habian desvanecido por completo.

La mayor parte de las poblaciones de aquellas cinco poderosas tríbus habian abandonado el país para refugiarse en las islas mas próximas adonde todavía no habian llegado los españoles.

Otros habian pedido hospitalidad á los caribes.

Los pocos que quedaban vivian como esclavos.

Sus chozas estaban destruidas.

Aunque Colon se habia propuesto no intervenir para nada en los negocios de la colonia, no podia ménos de aventurar algunas observaciones.

Todas eran rechazadas por el gobernador, y viendo lo inútil de sus esfuerzos, resolvió aguardar la hora de la justicia para borrar el mal y trocarle en el bien que siempre habia deseado.

Aun cuando renunciase á defender los intereses de los colonos y de los indígenas, tenia derecho de abogar por los suyos y pedir cuentas al gobernador, que, como ya hemos dicho, se habia apropiado sus bienes en nombre del gobierno.

Tambien fueron estériles sus tentativas.

Sus cuentas estaban embrolladas, y á no haber sido por la prevision de Sagredo, hubiera perdido todo lo que habia conquistado tan penosamente.

No le convenia, sin embargo, descubrir el secreto que le habia revelado su antiguo y fiel mayordomo, y esperó con

paciencia á que llegase su rehabilitacion para hacerse justicia á sí propio.

Pero en vez de las noticias que aguardaba de España, sólo recibió una carta de su hijo Diego, en la que le decia:

"La reina está enferma. Los médicos han dispuesto que no se ocupe de los negocios. El rey está dominado por vuestros enemigos.

"Venid, venid cuanto ántes; solo vos podreis conseguir la reparacion que anhelais."

Esta carta, y la situacion difícil y enojosa del almirante respecto al gobernador de la isla, le decidieron á partir para España.

Inmediatamente dispuso que se equipase y que se proveyera á sus expensas el buque en que habian llegado hasta la costa de la Jamáica, y dió el mando de él á su hermano Bartolomé.

En el mismo buque en que partió Colon iba con pliegos de Ovando para el obispo Fonseca un jóven que debia regresar en la misma carabela despues de dejar en España al almirante y á las personas que le acompañaban.

El jóven habia aceptado aquella mision, porque un secreto afecto le impulsaba á seguir al gran marino, á admirarle de cerca, á respirar en aquella esfera de gloria que circundaba su majestuosa figura.

Mis lectores han debido reconocerle: era Hernan Cortés.

A poco de salir del puerto, una violenta ráfaga de aire desarboló su nave.

Pasó con los suyos á la carabela que mandaba el adelantado, y encargó á Hernan Cortés, cuya mision secreta ignoraba, que volviese á Santo Domingo con la nave inservible.

—Concededme una gracia, dijo á Colon el jóven: la de acompañaros, la de regresar con vos á Santo Domingo cuando volvais con todos los honores que mereceis.

—¡Dios sabe si eso sucederá!

—Mi corazon me dice que sí.

—Pues bien, venid conmigo.

Desde aquel instante se estableció una secreta simpatía entre el anciano y el mozo.

Despues de enviar la carabela desarbolada, tomó el derrotero de España.

Durante la travesía le afligió la gota más que nunca.

Aquel viaje fué uno de los más desastrosos.

Una tormenta rompió el palo mayor por cuatro partes.

Aunque repararon la avería los marineros, pocos dias despues otra tempestad les hizo perder el mástil de proa.

Esto, unido á su enfermedad, le puso de nuevo al borde de la muerte.

Al fin, el dia 7 de Noviembre ancló su pobre y triste nave en el puerto de Sanlúcar.

De allí se trasladó Colon á Sevilla, y el mismo dia en que llegó cayó enfermo de tal manera, que inspiró los mas sérios cuidados á los que estaban á su lado.

En cuanto al jóven que le acompañaba, apénas llegó á España, conociendo Soria que el almirante le habria dominado con el prestigio de la edad, del saber, de la gloria, procuró alejarle de su lado.

Una noticia que comunicó á Hernan Cortés de la mayor gravedad, le incitó á partir inmediatamente para Extremadura.

Algun dia, cuando bosquejemos la gran figura del inmortal conquistador de México, sabremos lo que hicieron para apartarle de Colon.

Volvamos ahora á acompañar al almirante.

CAPITULO XC.

Reaccion.

Se habia hablado tanto en España de las desgracias de Colon, que al llegar á Sevilla despertó esa curiosidad, ese interes, ese entusiasmo que inspiran siempre los grandes hombres cuando despues de haber sido los ídolos del pueblo, caen en la desgracia, y en medio de sus amarguras vuelven los ojos á los que levantaron el pedestal de su fortuna.

En todas partes se hablaba del regreso de Cristóbal Colon, cuyos sufrimientos en la costa de la Jamáica habian divulgado los que en la embarcacion de Sagredo habian llegado ántes que él.

Como hoy sucede en las aldeas y en las ciudades cuando regresan los soldados de una guerra, que en todas partes los buscan y los agasajan para escuchar de sus propios labios la narracion de las hazañas en que han tomado parte, sucedia entónces con los pocos náufragos, que ébrios de alegría por haber vuelto á la vida, no se contentaban con referir los hechos tal como habian pasado, sino que los ponderaban, exaltando más y más la grandeza de espíritu del inmortal descubridor del Nuevo Mundo.

A la admiracion se unia la piedad: así es que apénas se supo la llegada de la nave en que regresaba á la patria el gran hombre, acudieron de todas partes á recibirle, y desde Cádiz á Sevilla le acompañaron multitud de personas que deseaban

manifestarle de aquel modo la admiracion que sentian hácia él, la gratitud que sus conquistas para España les inspiraba.

Hallábase en la hermosa capital de Andalucía don Fernando de Toledo, y como era natural, quiso que se hospedase en su casa el ilustre marino.

Al desembarcar en la orilla del Bétis, parecia Colon un cadáver.

Su rostro estaba demacrado.

Sus miembros, enervados, apénas podian moverse, y sin embargo, cuando le indicó Mendez que aquel ilustre personaje que salia á su encuentro era el que le habia facilitado los medios para ir á salvarle, toda la vida de Colon brilló en sus ojos para manifestarle su gratitud.

Hallábase en su palacio, y le ofreció todos los honores que merecia.

Aquel dia y los siguientes solo se habló en Sevilla del almirante, y cuando Mendez salia le llamaban en todas partes, le dirigian infinitas preguntas y le dispensaban los mayores obsequios, como habian hecho con Sagredo, porque los dos habian librado de la muerte á los pobres náufragos.

Esta reaccion inmensa en favor del gran hombre y de sus amigos; este delirio del pueblo para honrar al héroe, contrastaba con la sorda indignacion de los agentes de Fonseca, que contemplaban llenos de ira aquel animado cuadro.

La calle en donde estaba el palacio de don Fernando de Toledo era una romería.

El vulgo, ya que no podia contemplar al héroe, se contentaba con decirse:

—¡Allí está!

Y los más atrevidos se acercaban á las escaleras y preguntaban á los guardadores de tan ilustre personaje por el estado de su salud.

La noticia de la llegada de Colon circuló por toda España, y fray Diego de Deza, que era á la sazon uno de los prelados más notables de la Península: fray Pedro Antunez, el antiguo amigo y protector de Colon, y muchos de los más altos personajes de la corte, que en todo tiempo le habian favorecido con su amistad, fueron à Sevilla á saludarle y á ofrecerle de nuevo su apoyo para vencer cuantas dificultades se opusieran á la realizacion de sus designios.

Todas estas muestras de aprecio, todas estas ovaciones, unidas al descanso y á los cuidados de don Fernando de Toledo, reanimaron el abatido espíritu de Colon, y á los diez dias de su llegada pudo levantarse del lecho.

En medio de sus tribulaciones, notó un vacío inmenso en su corazon.

¿Cómo, sabiendo su llegada, porque se habia sabido en todos los ámbitos de España, no habia acudido á estrecharle entre sus brazos su hijo Diego?

¿Cómo Villejo é Isabel, á quienes suponia felices esposos; cómo Inés, que habia sido madre cariñosa de sus hijos, no habia volado á consolar al pobre anciano, tanto más cuanto que suponia que habria sabido sus horribles padecimientos?

El primer dia que se levantó y pudo hablar, llamó á Mendez.

—¿Cómo no ha venido mi hijo Diego? le preguntó.

—Señor, el deber le detiene al lado de la reina, que está enferma. Ved una carta que me ha dirigido para vos, y por ella sabreis que hay en esta casa quien puede reemplazarle con ventaja á vuestro lado, miéntras que él cumple su deber.

—¿Y Inés? ¿Y Villejo? ¿Y su esposa; ¿Cómo no han venido?

—Vuestro hijo don Fernando os explicará la causa.

—Sí, padre mio, sí, dijo el jóven, que habia oido la triste revelacion de las desgracias de que habian sido víctimas aquellas infelices mujeres.

—Habla, ¿sufren? ¿Han muerto? añadió Colon, queriendo adivinar lo que pasa en la mirada de su hijo.

—Permitidme, padre mio, que retarde algunas horas no más la contestacion á las preguntas que me dirigís, porque es posible que entónces pueda comunicaros faustas nuevas.

En efecto, Fernando habia sabido que de un momento á otro era esperada en Sevilla Isabel Monteagudo, y la persona que habia traido aquella noticia habia indicado que la habia visto en compañía de una jóven, à quien trataba como si fuera su hija.

Todo esto hizo creer á Fernando que la desventurada esposa de Alonso Velez de Guzman habia hallado à Isabel, y habia podido sacarla del convento en donde sus enemigos la habian encerrado.

En esta conversacion estaban el almirante y su hijo, cuando se presentó en la estancia del enfermo una jóven, á la que saludó Mendez con las mayores muestras de consideracion.

—Es, dijo, presentándola á Colon, la hija del muy ilustre don Fernando de Toledo, en cuya casa estamos hospedados.

Dios os bendiga, hija mia, exclamó el anciano.

—Tengo que hablaros en nombre de vuestro hijo, exclamó María con voz entrecortada por la emocion.

Y mirando á Diego Mendez:

—Dejadnos un instante á solas, añadió.

Fernando y Diego Mendez salieron de la estancia, y María, colocándose frente al sitial que ocupaba el enfermo, le habló de esta manera:

—Perdonadme, señor, si me atrevo á turbar vuestra tranquilidad con una confianza. Vuestro hijo Diego no puede abandonar su puesto al lado de la reina, que se halla enferma de gravedad. De lo contrario, él os hubiera hablado. ¿No os ha dicho en una carta que encontrariais aquí quien le reemplazase cerca de vos?

—Sí, hija mia.

—Pues bien, yo soy quien debe reemplazarle.

—¿Vos?

—¿Lo sentís?

—No por cierto.

—¿No adivinais los motivos que me impelen á venir á hablaros? añadió la jóven, al mismo tiempo que sus mejillas se encendian.

—Deseo adivinarlo, y plegue á Dios que no me engañe. Si las sospechas que han despertado en mí vuestras palabras se confirmasen, yo bendeciria á Dios por haberme librado de los inmensos peligros que he corrido, y traerme á este puerto de salvacion, en donde si no justicia para mí, puedo encontrar felicidad para mi hijo.

—¿No habeis adivinado, exclamó la jóven, que para ser dichosa solo deseo vuestra bendicion?

—¿Amais á Diego?

—Sí, con toda mi alma.

—¡Dios os bendiga! Vuestras palabras derraman un bálsamo dulcísimo en mi corazon; me devuelven la vida que se extinguia en mí. ¡Oh! Sí, ahora estoy seguro de que viviré. ¿Y qué importa todo lo que he sufrido? ¿Qué las intrigas de que puedan hacerme objeto mis adversarios, si vuestra felicidad brota todo un pasado de desgracias para ofrecerme un porvenir risueño?

María refirió entónces con agitada voz al almirante lo que Mendez le habia ocultado.

Diego, herido en la calle de la posada de maese Rapiña, fué conducido por don Fernando de Toledo á su palacio, y allí le prodigó los mayores cuidados hasta que se restableció.

En aquel tiempo tuvo ocasion de admirar las bellezas que atesoraba en su alma la hermosa María, y sintiendo que se

renovaba su vida, que brotaban ilusiones dulcísimas de sus mismos desengaños, amó á María con todo su corazon y escuchó de su labios la promesa de que seria su esposa.

Todo esto con el lenguaje purísimo del amor, con la emocion de una alma enamorada, habló María al anciano, y adivinando éste en su mirada que era inmenso el amor que ella sentia:

—¡Bien hayas tú! le dijo, bien hayas tú, María, que para hacer la dicha de mi hijo, ángel del cielo, al mundo Dios te envía!

María acercó la frente á los labios del anciano, y aquel imprimió en ella un ósculo paternal.

—¿Y sabe vuestro padre que os une un lazo tan estrecho con mi hijo?

—Aún lo ignora.

—Mal hecho; ¿por qué lo habeis ocultado?

—Diego ha temido que mi buen padre se opusiese á nuestro amor. No le conoce: al saber que es mi felicidad, no nos negaria su consentimiento; pero él me ha exigido que guardase el secreto hasta vuestra venida, hasta que pudiera hablar con vos, y yo le he obedecido, porque sus súplicas son órdenes para mí, porque le amo con toda mi alma.

María se despidió de Colon despues de conseguir que éste le diese el dulce nombre de hija.

Aquella revelacion que le habia hecho, inspiró nuevos deseos al almirante de conseguir que le restituyeran sus honores y sus riquezas, para que su hijo fuera digno de aquella mujer que tanto le amaba, y que pertenecia á una de las familias más principales del reino.

Encontrándose mejorado, trató de poner en órden sus negocios y de restablecerse por completo, para trasladarse á la corte á gestionar cerca de los reyes su rehabilitacion.

CAPITULO XCI.

Nuevas maquinaciones de los enemigos del almirante.

Los enemigos de Colon no se intimidaron en presencia del triunfo con que el pueblo habia saludado su llegada.

Era Fonseca en extremo hábil, y profesaba demasiado rencor à su enemigo para que no buscase todos los medios de perderle.

Antes de partir los marinos que estaban á las órdenes de Colon en la costa de la Jamáica, anunció á todos por medio de Sagredo, que al regresar á España les abonaria los salarios que habian ganado desde su salida, salarios que por efecto de las circunstancias se habia visto en la imposibilidad de pagarles.

Aun á los mismos rebeldes habia hecho dicha promesa, porque despues de haberse sometido á él y de perdonarlos, los consideraba con iguales derechos.

Al obrar así contaba con sus legítimas ganancias.

Pero en Santo Domingo no habia conseguido que Ovando le entregase el dinero que le pertenecia; porque aunque los reyes habian dado órdenes terminantes para que lo hiciese, al enviarlas el Consejo de Indias al gobernador las habia acompañado de instrucciones secretas para que si en algun tiempo le hacian cargos por no haberlas cumplido, pudiese demostrar que se habian extraviado.

No era esta la intencion de la reina.

En vista de las cartas de Colon, mandó á Ovando que observase las capitulaciones establecidas entre los reyes y el almirante.

Como si esto no bastase, la reina misma dirigió una carta particular á Ovando recomendándole eficazmente que cumpliera aquella órden, censurando su conducta por haber negado socorro á la escuadra de Colon, y por haber consentido que se diesen à la vela las embarcaciones que naufragaron, sepultando en el abismo à Roldan, Bobadilla y otros muchos, al mismo tiempo que las inmensas riquezas que enviaba el gobernador á la corte.

Las nuevas cartas de Colon que llegaron á manos de la reina por conducto de Diego Mendez le indignaron tanto, que pidió á su esposo que destituyera á Ovando, y obtuvo la promesa del rey da que en efecto le destituiria.

Pero apénas comunicó este deseo á Fonseca, mostrándose dispuesto á obedecer, se atrevió el prelado á indicar á su majestad que hasta entónces ningun gobernador habia enviado mayor cantidad de oro que él, y que en caso de reemplazarle, habia que renunciar á aquellas pingües ganancias.

Hablar de aquel modo á don Fernando, que en el último tercio de su vida se habia hecho avaro por el deseo de figurar y de eclipsar el esplendor de los otros monarcas de Europa, era aspirar à obtener de él que revocase la órden, ó por lo ménos que aplazase su cumplimiento.

Así fué.

La reina cayó enferma, y pretextando don Fernando que por entónces solo debia atender á su salud, le prohibió que se ocupase de los negocios del Estado, y dejó suspensa la órden.

Los marineros, pasada la primera alegría que produjo en aquellos el espectáculo de la madre patria, pensaron en sus intereses, y aguardaron con ánsia la llegada de Colon para

que les satisfaciera sus soldadas, único premio que esperaban de aquella larga y penosa expedicion.

Los secuaces de Soria buscaron á aquellos hombres, y en las conversaciones particulares, sin darse á conocer, procuraron despertar en ellos sospechas de que no serian remunerados.

No dieron crédito á estos temores, y esperaron la llegada del almirante.

Los primeros dias en que estuvo enfermo fueron dias de zozobra, de angustia para aquellos pobres hombres que ansiaban por momentos el premio de su trabajo.

Cuando se halló restablecido el augusto enfermo, su hermano Bartolomé le recordó la promesa que habia hecho á aquellos infelices.

Aquel recuerdo aumentó los pesares de Colon.

—Quiero verlos, le dijo.

El adelantado los convocó para el siguiente dia, y todos los que estaban en Sevilla penetraron en la estancia del enfermo.

—No os he olvidado, les dijo; pero los que debian tenerme presente me han olvidado. Mis esfuerzos para adquirir lo que me pertenece en Santo Domingo han sido inútiles. Aquí no cuento con recursos, pero he escrito á los reyes, y no dudo de que comprendiendo mi situacion, me facilitarán los recursos que necesito para cumplir con vosotros.

Estas palabras, aunque oidas con el mayor respeto por aquellos hombres, produjo una sensacion de pesar.

Esperaban salir de allí con los bolsillos llenos de oro, y tenian que contentarse con esperanzas.

La tristeza se pintaba en su semblante al salir del palacio de don Fernando de Toledo.

No deseaban otra cosa los enemigos de Colon.

Aquellos hombres podian servir á sus intentos, y Soria, que era el agente principal de Fonseca, se prometia explotar su disgusto en beneficico de su infame causa.

Miéntras ellos murmuraban, Colon dirigia una carta á su hijo pidiéndole que se presentase al rey y le suplicase el pago de las cantidades que le debia el Tesoro.

Algunos párrafos de esta carta merecen ser conocidos.

«Nada recibo yo de la renta que se me debe, decia; vivo de prestado.

«Poco me han aprovechado veinte años de servicio con tantos trabajos y peligros, pues al presente no tengo techo propio que me cubra en España.

«Si deseo comer ó dormir, tengo que recurrir á una posada, ó vivir, como ahora, de la caridad de un magnate.»

Hablándole despues de la necesidad que tenia de abonar sus salarios á los marineros:

«Son pobres, le decia, y hace ya cerca de tres años que salieron de sus casas. Han arrostrado infinitos trabajos y peligros, y traen nuevas invaluables por las que sus majestades debian dar gracias á Dios y regocijarse.»

Los agentes de Soria, que procuraron trabar conversacion con los marineros, llegaron hasta el punto de ofrecer á algunos de ellos cantidades mucho mayores que las que probablemente no recibirian con tal de que testificasen que Colon habia observado para con ellos una conducta muy severa, y de que el descubrimiento de Veragoa no era tan importante como aquel suponia.

Con estas declaraciones, que Fonseca eleveria sigilosamente á manos del rey, sin comprometer á los marineros, podia influir en el ánimo del monarca para que, aprovechándose de lo enfermedad de la reina que era la verdadera protectora del almirante, retardase el cumplimiento de las promesas que

le habia hecho de restablecerle en sus honores y aplazase indefinidamente el pago de las cantidades que exigia Colon más para atender á las necesidades de sus servidores que á las suyas propias.

Esperó tres semanas la respuesta de su hijo, y al fin de este tiempo recibió una carta en la que Diego le daba á entender que no le habia sido posible informar á la reina de sus pretensiones por el lastimoso estado en que se hallaba, y que aunque se habia acercado al rey, solo habia podido comprender que haria muy poco ó nada en favor de sus justas reclamaciones, porque influian demasiado en él sus enemigos.

Casi al mismo tiempo recibió el almirante la noticia de que Francisco de Porras, á quien, como recordarán nuestros lectores, habia enviado Ovando para que fuese juzgado en España, habia sido puesto en libertad.

Informándose de los motivos que habian impulsado á sus jueces á absolverle, supo con indignacion que no habia formado sumaria alguna el gobernador de Santo Domingo, y que no habia hecho màs que enviarle para que se presentase al Consejo de Indias, expusiese las causas que le habian impulsado á rebelarse, y se sometiese al fallo de sus jueces.

Francisco Porras era sobrino de Morales, el tesorero real, habia servido á Fonseca, y la influencia de estos dos poderosos señores dió por resultado su absolucion.

Indignado el almirante por aquel acto, que era atentatorio á su dignidad, quiso ponerse en camino para la corte, pero empezaba el invierno.

Era este más crudo que otros años, y todo hacia presumir que se agravaria su enfermedad de ponerse en camino.

Diego Mendez fué el designado por Colon para representarle en el Consejo de Indias.

Hallábase á la sazon en la corte Alonso Sanchez de Carvajal, uno de los más leales servidores de Colon, y dispuso que Mendez se avistase con él para que entre los dos fuesen los abogados de su honra.

El tiempo trascurrió, los recursos que esperaba Colon no llegaban, y la desesperacion de los marinos llegó al colmo.

Soria escribió à Fonseca:

«Me parece que muy en breve podré ofrecer á vuestra eminencia un testimonio firmado por todos los que han acompañado al almirante en su última expedicion, probando que las locas ilusiones que abrigaba han sido causa de todos los padecimientos que han sufrido, y demostrando que el descubrimiento de Veragoa es una calamidad màs para la nacion.»

Despues de despachar á un emisario con esta noticia para Fonseca, hizo que su escudero Lope convocase en una hostería á la mayor parte de los marineros descontentos, para disponerlos á cumplir la palabra que habian dado á su jefe.

U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XCII.

Un antiguo personaje que llega muy á tiempo.

Era una noche del mes de Enero del año 1505.

Lope habia ido por la tarde á la hostería del Renegado á encargar una abundante cena para veinte personas.

Poco ántes que él habian entrado en dicha hostería, para hospedarse en ella, un hombre acompañando á dos señoras.

Una de las dos llegaba enferma, al parecer de bastante gravedad, y el viajero habia pedido dos habitaciones contiguas: una para la enferma y una jóven que le acompañaba, y otra para él.

—Sírvenos bien, habia dicho al renegado, y pídenos cuanto quieras.

Como una muestra de su munificencia, al pronunciar estas palabras le entregó una bolsa, que contenia cincuenta castellanos.

El hostelero se entusiasmó, y envió á uno de sus mancebos, á buscar un médico.

Cuando Lope le habló de la cena:

—Solo con una condicion consentiré daros de cenar.

—¿Es sin duda la de que no nos quejemos si nos dais gato por liebre?

—Nada de eso: si venís á mi hostería es porque tengo fama de guisar bien y cobrar con honradez.

—¿Pues cuál es? Habla.

—Has de saber que tengo huéspedes de mucho rumbo.

—¿Y qué nos importa?

—Es que entre ellos hay una dama enferma.

—No veo ningun motivo en eso para que no nos des de cenar.

—Si me prometeis solo cenar, no tengo inconveniente en admitiros; pero si bebeis mucho y os embriagais, disputareis, habrá escándalo, y esto es lo que quiero evitar.

—La gente que va á venir conmigo tiene interes en hablar quedo.

—En ese caso, os pondré la mesa en una sala baja, y os serviré poco vino.

Quedaron convenidos, y al anochecer empezaron á llegar los hombres á quienes habia convidado Lope.

Cerca de la puerta de la hostería habia dos personas, en las que, gracias á la oscuridad de la noche, no repararon los que entraron.

Eran dos caballeros, que hablaban de este modo:

—Os ruego que no me oculteis la verdad, decia el uno al otro. ¿Cómo habeis encontrado á la enferma?

—¿Sois su esposo?

—No os importa; contestadme la verdad.

—Para ser sincero, necesito que respondais ántes á mis preguntas.

—No tengo ningun parentesco con esa dama.

—Pues bien: en ese caso puedo hablaros con franqueza.

—Es lo que más deseo.

—La enfermedad que tiene es muy grave.

—¿No creeis hallar remedio á sus dolencias?

—La ciencia no puede nada; la Providencia lo puede todo.

—Bien está: volved mañana muy temprano, y apurad todos los recursos.

—Ese medicamento que he recetado podrà sostenerla algun tiempo. Adios.

—Adios.

El que con tanto interes habia consultado al Galeno iba á entrar en la hostería, cuando vió acercarse á la puerta de la misma cinco ó seis hombres, y recordando que habian entrado otros muchos ántes, se despertó su curiosidad.

Dejóles pasar y entró tras ellos.

Pero en vez de subir á su habitacion, se detuvo en la escalera, que estaba muy oscura, y vió entrar en la sala baja á otra porcion de hombres, que parecian marineros y gente del pueblo.

Acordándose de la enferma entró en el cuarto en donde estaba.

La jóven que cuidaba de ella le preguntó con la mirada qué le habia dicho el médico.

La expresion del rostro del desconocido entristeció á la la jóven.

La enferma, con débil voz, llamó á las dos personas que estaban á su lado.

—Siento que mi vida se acaba, les dijo, y no puedo morir sin que nos venguen. Buscad.....

—Tranquilizaos, contestó el caballero, y reparad las fuerzas que os faltan. Descansad un momento, y cumpliré vuestra voluntad.

—Id, id por Dios, añadió la enferma; buscadle.....

—Yo tambien os lo ruego, añadió la jóven.

El caballero salió de la estancia, bajó las escaleras y se detuvo á conferenciar con el hostelero.

En aquellos momentos llegaron á sus oidos algunas frases de las que, excitados por el vino, pronunciaban los comensales del escudero de Soria.

¿Qué habia pasado en la cena?

Lope, obedeciendo á las instrucciones que habia recibido, habia hecho á los marineros que refiriesen sus desventuras.

No hay para un marinero ó un militar, despues de haber sufrido un naufragio ó de haber salido victorioso de una batalla, una conversacion más grata que la de sus padecimientos ó sus hazañas.

Todos se animaron, y exageraron sus infortunios.

—Pues yo creo, les dijo Lope, que con otro jefe no habriais sufrido tanto. Y no es esto que yo hable mal de Colon, Dios me libre, pero es un visionario, un loco, y lo que me extraña es que no os halla obligado á bajar al fondo del mar para hallar el oro que tanto busca.

—Oro ya hemos hallado, dijo uno

—Pero hace poco me habeis dicho que para conseguir una mezquima cantidad de ese metal habeis perdido mucha gente, habeis tenido que luchar con los indios, y habeis venido con las manos vacías, porque lo poco que habeis recogido ha sido necesario entregarlo á los reyes para que creyesen que aquello es una mina inagotable.

—Tiene razon, tiene razon, dijeron muchos.

—Lástima me da, añadió Lope, veros despues de un viaje de tres años del mismo modo que salisteis, sin haber podido mejorar la condicion de vuestras familias, que se hallan poco ménos que en la miseria.

—Es verdad, es verdad.

—Condolido de vosotros, porque aunque pobre tengo buen corazon, añadió el escudero, he hablado á mi señor de vuestros infortunios. Debo advertiros que mi señor es un hombre muy rico, y tiene gran influencia en los negocios de las Indias. Se ha empeñado en creer que Colon es un visionario, y va á salirse con la suya.

Lo que es eso..... dijeron algunos, recordando el prestigio que ejercia sobre ellos el almirante.

—Aquí hablamos como en familia..... Pues, como iba diciendo, condolido de vuestras desgracias he hablado á mi Señor, y él os daria de buena gana doble de lo que no os dará nunca, pero de lo que os debe el almirante, si quisierais hacerme un ligero favor, que redundaria en beneficio de la patria.

—¿Cuál?.... Habla.

—Vosotros que habeis estado en las Indias, sabeis lo que allí se padece.

—Es cierto.

—Pues bien: ¿no es lástima que haya muchas personas que deseen ir á hacer fortuna, cuando verdaderamente lo que allí encuentran todos es la muerte? ¿No seria mejor, exagerando un poco los sinsabores que por allá sufren, elevar á manos de los reyes, sin que nadie lo supiera más que mi amo, una exposicion firmada por todos vosotros, demostrando que en el último viaje nada habeis hecho de provecho, que habeis sufrido mucho, y que aunque hay oro en Veragoa, seria preciso para rescatarlo del poder de aquellos indios emplear más sangre de lo que vale toda la isla?

Los marineros miraron con sorpresa á Lope.

—Eso no es verdad, exclamó uno.

—Allí hay mucho oro.

—Y eso de declarar que no podemos con los indios....

—No decia tanto, añadió Lope. ¿Quereis que os hable con más franqueza?

—Sí, sí.

—Pues bien: el almirante está en desgracia. Los reyes quieren deshacerse de él á toda costa, y han empezado por no atender á sus reclamaciones. Si haceis lo que os aconsejo, cobrareis duplicados vuestros salarios, y con la proteccion de mi amo hallareis buen empleo, y no perdereis el tiempo pidiendo al almirante lo que no os puede dar, lo que no os dará nunca.

Apénas pronunció estas palabras, se abrió la puerta de la sala, y un hombre que entró en ella:

—Mientes como un villano, dijo.

Todos volvieron la vista hácia el recien llegado, y Lope, enfurecido, echó mano á la espada.

—El almirante, prosiguió el desconocido, ha sabido que estabais reunidos aquí, y me ha enviado á pagaros lo que os debe.

—¡Viva el almirante! exclamó uno de los marineros.

—¡Viva! dijeron todos.

Lope vió perdido el juego y se limitó á decir:

—Si no es una baladronada, págalos en el acto.

—Sí que los pagaré. Vos presenciareis el acto.... Y aun haré más por vos: os permitiré que os alejeis para evitaros el justo castigo que merece vuestra infamia, y que de seguro os darian estos hombres si yo no lo evitase.

Y diciendo esto, se acercó á la mesa y dejó caer sobre ella una porcion de monedas de plata.

—Que pida cada cual lo que se le debe.

Los marineros se miraron unos á otros asombrados.

Lope no aguardó á presenciar la operacion.

Aprovechando un momento en que todos estaban distraidos, se escabulló, y cuando despues de quedar todos satisfechos fueron á buscarle:

—Es inútil, les dijo el desconocido. Ese hombre no volverá.

Los marineros se dispusieron á partir para ir á dar las gracias al almirante.

Miéntras el desconocido les rogaba que renunciasen á aquella muestra de gratitud, penetraron en la sala dos hombres embozados, que habian oido sin ser vistos aquella escena.

Cuando partieron los marineros, uno de los embozados se acercó al pagador y le dijo:

—En nombre de mi padre don Cristóbal Colon os doy las gracias por lo que habeis hecho, y os ofrezco mi vida; pero me permitireis que os exija vuestra nombre.

—No he hecho más que pagar una deuda, dijo el desconocido; y aun es poco, como os convencereis cuando sepais cómo me llamo. Pero no habeis venido aquí para demostrarme vuestra gratitud. Os he llamado en nombre de una mujer enferma, moribunda, que desea ántes de espirar haceros una revelacion. Venid, venid conmigo.

—Antes vuestro nombre.

—Si me ofreceis el perdon en nombre de vuestro padre, os lo diré.

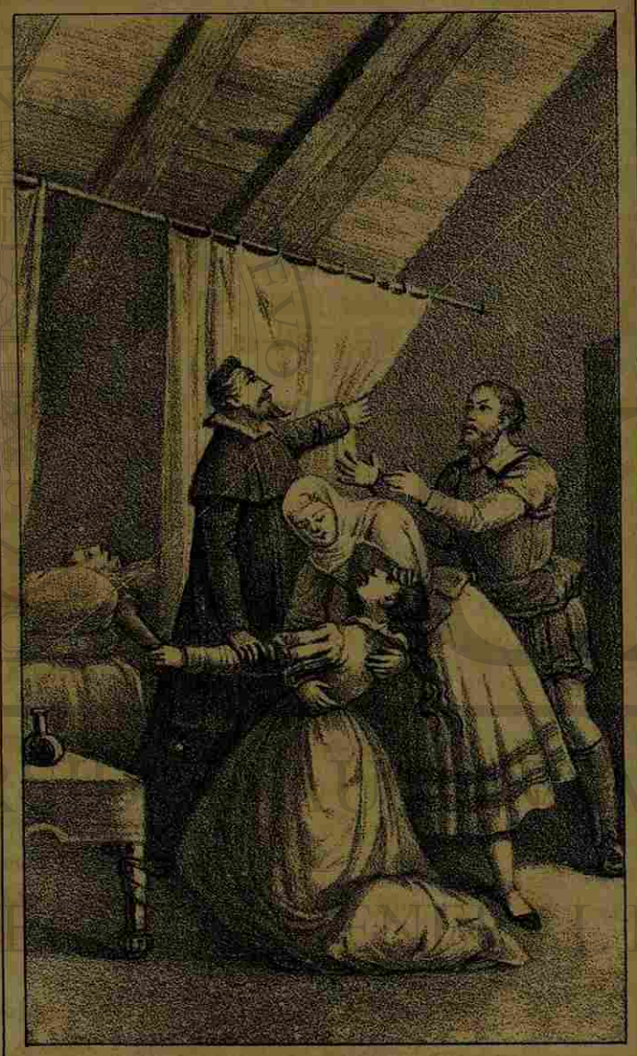
—Yo os perdono en su nombre.

—Y yo tambien, cualquiera que sea vuestra falta, dijo el otro embozado, que era Bartolomé Colon.

—Pues bien: mi nombre es Américo Vespucio. Venid ahora á ver á vuestra hermana Isabel, á despediros para siempre de su salvadora.

U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA NACIONAL
D. A. N. L.



No os vayais,—dijo Don Fernando.

LIT. DE GUERRA Y VALLE

CAPITULO XCIII.

Donde se aclara un punto oscuro del capítulo anterior.

Américo Vespucio guió á Bartolomé y á Fernando á la habitacion donde estaba la enferma, que, como habrán comprendido nuestros lectores, era Isabel Monteagudo.

La jóven salió al encuentro de los recien llegados, y Fernando que estaba muy ajeno de encontrarla allí, no pudo ménos de lanzar una exclamacion de asombro.

—¡Isabel! dijo.

—¡Fernando!

La enferma hizo un supremo esfuerzo para volver los ojos hácia la puerta, y con débil voz:

—Yo muero, dijo; venid, venid para que os haga una revelacion.

Todos rodearon el lecho.

Américo hizo un movimiento para alejarse.

—No os vayais, dijo Fernando, os he perdonado en nombre de mi padre y no quiero que haya secretos para vos.

Isabel Monteagudo, deteniéndose á cada instante, porque le faltaba la respiracion, contó en breves palabras lo que le habia pasado.

Apénas supo por Sagredo que una jóven que habia estado en poder de Aguado habia salido para un convento de Portugal, comprendiendo que seria Isabel, aprovechó la circuns-

tancia de la salida de un buque para Oporto, y desapareció de la ciudad sin indicar á nadie ni el objeto, ni el punto de su viaje.

Desde luego se encaminó á Lisboa, y se hospedó en una posada.

Su ánimo era visitar todos los conventos para cerciorarse de si se hallaba en uno de ellos Isabel.

La Providencia vino en su auxilio.

Al dia siguiente, apénas salió á la calle, vió á Aguado, que no pudiendo resistir la pasion que le dominaba, habia ido á Portugal resuelto á realizar sus designios.

Iba cubierta con un velo, y éste no pudo reconocerla.

Sospechando que nadie mejor que él le descubriria el secreto que deseaba penetrar, le siguió, y en efecto, vió que se dirigia à un convento extramuros de la ciudad.

Acompañaba á Aguado un escudero, que se quedó á la puerta.

Isabel entró en el templo, permaneció un rato en él, y al salir, acercándose al escudero, le dijo en castellano:

—Perdonadme si me tomo la libertad de hablar; pero me habeis parecido castellano viejo, y como yo tambien lo soy, y hace tiempo que no he estado en mi tierra, tendré una gran satisfaccion en que me deis algunas noticias de ella.

—No os habeis equivocado, contestó el escudero.

—¿Y hace mucho que estais en Lisboa?

—Anoche llegué con mi señor.

—¿Servís á algun poderoso caballero?

—Sirvo á don Antonio de Aguado, muy alto y poderoso señor.

—No le he oido nombrar nunca.... Tomad para beber á mi salud, añadió Isabel, dando una moneda de oro al escudero.

—Muchas gracias, señora.

—¿Y pensais estar mucho tiempo en Lisboa?

—Lo ignoro, pero creo que no echaremos aquí raíces. Mi señor ocupa un alto puesto en la corte.

—¿Y á qué ha venido aquí?

—Curiosa es la dama.

—Todas las mujeres lo somos.

—Pues de mujeres creo que se trata.

—¿Viene á casarse vuestro amo con alguna dama principal de Lisboa?

—Tengo para mí que le gustan más las españolas que las portuguesas.

—Cuente, cuente el escudero.

—No crea que mi amo me confia sus proyectos.

—Pero por la misma razon de que no os los cuenta, los adivinareis.

—No siempre.

—Teneis trazas de ser listo y muy reservado, lo cual es una buena condicion en un escudero. Pero, ¿cuánto va á que adivino el objeto del viaje de vuestro amo?

—¿Hechicera eres?

—Todas las mujeres tenemos algo de adivinas.

—Pues ahora me parece que se equivoca de medio á medio.

—Mis noticias son que hay en este convento una jóven de Castilla que no tiene grandes deseos de profesar.

—No digais más, porque temo que si continuais así vais á saber más que mi amo.

—Isabel habia averiguado todo lo que queria saber.

Temiendo que bajase Aguado, se alejó; pero se puso en acecho para verle salir.

Una hora despues salió, y á juzgar por la expresion de su rostro, no estaba muy satisfecho de la entrevista que acababa de celebrar.

Apénas le perdió de vista, entró en el convento y llamó á la superiora.

—Soy española, la dijo; mis desgracias me han traido hasta aquí, y desearia que me acogieseis en vuestra casa por tres ó cuatro dias, porque tengo motivos para ello.

La superiora acogió su súplica con benevolencia, y no pudiendo darla albergue en el convento, dijo que hablaria á una pobre mujer que vivia cerca, y que era lavandera de la comunidad, para que estuviese en su casa el tiempo que deseaba vivir en Lisboa.

Aceptó aquella proposicion, y quedó en volver al anochecer para que la superiora le pusiese en relaciones con la que le habia de albergarla en su casa.

Escasas eran las relaciones con que contaba aquella pobre mujer, y andaba por las calles de Lisboa sin saber qué partido tomar para realizar sus propósitos, cuando quiso su buena suerte que hallase en una de ellas á Américo Vespucio.

Los dos se reconocieron, é Isabel le refirió sus cuitas.

Américo acababa de llegar de un viaje que habia aumentado su fortuna considerablemente.

Al mismo tiempo, al regresar habia sabido éste que don Alfonso habia muerto, y que habia dejado heredera de todos sus bienes á su hija Esperanza.

Se disponia á partir para ir en busca de su hija, pero apénas supo la situacion en que se hallaba la desgraciada jóven que habia sido hermana de los hijos de Colon, el remordimiento que sentia por haberse portado tan mal con aquel hombre que le habia dispensado tantos favores, su carácter naturalmente generoso, y sobre todo el deseo de hacer partícipes de su felicidad á las personas que indirectamente habian contribuido á ella, le impulsaron á ponerse á las órdenes de Isabel, y á ayudarla en la benéfica empresa que la habia llevado á Portugal.

Era todo lo que necesitaba ésta.

Al anochecer fué al convento, y ya aguardaba la lavandera para llevarla al aposento que podia brindarla.

Américo Vespucio celebró una entrevista con Aguado, simulando que acababa de llegar á Lisboa, y que iba á partir inmediatamente.

Este fué franco con él.

Necesitaba desahogarse, y gracias á esta necesidad supo Américo que la jóven novicia estaba resuelta á profesar, y que la superiora del convento la protegia.

Aguado estaba decidido á obtener por fuerza lo que se le negaba por grado, y buscaba los medios de robar á la jóven del convento, porque las cosas estaban muy adelantadas para su profesion.

—Vos conoceis más gente que yo en Portugal, le dijo Aguado. Ponedme en relaciones con algunos hombres que puedan secundar mis deseos.

—Yo no puedo serviros, y mucho ménos teniendo que partir mañana; pero hablaré á algunos marineros de los que yo conozco y os proporcionarán lo que deseais.

Para abreviar: Américo envió á Aguado un hombre á quien tuvo buen cuidado de comprar ántes, asegurándole que comeria á dos carrillos.

Al presentarse á Aguado, dijo aquel que no conocia á Américo; pero que un marinero le habia encargado que fuese á verle.

Pusiéronse de acuerdo en breve, concertaron su plan, y Américo fué á buscar á Isabel.

Le refirió lo que habia pasado, y en vista de lo adelantadas que estaban las cosas, dispusieron que Isabel fuese á alojarse en una casa de las mas próximas al embarcadero, adonde llevarian sigilosamente los agentes de Aguado á la jóven novicia.

Allí se reuniria con ella Américo, y aprovecharia la primera ocasion para embarcarse y huir de su perseguidor.

Hízolo así, en efecto, y los cómplices de aquel lo dispusieron todo para entrar en el convento y robar á la jóven.

Aguado dispuso que la llevaran á su posada; para alentar á los bandidos les dió una parte de la suma que les tenia ofrecida, y les aseguró que en cuanto le llevasen la jóven les daria el resto.

Aquella noche entraron en el convento, penetraron cautelosamente hasta el dormitorio de la jóven, pusieron una mordaza á una monja que dormia en su misma celda, y apoderándose de Isabel, que cayó desmayada en sus brazos, huyeron con ella y la llevaron adonde les aguardaban Américo Vespucio é Isabel.

Inmediatamente fueron á noticiar á Aguado que les habia sido de todo punto imposible entrar en el convento, porque habian visto á otros hombres rondar las tapias, y habian tenido que huir, porque se trabó una riña y llegó la justicia.

Quedaron en efectuar el rapto al dia siguiente, y Aguado, que creyó de buena fe aquella patraña, para ponerlos más en su favor les hizo otro anticipo.

Los hombres se alejaron y fueron á ocultarse.

Al dia siguiente al amanecer partieron en un buque con direccion á España, Isabel y sus salvadores.

Al medio dia circuló en Lisboa la noticia del rapto, atribuyéndole á Aguado, porque para ello habia tomado sus disposiciones Américo Vespucio.

Al volver en sí se halló la jóven al lado de Isabel.

Las explicaciones que le dió bastaron para tranquilizarla, y se entregó confiada á sus protectores.

El viaje fué difícil.

Las tempestades azotaron al buque, y á estas complicaciones se unió la enfermedad de Isabel.

Los esfuerzos que hizo para vivir siquiera hasta que pudiese dejar á la hija en los brazos de la madre agravaron su mal, y al llegar á Sevilla era ya poco ménos que un cadáver.

Pero allí supo el arribo de Colon, en compañía de su hermano y de su hijo Fernando, y quiso al ménos confiarles ántes de morir aquella jóven á quien de seguro perseguiria Aguado por todas partes, y procuraria perder á toda costa.

Al terminar la narracion quedó completamente abatida.

Viendo las huellas de la muerte en su rostro, quiso Américo Vespucio que partiese la jóven.

Esta no quiso separarse del lado de la enferma.

Todos permanecieron en torno suyo hasta el amanecer.

Cuando llegó el médico espiraba la infeliz.

Referir aquel suceso á Colon, era aumentar su afliccion.

Por otra parte, no podia la jóven hospedarse en casa de don Fernando de Toledo, y Bartolomé resolvió salir aquella misma noche para llevarla al lado de su madre.

Fernando debia partir á la corte para llevar nuevas cartas de su padre, y concibió la idea de referir á la reina lo que habia pasado, para poner á la jóven bajo su proteccion.

Hicieron que Isabel fuese trasladada á otra habitacion, Américo Vespucio quedó á su lado, y los dos partieron á decir á su padre y á su hermano lo que habia hecho éste en su obsequio, al mismo tiempo que buscaban un pretexto para realizar sus designios.

Aquel mismo dia pudo Américo Vespucio estrechar la mano del almirante.

Colon le perdonó todas sus ofensas, y estimó en lo que valia su voluntad.

Bartolomé salió para Baeza, acompañando á Isabel.

Fernando, con el alma transida de dolor, se encaminó á Madrid, á pedir, al mismo tiempo que justicia para su padre, piedad para la desgraciada que de tan horribles persecuciones habia sido objeto.

CAPITULO XCIV.

La muerte de la reina.

Despues de haber sufrido tantas desventuras, la única esperanza de Colon en el ocaso de su vida era la justificacion, la bondad de la reina, que en todo tiempo habia sido su protectora, porque era quien mejor habia comprendido su alma.

Pero las cartas que habia dirigido á su hijo Diego, las gestiones de sus amigos, los últimos pasos que habia dado Fernando en favor de la causa de su padre, habian sido infructuosos.

Todo estaba paralizado en la corte.

Isabel la Católica, la excelsa reina, ídolo de sus vasallos, ángel tutelar de palacio, yacía en cama, y todas las miradas de la nacion se fijaban con incertidumbre dolorosa en aquel lecho, en que la enfermedad dominaba á aquella gran mujer.

La generosidad de Américo Vespucio habia tranquilizado al almirante.

Los marineros habian cobrado sus soldadas, y su generoso bienhechor habia rodeado del mayor misterio aquel acto que le habia reconciliado con el almirante.

Pero Colon necesitaba á toda costa una ostensible reparacion.

Necesitaba que le confirmasen en sus títulos y honores, y necesitaba que le hiciesen justicia en sus reclamaciones pecuniarias, porque veia acercarse la hora de su muerte, y ¿qué

era su vida si no legaba á sus hijos la gloria y la fortuna que tan inmensos sacrificios le habia costado?

A los motivos justos y legítimos en que fundaba este deseo, unia otro.

María, con lágrimas en los ojos, le habia confiado que su padre, sin adivinar el sentimiento que llenaba su alma, habia dispuesto de su mano en favor de uno de los altos personajes de la corte.

No habia tenido valor para oponerse resueltamente á sus proyectos, y lo único que habia conseguido era que convenia aplazar su contestacion.

Colon no podia permanecer en aquella casa, porque la gratitud iba á obligarle á oponerse á la felicidad de su hijo.

En esto llegó la noticia de que la reina habia experimentado alguna mejoría.

Colon resolvió ir á la corte, que estaba á la sazon en Medina del Campo, con el objeto de aprovechar aquella circunstancia para ver á la reina y obtener la realizacion de sus deseos.

Al mismo tiempo necesitaba ver á su hijo para prepararle al segundo terrible golpe que veia próximo á caer sobre su cabeza.

Lo dispuso todo para el viaje, anunció sus propósitos á don Fernando de Toledo, y se puso á escribir á su hijo, participándole su resolucion.

«Quiera Dios, le decia, volver nuestra reina á la salud, porque con ella se arreglará todo lo que está ahora en confusion.»

Llegaba á esta frase de su carta, cuando resonó en su oido el fúnebre tañido de una campana.

Fray Diego de Deza lanzó una exclamacion.

—¿Qué será? dijo ¡Qué nos anunciará esa fúnebre campana!

Y calló anonadado en el sillon que poco ántes ocupaba Colon al lado de la mesa.

En aquel momento llamaron á la puerta de la estancia.

Colon se precipitó á abrir, y don Fernando entró en el aposento.

—¿Qué ocurre? dijo Colon.

—La reina ha muerto; hace poco han llegado emisarios con tan triste nueva, y las campanas doblan ya por su alma.

Aquella noticia era un terrible golpe para Colon.

Ya habia firmado la carta de su hijo, y con la serenidad del justo, con la resignacion del cristiano, escribió esta posdata:

«Una memoria, dice, para tí, mi querido hijo Diego, de lo que se ha de hacer ahora. La cosa principal es encomendar á Dios afectuosamente y con gran devocion el alma de la reina nuestra soberana. Su vida fué siempre católica y piadosa, y pronta á todas las cosas en su santo servicio; por esta razon podemos estar confiados de que se ha recibido en su santa gloria, y está ya fuera de los cuidados de este áspero y cansado mundo. Lo segundo es vigilar y trabajar en todos los negocios por el servicio de nuestro soberano el rey, y hacer por aliviar su sentimiento. Su majestad es la cabeza de la cristiandad. Acuérdate del proverbio que dice: «Cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen.» Por lo tanto, todos los buenos cristianos deben pedir por su salud y larga vida; y nosotros, que por él estamos empleados, debemos más que otros hacerlo con todo estudio y diligencia.»

«Imposible es leer sin conmoverse esta sencilla, elocuente y triste carta, dice el historiador de quien trascribimos estas líneas, en que con rasgos tan naturales expresa Colon su ternura por la memoria de su bienhechora, su cansancio de los cuidados y males de la vida, y su invariable y paciente lealtad hàcia el soberano que tan ingratamente le trataba. En estas cartas de confianza y sin estudio se lee sin duda el alma de Colon.»

Un suceso aplazó la resolucion del almirante.

Don Fernando de Toledo acababa de ir á la corte, y Colon quedó en Sevilla en una casa que delicadamente puso á su disposicion Américo Vespucio.

En prueba de su gratitud, aceptó su ofrecimiento de ir á la corte á gestionar en favor de sus negocios.

Colon le puso en relaciones con sus hijos.

Fray Diego de Deza, su antiguo amigo, fué promovido por entónces al arzobispado de Sevilla, y como ántes de tomar posesion de él tenia que ir á la corte, escribió á su hijo para que buscase la influencia de su antiguo amigo y averiguase si la reina al morir habia dicho algo en su testamento acerca de Colon.

Las contestaciones que recibia á todas sus cartas, las noticias que le daban los emisarios que habia enviado á defender sus intereses, eran nuevos martirios para él.

Apénas murió la reina arrojaron la careta sus adversarios, y apoderándose del ánimo del rey, le indujeron á cometer las mayores injusticias para con el gran descubridor del Nuevo Mundo.

Sus súplicas eran recibidas en palacio con indiferencia.

Ovando permanecia en su puesto, y en vez de censurar su conducta para con el almirante, le enviaban instrucciones sin dar cuenta de ellas á Colon, ni siquiera por cortesía.

Se trató de enviar tres prelados á los países descubiertos, y aunque suplicó que ántes de enviarlos le oyesen, no le hicieron caso alguno.

Lo único que pudo conseguir, cuando en medio de su desesperacion resolvió ir á la corte, fué que le concediesen real permiso para ir en una mula con silla, modo de viajar que se habia prohibido. (V)

Bartolomé volvió á Sevilla para acompañarle, y no queriendo acibarar los últimos dias de su existencia, le ocultó las desgracias que habian sufrido Inés, su hija y Villejo.

En Mayo de 1605 llegó el almirante á Segovia, donde se hallaba la corte.

El gran hombre, que algunos años ántes habia recorrido toda la España en triunfo y habia sido recibido por los reyes como su igual, entró en Segovia melancólico, solitario, y en medio de la más completa indiferencia, mortificado por los achaques.

Era el último grado del sufrimiento.

La acogida que le dispensaron le hirió de muerte.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

CAPITULO XCV.

Donde se ve como Colon busca á la justicia y no la encuentra.

Al verse entre sus amados hijos, se reanimó el abatido espíritu de Colon.

No le ocultaron, sin embargo, que consideraban perdida su causa.

El mismo Américo Vespucio, que habia hecho cuanto habia estado á sus alcances para reanimar los deseos de Colon:

—Todo cuanto intenteis será esteril, le dijo; el corazon del rey es frio como el mármol. Yo soy rico; disfrutad de mis riquezas, volved á vuestra patria, abandonad este país ingrato. Voy en busca de mi hija, á cuya felicidad quiero consagrar toda mi vida, pero cuya idea me permitirá consagrarme tambien á vos. Venid á Italia.

—No, contestó Colon. Que me mate aquí la ingratitud si la Providencia en sus altos juicios lo tiene así dispuesto.

Viendo la formal resolucion del almirante, partió Américo Vespucio, y lo más que pudieron conseguir los amigos del ilustre marino, fué que el rey le concediese una audiencia.

Desde el primer momento leyó Colon en el alma del monarca.

Recibióle éste con forzada cortesía.

Una risa glacial brillaba en sus labios.

De buen grado hubiera abandonado para siempre aquella estancia el hombre à quien la indiferencia del monarca no podia acibarar la inmensa gloria que habia conquistado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bartolomé volvió á Sevilla para acompañarle, y no queriendo acibarar los últimos dias de su existencia, le ocultó las desgracias que habian sufrido Inés, su hija y Villejo.

En Mayo de 1605 llegó el almirante á Segovia, donde se hallaba la corte.

El gran hombre, que algunos años ántes habia recorrido toda la España en triunfo y habia sido recibido por los reyes como su igual, entró en Segovia melancólico, solitario, y en medio de la más completa indiferencia, mortificado por los achaques.

Era el último grado del sufrimiento.

La acogida que le dispensaron le hirió de muerte.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

CAPITULO XCV.

Donde se ve como Colon busca á la justicia y no la encuentra.

Al verse entre sus amados hijos, se reanimó el abatido espíritu de Colon.

No le ocultaron, sin embargo, que consideraban perdida su causa.

El mismo Américo Vespucio, que habia hecho cuanto habia estado á sus alcances para reanimar los deseos de Colon:

—Todo cuanto intenteis será esteril, le dijo; el corazon del rey es frio como el mármol. Yo soy rico; disfrutad de mis riquezas, volved á vuestra patria, abandonad este país ingrato. Voy en busca de mi hija, á cuya felicidad quiero consagrar toda mi vida, pero cuya idea me permitirá consagrarme tambien á vos. Venid á Italia.

—No, contestó Colon. Que me mate aquí la ingratitud si la Providencia en sus altos juicios lo tiene así dispuesto.

Viendo la formal resolucion del almirante, partió Américo Vespucio, y lo más que pudieron conseguir los amigos del ilustre marino, fué que el rey le concediese una audiencia.

Desde el primer momento leyó Colon en el alma del monarca.

Recibióle éste con forzada cortesía.

Una risa glacial brillaba en sus labios.

De buen grado hubiera abandonado para siempre aquella estancia el hombre à quien la indiferencia del monarca no podia acibarar la inmensa gloria que habia conquistado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero doblegó una vez màs su amor propio al deber que como padre tenia que cumplir, y se esforzó en hacer al rey una detallada relacion de su último viaje, del país que habia descubierto, de los tesoros que encerraba, y del estado en que habia encontrado la colonia fundada por él, pidiéndole que al ménos le enviase á morir con honra en aquellas tierras que tanto cariño le inspiraban.

El rey, sin conmoverse, aseguró á Colon que en cuanto los negocios más urgentes del Estado se lo permitiesen prestaria atencion á las reclamaciones que le dirigia, añadiendo que contase siempre con su amistosa proteccion.

Al mismo tiempo le anunció que, aunque sus hijos se habian quedado sin empleo por la muerte de la reina, no los habia olvidado, y pensaba utilizar dignamente sus servicios.

No se hizo ilusiones aquella vez el almirante.

Conoció que no tenia bastante fuerza para ablandar aquel corazon de roca, y sin esperanza, pero obedeciendo al deber, formuló en toda regla su peticion, para que al ménos quedase al mundo, si no le atendia, un ostensible ejemplo de la más negra ingratitud.

Pobre, achacoso, viejo, al borde del sepulcro, se ocupó dia y noche en escribir una larga memoria de los servicios que habia prestado á la nacion, de los ofrecimientos que bajo su firma y con sello real le habian hecho los soberanos, de las vicisitudes que habia sufrido, y la envió al monarca, pidiéndole que al ménos premiase sus merecimientos en sus hijos.

El rey estaba en poder de Fonseca.

Conocia, sin embargo, que necesitaba dar una satisfaccion al almirante, y aconsejado por el obispo contestó que, aunque reconocia la razon en que apoyaba sus exigencias, sus negocios se hallaban en tal estado que debían someterse al arbitrio de una persona imparcial y sensata.

Colon designó á su antiguo amigo fray Diego de Deza, pero solo para que entendiese en la cuestion relativa al arreglo de su fortuna.

En lo concerniente á sus títulos y dignidades, no admitia juez alguno.

La habilidad de Fonseca hizo, multiplicando los trámites, que se dilatase la resolucion del monarca, y trascurrieron muchos meses sin que se resolviese la solicitud de Colon.

Habíase nombrado una junta de descargo de la conciencia de la difunta reina y del rey, y Fonseca logró que las reclamaciones del almirante se sometiesen á la deliberacion de aquella junta.

Dos consultas se hicieron á cuerpo, y nada se determinó en ellas.

No se ocultaban á sus miembros los verdaderos sentimientos del rey, y no podian oponerse á ellos, aunque en conciencia conociesen la justicia de las reclamaciones del almirante.

Todas estas alternativas acababan poco á poco con la existencia de Colon.

Su mortal enemigo, para halagar el amor propio del almirante y embrollar sus negocios, hizo decirle que, siendo su reclamacion una cuestion de soberanía, no tenia el rey más remedio que aplazar su resolucion definitiva hasta consultarla con su hija doña Juana, sucesora de su madre como reina de Castilla, que debia llegar muy pronto de Flandes con el rey don Felipe.

Esto no era más que un pretexto.

Fonseca, por la posicion que ocupaba, no podia obrar descaradamente.

La astucia, la habilidad: hé aquí las poderosas armas que esgrimia con insaciable rencor contra el almirante.

La corte se trasladó á Valladolid, y Colon y sus hijos la siguieron.

Al poco tiempo de su llegada á aquella poblacion se agravaron sus antiguas dolencias, y tuvo que hacer cama.

Sus tribulaciones le impedian ver que los que estaban en torno suyo sufrian, no solo con sus desengaños, sino con nuevos tormentos, que le ocultaban cuidadosamente para no agravar su situacion.

No solo era Colon desventurado.

Las personas mas íntimamente ligadas á él por los lazos del afecto, sufrian por la misma causa, aunque con distintos fines, de sus opresores.

La felicidad, que habia sonreido un momento á Isabel y á Villejo, habia vuelto á desaparecer.

Las esperanzas que Diego habia fundado en el amor de María, habian muerto en su corazon.

Veamos lo que habia sucedido.

CAPITULO XCVI.

Un nuevo plan de la gitana.

La alegría de Inés y de sus hijos, como hemos dicho, habia durado poco.

En el primer momento madre é hija se confundieron en un abrazo.

Por el camino habia preparado Bartolomé á Isabel, para que al encontrarla ciega no experimentase una sensacion tan dolorosa.

Aproximándose poco á poco para que la emocion no les fuera nociva, vieron á la pobre ciega, en el patio de la casa, sentada bajo una parra acariciando á su perro favorito, que meneando la cola habia ido á colocar su cabeza sobre la falda de su ama.

Bartolomé entró y los demas le siguieron.

—Ya he contado á vuestra hija que habeis quedado ciega de resultas de una enfermedad.

La ciega se levantó. Madre é hija quedaron unidas en un estrecho abrazo.

Era demasiado horrorosa la causa que habia privado de la vista á aquella infeliz, para que la supiera su hija, sobre todo en aquella ocasion.

Villejo, que ya contaba perdida para siempre á su adorada Isabel, experimentó una inmensa alegría, y despues de referirle la jóven todas las persecuciones de que habia sido obje-

D. A. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to, convinieron en santificar la union de sus almas para entregarse á la felicidad que les brindaba el porvenir.

No contaban en aquellos momentos con la maldad de Aguado, que era poderoso, y se habia irritado profundamente al ver que le habian arrebatado su presa de las manos.

Al dia siguiente de la desaparicion de Isabel del convento, supo, porque la noticia circuló por toda la ciudad, el rapto de la jóven.

Inmediatamente puso en juego todas sus relaciones para averiguar su paradero.

Aguardó á que la noche siguiente fuese el hombre á quien habia comprado para que le secundase en sus planes; pero, como era natural, no fué.

Entónces comprendió que le habia vendido.

Permaneció unos cuantos dias buscando á la jóven; pero sus pesquisas fueron infructuosas.

Entónces pensó que el mejor medio de hallarla era buscarla en donde estaba su familia.

Abandonó á Portugal y se embarcó para España, llegando quince dias despues del arribo de Américo Vespucio.

Se trasladó instantáneamente á Sevilla, porque al mismo tiempo que buscaba á la jóven, no se olvidaba del deber que habia contraido con sus protectores para conspirar contra Colon.

Al poco tiempo de llegar fué una mujer á verle á la habitacion en donde estaba hospedado.

Aguado la reconoció.

Era la gitana.

—He sabido vuestra llegada, le dijo, y he adivinado el objeto que os trae á Sevilla.

—¿Sabes en dónde está Isabel?

—Lo que me extraña es que la hayais dejado escapar.

—¿Ha regresado á España?

—Sí por cierto. Pues qué, ¿no sabeis lo que ha pasado?

—No; pero es necesario que tú me lo digas.

—¿Os acordais de Isabel Monteagudo?

—Sí.

—Ella fué á Lisboa, llegó al mismo tiempo que vos, encontró à un antiguo amigo, á quien conoceis, que se ha enriquecido en sus viajes, le pidió su auxilio, y gracias á él pudo asegurar la presa.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Américo Vespucio.

—¿Està aquí?

—Ha salido hace poco con direccion à Medina del Campo, donde está la corte.

—¿Y en dónde se halla Isabel?

—¿No lo adivinais?

—¿Al lado de su amante tal vez?

—Vos lo habeis dicho.

—¡Oh! ¡Yo los separaré!

—Muy de prisa teneis que ir, porque es posible que á estas horas hayan ya recibido la bendicion nupcial.

—¿Y qué me importa? Yo la arrebataré de sus brazos si es preciso.

—El es valiente.

—Yo soy poderoso.

—Ella preferirà morir á ser vuestra.

—Antes que sea de Villejo la mataré.

La gitana fijo una mirada en Aguado, Despues, sonriéndose diabólicamente:

—¿No habeis pensado un medio para realizar vuestro designios? le dijo.

—No; pero ¿qué me importa? De todos modos los realizaré.

—Veo que no he hecho mal en cuidarme de vuestros negocios miéntras estabais fuera.

—¿Qué has hecho?

—En primer lugar, no perderla de vista.

—¿Y es ya la esposa de ese hombre?

—Aún no; pero lo será muy en breve. Tengo en Baeza una persona que no pierde de vista á los amantes. Me cuesta bastente cara; pero he contado con vuestra bolsa.

—Has hecho bien.

—Alegraos, señor, porque habeis llegado á tiempo. Dentro de dos dias tiene que salir Villejo de Baeza, porque como soldado necesita la licencia del rey para casarse, y vuestros amigos, sin saber el favor que os dispensan, han arreglado las cosas de manera que tenga que ir á Medina del Campo.

—¿Y qué quieres decirme con eso?.... preguntó Aguado á la gitana con infernal expresion.

—Quiero deciros, que si cuatro hombres estuviesen emboscados cerca de Córdoba..... y digo cerca de Córdoba porque allí es donde yo puedo disponer de personas de toda mi confianza, los cuales, apoderándose de él, podrian tenerle á vuestra disposicion, ó si era necesario, y se defendia, luchar con él, y....

—Basta; todo lo comprendo.

—Vos, miéntras tanto, podiais ir á Baeza.... repuso la gitana.

—¿No digas una palabra más. ¿Cuánto se necesita para eso?

—¿Qué ménos ha de darse á cada hombre que cien ducados? En cuanto á mí....

—Eso queda de mi cuenta.

—Pues entónces no hay màs que hablar.

—¿Me respondes del triunfo?

—Con mi cabeza.

—Los dos se separaron.

CAPITULO XCVII.

Contrariedades.

Convenidos los dos, tuvieron que aplazar la realizacion de sus planes porque llegó la noticia de la muerte de la reina, y con este motivo suspendió Villejo su partida á Medina del Campo.

Aguado y la gitana se trasladaron á Córdoba, desde donde podian acechar mejor la ocasion que ambicionaban.

Trascurrió bastante tiempo de desesperacion para los dos amantes y al fin y al cabo se decidió Villejo á ir á la corte, que se habia trasladado á Valladolid, tanto para impetrar la licencia del rey, como para ver á Colon, de cuya enfermedad habia tenido noticias alarmantes, que no habia querido comunicar ni á Isabel ni á su madre.

La gitana recibió el aviso, y buscó cuatro hombres desalmados y los apostó en el camino de Córdoba á Castilla, con el objeto de que le sorprendieran cuando saliera de la ciudad.

Villejo llegó confiado, y apénas entró en Córdoba salió Aguado con dos hombres de su confianza para Baeza, resuelto aquella vez á apoderarse de Isabel y á realizar su malhadada pasion, aunque tuviera que recurrir à los más miserables extremos.

Miéntras se veian amenazados de esta suerte Villejo é Isabel, Diego habia podido proporcionarse una entrevista con María, y habia escuchado de sus labios la revelacion de que su padre queria unirla con un hombre á quien no podia amar.

En su inmenso dolor estaba recuelta la jóven á revelar al autor de sus dias el sentimiento que llenaba su alma.

Si no protegia su amor, estaba decidida á entrar en un convento.

Diego, que era hombre de honor, aconsejó á la jóven que renunciase á la felicidad que habian soñado; y por su parte, sufriendo con aquel nuevo desengaño, perdió la esperanza que le habia sonreido de nuevo.

Si su padre no hubiera reclamado sus auxilios, hubiera buscado la muerte.

Pero el autor de sus dias estaba enfermo.

Sus justas reclamaciones no eran atendidas.

Necesitaba á su hijo, y éste se resignó á vivir por él.

Pero la amargura que habia en su corazon se reveló en su semblante, y el pobre anciano, que á pesar de sus achaques leia en el alma de su hijo, veia con profundo dolor las huellas del pesar que le dominaba.

No podia ser más aflictiva la situacion del almirante y de todos los séres queridos de su corazon.

Sentia que su vida se apagaba por momentos, y quiso al ménos ver en torno suyo á todos los que le habian amado.

¿Iba á poder realizar sus designios?

Antes de contestar á esta pregunta debemos referir á nuestros lectores una inesperada escena, que tuvo gran trascendencia en los portentosos descubrimientos que se hicieron en el Nuevo Mundo despues de haber cerrado los ojos á la luz el inmortal Colon.

CAPITULO XCVIII.

La vida y la muerte.

Era el anochecer de un dia del mes de Abril del año 1506.

Colon yacía en el lecho sin más compañía en aquellos momentos que la de su hijo Fernando.

Diego el intérprete, que al ver á su amo enfermo lo habia abandonado todo por estar á su lado, entró en el aposento donde estaba el enfermo para anunciar la llegada de un caballero jóven que deseaba verle.

Apénas pronunció su nombre, dió Colon órden para que entrase al recibimiento.

Este era Hernan Cortés.

—Perdonad, dijo con respetuoso acento, si vengo á turbar vuestro reposo. Voy á partir de nuevo para los países que abandonamos juntos. Antes deseo hablaros.

Fernando se alejó, y el anciano descubridor del Nuevo Mundo, y el futuro conquistador del Imperio de México quedaron solos.

—Tomad asiento y hablad, dijo el anciano.

—No se qué prestigio, qué ascendiente, qué influencia ejerceis sobre mí; pero os confieso que yo, que he desafiado todos los poderes de la tierra, que he roto todas las ligaduras que han querido ponerme, que no hallo voluntad bastante fuerte que no crea contrarestar; que, en fin, hasta he logrado

dominar á mi naturaleza enfermiza siempre, y hoy robusta, porque he querido que lo sea, al hallarme en vuestra presencia experimenta mi alma una emocion inexplicable. Veo en vos algo más de lo que ven los hombres. ¿Quereis que me honre, aunque no lo merezco, con el título de vuestro amigo?

—Si mi corazon no me impulsara á ofreceros esa amistad que deseais, las pruebas de consideracion y respeto que os debo bastarian á obligarme.

—Permitidme que os hable con franqueza; no acuseis de irreverencia la lealtad que quiero demostraros.

—Hablad.

—¿Qué hay en vuestra alma que os hace superior á los demas hombres? ¿Cómo habeis podido leer en lo desconocido? ¿Cómo habeis arrancado al impenetrable Océano sus más preciosos secretos?

—¿Sois cristiano?

—Tengo una santa madre, que me ha enseñado á amar á Dios.

—Pues eso basta para que comprendais ese misterio. Dios hace de los hombres instrumentos de su voluntad. El me ha guiado á ese descubrimiento que tantas lágrimas me cuesta, que tanta amargura ha derramado en mi corazon.

—En efecto, teneis muchos y poderosos enemigos; os acusan de ambicioso.

Colon dejó ver una amarga sonrisa.

—¡De ambicioso! ¿Y tienen valor para condenarme de ese modo, cuando me ven poco ménos que en la miseria, sin que mi voz, que en otro tiempo ha resonado en los alcázares, pueda llegar á oidos del soberano? ¡De ambicioso, á mí, que no solo el provecho, sino la gloria de las empresas que he acometido, me he dejado arrebatar por mis detractores!

Oidme, jóven: yo he pasado los mejores dias de mi juventud en los terribles brazos del dolor. Solo un consuelo eficaz he encontrado para mis penas: la religion. Siempre he visto en los hombres hermanos mios; siempre he creido que no era posible la dicha ni el consuelo sin la fe cristiana. ¿Creeis que es la ambicion, la sed de oro la que me ha llevado en alas de los vientos, bajo la influencia de las tempestades, á remotos países? Ese deseo he tenido que manifestar á los reyes, á los cortesanos, á los marineros, á los soldados que me han acompañado, porque eran incapaces de sentir lo que yo sentia.

Pero me encuentro al borde del sepulcro: sois jóven, y es posible que mis palabras se graben en vuestro corazon.

Colon hizo un momento de pausa.

Despues prosiguió:

—Yo he perdido en lo mejor de mi vida, en la edad de las ilusiones y las esperanzas, las afecciones más intensas de mi corazon. Apartando los ojos del mundo, los alcé al cielo y concebí el proyecto de descubrir un Nuevo Mundo lleno de riquezas, sí, pero no para aprovecharlas, sino para poder derramar la luz del Evangelio en las regiones que descubriese, para poder emplear las riquezas que hallase en su seno en enviar una nueva cruzada que arrebatase de manos de los infieles los Sagrados Lugares.

Ved cuál ha sido el objeto de todas mis empresas. ¿Y qué he logrado? Que la envidia esgrima sus armas contra mí; que desoyendo mis consejos, hayan llevado mis mismos agentes la desolacion y el luto en aquellas vírgenes regiones; y en vez de sembrar la fe cristiana en el corazon de los indios, hayan despertado un odio terrible, que ha menoscabado á su vista el fin santo de mi único deseo. Mis ojos se cerrarán á la luz muy pronto, y probablemente no quedará ni aun memoria de mí

—No me habia engañado, exclamó Hernan Cortés. Os he comprendido desde luego, os he visto en mi alma tal cual sois.

Pobre, casi abandonado de mi familia, arrojado de su seno por inútil, he ido á las Indias protegido por vuestros enemigos. Desde el primer momento sentí hácia voz una veneracion, un afecto que no se borrará nunca de mi alma. Yo no aspiraba más que á encontrar la muerte en una pendencia, y al veros se ha despertado en mí un deseo grande, inmenso, infinito; una sed de gloria que no se extinguirá más que con la vida.

Ahora voy á partir; voy á volver de nuevo à aquellas regiones en donde la maldad parece haber establebido su morada. Guiado por la santa fe cristiana, por esa fe que en este instante acabais de arraigar en mí, voy á buscar nuevas regiones, voy á luchar por la patria y por la religion, voy á dar á mi alma lo que necesita, lo que habeis alcanzado, lo que los hombres no podrán arrebataros nunca, lo que eternizará la fama: un nombre que pueda figurar al lado del vuestro, una gloria que ilumine el mismo suelo que ilumina la vuestra.

Soy ambicioso, sueño, deliro tal vez.... Dejadme estrechar vuestra mano, y esto me basta. A nadie he descubierto mis pensamientos más que á vos. Ocultadlos siempre. ¡Qué os acompañen al sepulcro, si Dios os llama á su seno! En todos mis actos me acordaré de vos.... Vuestra mano, dadme vuestra bendicion. En breve voy á partir para embarcarme en Cádiz. Adios para siempre.

—¡Que la Providencia os proteja! exclamó el anciano con lágrimas en los ojos.

Hernan Cortés doblo la rodilla, y besó la mano de Colon.

El jóven se separó del anciano.

En la habitacion próxima halló á Fernando y á Diego.

Los dos aguardaban con impaciencia á que saliese el forastero para entrar á ver á su padre.

Le habian dejado solo con Hernan Cortés, y temian que aquella prolongada conversacion empeorase el estado del pobre enfermo.

Ya iban á entrar, cuando salió Hernan Cortés.

—Permitidme, les dijo, que os de el nombre de hermanos.

—Debo el sér á mi padre; pero hoy he reconocido que la nueva vida que siento en mí la debo al vuestro.

Los jóvenes se sorprendieron de aquel lenguaje.

—¿Qué decís? preguntó Diego.

Digo, que si realizo los proyectos que he concebido, que si algun dia alcanzo gloria y fortuna, todo lo deberé à vuestro padre.

Diego y Fernando estrecharon su mano con efusion.

En el momento en que iban á despedirle, entró Bartolomé Colon.

Sin reparar en que habia una persona extraña:

—Ocurre una gran desventura, dijo.

—¿Cuál?

—Villejo ha sido sorprendido al salir de Córdoba por cuatro hombres que le han aprisionado, y al mismo tiempo ha sido presa una gitana complicada en este atentado, la cual, al verse en el potro, ha hecho una declaracion horrible: los cuatro hombres debian asesinar á Villejo, y Aguado, el infame Aguado, debia ir á Baeza á apoderarse de Isabel. Es necesario que partamos, por si aun es tiempo de salvarlos.

—¡Y mi pobre padre que anhelaba en los últimos momentos ver cerca de sí á todas las personas queridas de su corazon! dijo Fernando.

—Que ignore lo que pasa, añadió Diego.

—No, dijo Fernando; es necesario que lo sepa. Nos cul-

paria de ingratitud, y yo deseo que en los últimos momentos nos bendiga.

Hernan Cortés habia desaparecido sin que se apercibieran de ello los hijos de Colon.

Bartolomé se dispuso á ir á Córdoba para enterarse de lo que pasaba.

Pero tuvo que detener el viaje.

Un ataque de gota hizo creer á todos que se aproximaba el fin del pobre enfermo.

U. A. N. L.

CAPITULO XCIX.

El último rayo de luz.

AFORTUNADAMETE halló alguna mejoría, y le reanimó algun tanto la noticia de la próxima llegada de doña Juana y don Felipe, creyendo que la hija heredaria de su madre las bondades que ésta habia tenido para él.

La córte fué á recibir á los esposos y no pudiendo Colon ir à ofrecerles sus respetos, envió á su hermano.

Por un momento volvieron á renacer sus esperanzas, y creyó que aún podria surcar en vida las aguas del Océano.

Era su última ilusion.

Un nuevo ataque le puso á las puertas de la muerte, solo le dió tiempo para formular su testamento, que es la mejor efigie de su alma. (X)

A medida que sentia acercarse su última hora, pugnaba por tener á su lado á las prendas más queridas de su alma.

Su hermano Diego, que vivia retirado, llegó á Valladolid.

Bartolomé, Fiesco, Diego Mendez y Sagredo, sus más leales servidores, se unieron á sus hijos en aquel duro trance.

Bartolomé no le abandonaba.

Diego y Fernando apénas se separaban del lecho.

Pero ni Isabel, ni Villejo, ni su madre, estaban á su lado.

La nacion, á que tantos servicios habia prestado; los reyes, por quienes tantos sacrificios habia hecho, parecian haberle olvidado por completo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

paria de ingratitud, y yo deseo que en los últimos momentos nos bendiga.

Hernan Cortés habia desaparecido sin que se apercibieran de ello los hijos de Colon.

Bartolomé se dispuso á ir á Córdoba para enterarse de lo que pasaba.

Pero tuvo que detener el viaje.

Un ataque de gota hizo creer á todos que se aproximaba el fin del pobre enfermo.

U. A. N. L.

CAPITULO XCIX.

El último rayo de luz.

AFORTUNADAMETE halló alguna mejoría, y le reanimó algun tanto la noticia de la próxima llegada de doña Juana y don Felipe, creyendo que la hija heredaria de su madre las bondades que ésta habia tenido para él.

La córte fué á recibir á los esposos y no pudiendo Colon ir à ofrecerles sus respetos, envió á su hermano.

Por un momento volvieron á renacer sus esperanzas, y creyó que aún podria surcar en vida las aguas del Océano.

Era su última ilusion.

Un nuevo ataque le puso á las puertas de la muerte, solo le dió tiempo para formular su testamento, que es la mejor efigie de su alma. (X)

A medida que sentia acercarse su última hora, pugnaba por tener á su lado á las prendas más queridas de su alma.

Su hermano Diego, que vivia retirado, llegó á Valladolid.

Bartolomé, Fiesco, Diego Mendez y Sagredo, sus más leales servidores, se unieron á sus hijos en aquel duro trance.

Bartolomé no le abandonaba.

Diego y Fernando apénas se separaban del lecho.

Pero ni Isabel, ni Villejo, ni su madre, estaban á su lado.

La nacion, á que tantos servicios habia prestado; los reyes, por quienes tantos sacrificios habia hecho, parecian haberle olvidado por completo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La pobreza y el dolor: he aquí los únicos compañeros de su última hora.

Fernando no tuvo otro remedio que confiar á su moribundo padre las causas de la ausencia de aquellos séres, por quienes preguntaba á cada instante.

Este último golpe exacerbó sus padecimientos.

—¡Dios mio! dijo. He apurado hasta las heces el cáliz de la amargura. Muero olvidado de la nacion, á la que he dado un mundo; muero pobre, sin legar á mis hijos más que la esperanza de la justicia; muero sin ver aquellas regiones en donde sembré el bien, y en donde, sin embargo, la zizaña del mal destruye el fruto de mis afanes; muero dejando á mi hijo amado con el corazon herido de muerte; muero sin estrechar en mis brazos á la que ha sido hermana de mis hijos, á la que ha reemplazado á sus benditas madres.

Todo era luto y desolacion en torno suyo.

Llegó el 20 de Mayo, y empezó la agonía del enfermo.

En las primeras horas de la mañana llegó á la humilde morada del gran hombre don Fernando de Toledo.

A sus ruegos le dejaron un momento á solas con el enfermo.

Profundamente conmovido, le hizo una revelacion que derramó un dulcísimo bálsamo en el dolorido corazon del enfermo.

—Yo ignoraba, le dijo, que siendo uno de vuestros más apasionados admiradores, era á la vez agravador de vuestros males.

—¡Vos, señor don Fernando! balbuceó el enfermo.

—Yo sí..... mi hija me ha hablado.

—Y os dignais venir á verme despues de saber la desgraciada pasion que ha inspirado á mi hijo.

—Mi único deseo es la felicidad de mi adorada María....

Ella, con lágrimas en los ojos, me ha confiado el puro y entrañable amor que siente hácia Diego y temerosa de oir de mis labios una negativa, no me ha confiado sus sentimientos para implorar mi proteccion, sino para rogarme que ya que no proteja su esperanza, renuncie á dar su mano á otro hombre y la permita entrar en un convento.

—¿Eso ha dicho?

—Eso está resuelta á hacer.

La emocion del enfermo hizo asomar á sus ojos lágrimas á un tiempo de alegría y de pesar.

—Al oir la revelacion de mi hija, prosiguió don Fernando, no pude ménos de pensar en vuestra inmensa gloria y en la injusticia de que sois objeto.

—Luego sabeis.....

—Sé que el rey, preocupado por las complicaciones de la Europa, atento á los intereses de su monarquía, por más que empiece á comprender los maravillosos descubrimientos y conquistas que habeis efectuado, se ocupa más de sus ambiciones que de sus deberes para con vos. Sé que teneis poderosos enemigos, que impulsados por la envidia, no tienen más afan que veros condenado al abandono, al olvido.

—Sin vuestro auxilio me hubieran dejado perecer en la costa de la Jamàica.

—La Providencia me inspiró; y creedlo, no cambiaria por nada del mundo el insignificante favor que pude haceros.

—Dios os bendiga.

—Pero aquello no fué nada, quiero hacer más. No sé si la Providencia habrá dispuesto que abandoneis en breve la deleznable vida, para otorgaros en el cielo el premio que merecen vuestras virtudes. Si tal es su suprema voluntad, creedme, lágrimas de profunda gratitud, de verdadero dolor, serán el tributo de la posteridad. Pero que vuestra alma recobre

la serenidad que siempre he demostrado. Vuestros hijos recibirán toda la herencia que les dejais. Diego merece todo mi aprecio.

—¿Qué decís?

—Digo que yo os juro solemnemente ser un padre para él, unirle con María, poner á su disposicion mis riquezas, mi influencia, todo cuanto poseo, á fin de que consiga el justo galardon.

—¡Ah! Esa bondad me consuela de la ingratitud de los hombres.... decidme que no sueño, que vuestras palabras no son una ilusion, que no me habla la fiebre que arde en mis venas.

Don Fernando de Toledo aseguró á Colon que cumpliria fielmente la palabra que habia empeñado.

—No es solo por él y por vos, añadió; es por mi hija, cuya felicidad es la vuestra, por lo que estoy dispuesto á consagrar mi vida al triunfo de vuestra causa.

—¿Y María sabe ya?.....

—No: ántes he querido confiaros mis proyectos.

—Sufrirá mucho!

—En breve oirá de mis lábios la promesa de su ventura.

—Que lo sepa tambien mi hijo.

—Sí..... llamadle.

—Antes recibid mi bendicion.

—Y vos mi juramento.

.....

Poco despues mandó llamar á Diego.

Este, que no habia abandonado la antecamara, entró en seguida en el aposento de su padre.

Su rostro estaba sereno.

CAPITULO C.

Los últimos momentos de un gran hombre

Hijo mio, dijo Colon á Diego, estrechando su mano con efusion. La Providencia se ha apiadado de mí.

La voz me falta.... Hablad vos, añadió dirigiéndose à don Fernando.

—He venido, dijo éste, á suplicar de hinojos á vuestro padre que me permita llamaros hijo.

Esta revelacion sorprendió á Diego.

—¡Padre! exclamó cayendo de rodillas.

—Sí.... yo lo quiero.... yo lo deseo, balbuceó al enfermo.

—Y yo os juro, añadió don Fernando, que todas mis riquezas, que toda mi influencia, que mi vida entera, si es preciso, la sacrificaré para obtener que el rey, que la posteridad, hagan justicia al padre, y veneren en el hijo su grandeza.

—Mi vida se acaba, añadió Colon; quiero ver á María, bendecirla.

Don Fernando salió á buscar á la hermosa niña, que habiendo confiado á su padre sus afecciones, habia sido el ángel de la guarda de Colon, habia despertado en su alma los nobles sentimientos que le hemos visto manifestar.

La agonía avanzaba.

La fatídica sombra de la muerte se proyectaba sobre el rostro de aquel hombre inmortal.

Era cristiano, y pidió los consuelos de la religion.

—Hermano mio, le dijo Diego, acaba de llegar de Tierra

Santa un fraile de los que han custodiado el Santo Sepulcro, y desea verte.

—Llega á tiempo; cualquiera que sea escuchará mi confesion.

Un anciano con el hábito de los monjes del Santo Sepulcro penetró en la estancia.

—Aún llego á tiempo, dijo sollozando.

Su voz resonó en el alma del enfermo.

El fraile se acercó.

—¿Vos?.... ¿Vos aquí?.... exclamó, haciendo un supremo esfuerzo el almirante.

—Sí; yo, que os debo la inmensa dicha de poder bendeciros en nombre de Dios en este instante supremo.

Aquel anciano era Martin Carrasco, que, como recordarán nuestros lectores, despues de perder á Rebeca, abandonó las armas y el mundo para consagrarse á la religion.

Los dos quedaron solos, y el sacerdote oyó la confesion del moribundo....

.....

Si los actos todos de la vida del almirante no hubieran demostrado cuán arraigada estaba en su alma la fe cristiana, sus últimas palabras, su confesion ante el ministro de Dios, hubieran bastado para probar su sentimiento religioso.

Aquel hombre tan combatido por la desgracia, solo sentia piedad para sus enemigos y gratitud para sus bienhechores.

Recordando su mísera niñez, el horrible naufragio que le arrojó á las costas de Portugal, su union con doña Felipa, de la que tuvo á su hijo Diego, su enfermedad, su pobreza, su llegada á la Rábida mendigando un asilo, la proteccion del venerable prior fray Juan Perez de Marchena, sus amigos de Palos, su llegada á Córdoba, la proteccion de la reina, debida á doña Beatriz, su amor con aquella ilustre dama,

santificada en secreto, sus esperanzas y sus dudas, sus martirios hasta lograr la proteccion de los reyes para darse á la vela, sus luchas á bordo, el descubimiento de tierra, la acogida que le dispensó Guacanajari, su regreso á la corte, la inmensa ovacion de que fué objeto, su pensamiento de difundir en los nuevos países la luz del Evangelio, y de emplear las riquezas que en ellos encontrase en arrebatar los Santos Lugares del poder de los infieles; recordando, en fin, todas las vicisitudes de su azarosa vida, no halló en su alma ni un átomo de rencor para sus encarnizados enemigos.

Las desgracias de sus amigos le inspiraron lágrimas de piedad; perdon sublime las ofensas de los ingratos.

La confesion se prolongó bastante, y Colon hizo muchas preguntas á Martin Carrasco, para saber qué habia sido de él miéntras habian estado separados.

La oracion y la piedad habian sido los únicos ejercicios del antiguo soldado, á quien el ejemplo del almirante habia impulsado á consagrarse por completo á la religion.

Al fin terminó el acto.

Colon recibió la bendicion, besó con ternura la mano del sacerdote.

Poco despues recibió la comunion, y en ese momento de tregua que el cumplimiento de los deberes cristianos ofrece á los moribundos, pudo fijar su última mirada en las personas que rodeaban su lecho, prosternadas de hinojos y vertiendo abundoso llanto.

—¡María!.... ¡Israel! exclamó. ¡Dios os bendiga!

El pobre enfermo habia realizado sus esperanzas.

Isabel, Inés, María, Diego, Fernando, Villejo, sus dos hermanos, Diego Mendez, Sagredo, Fiesco y el pobre indio, que nunca le habia abandonado, todos estaban en torno suyo, todos habian acudido allí á recibir su último adios.

Algunos segundos despues oyeron con terror todos los circunstantes murmurar al gran hombre estas palabras:

—*In manus tuas, Domine, commendo espiritum meum.*

Estas fueron las últimas palabras que exhalaron aquellos labios.

Dios se las habia inspirado, haciéndoles recordar en el último instante de su vida las palabras del Salvador.

Tal fué el fin de aquel hombre, cuya gloria, á través del olvido, de la ingratitud, de las malas pasiones de los hombres, ha llenado el mundo.

No debia ser el último martir de la ingratitud humana.

Grandes fueron sus padecimientos, grandes sus amarguras; pero en los últimos momentos de su vida habia tenido á su lado un hombre que debia sucederle en su gloria; un hombre que debia encontrar, á sus nobles deseos, desengaños aun más terribles; que iba á luchar, no con indios sencillos, inocentes, desarmados por completo, sino con un imperio poderoso, civilizado, en el mayor grado de apogeo.

Este hombre es Hernan Cortés, cuya figura vamos á bosquejar para completar esa gran epopeya del descubrimiento y conquista de América, que empezó con Colon, y que aún no ha terminado.

U. A. N. L.

EPILOGO.

Muerto el almirante don Cristóbal Colon, se depositó su cadáver en el convento de San Francisco de Valladolid.

El rey comprendió entónces la mancha que habia echado sobre su reinado, y dispuso que se celebraran sus exequias con gran pompa en la iglesia de Santa María de la Antigua.

Asimismo mandó que se erigiese un monumento á su memoria con esta inscripcion:

"Por Castilla y por Leon
Nuevo Mundo halló Colon"

Treinta años despues fueron trasladadas sus cenizas á la Española, y enterrado en la principal capilla de la catedral de Santo Domingo.

Hoy descansa en la catedral de la Habana.

Como complemento, reproducimos, en las notas la descripcion de la traslacion de sus restos á este último sepulcro. (Y)

Para terminar esta historia, añadiremos que unido Diego Colon con la hija de don Fernando de Toledo, despues de sostener un pleito con el rey, obtujusticia, no solo le fué otórgada la herencia de su padre en riquezas y títulos, sino que reemplazó al infame Ovando en el gobierno de la Española, adonde partió en 1509 con su hermano Fernando y sus dos tios Diego y Bartolomé.

Aún hallaremos á estos personajes en la historia del descubrimiento y conquista de México.

Villejo, que habia sido arrancado del poder de los infames cómplices de Aguado por Hernan Cortés, se unió con Isabel, y los dos vivieron reflejando su felicidad en su pobre madre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Algunos segundos despues oyeron con terror todos los circunstantes murmurar al gran hombre estas palabras:

—*In manus tuas, Domine, commendo espiritum meum.*

Estas fueron las últimas palabras que exhalaron aquellos labios.

Dios se las habia inspirado, haciéndoles recordar en el último instante de su vida las palabras del Salvador.

Tal fué el fin de aquel hombre, cuya gloria, á través del olvido, de la ingratitud, de las malas pasiones de los hombres, ha llenado el mundo.

No debia ser el último martir de la ingratitud humana.

Grandes fueron sus padecimientos, grandes sus amarguras; pero en los últimos momentos de su vida habia tenido á su lado un hombre que debia sucederle en su gloria; un hombre que debia encontrar, á sus nobles deseos, desengaños aun más terribles; que iba á luchar, no con indios sencillos, inocentes, desarmados por completo, sino con un imperio poderoso, civilizado, en el mayor grado de apogeo.

Este hombre es Hernan Cortés, cuya figura vamos á bosquejar para completar esa gran epopeya del descubrimiento y conquista de América, que empezó con Colon, y que aún no ha terminado.

U. A. N. L.

EPILOGO.

Muerto el almirante don Cristóbal Colon, se depositó su cadáver en el convento de San Francisco de Valladolid.

El rey comprendió entónces la mancha que habia echado sobre su reinado, y dispuso que se celebraran sus exequias con gran pompa en la iglesia de Santa María de la Antigua.

Asimismo mandó que se erigiese un monumento á su memoria con esta inscripcion:

"Por Castilla y por Leon
Nuevo Mundo halló Colon"

Treinta años despues fueron trasladadas sus cenizas á la Española, y enterrado en la principal capilla de la catedral de Santo Domingo.

Hoy descansa en la catedral de la Habana.

Como complemento, reproducimos, en las notas la descripcion de la traslacion de sus restos á este último sepulcro. (Y)

Para terminar esta historia, añadiremos que unido Diego Colon con la hija de don Fernando de Toledo, despues de sostener un pleito con el rey, obtujusticia, no solo le fué otórgada la herencia de su padre en riquezas y títulos, sino que reemplazó al infame Ovando en el gobierno de la Española, adonde partió en 1509 con su hermano Fernando y sus dos tios Diego y Bartolomé.

Aún hallaremos á estos personajes en la historia del descubrimiento y conquista de México.

Villejo, que habia sido arrancado del poder de los infames cómplices de Aguado por Hernan Cortés, se unió con Isabel, y los dos vivieron reflejando su felicidad en su pobre madre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Providencia les habia salvado de la infame tentativa del perseguidor de la jóven.

Camino de Baeza sorprendieron unos bandoleros á Aguado, y defendiéndose éste de sus agresores, fué muerto por uno de ellos.

Fonseca recibió el castigo de la historia, que aún condena las persecuciones de que hizo objeto al gran Colon.

En tanto que aquel obcecado enemigo del gran conquistador del Nuevo Mundo yace sepultado en el olvido, no solo la posteridad ha inmortalizado el nombre de Colon, sino que la Iglesia, despues de aquilatar su virtud, ha creido un deber rodearle con la auréola del santo.

La fe lo alcanza todo. Dos grandes ejemplos lo demuestran en la historia de la humanidad en el breve espacio de algunos años:

El descubrimiento del nuevo Mundo por Cristóbal Colon.

La conquista del gran imperio de México, con un puñado de hombres, por Hernan Cortés.

Los tiempos futuros hicieron justicia á Colon. Lo que no pudo obtener él, lo obtuvieron sus herederos, que hoy ostentan, unido á la grandeza de España de primera clase, el título de duque de Veragua, grande almirante de Castilla.

Empero aun faltaba una cosa, y Dios mediante pronto se remediara esta falta. La capital de España ostentará en una de sus plazas la estátua del gran hombre del que dió un nuevo mundo á España, en cuyo pedestal se ostente el lema de:

(A Castilla y a Leon, Nuevo Mundo dió Colon.)

¡La Providencia es siempre justa!

FIN.

NOTAS DEL CUARTO TOMO.

(A) La empresa sugerida por Colon, aunque pueda en el dia aparecer extravagante y ociosa, estaba de acuerdo con la disposicion de aquellos tiempos y la corte á que se propuso.

La vena de erudicion mística que le fecundaba, era tambien propia de una edad en que las visiones de los claustros influian aún en los ejércitos y en los gabinetes.

Aún no se habia desvanecido el espíritu de las cruzadas En la causa de la Iglesia, y á instigacion de sus dignatarios, estaba pronto todo caballero á desnudar su espada, y la religion mezclaba un brillante y devoto entusiasmo con el estímulo general de la guerra.

Fernando era un mogigato religioso, y la devocion de Isabel estaba tan cerca de la supersticion, como podia permitirlo su espíritu liberal y magnánimo.

Ambos soberanos estaban bajo la influencia de políticos eclesiásticos, que dirigian sus empresas de tal modo, que redundasen en beneficio del poder temporal y gloria de la Iglesia.

La reciente conquista de Granada se habia considerado como una cruzada europea, y valió por lo mismo á los soberanos el epíteto de Católicos.

Era natural que pensasen en extender aun más léjos sus victorias sagradas, y en hacer sufrir á los infelices por sus duraderas conquistas en España y por los triunfos de la Cruz que habian logrado.

En efecto; el duque de Medina-Sidonia acababa de entrar en Berbería y de tomar á Melilla.

Esta expedicion se tuvo por el primer eslabon de una larga cadena de guerras nuevas contra los infieles de Africa (Washington Irving.)

(B) Estos documentos se conservaban desconocidos en la familia de Oderigo hasta el año 1670, que Lorenzo Oderigo se los presentó al gobierno de Génova, y se depositaron en los archivos.

En los tumultos y revoluciones posteriores, desapareció una de las colecciones de copias, y se llevó á Paris la otra.

En 1816 se descubrió esta en la biblioteca del difunto Michel Angelo Cambiaso, senador de Génova. La procuró el rey de Cerdeña, soberano de Génova entónces, y se la regaló á la ciudad en 1821. Esta erigió para su conservacion una custodia, ó monumento, compuesto de una urna, que descansa en una columna de mármol, y sostiene el busto de Colon. Los documentos estan depositados dentro de la urna.

Estos papeles se publicaron unidos á una memoria histórica de Colon, por el doctor Gio.

Battista Spotorno, profesor de elocuencia, etc., de la universidad de Génova.

(C) Arbol que produce el algodon.

(D) Maíz en leche, que se come tostado, y que forma un alimento muy sustancioso.

(E) Especie de pimiento muy picante, con el que sazonaban los indios su comida.

(F) Loros verdes.

(G) Cuadrúpedo muy sabroso.

(H) Fruto que se parece á la guabana, más pequeño y agridulce.

(I) Especie de planta como el cardo, áspera y espinosa. Tarda diez meses en madurar, y cada planta produce un solo fruto.

(J) Arbol gigantesco, cuyas hojas son redondas, verdes por un lado y encarnadas por otro. Produce un fruto semejante á la naranja por fuera; por dentro es blanco como la leche y dulce y gelatinoso. Frotándose los dientes con hojas de caimito, se ponen completamente blancos.

(K) Uno de los árboles más hermosos de la India, muy verde y muy copudo. Su hoja se parece á la del nogal. Sus flores son grandes como la palma de la mano, y de color de la escarlata. Su fruto viene á ser una especie de sandía pequeña.

(L) Especie de vino ó jarabe que embriaga con mucha facilidad.

(M) Oviedo ha tratado de manchar el carácter de esta princesa, acusándola de disoluta; pero tenia por costumbre acriminar el carácter de los principales indios, que parecian víctimas de la ingratitud é injusticia de sus compatriotas.

Los escritores contemporáneos de mayor autoridad concurren en pintar á Anacaona como notable por su dignidad y carácter.

La adoraban sus súbditos tanto que ejercia sobre ellos una especie de dominio, aun en los dias de su hermano; se dice que era hábil en la composicion de los arcitos ó romances históricos de su nacion, y pudo contribuir mucho á aquel grado de superior refinamiento, notable entre su gente.

Su gracia y belleza le habian dado nombradía por toda la isla y excitado la admiracion del español como del salvaje.

Su espíritu magnánimo se manifestó en el amistoso trato que tuvo con los blancos; y aunque su marido, el bravo Caonabo, habia perecido entre ellos, tuvo en su poder muchos españoles indefensos, que vivian seguros en sus dominios.

Despues de haber descuidado por muchos años las frecuentes y seguras ocasiones de venganza que se le presentaban,

cayó víctima del absurdo cargo de haber conspirado contra una fuerza armada de cerca de cuatrocientos hombres, y entre ellos setenta caballos, capaces de haber subyugado grandes ejércitos de desnudos indios (Washington Irving.)

(N) El grupo de islas á que se hace alusion está á poca distancia de la costa de Honduras, y al Oriente de la gran bahía ó golfo de este nombre.

(Ñ) Colon dió á este cabo el nombre de Caxinas, porque estaba cubierto de árboles frutales, á los que así designaban los indios.

(O) El mismo Cristóbal Colon participó de esta creencia. En su carta, fechada en Jamáica, aseguró á los soberanos que los habitantes de Cariari y sus cercanías eran grandes encantadores. Dijo ademas que las dos jóvenes indias que habian visitado sus buques, llevaban consigo polvos mágicos, y añadian que los marineros atribuian todas las dilaciones y trabajos que habian sufrido en su último viaje à la influencia de algun maleficio ó brujería de aquellas indias.

(P) Güel y Renté (D. José).

(B) Ornofay estaba situado en la orilla del mar de Cuba, entre la bahía de Jagua y el cabo de la Cruz. Colon llegó á esta comarca en el año 1494, y bajo los frondosas árboles de su orilla se dijo la primera misa que se celebró en la isla.

(R) Estas son ya las que se conocen con el nombre de las Mulatas.

(S) Tampoco conocian su situacion los pilotos, que creian estar al Oriente de las islas caribes; miéntras el almirante temia que con todos sus esfuerzos le habrian llevado las corrientes al Occidente de la Española. Sus conjeturas estaban bien fundadas; porque el 10 del mismo mes descubrió dos isletas bajas al Noroeste de la Española, á las que dió el nombre de las Tortugas, por las muchas que en ellas habia.

Hoy se llaman islas de los Caimanes.

(T) Repárese que al amanecer, viendo el cable, observaron los marineros que estaba tan deteriorado, que si hubiera durado una hora más la tempestad, hubiera sido imposible evitar el naufragio.

(U) El dia 23 de Junio entró en Puerto Bueno, hoy llamado Dry-Harbour (Puerto Seco), pero no vió indio alguno de quien obtener provisiones, ni habia agua dulce en los contornos. Acosados todos de sed y hambre, salieron hácia el Oriente al dia siguiente, á otro puerto, al que llamó el almirante de Santa Gloria, conocido actualmente por el de La Caleta de don Cristóbal.

(V) Se habia prohibido el uso de mulas para silla, à causa de haber su cria hecho decaer la de los caballos.

(X) Testamento de Colon. En el nombre de la Santísima Trinidad, el cual me puso en memoria, y despues llegó á perfecta inteligencia, que podria navegar é ir á las Indias desde España, pasando el mar Océano al Poniente, y ansí lo notifiqué al rey don Fernando y á la reina doña Isabel nuestros señores, y les plugo de me dar aviamiento y aparejo de gentes y navíos, y de me hacer su almirante en el dicho mar Océano, allende de una raya imaginaria que mandaron señalar sobre las islas de Cabo-Verde, y aquellas de las Azores, cien leguas que pasa de polo á polo, que dende en adelante al Poniente fuese su almirante, y que en la tierra firme é islas que yo fallase y descubriese, y dende en adelante, que destas tierras fuese yo su visorey y gobernador, y sucediese, en los dichos oficios mi hijo mayor, y así de grado en grado para siempre jamas, é yo hobiese el diezmo de todo lo que en el dicho almirantazgo se fallase é hobiese ó rentase, y asimismo la octava parte de las tierras, y todas las otras cosas, é el salario que es razon llevar por los oficios de almirante

visorey y gobernador, y con todos los otros derechos pertenecientes á los dichos oficios, ansí como todo mas largamente se contiene en este mi privilegio y capitulacion que de sus altezas tengo.

E plugo à Nuestro Señor Todopoderoso que en el año de noventa y dos, descubriese la tierra firme de las Indias y muchas islas, entre las cuales es la Española, que los indios della llaman Ayte y los monicongo de Cipango. Despues volví á Castilla á sus altezas, y me tornaron á recibir á la empresa é á poblar é descubrir mas, y ansí me dió Nuestro Señor victoria, con que conquisté é fice tributaria á la gente de la Española, la cual boja seiscientas leguas, y descubrí muchas islas á los caníbales, y setecientas al Poniente de la Española, entre las cuales es aquella de Jamáica, á quien Nos llamamos de Santiago, é trescientas é treinta é tres leguas de tierra firme de la parte del Austro al Poniente, allende de ciento y siete de la parte del Septentrion, que tenia descubierto al primer viaje con muchas islas, como mas largo se verá por mis escritos y memorias y cartas de navegar. E porque esperamos en aquel alto Dios que se haya de haber ántes de grande tiempo buena é grande renta en las dichas islas, é tierra firme, de la cual por la razon sobredicha me pertenece el dicho diezmo y ochavo, y salarios y derechos sobredichos: y porque somos mortales, y es bien que cada uno ordene y deje declarado á sus herederos y sucesores lo que ha de haber é hobiere, é por esto me pareció bien de componer desta ochava parte de tierras y oficios é renta un mayorazgo, así como aquí bajo diré.

Primeramente que haya de suceder á mi don Diego, mi hijo, y si dél dispusiere Nuestro Señor ántes que él hobiese hijos, que en desuceda don Fernando, mi hijo, y si dél dispusiere Nuestro Señor sin que hobiese otro hijo, que suceda don

Bartolomé, mi hermano, y dende su hijo mayor, y si dél dispusiere Nuestro Señor sin heredero, que suceda don Diego, mi hermano, siendo casado ó para poder casar, é que suceda á él su hijo mayor, é así de grado en grado perpétuamente para siempre jamas, comenzando en don Diego mi hijo, y sucediendo sus hijos, de uno en otro perpétuamente ó falleciendo el hijo suyo, don Fernando, mi hijo, como dicho es, y así su hijo y prosigan de hijo en hijo para siempre él y los sobredichos don Bartolomé, si á él llegare é á don Diego mis hermanos. Y si á Nuestro Señor pluguiese que despues de haber pasado algun tiempo este mayorazgo y le suceda y herede el paciente mas llegado á la persona que heredado lo tenia, en cuyo poder prescribió, siendo hombre legítimo que se llame y se haya siempre llamado de su padre é antecesores, llamados de Colon. El cual mayorazgo en ninguna manera lo herede mujer ninguna, salvo si aquí ni en otro cabo del mundo no se fallase hombre de mi linaje verdadero que se hobiese llamado y llamase él y sus antecesores de Colon. Y si esto acaeciese (lo que Dios no quiera) que en tal caso lo haya la mujer mas llegada en deudo y en sangre legítima á la persona que así habia logrado el dicho mayorazgo; y esto será con las condiciones que aquí bajo diré, las cuales se entienda que son ansí por don Diego mi hijo, como por cada uno de los sobredichos, ó por quien sucediere cada uno dellos, las cuales cumplirán, y no cumpliéndolas que en tal caso sea privado del dicho mayorazgo, y lo haya el paciente mas llegado á la tal persona, en cuyo poder habia prescrito por haber cumplido lo que aquí diré: el cual así tambien le cobrarán si él no cumpliere estas dichas condiciones que aquí bajo diré, é tambien será privado dello y lo haya otra persona mas llegada á mi linaje, guardando las dichas condiciones que así duraren perpétuo, y será en la forma sobrescrita en perpé-

tuo. La cual pena no se entienda en cosas de menudencias que se podrian inventar por pleitos, salvo por cosa gruesa que toque á la honra de Dios, y de mí y de mi linaje, como es cumplir libremente lo que yo dejo ordenado, cumplidamente como digo, lo cual todo encomiendo á la justicia, y suplico al Santo Padre que agora es, y que sucederá en la Santa Iglesia agora ó cuando acaesciere que este mi compromiso y testamento haya de menester para se cumplir de su santa ordenacion é mandamientos, que en virtud de obediencia y sopena de escomunion papal lo mane; y que en ninguna manera jamas se disforme; y asimismo lo suplico al rey y á la reina, nuestros señores y al príncipe don Juan, su primogénito nuestro señor, y á los que le sucedieren por los servicios que les he fecho; é por ser justo que les plega y no consientan ni consienta que se disfrute este mi compromiso de mayorazgo é de testamento, salvo que quede y esté así, y por lo guisa y forma yo lo ordené para siempre jamas, porque sea servicio de Dios Todopoderoso y raíz y pié de mi linaje y memorias de los servicios que à sus altezas he hecho que siendo yo nacido en Génova les vine á servir aquí en Castilla, y los descubrí al Poniente de tierra firme, las Indias y las dichas islas sobredichas. Así que suplico á sus altezas que sin pleito, ni demanda, ni dilacion, manden sumariamente que este mi privilegio y testamento valga y se cumpla, así como en él fuere y es contenido: y asimismo lo suplico á los grandes señores de los reinos de su alteza y á los de su Consejo, y á todos los otros que tienen ó tuvieren cargos de justicia ó de regimiento, que les plega de no consentir que esta mi ordenacion é testamento sea sin vigor ni virtud, y se cumpla como está ordenado por mí, así por ser muy justo que persona de título é que haya servido á su rey é reina, é al reino, que valga todo lo que ordenare y dejare por testamento ó compromiso é mayorazgo é heredad, y no se le quebrante en cosa alguna, ni en parte ni en todo.

Primeramente traerá don Diego mi hijo, y todos los que de mí sucedieren y descendieren, así mis hermanos don Bartoolmé y don Diego, mis armas, que yo dejaré despues de mis dias, sin entreverar mas ninguna cosa que ellas, y sellará con el sello de ellas. Don Diego mi hijo, ó cualquier otro que heredase este mayorazgo, despues de haber heredado y estado en posesion de ello, firme de mi firma, la cual agora acostumbro, que es una X con una S encima con sus rayas y vírgulas, como yo agora fago, y se parecerá por mis firmas, de las cuales se hallarán muchas y *por esta parecerá.*

Y no escribirá sino el Almirante, puesto que otros títulos el rey le diese ó ganase: este se entiende en la firma y no en su dictado, que podrá escribir todos sus títulos como le pluguiere; solamente en la firma escribirá el Almirante.

Habrá el dicho don Diego, ó cualquier otro que heredase este mayorazgo, mis oficios de Almirante del mar Océano, que es de la parte de Poniente de una raya que mandó asentar imaginaria su alteza, y otro tanto sobre las de Cabo Verde, la cual parte de polo á polo, allende de la cual mandaron é me hicieron su Almirante en la mar, con todas las preeminencias que tiene el almirante don Enrique en el almirantazgo de Castilla, é me hicieron su Visorey y Gobernador perpétuo para siempre jamas, y en todas las islas y tierra firme, descubiertas y por descubrir, para mí y para mis herederos, como mas largo parece por mis privilegios, los cuales tengo: y por mis capítulos como arriba dije.

Item: que el dicho don Diego, ó cualquier otro que heredare dicho mayorazgo, repartirá la renta que á Nuestro Señor pluguiere de le dar en esta manera so la dicha pena:

Primeramente, dará todo lo que este mayorazgo rentare

agora y siempre, ó del é por él se hobiere é recaudare la cuarta parte cada año á don Bartolomé Colon, adelantado de las Indias, mi hermano, y esto fasta que él haya de su renta un cuento de maravedís para su mantenimiento y trabajo que ha tenido y tiene de servir en este mayorazgo, el cual dicho cuento llevará, como dicho es, cada año si la dicha cuarta parte tanto montare, si él no tuviere otra cosa; más teniendo algo ó todo de renta, que dende adelante no lleve el dicho cuento ni parte dello salvo, que desde agora habrá en la dicha cuarta parte fasta la dicha cuantía de un cuento, si allí llegare, y tanto que él haya de renta fuere de esta cuarta parte cualquier suma de maravedís de renta conocida de bienes que pudiere arrendar á oficios perpétuos, se le descontará la dicha cantidad que así habrà de renta, ó podria haber de los dichos sus bienes ó oficios perpétuos, ó del dicho un cuento, será reservado cualquier dote ó casamiento, que con la mujer con quien él casare hobiere: ansí que todo lo que él hobiere con la dicha su mujer no se entenderá que por ello se le haya de descontar nada del dicho cuento, salvo de lo que él ganare ó hobiere, allen del dicho casamiento de su mujer, y despues que plegue á Dios que él ó sus herederos, ó quien de él descendiere, haya un cuento de renta de bienes y oficios, si los quisiere arrendar, como dicho es, no habrà él ni sus herederos más de la cuarta parte del dicho mayorazgo nada, y lo habrá el dicho don Diego ó quien heredare.

Item: habrá de la dicha renta del dicho mayorazgo, ó de otra cuarta parte de ella, don Fernando mi hijo, un cuento cada año, si la dicha cuarta parte tanto montare, fasta que el haga dos cuentos de renta por la misma guisa y manera que está dicha de don Bartolomé, mi hermano, él y sus herederos, así como don Bartolomé mi hermano y los herederos del cual así habrán el dicho un cuento ó la parte que faltare para ello.

Item: el dicho don Diego y don Bartolomé ordenarán que haya de la renta de dicho mayorazgo don Diego mi hermano, tanto dello con que se pueda mantener honestamente, como mi hermano, que es el cual no dejo cosa limitada, porque él quiere ser de la Iglesia, y le darán lo que fuere razon, y esto sea de monton mayor, ántes que se dé nada á don Fernando mi hijo, ni á don Bartolomé mi hermano, ó á sus herederos; y tambien segun la cantidad que rentase el dicho mayorazgo, y si en esto hobiese discordia, que en tal caso se remita á dos parientes nuestros, ó á otras personas de bien que ellos tomen la una y él tome la otra, y si no se pudieran concertar, que los dichos dos compromisarios escojan otra persona de bien que no sea sospechosa á ninguna de las partes.

Item: que toda esta renta que yo mando dar á don Bartolomé y á don Fernando y don Diego mi hermano, la hayan y les sea dada, como arriba dije, con tanto que sean leales y fieles á don Diego mi hijo ó á quien heredare, ellos y sus herederos; y si se fallase que fueren contra él en cosa que toque y sea contra su honra y contra acrecentamiento de mi linaje é del dicho mayorazgo ó cualquiera de ellos, que este no haya dende en adelante cosa alguna: así que siempre sean fieles á don Diego ó á quien heredare.

Item: porque en el principio que yo ordené este mayorazgo tenia pensado de distribuir, y que don Diego, mi hijo, ó cualquier otra persona que le heredase, distribuyan dél la décima parte de la renta en diezmo conmemoracion del eterno Dios Todopoderoso en personas necesitadas, para esto agora digo que por ir y que vaya adelante mi intencion, para que su Alta Majestad me ayude á mí y á los que esto heredaren acá ó en el otro mundo, que todavía se haya de pagar el dicho diezmo en esta manera:

Primeramente de la cuarta parte de la renta deste mayorazgo, de la cual yo ordeno y mando que se dé y haya don Bartolomé hasta tener un cuento de renta, que se entienda que en este cuento va el dicho diezmo de toda la renta del dicho mayorazgo, y que así como creciere la renta del dicho don Bartolomé, mi hermano, porque se haya de descontar de la renta de la cuarta parte del mayorazgo algo ó todo, que se vea y cuente toda la renta sobredicha para saber cuanto monta el diezmo dello, y la parte que no cabiere, ó sobrare á lo que hobiere de haber el dicho don Bartolomé para el cuento, que esta parte la hayan las personas de mi linaje en descuento del dicho diezmo, los que más necesitados fueren y más menester lo hubieren, mirado de la dar á persona que no tenga cincuenta mil maravedís de renta, y el que ménos tuviere llegase hasta la cuantía de cincuenta mil maravedís, haya la parte el que pereciese á las dos personas, que sobre esto aquí eligieren, con don Diego ó con quien heredase; así que se entienda, que el cuento que mando dar á don Bartolomé son, y en ellos entra la dicha parte sobredicha del diezmo del dicho mayorazgo, quiero é tengo ordenado que se distribuya en los parientes mios más llegados al dicho mayorazgo y que más necesitados fueren: y despues que el dicho don Bartolomé tuviere su renta un cuento y que no se le deba nada de la dicha cuarta parte, entónces y ántes se verá, y vea el dicho don Diego, mi hijo, ó la persona que tuviere el dicho mayorazgo, con las otras dos personas que aquí diré, la cuenta en tal manera, que todavía el diezmo de toda esta renta se dé y hayan las personas de mi linaje más necesitadas que estuvieren aquí ó en cualquier otra parte del mundo, á donde las envien à buscar con diligencia, y sea de la dicha cuarta parte de la cual el dicho don Bartolomé ha de haber el cuento: los cuales yo cuento y doy en descuento del dicho

diezmo, con razon de cuenta, que si el cuento sobre dicho más montare, que tambien esta demasía salga de la cuarta parte, y la hagan los más necesitados, como ya dije y si no bastare, que lo haya don Bartolomé hasta que de suyo vaya saliendo, y dejando el dicho un cuento en parte ó en todo.

Item: que el dicho don Diego, mi hijo, ó la persona que heredare, tomen dos personas de mi linaje, los más llegados, y personas de ánimo y autoridad, los cuales verán la dicha renta y la cuenta della, todo con diligencia, y farán pagar el dicho diezmo de la dicha cuarta parte de que se dá el dicho cuento á don Bartolomé, á los más necesitados de mi linaje que estuvieren aquí ó en cualquier otra parte: y pesquisarán de los de haber con mucha diligencia, y sobre cargo de sus ánimas. Y porque podria ser que el dicho don Diego ó la persona que heredase no querrán por algun respecto que se le varie el bien suyo é honra, é sostenimiento del dicho mayorazgo; que no se supiese enteramente la renta dello; yo le mando á él que todavía le dé la dicha renta sobre su cargo de sus conciencias y ànimas, que no le denuncien ni publiquen, salvo cuanto fuere la voluntad del dicho don Diego, ó de la persona que heredare; solamente procure que el dicho diezmo sea pagado en la forma que arriba dije.

Item: porque no haya diferencia en el elegir deestos dos parientes más llegados que han de estar con don Diego, ó con la persona que heredare, digo que yo luego elijo á don Bartolomé, mi hermano, por la una, y á Don Fernando, mi hijo, por la otra; y ellos luego que comenzasen á entrar en esto sean obligados de nombrar otras dos personas; y sean los más llegados á mi linaje y de mayor confianza; y ellos eligirán otros dos al tiempo que hobieren de comenzar á entender en este fecho. Y así irá de unos en otros con mucha diligencia; así en esto como en todo lo otro de gobierno é bien é

honra y servicio de Dios y del dicho mayorazgo para siempre jamas.

Item: mando al dicho don Diego mi hijo, ó á la persona que heredare el mayorazgo, que tenga y sostenga siempre en la ciudad de Génova una persona de nuestro linaje; que tenga allí casa é mujer; é le ordene renta con que pueda vivir honestamente, como persona tan llegada á nuestro linaje, y haga pié y raíz en la dicha ciudad como natural della, porque podrá haber en la dicha ciudad ayuda é favor en las cosas del menester suyo, pues que della salí y en ella nací.

Item: que el dicho don Diego, ó quien heredare el dicho mayorazgo, envie por vía de cambios ó por cualquiera manera que él pudiere, todo el dinero que él ahorrare de la renta del dicho mayorazgo, y haga comprar deello en su nombre é de su heredero unas compras á que dicen *Logos*, que tienen el oficio de San Jorge, los cuales agora rentan seis por ciento, y son dineros muy seguro y esto sea por lo que yo diré aquí.

Item: porque á persona de estado y de renta conviene por servir á Dios, y por bien de su honra, que se aperciba de hacer por sí y se poder valer con su hacienda, allí en San Jorge está cualquier dinero muy seguro, y Génova es ciudad noble y muy poderosa por la mar; y porque al tiempo que yo me moví, para ir á descubrir las Indias, fuí con intencion de suplicar al rey y á la reina nuestros señores, que de la renta que de sus altezas de las Indias, hobiese que se determinase de la gastar en la conquista de Jerusalen, y así se lo supliqué; y si lo hacen sea en buen punto, y si no que todavía esté el dicho don Diego, ó la persona que heredare deste propósito, de ayuntar el más dinero que pudiere, para ir con el rey nuestro señor, si fuere á Jerusalen á le conquistar, ó ir solo con el más poder que tuviere; que placerá á nuestro señor que si esta intencion tiene é tuviere, que le dará él tal aderezo que lo pondrá hacer, y lo haga; y si no tuviere para conquistarlo todo, le daràn á lo ménos para parte dello; y así que ayunte y haga su caudal de su tesoro en los lugares de san Jorge en Génova; y allí multiplique fasta que él tenga tanta cantidad que le parezca y sepa que podrá hacer alguna buena obra en esto de Jerusalen, que yo creo que despues que el rey y la reina nuestros señores y sus sucesores, vieren que en esto se determinan, que se moverán á lo hacer sus altezas ó le darán el ayuda y aderezo como á criado é vasallo que lo harà en su nombre.

Item: yo mando à Diego mi hijo, y á todos los que de mí descendieren, en especial á la persona que heredare este mayorazgo; el cual es como dije, el diezmo de todo lo que en las Indias se hallare y hobiere é la octava parte de otro cabo de las tierras y renta, lo cual todo con mis derechos de mis oficios de Almirante y Visorey y Gobernador, es más de veinticinco por ciento, digo: que toda la renta desto, y las personas y cuanto tuvieren, obliguen y pongan en sostener y servir á sus altezas ó á sus herederos bien fielmente, hasta perder y gastar las vidas y haciendas por sus altezas; porque sus altezas me dieron comienzo haber y poder conquistar y alcanzar, despues de Dios Nuestro Señor, este mayorazgo; bien que yo les vine á convidar con esta empresa en sus reinos y estuvieron mucho tiempo que no me dieron aderezo para poner en obra, bien que desto no es de maravillar, porque esta empresa era ignota á todo el mundo, y no habia quien lo creyese, por lo cual les soy en muy mayor cargo, y porque despues siempre me han hecho muchas mercedes y acrecentado.

Item: mando al dicho don Diego, ó á quien poseyere el dicho mayorazgo, que si en la Iglesia de Dios, por nuestros pecados, naciere algun cisma, ó que por tiranía alguna perso-

na, de cualquier grado ó estado que sea ó fuere, le quisiere desposeer de su honra y bienes, que so la pena sobre dicha se ponga á los piés del santo padre, salvo si fuese herético (lo que Dios no quiera) la persona ó personas, se determinen é pongan por obra de le servir con toda su fuerza é renta é hacienda; y en querer librar el dicho cisma, é defender que no sea despojada la Iglesia de su honra y bienes.

Item: mando al dicho don Diego, ó á quien poseyere el dicho mayorazgo, que procure y trabaje siempre por la honra y bien y acrecentamiento de la ciudad de Génova, y ponga todas sus fuerzas é bienes en defender é aumentar el bien é honra de la república de ella, no yendo contra el servicio de la Iglesia de Dios y el alto Estado del rey ó de la reina nuestros señores é de sus sucesores.

Item: que el dicho don Diego, ó la persona que heredare ó estuviese en posesion del dicho mayorazgo, que de la cuarta parte que yo dije arriba de que se ha de distribuir él diezmo de toda la renta, que al tiempo que don Bartolomé y sus herederos tuvieren ahorrados los dos cuentos ó parte de ellos, y que se hobieren de distribuir algo del diezmo en nuestros parientes; que él y las dos personas que con él fueren nuestros parientes, deban distribuir y gastar este diezmo en casar mozas en nuestro linaje que lo hobieren menester y hacer cuanto favor pudieren.

Item: que el tiempo que se hallare en disposicion que mande hacer una iglesia que se intitule Santa María de la Concepcion en la isla Española, en el lugar más idóneo, y tenga un hospital el mejor ordenado que pueda así como, hay otros en Castilla y en Italia, y se ordene una capilla en que se digan misas por mi ánima y de nuestros antecesores con mucha devocion; que placerá Nuestro Señor de nos dar tanta renta, que todo se podrá cumplir lo que arriba dije.

Item: mando al dicho don Diego, mi hijo, ó á quien heredare el dicho mayorazgo, trabaje de mantener y sostener en la isla Española cuatro buenos maestros en la santa teología, con intencion y estudio de trabajar y ordenar que se trabaje de convertir á nuestra Santa fe todos estos pueblos de las Indias, cuando pluguiere á Nuestro Señor que la renta del dicho mayorazgo sea crecida, que así crezca de maestros y personas devotas, y trabaje para tomar estas gentes cristianas, y para esto no haya dolor de gastar todo lo que fuere menester; y en conmemoracion de lo que yo digo y de todo lo sobrescrito, hará un bulto de piedra mármol en la dicha iglesia de la Concepcion, en el lugar más público, porque traiga de contínuo memoria esto que yo digo al dicho don Diego y á todas las otras personas que le vieren, en el cual bulto estará un letrero, que dirá esto.

Item: mando á don Diego, mi hijo, y á quien heredare el dicho mayorazgo, que cada vez y cuantas veces se hobiere de confesar, que primero muestre este compromiso ó el traslado dél á su confesor, y le ruegue que le lea todo, porque tenga razon de lo examinar sobre el cumplimiento dél, y sea causa de mucho bien y descanso de su ánima. Jueves en veinte y dos de Febrero de mil cuatro cientos noventa y ocho.

·S·
S· A· S·
X M Y
El almirante

(Y) Terminada la guerra entre Francia y España en 1795, las posesiones de esta nacion en la isla Española se cedieron á aquella, segun el artículo 9.° del tratado. Para ayudar á la realizacion de este convenio, salió una escuadra española para aquella isla, mandada por don Gabriel de Aristizábal, teniente general de la real armada.

El 11 de Diciembre de 1795, ofició aquel jefe al mariscal de campo y gobernador de Santo Domingo, don Joaquin García, para manifestarle que, habiendo sabido que los restos del célebre almirante don Cristóbal Colon yacían en la catedral de aquella ciudad, creia de su deber, como español y como comandante en jefe de la escuadra de operaciones de su majestad, solicitar la traslacion de las cenizas de aquel héroe à la isla de Cuba, que él tambien habia descubierto, y adonde primero habia plantado el estandarte de la Cruz. Expresaba el deseo de que se hiciese esta operacion oficialmente y con mucha solemnidad, para que no quedase en el poder de nadie, por descuido ó negligencia, perder una reliquia enlazada con aquel suceso que formaba la época más gloriosa de la historia española; y que se manifestase á todas las naciones, que los españoles, á pesar del trascurso de los siglos, nunca dejaban de honrar la memoria de aquel «digno y aventurado general de los mares,» ni la abandonaban al emigrar de la isla las varias corporaciones públicas que representaban el dominio español.

Como no tenia tiempo, sin muchos inconvenientes, para consultar sobre aquel asunto á los soberanos, recurria al gobernador como viceprotector régio de la isla, esperando que se accederia á su solicitud, exhumando y conduciendo á la isla de Cuba los restos del almirante en el navío *San Lorenzo*.

Los nobles deseos de este español hallaron la más cordial y ardiente cooperacion de parte del gobernador. Le dijo en contestacion, que el duque de Veragua, sucesor lineal de Colon, le habia hecho la misma solicitud, deseando que para ello no tomasen á sus expensas las medidas necesarias; y habia al mismo tiempo pedido que tambien se exhumasen los huesos del adelantado don Bartolomé Colon, trasmitiendo inscripciones para los sepulcros de ambos. Añadió, que aunque el rey no habia dado órdenes sobre el asunto, estando la proposicion tan de acuerdo con los agradecidos sentimientos de la nacion española, y teniendo la aprobacion de todas las autoridades de la isla, estaba pronto por su parte á llevarla á efecto.

El comandante general Aristizábal hizo entónces una comunicacion sobre el mismo asunto al arzobispo de Cuba don Fernando Portillo y Torres, cuya metrópoli era entónces la ciudad de Santo Domingo, esperando recibir su ayuda en esta piadosa empresa.

La contestacion del arzobispo estaba concebida en términos de alta cortesía hácia aquel bizarro jefe, y profunda reverencia por la memoria de Colon, y expresaba grande celo en prestar semejante tributo de gratitud y respeto á los restos de un hombre que tanto habia hecho por la gloria de la nacion.

Las personas autorizadas por el duque de Veragua, el venerable dean y cabildo de la catedral, y los demas sugetos y autoridades á quienes don Gabriel de Aristizábal, hizo comunicaciones semejantes, manifestaron los mismos deseos de asistir á la celebracion de esta solemne é imponente funcion.

El digno comandante Aristizábal, habiendo dado todos estos pasos preliminares con toda etiqueta, de modo que pudiese celebrarse la ceremonia de un modo público y señalado, proporcionado á la grandeza de Colon, se llevó todo à efecto con la debida solemnidad y pompa.

El 20 de Diciembre de 1795, las más distinguidas personas de la isla, los dignatarios de la Iglesia, y los oficiales civiles y militares, se juntaron en la catedral metropolitana. En presencia de esta augusta asamblea se abrió una pequeña bóveda que estaba sobre el presbiterio, en la pared maestra á la derecha del altar mayor; dentro se hallaron los fragmentos de una caja ó ataud de plomo, huesos y tierra, evidente-

mente los restos de un cuerpo humano. Se juntó el todo cuidadosamente, y se puso en una caja de plomo dorado, de una mediana longitud, y la tercera parte de altura, asegurada con uno cerradura de hierro, cuya llave se entregó al arzobispo. La caja se encerró despues en un ataud cubierto de terciopelo negro, y adornado con galones y flecos de oro. El todo se depositó interinamente en una tumba.

Al dia siguiente se celebró otra grande conmemoracion en la catedral con vigilias, y cantó el arzobispo una solemne misa de *Requiem*, á que asistieron el comandante general de la armada, los frailes dominicos y franciscos, y los del órden de la Merced juntos con una escogida comitiva. Despues predicó el arzobispo un sermon fúnebre.

El mismo dia, á las cuatro de la tarde, se trasladó el ataud al buque con la mayor pompa, acompañado de una procesion civil, militar y religiosa, con banderas cubiertas de crespon negro, y entre cánticos, responsos y salvas de artillería, y y alternando las más distinguidas personas de varias órdenes en la conduccion del ataud. Tomó el gobernador la llave de manos del arzobispo, y la puso en las del comandante de la Habana, para que la tuviese en depósito hasta saber la voluntad del rey. Se recibió el ataud á bordo de un bergantin llamado el *Descubridor*, que, como los demas buques, estaba cubierto de señales de luto, y saludó las reliquias que recibia con los honores establecidos para los almirantes.

De Santo Domingo se condujo el ataud á la bahía de Ocoa, trasfiriéndose allí al navío-*San Lorenzo*. Le acompañaban un retrato de Colon enviado de España por el duque de Veragua para que se suspendise junto al sitio donde habian de quedar depositados los restos de su ilustre ascendiente.

El navío se dió al punto á la vela, y llegó à la Habana el 15 de Enero de 1796. Allí se manifestó la misma reverencia por la memoria del descubridor. Pasaron à bordo del navío las autoridades principales, con los jefes y oficiales del ejército y escuadra, conduciéndose todo con la misma ceremonia. Se llevaron á tierra con grande reverencia las cenizas en una falúa, acompañada de tres columnas de botes y barcos pequeños de la armada, todos adecuadamente decorados y ocupados por la oficialidad militar y civil. Seguian dos falúas, tripulada una por una guardia de honor de marina con bandera de luto y cajas destempladas; la otra por el comandante general, el ministro principal de marina y el estado mayor. Al pasar la procesion por frente de los buques de guerra surtos en el puerto, todos le hicieron los honores de almirante y capitan general de la armada. El gobernador de la isla, acompañado de los generales y del estado mayor militar, recibió el ataud en el muelle, y ordenó conducirlo entre dos líneas de soldados que llegaban hasta el obelisco de la parada, adonde se depositó en una carroza de luto que le esperaba. Allí se entregaron formalmente al capitan general y gobernador de la isla las cenizas y la llave; se abrió y se examinó la caja, autentizando la segura trasportacion de su contenido. Acabada esta ceremonia, se condujo en solemne procesion y con la mayor pompa á la catedral. Se celebraron misás y un oficio de difuntos por el obispo, y los restos mortales de Colon se depositaron con mucha reverencia en la pared á la derecha del altar mayor. «A todos estos honores y ceremonias,» dice el documento de donde se ha tomado esta noticia, «estuvieron presentes las dignidades eclesiásticas y seculares, las corporaciones públicas y la nobleza y gente principal de la Habana, en prueba de la alta estimacion y respetuosa memoria en que tenian al héroe que habia descubierto el Nuevo Mundo, y habia sido el primero que plantó el estandarte de la cruz en aquella isla.»

«Esta es la última ocasion, dice Washington Irving, que la nacion Española ha tenido de manifestar sus sentimientos hácia la memoria de Colon; el autor de esta obra ha descrito con satisfaccion profunda, ceremonial tan solemne, afectuoso y noble, y de tanta honra para el carácter nacional. Cuando leemos la traslacion de las cenizas del héroe desde el puerto de Santo Domingo, despues de un intervalo de casi trescientos años, como sagradas reliquias nacionales, con la mayor pompa religiosa, militar y civil, y los hombres más ilustres y distinguidos afanándose en reverenciarlas, no podemos ménos de recordar, que desde aquel mismo puerto salió cargado de ignominiosas cadenas, herido en fama y fortuna, y seguido de los gritos y escarnios de la plebe. Tales honores no importan ciertamente á los muertos, ni pueden recompensar al corazon ya vuelto polvo y cenizas todas las injurias y males que ha sufrido; pero hablan con elocuente y consoladora voz à los hombres ilustres que aún están perseguidos y calumniados, animándolos á arrostrar con valor las presentes injurias con la certeza de que el verdadero mérito sobrevive á la calumnia y recibe glorioso premio en la admiracion de las edades futuras.»

BIBLIOTECA U. A. N. L.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL CUARTO TOMO.

PARTE CUARTA.

LA PALMA DEL MARTIRIO.

Capítulos.		Pág.
I.	Comentarios	3
II.	Grandeza de ánimo	10
III.	Donde se ve con qué celo cumple Isabel las órdenes del almirante	18
IV.	Reaccion	23
V.	Donde se ve cómo consideraba Colon sus cadenas, y se da cuenta de otros sucesos interesantes	31
VI.	El triunfo de la verdad	38
VII.	Venturas del hogar	42
VIII.	La gratitud	47
IX.	Una teoría puesta en práctica	54
X.	Pretextos especiosos	60
XI.	Crueldad	66
XII.	Un proyecto generoso	73
XIII.	El cuarto viaje	77
XIV.	Una horrible venganza	82
XV.	La paloma y el gavilan	91
XVI.	Justicia de Dios	97
XVII.	Los que hacen buenos á los malos	106
XVIII.	Donde Anacaona, no pudiendo resistir por más tiempo la duda, busca la verdad	114
XIX.	La gruta de Ca-ibaxagua	120
XX.	Una traicion	124
XXI.	El fin de un pueblo	130

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Esta es la última ocasion, dice Washington Irving, que la nacion Española ha tenido de manifestar sus sentimientos hácia la memoria de Colon; el autor de esta obra ha descrito con satisfaccion profunda, ceremonial tan solemne, afectuoso y noble, y de tanta honra para el carácter nacional. Cuando leemos la traslacion de las cenizas del héroe desde el puerto de Santo Domingo, despues de un intervalo de casi trescientos años, como sagradas reliquias nacionales, con la mayor pompa religiosa, militar y civil, y los hombres más ilustres y distinguidos afanándose en reverenciarlas, no podemos ménos de recordar, que desde aquel mismo puerto salió cargado de ignominiosas cadenas, herido en fama y fortuna, y seguido de los gritos y escarnios de la plebe. Tales honores no importan ciertamente á los muertos, ni pueden recompensar al corazon ya vuelto polvo y cenizas todas las injurias y males que ha sufrido; pero hablan con elocuente y consoladora voz à los hombres ilustres que aún están perseguidos y calumniados, animándolos á arrostrar con valor las presentes injurias con la certeza de que el verdadero mérito sobrevive á la calumnia y recibe glorioso premio en la admiracion de las edades futuras.»

BIBLIOTECA U. A. N. L.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL CUARTO TOMO.

PARTE CUARTA.

LA PALMA DEL MARTIRIO.

Capítulos.		Pág.
I.	Comentarios	3
II.	Grandeza de ánimo	10
III.	Donde se ve con qué celo cumple Isabel las órdenes del almirante	18
IV.	Reaccion	23
V.	Donde se ve cómo consideraba Colon sus cadenas, y se da cuenta de otros sucesos interesantes	31
VI.	El triunfo de la verdad	38
VII.	Venturas del hogar	42
VIII.	La gratitud	47
IX.	Una teoría puesta en práctica	54
X.	Pretextos especiosos	60
XI.	Crueldad	66
XII.	Un proyecto generoso	73
XIII.	El cuarto viaje	77
XIV.	Una horrible venganza	82
XV.	La paloma y el gavilan	91
XVI.	Justicia de Dios	97
XVII.	Los que hacen buenos á los malos	106
XVIII.	Donde Anacaona, no pudiendo resistir por más tiempo la duda, busca la verdad	114
XIX.	La gruta de Ca-ibaxagua	120
XX.	Una traicion	124
XXI.	El fin de un pueblo	130

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capítulos		Págs.
XXII.	El último recuerdo	137
XXIII.	El suplicio de Anacaona	145
XXIV.	Donde se ve cómo Colon deja lo cierto por lo dudoso	152
XXV.	Un camino difícil	158
XXVI.	Cariari	163
XXVII.	Donde parece Colon dormido y los que le acompañan despiertos	168
XXVIII.	Contratiempos	178
XXIX.	Quibiam, rey de Veragoa	182
XXX.	Arcanos del destino	188
XXXI.	Donde verán nuestros lectores que los indios, á pesar de lo ligero de su traje, tenian la manga ancha	194
XXXII.	La mujer y la madre	199
XXXIII.	Odio á muerte	203
XXXIV.	Un Leon que se convierte en tigre	210
XXXV.	La colonia de Veragoa	214
XXXVI.	Ultimos momentos de Lianata	221
XXXVII.	Astucia de los indios	226
XXXVIII.	Diego Mendez	232
XXXIX.	Astucia de los españoles	237
XL.	Desastres en la colonia de Veragoa	244
XLI.	Una resolucion heróica	248
XLII.	Donde se ve por qué motivo abandonan los españoles la colonia de Veragoa	253
XLIII.	El último rey de Veragoa	261
XLIV.	Una doble tempestad	267
XLV.	Un hombre de corazon	272
XLVI.	Paréntesis	278
XLVII.	Una expedicion peligrosa	281
XLVIII.	Donde se ve lo que Ovando queria y lo que no queria	286
XLIX.	Un plan	296
L.	Una cena	301

Capítulos.		Págs.
LI.	Donde se ve que no todo sale á medida de lo que desean los malvados, aun cuando salga mal	308
LII.	Donde se ven las nuevas desventuras que acaecieron á Diego Mendez	314
LIII.	Una mentira necesaria	319
LIV.	Un hombre generoso	324
LV.	Presentimientos	331
LVI.	Lo que sucede á los que crian cuervos	337
LVII.	Lo que se llama tramar una conjuracion	341
LVIII.	Un festin en víspera de un motin	351
LIX.	El motin de Porras	356
LX.	Los buenos y los malos	362
LXI.	Despues de la tormenta	370
LXII.	Hombres sin alma	376
LXIII.	El último recurso	383
LXIV.	Dios y el hombre	389
LXV.	Desventuras sin fin	395
LXVI.	Sarcasmo de la suerte	399
LXVII.	Dos escenas distintas	405
LXVIII.	Donde sabrá el lector algo de dos personascon quienes de seguro ha simpatizado	411
LXIX.	Dos jóvenes de corazon	417
LXX.	Donde los rebeldes vuelven hacer de las suyas	422
LXXI.	¡Los miserables!	428
LXXII.	Donde se ve lo que recogen los que siembran beneficios	433
LXXIII.	Un buen encuentro	441
LXXIV.	Coincidencia	446
LXXV.	Donde por carambola se sabe algo del pasado, y se adivina un poco el porvenir	453
LXXVI.	Donde Fiesco representaba su papel á las mil maravillas	461
LXXVII.	Donde el diablo tira de la manta	467
LXXVIII.	Un plan raro	472
LXXIX.	Cabos sueltos	477
LXXX.	Donde la víctima manda, y el verdugo obedece	483

Capítulos.		Pág.
LXXXI.	Donde se ve cómo Mendez halla en un rio los medios de cruzar el mar	487
LXXXII.	El amor ciego y la envidia con ojos	492
LXXXIII.	Una conspiracion tramada por un escudero y un mesonero	498
LXXXIV.	Lo que idea un posadero ante la perspectiva de una bolsa llena de oro	503
LXXXV.	Salvacion de los náufragos	509
LXXXVI.	Donde hablando de Sagredo, puede el lector saber algo de Ojeda	515
LXXXVII.	Un momento de tregua	520
LXXXVIII.	Donde se ve cómo Ovando varía de forma sin variar de fondo	524
LXXXIX.	El árbol caido	529
XC.	Reaccion	536
XCI.	Nuevas maquinaciones de los enemigos del almirante	542
XCII.	Un antiguo personaje que llega muy á tiempo	548
XCIII.	Donde se aclara un punto oscuro del capítulo anterior	555
XCIV.	La muerte de la reina	562
XCV.	Donde se ve cómo Colon busca á la justicia y no la encuentra	567
XCVI.	Un nuevo plan de la gitana	571
XCVII.	Contrariedades	575
XCVIII.	La vida y la muerte	577
XCIX.	El último rayo de luz	583
C.	Los últimos momentos de un gran hombre	587
EPILOGO.		591

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

